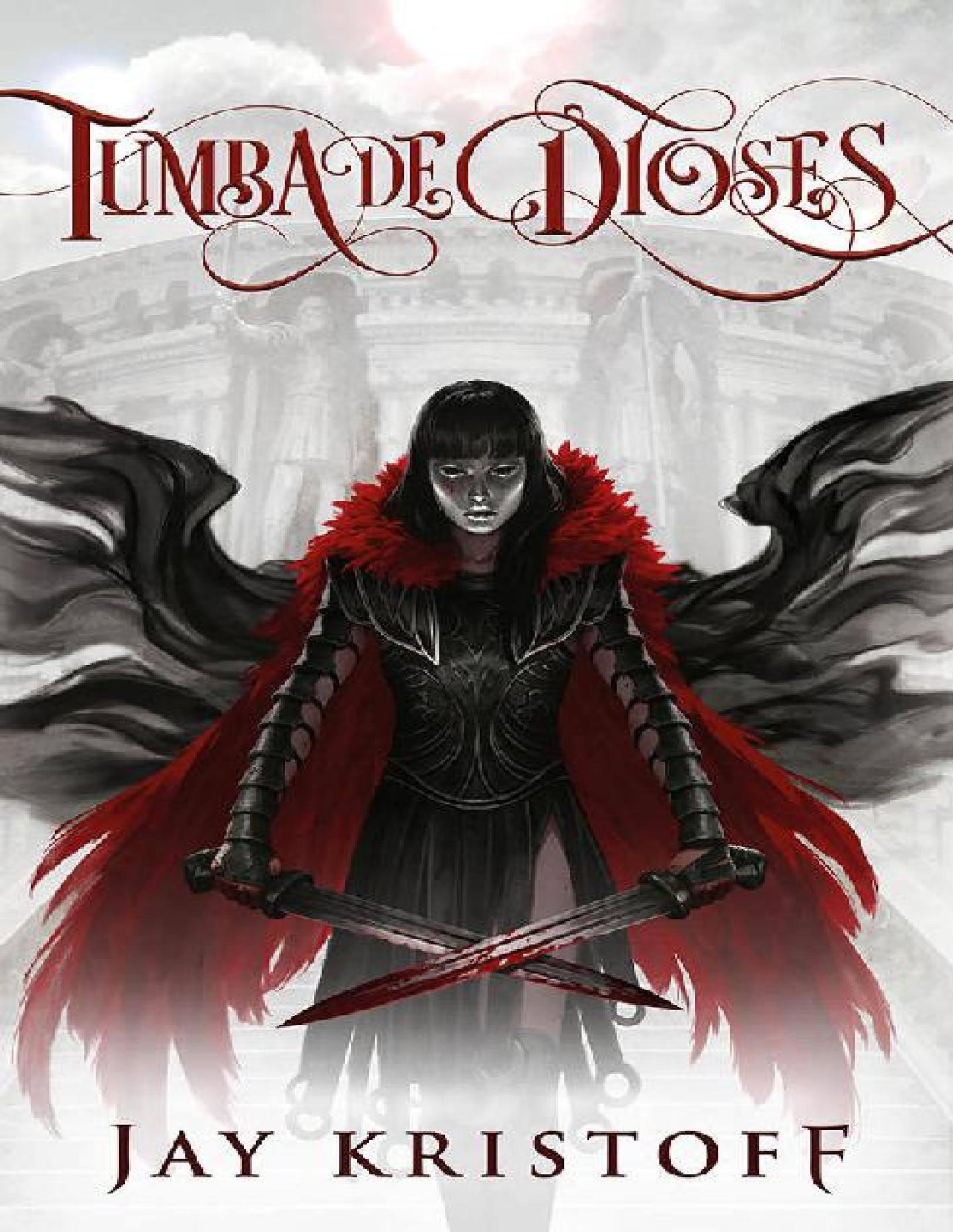


TUMBA DE DIOSSES



JAY KRISTOFF

TUMBA DE DIOSSES

JAY KRISTOFF

Traducción de
Manu Viciano



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

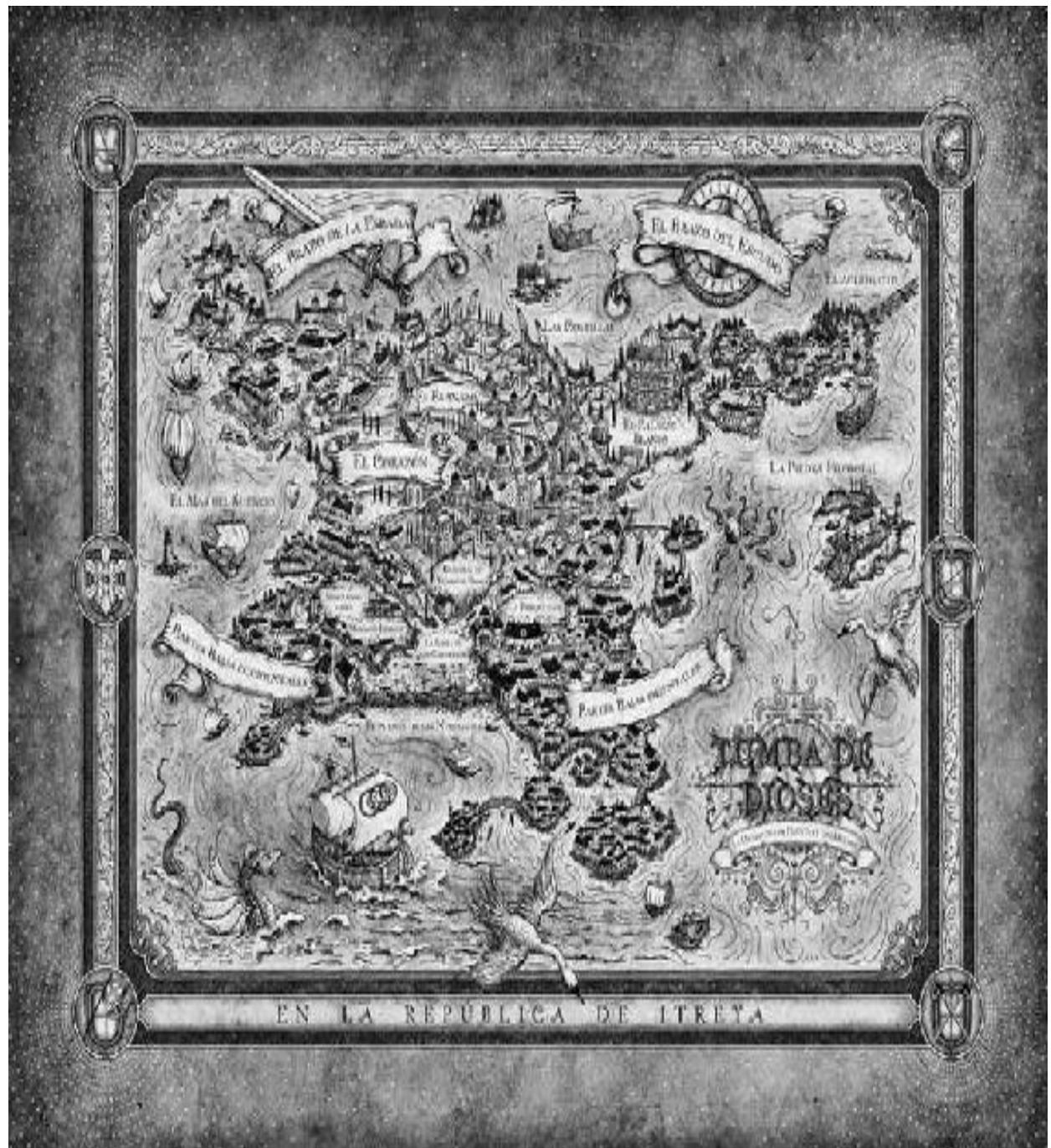


@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para mis enemigos.
No podría haberlo hecho sin vosotros*







Buen giro tengáis, gentiles amigos. Me alegro de volver a veros.

Lo confieso, durante este tiempo que hemos estado separados os he añorado. Y ahora, reunidos de nuevo, ojalá pudiera limitarme a saludaros con una sonrisa y dejaros seguir con esta historia de asesinatos, venganza y, de vez en cuando, montones de obscenidades redactadas con un gusto exquisito. Pero antes de que volvamos a deslizarnos juntos por estas páginas, debo haceros una advertencia importante.

La memoria es una traidora, una mentirosa, una zángana y una ladrona. Y aunque sin duda el reparto de nuestro drama quedó grabado de forma indeleble en vuestra psique, a veces hay que hacer concesiones a los menos espabilados de entre vosotros, mortales.

¿Quizá se impone, pues, hacer un repaso?

DRAMATIS PERSONAE

Mia Corvere. Asesina, ladrona y la heroína de nuestro relato..., si es que puede decirse que nuestro relato tiene una heroína. Juró vengar la muerte de su padre, Darío, después de que fuese ejecutado por orden del Senado Itreyano, y se convirtió en discípula de la secta de asesinos más temida de toda la república, la Iglesia Roja.

Aunque no superó las pruebas de la Iglesia, Mia terminó iniciada como hoja (es decir, asesina) tras rescatar al Sacerdocio durante un ataque de legionarios Luminatii.

Mia tiene mezcla de sangre itreyana y liisiana. Además, es una tenebra, capaz de controlar la mismísima oscuridad. Sabe muy poco de sus poderes, y el único otro tenebro al que llegó a conocer murió antes de poder ofrecerle las respuestas que anhelaba.

Trágico, lo sé.

Don Majo. Un daimón, pasajero o familiar (según a quién se le pregunte), hecho de sombras que se alimenta del miedo de Mia, a quien le salvó la vida de niña. Afirma que conoce muy poco de su verdadera naturaleza, pero es sabido que miente de vez en cuando.

Adopta la forma de un gato, aunque no se parece a los gatos en absoluto.

Eclipse. Otro daimón hecho de sombras que adopta la forma de una loba.

Eclipse era la pasajera de Casio, anterior líder de la Iglesia Roja. Cuando Casio murió durante el asalto de los Luminatii, Eclipse se unió a Mia.

Como la mayoría de los perros y los gatos, ella y Don Majo no se llevan bien.

El viejo Mercurio. Maestro y confidente de Mia antes de que ella ingresara en la Iglesia Roja. Mercurio fue una hoja de la Iglesia durante muchos años, pero se retiró y ahora vive en Tumba de Dioses. El anciano itreyano regenta una tienda llamada Mercuriosidades y ejerce como informador y reclutador para los siervos de la Negra Madre.

Bajo ninguno de los tres soles se ha visto jamás a un viejo cabronazo más gruñón que él.

Tric. Discípulo de la Iglesia Roja, además de amigo y amante de Mia. Por las venas de Tric corría sangre itreyana y dweymeri. Cuando estaba a punto de iniciarse como hoja, Ashlinn Järnheim lo apuñaló repetidas veces en el corazón y lo arrojó por la ladera del Monte Apacible.

Mia cumplió la promesa que le hizo a Tric y asesinó a su abuelo Rompeespadas, rey de las islas de Dweym, después de la muerte del chico.

No fue el acto más sensato del mundo, si os paráis a pensarlo.

Ashlinn Järnheim. Discípula de la Iglesia Roja y, en el pasado, amiga íntima de Mia. Ash nació en Vaan y es hija de Torvar Järnheim, hoja de la Iglesia retirado. En venganza por una mutilación que sufrió al servicio de la Madre, él y sus hijos urdieron un plan que estuvo a punto de hacer caer a la Iglesia entera, aunque al final su conspiración fracasó por obra de Mia.

El hermano de Ash, Osrik, cayó asesinado durante el ataque, pero Ashlinn escapó.

Los sentimientos de Ashlinn hacia Mia podrían describirse como... complicados.

Naev. Mano (es decir, sirviente) de la Iglesia Roja y amiga de Mia. Se encarga de organizar caravanas de abastecimiento en los desolados Susurriales de Ashkah. Naev quedó desfigurada por la tejedora Marielle en un arrebatado de celos, pero como pago por la ayuda de Mia durante el asalto de los Luminatii, Marielle restauró la anterior belleza de Naev.

Naev nunca perdona y jamás olvida; es uno de los motivos por los que Mia y ella se llevan tan bien.

Drusilla. Reverenda madre de la Iglesia Roja y, a pesar de su aparente edad avanzada, una de las más mortíferas siervas de la Negra Madre que sigue con vida. Drusilla decretó que Mia había fracasado en su prueba final, y fue solo por intercesión de Casio, Señor de las Hojas, que Mia terminó iniciada.

Por decirlo con suavidad, no es la mayor admiradora de Mia.

Solis. Shahiid de Canciones, adiestrador de los discípulos de la Iglesia Roja en el arte del acero. Mia le hizo un corte en la cara durante su primer combate de entrenamiento. En venganza, Solis le cercenó un brazo a ella.

Ahora son uña y carne, como podréis suponer.[1]

Mataarañas. Elegida por votación como la «shahiid con mayor probabilidad de asesinar a sus propios alumnos» durante cinco años consecutivos, Mataarañas es la señora del Salón de las Verdades. Mia era una de sus discípulas más prometedoras, pero, después de que fracasara en la prueba final de Drusilla, el aprecio de Mataarañas por la chica se esfumó casi por completo.

Ratonero. Shahiid de Bolsillos y maestro del robo. Es un hombre encantador, ingenioso y tan aficionado al hurto como a ponerse ropa interior de mujer. El itreyano no alberga una gran aversión hacia Mia, lo que en la práctica lo convierte en uno de sus mayores admiradores.

Aalea. Shahiid de Máscaras y maestra de los secretos. Se dice que solo hay dos clases de personas en el mundo: las que aman a Aalea y las que todavía no la conocen.

En realidad parece tener bastante cariño a Mia.

Sorprendente, ¿verdad?

Marielle. Una de los dos teúrgos albinos que están al servicio de la Iglesia. Marielle domina la antigua magia ashkahi del tejido de carne, y es capaz de esculpir la piel y el músculo como si fuesen arcilla. Sin embargo, el precio que paga por su poder es elevado, ya que su propia carne tiene una apariencia horripilante y no puede modificarse a sí misma.

La única persona que le importa en el mundo es su hermano Adonai, y quizá le importe demasiado.

Adonai. El segundo teúrgo que sirve al Monte Apacible. Adonai es un orador de la sangre, capaz de manipular el *vitus* humano. Gracias a las artes de Marielle, su belleza no tiene parangón.

Aunque me viene a la mente cierto dicho sobre las apariencias...

Aelio. Cronista del Monte Apacible y encargado de mantener cierta semblanza de orden en el gran *athenaeum* de la Iglesia Roja.

Como todo lo demás en la biblioteca de Niah, Aelio está muerto.

Parece albergar sentimientos enfrentados al respecto.

Chss. Era discípulo de la Iglesia Roja, y ahora hoja de pleno derecho. Chss nunca habla, pero se comunica mediante un idioma de signos conocido como deslenguado.

El chico itreyano ayudó a Mia en sus pruebas finales, aunque sin dejar de afirmar en todo momento que no eran amigos.

Jessamine Graciano. Discípula de la Iglesia Roja en la misma promoción de Mia, que fracasó en su intento de convertirse en hoja. Jessamine es hija de Marcino, un centurión itreyano ejecutado por su lealtad al padre de Mia, Darío Corvere «el Coronador». Jess culpa a Darío, y por extensión a Mia, de la muerte de su padre, aunque en realidad las dos chicas tienen mucho en común.

El deseo de ver al cónsul Julio Scaeva destripado como un cerdo, por ejemplo.

Julio Scaeva. Cónsul tres veces electo del Senado Itreyano. Scaeva ha ostentado en exclusiva el consulado desde la Rebelión del Coronador, seis años atrás. En teoría, el puesto es compartido y los cónsules sirven solo durante un período, pero en el caso de Scaeva las reglas parecen no aplicarse.

Presidió la ejecución del padre de Mia y condenó a su madre y a su hermano, que era un bebé, a morir en la Piedra Filosofal. También ordenó que se ahogara a Mia en un canal.

Sí, es un cabrón de mucho cuidado.

Francesco Duomo. Sumo cardenal de la Iglesia de la Luz y el miembro más poderoso de la clerecía de Aquel que Todo lo Ve. Junto con Scaeva y Remo, fue el responsable de dictar sentencia contra los rebeldes del Coronador.

Duomo es la mano derecha de Aa en esta tierra. La mera visión de una reliquia sagrada que haya bendecido este hombre es suficiente para hacer que Mia se retuerza en agonía.

Apuñalar al muy hijo de puta podría resultar difícil, en consecuencia.

Justicus Marco Remo. Antiguo justicus de la Legión Luminatii y comandante del asalto al Monte Apacible. Durante su enfrentamiento con Mia, Remo hizo un comentario críptico sobre el hermano de Mia, Jonnen.

Mia apuñaló al itreyano hasta matarlo antes de que pudiera explicarse bien.

A él no le hizo mucha gracia.

Alinne Corvere. La madre de Mia. Aunque nació en Liis, Alinne se destacó en los salones donde se ejercía el poder itreyano. Era una maestra de la política y una estimada dona de no poca voluntad. Encarcelada en la Piedra Filosofal con su hijo pequeño tras la fracasada rebelión de su marido, Alinne murió presa de la locura y la miseria.

Sí, a mí también me caía bastante bien.

Darío Corvere, el Coronador. El padre de Mia. Antiguo justicus de la Legión Luminatii, Darío entabló una alianza con el general Gayo Maxinio Antonio para coronarlo rey. Los dos itreyanos reclutaron un ejército y marcharon contra su propia capital, pero ambos fueron capturados la víspera de la batalla. Despojado de sus líderes, su ejército se descompuso. Las tropas terminaron crucificadas y el propio Darío, ahorcado al lado de Antonio, su candidato a rey.

Tan cerca que casi alcanzaban a tocarse.

Jonnen Corvere. El hermano de Mia. Aunque solo era un bebé en tiempos de

la rebelión de su padre, Jonnen acabó encarcelado con su madre en la Piedra por orden de Julio Scaeva. Murió allí antes de que Mia tuviera ocasión de rescatarlo.

Aa. El Padre de la Luz, también conocido como Aquel que Todo lo Ve. Se dice que los tres soles, llamados Saan (el Vidente), Saai (el Conocedor) y Shih (el Observador), son sus ojos, y casi siempre hay al menos uno de ellos presente en el cielo. En consecuencia, la auténtica noche o veroscuridad tiene lugar solo durante una semana cada dos años y medio.

Aa es un dios benévolo, amable con sus adoradores y piadoso con sus enemigos. Y si os habéis creído esto último, gentiles amigos, podría venderos cualquier cosa, hasta el puente de las Necedades, en Tumba de Dioses.

Tsana. Señora del Fuego, Aquella que Quema Nuestro Pecado, la Pura, Patrona de Mujeres y Guerreros y primogénita de Aa y Niah.

Keph. Señora de la Tierra, Aquella que Dormita por Siempre, el Hogar, Patrona de Soñadores y Necios y segunda hija de Aa y Niah.

Trelene. Señora de los Océanos, Aquella que se Beberá el Mundo, el Destino, Patrona de Marinos y Canallas, tercera hija de Aa y Niah y gemela de Nalipse.

Nalipse. Señora de las Tormentas, Aquella que Recuerda, la Piadosa, Patrona de Sanadores y Líderes, cuarta hija de Aa y Niah y gemela de Trelene.

Niah. Madre de la Noche, Nuestra Señora del Bendito Asesinato, conocida también como las Fauces. Esposa-hermana de Aa, Niah gobierna una región sin luz del más allá conocida como el abismo. Al principio, ella y Aa

compartían el dominio de los cielos. Incumpliendo la orden de engendrar solo hijas de su marido, Niah terminó dando a luz un hijo. Como castigo, fue desterrada del cielo por su amado y se le permite regresar solo durante un breve período cada pocos años.

¿Y qué fue de su hijo?

Como os dije la última vez, gentiles amigos, eso sería revelar demasiado.

El lobo no se compadece del
cordero.

Y la tormenta no suplica su
perdón a los ahogados.

Mantra de la Iglesia Roja

libro 1

LA PROMESA ROJA

CAPÍTULO 1

PERFUME

Nada hiede tanto como un cadáver.

Tarda un poco en empezar a apestar de verdad. Si no ensucias las calzas antes de morir, lo más probable es que lo hagas poco después: así funciona vuestro cuerpo humano, me temo. Pero no me refiero a la mundana fetidez de la mierda, gentiles amigos. Hablo del lacrimógeno perfume de la simple mortalidad. Tarda un giro o dos en coger impulso, pero cuando el baile llega a su apogeo, luego cuesta olvidarlo.

Se percibe justo antes de que la piel comience a ennegrecerse y los ojos se vuelvan blancos y la tripa se hinche como un globo horrible. Tiene un matiz dulce que se arrastra garganta abajo y te revuelve el estómago como una mantequera. En realidad, creo que apela a algo primigenio en vosotros. A esa parte de los mortales que siente pavor a la oscuridad. A esa parte que sabe sin el menor género de duda que, seas quien seas y hagas lo que hagas, los gusanos van a darse un buen festín contigo y que, cuando llegue el día, tú y todo lo que has amado moriréis.

Pero, en fin, los cadáveres tardan un tiempo en estropearse tanto como para que puedan olerse a kilómetros de distancia. Y por eso cuando Bebelágrimas

olió el tufillo dulce e intenso de la descomposición en los Susurriales ashkahi, supo al instante que los cuerpos llevaban como mínimo dos giros muertos.

Y que debía de haber muchísimos.

La mujer tiró de las riendas para detener a su camello y alzó el puño en dirección a sus hombres. El carretero de la caravana que la seguía vio la señal y la larga y serpenteante cadena de carros empezó a frenar entre salivazos, gruñidos y pisotones. Hacía un calor inhumano..., dos soles abrasaban en un azul cegador el cielo y en un rojo titilante el desierto que los rodeaba. Bebelágrimas echó mano al odre que tenía en la silla y dio un sorbo templado mientras su segundo al mando se abría paso hasta ella.

—¿Problemas? —preguntó César.

Bebelágrimas señaló hacia el sur por el camino.

—A eso huele.

Al igual que todo su pueblo, la dweymeri era alta, de dos metros sin faltarle un solo centímetro, y todos esos centímetros eran puro músculo. Tenía la piel de color marrón oscuro y los rasgos adornados con los complejos tatuajes faciales que llevaban todos los nativos de las islas Dweym. Una larga cicatriz le dividía en dos el ceño, cruzaba un ojo izquierdo blanco lechoso y descendía por su mejilla. Llevaba ropa de marinera, tricornio y una vieja levita de capitana. Pero los océanos que surcaba de un tiempo a esa parte estaban hechos de arena, y las únicas cubiertas que recorría eran las de los carros de su caravana. Tras un naufragio que acabó con toda su tripulación y su cargamento años antes, Bebelágrimas había decidido que la Madre de los Océanos odiaba su estampa, su culo y cualquier barco en el que navegara.

De modo que se había echado al desierto.

La capitana se hizo sombra en el ojo y escrutó en la lejanía. Los vientos susurrantes raspaban y picaban en torno a ella, y notó cómo se le erizaban los pelillos de la nuca. Todavía estaban a siete giros de distancia de los Jardines

Colgantes, y no era raro que los esclavistas hicieran aquel recorrido incluso en pleno verano profundo. Aun así, dos de los tres soles estaban altos en el cielo y, tan cerca de la veroluz, hacía demasiado calor para tratarse de algo muy dramático.

Pero el hedor era inconfundible.

—¡Perrero! —vociferó—. ¡Graco, Luka! Armaos y venid conmigo. Caminapolvo, que no pare esa canción férrea. Como acabe mordiéndome el culo un kraken de arena, volveré desde el abismo para devorarte yo a ti.

—¡Sí, capitana! —respondió el enorme dweymeri.

Caminapolvo se volvió hacia el artilugio de tubos de hierro clavado al último carro de la caravana, levantó una tubería enorme y empezó a aporrearlo con ella como a un perro desobediente. La melodía discordante de la canción férrea se sumó a los enloquecedores susurros que soplaban desde las tierras yermas del norte.

—¿Y yo? —preguntó César.

Bebelágrimas sonrió a su segundo al mando.

—Tú eres demasiado guapo para ponerte en peligro. Quédate aquí. Y no le quites ojo al ganado.

—Están pasándolo mal con tanto calor.

La mujer asintió con la cabeza.

—Dales agua mientras esperas. Y que estiren un poco las piernas. Pero que no se alejen mucho, este es un mal territorio.

—A la orden, capitana.

César se levantó el sombrero mientras Perrero, Graco y Luka llegaban a lomos de sus camellos para unirse a Bebelágrimas al frente de la caravana. Los tres iban vestidos con gruesos jubones de cuero a pesar del calor abrasador, y Perrero y Graco empuñaban ballestas pesadas. Luka llevaba sus bardiches, como siempre, y de su boca pendía perezoso un cigarrillo. El

liisiano consideraba que las flechas eran de cobardes, y tenía la suficiente destreza con los bardiches como para que Bebelágrimas no le pusiera objeciones. Pero, eso sí, cómo soportaba fumar con el calor que hacía no lograría entenderlo en la vida.

—Ojos abiertos, bocas cerradas —ordenó Bebelágrimas—. Vamos para allá.

El cuarteto descendió por las rocosas tierras baldías envuelto en un hedor que crecía por momentos. Los hombres de Bebelágrimas eran los cabrones más duros que pudieran encontrarse bajo los soles, pero hasta los hombres más encallecidos nacían con sentido del olfato. Perrero se llevó un dedo a la nariz y disparó un chorro de moco por cada fosa nasal, sin dejar de maldecir en nombre de Aa y sus Cuatro Hijas. Luka se encendió otro cigarrillo, y Bebelágrimas sintió la tentación de pedirle una calada para quitarse el mal sabor de la boca, aun con aquel dichoso calor.

Encontraron los despojos a unos tres kilómetros camino abajo.

Era una caravana reducida, de dos carros y cuatro camellos que estaban hinchándose bajo la luz de los soles. Bebelágrimas hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que desmontaran y todos se internaron entre los restos con las armas dispuestas. El aire vibraba con el himno de diminutas alas.

Tenía toda la pinta de haber sido una carnicería. Había flechas clavadas en la arena y en los carros. Bebelágrimas vio una espada caída. Un escudo roto. Un largo chorro de sangre seca, como el garabato de un demente, y una danza frenética de huellas en torno a una hoguera fría.

—Esclavistas —murmuró—. Hace unos pocos giros.

—Sí —dijo Luka, asintiendo y dando una calada a su cigarrillo—. Eso parece.

—Capitana, me vendría bien un poco de ayuda —llamó Perrero.

Bebelágrimas se acercó entre los animales muertos, acompañada de Luka,

espantando una densa nube de moscas. Vio a Perrero con la ballesta en la mano pero apuntando al suelo y su otra mano alzada en señal de súplica. Y aunque era un tipo cuyo mayor reparo a la hora de rajar una garganta era no salpicarse los zapatos, estaba hablando con voz suave, como a una yegua asustada.

—Venga, venga —arrulló—. Tranquila, chica.

Allí había más chorros de sangre en la arena, marrón oscuro sobre rojo intenso. Bebelágrimas vio los reveladores montículos de una docena de tumbas recién excavadas. Y al otro lado de Perrero vio a la persona a quien estaba hablando con tanta dulzura.

—Por la ardiente polla de Aa —murmuró—. Eso sí que no se ve todos los días.

Una chica. De dieciocho años como mucho. Piel clara, algo enrojecida por la luz de los soles. Largo cabello negro con un flequillo a mechones que caía sobre sus ojos oscuros, en un rostro manchado de polvo y sangre reseca. Pero Bebelágrimas vio que, por debajo de la mugre, la chica era una belleza de pómulos marcados y labios carnosos. Empuñaba un gladius de doble filo, con muescas recientes. Llevaba los muslos y las costillas envueltos en telas, manchadas de sangre de una cosecha distinta a la de su túnica.

—Eres una florecilla bien bonita —dijo Bebelágrimas.

—No... no os acerquéis a mí —advirtió la joven.

—Tranquila —musitó Bebelágrimas—. Ya no te hace falta ese acero, chica.

—Eso lo decidiré yo, con tu permiso —dijo ella con voz temblorosa.

Luka se había desplazado poco a poco hacia el flanco de la chica y extendió un brazo veloz. Pero ella se volvió, rápida como el rayo, le dio una patada en la rodilla y lo tiró a la arena. El liisiano dio un respingo al encontrarse a la chica detrás de él y la hoja del gladius a apenas un centímetro de su clavícula.

El cigarrillo siguió sostenido por unos labios que de pronto estaban secos como el esparto.

«Es rápida.»

Los ojos de la chica brillaron mientras espetaba a Bebelágrimas:

—Apartaos de mí o juro por las Cuatro Hijas que acabaré con él.

—Perrero, relájate, ¿quieres? —ordenó Bebelágrimas—. Graco, aparta esa ballesta. Deja un poco de espacio a la joven dona.

Bebelágrimas vio a sus hombres obedecer, alejarse para dejar que la chica exhalara su pánico. La capitana dio un lento paso hacia delante, sus manos vacías levantadas con las palmas hacia fuera.

—No queremos hacerte daño, florecilla. Solo soy una mercader, y estos son mis hombres. Viajamos a los Jardines Colgantes, hemos olido los cadáveres y hemos venido a ver qué pasaba. Es la pura verdad. Lo juro por Madre Trelene.

La chica observó a la capitana con ojos cautos. Luka esbozó una mueca cuando el gladius le hizo un pequeño corte en el cuello y se acumuló una gota de sangre en el acero.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Bebelágrimas, aunque ya sabía la respuesta.

La chica negó con la cabeza y se le humedecieron los párpados.

—¿Esclavistas? —dijo Bebelágrimas—. Vienen mucho por este camino.

A la chica le tembló el labio y empuñó el arma con más fuerza.

—¿Viajabas con tu familia?

—Con... con mi padre —respondió la joven.

Bebelágrimas estudió a la chica. Era más bien bajita y delgada, pero tenía los músculos trabajados y duros. Se había refugiado bajo los carros y había cortado lona para resguardarse de los vientos susurrantes. A pesar del mal olor, se había quedado cerca de los restos del ataque, donde dispondría de recursos y sería más fácil de encontrar, lo que implicaba que era lista. Y

aunque le temblaba la mano, llevaba el acero como quien sabe blandirlo. Luka había caído más deprisa que las bragas de una novia en su nuncanoché de bodas.

—No eres hija de mercader —afirmó la capitana.

—Mi padre era mercenario. Trabajaba con las caravanas que parten de Nuuvash.

—¿Dónde está tu padre, florecilla?

—Ahí —dijo la chica, y se le quebró la voz—. Con los... otros.

Bebelágrimas miró las tumbas recién cavadas. Tendrían un metro de profundidad. Arena seca. Calor desértico. Normal que hubiera aquella peste.

—¿Y los esclavistas?

—Los enterré también.

—¿Y qué es lo que estás esperando aquí fuera?

La chica lanzó una mirada hacia la canción férrea de Caminapolvo. Tan al sur, los krakens de arena no suponían mucho peligro. Pero la canción férrea significaba carros, y los carros significaban ayuda, y quedarse allí con los muertos no parecía ser su intención, por mucho que fuese donde había enterrado a su padre.

—Puedo ofrecerte comida —dijo Bebelágrimas—. Y llevarte a los Jardines Colgantes. Y garantizarte que mis hombres no harán ningún avance indeseado. Pero tendrás que soltar esa espada, florecilla. El joven Luka es nuestro cocinero, además de guardia. —Bebelágrimas aventuró una leve sonrisa—. Y, como te diría mi marido si aún estuviera entre nosotros, no te interesa que prepare yo la comida.

Los ojos de la chica se inundaron de lágrimas cuando volvió a mirar hacia las tumbas.

—Le tallaremos una piedra antes de irnos —prometió Bebelágrimas con voz queda.

Entonces cayeron las lágrimas y la cara de la chica se arrugó como si se la hubieran hundido de un puntapié. Dejó caer la espada y Luka se apartó rodando por la arena y se levantó. La chica se quedó allí plantada, como un retrato encorvado, con la cara tapada por cortinas de pelo apelmazado por la sangre.

A la capitana casi le dio lástima.

Se acercó despacio por la tierra salpicada de entrañas, amortajada por un halo de moscas. Se quitó el guante y extendió una mano encallecida.

—Me llaman Bebelágrimas —dijo—, del clan Lanzademar.

La chica alzó unos dedos temblorosos.

—M...

Bebelágrimas asió la muñeca de la chica, rodó sobre sí misma y la arrojó sin esfuerzo por encima de su hombro. La joven chilló al estrellarse contra la arena. Bebelágrimas le atizó una patada de fuerza intermedia, solo la justa para sacarle el aire y quitarle las ganas de pelea que le quedaran.

—Perrero, ponle los hierros, ¿quieres? —dijo la capitana—. Manos y pies.

El itreyano desenganchó unos grilletes de su cinturón y los cerró en torno a la chica, que se recobró y empezó a aullar y retorcerse mientras Perrero le apretaba los hierros, pero Bebelágrimas le propinó un puntapié tan fuerte en la tripa que la hizo vomitar en la arena. La capitana le soltó otra patada, por si acaso, que estuvo a punto de partirle una costilla. La chica se aovilló con un largo y jadeante gimoteo.

—Levantadla —ordenó la capitana.

Perrero y Graco pusieron a la joven de pie. Bebelágrimas la agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—Te he prometido que no habrá intentos inadecuados por parte de mis hombres y eso lo cumpliré. Pero como sigas revolviéndote, te haré daño de formas que encontrarás pero que muy indeseadas. ¿Me has oído, florecilla?

La chica solo pudo asentir con la cabeza, su pelo largo y negro enganchado en las comisuras de los labios. Bebelágrimas hizo un gesto a Graco, y el hombretón rodeó la caravana destruida con la chica a rastras y la subió al lomo de su camello, entre los gruñidos del animal. Perrero ya estaba saqueando los carros, hurgando en los toneles y los cofres. Luka se palpaba el corte que le habían regalado y miraba de soslayo el gladius de la chica, caído en la arena.

—Si vuelves a dejar que una escuchimizada como esa te la juegue — advirtió Bebelágrimas—, te abandono aquí fuera para que se te coman los putos espectros de polvo, ¿estamos?

—Sí, capitana —murmuró él, avergonzado.

—Ayuda a Perrero con el botín. Llevad toda el agua a nuestra caravana. Todo lo que podáis cargar y merezca la pena, cogedlo. Quemad el resto.

Bebelágrimas escupió a la arena y se espantó las moscas del ojo bueno mientras daba zancadas por el terreno manchado de sangre hacia Graco. Montó en su camello y, tras azuzarlo con los pies, los dos emprendieron el regreso a su caravana.

César los esperaba sentado en el pescante, con patente amargura en su bello rostro. Se alegró un poco al ver a la chica, gimiendo semiinconsciente sobre la joroba del animal de Graco.

—¿Es para mí? —preguntó—. No hacía falta, capitana.

—Los esclavistas atacaron una caravana de mercaderes y mordieron más de lo que podían tragar. —Bebelágrimas señaló con la barbilla a la chica—. Ella es la única superviviente. Graco y Perrero están trayendo el agua que llevaban. Ocúpate de distribuirla entre el ganado.

—Ha muerto otro por un golpe de calor. —César hizo un gesto hacia los carros de detrás—. Lo he visto cuando he dejado salir un rato a los demás. Ya va la cuarta parte de nuestras existencias, este viaje.

Bebelágrimas se quitó el tricornio y se pasó la mano por el cuero cabelludo sudado. Observó al ganado que se tambaleaba en sus jaulas, hombres, mujeres y un puñado de niños parpadeando hacia los soles inclementes. Solo había unos pocos encadenados, ya que la mayoría estaban tan debilitados por el calor que no les quedarían fuerzas para correr ni aunque tuvieran donde ir. Y allí, en los Susurriales ashkahi, no había nada que encontrar salvo la muerte.

—No temas —dijo Bebelágrimas, y señaló con un gesto a la florecilla—. Mírala. Una maravilla como esta cubrirá con creces las pérdidas. Nos ha sonreído una de las Hijas. —Se volvió hacia Graco—. Enciérrala con las mujeres. Dadle raciones dobles hasta que llegemos a los Jardines. Quiero que se vea sana en el mercado. Como la toques para algo más, te corto los putos dedos y te los hago comer, ¿entendido?

Graco asintió.

—Sí, capitana.

—Los demás, a sus jaulas otra vez. Dejad al muerto para los espíritus.

César y Graco se apresuraron a obedecer, dejando sola a Bebelágrimas para que rumiara.

La capitana suspiró. El tercer sol tardaría solo unos meses en salir. Con toda probabilidad, aquellos serían sus últimos beneficios hasta después de la veroluz, y las divinidades habían conspirado para joderla viva. Un brote de disentería había acabado con un carro entero de ganado a la semana de partir de Rammahd. El joven Cisco había caído fulminado cuando se apartó de la caravana para mear; tuvo que ser un espectro de polvo, a juzgar por lo que quedó de él. Y aquel calor amenazaba con marchitar el resto de su rebaño antes siquiera de que llegase al mercado. Lo único que necesitaba era viento fresco durante unos pocos giros. Quizá alguna llovizna. Había sacrificado un ternero fuerte y joven en el Altar de las Tormentas de Nuuvash antes de emprender la marcha. Pero ¿acaso la dama Nalipse escuchaba?

Después del naufragio que había estado a punto de acabar con ella años atrás, Bebelágrimas había jurado apartarse del agua. Comerciar con carne en el mar era más peligroso que transportarla por tierra. Pero Bebelágrimas habría jurado que la Madre de los Océanos seguía obstinada en convertir su vida en un suplicio, aunque ello supusiera involucrar a su hermana, la Madre de las Tormentas, en la tortura.

Ni una sola ráfaga de viento.

Ni una sola gota de lluvia.

Aun así, esa florecilla bonita estaba fresca, y unas curvas como las que tenía se venderían a buen precio en el mercado. Había sido un golpe de suerte encontrarla allí fuera, inmaculada entre toda la mierda. Entre los asaltadores, los esclavistas y los krakens de arena, los Susurriales ashkahi no eran lugar para que los recorriera una chica sola. Si la había encontrado Bebelágrimas antes que otra persona, u otra cosa, por fuerza tenía que ser que una de las Hijas estaba sonriéndole.

Era casi como si alguien deseara que todo sucediera como había sucedido...

Metieron a la chica en el primer carro, con las otras doncellas y los niños. La jaula de hierro oxidado tenía un metro ochenta de altura. El suelo estaba manchado de inmundicia, y la peste de los cuerpos sudorosos y el olor a podrido de los alientos eran casi tan horribles como lo habían sido los cadáveres de los camellos. El grandullón, llamado Graco, no la había tratado con delicadeza, pero había cumplido las órdenes de su capitana y sus manos no habían hecho más que arrojarla al suelo, cerrar la jaula de un portazo y echar la llave.

La chica se acurrucó en el suelo. Sintió las miradas de las mujeres que tenía alrededor y los ojos curiosos de los niños y las niñas. Le dolían las costillas

por la tunda que había recibido, y sus lágrimas habían trazado surcos entre la sangre y la mugre de sus mejillas. Se esforzó en tranquilizarse. Ojos cerrados. Solo respirar.

Al cabo de un tiempo, sintió que unas manos amables la ayudaban a levantarse. La jaula estaba llena, pero quedaba espacio para que pudiera sentarse en una esquina, con la espalda apretada contra los barrotes. Abrió los ojos y vio un rostro joven y bondadoso, muy sucio, de ojos verdes.

—¿Hablas liisiano? —preguntó la mujer.

La chica asintió en silencio.

—¿Cómo te llamas?

La muchacha dejó escapar su nombre entre sus labios hinchados:

—Mia.

—Por las Cuatro Hijas —dijo contrariada la mujer, echándole el pelo hacia atrás—. ¿Cómo ha terminado una cosa tan bonita como tú en un sitio como este?

Mia bajó la mirada a la sombra que tenía debajo.

La alzó hacia aquellos relucientes ojos verdes.

—Bueno —dijo con un suspiro—. Esa es la cuestión, ¿verdad?

CAPÍTULO 2

MISA DE FUEGO

Cuatro meses antes

El rey Francisco XV, gobernante supremo de toda Itreya, ocupó su lugar al borde del escenario. Iba vestido con jubón y calzas del más puro blanco, sus mejillas untadas en pintura de rosa. Las joyas de su corona centelleaban mientras declamaba, con una mano en el pecho.

*Desde siempre anhelé que mi reinado
fuese de sabiduría y justicia,
mas el ceño del rey se verá hincado
como el mendigo hinca la...*

—¡No! —llegó un grito.

Tiberio el Viejo entró en el escenario por la izquierda, rodeado de sus cómplices republicanos. Una daga de plata brillaba en la mano del anciano, de mandíbula tensa, de ojos brillantes. Sin mediar palabra, se abalanzó por el escenario y hundió su hoja hasta el fondo en el pecho del monarca, una vez, dos, tres. El público ahogó un grito colectivo mientras manaba sangre

de un rojo vivo, que salpicó los tablones pulidos a sus pies. El rey Francisco se llevó la mano al corazón herido y cayó de rodillas. Y tras un último estertor (un tanto sobreactuado, se diría más tarde), cerró los ojos y murió.

Tiberio el Viejo sostuvo en alto su daga y declamó sus trascendentales últimos versos:

*La sangre real ya se ha derramado
y quién sabe lo que ahora vendrá.
En aras de acabar con el tirano,
ningún precio me negaré a pagar.
Mas debéis saber que el golpe fue dado
no en aras de un ansia de gobernar;
si con su sangre mi hoja he manchado
ha sido en nombre de la libertad.*

Tiberio miró al público sosteniendo aún el cuchillo sanguinolento. Y mientras realizaba una profunda reverencia, cayó el telón y un tupido terciopelo rojo cubrió la escena.

Los invitados aplaudieron y vitorearon mientras la música invadía el salón para señalar el final de la obra. Las lámparas de araña arkímicas del techo aumentaron su brillo, desterrando la oscuridad que había acompañado el último acto. Los aplausos recorrieron la sala abarrotada, subieron al entrepiso que la dominaba y salieron por el fondo de la estancia. Y allí encontraron a una chica de largo cabello azabache, piel perfecta y una sombra lo bastante oscura para tres.

Mia Corvere se sumó al aplauso de los invitados, aunque en realidad sus ojos se habían posado en todo menos en la obra. Un gélido frescor cruzó

raudo su nuca, oculto en las sombras de su pelo. El susurro de Don Majo fue suave como el terciopelo en su oído.

—... ha sido increíblemente espantoso... —dijo el gato-sombra.

Mia respondió en voz baja mientras se ajustaba la máscara, que no era de su talla, en la cara.

—La sangre de pollo me ha parecido un buen detalle.

—... son treinta minutos de nuestra existencia que ya jamás podremos recuperar, y lo sabes...

—Al menos han vuelto a encender las putas luces.

Tras dejar que el público aplaudiera un poco más, el telón por fin se abrió para revelar al rey Francisco sano y salvo, con la vejiga perforada que había contenido su «sangre real» visible a duras penas bajo la camisa empapada. Entrelazó la mano con la de su asesino, sosteniendo entre ambos la daga de resorte, y Tiberio el Viejo y Francisco XV hicieron juntos una larga inclinación.

—¡Feliz Misa de Fuego, gentiles amigos! —exclamó el rey asesinado.

Los aplausos murieron con parsimonia mientras los actores abandonaban el escenario, y con la obra concluida se retomaron las charlas y las risas. Mia dio un sorbo a su bebida y miró por todo el salón. Con las luces encendidas de nuevo, podía ver un poco mejor.

—A ver, ¿dónde está? —murmuró.

Había llegado con elegante retraso y el salón de baile estaba atestado, como era de esperar, pues las veladas del senador Alejo Aurelio siempre eran muy populares. Al terminar la obra, la orquesta de cámara se había arrancado con una melodía alegre en el entrepiso bañado en oro del fondo del salón. Mia observó a los aristócratas nacidos de la médula, ataviados con impecables levitas, salir a la pista de baile del brazo de gráciles donas,

el carmesí y la plata y el oro de sus vestidos titilando a la luz de las lámparas arkímicas.

Sus rostros estaban ocultos tras una abrumadora variedad de máscaras, de centenares de formas y temáticas distintas. Mia distinguió los serios voltos, las risueñas polichinelas y los indecisos dominós, todos ellos pintura enjoyada, marfil reluciente y plumas de pavo real extendidas. El diseño más popular entre los asistentes era el triple sol de Aa, seguido por hermosas variantes del Rostro de Tsana. Al fin y al cabo, era la Misa de Fuego, y la gente por lo menos hacía algún intento de venerar a Aquel que Todo lo Ve y su primogénita antes de que el inevitable hedonismo del festín ganara impulso.[2]

Mia lucía un vestido rojo sangre con los hombros descubiertos, compuesto de capas de seda liisiana que caían fluyendo hacia el suelo. Llevaba ceñido el corsé y un collar de oscuros rubíes reposaba en su escote, y aunque apreciaba el efecto del corsé y las joyas a la hora de enfatizar sus atributos, las miradas de admiración que llevaba recibiendo toda la nuncanoché no le facilitaban en nada la condenada tarea de respirar. Sus rasgos estaban cubiertos por un Rostro de Tsana, una máscara que representaba el yelmo de la diosa guerrera, bordeada por plumas de ave de fuego. Dejaba ver los labios y el mentón, por lo que tenía un poco más de soltura para beber. Y fumar. Y maldecir.

—Por el abismo y la puta sangre, ¿dónde está? —dijo entre dientes mientras su mirada recorría la multitud.

Volvió a sentir esa gelidez, el mismo suave susurro en su oreja.

—... los palcos... —dijo Don Majo.

Mia alzó la mirada sobre la oscilante muchedumbre hacia las paredes de la pista de baile. El salón del senador Aurelio estaba construido como un anfiteatro, con el escenario en un extremo, asientos dispuestos en anillos

concéntricos y unos palcos pequeños y privados por encima del nivel principal. Entre el humo y las telas de seda pura que pendían del techo, por fin divisó a un joven alto vestido con una levita larga y blanca, pañuelo negro al cuello, y los caballos gemelos de su familia bordados en hilo de oro al pecho.

—... gayo aurelio...

Mia alzó su boquilla de marfil y, pensativa, dio una calada al cigarrillo. El rostro del joven estaba semioculto tras un dominó dorado con diseño del triple sol, pero Mia alcanzó a ver una mandíbula fuerte y la bonita sonrisa con que susurraba algo al oído de la hermosa y elegante joven que estaba a su lado.

—Parece que ha hecho una amiga —bisbiseó Mia, liberando gris de sus labios.

—... bueno, no deja de ser hijo de un senador. es muy poco probable que pase la nuncanoché solo...

—Al menos, mientras dependa de mí. Eclipse, ve a decir a Palomo que esté preparado. Quizá tengamos que marcharnos con prisas.

Un suave gruñido llegó desde las sombras de debajo de su vestido.

—...PALOMO ES UN IDIOTA...

—Razón de más para asegurarnos de que esté despierto. Creo que voy a saludar al primogénito de nuestro estimado senador. Y a su amiga.

—... dos son compañía, Mia... —advirtió Don Majo.

—Cierto. Pero en multitud se puede pasar muy buen rato.

Mia salió de su rincón y flotó por el salón de baile como el humo de sus labios. Sonrió en respuesta a los cumplidos y rechazó con educación las invitaciones a bailar. Pasó con andar despreocupado entre dos guardias con elegantes casacas al pie de la escalera, fingiendo estar en su elemento y, en consecuencia, aparentando estarlo. No había nadie más en el salón que no

debiera estar allí, a fin de cuentas. Mia había tenido que estirar su paciencia durante cinco largas nuncanoches para robar su invitación de casa de la dona Grigorio.[3] Y las máscaras que esos idiotas nacidos de la médula insistían en ponerse para cada festividad le permitían caminar entre ellos sin destacar. Sobre todo, con las curvas estranguladas de tal modo que apartaban las miradas de su cara.

Mia comprobó cómo tenía el maquillaje en un espejo plateado con estuche y se aplicó otra capa de rojo oscuro en los labios. Dio una última calada al cigarrillo, lo aplastó con el talón de la bota y trastabilló a través de la cortina de terciopelo que cerraba el palco de Aurelio.

—Oh, mis disculpas —dijo.

El don Aurelio y su acompañante alzaron la mirada hacia ella, algo sorprendidos. Estaban sentados en un largo diván de terciopelo aplastado, con los vasos medio vacíos y una botella de buen tinto vaaniano en la mesa de delante. Mia se llevó la mano al pecho, en fingido gesto de bochorno.

—Creía que estaba vacío. Disculpadme, os lo suplico.

El joven don hizo un leve asentimiento. Su bonita sonrisa estaba oscurecida de vino.

—No le deis más importancia, mi dona.

—¿Podría...? —Mia dio un fuerte suspiro, indecisa. Se quitó la máscara y la usó para abanicarse la cara—. Disculpadme, pero ¿me permitiríais sentarme un momento? Aquí hace más calor que en la veroluz, y con este vestido me cuesta horrores respirar.

Aurelio paseó la mirada por el semblante descubierto de Mia. Ojos negros enmarcados por diestras manchas de kohl. Piel blanca como la leche y el mohín de sus labios rojos oscuros, el collar de joyas en su fino cuello, y por último una mirada astuta y fugaz a la piel desnuda de sus pechos cuando Mia fingió que se ajustaba el corsé.

—Por supuesto, mi dona. —El joven sonrió y le señaló un segundo diván desocupado.

—Que Aa os bendiga —dijo Mia, hundiéndose en el terciopelo y empezando a abanicarse de nuevo.

—Permitid que me presente. Soy don Gayo Nerao Aurelio, y mi encantadora compinche es Alenna Bosconi.

La acompañante de Aurelio era una belleza liisiana de la edad aproximada de Mia. Debía de proceder de familia de Administratii, por su aspecto. Tenía el pelo y los iris oscuros, la piel de color aceituna y la gasa dorada de su vestido acentuada por un polvo metálico en los labios y los párpados.

—Por las Cuatro Hijas, me encanta vuestro vestido —dijo Mia con un respingo—. ¿Es de Albretto?

—Muy buen ojo —respondió Alenna alzando su copa—. Mi enhorabuena.

—Tengo cita con ella la semana que viene —dijo Mia—. Eso suponiendo que mi tía me deje volver a salir del palazzo. Sospecho que mañana me obligará a ingresar en un convento.

—¿Quién es vuestra tía, mi dona? —preguntó Aurelio.

—La dona Grigorio. Menuda vieja estirada. —Mia señaló el vino—. ¿Puedo?

Aurelio observó con mirada divertida cómo Mia se servía una copa y la apuraba en menos tiempo del que había tardado en llenarla.

—Disculpadme, no sabía que la dona tuviera una sobrina.

—Creedme que no me sorprende en absoluto, mi don —repuso Mia—. Llevo ya casi un mes en Galante y no me deja ni salir del palazzo. He tenido que escaparme para venir aquí. Mi padre me envió a pasar el verano con ella, y no para de repetir que me enseñará a comportarme como debe hacerlo una devota hija de Aa.

—¿Insinuáis que no estáis comportándoos como tal ahora mismo? —
Aurelio sonrió.

Mia hizo una mueca.

—De verdad, cualquiera diría que me acosté con un mozo de cuadra, por cómo se pone.

Aurelio alzó la botella hacia la copa de Mia con una inclinación interrogativa de cabeza.

—¿Otra?

—Sois muy generoso, señor.

Aurelio sirvió el vino y le entregó la copa llena. Mia la aceptó con una sonrisa cómplice y dejó que las yemas de sus dedos rozaran la muñeca del joven don, despertando una cosquilleante corriente arkímica entre sus pieles. Alenna se llevó su copa a los labios dorados y dejó que asomara a su voz una leve irritación.

—No queda mucho, Gayo —advirtió, lanzando una mirada a la botella.

Mia miró a la chica y se recogió un bucle de pelo descarriado detrás de la oreja. Todo el miedo que pudiera haber sentido se lo estaban tragando las sombras de debajo de sus pies. Se levantó con sensual elegancia y se sentó en el otro diván, junto a la belleza dorada. Mirando a los ojos a Alenna, dio un pequeño sorbo al vino. Con cuerpo pero suave como el terciopelo, bailó oscuro sobre su lengua. Y después de apartar la copa vacía de Alenna, Mia puso la suya en manos de la joven, entrelazó los dedos con los de ella y la alzó hacia aquellos labios de oro.

Volvió la cabeza hacia Aurelio y lo vio mirar, embelesado. Mia sonrió mientras susurraba, lo bastante fuerte para hacerse oír sobre la música de abajo:

—No me importa compartir.

Aurelio estaba de pie pegado a la espalda de Mia, sus manos merodeando por sus brazos desnudos y acariciándole los pechos por encima del corsé. Mia notó los labios del joven en la oreja, rozándole la mandíbula, y echó atrás el brazo para enredar los dedos entre su pelo. Se inclinó contra la dureza de su entrepierna y buscó sin éxito la boca del chico, que le provocó un suspiro al dejarle un rastro de besos ardientes cuello abajo, haciéndole cosquillas con la barba de pocos días. Aurelio encontró la cinta de seda que ceñía el corsé por detrás y empezó a aflojarla con una mano lenta y firme.

Alenna estaba detrás de él, le quitó la chaqueta y dejó que cayera al suelo. Tenía las mejillas encendidas de algo más que la bebida, y sus largas uñas desgarraron la camisa de seda de Aurelio, desnudando su torso. Mia llevó la mano a su duro pecho y bajó los dedos por las colinas de su abdomen. Con los labios del chico en la nuca, sintió la presión de sus dientes, suspiró un «sí» mientras él mordía más fuerte y buscó su boca de nuevo. Pero él aferró con su mano libre los largos mechones de Mia, le echó la cabeza atrás, muy atrás, y un escalofrío recorrió su piel cuando el joven don le quitó el corsé.

La música llegaba tenue desde muy arriba, casi perdida bajo el cantar de los suspiros que entonaban. Habían bajado la escalera a toda prisa, Aurelio azuzando a Mia y Alenna por delante de él a base de juguetonas palmaditas en el trasero. Los guardias de la casa habían fingido no prestar atención mientras el trío pasaba trastabillando, ni tampoco mientras Mia apretaba los labios contra el cuello de Aurelio cuando este se detuvo a dar un largo beso a la belleza liisiana. El don había empujado a Mia contra la pared, le había metido la mano entre las piernas y se había puesto a trabajar con dedos hábiles allí mismo, en el pasillo. A duras penas habían logrado llegar a la habitación del joven.

Como en la mayoría de los palazzos de nacidos de la médula, los dormitorios eran subterráneos para protegerlos mejor de la incesante luz de los soles. Allí abajo el aire era más fresco, y la luz de los orbes arkímicos, tenue y ahumada. El corsé de Mia cayó a los tablones del suelo mientras Aurelio dejaba resbalar la mano por el interior de su traje. Mia suspiró al sentir que le rodeaba un pecho con la mano, ahogó un grito cuando le pellizó el pezón. El chico le quitó el vestido y lo dejó caer amontonado en torno a los tobillos de Mia, que bajó las manos por detrás para buscar su cinturón y encontró allí también las de Alenna. Sus dedos se entrelazaron mientras soltaban la hebilla. Mia notó las manos de Aurelio recorriéndola, y una corriente arkímica bailó en su piel cuando los dedos de él bajaron por su vientre, atravesaron sus suaves rizos y llegaron a los anhelantes labios del otro lado.

Gimió mientras los dedos pasaban a la acción y sintió que le flaqueaban las rodillas. Volvió la cabeza y buscó la boca de Aurelio con la suya, pero él se lo impidió con un tirón de pelo que la dejó dando bocanadas y gemidos mientras echaba atrás el culo y lo frotaba contra la entrepierna del chico, al mismo ritmo con que estaba rasgueando él en ella.

Por fin se soltó el cinturón, la belleza desabotonó las calzas del joven y Mia internó en ellas los dedos. Encontró su objetivo al cabo de un momento y sonrió al oír el sonido gutural que provocó al cerrar la mano en torno a aquel calor. Sintió también las manos de Alenna, y entre las dos recorrieron su longitud mientras él metía un dedo dentro de ella y hacía estallar tras sus ojos unas estrellas que casi le arrebataron el control de sus rodillas.

Aurelio se volvió, su boca halló la de Alenna y entrelazaron las lenguas. Mia apartó la mano que le cogía el pelo y apretó sus dedos, desesperada por besarlo. Pero se le erizó la piel al sentir que el joven se apartaba a un lado

y, a la vez, notó unos labios cálidos en el hombro, en la nuca, y unas manos que le rodeaban la cintura.

«No son de él.»

Las yemas de los dedos de Alenna ascendieron bailando sobre sus brazos, aletearon mientras remontaban sus pechos. A Mia se le aceleró la respiración al sentir la mano de la chica en su barbilla, haciéndola girar despacio. Con el corazón atronando, Mia se vio cara a cara con ella.

La chica era muy hermosa, de labios carnosos y ojos oscuros saturados de deseo a la luz brumosa. Su pecho ascendía y descendía entre jadeos mientras se apretaba, aún vestida, contra el cuerpo casi desnudo de Mia. Aurelio empezó a besar la nuca de Alenna mientras apartaba un rizo de largo pelo negro de la mejilla de Mia, que notó aletear sus párpados y un estremecimiento que le bajaba hasta los tobillos cuando la belleza se inclinó hacia ella para besarla. Cerca. Más cerca. Ya casi...

—No —dijo Mia apartándose.

Los ojos de Alenna se nublaron de confusión y giró la cabeza para mirar a Aurelio. El joven don enarcó una ceja interrogativa.

—En la boca no —dijo Mia.

Los labios dorados de la belleza se curvaron en una sonrisa pícara. Sus ojos oscuros recorrieron el cuerpo desnudo de Mia, bebiéndosela entera.

—En todo lo demás, pues —susurró.

Alenna bajó las manos por las mejillas de Mia, por las joyas de su cuello, haciéndola estremecerse. Con una lentitud que rayaba en la agonía, se acercó y apretó los labios contra su cuello.

Mia suspiró, con la piel de gallina, sin miedo en su interior. Echó atrás la cabeza, rindiéndose, y sus párpados tiritaron cuando las manos de Alenna envolvieron sus pechos jadeantes, flotaron sobre sus caderas, le acariciaron el culo. Lo único que sentía Mia eran esas manos, esos labios, esos dientes

que daban mordisquitos, ese aliento cálido en su piel cuando la boca de la belleza descendió por las curvas de sus pechos. Gimió cuando la chica se metió un pezón en la boca y pasó una y otra vez la lengua por la punta, haciendo girar el dormitorio entero.

Las uñas de Alenna provocaron un escalofrío en la columna vertebral de Mia al rozar su piel, guiándola hacia atrás. Notó el bastidor de la cama tras sus rodillas, se combó como un árbol joven ante la tormenta y cayó con un respingo sobre las pieles.

Alenna suspiró mientras Aurelio le acariciaba el cuello por detrás con la nariz y soltaba los lazos de su corsé. El joven don le separó el vestido de los hombros y dejó que la gasa dorada cayera a un lado como una ola titilante, seguida de la ropa interior, dejándola desnuda del todo.

Mia recorrió con la mirada el cuerpo de la chica, que subió a la cama a cuatro patas, contoneándose como una gata. Alenna se arrodilló sobre ella y dio un suspiro cuando Aurelio cayó de rodillas tras ella, trazando un surco de besos espalda abajo hasta su culo. Mia notó las manos de la chica recorrer por dentro sus muslos temblorosos, y se le aceleró la respiración cuando esos dedos rozaron sus labios. Alenna también respiraba deprisa, y gemía con la boca de Aurelio entre sus piernas, con los movimientos de su lengua. Los ojos de la chica brillaron de deseo y se acercó a Mia, buscando de nuevo su boca.

Mia apartó la cara y puso los dedos sobre los labios de la joven.

—No.

Acarició la piel de Alenna hasta hallar la mano de Aurelio en su cadera. Entrelazó los dedos con los de él y la belleza suspiró contrariada mientras Mia tiraba de él para apartarlo de su premio. Sus ojos en los de él. Sin aliento.

—Bésame —imploró.

Aurelio sonrió mientras Alenna descendía con besos de hielo y fuego por el cuello de Mia, por sus pechos, por su vientre. El joven don remontó el colchón mientras la chica bajaba más, lamiendo el ombligo de Mia y los huecos de sus caderas. Mia sintió unos dientes delicados en el interior de los muslos, unas manos que recorrían su piel, y gimió mientras Alenna soplaba con suavidad, con los labios a solo un susurro de los suyos. Mia alzó una mano y bajó la otra para enredar sus dedos en los cabellos de los dos. Tiró de Aurelio hacia ella, suplicante, mientras se acercaba la cara de Alenna al cuerpo. Y la boca del don se cerró sobre la de ella, sofocando el apasionado gemido que Mia profirió al sentir el contacto de la lengua de la belleza.

La pareja se aplicó en Mia, que se dejó adorar retorciéndose sobre las pieles. Entre sus piernas ardió un fuego hasta entonces desconocido, con Alenna besándola como no lo había hecho ningún hombre. Arqueó la espalda, con los dedos enredados en los mechones de la chica. Notó el sabor de Alenna en la lengua de Aurelio, salado y dulce a la vez. Lo besó feroz, le mordió el labio con la fuerza justa para abrir la piel y el carmín rojo oscuro se mezcló con la sangre en sus bocas. Ahogó con los labios el respingo de dolor que dio el joven don, encontró su lengua con la propia, provocándolo, saboreándolo, danzando en una pálida imitación de lo que estaba haciendo la belleza entre sus piernas.

El tiempo dejó de transcurrir, el mundo dejó de girar. El don se apartó de la boca de Mia y dejó un rastro de besos sangrientos por su cuello. Mia resopló mientras el joven descendía, lamiendo, chupando, mordiendo; sus párpados se cerraron cuando Alenna empezó a lamerle el hinchado botón.

Aurelio levantó la cabeza.

Lo recorrió un repentino escalofrío.

Un suave gimoteo escapó de entre sus labios.

Y después de aspirar una bocanada entrecortada, el joven don tosió la sangre que le llenaba la boca sobre los pechos de Mia.

—Cuatro... Cuatro Hijas...

Aurelio miró horrorizado el escarlata que teñía la piel de Mia y sus propias manos, con el rostro retorcido de dolor. Mia se incorporó sobre los codos mientras él caía hacia atrás con otra tos roja, llevándose los dedos al cuello. Salpicó de carmesí la cara de Alenna, que por fin se dio cuenta de lo que ocurría. Retrocedió y tomó aire para chillar mientras Mia se abalanzaba sobre ella en la cama, la asía por el cuello y la giraba en una presa estranguladora.

—Chis, calla —susurró, rozando con los labios la oreja de la belleza.

La chica se revolvió contra la presa de Mia, pero la asesina era más fuerte, más dura. Cayeron las dos a los tablones del suelo, encima del revoltijo de ropas, mientras Aurelio empezaba a retorcerse, a arañarse el cuello, y tosía otra bocanada.

—Sé que es duro ver esto —susurró Mia a la belleza—, pero solo dura un momento.

—¿El... el vino?

Mia negó con la cabeza.

—En la boca no, ¿recuerdas?

Alenna se quedó mirando la brecha que Mia había abierto en el labio de Aurelio, la pintura roja mezclada con la sangre alrededor de su boca. El joven don saltó en la cama como un pez en la orilla, con todos los músculos agarrotados y las facciones crispadas. Los labios de Alenna se abrieron para chillar cuando una sombra se movió en el cabezal y otra al pie de la cama, dos siluetas recortadas de la mismísima oscuridad. La mano de Mia se cerró de nuevo sobre la boca de la chica mientras Don Majo y Eclipse cobraban forma para contemplar cautivados los agónicos gimoteos del don,

la sangre que burbujeaba entre sus dientes. Y con los ojos como platos y los labios separados en un grito mudo, el primer y único hijo del senador Alejo Aurelio exhaló su último aliento.

—Escúchame, Niah —susurró Mia—. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

Don Majo ladeó la cabeza y miró morir al joven don.

Su ronroneo sonó casi como un suspiro.

Mia estaba sedienta.

Esa era la peor parte. La jaula, el calor, la peste... todo eso podía soportarlo. Pero por mucha agua que sus captores le dieran, en aquel desierto de los cojones nunca era suficiente. Cuando Perrero o Graco metían el cucharón entre los barrotes de su jaula, aquella agua tibia parecía un regalo de la misma Madre. Pero entre el calor sofocante, el sudor y las estrecheces del carro, sus labios no tardaron en agrietarse, y su lengua se hinchó y se secó.

Los prisioneros estaban amontonados como lonchas de cerdo salado en un tonel, y el olor era enfermizo. Al cabo del primer giro que pasó cociéndose en aquel horno, Mia empezó a pensar que había cometido un error garrafal.

Piénsalo. Pero no lo temas.

Nunca te encojas.

Nunca temas.

Mia intentó no hablar mucho. No quería intimar demasiado con las otras cautivas, sabiendo lo que las esperaba en los Jardines Colgantes. Pero observó cómo se cuidaban entre ellas, cómo una anciana reconfortaba a una niña que llamaba entre sollozos a su madre, o cómo una chica daba su escasa

ración a un niño que había vomitado su propia comida sobre los harapos que llevaba. Pequeños gestos que revelaban grandes corazones.

Mia se preguntó dónde estaría el suyo.

«Aquí no hay sitio para él, chica.»

Sus captores eran un grupo variopinto. La capitana, Bebelágrimas, parecía estar acostándose con su segundo, César, aunque Mia no dudaba quién llevaría las riendas en aquella cabalgada concreta. Ninguna mujer llegaba a liderar una banda de esclavistas desalmados en los eriales ashkahi sin tener los dientes bien afilados.

Los itreyanos, Perrero y Graco, parecían los típicos hijos de puta que podían encontrarse en cualquiera de los centenares de grupos de tratantes de carne que operaban en Ashkah. En cumplimiento de las órdenes de la capitana, no ponían ni un dedo encima a las mujeres. Pero por las miradas hambrientas que le dedicaban, Mia supuso que estarían pero que muy resentidos. Pasaban el tiempo libre jugando a plas con una baraja manoseada, apostando con un puñado de recortes de mendigo.[4]

El corpulento dweymeri, Caminapolvo, parecía mejor persona. Tocaba la flauta e interpretaba melodías para los prisioneros cuando no tenía trabajo que hacer. El último de ellos era Luka, el joven liisiano al que Mia había derribado de una patada. Rizos cortos y una sonrisa con hoyuelos. La bazofia que cocinaba sabía peor que el ojete de un cerdo, pero Mia lo había visto dar con disimulo un poco de pan de más a los niños con la tardera.

Y eso era todo. Seis esclavistas vestidos de cuero y una hilera de barrotes de hierro eran lo único que se interponía entre ella y la libertad que cualquiera de los prisioneros que la rodeaban habría matado por saborear. Todo era sudor y vómitos, mierda y sangre. Por lo menos la mitad de las mujeres de su carro lloraban hasta caer rendidas en el poco sueño que pudieran encontrar. Pero no Mia Corvere.

La chica se quedaba sentada contra la puerta y esperaba. Un flequillo irregular cubriendo unos ojos profundos y oscuros. Era imposible escapar a la pestilencia del sudor y la mugre, y los cuerpos apretujados que la rodeaban le provocaban arcadas. Pero Mia se tragaba el vómito junto con el orgullo, meaba en el camino cuando se lo ordenaban y mantenía la boca tan cerrada como podía. Y si la sombra que se acumulaba debajo de ella era demasiado oscura —lo bastante oscura para dos, tal vez—, en el carro cubierto había demasiada penumbra para que se notara.

Quedaban solo cuatro giros para llegar a los Jardines Colgantes. Cuatro giros más de calor espantoso, de aquel hedor impío, de aquel bamboleo lento y agobiante. Cuatro giros más.

«Paciencia —se decía, susurrando la palabra como una oración—. Si Venganza tiene madre, su nombre es Paciencia.»

Faltaría quizá una hora para el final de la nuncanoches y la caravana estaba apartándose a un lado del largo y polvoriento camino. Mirando a través de una raja en el toldo del carro, Mia distinguió unos peñascos de arenisca que proyectaban sombra en la arena del desierto. Era un lugar evidente en el que refugiarse, y por tanto peligroso, pero mejor parar allí a la sombra que seguir adelante una hora más y pasar el giro entero asándose bajo los soles.

Mia oyó a Caminapolvo en el carro de abastecimiento, como siempre, tocando de vez en cuando algún compás de la canción férrea para asustar a cualquier kraken lo bastante osado para viajar tan al sur.^[5] Entrevió un momento a Graco, explorando los salientes rocosos montado en la máquina de berrear y cagar que tenía por camello. Parecía contrariado, le caía el sudor por la cara y miraba los soles con ojos entrecerrados mientras renegaba llamando hijo de puta a Aquel que Todo lo Ve.

La primera flecha lo alcanzó en el pecho.

Salió zumbando de la luz de los soles y le atravesó el jubón con un golpe

seco. Un fruncimiento estúpido oscureció el ceño de Graco, pero las siguientes dos flechas que volaron desde las rocas le quitaron la expresión de la cara y lo derribaron de su montura entre chorros de brillante rojo.

—¡Saqueadores! —vociferó Bebelágrimas.

Las mujeres del carro de Mia chillaron cuando llovió una andanada de flechas sobre la caravana que atravesaron las lonas. Mia oyó un quejido y notó desplazarse la carne que la rodeaba. Una chica joven se hundió entre la muchedumbre, con una flecha en el ojo. Otra recibió un flechazo en la pierna, empezó a aullar y la masa de cuerpos a su alrededor se removió como un mar tormentoso y la aplastó contra los barrotes.

—Por el abismo y la sangre.

Mia oyó unos cascos al galope y el sonido de la lluvia emplumada. En algún lugar lejano, Caminapolvo aullaba de dolor y Bebelágrimas daba órdenes a gritos. El tañido del acero se alzó sobre los bramidos de los camellos heridos y el siseo de la arena levantada. Mia maldijo de nuevo cuando la gente que la rodeaba empezó a entrar en pánico y la estrelló de cara contra los barrotes.

—Vale, a tomar por culo —escupió.

Mia se agachó, hizo girar a un lado el talón de una bota y sacó sus fieles ganzúas. Al momento se había liberado de sus grilletas y estaba metiendo las manos entre los barrotes oxidados. Empezó a camelarse la cerradura, con la punta de la lengua fuera delatando su concentración. Una flecha atravesó el toldo y pasó casi rozando su cabeza, otra se clavó en la madera cerca de su mano.

—... *deberías darte prisa...*

El susurro fue suave como el aliento de un bebé, pronunciado solo para oídos de Mia.

—No me ayudas —replicó ella en voz baja.

—... *te estoy ofreciendo apoyo moral...*

—Estás siendo un incordio y un mierda.

—... *eso también*...

La cerradura se abrió en sus manos y Mia apartó la puerta de una patada para salir trastabillando a la implacable luz. Rodó bajo el carro mientras las demás mujeres reparaban en que su jaula estaba abierta y tropezaban unas con otras en su intento de escapar.

Mia vio a media docena de asaltantes rodeando la caravana. Iban vestidos de cuero oscuro y colores del desierto, y presentaban una mezcla de sexos y tonos de piel. César estaba muerto, acribillado por flechas de plumas negras. Mia no vio señales de Luka, pero Perrero estaba agachado tras el carro de cola, con el cadáver de Caminapolvo a su lado. El camello de Bebelágrimas había recibido un flechazo en el cuello y la capitana estaba acuclillada detrás de su cuerpo, ballesta en mano.

—¡Apestosos hijos de puta! —rugió—. ¿Es que no sabéis quién soy?

Los saqueadores se limitaron a burlarse en respuesta. Cabalgaban en un incesante círculo, pastoreando de vuelta a los carros a las mujeres que huían y llevando a los presos de las otras jaulas a un rabioso pánico.

—Los están distrayendo —comprendió Mia.

—... *¿de qué?*...

Perrero salió agachado de detrás del carro y se apresuró a disparar su ballesta. Desde algún punto entre las rocas surgió una flecha de pluma negra que se le clavó en el pecho. Perrero cayó con burbujas escarlata estallando en sus labios.

—De ese francotirador de ahí arriba —murmuró Mia.

La chica llamó a las sombras de debajo del carro y las reunió como una costurera bobinando hilos. Cuánta luz había allí fuera, qué distinto era de las entrañas del Monte Apacible. Muy despacio, tejió las sombras para unir las y

compuso con ellas una capa. Y debajo de ella, se convirtió en poco más que un manchurrón, como la huella de un dedo grasiento en un retrato del mundo.

Por supuesto, bajo la capa no veía tres en un burro. Siempre había considerado una crueldad que la Señora de la Noche le concediera el don de no ser vista pero la volviera casi ciega mientras lo ponía en práctica. Aun así, mejor ciega que hecha trizas.

Mia se acercó poco a poco a la rueda, moviéndose al tacto, preparándose para abandonar la cobertura a la carrera.

—... *procura que no te disparen...*

—Es un consejo excelente, Don Majo. Muchísimas gracias.

—... *apoyo moral, como te decía...*

Y Mia corrió. Agachada, con los brazos extendidos hacia delante, apartándose de los carros y hacia el peñasco de enfrente. El mundo era un borrón en negro café y blanco leche. La oscura silueta de un caballo con jinete emergió de la nada y le dio un fuerte golpe al pasar al galope. Mia tropezó y se tambaleó a ciegas hasta dar contra un saliente bajo de roca con las espinillas y dejarse caer a su resguardo entre maldiciones.

—¡Ah, joder!

—... *ay, pobrecilla, ¿dónde te duele?...*

La chica se levantó con una mueca de dolor y se dio una palmada en una nalga.

—¿Un besito, a ver si mejora?

—... *diría que antes se impone un baño...*

Mia siguió avanzando, trepando a tientas por la pendiente de roca, orientándose solo por el tacto y el sonido. Aún le llegaba la voz de Bebelágrimas vociferando desafiante, pero lo que ella buscaba era el delator siseo de las flechas, el latigazo de una cuerda de arco. Y ahí llegaba... y ahí

otra vez. Mia dio un rodeo en su ascenso, silenciosa como un lirón al que acabaran de nombrar Maestro del Silencio en el Monasterio del Hierro.[6]

Otra flecha. Otro chasquido de la cuerda del arco. Mia creyó oír unos leves susurros entre disparo y disparo, y se preguntó si habría más de un tirador allí arriba. Ya estaba llegando por detrás, oculta por un grupo de rocas. Echó a un lado sus sombras y asomó la cabeza para ver a cuántos arqueros tendría que asesinar.

Resultó que no había ninguno en absoluto.

Bueno, había alguien disparando, eso sin duda. Pero no era más arquero que Mia espadachín. Se trataba de una mujer vestida con cueros grises moteados de marrón, rubia con el pelo muy corto. Cuando divisaba un objetivo, se llevaba una flecha a los labios, susurraba una plegaria y la dejaba volar. Fuera cual fuese la divinidad a la que oraba, parecía estar escuchando: cuando Luka echó a correr hacia un camello, la arquera le clavó una flecha en el hombro y luego otra en la canilla mientras se arrastraba para volver a ponerse a cubierto.

La piedra aplastó la cabeza de la mujer al primer golpe, pero Mia le asestó dos más en la coronilla por si acaso. La arquera cayó con un gorgoteo burbujeante y los dedos crispados. Y tras recoger el arco que había soltado, Mia tiró de la cuerda hasta su boca, apuntó y clavó una flecha de pluma negra en la columna vertebral de una atacante de los de abajo.

La mujer giró en su silla de montar y se precipitó al suelo con un grito sangriento. Uno de sus compañeros la vio caer, se volvió hacia los peñascos y un flechazo en la garganta lo derribó del caballo. Otro asaltante advirtió a gritos a los demás:

—¡Cuidado con las rocas! ¡Las rocas!

Un disparo de Mia le dio en el muslo y el segundo en la tripa. Un bardiche

relució al trazar un arco desde la cobertura del carro del centro y estuvo a punto de decapitar al hombre.

Los atacantes estaban sumidos en la confusión, su francotiradora muerta y su plan muerto con ella. Bebelágrimas disparó su ballesta, hizo blanco en un caballo y envió a su amazona a la arena con un impacto húmedo. Mia eliminó a otro jinete con dos flechas en el pecho. Los pocos que quedaban optaron por la huida, recogieron a su compañera descabalgada y salieron al galope a toda la velocidad de la que eran capaces sus corceles.

—... *buena puntería...*

Mia miró hacia la sombra sentada sobre el cadáver de la arquera. Era pequeña, tenía la forma de un gato y estaba limpiándose una zarpa traslúcida con una lengua traslúcida.

—Te lo agradezco —dijo Mia con una reverencia.

—... *era sarcasmo...* —replicó Don Majo—... *has dejado escapar a cuatro...*

Mia hizo una mueca y levantó los nudillos al gato-sombra.

—... *ya que aún estamos solos, supongo que debo aprovechar la ocasión para señalar de nuevo lo demencial que es este plan tuyo...*

—Ah, claro, no quieran las Hijas que dejes pasar un giro sin darme la paliza con lo mismo.

Mia se limpió la mano ensangrentada en los bombachos de la arquera muerta y se echó su carcaj de flechas al hombro. Y arco en mano, descendió la cuesta con cuidado hacia la carnicería que rodeaba la caravana.

Las mujeres cautivas seguían amontonadas alrededor de su jaula. Graco, Perrero, Caminapolvo y César estaban muertos. Luka, despatarrado cerca del carro del centro, con flechas en el hombro y la pierna. Mia vio cómo intentaba levantarse y terminaba conformándose con apoyar una rodilla en el suelo. Tenía los ojos fijos en ella y su segundo bardiche en la mano.

Bebelágrimas había recibido un flechazo en la pierna en algún momento de la refriega. Tenía la cara salpicada de sangre, pero aun así apuntaba la ballesta hacia Mia con manos firmes. La chica se detuvo a unos diez metros y alzó el arco. Era de buena factura: cuerno y fresno, tallado con plegarias a la Señora de las Tormentas. A esa distancia, podría atravesar un peto de hierro con una flecha. Y la capitana Bebelágrimas no llevaba nada similar siquiera al hierro.

—Ese padre tuyo te enseñó bien —le dijo la capitana a viva voz—. Buena puntería.

—... *puf*... —susurró la sombra de Mia.

Mia dio un pisotón a la oscuridad reunida en torno a sus pies y chistó para hacerla callar.

—No tengo ningún interés en matarte, capitana —dijo Mia.

—Vaya, pues sí que estoy de suerte. Yo tampoco tengo ningún puto interés en morir.

La capitana miró los cadáveres a su alrededor, los restos de sus hombres, la flecha en su pierna y el largo camino que aún los separaba de los Jardines Colgantes.

—Supongo que podría decirse que estamos en paz —dijo—. Planeaba sacar un buen precio por ti en el mercado, pero salvarme la vida parece una ofrenda justa. ¿Qué te parecería cabalgar delante conmigo el resto del viaje y llevarnos sanos y salvos a los Jardines? Hasta podría compartir los beneficios. ¿Un veinte por ciento, quizá?

Mia negó con la cabeza.

—Tampoco quiero eso.

—Entonces, ¿se puede saber qué quieres? —espetó Bebelágrimas, con la mirada fija en el arco que empuñaba Mia—. Tienes unas cartas decentes, chica. Puedes decidir cómo se juega la mano.

Mia miró a las otras mujeres, encogidas alrededor del primer carro.

Estaban mugrientas y demacradas, vestidas con poco más que harapos. El camino polvoriento se extendía cruzando la arena roja como la sangre, y Mia sabía muy bien el destino que las esperaba al final de ese camino.

—Quiero volver a la jaula —dijo.

Bebelágrimas parpadeó.

—Pero si acabas de escapar de ella.

—Te escogí sabiendo muy bien lo que hacía, capitana. Tu reputación te precede. No dejas que tus hombres estropeen la mercancía. Y tienes un acuerdo con los Leones de Leónidas, ¿me equivoco?

—¿Leónidas? —La exasperación se insinuó en la voz de Bebelágrimas—. Por la polla ardiente de Aa, ¿qué tiene que ver un establo de gladiatii con todo esto?

—Bueno, ahí está el asunto. —La chica bajó el arco con un asomo de sonrisa—. Quiero que me vendas a ellos.

CAPÍTULO 3

SOMBRAS

Mia yacía desnuda en el suelo, manchada de rojo, con Alenna en sus brazos. La música seguía llegando tenue del baile de arriba, sin que ningún invitado del senador tuviera la menor idea de que su único hijo acababa de morir asesinado bajo sus pies. Don Majo estaba sentado en el cabezal de la cama, mirando el cadáver del joven don. Eclipse se lamía los labios con una lengua traslúcida, y un suspiro de la loba-sombra resonó por el suelo.

La belleza en brazos de Mia tiritó al verlos.

—Ahora voy a apartar la mano, amor —susurró Mia—. No te haré daño. Voy a atarte, luego me vestiré y me escabulliré hacia la luz de los soles y jamás volverás a verme. ¿Te parece bien así?

Alenna asintió con frenesí, parpadeando para quitarse las lágrimas de los ojos.

La suave voz femenina de Eclipse pareció llegar desde debajo de los tablones del suelo.

—... ESO ES UNA NECEDAD...

—... y tú debes de ser toda una experta en necedades, cachorra... —dijo, burlón, Don Majo.

—... MEJOR LIBRARNOS DE ELLA. NO TENEMOS MOTIVO PARA

DEJARLA VIVIR...

—Ni para acabar con ella —replicó Mia—. A no ser que alguien me pague. A ver, ¿uno de vosotros no debería estar vigilando el pasillo por si baja algún guardia?

—... yo vigilé la última vez, cuando te ocupaste de aquel magistrado...

—... MENTIROSO, YO ESTUVE MONTANDO GUARDIA FUERA TODO EL TIEMPO. TÚ TE DEDICASTE A ENGULLIR COMO UNA CERDA EN UN COMEDERO...

— ... ¿y cómo puedes saberlo, si tú estabas montando guardia fuera todo el tiempo?...

—¿Habéis terminado ya los dos? Se pueden contar sin manos las mierdas que me importa quién lo haga, pero más vale que uno de vosotros salga ahí fuera, porque terminará viniendo alg...

Sonó un débil rasgueo en la puerta. Una voz profunda llamó desde el otro lado.

—¿Mi don?

Mia renegó entre dientes y apretó la garganta de Alenna.

—Mi don —dijo una segunda voz—. Vuestro padre reclama vuestra presencia.

Guardias, a juzgar por cómo sonaban. Y eran dos como mínimo.

—... TE TOCABA A TI... —susurró Eclipse con ferocidad.

—... chucha embust...

Mia chistó a sus pasajeros y pensó a toda velocidad. Habiendo guardias al otro lado de la puerta, la posibilidad de escabullirse sin llamar la atención acababa de saltar por los aires. Palomo estaría esperándola con el carruaje, pero no iba a servirle de nada allí abajo. Podía luchar sin problemas, pero estaba desnuda, desarmada a todos los efectos, y el ruido

atraería a más guardias. Las sombras eran profundas, pero al estar los dormitorios en los sótanos, no había ventanas por las que poder...

Mia dio un respingo cuando el codo de Alenna impactó en sus costillas y, con una negra maldición, la joven echó la cabeza hacia atrás y la estrelló contra la nariz de Mia. Al liberarse un poco, Alenna cogió aire y chilló, amortiguada solo en parte por los dedos de Mia.

—¡Asesina! —gritó—. ¡Socorro!

Mia estampó el puño en la cara de la chica, una vez, dos, y la dejó inconsciente. Oyó una palabrota y el fuerte golpe de algo embistiendo contra la puerta.

—¿Mi don? —exclamó alguien—. ¡Abrid!

—... te tocaba a ti...

—... MIENTES...

—¡Que os calléis de una vez!

Mia se puso el vestido por la cabeza mientras la puerta temblaba en sus goznes. Metió la mano en su corsé descartado, recuperó su daga de hueso de tumba y le pareció que el cuervo del puño la censuraba con su reluciente mirada de ámbar. Atrajo a las sombras que la rodeaban y las dejó caer sobre ella, convirtiendo el mundo en negro y desapareciendo en su interior.

La puerta se abrió de sopetón y Mia vio dos figuras borrosas destacadas contra la luz. Una de ellas gritó el nombre de Aurelio y se movió en la que Mia confiaba que fuese la dirección de la cama. La otra vio en el suelo a la chica liisiana, desnuda y ensangrentada, y se acuclilló a su lado. Y con la puerta despejada, Mia arrojó a un lado su capa de sombras y echó a correr.

Los guardias le gritaron que regresara, pero Mia aceleró por el lujoso pasillo hacia la amplia escalera. Arriba aparecieron otros dos guardias, que fruncieron el ceño, confundidos por la chica manchada de sangre que subía los peldaños hacia ellos. Uno alzó una mano para detenerla y la daga de

Mia destelló, dentro y fuera, hasta la empuñadura en el abdomen. El hombre ahogó un grito y cayó por la escalera mientras su compañero daba la voz de alarma y desenfundaba su espada corta. Mia se echó a un lado y gimió cuando la hoja le hizo un profundo corte en el hombro y la parte superior del brazo, aunque su sibilante contraataque atravesó limpiamente el cuello del guardia.

El hombre se derrumbó gorgoteando, pero Mia ya había remontado la escalera y llegado a la planta baja. Irrumpió en el salón principal y los dones y donas nacidos de la médula gritaron sobresaltados al verla, con una hoja ensangrentada en la mano, el pelo oscuro enmarcando unos ojos aún más oscuros que rezumaban furia.

—Disculpad, mi dona —suplicó Mia al derribar a una joven bonita hacia un lado, abriéndose paso por el salón.

Llegaron más guardias a la estancia, pero no estaban muy seguros de a quién perseguir ni por qué. Los dos hombres del dormitorio de Aurelio aparecieron por la escalera, buscaron entre la confusa multitud y por fin divisaron a Mia avanzando a empujones entre el gentío.

—¡La chica de rojo! —vociferó uno—. ¡Detenedla!

—¡Asesina! —gritó el otro—. ¡Ha matado al hijo del senador!

El salón se sumió en el caos. Algunos intentaron asir a Mia y otros huyeron de ella. Cortó a un Administratii adinerado desde el muslo hasta la ingle cuando intentó aferrarla, y dio un codazo en la cara a otro caballero que lo dejó sin sentido. El estilete de su mano y la mirada de sus ojos disuadió a otros benefactores y, con un paso lateral, un empujón y una voltereta, Mia cruzó la puerta doble y corrió por el ostentoso vestíbulo. Cogió una jarra de la bandeja de un patidifuso sirviente y engulló el vino dorado que contenía antes de arrojársela al guardia que iba hacia ella. El pesado cristal rebotó en la cabeza del hombre y lo tiró al suelo.

Salió al jardín del palazzo de Aurelio. Los gritos de «¡Asesina!» resonaron a su espalda y tres guardias llegaron corriendo escalinata arriba para detenerla. Los soles gemelos que refulgían en el cielo estuvieron a punto de cegarla.

—Mierda.

Los tres guardias iban armados con gladius cortos de doble filo, y en sus ojos se leían las ganas de matar. El hombro de Mia sangraba con profusión y le empapaba el vestido. Se vio obligada a ponerse a la defensiva: invocó la sombra del líder de los guardias y adhirió sus botas al suelo antes de rodar entre sus hojas, segó un par de piernas del suelo durante la voltereta y luego se levantó. Corrió entre los caballos y los carruajes que esperaban alrededor del patio de Aurelio y encontró el que buscaba.

—¡Palomo! —rugió.

Un adolescente levantó la cabeza entre la multitud. Llevaba una sencilla máscara volto rectangular, ropa de sirviente y el pelo oscuro muy corto. De la comisura de sus labios colgaba un cigarrillo. Por la mejilla derecha de su máscara descendían tres lágrimas de sangre. No tenía aspecto de ser una mano de la Iglesia de Nuestra Señora del Bendito Asesinato, pero al oír el segundo grito de Mia, se puso en pie como por resorte en el pescante.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Te parece que estoy bien, joder? —gritó Mia corriendo a toda velocidad en su dirección.

Palomo volvió a mirar a la hoja herida y los guardias que la perseguían. Escupió el cigarrillo, echó mano al interior de su abrigo y sacó dos ballestas pequeñas. Apuntó con meticulosidad y derribó a los guardias más próximos a Mia con dos disparos casi simultáneos.

—¡Corre! —gritó gesticulando.

—¡Caramba, gracias por el consejo!

Un silbido cerca de la oreja de Mia le dijo que habían llegado más guardias armados con ballestas y, mientras pasaba como una exhalación entre los anonadados cocheros, una punzada de dolor al rojo blanco en el trasero la informó de que al menos uno de ellos no disparaba mal del todo.

Trastabilló, cayó con una maldición y se raspó las palmas de las manos y las rodillas contra la gravilla. Siseó de dolor, se levantó como pudo y agarró el pivote de ballesta que le sobresalía por detrás.

—Por los dientes de las Fauces, ¿te han dado en el...?

—¡Dispárales tú también, mamón de mierda!

Palomo descargó de nuevo sus ballestas y derribó a otro guardia con un proyectil en la garganta. El chico se agachó para recargar y una lluvia de saetas voló sobre la cabeza de Mia y perforó a dos cocheros y a un semental que se mostró muy molesto. Por desgracia, cuando Palomo se levantó con las ballestas recargadas, una flecha lo alcanzó en el pecho y lo tumbó de espaldas a través del techo del carruaje, entre una fuente de sangre. Mia vio que su mano intentaba levantarse, con los labios teñidos de rojo, pero al final el chico desfalleció con un gímoteo borboteante.

—... YA TE ADVERTÍ QUE ERA IDIOTA...

—... por una vez, estamos completamente de acuerdo...

Mia estaba de pie, buscando cobertura entre los caballos revolucionados y los cocheros temerosos. Pero con el brazo hecho trizas, era imposible que pudiera conducir un carruaje y manejar el látigo a la vez, y los guardias de Aurelio estaban ganando terreno a marchas forzadas.

Su daga de hueso de tumba destelló al cortar las correas de cuero y los aparejos de un semental alto y blanco. Con una mueca de dolor, se aupó a lomos del corcel.

—... ¿has olvidado lo mucho que te odian los caballos?...

—Eso parece.

—... ¡CABALGA!...

Mia azuzó al caballo con las botas y el semental salió al galope, sus cascos levantando la gravilla prensada del patio de Aurelio mientras los guardias le ordenaban a voces que se detuviera.[7] Volaron virotes de ballesta junto a su cabeza y rozando los costados de su caballo, y uno se clavó en sus cuartos traseros. El animal chilló e intentó desmontarla, pero Mia se aferró a él como una sombra a los pies de su propietario. El semental ganó velocidad de repente y cruzó el portón hacia las amplias avenidas de la ciudad de Galante. En la distancia tañeron campanas que resonaron en docenas de catedrales, cúpulas y minaretes distintos. La Misa del Fuego había llenado las calles de gente, juerguistas que gritaron maldiciones cuando Mia pasó al galope en su semental herido.

La hoja echó un vistazo hacia atrás y vio a media docena de guardias a caballo persiguiéndola. La sangre que manaba de su hombro le pegaba el vestido a la piel por detrás. Empezaba a notarse mareada por la pérdida de sangre. Con una pintoresca palabrota, se sacó la flecha que llevaba clavada en el trasero y el suplicio casi hizo que se desmayara. Tenía que salir de las calles, ir a algún lugar oscuro y esconderse hasta que remitiera el jaleo.

Las calles de Galante estaban atestadas incluso allí, en el barrio de los nacidos de la médula. Como poco, demasiado llenas de gente para prolongar mucho la persecución. El arrebató de velocidad de su aterrizado semental ya remitía y el caballo empezaba a cojear por el virote que le habían clavado en su propio trasero. Mia desmontó en el centro de un gran grupo de juerguistas borrachos, con los gritos de los guardias que le daban caza resonando en los oídos. Se metió por un callejón, entre una de las incontables catedrales de la ciudad y un altísimo edificio de los Administratii, y se internó en la madriguera de callejuelas de Galante. Le faltaba el aliento, le bailaba la visión y la hemorragia hacía que le

temblaran las manos. Había perdido toda la sensibilidad en el brazo izquierdo, y la voz de Don Majo la urgía a seguir adelante. Al cabo de un tiempo, encontró una valla de hierro forjado y, tras ella, un océano de lápidas y tumbas invadidas por oscuras malezas y flores de colores vivos.

«La necrópolis de Galante.»

Cruzó renqueando la puerta y se tambaleó entre las ceñidas hileras de mármol y granito cubiertos de musgo, entre los enormes mausoleos donde se apiñaban generaciones de muertos nacidos de la médula. Se acuclilló bajo el alero de una tumba perteneciente a algún hijo de puta ricachón, olvidado mucho tiempo atrás. Y extendió las manos hacia las sombras, las reunió con dedos diestros y las tejió en torno a sus hombros.

Como ocurría siempre, el mundo se volvió negro bajo la capa de Mia. Pero, aun así, oyó a los guardias de Aurelio entrar en la necrópolis, sus botas pisotear las losas. Su capitán ladró una orden y el grupo se dispersó por el denso laberinto de criptas y panteones y sepulcros, entre gritos de «¡Asesina!» que arrancaban ecos de la piedra blanquecina.

Un guardia se quedó donde estaba.

Mia apenas alcanzaba a verlo a través de su velo de sombras, pero le bastó su difusa silueta para saber que era un hombre enorme. Sus botas hicieron crujir la gravilla mientras merodeaba por los mausoleos, murmurando en voz baja. Mia contuvo el aliento cuando el guardia se acercó a su escondrijo, girando la cabeza de lado a lado. Sintió una gota cálida bajando por su espalda y sus sombras se tragaron el arrebatado de temor que la embargó al caer en la cuenta de que, por mucha capa de sombras que llevara, su sangre habría dejado rastro y seguiría acumulándose a sus pies.

El guardia se aproximó con paso cauto a la cripta donde estaba Mia. Y en

lugar de limitarse a rezar para que pasara de largo, la chica arrojó a un lado su capa y se abalanzó sobre él con el estilete en la mano.

El guardia llevaba cota de malla bajo sus elegantes ropas, pero la hoja de hueso de tumba atravesó los anillos de acero como si fuesen de mantequilla. Hundió la daga hasta la empuñadura, pero, al haber atacado a ciegas, le faltó un poco para alcanzar el corazón del tipo. El hombretón gritó mientras Mia atacaba de nuevo y, en esa ocasión, le seccionaba la yugular. Le llovió en la cara un chorro carmesí, cálido y húmedo, y el guardia la agarró por la muñeca y le propinó un gancho terrible en la mandíbula. Mia chocó contra la pared de la tumba, descargó un golpe sobre la mano que la retenía y los dos cayeron rodando al suelo.

El guardia tenía la tráquea intacta y se dedicó a bramar mientras la chica, rugiendo, lo apuñalaba una y otra vez. Dieron vueltas sobre las losas, mientras que tanto Eclipse como Don Majo le advertían con susurros que estaban volviendo los demás guardias. Pero su actual enemigo era inmenso y, por mucho entrenamiento que tuviera, Mia estaba herida, sangrando, y quien crea que no supone ventaja alguna ser el doble de grande que el adversario es que nunca ha luchado contra alguien de la mitad de su tamaño.

Oyó unas botas atronadoras y torció el gesto cuando el guardia la agarró del pelo. La hoja de Mia por fin halló de nuevo el cuello de su oponente y lo dejó tendido en los adoquines proyectando un chorro espumoso y rojo. Mia se levantó como pudo y vio que se aproximaban otros cuatro guardias.

—... ¡corre!...

—¿Cómo? —resolló ella.

—... ¡ESCÓNDETE!...

—¿Dónde?

—¡Alto!

Los cuatro guardias se desplegaron a su alrededor, todos con el uniforme del senador Aurelio. Mia oyó silbidos lejanos en la calle y el troc, troc de botas de legionario. Sin miedo, pese a que estaba mirando a la muerte a la cara, clavó los ojos en el guardia más alto e hizo rodar el estilete entre sus dedos. Pensó en el cónsul Scaeva y en el cardenal Duomo. En su familia, todavía sin vengar. Pero el arrepentimiento procede en última instancia del miedo e, incluso allí, viendo cerca su final, no halló nada de este último en su interior. Solo estaba la ira de que todo terminara así.

—¿Quién morirá primero? —preguntó, mirando furibunda a los hombres que la acosaban.

El más sabio de los guardias apuntó una ballesta cargada a su pecho.

—Diría que tú, zorra —espetó.

La abrumó una sensación gélida, oscura y hueca. Se le erizó la piel ensangrentada. Los soles ardían en lo alto del firmamento, pero allí, en la necrópolis, las sombras eran oscuras, casi negras. Una forma se alzó detrás de los guardias, encapuchada y envuelta en una capa, con sendas hojas de lo que solo podía ser hueso de tumba en ambas manos. Trazó con una de ellas un arco hacia el guardia de la ballesta y le separó la cabeza de los hombros. Los demás guardias gritaron y alzaron sus espadas, pero la silueta se movió como el relámpago y dio uno, dos, tres tajos. Casi en menos tiempo del que a Mia le costó parpadear, los cuatro guardias estaban muertos en el suelo.

—Por los dientes de las Fauces —susurró Mia.

Las sombras que había a sus pies titilaron y Eclipse cobró forma con un gruñido. Don Majó apareció en su hombro, erizado y siseando. Mia notó frío en los huesos mientras sus pasajeros se tragaban el miedo y su salvador se volvía de cara a ella.

No era humano. Eso al menos resultaba evidente. Sí, tenía forma de

hombre bajo aquella capa, alto y de espalda ancha. Pero sus manos... Por el abismo y la sangre, las manos cerradas en torno a las empuñaduras de sus espadas eran negras. Tenebrosas y traslúcidas, con los dedos enroscados sobre las armas como serpientes. Mia no podía verle la cara, pero desde las profundidades de su capucha se retorcían y culebreaban negros tentáculos, que mantenían baja la tela sobre sus rasgos. Y aunque era casi verano profundo y abrasaban dos soles en el cielo, su aliento pendía en nubes blancas al salir de sus labios y a Mia le provocaba gélidos escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Quién eres?

—PREGÚNTATE ESO A TI MISMA... —respondió el ser. Tenía una voz profunda, sibilante, teñida de una extraña reverberación—. MIA CORVERE.

La chica parpadeó.

—¿Me conoces?

La silueta se acercó, de un modo que Mia solo pudo describir como... reptante. Empezó a extenderse una capa de escarcha sobre las tumbas y las criptas de alrededor.

—Sé que estás destinada a más que esto —dijo el ser—. Tu verdad yace enterrada en la tumba. Y pese a ello, tiñes de rojo tus manos para ellos, cuando deberías estar tiñendo de negro los cielos.

—... qué bien, nos ha tocado un críptico...

—Tu venganza es como los soles, Mia Corvere. Tan solo sirve para cegarte.

—¿Se puede saber de qué coño hablas?

Mia oyó gritos y se volvió hacia el sonido de las botas que se acercaban.

—Busca la Corona de la Luna.

Al volver a mirar, descubrió que el ente se había esfumado, como si jamás hubiera existido. El aliento de Mia seguía flotando blanco en el aire, la

gelidez se desvaneció lenta de sus huesos y la voz siguió resonando en la negrura de detrás de sus ojos. Miró a su alrededor en el cementerio, vio solo cadáveres y criptas y se preguntó si estaría soñando despierta.

—... mia, ya vienen...

—... DEBEMOS MARCHARNOS...

Más silbidos. Botas que se aproximaban. Sangre en su rostro y el resto de su piel. Mia recogió la capa de un guardia, la menos manchada de rojo de todas. Y mientras se echaba la capucha, cruzó renqueando la necrópolis lo más rápido que pudo, rebasó con esfuerzo la verja de hierro forjado y desapareció en el laberinto de callejones de Galante.

Dejando solo cadáveres en su estela.

Los Jardines Colgantes de Ashkah eran una visión inigualable bajo cualquier sol.

En Tumba de Dioses, los inmensos jardines de los tejados de la Pequeña Liis rebosaban de novia de soles y rosamiel que ayudaban a amortiguar el hedor del río Rosa con su maravilloso perfume. En Fuerteblanco, los laberintos ajardinados que mandó erigir el rey Francisco III para entretener a sus amantes se extendían kilómetros y kilómetros, y un ejército de esclavos se dejaban la piel para mantenerlos podados, incluso un siglo después de la caída de la monarquía. Las Torres Espinadas de Elai, que superan los veinte metros de altura, están cubiertas de tupidas marañas de videspino. Cuando la vid florece poco antes del verano profundo, las torres se llenan de capullos que pueden verse desde el otro extremo de la ciudad. Pero ningún jardín de la república puede compararse a los Jardines Colgantes de Ashkah, gentiles amigos.

Ni por su majestuosidad, ni por sus horrores.

Lo primero que asaltó a Mia fue el olor. Invadió la peste de su jaula estando a kilómetros de distancia de la ciudad. Sangre, sudor y la miseria más negra. Mordiéndose el labio, contempló la metrópolis que se alzaba de la neblina muy por delante de su carro. Varios niños se echaron a llorar, seguidos por las mujeres más jóvenes. Mia sintió que su sombra se inflaba cuando fijó la mirada en el destino de su travesía.

Nunca temas.

Los Jardines Colgantes fueron fundados por exploradores liisianos tras el derrumbamiento del Imperio Ashkahi. En los siglos transcurridos desde la caída, el puerto se había extendido hasta convertirse en la mayor metrópolis de la costa, y en la actualidad era el núcleo más importante de los mares meridionales para obtener el combustible que alimentaba el fuego de la República Itreyana.

«La esclavitud.»

La ciudad portuaria estaba levantada en piedra roja al borde de una bahía natural. La arquitectura era una combinación de antiguas ruinas ashkahi y agujas y cúpulas de diseño liisiano, construidas sobre los restos de la antigua ciudad. Y rodeando por completo los Jardines Colgantes, pendían miles de jaulas ocupadas por miles de cadáveres humanos.

Algunos llevaban décadas allí y de ellos quedaban solo huesos raídos. Otros habían muerto hacía poco. Pero por los lastimeros gimoteos que se alzaban sobre la lejana y ajetreada metrópolis, Mia supo que había centenares de ellos que aún seguían con vida. Los habían dejado colgando en sus jaulas hasta que murieran.

Los Jardines Colgantes de Ashkah. Sus flores eran de hueso y carne.[8]

Y Mia había llegado por fin.

La caravana cruzó traqueteando unos amplios portones de madera y la peste fue creciendo en la misma medida que el calor. Las calles estaban abarrotadas

y el puerto, rebosante de barcos procedentes de toda la república. Algunos descargaban y otros zarpaban repletos de ganado para la reventa. Era la temporada de mercado, cuando las tripulaciones de esclavistas regresaban de sus incursiones por las costas ashkahi y de más al este con las bodegas llenas de carne fresca. Los legionarios itreyanos se rozaban por la calle con los mercaderes liisianos, y el estrépito de la moneda y la aflicción saturaba el aire.

Mia notó que alguien se ponía a su lado después de abrirse paso a empujones. Al volverse, vio a una mujer delgada que miraba boquiabierta las calles, sin color en el rostro.

—Que Aquel que Todo lo Ve nos ayude...

Mia miró los dos soles del cielo con los ojos entornados.

—No creo que esté escuchando —musitó.

La caravana se detuvo en el agitado borde de la plaza del mercado. Bebelágrimas bajó del pescante, fue cojeando hasta la parte de atrás del carro de las mujeres, retiró la lona y señaló a Mia.

—Muy bien, chica —dijo—. Para el Agujero vamos.

La capitana abrió la cerradura de la jaula y retrocedió ballesta en mano. Ya había comerciantes amontonándose en torno al carro, toqueteando el género a través de los barrotes y evaluándolo. Un grupo de matones a sueldo del mercado empezó a descargar a los hombres del carro de cola, y los grilletes entonaron una canción herrumbrosa mientras los prisioneros saltaban a la tierra apisonada. Mia salió de su carro y miró la muchedumbre que la rodeaba.

«Ya estoy aquí.»

Ocultó la sonrisa tras los enmarañados mechones de su pelo.

«Un paso más cerca.»

El Agujero estaba excavado en el lado opuesto del mercado, y Mia alcanzó a oírlo mucho antes de posar en él la mirada. Vítores desganaos y gruñidos

de dolor, el tintineo de la moneda y el crujido del hueso. Mientras cruzaban la bulliciosa plaza, al menos una docena de mercaderes hicieron parar a Bebelágrimas interesados en comprar a Mia. La chica tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para mantener a raya su temperamento mientras los hombres manoseaban sus curvas y comprobaban sus dientes con dedos sucios. Pero Bebelágrimas rechazó todas las ofertas que le hacían por Mia, respondiendo que pronto saldría a la venta en el Agujero. Las negativas de la capitana se recibieron con incredulidad o desaliento, y un mercader declaró que era «desperdiciar unas buenas tetas». Pero Bebelágrimas se mantuvo firme y las dos siguieron andando.

El Agujero era justo eso: un hoyo de tres metros de profundidad y quince de anchura, excavado en el suelo y cercado por paredes de caliza. A un lado se alzaba un amplio corral, cuyos barrotes de hierro oxidado retenían a una multitud de esclavos musculosos. El Agujero estaba rodeado de gradas de caliza, atestadas de vociferantes corredores de apuestas y escandalosos jugadores. Y en el anillo más interno, atendidos por sus segundos y sus sirvientes, Mia vio a más de una docena de sanguilas.[9]

Mia se quedó con la cabeza gacha ante las puertas de hierro del Agujero. Unos legionarios itreyanos con yelmos emplumados estaban examinando la mercancía de otro esclavista antes de permitirle el paso. Por debajo de su enmarañada cortina de pelo, la chica susurró:

—¿Ves a Leónidas?

—Sí, ahí. —Bebelágrimas señaló con la cabeza hacia más allá del corral —. Ese hijo de puta gordinflón.

—Son todos unos hijos de puta gordinflones.

—El hijo de puta más gordinflón, pues.

Mia entrecerró los ojos y acabó distinguiendo a un itreyano que estaba sentado bajo un ancho parasol. Iba vestido con levita larga a pesar del calor y

llevaba el pañuelo ceñido al cuello por un broche con forma de cabeza de león. Tenía la cara morena y el cuerpo rechoncho de comer y beber demasiado durante demasiados años. A su lado estaba sentado otro itreyano, grande y musculoso, que observaba el Agujero con ojo crítico.

—Ese otro es Tito —dijo Bebelágrimas—. Es el *executus*, entrena a todo el ganado de Leónidas.

—Sé lo que es un *executus* —murmuró Mia.

—¿Seguro? Porque, si me gustara apostar, me jugaría hasta el último mendigo a que no tienes ni puñetera idea de lo que estás haciendo.

—Ya te lo dije —repuso Mia—. Leónidas ha entrenado a dos de los tres últimos campeones del Venatus Magni. Tiene puestos de salida en todos los circos. Soborna a los funcionarios correctos y chantajea a la gente que debe. Si quiero ganar mi libertad, lo que más me conviene es que me entrene él.

—Pero ¿por qué, chica? —exigió saber Bebelágrimas—. ¿Podrías haberte marchado libre en el desierto! ¿Por el abismo, te dejo marchar libre ahora mismo! Me salvaste de aquellos saqueadores en el desierto, y yo pago mis deudas. En nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿por qué quieres ser gladiatii?

—Hice una promesa —respondió Mia—. Y pretendo cumplirla.

—¿Qué clase de promesa puede mantenerse en un sitio como este?

Mia miró hacia el Agujero y su voz salió como un susurro.

—Una promesa roja.

—Esto es de locos.

—... *es más sabia de lo que aparenta...*

El susurro llegó desde la sombra que daba el pelo enredado de Mia, demasiado tenue para que la capitana lo oyera. Bebelágrimas se quitó el tricornio y se pasó la mano por el pelo. Miró de soslayo a Mia y suspiró.

—Una chica como tú no pinta nada en este negocio.

—Créeme, capitana —replicó Mia—, nunca has conocido a una chica como

yo.

Bebelágrimas maldijo, pero, fiel a su palabra, avanzó hacia los legionarios de la entrada. Los dos hombres la saludaron con la cabeza y levantaron las cejas al reparar en la joven flacucha que iba encadenada a su lado.

—¿Te has perdido, capitana? —preguntó el legionario grande.

—Los rediles de placer están por allí —dijo el legionario más grande señalando con la cabeza hacia la bahía.

Bebelágrimas se sorbió con fuerza la nariz y escupió en la arena.

—Apartaos, apestosos hijos de puta. Tengo una luchadora nata que colocar y no puedo perder tiempo charlando con quienes no muestren moneda.

El más grande miró extrañado a Mia.

—¿Y piensas vender esta delgaducha a un sanguila?

Los legionarios estallaron en sonoras carcajadas y se agarraron los costados como malos actores en una pantomima. Mia mantuvo la cabeza gacha mientras Bebelágrimas se encaraba con el primer guardia. Por grande que fuera, la mujer lo igualaba en corpulencia.

—¿Alguna vez he traído mal género aquí, Paulo? —Miró al otro hombre—. No me digas cómo llevar mi negocio, capullo gallito. Lo conozco bien, y está en el puto Agujero.

Los soldados se miraron, algo avergonzados. Se apartaron con leves encogimientos de hombros y dejaron pasar a Bebelágrimas y Mia al corral. Un hombre mantecoso que llevaba una tableta de cera apuntó el nombre de Bebelágrimas, y un chico bizco marcó el brazo de Mia y la espalda de su túnica con un número en pintura azul. Mia lo observó mientras trabajaba, preguntándose de dónde procedería, cómo había terminado allí. Vio el círculo arkímico que llevaba tatuado en la mejilla.[10]

El chico cogió a Mia por los grilletes y empezó a tirar de ella hacia los

otros esclavos. La chica se resistió un momento y miró a Bebelágrimas a los ojos.

—Una cosa más, capitana —dijo en voz baja.

—¿Ah, sí? —La capitana enarcó una ceja—. ¿Tantos favores crees que te debo?

—Me debes tu vida. Yo a eso lo llamaría el favor más gordo que existe. Algún giro, podría querer cobrármelo. Y sería estupendo no tener que pedírtelo dos veces.

Bebelágrimas respiró hondo.

—Como te he dicho, yo pago mis deudas.

Satisfecha, Mia se dejó arrastrar al calor sofocante con el resto del ganado humano. Miró a su alrededor y cayó en la cuenta de que era una de las dos únicas mujeres. La otra era una dweymeri con las manos como sartenes. Tenía los ojos fijos al frente, concentrada en lo que pasaba en el Agujero y evitando las miradas curiosas de sus compañeros de corral.

Parecía un procedimiento bastante sencillo. Los tratantes de carne como Bebelágrimas se paseaban por las gradas cantando maravillas de su mercancía a los sanguilas. Y de una en una, a esas posesiones se les daba una espada de madera y se las arrojaba de cabeza a un violento combate.

Había media docena de luchadores profesionales en el centro del Agujero, todos ellos montañas de músculo y cicatrices. Cuando se empujaba a un aspirante a la arena, un luchador al azar cogía otra espada de madera y emprendía la tarea de hundirle el cráneo con ella. El público apostaba, abucheaba y aullaba, y si el rival seguía en pie al cabo de unos minutos, los sanguilas podían pujar para llevárselo. Los que parecían prometedores luchando acababan en una escuela. A los que fracasaban se los llevaban a rastras para revenderlos en algún otro distrito de los Jardines Colgantes.

Mia miró al sanguila Leónidas. El hombre estudiaba los combates como una

araña estudia a las moscas, pero jamás pujaba. Los Leones de Leónidas eran los mejores gladiatii de la república, y Leónidas pasaba seis meses cada año recorriendo los mercados costeros y escogiendo uno por uno a los esclavos. Si Mia quería llamarlo *domini*, tendría que impresionarlo.

Por suerte, nadie llegaba a hoja de la Iglesia Roja siendo torpe con la espada.

El hombre de la tablilla gritó el número de Mia. La puerta del corral se abrió. El chico bizco le quitó los grilletes y le entregó un gladius de madera lleno de muescas que, en circunstancias normales, a Mia no le habría valido ni para leña. Y sin más ceremonia, un empujón arrojó a Mia al centro del Agujero.

En las gradas sonaron abucheos, risotadas ahogadas y procacidades a borbotones. La visión de una chica flaca y de pelo negro, patizamba en el centro de la arena, no parecía estar impresionando a los plebeyos del público, y mucho menos a los dueños de sangre.

—¡Por la polla ardiente de Aa, será una broma! —gritó uno.

Llovieron al Agujero escupitajos y maldiciones, y todos los sanguilas bajaron unas miradas desinteresadas a sus libros de cuentas; tratara de lo que tratase aquel chiste, saltaba a la vista que a ninguno le hacía gracia. Un luchador del Agujero levantó una ceja mirando al tabllero, que se limitó a asentir con la cabeza. El hombretón se encogió de hombros, cogió su espada de madera y fue a zancadas hacia Mia. Era un dweymeri ancho como un puente, de piel marrón brillante por el sudor.

—Quédate quieta, chavala —gruñó—. No te dolerá mucho rato.

Mia hizo caso del consejo y permaneció inmóvil mientras el grandullón se acercaba. Pero cuando el gigante alzó su hoja para aplastarle el cráneo, la chica se movió. Rápida como las sombras.

Un paso lateral, el silbido de la hoja junto a su cabeza. Mia hizo impactar su

gladius de madera contra la muñeca del hombre y partió hueso. Algunos sanguilas se volvieron para mirar cuando el luchador dio el primer chillido. Mia le dio una patada salvaje en la rodilla, recompensada con un nauseabundo crujido cuando la articulación se dobló del todo hacia donde no debía. El grandullón cayó con un bramido y, con deliberada brutalidad, Mia le hincó su hoja de madera hasta el fondo de la garganta y le hizo papilla la laringe.

Una espuma roja salpicó los labios del hombre mientras dirigía una mirada incrédula a Mia. La chica se pasó el pelo por detrás del hombro y susurró:

—Escúchame, Niah. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Tenlo cerca.

Y con un último gorgoteo, el luchador cayó muerto a la arena.

Entre la multitud surgieron unos murmullos perplejos. Mia hizo una reverencia a los sanguilas, como una nueva dona en su baile de debut. Luego se volvió hacia el siguiente luchador de la hilera y señaló con la espada de madera a su cabeza.

—Te toca, guapito.

El luchador (que en verdad era más bien guapito) miró a sus compañeros, al cadáver del suelo y por último al tablillero. El hombre mantecoso alzó la vista hacia los sanguilas, que observaban a Mia con atención. Y volviéndose hacia el espadachín, el tablillero asintió.

El combatiente salió hacia ella y Mia trotó en su dirección. El enfrentamiento duró menos de diez segundos y terminó con la huella de Mia grabada en la entepierna del hombre y su espada de madera embutida en su bonito cuello hasta el puño. La chica se volvió hacia el público e hizo otra reverencia.

—Cien sacerdotes —dijo alguien.

—Ciento diez.

Mia sonrió detrás de su pelo mientras los sanguilas seguían pujando. Al

momento, su precio había alcanzado las doscientas monedas de plata, una cifra más que decente se mirara como se mirase. Pero observando las gradas, vio que Leónidas y Tito no habían abierto la boca. Aunque el sanguila la miraba con atención, y aunque Bebelágrimas estaba susurrando al oído de Tito y este asentía despacio, Leónidas no alzó la voz para pujar.

«Es hora de avivar la llama.»

Mia sacó su hoja de la garganta del luchador muerto, se volvió hacia el tercer hombre y habló lo bastante alto para hacerse oír desde las gradas.

—Tú. Te toca.

El hombretón miró los dos cadáveres a los pies de Mia.

—Y una mierda —rebufó.

—Tráete a tus amigos. —Mia sonrió a los otros dos luchadores—. Siempre he querido probar con tres a la vez. —Arrojó su espada de madera a la arena—. ¿O es que sois todos unos cobardes?

La multitud abucheó y se burló a gritos, y los luchadores del Agujero se picaron. Que los derrotaran en su propio terreno era una cosa, pero tragarse el plato de mierda que les ofrecía una chica que medía la mitad que ellos era otra. Con los ojos relucientes y las espadas alzadas, los tres hombres salieron al Agujero.

Y con una sonrisa oscura, la chica fue a su encuentro.

CAPÍTULO 4

OFRENDA

—Por los dientes de las Fauces, ¿vamos a estar aquí hasta la veroluz? —
masculló Mia.

Pietro arqueó una ceja y vertió otra medida de vino dorado en su hombro sanguinolento. Mia puso una mueca de dolor y dio otra calada al cigarrillo con mano temblorosa. Estaba sentada en un banco bajo de piedra, con Pietro a su espalda, ataviado con su habitual túnica negra. La mano se afanaba en coserle el corte ensangrentado del hombro y le había sujetado una enorme gasa plegada al trasero, que ya estaba empapándose de rojo.

Era una cámara sobria, de paredes de piedra oscura iluminadas por tenues orbes arkímicos. Como casi todas las estancias de la capilla de Galante, estaba perfumada con un leve hedor a mierda. Los siervos de Nuestra Señora del Bendito Asesinato en el Puerto de las Iglesias[11] habían construido su escondrijo en la amplia red de cloacas, bajo la piel de Galante, y era difícil sustraerse al olor. En los ocho meses de servicio que llevaba en la ciudad, Mia se había acostumbrado, pero seguía prefiriendo pasar allí abajo el menor tiempo posible. Si no necesitaba suturas o suministros, en realidad solo visitaba la capilla cuando tenía que hablar con...

—Hay que joderse pero bien jodida —dijo una voz familiar—. Mira lo que ha traído el gato-sombra.

Mia alzó la mirada y vio a una mujer de pie en el umbral, vestida con calzas de cuero, botas largas y una blusa de terciopelo negro. Era delgada como un palo, y tenía el cabello castaño cortado con un estilo muy masculino y sombras oscuras bajo los ojos. Caminaba con un particular contoneo y llevaba encima más cuchillos de los que llegaría a poder usar cualquier persona cuerda.

—Obispa Diezmanos —dijo Mia agachando la cabeza—. Me levantaría para inclinarme, pero al virote de ballesta que llevo clavado aquí detrás no le gusta mucho la idea.

—Una nuncanoché interesante, pues —repuso la mujer con una sonrisa divertida.

—Hay quien dir... ¡Au, joder! —Mia volvió a mirar furibunda hacia atrás—. Por el abismo y la sangre, Pietro, ¿estás dándome puntos o cosiendo un vestido?

—Vale, muy bien, largo de aquí —dijo Diezmanos al atribulado cirujano—. Ya termino yo con ella. Quiero hablar a solas con nuestra hoja.

—Mi obispa.

Pietro inclinó la cabeza, colocó una gasa sin ningún miramiento en el hombro sangrante de Mia y abandonó la sala. Diezmanos rodeó a Mia hasta quedar detrás y retiró el vendaje, provocando una mueca de dolor a la joven porque la sangre se le había pegado a la piel.

Diezmanos era una figura infame en las leyendas de la Iglesia Roja, una antigua hoja de la Madre con casi veinte muertes santificadas en su haber. El viejo Mercurio le contó a Mia historias de la mujer en sus años de juventud, y Mia siempre había sido una especie de admiradora.[12] Sirviendo en el Puerto de las Iglesias, Mia había descubierto que a la

obispa le importaba poco la urbanidad. Y la frivolidad. Pero le gustaban los resultados, de modo que, por suerte, Mia le caía bien.

—Eso tiene pinta de doler —musitó Diezmanos, echando un vistazo a la espantosa herida que cruzaba la espalda y el hombro de Mia.

—Cosquillas no hace.

La obispa cogió la aguja de hueso y empezó a coser la herida de Mia con dedos firmes.

—¿El dolor ha merecido la pena?

Mia arrugó el gesto y dio una larga calada a su cigarrillo de clavo.

—Al hijo del senador Aurelio le están tomando medidas para la máscara mortuoria ahora mismo.

—¿Has utilizado el lamento?

Mia asintió con la cabeza.

—En los labios, como me sugeristeis.

—No te preguntaré cómo llegaste a la boca del joven don, entonces.

—No se cuenta a quién se besa.

—¿Y dónde está el joven Palomo?

—Por desgracia, mi joven mano no llegará a la tardera —respondió Mia con un suspiro—. Nunca más.

—Qué pena.

—Nunca fue el filo más cortante del aparador, mi obispa.

—A falta de pan, buenas son tortas. —Diezmanos clavó la aguja para dar otra puntada—. Desde que los Järnheim nos degollaron, la calidad escasea por estos lares. Mejorando lo presente, por supuesto.

Mia se mordió el labio y suspiró. La obispa Diezmanos estaba en lo cierto: costaba encontrar buenas manos y hojas en la Iglesia Roja en giros recientes. Galante nunca había sido un destino de mucho glamour, y la

mayoría de los siervos de Niah apostados allí soñaban con cometidos más grandiosos. Pero todo iba peor que nunca tras el ataque Luminatii.

Ocho meses más tarde, el rebaño de Nuestra Señora del Bendito Asesinato todavía sangraba por la herida que le habían infligido Ashlinn Järnheim y su hermano por orden de su padre. Pero no fue solo el asesinato de mi señor Casio lo que hizo tambalearse a la iglesia, aunque la pérdida del Príncipe Negro ya habría sido lo bastante grave. Torvar Järnheim no solo había hecho que sus hijos sirvieran al Sacerdocio en bandeja a los Luminatii; el viejo asesino también había revelado el emplazamiento de todas las capillas de la Iglesia Roja en la república.

Y así, mientras el justicus Remo invadía el Monte Apacible, los Luminatii habían lanzado ataques simultáneos por toda Itreya. Las capillas de Dweym y Galante seguían intactas,[13] pero todas las demás fueron destruidas.

Lo peor de todo era que Torvar había revelado nombres, pseudónimos, últimos domicilios conocidos. Entre la traición de Torvar y los ataques Luminatii, Nuestra Señora del Bendito Asesinato había perdido casi tres cuartas partes de sus asesinos en una sola nuncanoché.

Como decía la obispa, la Iglesia Roja estaba degollada. Con toda probabilidad, era solo por ese motivo que a una hoja tan joven como Mia se le confiaran ofrendas como la de Gayo Aurelio. En los ocho meses que llevaba destinada en Galante, había acabado con tres hombres y una mujer en nombre de la Negra Madre. La mayoría de las hojas de su edad podrían considerarse afortunadas si, para entonces, las hubieran enviado a su primer asesinato.

Mia estaba agradecida por la oportunidad de mostrar su valía. Pero el problema era que su lista de gargantas que rajar estaba creciendo, no menguando. Había matado al justicus Remo, pero el cónsul Scaeva y el sumo cardenal Duomo seguían con vida. Su familia aún no estaba vengada. Y tras

el asesinato de Tric a manos de Ashlinn durante el asalto Luminatii, Mia tenía una tráquea más que abrir antes de considerar cumplida su venganza.

Y atrapada allí, en Galante, no podía acercarse a ninguno de ellos.

Mia tensó la mandíbula mientras la obispa seguía cosiéndola, pensando en aquel... ser que la había abordado en la metrópolis. La verdad era que le había salvado la vida. Haber estado tan cerca de la muerte debería haberla dejado inquieta, pero, como siempre, sus pasajeros devoraban cualquier indicio de miedo que pudiera sentir, al doble de velocidad que cuando llevaba solo a Don Majo. No se notaba ni por asomo asustada. Y en consecuencia, solo le quedaban preguntas.

¿Qué era?

¿Qué tenía que ver con ella?

¿«La Corona de la Luna»?

Había leído esas palabras antes, enterradas en las páginas de...

—Dicen que has tenido algún problema con los guardias de Aurelio — comentó Diezmanos, y dejó la sutura un momento para dar un trago al vino dorado medicinal.

—Nada con lo que no pudiera —repuso Mia.

—Sueles trabajar con un poco más de discreción.

—Disculpádmeme, mi obispa, pero no me pedisteis discreción —dijo Mia con una leve irritación en la voz—. Me pedisteis un hijo de senador muerto.

—Una cosa no quita necesariamente la otra.

—Pero puestos a elegir, ¿cuál preferís?

Mia siseó cuando la obispa vertió más alcohol en su herida, ya cerrada, para luego envolverla con largas tiras de gasa.

—Me gustas, Corvere —dijo Diezmanos—. Me recuerdas a mí misma en mis giros jóvenes. Tienes más huevos que la mayoría de los hombres que he conocido. Y cumples con tus muertes, así que un poco de ego sí que te lo has

ganado. Pero si quieres un consejo, harás bien dejando atrás esa boca que tienes cuando vuelvas al Monte Apacible. Al Sacerdocio no le caes tan bien como a mí.

—¿Y por qué iba a volver? Estoy apostada en...

—El orador Adonai acaba de enviar una misiva de sangre —la interrumpió Diezmanos—. El Sacerdocio reclama tu presencia.

Los ojos de Mia se entornaron por la sospecha y se le puso la piel de gallina.

—¿Por qué? —preguntó.

Diezmanos se encogió de hombros.

—Yo solo sé que me dejan con una asesina menos y un buen montón de cuellos pendientes de rajar. Si pudiera asignar a las hojas más de una ofrenda a la vez, algo adelantariamos. Pero eso sería incumplir la Promesa.

[14] Así que cuando veas a ese mamón de Solis, hazme el favor de darle un buen rodillazo en la bragueta, ¿quieres?

La mente de Mia se puso en marcha y la sospecha y la emoción se entremezclaron en sus entrañas. Que la reclamara el Sacerdocio podía significar cualquier cosa. Un nuevo destino. Una reprimenda. Un castigo. Había servido bien a la Madre los anteriores ocho meses, pero todos los shahiids del Monte Apacible sabían que había fracasado en su prueba final, cuando se negó a matar a un inocente. Si logró llegar a ser una hoja fue solo porque mi señor Casio la ungió mientras yacía moribundo en la arena de Última Esperanza. Quizá la buena voluntad que le había granjeado su aprobación por fin estuviera agotándose...

¿Cómo saber lo que la esperaba al llegar?

—¿Cuándo me marchó? —preguntó Mia.

Diezmanos alzó su aguja de hueso y lanzó una mirada significativa al trasero de Mia.

—*En cuanto puedas andar.*

Mia suspiró. No tenía sentido mortificarse por cosas que no podía cambiar. Y volviendo al Monte Apacible, podría hablar otra vez con el cronista Aelio y ver a Naev. Quizá encontrara alguna de las respuestas que buscaba.

—*Agáchate —ordenó la obispa—. Intentaré hacértelo suave.*

Mia cogió la botella de vino dorado medicinal y le dio un buen trago.

—*Seguro que eso se lo decís a todas.*

Resultó que tres hombres a la vez fueron casi demasiados para Mia.

El combate había empezado bastante bien. Los luchadores del Agujero habían avanzado, azuzados por los abucheos de la muchedumbre y por el hecho de que Mia había soltado su espada de madera. El primero, un fornido itreyano, bramó un grito de guerra y lanzó un espadazo contra su cabeza. Y con una breve mirada, Mia invocó la oscuridad de debajo de sus pies.

Allí fuera, a la luz de dos soles, las sombras eran torpes y pesadas. Pero Mia se había hecho más fuerte, en sí misma, en lo que era, y llevaba años practicando aquel truco en particular. Con solo mirar un instante, adhirió las botas del enorme itreyano a su propia sombra y detuvo su carga en seco. Se acercó a él mientras perdía el equilibrio y le dio un puntapié en la rodilla seguido de un puñetazo en el cuello y, mientras el hombre caía hacia atrás, hizo una pirueta y atrapó la espada que salió despedida de la mano del luchador, para regocijo del público.

—... *ahora estás pavoneándote...*

—*Esa es la idea, jod...*

Recibió un golpe en la nuca que la dejó tambaleándose. Apenas logró volverse y bloquear la siguiente andanada, retirándose a trompicones hasta

acabar en algo similar a una guardia. Los otros dos luchadores, un enorme liisiano con la cara picada de viruelas y un dweymeri más alto con solo siete dedos, se lanzaron hacia ella sin darle tiempo a recobrar el aliento. La obligaron a retroceder por el Agujero mientras le goteaba la sangre cálida del cuello a su espalda.

Sietededos avanzó y la atacó en la cara, el cuello, el pecho. Mia contraatacó, trabó su arma y se introdujo en su guardia, pero la espada de Viruelas cayó contra sus costillas antes de que pudiera atacar, y un codazo la envió despatarrada por la arena.

Mantuvo asida su espada y rodó a un lado mientras los dos intentaban aplastarle la cabeza con las botas. Arañó el suelo, arrojó un puñado de arena roja a los ojos de Viruelas, proyectó la pierna y barrió a Sietededos al suelo. Se levantó dando una voltereta y propinó al cegado Viruelas un pisotón en los cojones tan fuerte que despertó un gemido de simpatía en todos los hombres del público. Y animada por sus vítores, le incrustó el puño de la espada en la cara y le extendió la nariz por las mejillas.

—... *detrás de ti...*

Se volvió y a duras penas logró parar un tajo que le habría hundido el cráneo. El itreyano fornido había vuelto a levantarse, con el mentón manchado de vómito y saliva. Mia bailó con él en la arena, golpe y contragolpe, atajo y finta. Fornidito era inmenso y el doble de fuerte que ella. Pero lo que a Mia le faltaba en tamaño lo compensaba con rapidez y pura y enconada ferocidad. El itreyano descargó un fuerte tajo que partió en dos el gladius de Mia al bloquearlo. Pero con un grito inarticulado, Mia se coló en el interior del revés que vino a continuación, agachada, y le clavó la espada rota por debajo de la barbilla. La madera astillada le perforó el cuello y los chorros de sangre cubrieron las manos de Mia mientras Fornidito se derrumbaba.

—... *jizquierda, izquierda!...*

El susurró de Don Majo la hizo girarse, pero demasiado tarde. Un gladius la alcanzó en el hombro y la proyectó a un lado mientras la muchedumbre rugía. Sietededos atacó de nuevo y le castigó las costillas, dejándola dolorida y casi sin aliento. Mia le trabó el brazo de la espada y tiró de él. Olió a sudor, a mal aliento, a sangre. Sietededos le aporreó la cara con el puño, una vez, dos, y con un grito quebrado, Mia llamó a las sombras y le fijó los pies al suelo mientras empuñaba todas sus fuerzas en empujarlo. Con los pies enraizados, el hombre cayó hacia atrás y Mia sobre él. Encontró su boca con los dedos, se los metió y los combó como anzuelos antes de tirar hacia fuera.

El hombre chilló cuando se le partieron los labios y el público aulló. La chica empezó a descargarle puñetazos en la mandíbula, una, dos, tres veces. Manos rojas. Dientes rechinando. Sangre en su boca. Imaginándose a un sonriente cónsul de bonitos ojos oscuros. A un sumo cardenal con la barba como un seto y la voz como la miel. Sus caras hechas papilla mientras lo aporreaba otra vez...

—... *mia*...

... y otra más, visualizando a su madre, su hermano, su padre, todo lo que había perdido, todo lo que le habían arrebatado, y el hombre que tenía debajo se convirtió en solo un enemigo más, solo otro obstáculo entre ella y el giro en el que por fin podría escupir en todas sus putas tumb...

—... *¡mia!*...

Se quedó quieta. Empapada de sudor. Con la respiración ardiente. Cubierta de cálido y pegajoso rojo. Sintió la gelidez de Don Majo, mezclada con la sangre de su nuca. El mundo se enfocó de nuevo y le atronó en los oídos. Y por debajo de los abrumadores latidos y los ecos de su pasado, los oyó. Inflándose en su pecho y haciéndole cosquillear las yemas de los dedos.

Aplausos.

Se levantó, pintada de rojo hasta los codos. La multitud de las gradas estaba

en pie y Bebelágrimas atendía una andanada de pujas que estaban haciendo los sanguilas desde el borde del Agujero. «Trescientas platas. Trescientas cincuenta. Cuatrocientas.» Y con piernas temblorosas, la chica cruzó el Agujero y se plantó delante de Leónidas. Miró a los ojos al hombre que esperaba que fuese su amo y cayó en una perfecta reverencia ante él.

—*Domini* —dijo.

El sanguila la contempló con los ojos entrecerrados. Su *executus* le susurró algo al oído. Y mientras una nube de mariposas alzaba el vuelo en la tripa de Mia, Leónidas alzó una mano y habló con una voz que resonó por todo el Agujero.

—Mil monedas de plata.

Se alzó un murmullo entre el público y el corazón de Mia cantó. ¡Menuda suma! A decir verdad, era excesiva; el hombre podría haberse librado de casi toda la competencia con la mitad de eso. Pero Mia sabía que al *domini* de los Leones de Leónidas le gustaba dar espectáculo, y con su puja estaba diciendo a todos los presentes en el Agujero que no tenía ganas de regatear.

Leónidas quería llevársela. Y por tanto, se la llevaría. Al cuerno con el precio.

Había salido perfecto. Si Mia combatía junto a los Leones de Leónidas, tenía casi asegurado un puesto en el Venatus Magni. Y cuando los juegos concluyeran, cuando ella se alzara victoriosa en el estrado...

—Mil una —dijo alguien.

El estómago de Mia se congeló. Miró hacia las gradas y vio que una figura salía de entre la multitud. Iba envuelta en una larga capa a pesar del calor, y se quitó la capucha para revelar un rostro bello y joven, largo cabello castaño rojizo y una pálida piel itreyana.

Una mujer.

—... *¿quién es esa?* ...

—Ni zorra idea —susurró Mia.

—Mil una monedas de plata —repitió la mujer.

Los ojos de Mia se entrecerraron. No había oído hablar nunca de una mujer sanguila. Aunque había habido varias gladiatii famosas, el circuito del *venatus* siempre lo había dirigido la prudente mano del hombre. Quizá la recién llegada fuese una agente de otro *domini*. ¿O tal vez un truco del tablillero para incrementar el precio?

Mia miró expectante a Leónidas. Fuera quien fuese aquella mujer, el mejor sanguila de la historia no iba a dejarse amedrentar por una sola moneda de plata.

El rostro de Tito era una máscara de inexpresividad. Leónidas lanzó una mirada a su *executus*, devolvió los ojos a la recién llegada y habló como si las palabras le agriaran la boca.

—Esto resulta un tanto pueril, ¿no crees, querida?

La sonrisa de la mujer se extendió por su cara como veneno.

—¿Pueril? ¿A qué te refieres?

—Me cuentan que apenas tienes un puñado de monedas de cobre con las que ir tirando —dijo Leónidas—. Si tu intención es avergonzar al *patriis familia* de tu propia casa, ¿no existen maneras más baratas de hacerlo?

La sonrisa de la mujer se ensanchó y a Mia el estómago le dio un vuelco.

—Te agradezco la preocupación —dijo ella—. Pero esto son solo negocios, padre.

—... *ay, madre...*

—Te lo he dicho muchas veces, Leona —advirtió Leónidas—. El *venatus* no es lugar para mujeres. Y el palco de los sanguilas no es lugar para ti.

—¿Te asusta que mis Halcones puedan eclipsar a tus Leones, querido *patriis*?

Leónidas soltó un bufido.

—Unos laureles de vencedor en un tugurio de pueblo no otorgan categoría alguna a un *collegium*.

—En ese caso, no te importará que me lleve a la belleza sanguinaria, ¿verdad?

Leona desvió la mirada hacia Mia. Leónidas también clavó la suya en ella. Mia dio un paso adelante, componiendo un ruego tras los dientes. Pero el bisbiseo de Don Majo la detuvo.

—... *recuerda quién eres. y quién finges ser...*

El no-gato tenía razón. Era ella quien había escrito el guion, a fin de cuentas, y quien tenía el papel más difícil de interpretar. Si quería luchar en las arenas al servicio de un *collegium* de gladiatii, solo podía hacerlo siendo de su propiedad. Y las propiedades no abrían la boca a menos que se les hablara antes. Y mucho menos se interponían en una competición pública de meadas entre padre e hija.

«Mierda.»

Mia se quedó mirando al sanguila Leónidas con ojos suplicantes. ¡Con lo bien que lo había planeado! Había combatido como un daimón, se había granjeado la aprobación de todos los dueños de sangre del Agujero. Estaba a tan solo una palabra, tan solo una puja de ingresar en el mejor *collegium* de toda la república. Un paso más cerca de la garganta de Duomo. Lo único que tenía que hacer Leónidas era decir...

—Muy bien, Leona. —Leónidas fingió indiferencia encogiéndose de hombros y apartó la mirada de su hija—. Llévatela. Al fin y al cabo, de poco va a servirte.

Leona compuso una sonrisa brusca y radiante. Los hombros de Mia se hundieron. Entraron legionarios en la arena y el chico bizco le puso grilletas en las muñecas. Mia podría haber huido en ese momento. Oculta bajo su capa

de sombras, podría haberse escabullido del Agujero dejando atrás solo gritos conmocionados y plegarias a Aquel que Todo lo Ve.

Pero de hacerlo, estaría de nuevo justo como al principio. Y había puesto fin a demasiadas vidas, había arriesgado demasiado para poder estar allí en ese momento. Tras ella había solo sangre y un monte repleto de traiciones. Por delante, tenía la arena del *venatus* y su venganza.

Era el camino que había escogido. Para bien o para mal, debía recorrerlo.

Los legionarios se apartaron a ambos lados. Mia alzó la mirada y vio a la dona Leona de pie ante ella. Desde tan cerca, estimó que la mujer tendría veintipocos años. Brillantes ojos azules, pelo de color caoba de suaves rizos, piel un poco salpicada de pecas. Llevaba joyas de oro y una alianza con un rubí. Debajo de su capa, un traje de suave seda liisiana. Todo en ella gritaba «riqueza» a los cuatro vientos, menos sus ojos. Cuando Mia aventuró una mirada a aquellos pozos de brillante azul rodeado de *kohl*, solo encontró un adjetivo para describirlos.

«Hambrientos.»

—Mi belleza sanguinaria —dijo la sanguila con una sonrisa—. Qué gran pareja vamos a hacer.

Mia se quedó quieta, sin saber qué decir. Leona lanzó una mirada llena de irritación a los soldados. Un hombre sacó una cachiporra y atizó a Mia en las piernas. La chica dio un grito y cayó de rodillas. Dientes apretados, manos ensangrentadas cerradas en puños. Pero sintió a Don Majo merodear frío por el interior de su sombra, susurrándole al oído:

—... *quién eres, y quién finges ser...*

De modo que se quedó arrodillada en la arena, con la mirada gacha, callada y quieta.

—Soy la dona Leona —dijo la mujer—. Pero tú me llamarás *domina*.

Leona extendió el brazo hacia ella. Mia vio un anillo de oro en el dedo de

la mujer: un halcón con las alas abiertas y una corona de vencedor en la cabeza.

La cachiporra la alcanzó entre los omóplatos. Mia ahogó un alarido de dolor.

—¡Muestra respeto, esclava! —gritó un soldado.

Mia contempló aquella ave de presa con su corona dorada. Igual de orgullosa, feroz y salvaje que ella misma. Y aun así, allí estaba, arrodillada en la arena como un gato fustigado.

«Paciencia —pensó—. Si Venganza tiene madre, su nombre es Paciencia.»

Mia respiró hondo.

Cerró los ojos.

—*Domina* —murmuró.

Se inclinó hacia delante y besó el anillo.

CAPÍTULO 5

DEVOCIÓN

La sangre de cerdo tiene un sabor muy peculiar.

Como mejor sabe la sangre humana es templada, y aun así deja un toque de óxido en los dientes. La sangre de caballo es menos salada y tiene un extraño amargor que podría recordar al chocolate negro. Pero la sangre de cerdo es casi mantecosa, como las ostras fritas, se desliza laringe abajo y deja una estela de regusto grasoso.

Mia la odiaba con toda su alma, a decir verdad.

Emergió del estanque rojo y tomó una brusca bocanada de aire, con un fuerte latido resonando aún en sus oídos y la cabeza dándole vueltas. Iba desnuda salvo por un estilete de hueso de tumba ceñido a la muñeca y una espada del mismo material a la cintura, y sus largos mechones de pelo negro se le pegaban como algas a la piel bañada en sangre. Llevaba un paquete rectangular envuelto en cuero aceitado entre sus dedos rojos. Dos manos vestidos con túnica negra estaban de pie a su lado en el estanque y la ayudaron a levantarse mientras Mia resoplaba, escupía y se quitaba el pringue de los ojos.

Parpadeó mirando a su alrededor, metida hasta la cintura en un baño de mármol triangular, de diez metros de lado. Se encontraba en los aposentos

del orador Adonai, en las profundidades del Monte Apacible. La sala estaba adornada con tallas de glifos teúrgicos y el denso aroma de la carnicería saturaba el aire. Pintados con sangre en las paredes había mapas de todas las ciudades de la república.

Mia se pasó la lengua por los dientes, escupió y se apartó el pelo de los ojos.

En la cabecera del estanque vio al orador de sangre Adonai, arrodillado en la piedra. Mia jamás lo reconocería ante nadie, pero notó un cierto cosquilleo en la tripa al verlo. La tejedora Marielle podía crear todo un retrato a partir de cualquier rostro, pero su hermano era su obra maestra. Tenía los pómulos altos y la mandíbula marcada. Vestía con una túnica de seda roja abierta por el pecho, cuyos promontorios y valles parecían esculpidos en mármol. Llevaba tan bajas las calzas de cuero en las caderas que resultaban casi indecentes, y la forma de uve que tenía su abdom...

—Buen giro tengas, hoja Mia —dijo el albino.

Mia obligó a su mirada a regresar a unos ojos del color de la sangre.

—Y vos también, orador.

Los hermosos labios de Adonai se combaron en una sonrisa astuta, pero Mia mantuvo su cara como la piedra. El orador era digno de ver, de eso no había duda. Y Mia había albergado su dosis de fantasía, tendida en la cama e imaginando los dedos hábiles y pálidos del albino mientras los suyos propios vagaban más y más abajo. Incluso les había salvado la vida a él y a su querida hermana durante el ataque Luminatii. Pero Mia no podía engañarse diciéndose que el orador era otra cosa que un cabrón perverso.

«Un cabrón bien follable, aun así...»

—El Sacerdocio aguarda tu llegada en el Salón de las Elegías —dijo el albino.

Mia salió del estanque, todavía cojeando por las heridas, cuidando de no

resbalar en las baldosas mojadas de sangre. Era consciente de la mirada fija del orador en su cuerpo desnudo, de la sangre meciéndose como un mar en calma por detrás. Mia miró hacia la escalera que llevaba al lugar donde el Sacerdocio la esperaba. Se preguntó por qué, en nombre del abismo, la habían hecho acudir allí.

Con una última mirada al orador, Mia abandonó la sala. Se limpió la sangre, que ya empezaba a secarse, y se vistió en silencio. Cuero negro, botas de piel de lobo y una camisa oscura de lino. Se escondió el estilete en la manga y enfundó su hermosa espada larga de hueso de tumba en la vaina que llevaba al cinto. El primero había pertenecido a su madre; la segunda, a su padre, recuperada de la mano muerta del justicus Remo. Las dos armas tenían empuñaduras talladas en forma de cuervos volando, con ojos de ámbar rojo. Eran lo único que le quedaba de sus padres, aparte de su apellido.

Pensó que quizá en ello hubiera algún tipo de metáfora.

Desató el paquete de cuero aceitado, se puso bajo el brazo el maltrecho libro encuadernado en cuero que contenía y acometió la escalera con paso trabajoso.[15] En la penumbra flotaban las voces de un coro fantasmal, y Mia no pudo contener una sonrisa al escuchar la familiar canción. Después de pasar meses enteros en Galante, había regresado a los sagrados salones de los asesinos más temidos de toda la República Itreyana.

Por fin había vuelto a casa.

Tras un ascenso interminable, entró en el Salón de las Elegías. Era un espacio vasto, circular, tallado en el corazón de granito del Monte Apacible. Una hermosa estatua de Niah, Madre de la Noche y Nuestra Señora del Bendito Asesinato, se alzaba quince metros sobre la cabeza de Mia. Sostenía una balanza en la mano derecha y una espada afilada y temible en la

izquierda. Dondequiera que Mia posara los pies en aquella estancia, los ojos de Niah parecían seguirla.

Las columnas eran más gruesas que el tronco de un palo fierro anciano. Las paredes estaban cubiertas de sepulcros y una luz escarlata entraba por enormes vidrieras de cristal tintado. En las losas del suelo estaban tallados los nombres de todas las víctimas de la Iglesia Roja, millares de vidas segadas en nombre de su Negra Madre. En cambio, las tumbas estaban sin marcar. Contenían los cuerpos de los siervos de la Madre y, en la muerte, solo la Madre los lloraba.

Los ojos de Mia vagaron hacia una tumba de la pared occidental. Hacia las cuatro letras pequeñas que ella misma había tallado en la piedra con una hoja de hueso de tumba ocho meses antes.

—Hoja Mia —dijo una voz grave—. Bienvenida al hogar.

Mia se volvió hacia el pie de la estatua. Allí estaba congregado todo el Sacerdocio de la Iglesia Roja, observándola con ojos impacientes.

Todos excepto el reverendo padre Solis, por supuesto.

El corpulento itreyano tenía los ojos ciegos vueltos hacia los altísimos gabletes. Iba vestido con una túnica de rica tela gris, la capucha sin echar. Un pelo rubio claro rapado casi al cero espolvoreaba su cuero cabelludo lleno de cicatrices, y llevaba la barba en cuatro puntas barnizadas con resina. Su vaina de cuero con grabados de círculos concéntricos pendía, siempre vacía, a un costado.

A la derecha de Solis estaba Mataarañas, Shahiid de Verdades. La elegante dweymeri estaba ataviada de verde esmeralda, con oro al cuello. Sus rastas de sal estaban recogidas con gusto sobre la cabeza, y tenía las manos y los labios manchados de negro de tanto manipular venenos.

A la izquierda de Solis, Mia vio a Ratonero, Shahiid de Bolsillos, cuyo atractivo rostro contradecía los años de sus ojos titilantes. Llevaba una

espada de negraceros ashkahi al cinto, con dos figuras desnudas con cabezas felinas entrelazadas en la empuñadura. Estaba haciendo rodar una moneda sobre los nudillos de la mano derecha y, con la izquierda, asía un bastón ornamentado. Le habían roto las piernas de mala manera durante la invasión Luminatii y el shahiid cojearía durante el resto de su vida.

En tercer lugar estaba Aalea, Shahiid de Máscaras. Piel blanca como la leche y labios rojos como la sangre, cortinajes de cabello negro enmarcando una cara que haría agachar la cabeza de vergüenza a la palabra «hermosura». Sonrió a Mia como si el mundo entero fuese un secreto y solo ella conociera la respuesta. Como prometiéndole compartirlo con ella en el instante en que se quedarán solas las dos.

De momento, no se había nombrado a un nuevo Shahiid de Canciones, y Solis seguía enseñando a los nuevos discípulos el arte del acero hasta que pudieran encontrar a un sustituto adecuado. Las heridas del asalto de los Järnheim eran recientes e, incluso allí, en la sede del poder de la Iglesia Roja en la república, quedaban costras.

—Shahiids —dijo Mia con una profunda inclinación—, he regresado, como me pedisteis.

—Como te ordenamos —gruñó Solis.

—Mis disculpas, reverendo padre. Como me ordenasteis.

El título dejó un sabor raro en la lengua de Mia. Tras la muerte de Casio, lo apropiado habría sido que la reverenda madre Drusilla pasara a ser la Señora de las Hojas, pero la decisión de Drusilla de nombrar reverendo padre a Solis había irritado a Mia sobremanera. Solis aún tenía en la cara la diminuta cicatriz de cuando Mia lo había derrotado en el Salón de las Canciones, y el brazo de ella todavía le cosquilleaba a veces por donde él se lo había cercenado como castigo. Lo cierto era que Mia lo odiaba a muerte,

y la idea de aceptar órdenes tuyas le sentaba más o menos tan bien como a un gato llevar collar con cadena.

Solis echó chispas por sus ojos vueltos hacia el techo, con la túnica tirante por la amplitud de sus hombros. A su lado, los demás miembros del Sacerdocio quedaban empequeñecidos, casi como niños. Mia supuso que debería sentirse intimidada, pero la situación le pareció tan solo otro recordatorio de lo inadecuado que parecía Solis en su nuevo puesto.

«Ni siquiera le sienta bien la túnica que debe llevar.»

—Entonces, ¿Gayo Aurelio está muerto? —preguntó Mataarañas sin más preámbulos.

—Sí, shahiid —respondió Mia.

—Hemos oído que estuviste a punto de morir cumpliendo el encargo —dijo Ratonero en tono meditabundo.

—Fue solo un rasguño, shahiid. —Mia se encogió de hombros y torció el gesto cuando le tiraron los puntos del hombro—. Eso sí, tardaré un poco en volver a bailar.

—Apenas puedes caminar, discípula —gruñó Solis.

—Con el debido respeto, reverendo padre —dijo Mia sintiendo que se crispaba—, me ungió mi señor Casio con su último aliento. No soy una discípula. Soy una hoja.

Solis hizo un gesto burlón.

—Eso aún está por ver.

—Ya tengo cinco muertes a mi nombre.

Ratonero ladeó la cabeza.

—Querrás decir seis.

—No habrás olvidado que asesinaste a un rey dweymeri en su propio fuerte sin nuestro permiso, ¿verdad? —preguntó Mataarañas.

Mia se mordió la lengua para no replicar. Amagó otro vistazo al nombre

que había tallado en la tumba sin marcar de la pared occidental.

«TRIC.»

Habían hecho una promesa. Él a ella y ella a él. Si ella fracasaba, Tric se había comprometido a asesinar a Scaeva y a Duomo en su lugar. Y si él caía, ella había jurado que mataría al miserable hijo de puta que tenía por abuelo, Rompeespadas. En realidad, Mia pensaba que como poco se le debía una muerte después de haber salvado la vida a todos los hombres y mujeres presentes en el salón. Pero quizá aquel fuese el motivo de que la hubieran enviado a un destino tan apartado como Galante.

El silencio resonó en el salón y Mia se inquietó en su interior.

—¿Puedo preguntaros por qué estoy aquí? —se atrevió a decir por fin.

Solis curvó los labios hacia abajo.

—Tienes un admirador, pequeña hoja.

La chica enarcó una ceja hacia el reverendo padre.

—Si es alguien de este salón, lo oculta de maravilla.

Aalea sonrió con unos labios oscuros como la sangre.

—Tal vez sea mejor llamarlo un mecenas. Las últimas tres ofrendas que has realizado: el hijo del senador Aurelio, el magistrado Filippo Cicerii y la amante de Armando Tulli, estaban encargadas por la misma persona. Solicitó específicamente los servicios de «aquella que acabó con el justicus de la Legión Luminatii, acompañado de sus mejores centurias». Y pagó una buena suma por ti.

—¿Quién es esa persona, shahiid?

—Irrelevante —dijo Solis frunciendo el ceño—. Lo único que necesitas saber es que, milagro de milagros, está satisfecho con tus resultados. Va a enviarte a cazar presas mayores.

Mia miró a Solis de arriba abajo, meditando. Por las arrugas de su frente y la tensión de su mandíbula, Mia habría apostado hasta su última moneda

a que el reverendo padre se había opuesto con vehemencia a que le asignaran esas tareas. Pero a pesar de ello, se las habían asignado. Por tanto, la persona que había hecho los encargos era poderosa. O rica. O ambas cosas.

«Vaya, sí que hemos reducido las posibilidades.»

—¿Y a qué nuevo destino perdido del mundo quiere hacerme enviar mi ilustre mecenas? —preguntó Mia—. ¿A Última Esperanza, a Amai, a Vigilatorm...?

—A Tumba de Dioses —respondió Ratonero.

Mia sintió que se le quedaba la lengua pegada a los dientes y su corazón se aceleraba.

«Por los dientes de las Fauces, a la Tumba.»

La capital de Itreya. Solo las mejores hojas de la Iglesia Roja servían en la Ciudad de los Puentes y los Huesos. El sumo cardenal Duomo vivía allí, y también el cónsul Scaeva. Si Mia anhelaba vengar a su familia, su primer paso debía consistir en aproximarse a los hombres que la habían asesinado.

Si, de algún modo, un golpe de suerte iba a llevarla a su destino soñado...

—Sé lo que estás pensando —masculló Solis—. Sé por qué viniste a esta iglesia y qué es lo que pretendes. De modo que, aunque me disponga a enviarte a la capital en contra de mi buen juicio, voy a decirte esto ahora y no lo repetiré. —Solis se alzó sobre ella y clavó sus ojos ciegos en los de Mia—. Al cónsul Scaeva no se le debe tocar ni un solo pelo.

Mia frunció el ceño.

—¿Por qué...?

—No toleraré que te dediques a tus propias venganzas mientras sirvas a este Sacerdocio —dijo Solis—. Ya asesinaste a un bara de los dweymeri a causa de una desacertada compasión por el chico con el que te acostabas.

No habrá más muertes sin autorización traídas por tu mano. O por tu vagina.

—Con quién me acueste es asunto mío. Y vos no podéis decid...

—¡Por supuesto que decido! —rugió Solis—. ¡Soy el reverendo padre de esta congregación! ¡Me importa la maldición de un mendigo con quién empapes las pieles de tu lecho, pero Rompeespadas era un rey, joder! ¿Y si hubiera sido cliente de esta iglesia? ¡Habríamos violado la Ley de Santidad! Nuestra reputación habría quedado destruida por el capricho de una niña.

—¡No fue un capricho, sino una promesa!

—Hablemos de promesas, pues, muchacha —espetó Solis—. Como me desobedezcas, te prometo un final del que la misma Diosa apartaría la mirada. ¡Scaeva es intocable!

—¿Por qué? —Mia recorrió al Sacerdocio con la mirada, dejándose llevar al fin por su ira—. ¡Los Luminatii mataron a mi señor Casio, y estuvieron a punto de mataros a todos vosotros! ¿Creéis que no fue por orden de Scaeva? Remo era un condenado perrito faldero. ¿Acaso pensáis que meaba siquiera sin antes pedir permiso al cónsul?

—¡Escúchame! —Solis alzó un dedo de advertencia y sus ojos ciegos relucieron—. Nos ocuparemos de Scaeva. Pero a nuestra manera. En nuestro momento. ¡Tú eres sierva de Nuestra Señora del Bendito Asesinato y, en el nombre de la Madre, eso significa que servirás, joder!

Mia notó que se le encendían las mejillas de rabia. Fulminó con la mirada los ojos ciegos de Solis y se imaginó desenvainando el estilete de hueso de tumba que llevaba en la manga. Rajándole la garganta. Desparramando sus entrañas humeantes por todo el suelo. Pero en plena oleada de indignación, un solo pensamiento frío como el hielo la asió por el pellejo del cuello y la sacudió hasta que dejó de revolverse.

«Tiene razón.»

Era verdad que se había comportado como una cría.

Era verdad que había puesto en peligro la reputación de la iglesia al matar a Rompeespadas.

Era verdad que había pensado en matar a Duomo y a Scaeva si lograba regresar a Tumba de Dioses.

Tenía los nudillos blanquecinos sobre el libro que aferraba. Pero obligó a sus dedos a destensarse y pronunció unas palabras que resonaron con fuerza en la silenciosa penumbra.

—En el nombre de la Madre, serviré.

El corpachón de Solis se relajó poco a poco, y Mia cayó en la cuenta de que, en realidad, el reverendo padre había esperado que se rebelara. Pero tras un prolongado y denso silencio, el hombretón metió la mano en su túnica y sacó una funda de pergamino sellada con cera negra.

—Una muerte. Una mujer que se hace llamar «la Dona». Lidera una banda de braavi que opera en las calles de la Pequeña Liis. Tú te criaste allí, si no me equivoco.

—Sí. —Mia extendió el brazo hacia la funda.

—Hay una condición —dijo el reverendo padre, y levantó un dedo—. Un objeto que interesa a tu cliente. Un mapa escrito en ashkahi antiguo y con un sello que tiene forma de hoja de hoz. La Dona está concertando un intercambio con el actual propietario del mapa. Debes llevarte el mapa, además de su vida.

—¿De qué es el mapa?

—Proporciona indicaciones detalladas de cómo llegar al Imperio de No-Te-Importa-Una-Putas-Mierda.

—El intercambio tendrá lugar en el cuartel general de los Ricachones —dijo Mataarañas—. Antes de final de mes.

—Eso es dentro de ocho giros —dijo Mia.

—*Loada sea la Negra Madre* —replicó Solis—. *La chica sabe contar.*

—*Con las dos manos, reverendo padre.*

Solis le entregó la funda de pergamino de mala gana. Mia se sorbió el labio, pensando a toda prisa. Ocho giros no eran mucho tiempo para planificar una muerte como aquella. Necesitaba refuerzos en los que pudiera confiar.

—*¿Puedo llevarme a una mano de mi elección a la Tumba?* —preguntó—. *La última que tuve conoció a un virote de ballesta que no le cayó nada bien.*

—*Me temo que no* —dijo Aalea, como si le leyera la mente—. *Naev nos hace falta aquí. Con casi todos nuestros estanques de sangre destruidos, tenemos el aprovisionamiento en estado crítico. Hemos construido una nueva capilla en la necrópolis del subsuelo de Tumba de Dioses. El obispo de allí te proporcionará una mano. Adonai ya le ha enviado una misiva de sangre informándole de tu llegada.*

Solis ladeó la cabeza y sus ojos blancos apuntaron por encima del hombro de Mia.

—*Tienes ocho giros para acabar con esa mujer y recuperar el mapa. Quizá tu cliente tenga más ofrendas para ti, suponiendo que no perezcas en el cumplimiento de esta.*

—*Soy demasiado bonita para perecer.* —Mia se apartó el flequillo de los ojos.

—*La tejedora Marielle se ocupará de tus heridas. Adonai preparará tu transporte a Tumba de Dioses. Despídete de quien quieras y preséntate en sus aposentos antes del toque de centrera.*

Las preguntas rebotaron en el interior de su cráneo. ¿Quién era ese cliente? ¿Por qué matar a una líder de los braavi? ¿Por qué solicitarla a ella en concreto? ¿Qué había en ese mapa?

«*Da lo mismo*», comprendió.

No debía hacer preguntas. Lo que debía hacer era servir. Cuanto antes se demostrara merecedora, antes le asignarían un puesto fijo en la capilla de Tumba de Dioses. Y a partir de entonces, por mucho que dijera Solis, estaría un paso más cerca de su venganza.

El lobo no se compadecía del cordero.

La tormenta no suplicaba su perdón a los ahogados.

—No fallaré —prometió Mia—. Lo juro en nombre de la Negra Madre.

Solis se cruzó de brazos, con el rostro inescrutable en la oscuridad.

—Ve —dijo por fin—. Que Nuestra Señora llegue tarde cuando te encuentre. Y en el momento en que lo haga, que te salude con un beso.

Mia cogió la funda de pergamino y se la puso bajo el brazo junto con su libro destrozado. Tras una profunda inclinación, retrocedió despacio hasta salir del salón. Mientras recorría los tenebrosos pasillos dejando atrás hermosos paneles de cristal tintado y grotescas esculturas de hueso, dos formas emergieron de la oscuridad y caminaron junto a ella.

Un gato hecho de sombras. Y a su lado, una loba de la misma materia.

—¿Os lo podéis creer? —siseó Mia—. ¡Mira que llamarme discípula, el muy cretino!

—... te comportas como si el cretinismo de solis fuese una sorprendente revelación... —replicó Don Majo.

El gruñido de Eclipse llegó desde algún lugar por debajo del suelo.

—... CASIO LO TUVO SIEMPRE POR UN MATÓN ARROGANTE. DE TODO EL SACERDOCIO, ERA QUIEN PEOR LE CAÍA. UN GIRO DE ESTOS DEBERÍAMOS ENSEÑARLE MODALES...

—... hay formas menos dramáticas de suicidarse, cachorra...

—... QUÉ POCA FE TIENES EN NUESTRA AMA, GATITO...

—... ella no es nada tuyo, desgrac...

—¡Por la Negra Madre, ya basta! —saltó Mia, frotándose las sienas—. Lo

último que me hace falta ahora mismo es oíros reñir como un par de viejas doncellas.

Sus pasajeros guardaron silencio, dejando solo un coro incorpóreo resonando en la penumbra. Mia respiró hondo e intentó controlar su notorio mal genio. Seguían tratándola como a una novicia. Pese a todo lo que había hecho. Pero al menos iría a Tumba de Dioses. El apoyo de su misterioso benefactor la había pillado por sorpresa, pero en realidad se alegraba de que alguien le reconociera el talento necesario para asesinar a un justicus y a cien hombres suyos. Y si la acercaba un poco más a Scaeva y a Duomo, mejor que mejor.

Pero, aun así, su mente volvía una y otra vez a las imágenes de su lucha en la necrópolis. A aquella cosa que llevaba hojas de hueso de tumba, con tentáculos retorciéndose en los bordes de su capucha. Aunque no podía asustarse con unas sombras tan espesas a sus pies, sabía que en todo aquello estaba actuando un poder superior.

Miró el libro que llevaba bajo el brazo y pasó los dedos por su cubierta desgastada. Por su deslustrado cierre de latón.

—«Busca la Corona de la Luna» —musitó.

—... tenemos hasta que toquen a centrera...

La chica metió los pulgares en el cinturón.

Reparó en que se moría por un cigarrillo.

—Tiempo de sobra para devolver los libros a la biblioteca.

Su celda olía a pis y miseria rancia.

La paja estaba mohosa, el cubo del rincón recubierto de porquería y moscas. A Mia se la habían llevado del Agujero y Bebelágrimas se había despedido de ella con un gesto de la cabeza mientras la sacaban por los

portones. Cuatro legionarios robustos la habían obligado a cruzar el trajín del mercado para luego encerrarla en los calabozos de un enorme edificio de los Administratii. Aunque su precio estaba fijado, aún estaba por pagarse. Disponía de unas pocas horas antes de que su nueva *domina* tomara plena posesión de ella. Unas pocas horas para recomponer los jirones en que había quedado deshecho su plan.

—... *tenemos que informar a la víbora...*

Mia frunció el ceño a Don Majo. Era solo una forma más oscura que se destacaba sobre las sombras de los barrotes en el suelo. Las celdas contiguas a la de Mia estaban desocupadas, pero aun así habló en susurros.

—Preferiría que no la llamas así.

—... *¿se te ocurre otra forma menos halagadora de describirla?...*

—Podrías usar su puto nombre.

El no-gato dio un bufido, una gesta impresionante para una criatura sin pulmones.

—... *se supone que debía comprarnos leónidas, pero, en vez de eso, se ha quedado contigo su hija. la víbora no tiene forma de saberlo. eclipse y ella estarán esperándonos en el collegium de leónidas en fuerteblanco, según lo planeado...*

—Sí que ha sido un pequeño descuido, sí —reconoció Mia.

—... *este plan es todo descuidos y necedades, parcheados con fullerías y jodiendas...*

—Sé lo que estoy haciendo.

—... *pues entonces es una pena que la víbora no lo sepa...*

Mia suspiró.

—Tendrás que ir a decírselo. ¿Podrás llegar a Fuerteblanco?

—... *seguro que puedo encontrar un barco en el que viajar de polizón. pero ¿qué harás tú?...*

—¿Qué quieres que haga? —Mia se encogió de hombros—. Entrenar en el establo de Leona. Luchar. Ganar. El destino de la travesía no ha cambiado, solo el punto de inicio.

—... *¿y dónde le digo a la víbora que se reúna contigo? ¿dónde está el collegium de tu nueva dona?...*

—No tengo ni pajolera idea.

—... *ah, pues sí. desde luego, sabes lo que estás haciendo...*

Mia enseñó los nudillos al gato-sombra y se recogió el pelo enmarañado detrás de las orejas. Seguía cubierta de sangre seca, sudor viejo y polvo. Sentada en la paja, intentó no visualizar los rostros de los hombres a los que había matado en el Agujero. Había tenido la necesidad de impresionar, y lo había hecho... en cierto modo. Antes ya había matado a decenas de personas que se habían interpuesto en su camino. Pero, aun así, aquellos luchadores del Agujero solo estaban cumpliendo órdenes.

—Me siento como una mierda —dijo, y suspiró.

—... *tampoco es que huelas demasiado bien...*

—No me refería a...

—... *no puedes permitirte sentir lástima por esos hombres, mia. buceando a esta profundidad, la compasión solo servirá para ahogarte. debes ser tan dura y afilada como los hombres a los que das caza...*

—Si no fuese por la compasión que tuve en mi prueba final, habría estado en el banquete de iniciación cuando Ashlinn y Osrik envenenaron al Sacerdocio. Estaríamos todos muertos.

—... *no dejarás de restregármelo nunca, ¿verdad?...*

Se oyó el eco de unos pasos por el pasillo y el no-gato se desvaneció como si fuese de humo. Mia alzó la mirada y vio a un Administratii abriendo su celda. Era un hombre grueso, barbudo, vestido con una túnica blanca adornada con los tres soles de la República Itreyana. A su lado había un chico joven con

el hábito de manga corta que vestían los aprendices, cargado con una silla alta y una caja de caoba.

La dona Leona entró con paso leve en la celda, seguida por uno de los hombres más musculosos que Mia había visto en la vida. Era itreyano, alto y fuerte. Parecía rondar los treinta y cinco años, su tupida barba encanecía por los bordes y llevaba la pelambreira atada en una larga coleta. Tenía la piel correosa y una cicatriz particularmente cruel le partía en dos el ceño, la mejilla y el labio, torciendo sus rasgos en un gesto contrariado perpetuo. Tenía los mofletes y la nariz salpicados de venas varicosas y apoyaba buena parte de su peso en un bastón cuya empuñadura tenía forma de cabeza de león. Mia miró abajo y reparó en que le faltaba la pierna izquierda por debajo de la rodilla, reemplazada por una puntiaguda barra de hierro.

Miró contrariado a Mia con unos ojos grises como el acero y habló con una voz que recordaba a la piedra al quebrarse.

—Es una chica.

La dona Leona enarcó una ceja perfectamente depilada.

—Me había dado cuenta.

—Por el abismo y la sangre, mi dona, ¿habéis gastado mil platas en esta escuchimizada? Yo no sé hacer milagros. Necesito buena arcilla con la que trabajar.

—Ha matado a cinco hombres en cinco minutos —dijo Leona—. Vale hasta la última moneda.

—Pues sí que me alegro, joder. Sobre todo, porque no nos queda ni un mendigo en los bolsillos.

—Este viaje hemos hecho otras dos compras, las dos de buena calidad. Y no tienes motivos para regañarme, *executus*. Si ayer no te hubieras bebido los Jardines enteros, habrías estado conmigo esta mañana cuando la he adquirido.

El grandullón gruñó y volvió a mirar a Mia.

—De pie, esclava.

Mia, sin abrir la boca, se levantó y juntó las manos. El hombre renqueó en círculo a su alrededor, con su pierna de hierro tañendo contra la piedra. Clavó un dedo en sus abdominales, le apretó los bíceps con sus manos inmensas y le comprobó los dientes. Mia soportó la inspección en silencio, con la mirada gacha. Olió el vino dorado en el aliento del *executus*.

—Es demasiado bajita —declaró él—. Tiene poco alcance con esos brazos.

—Es rápida como el viento —replicó Leona.

—Es demasiado joven. Tardará años en estar lista para la arena.

—Cinco hombres —repitió Leona—, en cinco minutos.

—Es una chica —refunfuñó el hombretón.

—También lo era yo —respondió la dona con voz suave—. Y nunca me despreciaste por ello.

—Con solo olerla, los hombres perderán la puta cabeza.

—¿No decía mi padre lo mismo de mí cuando visitaba el *collegium*? ¿Y no fuiste tú quien le pidió que me permitiera quedarme a aprender?

—Eso era distinto, mi dona. Vos erais la hija del *domini*. Esta enclenque va a estar abajo, en los barracones, con todos los demás.

—Y hasta que se demuestre digna en el Aventamiento, te asegurarás de que mi inversión no sufra daños —dijo Leona con serenidad.

—Es imposible que sobreviva al Aventamiento.

—En ese caso, gozarás del tremendo placer de soltarme un «Os lo dije», *executus*.

El gigante miró a Mia con mala cara. Ella le sostuvo la mirada, solo un segundo. La furia ardió en sus pupilas mientras un juramento silencioso resonaba en su mente.

«Te comerás esas palabras cuando llegue la veroluz, cabrón.»

—¿Tienes nombre? —preguntó él.

—Me llaman Cuervo, mi don —respondió ella, con la mirada fija de nuevo en el suelo.

—¿Te parezco un puto don, chavala? Te dirigirás a mí llamándome *executus*.

A Mia le costó horrores no hundirle la rodilla en los huevos, saltarle los dientes de un puñetazo y bailar sobre su cabeza.

—Sí, *executus* —respondió.

El hombre la miró amenazador, con una expresión oscurecida por su cicatriz. A Mia le pareció obra de una hoja afilada. Debía de habérsela ganado en alguna arena. Se movía como un luchador. Elegante y poderoso, a pesar de la pierna que le faltaba.

—Zarparemos mañana con la marea —dijo Leona—. Cuanto antes regresemos a Nido del Cuervo y empecemos a entrenarla, mejor.

El corazón de Mia cantó en su pecho.

—¿Nido del Cuervo? —susurró.

El bofetón la hizo chocar de espaldas contra la pared. Dio con la cabeza en la piedra y cayó arrodillada con un respingo. Al instante volvía a estar de pie, con los ojos brillantes de odio clavados en el hombre que la había abofeteado. Pero rauda como una exhalación, el puño del *executus* cayó sobre su tripa y volvió a dejarla de rodillas.

«Es rápido.»

Mia sintió una mano brutal en el pelo, echándole atrás la cabeza mientras ella boqueaba de dolor.

—Olvidas tu posición, chica —dijo el hombretón—. Como vuelvas a abrir la boca en presencia de tu *domina* sin que se te hable antes, te cortaré la lengua con mi hoja y se la daré de comer a mi puto perro. ¿Me has oído?

«Paciencia...»

—Sí, *executus* —susurró Mia.

El hombre dio un gruñido y la soltó. Mia miró hacia Leona y vio que la mujer la contemplaba con ojos gélidos e imperiosos. Opinara lo que opinase sobre las destrezas marciales de Mia, saltaba a la vista que su nueva *domina* no tenía el menor problema con los violentos métodos de su hombre.

Tras un momento de tenso silencio, la dona Leona se volvió hacia el Administratii, que seguía esperando pacientemente en el pasillo.

—Pasa y ponte a trabajar.

El Administratii entró en la celda arrastrando los pies, acompañado de su aprendiz. El chico dejó caer con estruendo la silla alta junto a Mia, abrió la caja de caoba que llevaba y se la ofreció al Administratii. Dentro, Mia vio una colección de agujas de hierro, polvos en viales cerrados con corcho y botellitas de tinta. La sombra de Mia se infló con el miedo que le crecía en el estómago. Sabía que aquello iba a ocurrir. Formaba parte de su juego. Pero de todos modos...

—Siéntate —ordenó el Administratii.

Mia se levantó del suelo y echó un vistazo a las hebillas y las correas que había en los brazos de la silla. Estaba claro que pretendían atarla para lo que sucedería a continuación. Sabía que, si volvía a hablar, se llevaría otro sopapo del hijo de puta. Así que clavó la mirada en la pequeña ventana con barrotes, en el cielo azul de más allá. Y se quedó de pie.

El *executus* hizo un sonido gutural y alzó la mano para golpearla.

—Haz lo que se te...

—No —lo interrumpió la dona Leona, observando a Mia con mirada curiosa—. Deja que se quede de pie.

—Con el debido respeto, dona Leona —dijo el Administratii—, esto no es un simple tintanismo. El procedimiento es arkímico. El dolor, descomunal. Es probable que se desmaye.

Mia recordó su flagelación a manos de la tejedora Marielle y estuvo a punto

de estallar en carcajadas. La misma risa centelleó en los ojos de la dona Leona.

—Van cien platas a que ni por asomo.

El *executus* soltó un gemido. El Administratii puso cara de desconcierto.

—No soy hombre de apuestas, mi dona.

—Pero sí eres hombre de insistir en decirme lo que ya sé, ¿verdad? —El tono de Leona se había vuelto afilado como una cuchilla—. Me crie en el mejor *collegium* de gladiatii de toda la República Itreyana. Sé cómo funcionan las condenadas marcas de esclavo. Y ahora, procede.

El Administratii casi logró contener un suspiro. Se volvió hacia la caja y empezó a abrir viales y mezclar componentes en un cuenco bajo de cristal. La experta en venenos que había en Mia lo observó con interés, fijándose en la composición del mejunje arkímico, que burbujeaba y siseaba y escupía negro.

[16]

El Administratii humedeció la aguja y la alzó hacia la cara de Mia. El aprendiz se situó detrás de ella y le sostuvo la cabeza con fuerza. La chica se obligó a quedarse quieta y apretar los dientes. El Administratii alineó el hierro contra la mejilla de Mia y cogió un fino martillo de joyero. La chica contuvo el aliento. Y sin más preliminares, el Administratii clavó la aguja a través de la mejilla en el hueso de debajo.

Fuego negro. Ardiente suplicio. Los ojos de Mia se ensancharon, sus pupilas se dilataron, el dolor le atravesó el cráneo y la dejó sin respiración. Le flaquearon las rodillas y estallaron oscuras estrellas en sus ojos. El Administratii retrocedió un paso, sin duda esperando que cayera. Pero mientras su sombra se hinchaba, resollando, la chica se mantuvo en pie.

Mia miró a Leona. La dona estaba observándola con una sonrisa cada vez más amplia.

—¿Y bien? —dijo la mujer al Administratii—. ¡Continúa!

El hombre se encogió de hombros y, sin más pausas dramáticas, empezó a amartillar la aguja dentro de la mejilla de Mia, una y otra vez, en breves sucesiones de tres golpes minúsculos que eran como truenos en su cabeza. El calor de cada martillazo hacía estallar un fuego dentro de su cráneo.

tapTAPTAP

tapTAPTAP

Uñas clavadas en las palmas de sus manos.

Puntos blancos creciendo ante sus ojos.

La celda moviéndose bajo sus pies como un barco en plena tormenta.

tapTAPTAP

tapTAPTAP

Lo peor de todo era la anticipación, el momento entre una secuencia y la siguiente. Ese fugaz respiro que se tornaba eterno, esperando a que llegara de nuevo el dolor. El flagelo de Adonai, el tejido de Marielle... nada que hubiera sentido hasta entonces se aproximaba a aquello, agravado por la amarga certeza de que en aquel instante, para el mundo exterior a la celda en la que estaba, su vida ya no le pertenecía.

tapTAPTAP

Pensó que, de no ser por Don Majo, quizá se habría venido abajo.

tapTAPTAP

Pero al final

después de todo el dolor

de tanto rezar

la mejilla sangrando

las piernas temblando

Mia seguía en pie.

—Menos mal que no eres hombre de apuestas, amigo mío —declaró la dona Leona.

El Administratii recogió sus útiles sin mediar palabra. Dirigió a Mia una mirada venenosa, hizo una brusca inclinación a la dona y, seguido de su aprendiz, salió a toda prisa de la celda con un frufú de tela negra. Leona se volvió hacia su *executus* con una sonrisa triunfal.

—¿Me pedías arcilla con la que trabajar, *executus*? Yo te doy acero.

El saco de músculos miró a Mia con los ojos entornados.

—El acero se parte antes de combarse.

—Por las Cuatro Hijas, ¿es que no te satisface nada? —Leona suspiró—. Vamos. Dejemos descansar a nuestra belleza sanguinaria. Necesitará todas sus fuerzas en los giros venideros.

La dona sostuvo entre las manos el rostro de Mia y le limpió la mejilla herida con un amable pulgar. Sus ojos de color azul zafiro ardieron en los de Mia.

—Haremos sangrar la arena roja, tú y yo —dijo—. *Sanguii e Gloria*.

Concediéndole una última sonrisa, Leona salió de la celda como un borrón de seda azul. El *executus* cojeó tras ella y cerró con llave la puerta desde fuera. El tintineo de su pierna de hierro fue desapareciendo en pos de su dona, pasillo abajo.

Mia cayó de rodillas. Tenía la mejilla hinchada, palpitando de dolor. Le sangraban las palmas de las manos por las uñas que se había clavado. Se pasó las yemas por la piel y sintió los bordes elevados de los dos círculos entrelazados con los que la habían marcado justo debajo del ojo derecho. Pero bajo el recuerdo de su agonía, la mente de Mia funcionaba a toda velocidad y las palabras de la dona resonaban en el interior de su cráneo con los ecos de los martillazos.

«Van a llevarme a...»

—... ¿nido del cuervo?...

Mia levantó los ojos hacia el no-gato, que de nuevo estaba limpiándose una

no-zarpa con su no-lengua. Se lamió los labios reseco e intentó recobrar la voz.

—Era el hogar de la familia Corvere. Mi familia. El cónsul Scaeva se lo concedió al justicus Remo en recompensa por aplastar la rebelión de mi padre contra el Senado.

—... *¿y ahora es propiedad de leona?*...

Mia levantó los hombros a modo de respuesta. El no-gato inclinó a un lado la cabeza.

—... *¿estás bien?*...

Su padre, cogiéndole la mano mientras paseaban por campos de altas flores de campanasoles. Su madre, de pie en las almenas de piedra ocre mientras el viento fresco jugueteaba con su melena oscura. Mia había crecido en Tumba de Dioses, ya que el puesto de su padre como justicus le impedía alejarse mucho tiempo de la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Pero cada pocos veranos profundos, habían pasado una o dos semanas en Nido del Cuervo para estar todos juntos. Habían sido los giros más felices de la vida de Mia. Lejos de la presión de Tumba de Dioses, de su venenosa política. Sus padres parecían más contentos allí. Más íntimos, de algún modo. Su hermano Jonnen había nacido en aquel lugar. Mia recordaba las visitas del general Antonio, el aspirante a rey al que habían ahorcado al lado de su padre. Él y los padres de Mia solían quedarse despiertos hasta tarde, bebiendo y riendo y muy muy vivos.

Ya no quedaba ninguno de ellos.

—... *debería irme. buscar un barco con destino a fuerteblanco. decir a la víbora que te busque en nido del cuervo...*

—Sí —convino Mia.

—... *¿estarás bien hasta que vuelva?*...

La perspectiva debería haberla aterrorizado. Sabía que, si Don Majó no

estuviera con ella, lo habría hecho. Durante siete años, desde que murió su padre, el gato-sombra había permanecido a su lado. Sabía que debía dejarlo marchar, que no podía hacerlo todo ella. Pero la idea de quedarse sola, de vivir con el miedo que él solía beberse hasta disipar...

—Me las apañaré —respondió—. Pero no te entretengas.

—... *seré rápido. nunca temas...*

Mia suspiró. Apretó la mano contra la marca de su palpitante mejilla.

—Y nunca, jamás, olvides.

CAPÍTULO 6

MORTALIDAD

El athenaeum se abrió cuando Mia tocó con el dedo las colosales puertas de madera, que giraron sobre sus goznes como si estuvieran talladas en pluma. Mia respiró hondo y, sosteniendo el libro contra su pecho, entró cojeando en su lugar preferido del mundo entero.

Mirando desde el entrepiso a las inacabables estanterías de abajo, la chica no pudo contener una sonrisa. Había crecido entre libros. Por muy oscura que se volviera la vida, desterrar el dolor era tan fácil como abrir una cubierta. Hija de padres asesinados y una rebelión fallida, seguía caminando en las botas de eruditos y guerreros, reinas y conquistadores.

«Los cielos nos conceden tan solo una vida, pero a través de los libros vivimos un millar.»

—Una chica con una historia que contar —dijo una voz a su espalda.

Sonriendo, Mia se volvió hacia un anciano que estaba junto a un carrito repleto de libros. Llevaba un chaleco desaliñado y tenía dos mechones de canas que intentaban escapar de su cabeza casi calva. Unos gruesos anteojos reposaban sobre una nariz ganchuda y tenía la espalda encorvada como una hoz. La palabra «anciano» le hacía más o menos la misma justicia que la palabra «hermosa» a la shahiid Aalea.

—Buen giro tengáis, cronista —dijo Mia con una inclinación.

Sin preguntar, el cronista Aelio sacó el cigarrillo que llevaba siempre detrás de la oreja, lo encendió con el que se estaba fumando y se lo ofreció a Mia. La chica se apoyó en la pared, con una mueca porque le tiraron los puntos, inhaló y exhaló una neblina de satisfecho gris.

Aelio se apoyó a su lado y el cigarrillo bailó en sus labios mientras hablaba.

—¿Está bueno?

—Está bueno —dijo ella asintiendo.

—¿Qué tal Galante?

Mia hizo otra mueca al sentir una punzada de dolor en el trasero.

—Como un flechazo en el culo —murmuró.

El anciano sonrió mientras soltaba humo.

—¿Y qué te trae por aquí abajo?

Mia levantó el libro que había llevado con ella a través de la Caminata de Sangre. Estaba encuadernado en cuero manchado, hecho polvo y trillado. Los extraños símbolos grabados en la cubierta dolían a la vista y sus páginas estaban amarillentas por el paso de los años.

—Se me ha ocurrido que debería devolverlo. Lo tengo desde hace ocho meses.

—Ya empezaba a pensar que tendría que enviar una partida de búsqueda.

—Eso sería desagradable para todos los implicados, seguro.

El anciano sonrió.

—Las penas por devolución tardía son más bien desorbitadas en una biblioteca como esta.

El cronista había dejado el libro en el dormitorio de Mia, muy poco antes de que la enviaran a Galante. En los meses transcurridos desde entonces, Mia lo había leído con atención una cantidad incontable de veces. Por

desgracia, seguía sin comprender ni la mitad del texto y, a decir verdad, en los últimos tiempos se había desilusionado bastante con él. Pero el ser que había visto en la necrópolis de Galante había renovado su interés, multiplicado por diez.

El libro estaba escrito por una mujer llamada Cleo, una tenebra como Mia, que hablaba a las sombras igual que ella. Cleo vivió en una época anterior a la república, y el libro era una especie de diario que detallaba su periplo por Itreya y más allá. Hablaba de encuentros con otros tenebros, que al parecer terminaban siempre con Cleo devorando a sus congéneres. Lo raro era que, según las escrituras de Cleo, había conocido a decenas de otros tenebros en sus viajes. Y por los autorretratos garabateados de la mujer, iba acompañada de docenas de pasajeros con infinidad de formas distintas: zorros, aves, serpientes y demás. Una sombría casa de fieras a sus órdenes.

En toda su vida, el único otro tenebro al que había conocido Mia era mi señor Casio. Y los únicos dos daimones, Don Majo y Eclipse.

Así que, en nombre del abismo, ¿dónde estaban los demás?

Entre los garabatos sin sentido y los pictogramas que delataban la creciente locura de la autora, la segunda mitad del libro relataba la búsqueda de Cleo de algo que llamaba «la Corona de la Luna», precisamente lo mismo que el ser de sombras de la necrópolis de Galante había dicho a Mia que hiciera. Y repasando las ilustraciones después de aquello, Mia había visto varias que tenían un parecido increíble con el ente que le había salvado la vida.

Por desgracia, Cleo no hacía mención alguna sobre quién o qué podría ser esa «Luna».

El libro estaba escrito en un idioma arcano que Mia no había visto nunca, pero tanto Don Majo como Eclipse podían leerlo. Y lo más extraño de todo

era que incluía un mapa del mundo anterior a la república, pero la bahía de Tumba de Dioses no figuraba en él. En lugar del mar junto al que se alzaba ahora la capital itreyana, había una masa de tierra, una península marcada con una equis y una perturbadora afirmación:

«Aquí cayó.»

—¿Lo leísteis antes de prestármelo? —preguntó Mia.

El anciano negó con la cabeza.

—No entendía ni una puñetera palabra. Lo único que me hizo pensar en ti fueron las ilustraciones. ¿Para ti tiene algún sentido?

—Ni la mitad del que querría.

Aelio se encogió de hombros.

—Me pediste que buscara libros sobre tenebros y eso hice. No te prometí ninguna iluminación al terminar.

—No hace falta que me lo restreguéis, buen cronista.

Aelio sonrió, divertido.

—Tengo siempre los ojos abiertos por si veo más. Si encuentro alguna otra cosa de interés aquí abajo, la enviaré a tus aposentos. Pero yo que tú esperarías sentada.

Mia asintió y dio otra calada. El athenaeum de Niah era en realidad una biblioteca de los muertos. Contenía un ejemplar de cualquier libro que se hubiera destruido en la historia del lenguaje escrito. Y además, en ella se encontraban también tomos que jamás se habían escrito en un principio. Memorias de tiranos asesinados. Teoremas de herejes crucificados. Obras maestras de genios que cayeron antes de lo que habrían debido.

El cronista Aelio le había dicho que aparecían libros nuevos constantemente, que los estantes cambiaban a todas horas. Y aunque el athenaeum de Niah era un lugar maravilloso por ello, la pega era evidente:

encontrar un libro concreto allí era como encontrar una ladilla concreta en la entrepierna de un dulcechico portuario.

—Cronista, ¿habéis oído mencionar a la Luna? ¿O alguna corona que pudiera gustar a dicha Luna?

La mirada de Aelio se volvió cauta.

—¿Por qué?

—Siempre respondéis con preguntas a las preguntas —dijo Mia, y suspiró—. ¿Por qué lo hacéis?

—¿Recuerdas lo que te dije el primer giro que bajaste aquí?

—¿Veis? Ahí está otra vez.

—¿Lo recuerdas?

—Dijisteis que yo era una chica con una historia que contar.

—¿Y qué más?

El humo escapó de los labios de Mia mientras el anciano la miraba a los ojos.

—Dijisteis que quizá no fuese aquí donde se suponía que debiera estar —respondió ella por fin—. Cosa que ya apestaba a mierda de caballo en su momento, y ahora huele incluso peor. Demostré mi valía. El Sacerdocio estaría crucificado en la Tumba de no ser por mí. Y estoy harta y cansadísima, joder, de que por aquí todo el mundo parezca haberlo olvidado.

—¿No captas la ironía de ganarte tu puesto en una secta de asesinos por salvar media docena de vidas?

—Maté a casi cien personas mientras tanto, Aelio.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

—¿Qué sois, mi niñera? —le espetó Mia—. Una asesina es lo que soy. El lobo no se compadece del cordero. Y la...

—Sí, sí, ya me sé la tonadilla.

—Y sabéis por qué estoy aquí. A mi padre lo ejecutaron por traidor para entretener a una chusma. Mi madre murió en una cárcel, y mi hermano pequeño junto a ella. Y a los responsables hay que cargárselos, joder. Así es como me hace sentir.

El anciano enganchó los pulgares en su chaleco.

—El problema de ser bibliotecario es que hay lecciones que no se aprenden en los libros. Y el problema de ser asesina es que hay misterios que no pueden resolverse a puñaladas.

—Siempre estáis con acertijos —gruñó Mia—. ¿Sabéis algo de esa Luna o no?

El anciano dio una calada a su cigarrillo y miró a Mia de arriba abajo.

—Esto es lo que sé. Algunas respuestas se aprenden. Pero las importantes hay que ganárselas.

—Oh, Negra Diosa, ¿ahora también sois poeta?

El cronista frunció el ceño y aplastó el cigarrillo contra la pared.

—Los poetas son unos capullos.

Aelio se guardó el cadáver de su colilla en el chaleco. Bajó la mirada al libro que Mia llevaba en las manos y la devolvió a sus ojos.

—Puedes quedártelo. De todas formas, nadie más es capaz de leerlo.

Con un leve asentimiento, Aelio volvió a coger su carrito de devoluciones.

—¿Y esa es toda la explicación que me llevo? —preguntó Mia.

Aelio se encogió de hombros.

—Demasiados libros. Muy pocos siglos.

El anciano desapareció en la penumbra empujando su carrito. Mientras lo veía disolverse en las sombras, la chica dio una intensa calada al cigarrillo, con la mandíbula tensa.

—... vaya, sí que ha sido iluminador...

—... AELIO SIEMPRE SE COMPORTA ASÍ. PONERSE CRÍPTICO

HACE QUE SE SIENTA IMPORTANTE...

Mia miró ceñuda a la loba-sombra que estaba materializándose a su lado.

—¿Estás segura de que mi señor Casio nunca supo nada de esto, Eclipse? Era el líder de toda la congregación. ¿Estás diciéndome que no sabía nada de lo que significaba ser tenebro? ¿De Cleo? ¿De la Luna? ¿De nada de esto?

—... YA TE LO DIJE. NUNCA LO INVESTIGAMOS. CASIO ENCONTRABA SUFICIENTE SENTIDO A SU VIDA CON SOLO PONER FIN A LAS DE OTROS. NO NECESITABA MÁS QUE ESO...

Don Majo dio un bufido.

—... gente pequeña, mentes pequeñas...

—... TEN CUIDADO, PEQUEÑO FELINO. ÉL YA ERA MI AMIGO CUANDO TÚ CARECÍAS DE FORMA. ERA HERMOSO COMO LA OSCURIDAD Y AFILADO COMO LOS DIENTES DE LA MADRE. NO HABLES MAL DE ÉL...

Mia suspiró y se pellizcó el caballete de la nariz. No le entraba en la cabeza que Casio nunca hubiera buscado la verdad sobre sí mismo. Ella llevaba haciéndose preguntas desde niña. El viejo Mercurio y la madre Drusilla le habían dicho que era una elegida de la diosa.

«Pero ¿elegida para qué?»

Recordó su combate contra Ashlinn en las calles de Última Esperanza. Su ataque a la Basílica Grande cuando tenía catorce años. En ambas ocasiones, la mera visión de la Trinidad, el símbolo sagrado de Aa, le había provocado un dolor agónico. El Dios de la Luz la odiaba. Lo había sentido. Tan seguro como el suelo que hollaba. Pero ¿por qué? ¿Y qué abismos tenía esa «Luna» que ver con todo lo demás?

Y Remo.

«El hijo de puta de Remo.»

Había muerto a manos de Mia en una polvorienta calle de Última Esperanza. Su ataque al Monte Apacible había fracasado. Sus hombres habían yacido destripados en la arena a su alrededor. Pero antes de clavarle su hoja de hueso de tumba en el cuello, el justicus había pronunciado unas palabras que habían vuelto del revés el mundo de Mia.

«Daré recuerdos a tu hermano.»

Mia negó con la cabeza.

«Pero Jonnen está muerto. Me lo dijo mi madre.»

Cuántas preguntas. Mia notaba el sabor de la frustración mezclado con el del humo en la lengua. Pero sus respuestas estaban en Tumba de Dioses. Y alabada fuese la Negra Madre, allí era justo donde ese misterioso cliente suyo la había enviado.

«Es hora de dejar de gimotear y empezar a actuar.»

Mia salió renqueando del athenaeum. Bajó por la escalera serpenteante hacia las entrañas de la iglesia. Cruzó los charcos de luz de los cristales tintados con Don Majo en el hombro y Eclipse merodeando por delante. El coro de la iglesia cantó mientras recorrían los tramos de escalera, los pasillos largos y retorcidos, hasta llegar por fin a las cámaras de la tejedora Marielle.

Tomó aliento y llamó a la pesada puerta. Se abrió al cabo de un momento y Mia se descubrió mirando unos ojos escarlata y una hermosa y exangüe sonrisa.

—Hoja Mia —dijo Adonai.

El orador de sangre iba vestido con sus calzas indecentes y su túnica de seda roja, abierta por el pecho como de costumbre. La sala que tenía detrás estaba iluminada por una sola lámpara arkímica, y las paredes adornadas con centeneras de máscaras distintas, de todos los tamaños y formas.

Máscaras mortuorias, máscaras infantiles y máscaras de carnaval. Cristal y cerámica y pasta de papel. Una sala de rostros, sin un solo espejo a la vista.

—Vienes en pos de un tejido —dijo Adonai.

—Sí —respondió Mia asintiendo y afrontando aquellos ojos rojo sangre sin miedo—. Las heridas se curan con el tiempo, pero no dispondré de mucho allá donde me dirijo.

—La Ciudad de los Puentes y los Huesos —musitó el orador—. No existe emplazamiento más peligroso en toda la república.

—No habéis visto mi cesta de la colada —replicó Mia.

Adonai sonrió y volvió la mirada hacia atrás.

—¿Hermana amada, hermana mía? Tienes compañía.

Mia vio una figura deforme entrar arrastrando los pies en el brillo arkímico. La mujer era albina como su hermano, pero lo poco que Mia alcanzó a ver de su piel estaba hinchado y cuarteado, y manaban pus y sangre a través de los vendajes que le cubrían las manos y la cara. Iba vestida con una túnica de terciopelo negro, y al ver a Mia sus labios se separaron para sonreír.

—Hoja Mia —susurró Marielle.

—Tejedora Marielle —dijo Mia con una inclinación.

—A la Tumba marcha, por orden del padre Solis, a los brazos de un nuevo patrono. Y aunque llega suturada, todavía sangra. —Adonai tuvo un leve estremecimiento—. Lo huelo en ella.

—Todas tus heridas serán sanadas, pequeña tenebra —ceceó Marielle—, como si jamás hubieran existido.

La tejedora señaló con el mentón la temible losa de piedra que dominaba la estancia. Tenía correas de cuero y hebillas de acero pulido, ya que, aunque Marielle podía tejer la carne como arcilla y curar casi cualquier herida, el proceso en sí era pura agonía. Lo cierto es que Mia odiaba la

idea de que la ataran para sanarla. De que la amarraran como un cerdo para el espetón, con las calzas en los tobillos. Pero resignándose al dolor, sintiendo cómo las sombras de dentro de su sombra se le bebían el miedo, Mia cojeó hacia el interior de la cámara.

El orador cerró la puerta detrás de ella y la cogió del brazo.

Mia alzó la mirada hacia sus ojos relucientes, sus pestañas blancas como la nieve. El orador se acercó más, cada vez más, y durante un momento terrible y electrizante, Mia creyó que quizá fuese a besarla. Pero en vez de eso, Adonai habló en voz baja, rozando su oreja con los labios, apenas un susurro.

—Dos vidas salvaste, el giro en que los Luminatii oprimieron con su acero solar la garganta del Monte Apacible. La mía y la de mi hermana amada. La deuda que contrajo Marielle contigo se saldó el giro en que retornó su rostro a Naev. Mas mi deuda, pequeña hoja, continúa pendiente. Recuérdalo en las nuncanoches que están por acaecer. Por oscuras y profundas que alcancen a ser las aguas que buceas, en asuntos de sangre puedes contar con el voto de un orador.

Adonai clavó en ella su mirada escarlata y prosiguió con una voz afilada como el hueso de tumba que Mia llevaba en la muñeca.

—Se te debe sangre, cuervercilla —susurró—. Y con sangre se te pagará.

Mia lanzó una breve mirada a Marielle para volver luego a los brillantes ojos rojos de Adonai. Su mente estaba inundada de pensamientos sobre Tumba de Dioses. Los braavi. Mapas robados y clientes ocultos, y un Sacerdocio que no parecía sentir más que ira hacia ella.

—¿Sabéis algo que yo no sepa, orador?

Una hermosa y pálida sonrisa fue su única respuesta. Con un siseo de su túnica escarlata, el orador Adonai hizo un gesto a su hermana. Mia se

volvió hacia la Sala de los Rostros y su ama, que se alzaba junto a aquella temible losa. Marielle le indicó que se acercara con dedos retorcidos.

Llegara lo que llegase, ya era demasiado tarde para dar media vuelta.

Y con un profundo suspiro, Mia se tendió en la piedra.

Estuvo a punto de echarse a llorar al verlo.

Se alzaba desde la cima de los acantilados y perforaba el cielo, piedra ocre que se iba tornando dorada a la luz de los dos ardientes soles. Un fuerte tallado en los mismos acantilados, que una vez fue el hogar de una de las doce familias más destacadas de la república.

Nido del Cuervo.

Mia se quedó arrodillada en la cubierta del *Sabueso de Gloria*, mirando mientras la embargaban los recuerdos. Caminando por el ajetreado puerto de la mano de su madre. Los tenderos llamándola «pequeña dona» y regalándole dulces. Su padre recorriendo con paso firme las almenas que se alzaban sobre el océano, la brisa jugueteando con su pelo mientras miraba más allá de las olas. Soñando, quizá, con la revuelta que sería su perdición.

Ella había sido demasiado joven para entenderlo, demasiado pequeña para...

¡Crac!

El látigo restalló contra sus omóplatos y un dolor rojo brillante la arrancó de su ensoñación.

—¡No te he dado permiso para que pares! ¡La barbilla contra los tablones!

Mia se arriesgó a lanzar una mirada iracunda al *executus*, que estaba de pie cerca de ella con un látigo para ganado en la mano. A Mia le goteaba el sudor del rostro y tenía el pelo pegado a la piel. Su vacilación le valió un segundo latigazo en la espalda. Con los brazos ardiendo de fatiga, descendió en otra

flexión y volvió a ascender. En su visión flotaron puntos negros. Los dos hombres que tenía al lado hicieron lo mismo, gruñendo de agotamiento.

La travesía desde los Jardines Colgantes había durado casi tres semanas. Todos los giros, ella y los otros dos esclavos que Leona había adquirido en el mercado subían a cubierta a hacer ejercicio, y el chasquido del látigo del *executus* empezaba a plagar los sueños de Mia.

Su primer camarada en el cautiverio era un endurecido chico liisiano llamado Mateo. Parecía unos años mayor que Mia y tenía el pelo un poco ondulado, los brazos fuertes y una sonrisa bonita. A pesar de su imponente físico, Mateo había enfermado como un perro durante su primera semana en el mar. Mia supuso que el chico no habría pisado un barco en su vida.

Su segundo compañero de cama era un fornido itreyano llamado Sidonio. Tendría casi treinta años y era duro como un clavo de ataúd. Brillantes ojos azules y cabeza afeitada. Parecía el más mezquino de los dos, y miraba a Mia como si quisiera follársela y/o matarla. Ella no estaba muy segura de en qué orden. No estaba muy segura de que Sidonio lo estuviera, tampoco. Lo más particular en él era que llevaba una burda marca que parecía que le hubieran grabado en el pecho usando una hoja al rojo vivo. Una sola palabra, tallada de lado a lado del pecho.

«COBARDE.»

No había dado ninguna explicación sobre ella, y a Mia no le caía lo bastante bien como para preguntarle.

Después de otras treinta y dos flexiones, el *executus* les hizo un gesto para que pararan, y Mia se dejó caer boca abajo en la cubierta, con los brazos temblorosos.

—La fuerza que tienes en el torso es de chiste —le gruñó el hombretón—. Y aun así, la risa no asoma a mis labios.

—Suficiente por el giro de hoy, *executus* —dijo la dona Leona desde su

asiento en el castillo de proa—. Tendrán que estar en condiciones de andar cuando conozcan a su nueva familia.

—En pie.

Mia se levantó despacio y miró hacia el océano. Las marcas que tenía en la espalda le picaban por el sudor. El pelo entrecano del *executus* se mecía con la brisa y la barba se le erizó mientras los miraba con cara de pocos amigos. Pasaron largos minutos en silencio, con el único acompañamiento de los graznidos de las gaviotas y el rumor del lejano puerto.

—Bebed —gruñó por fin el *executus*.

Mia se volvió y casi se abalanzó sobre el tonel de agua que había atado al palo mayor. El itreyano enorme, Sidonio, la empujó a un lado con una maldición, cogió el cucharón y bebió hasta saciarse. Mia esperó su turno bullendo de furia, casi tentada de tumbar de culo a aquel matón, pero la parte sensata de su cerebro le aconsejó tener paciencia. Cuando Sidonio terminó de beber, Mateo le lanzó su bella sonrisa e hizo un gesto hacia el tonel.

—Después de vos, mi dona.

¡Crac!

El chico se encogió cuando el látigo del *executus* halló su espalda.

—¡No te he dado permiso para hablar!

El chico apretó los dientes y se inclinó en señal de disculpa. Mia le agradeció el gesto con un asentimiento y se volvió hacia el tonel para engullir una dulce medida tras otra.

Inclinarse ante aquella gente la irritaba hasta casi hacerla chillar. Le decían cuándo comer, cuándo beber, cuándo cagar. El desprecio que les mostraba el *executus* tenía como única rival la ambigüedad de la dona Leona. Por una parte, la mujer los trataba con una especie de afecto y les hablaba de la gloria que alcanzarían en las arenas del *venatus*. Pero, por otra, hacía que les dieran

latigazos a la menor infracción. No tenían permitido mirarla a los ojos. Podían hablar solo cuando se les dirigiera la palabra. Actuaban a sus órdenes.

«Como perros a los que se tiene cariño», comprendió Mia.

Los padres de Mia habían tenido esclavos cuando ella era pequeña, igual que todas las familias nobles de la república. Pero a la niñera de Mia, Caprice, la trataban casi como si fuese de su misma sangre, y el mayordomo de su padre, un liisiano llamado Andriano Varnese, se había quedado al servicio del justicus después de haber comprado su libertad.[17]

Incluso huyendo para salvar la vida de niña, incluso habiendo jurado servir a la Negra Madre, Mia nunca había comprendido del todo lo que era no pertenecerse a sí misma. El concepto la encendía en llamas, igual que el recuerdo de aquella aguja martilleada por debajo de su piel. Una y otra vez. La indignidad. La vergüenza.

Pero no se puede ganar si no se juega.

El *Sabueso de Gloria* echó el ancla en el puerto y, tras remar un tiempo breve, Mia llegó con sus compañeros de cautiverio a los atestados muelles de la ciudad portuaria que había debajo de Nido del Cuervo, llamada Reposo del Cuervo. Tenía las muñecas esposadas e irritadas, la ropa asquerosa, el pelo hecho una maraña. La ausencia de Don Majo era como un cuchillo retorciéndole las entrañas, despojándola de todo el calor. Bajó la mirada hacia su sombra, que una vez fuera lo bastante oscura para dos, o incluso tres, y en ese momento no se distinguía de ninguna otra a su alrededor. El miedo la acechaba con negras alas y, por primera vez en mucho tiempo, debía afrontarlo en solitario.

¿Y si fracasaba?

¿Y si no tenía la fuerza suficiente?

¿Y si aquella jugada era tan necia como le había advertido Don Majo?

—¡Sube al carro! —llegó el grito, puntuado por el agujijón del cuero

anudado en su espalda.

Apretando los dientes, como se había acostumbrado a hacer, Mia obedeció.

Tras un corto trayecto, el carro entró bamboleándose en el patio de Nido del Cuervo, y Mia notó el corazón dolorido en el pecho. El fuerte le resultaba tan conocido... Las vistas, los sonidos, Negra Madre, incluso los olores eran los mismos. Pero decorando la piedra ocre de las paredes del patio, donde una vez voló el Cuervo de Corvere, vio la insignia familiar de Marco Remo, un halcón rojo sobre un campo cruzado en blanco y negro.

«Esto me da pero que muy mala espina.»

Los recuerdos de su infancia se entremezclaron en su mente con las imágenes del fin de sus padres. Su padre, ejecutado junto al general Antonio ante una turba aullante. Su madre y su hermano, muertos en la Piedra Filosofal. Una parte de ella había sabido siempre que aquel castillo ya no le pertenecía, que su hogar no era su hogar. Pero ver los colores del hijo de puta de Remo todavía en las paredes, incluso después de haberlo enterrado... Sintió como si el mundo entero se removiera bajo sus pies. Creció un malestar en su estómago, grasiento y arremolinado. Y sin embargo, no tenía tiempo para cavilar sobre el final de su familia.

Otra nueva familia la estaba esperando.

Estaban de pie en hilera, como legionarios esperando que les pasaran revista. Trece hombres y dos mujeres, vestidos con taparrabos y pedazos de armadura de cuero: hombreras, espinilleras acolchadas y demás. Sus pieles sudadas relucían bajo los dos ardientes soles, confiriéndoles el aspecto de estatuas bronceas. Eran hombres y mujeres que combatían en las arenas de los *venata*, que vivían y morían con los vítores de una multitud ebria de sangre.

«Gladiatii.»

Cuando la dona Leona bajó del carro, todos ellos se golpearon el pecho con

el puño cerrado y rugieron al unísono:

—¡*Domina!*

Leona se llevó los dedos a los labios y les lanzó besos.

—Mis Halcones. —Sonrió—. Tenéis un aspecto magnífico.

El *executus* hizo restallar su látigo y ordenó con un ladrido a Mia y sus compañeros que bajaran del carro. Sidonio se abrió paso a empujones para bajar el primero, como de costumbre. Mateo sonrió de nuevo e hizo un gesto para que Mia pasara delante de él. Mia bajó a la arena y sintió quince pares de ojos evaluándola hasta el último centímetro de su piel. Vio labios torcerse, ojos estrecharse de burla. Pero los gladiatii tenían tanta disciplina como cualquier soldado, y ninguno abrió la boca en presencia de su ama.

—Te dejo al cargo de las presentaciones, *executus* —dijo la dona Leona—. Tengo una cita con un libro de cuentas y me espera un baño muy largo.

—Vuestro susurro, mi voluntad —respondió el hombretón inclinándose.

La mujer desapareció por un alto arco de piedra hacia el fuerte en sí. Los ojos de Mia la siguieron, observando cómo hablaba con los sirvientes, cómo se movía. Le recordó un poco a su madre. Leona era...

¡Crac!

El restallido del látigo del *executus* se ganó su atención plena.

El hombre estaba de pie ante ellos, con el látigo en una mano. En la otra sostenía un puñado de tierra ocre que había recogido del suelo y dejaba caer despacio entre sus dedos. Miró a Mia y a los otros recién llegados a los ojos y habló con una voz de piedra partiéndose.

—¿Qué tengo en mi mano?

Mia captó el ardid al instante. Lo notó en los ojos hambrientos de los gladiatii congregados detrás del *executus*. Sería nueva en aquel juego, pero no tan tonta como para caer en...

—Arena, *executus* —dijo Mateo.

¡Crac!

El látigo surcó el aire entre ellos y dejó una marca sangrante en el pecho de Mateo. El chico se tambaleó y su bonito rostro se crispó de dolor. Los gladiatii reunidos hicieron muecas burlonas como si fueran uno solo.

Mia estudió a los gladiatii uno por uno. El mayor de todos no pasaría de los veinticinco años. Todos llevaban los círculos gemelos entrelazados, que los distinguían como esclavos luchadores, marcados en las mejillas. Y todos eran unos ejemplares de impresionante físico, músculo duro y piel reluciente. Pero aparte de eso, eran tan distintos entre sí como el hierro y la arcilla.

Vio a una mujer dweymeri, con rastas de sal tan largas que casi llegaban al suelo. Sus tatuajes, que por lo general marcaban el rostro de los dweymeri, le cubrían todo el cuerpo, fluyendo sobre su oscura piel marrón como negras cataratas. A su lado había una chica vaaniana de la edad aproximada de Mia, con moño rubio y vivos ojos verdes. Iba descalza y casi parecía menuda si se la comparaba con sus compañeros. Mia se fijó en esas mujeres para ver si notaba algún tipo de afinidad o simpatía, pero las dos parecieron mirar a través de ella como si estuviera hecha de cristal.

—¿Qué tengo en mi mano? —repitió el *executus*.

Mia se quedó callada mientras crecía el malestar de su estómago. Dudaba que existiera una respuesta correcta, o que el *executus* fuese a reconocerla como tal aunque se le diera. Y estaba segura de que uno de los dos hombres con los que había llegado sería lo bastante idiota como para...

—Gloria, *executus* —dijo Sidonio.

¡Crac!

Los gladiatii prorrumpieron en risitas mientras Sidonio caía al suelo, aferrando saliva y labios ensangrentados. El *executus* blandía su látigo como un luchador al estilo Caravaggio blandiría su florete, y había regalado al fornido itreyano un golpe en toda su necia boca.

—No eres nada —gruñó el *executus*—. No eres digno ni de lamerme la mierda de la bota. ¿Qué sabrás tú de la gloria? Es un himno de arena y acero, tejido por las manos de leyendas y entonado por la rugiente multitud. La gloria es el terreno de los gladiatii. ¿Y tú? —Torció el gesto—. Tú no eres más que un esclavo común.

Mia devolvió los ojos a la hilera para estudiar a los hombres detrás de sus sonrisas.

Eran un grupo variopinto, aunque todos ellos corpulentos. Un rubio guapo le llamó la atención; se parecía tanto a la chica vaaniana que por fuerza tenían que ser parientes. Vio a un dweymeri gigantesco, con la barba trenzada como sus rastas de sal y sus hermosos tatuajes faciales mancillados por la marca de esclavo. Un liisiano fortachón, más feo que pegarle a un padre, se mecía sobre los talones como si fuese incapaz de estarse quieto. Y en el primer lugar de la hilera, Mia vio a un hombre alto itreyano.

La tripa se le heló.

El aliento se le atascó en el pecho.

Tenía el pelo oscuro y largo hasta los hombros, enmarcando una cara tan perfecta que podría haberla esculpido la mismísima tejedora. Su musculatura estaba trabajada y dura, pero se lo veía más flexible que a sus compañeros, y el susurro de una velocidad terrorífica acechaba en las tensas líneas de sus brazos, en el ondulante músculo de su abdomen. Llevaba un fino torque de plata al cuello, la única joya visible en el grupo. Pero cuando Mia miró sus ojos, negros y ardientes, notó que crecía la náusea en su estómago, que sus entrañas rugían como si de pronto sintiera un hambre desesperada.

«Esto lo he sentido antes...»

Cuando estuvo en presencia de mi señor Casio, el Príncipe de las Hojas.

El *executus* se volvió hacia los guerreros congregados y siguió dejando caer arena entre sus dedos.

—Gladiatii —dijo—, ¿qué tengo en mi mano?

Todos los hombres y mujeres rugieron al unísono.

—¡Nuestras vidas, *executus*!

—Vuestras vidas. —El hombre se volvió de nuevo hacia los recién llegados y arrojó su puñado de arena al suelo—. Y por despreciables que sean, un giro podría cantarse sobre ellas en las leyendas.

»Me trae sin cuidado lo que fueseis antes. Mendigos o dones, panaderas o dulcechicas. Esa vida ha terminado. Y ahora, sois menos que nada. Pero si observáis como sangralcones y aprendéis de mis enseñanzas, quizá un giro podáis contaros entre los elegidos, en las arenas del *venatus*. ¡Como gladiatii! Y entonces... —Señaló al sangrante Sidonio con el látigo—. Entonces, quizá conozcáis el sabor de la gloria, cachorros. Entonces quizá conozcáis la canción de vuestros latidos mientras la multitud ruge vuestros nombres, ¡como ruge el de Furiano el Invicto, *primus* del Venatus Tsana y campeón del *collegium* de Remo!

—¡Furiano! —bramaron los gladiatii, alzando los puños y girándose hacia el alto itreyano que encabezaba la hilera.

El hombre de pelo azabache seguía mirando a Mia sin parpadear.

—¡Los gladiatii no temen la muerte! —siguió diciendo el *executus*, con saliva en los labios—. ¡Los gladiatii no temen el dolor! Los gladiatii solo temen una cosa: ¡el eterno bochorno de la derrota! Atended a mis lecciones. Conoced el lugar que os corresponde. Entrenad hasta que sangréis. Porque si traéis una vergüenza tal a este *collegium*, a vuestra *domina*, juro por el todopoderoso Aa y sus Cuatro putas Hijas sagradas que lamentaréis el giro en que vuestra madre os cagó de la panza.

Se dirigió a sus luchadores, puño en alto, la cicatriz retorciéndole la cara mientras vociferaba:

—*Sanguii e Gloria!*

—¡Sangre y gloria! —respondieron a la vez los gladiatii, de nuevo aporreándose el pecho.

Todos menos uno.

El campeón al que llamaban Furiano.

El hombre mantuvo la mirada clavada en Mia, cargada de cólera o lujuria o algo intermedio. La respiración de la chica se aceleró y la piel le picó como si estuviera congelándose. Un hambre se revolvió en su interior, la boca seca como el polvo, los muslos anhelantes de deseo. Mia miró el suelo a los pies del luchador y vio que su sombra no era más oscura que las demás. Pero conocía aquella sensación, tanto como su propio nombre.

Y al mirarlo a los ojos, supo que él también lo estaba sintiendo.

«Ese hombre es tenebro.»

CAPÍTULO 7

ANHELOS

Un latido atronador. Un mar de rojo. Una oleada de vértigo que le inundó la cabeza.

Mia emergió del estanque de sangre y se puso de pie. Sus heridas del hombro y el trasero estaban curadas, pero aun así perdió el equilibrio y tuvieron que sostenerla las dos manos que estaban junto a ella. Entre las dos ayudaron a Mia a levantarse, cada una sujetándole un brazo hasta asegurarse de que aguantaba. Mia escupió la sangre de la lengua y se quitó el pringue de los ojos con un suspiro.

Miró a su alrededor, a un estanque triangular lleno de sangre idéntico al que acababa de abandonar en el Monte Apacible. Las paredes estaban cubiertas de glifos teúrgicos y de un plano de Tumba de Dioses pintado con sangre. El archipiélago se extendía por la piedra, las islas quebradas recorridas por tracerías de canales, con todo el aspecto de un gigante sin cabeza tendido de espaldas.

Mia respiró hondo, recobró la compostura y se pasó el pelo ensangrentado detrás del hombro.

—Por los dientes de las Fauces, nunca me acostumbraré a esto —graznó.

—Deja ya de lloriquear, Corvere. Le da mil patadas a viajar en barco.

A Mia le dio un vuelco el estómago al reconocer la voz. Se volvió hacia la cabecera del estanque y encontró allí a una delgada pelirroja que la estaba mirando. La chica tendría más o menos su edad, pero era más alta y tenía los músculos más marcados. Sus ojos eran verdes y titilaban con una astucia silvestre, de cazadora. Tenía la cara algo pecosa y los brazos cruzados en las voluminosas mangas de una larga túnica negra.

Una túnica de mano.

Mia reconocería en cualquier sitio a la chica que había sido una espina clavada para ella durante todo su entrenamiento en el Monte Apacible. La chica que había culpado al padre de Mia por la muerte del suyo. La chica que había jurado matarla.

—Jessamine —dijo Mia con un hilo de voz, saliendo del estanque con piernas poco firmes.

La pelirroja ladeó la cabeza.

—Bienvenida a la Ciudad de los Puentes y los Huesos.

—¿Te destinaron a Tumba de Dioses después de la iniciación? —preguntó Mia.

—Brillante observación, Corvere —respondió la pelirroja—. ¿Cómo te has dado cuenta?

Mia se limitó a clavar los ojos en ella mientras las sombras bullían bajo sus pies. Jessamine la miró de arriba abajo y lanzó un fardo de lino al pecho de Mia.

—Los baños están por aquí.

El fardo era un albornoz, con el que Mia cubrió su cuerpo ensangrentado mientras dejaba pegajosas huellas rojas siguiendo a Jessamine por un pasillo curvado. Hacía un calor bochornoso y el hedor a hierro y entrañas era casi abrumador.

Mia vio que las paredes y el techo estaban compuestas de miles y miles de

huesos humanos. Fémures y costillas, columnas vertebrales y cráneos que daban forma a un oscuro laberinto de densas sombras. Quienquiera que hubiese pensado en construir la nueva capilla para Nuestra Señora del Bendito Asesinato en la inmensa necrópolis de Tumba de Dioses, sin duda sabía apreciar muy bien el valor del ambiente. Había una luz tenue procedente de orbes arkímicos sostenidos en manos esqueléticas que asomaban de las paredes. Pero a pesar de estar rodeada por los restos de incontables millares de personas, Mia tenía la mirada fija en la chica que caminaba delante de ella. Volvió a escupir la grasienta sangre de la lengua sin dejar de observar a Jessamine, como si en cualquier momento a la chica fuera a salirle una segunda cabeza.

Después de su iniciación, Mia sabía que a Jessamine la habían ungido como mano, pero había estado tan ocupada con su trabajo en Galante que no había averiguado dónde estaba destinada. Por lo visto, entre todas las ciudades de la república, a su antigua enemiga la habían enviado a trabajar a Tumba de Dioses.

«Qué típico, joder.»

El pasillo terminaba en una puerta compuesta por completo de columnas vertebrales, que Jessamine abrió sin el menor esfuerzo. Al otro lado, Mia vio tres baños y olió un leve aroma a humo de fresno y perfume de madreselva. Se rascó la sangre que empezaba a secársele en la cara sin apartar la mirada de la pelirroja. La enigmática advertencia de Adonai resonó en su cabeza. La hoja de hueso de tumba que llevaba siempre ceñida al antebrazo estaba a solo un movimiento de muñeca de distancia.

—Estaré aquí fuera. —Jessamine señaló los baños con un movimiento de cabeza—. No tardes mucho. El obispo te espera y hoy está de peor humor que de costumbre.

Mia se quedó quieta, mirando a la pelirroja a los ojos.

—Te preguntas si intentaré ahogarte, ¿verdad? —Los labios de Jessamine se curvaron en una sonrisa—. O quizá si te apuñalaré en cuanto me des la espalda.

—¿Qué te hace pensar que voy a darte la espalda, pelirroja?
Jessamine negó con la cabeza y respondió con voz dura y fría.

—Sigue habiendo una deuda de sangre entre tú y yo. Pero el giro que vaya a por ti, no estarás desnuda en una bañera con jabón en los ojos. Estarás bien despierta, hoja en mano. Eso te lo prometo. —Jessamine sonrió de oreja a oreja—. Así que no temas, Corvere.

Mia miró el vapor de los baños. Luego su propia sombra. Y entonces devolvió la sonrisa a Jessamine.

—Nunca lo hago.

Una hora más tarde, Mia estaba a la entrada de los aposentos del obispo de la capilla de Tumba de Dioses. Iba vestida con botas hasta las rodillas, cuero negro y un jubón de terciopelo negro aplastado, y llevaba el pelo bien cepillado. La espada de hueso de tumba de su padre pendía a un lado y el estilete de su madre iba envainado dentro de su manga.

Las habitaciones del obispo estaban ocultas en un recoveco de los túneles de hueso. Las entrañas de la capilla eran un laberinto, y Mia había tardado poco en desorientarse. Si no la guiaba Jessamine, dudaba que fuese capaz de regresar al estanque de sangre, lo que la volvía más cauta si cabe en presencia de la chica.

La puerta de la cámara se abrió sin hacer ruido y un joven delgado salió a las sombras del pasillo, vestido de terciopelo oscuro. Le habían tejido la cara desde la última vez que Mia lo había visto, pero seguía estando demasiado flaco, y sería imposible que Mia no reconociera aquellos

penetrantes ojos azules. Pelo oscuro, tez pálida como la de un fantasma y labios en un ligero mohín sobre sus encías sin dientes.

—Chss —dijo Mia sonriendo.

El chico se detuvo y miró a Mia de arriba abajo, como sorprendido de verla. Un asomo de sonrisa le curvó los labios mientras le hacía señas en deslenguado.

hola

Ella empezó a hacer señas también, moviendo las manos deprisa.

¿sirves aquí, en tumba de dioses?

Chss asintió con la cabeza.

ocho meses

me alegro de verte

¿ah, sí?

deberíamos tomar algo un giro de estos

El chico miró a Jessamine y respondió con un encogimiento de hombros que no lo comprometía a nada.

—Escuchad, siento mucho interrumpir este reencuentro tan bonito —dijo Jess—, pero, la verdad, estoy a punto de echarme a llorar de la emoción y el obispo nos espera.

Chss asintió y miró a Mia.

que la madre te guarde

Con una pequeña inclinación, el chico juntó las yemas de los dedos y se fue pasillo abajo, silencioso como una sombra. Mia lo vio marchar, algo entristecida. Había sido discípula junto a Chss. Él la había ayudado en sus pruebas finales y ella, a cambio, le había salvado la vida durante el ataque Luminatii. Pero, como de costumbre, el extraño chico se mantenía distante.

«Un asesino primero, y siempre.»

Jess llamó a la puerta tres veces.

—¿Qué pasa ahora, joder? —preguntó una voz cansada desde dentro.

Jessamine abrió la puerta e indicó a Mia que entrara. La chica pasó a la cámara del obispo y miró a su alrededor. Las paredes de hueso estaban cubiertas de estanterías, cargadas de papeles amontonados de cualquier manera. Había manojos y rollos de pergaminos en cajas, o puestos unos encima de otros sin más, y centenares de libros apilados sin cuidado o tirados por el suelo. Parecía como si hubiera explotado un orbe de vydriaro en la biblioteca de un borracho. En una pared había una hilera de armas procedentes de todos los rincones de la república: una hoja Luminatii de acero solar, un hacha de batalla vaaniana, un gladius de doble filo de alguna arena de gladiatii, un florete de acero liisiano, todas brillantes a la tenue luz arkímica.

Sentado a una amplia mesa de madera, casi oculto tras una tambaleante pila de documentos, Mia vio al obispo de Tumba de Dioses sosteniendo una pluma en unos dedos con manchas.

—Por los dientes de las Fauces —susurró—. ¿Mercurio?

El anciano levantó la mirada del papeleo y se subió los anteojos por la nariz. Su pelo grueso y canoso parecía haberse vuelto más rebelde desde la última vez que Mia lo había visto, y sus ojos azules como el hielo parecían sostener un ceño siempre fruncido. Saltaba a la vista que llevaba meses sin dormir bien.

—Vaya, vaya. —Mercurio sonrió—. Creía que eras el calladito, que volvía para quejarse un poco más. ¿Cómo va, cuervercilla?

Mia miró anonadada a su antiguo mentor.

—¿Qué abismos estás haciendo tú aquí?

—¿A ti qué coño te parece?

—¿Te han hecho obispo de Tumba de Dioses?

Mercurio levantó los hombros.

—Al obispo Tales se lo cargaron cuando los Luminatii purgaron la ciudad. Los muy cabrones no atacaron Mercuriosidades, vete a saber por qué, pero ya no podía arriesgarme a volver allí. Así que, cuando la capilla estuvo reconstruida, la dama Drusilla me convenció para volver de mi retiro. Total, sin la tienda, estaba rascándome los cojones y poco más.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estabas en Galante. Y por si te han dejado de funcionar los putos ojos, ando algo liadillo. Así que, sin más preámbulos, Adonai me envió misiva para avisar de que llegabas. ¿Tienes los detalles?

Mia estaba un poco desconcertada. Mercurio nunca había superado del todo que hubiera fracasado en su prueba final. Aunque siempre le había tenido cariño, el anciano seguía pareciendo... algo decepcionado. Al igual que todos los miembros del Sacerdocio, su antiguo maestro podía ser rencoroso cuando quería. Desde luego, la entristecía: el anciano le había dado un hogar y la había cuidado durante seis largos años. Aunque jamás lo reconocería ante nadie, Mia quería al viejo cabrón.

Sin embargo, ella era una hoja y él había pasado a ser su obispo, y el tono de Mercurio le recordó sin lindezas dónde estaba. Mia sacó la funda de pergamino que le había dado Solis. Era de cuero, de modo que podía hacer la Caminata de Sangre; nada que no hubiera conocido una vez el latido de la vida podía viajar mediante la magia de Adonai. Mia vio cómo Mercurio desenrollaba los pergaminos y leía con ojos entrecerrados.

—La Dona —murmuró.

—Cabecilla de los Ricachones —dijo Mia—. Se mueven por la bahía de los Carniceros.

El obispo asintió y cogió el boceto del objetivo de Mia. Mostraba a una mujer de oscuro ceño y ojos todavía más oscuros. Llevaba una levita de buen corte y el pelo en elaborados tirabuzones, como se había puesto de

moda entre las damas nacidas de la médula. Y tenía un monóculo apoyado (de forma más bien ridícula, en opinión de Mia) sobre el ojo derecho.

Mercurio dejó el pergamino en la mesa.

—Lástima enterrar un cuchillo tan afilado. —El anciano dio un sorbo a su infusión. Desde tan cerca, Mia alcanzó a oler el vino dorado—. Muy bien. Tienes todos los detalles, así que sabes dónde empezar a buscar. Te quedan ocho giros para ponerle fin y mangar ese mapa, y el tiempo vuela. ¿Qué necesitas de mí?

—Un sitio donde dormir. Vydriaro. Armas. Una mano que conozca la Tumba tan bien como yo y se mueva igual de deprisa.

—Mano ya tienes. Está detrás de ti.

Mia se giró para mirar a Jessamine. Y se volvió hacia el viejo Mercurio. Sin duda, el obispo no era consciente de la enemistad que existía entre las chicas, y sacarla a colación parecía un poco demasiado mezquino. Pero Mia confiaba en Jessamine lo mismo que confiaba en que los soles no brillaran, y disfrutaba de su compañía igual que los eunucos disfrutaban mirando litografías guarras.

«¿Cómo plantear el tema...?»

—Quizá haya alguien con un poco más de experiencia.

Mercurio miró a Mia por encima de sus anteojos, con la expresión agria.

—Hoja Mia, Tumba de Dioses es la única capilla de la Iglesia Roja que hemos podido reconstruir en estos ocho meses desde el ataque Luminatii. Gracias al sumo cardenal Duomo y a sus capullos meapilas, soy uno de los dos únicos obispos que tienen que atender a toda la puta república, de hecho; y con Scaeva presentándose a un cuarto mandato como cónsul y la política de Tumba de Dioses, que está que arde, no se acaban los hijos de puta a los que hay que matar. Así que, dado que estoy más ocupado que un

burdel con oferta de dos por uno, hazme el favor de darme las gracias y aceptar lo que se te ofrece, joder.

Mia miró a su antiguo mentor a los ojos. Reconocía el tono: era el mismo que solía emplear cuando ella era pequeña y la pillaba robándole cigarrillos. Giró la cabeza para mirar a Jessamine. Dio un suave suspiro.

—Gracias, obispo.

—Un puto placer.

—Que la Mad...

—Ya, ya, besos negros para todo el mundo. Y ahora, vete a tomar por culo, ¿quieres?

Mia salió de la sala andando de espaldas tras una inclinación, intentando no tomarse el humor de Mercurio como algo demasiado personal. Siempre había sido un perro viejo y amargado, y dirigir la capilla de Tumba de Dioses no podía estar haciendo ningún favor a su ánimo.

Jessamine llevó a Mia por un pasillo serpenteante, y la hoja la siguió muy de cerca. Cuando hubieron salido del rango auditivo del obispo, Mia cogió a Jessamine del brazo y giró a la mano para que la mirara.

—¿Vamos a tener problemas, tú y yo?

—¿Se puede saber a qué te refieres, Corvere?

—A que no es ningún secreto que tú y yo no podemos vernos ni en pintura, joder. Pero ahora eres mi mano. Necesito poder confiar en ti, Jess.

Los ojos verdes de la pelirroja brillaron cuando habló.

—No me gustas, Corvere. Te crees muy lista. Te crees muy especial. Envenenaste a Diamo y me impediste acabar en el primer puesto de Canciones con trampas. Pero sirvo a la Madre y sirvo al Sacerdocio, igual que tú. No vuelvas a poner en duda mi devoción.

La pelirroja se volvió y se internó en la oscuridad.

Las sombras que había a los pies de Mia oscilaron y llegó un frío susurro

a su oreja.

—... siempre has tenido talento para hacer amigos...

—... BUENO, A MÍ ME CAES BASTANTE BIEN, SI SIRVE DE ALGO...

—... gracias a la madre que no soy capaz de vomitar...

—... CÁLLATE...

—... qué respuesta más ingeniosa...

—... EL INGENIO SE DESPERDICIA EN QUIENES CARECEN DE ÉL...

—*¿Habéis terminado ya?* —preguntó Mia.

—... chucha... —llegó un leve susurro.

—... saco de pulgas... —llegó una aún más leve respuesta.

Mia cruzó los brazos y dio golpecitos con la punta del pie contra la piedra. Se hizo el silencio en el pasillo, sincopado solo por los pasos en retirada de Jessamine.

—Date prisa, Corvere —llamó la mano—. Ese reloj de arena no se está llenando precisamente.

Con los pulgares en el cinturón, Mia no tuvo más opción que seguir a Jessamine pasillo abajo.

«**T**enebro...»

Mia tenía la mirada fija en el otro extremo del patio, en el gladiatii llamado Furiano. El hombre le sostuvo la mirada, mientras una brisa cálida le movía el pelo largo y oscuro por la cara. Sus ojos ardían en Mia con una intensidad que...

Bueno, a decir verdad, sin Don Majo a su lado, la asustaba.

Pero, por la Negra Madre, ¿qué podía significar aquello? Mia solo había conocido a uno de los suyos hasta el momento, y mi señor Casio había muerto

antes de poder darle ninguna respuesta sobre quién o qué era. Quizá Furiano supiese algo más. Quizá tuviera todas las...

El *executus* hizo restallar su látigo.

—¡Gladiatii! ¡Volved al entrenamiento! —Se volvió hacia Mia, Sidonio y Mateo—. Vosotros tres, conmigo.

Los gladiatii se retiraron, manteniendo una formación perfecta en su marcha hacia al patio trasero del edificio. El *executus* cojeó tras ellos, apoyado en su bastón con cabeza de león. Caminando tras él, Mia lo vio dar un sorbo a una petaca de metal que llevaba en el cinturón.

En el patio trasero, donde el padre de Mia una vez tuviera un establo de orgullosos caballos, vio que el terreno estaba remodelado del todo. Las tierras ocres estaban repletas de maniqués de entrenamiento, de estantes de escudos y armas de madera. El suelo era irregular, con tablados y zanjas que dividían el espacio en distintas alturas, desde los tres metros de alto hasta los tres bajo el suelo. Había un amplio círculo señalado con piedras blancas, y el emblema de la familia Remo ondeaba orgulloso en las almenas.

Los gladiatii se emparejaron para hacer combates de práctica. Mia vio distintas combinaciones de armas, distintos estilos de lucha. La chica vaaniana cogió un arco de madera de jabí y empezó a preparar dianas en el otro lado del patio. Furiano empuñó sendas espadas gemelas y empezó a apalear un maniquí como si lo hubiera oído insultando a su madre.

El *executus* renqueó hasta la veranda y saludó a un perro enorme que estaba sentado a la sombra. Era un mastín, macho, con el pelo oscuro y un collar tachonado. El perro no cabía en sí de gozo, y el hombretón se arrodilló con una mueca para que pudiera babearle la cara.

—Me alegro de verte, viejo amigo —musitó mientras acariciaba al perro—. ¿Has vigilado bien el *collegium* mientras yo no estaba?

Mia y sus compañeros se quedaron sudando bajo los hirvientes soles

mientras el *executus* terminaba de hacerle monerías al perro. Era la primera vez que Mia veía al muy cabrón sonreír en un mes, aunque con aquella cicatriz en la cara costaba un poco estar segura. Cuando terminó, el *executus* fue cojeando al círculo de piedras e hizo chasquear los dedos.

—Larva —ladró—. Espada y tabla.

Mia captó un movimiento por el rabillo del ojo y vio a una niña salir corriendo de la sombra de un edificio pequeño que había en una esquina del patio. Era liisiana, flaca y morena, con el cabello oscuro creciendo a su aire. No podía tener más de doce años, pero los tres círculos arkímicos que llevaba en la mejilla la señalaban como miembro de la clase más alta de esclavos.

«¿Por qué habilidad será tan valiosa una niña de esa edad?»

La chica corrió a los estantes de armas y cogió una hoja de madera y un ancho escudo de roble para llevárselos al *executus*. El gigantón señaló con la hoja a Mateo.

—Ven. Muéstrame de qué estás hecho, chico. Larva, tráele una polla y algo tras lo que esconderse.

La chica asintió, corrió de nuevo hacia los estantes y volvió con otra espada de madera y otro escudo. Mateo cuadró los hombros y adoptó una postura de lucha medio decente.

—¡Ataca! —rugió el *executus*.

Mateo blandió su hoja de madera con un grito, pero el *executus* paró el ataque con facilidad.

—No te he pedido un besito de mierda, ¡he dicho que ataques!

El chico torció el gesto y descargó una sucesión de ataques a la cabeza, al pecho, a la tripa. El *executus* era fuerte como un toro, pero lento con aquella pierna de hierro que tenía, y el juego de piernas de Mateo se demostró sorprendentemente bueno. El chico hizo retroceder al hombre mayor, espada chasqueando contra espada, polvo alzándose de sus escudos al chocar. Mia

reparó en que los gladiatii estaban entrenando sin demasiadas ganas y observaban el lance con interés.

Mateo se puso más agresivo. Al igual que Mia, sin duda había esperado que el *executus* fuese un maestro espadachín. Pero ante los furiosos ataques del chico, el *executus* se había puesto del todo a la defensiva. Mateo lanzó golpe tras golpe contra la guardia del hombretón, dominando por completo el combate, hasta que hizo retroceder al *executus* contra el borde del círculo.

Y entonces, como un oso al que interrumpen el sopor, el hombre despertó.

Cambió la posición de las piernas en un abrir y cerrar de ojos, con movimientos raudos y gráciles a pesar de su pierna de hierro. Y al cabo de unos pocos segundos había desarmado a Mateo, le había asestado un espadazo en el abdomen y lo había dejado despatarrado en la arena.

El *executus* se alzó sobre el chico sin aliento, con solo una fina pátina de sudor en la frente.

—¿Qué has aprendido?

Mateo se agarró la tripa magullada, todavía sin aire para hablar.

—La arena no es lugar para marrulleros —afirmó el *executus*, con la cicatriz arrugada en su rostro ceñudo—. Es un tablero cuadriculado. Y el él, jugamos al juego más grandioso de todos. Un adversario astuto puede fingir debilidad. Dejar que te canses y aprender tus pautas, todo ello sin arrancar a sudar siquiera. El exceso de confianza ha dado fin a un millar de necios que se hacían llamar gladiatii. Recuérdalo, o será tu final. Y ahora, fuera de mi puta arena.

El *executus* se volvió hacia Mia y la señaló con su hoja de madera.

—Te toca, chica. Muéstrame cuántos de esos mil sacerdotes vales.

La niña llamada Larva ofreció a Mia una espada de entrenamiento y un escudo, componiendo una sonrisa tímida. Pero Sidonio arrebató el arma a la chica y apartó a Mia de un empujón.

—Y una mierda —gruñó—. Ninguna zorra saldrá a la arena antes que yo.

Quizá fuese el calor, o las tres semanas tragándose los abusos de aquel hombre en el mar. Quizá fuese su legendario temperamento que salía a la luz, sin Don Majo para mantenerla a raya, o los oscuros ojos de Furiano siguiéndola desde el otro lado del patio. Fuera cual fuese el motivo, Mia encontró sus manos en los hombros de Sidonio y la rodilla hundida en sus pelotas.

—Conque zorra, ¿eh? —susurró.

Los ojos de Sidonio casi se salieron de sus órbitas mientras se doblaba por la cintura. Mia entrelazó los dedos tras su nuca y le hizo bajar la cara hasta su rodilla. Al instante estaba encima de él, aporreándole la mandíbula, con los dientes rechinando y sangre en las...

¡Crac!

El látigo trazó una línea de agonía a lo ancho de sus omóplatos. El siguiente golpe la envió por el suelo con un respingo, y Mia gateó para salir de su alcance. Sonaron risas entre los gladiatii. El *executus* la miró con rabia, látigo desenrollado en mano.

—Eso que acabas de dañar es propiedad de tu *domina*, rata. Si después de esto cae en el Aventamiento, ¿le pagarás tú en compensación por la pérdida de su vida?

Mia se frotó la hinchazón del hombro y gruñó:

—A mí no me habla así ningún hombre.

—¡No es un hombre! —escupió el *executus*—. Es un esclavo. Igual que tú. Y ninguno de los dos recuerda su posición. Hasta que sobreviváis al Aventamiento en el próximo *venatus*, sois menos que nada. Y ahora, recoge esas armas y muéstrame un ápice del potencial que tu *domina* ve en ti, o de verdad pondrás a prueba mi paciencia.

La chica llamada Larva ayudó a Sidonio a levantarse y, con manos amables,

lo llevó fuera del círculo. El *executus* enrolló el látigo, se lo guardó en el cinto y dio otro sorbo de su petaca mientras Mia se agachaba hacia la espada y el escudo con expresión sombría. La ira ardía en sus entrañas y tenía los dientes muy apretados. Mia notaba que Furiano la estaba observando con aquellos ojos oscuros y brillantes, y el hambre y la náusea se entremezclaron en su vientre.

Y sin mediar palabra, atacó.

Sus golpes fueron salvajes, cegadores. Danzó por la arena ocre, colándose entre los tajos del *executus*. Pero durante su entrenamiento en el Monte Apacible había dedicado casi todo el tiempo a aprender el estilo Caravaggio, luchando con una hoja en cada mano. No era probable que una hoja de la Madre se paseara por ahí con un mostrenco de escudo ceñido al brazo, por lo que en todo aquel tiempo Mia jamás había entrenado en su uso.

Era un peso muerto. Cada impacto le castigaba el codo, el hombro. E incluso desesperada por hacer notar su destreza como estaba, seguía siendo muy consciente de que el *executus* estaba jugando con ella. Le permitía esquivar, retorcerse e ir cansándose poco a poco, mientras estudiaba sus técnicas y se preparaba para asestar el golpe definitivo.

Pero Mia no era un inútil saco de arena ni un maniquí de entrenamiento. Y por estas que no iba a permitir que la trataran como tal. Así que, con la intención de demostrar a aquel hombre de qué era capaz, entornó los ojos y llamó a las sombras bajo los pies del *executus*.

Era imposible que nadie se diera cuenta, ya que la sombra del *executus* apenas titiló. Mia no logró asir del todo la vara de hierro: allí fuera los soles eran demasiado refulgentes, su dominio de las sombras demasiado débil. Pero retuvo la suela de su bota bastante bien, igual que había hecho en el Agujero y cien veces antes en el Monte Apacible. Los ojos del *executus* se ensancharon cuando perdió la pose. Mia atacó al cuello, reforzando su control sobre las

sombras y resuelta a enseñar a aquel hombre, que la tomaba por menos que nada, cuál era su valor exacto.

Y entonces perdió el agarre.

Las sombras se escabulleron de su control como arena de sus dedos, liberando la bota del gigante. El *executus* le estampó el escudo en la cara, derribándola hacia atrás. Mia intentó girar a un lado y soltó un grito de dolor cuando la espada del hombre cayó contra su espalda y la envió a la arena. La hoja de madera dio en el suelo junto a su cabeza mientras Mia rodaba a un lado y lanzaba al aire un puñado de polvo. Pero el *executus* alzó su escudo con relajada facilidad y contraatacó con una feroz patada de su pierna de hierro, directa al estómago de Mia.

Mia se dobló y tuvo una arcada, cegada por el dolor. El *executus* apuñaló la arena al lado de su cabeza con la hoja de entrenamiento, bajó la mirada hacia ella y gruñó.

—¿Mil monedas de plata? Yo no habría pagado ni una.

Mia logró ponerse de rodillas, con el pelo polvoriento pegado al vómito de su mejilla. Los otros gladiatii le dedicaron burlas despectivas y volvieron a su entrenamiento. Mia se quitó el escudo del brazo y escupió sangre a la arena.

—Otra vez —exigió.

—No —dijo el *executus*—. Quería tomarte la medida. Y te la he tomado de lo lindo. Ve a limpiarte la derrota. Se hace tarde. Vuestro entrenamiento comenzará mañana.

Mateo se acercó despacio y ayudó a Mia a levantarse. Aún encogida de dolor, miró al otro lado del patio polvoriento mientras la furia ardía en su interior. Se había hecho con el pie del *executus*, de eso no había duda. Era un truco que había llevado a cabo más veces de las que recordaba, y gracias a él debería haberlo derrotado con facilidad. Pero algo... no, no algo, alguien le

había arrebatado el control de las sombras y había provocado que fuese ella la derrotada.

Furiano apartó la mirada del maniquí al que estaba sacando el relleno a golpes, con el bello rostro reluciente de sudor. Su melena oscura se mecía al son de la brisa cálida. Su torque de plata relucía. Sus ojos casi negros estaban fijos en los de ella.

—Cabronazo —susurró.

El Invicto volvió a su entrenamiento sin dedicarle ni una mirada más.

CAPÍTULO 8

PLEGARIAS

—*Vaya, esto va a ser complicado.*

Mia dio una larga calada a su cigarrillo y miró hacia la entrada de la casa de placer desde la altura de su habitación en la taberna de enfrente. Jessamine estaba ante la ventana junto a ella, sin apartar los ojos entrecerrados de la puerta del burdel.

—*¿Esperabas que la líder de una banda braavi se paseara por la calle con el mapa en la mano y cayera encima de tu espada, Corvere?*

—*Sabes que adoro tu sarcasmo más que nadie, Jess. —Mia suspiró—. Pero llevamos una semana enjauladas en esta habitación y agradecería que cambiara un poco la tonadilla.*

—*Ya sé que llevamos aquí arriba una semana. Soy yo la que tengo que soportar que no pares de fumar ni un momento, coño.*

—... bueno, quizá podríamos seguir discutiendo hasta mañana y dejar pasar del todo la oportunidad, ¿no os parece?...

Mia echó una mirada a Don Majo, que estaba lamiéndose una zarpa traslúcida en la cama.

—*Tus comentarios siempre son bien recibidos.*

—... y los ofrezco de mil amores...

—Eres un pequeño capullo, ¿lo sabías?

—... oh, sin el menor asomo de duda...

Habían pasado siete giros desde que Mia había llegado a la Ciudad de los Puentes y los Huesos, y lo único que impedía que su barriga se disolviera en un charquito de nervios eran los pasajeros que viajaban en su sombra. Preguntando en los locales que antaño solía frecuentar en la Pequeña Liis, Mia y Jessamine habían encontrado a su objetivo tras un solo giro, ya que casi todas las sabandijas que poblaban el barrio conocían el cuartel general de los Ricachones. Pero el problema no era localizar su madriguera. Lo peliagudo iba a ser entrar en ella.

El fuerte de los Ricachones era un lujoso palazzo llamado La Cena del Perro. Los niveles inferiores parecían una taberna al uso, rebosante de canciones obscenas y un mar de gente. El segundo piso daba la impresión de ser un salón de tinta, y los dos de arriba, un burdel. Unos matones del tamaño de casas pequeñas vigilaban la entrada frontal, ataviados con levitas caras y pelucas empolvadas que ocultaban bien poco las cicatrices de sus caras y el músculo bajo la tela. Aunque no había ninguna señal que distinguiera el edificio del de sus vecinos, aquello era territorio braavi, y todos los lugareños sabían a la perfección lo que ocurría tras aquellas puertas.[18]

El reconocimiento había ido como la seda. Poder enviar a dos volutas de oscuridad viviente al interior del edificio para escuchar todas las conversaciones y estudiar hasta el último recoveco significaba que sabían todo lo que iba a ocurrir aquella tarde. Pero no por ello su misión iba a ser fácil.

Mia sintió un temblor en su sombra, el beso de una brisa fresca. Eclipse se materializó a partir de la oscuridad que había bajo sus pies y se sacudió desde la cabeza hasta la cola.

—¿Novedades? —preguntó Mia, haciendo bailar el cigarrillo en los labios.

—... ELLA ESTÁ EN LA PLANTA SUPERIOR, DESPACHO DE LA ESQUINA. SE HA PASADO TODO EL GIRO DANDO ÓRDENES, BEBIENDO, FUMANDO Y FORNICANDO SIN PARAR...

—*Quién pillara un trabajo como ese —comentó Jess.*

—*¿Sigue en pie que la entrega del mapa sea aquí? —preguntó Mia.*

—... EL VENDEDOR TIENE QUE LLEGAR ANTES DE UNA HORA. EL INTERCAMBIO TENDRÁ LUGAR EN EL DESPACHO DE LA DONA...

—*Por tanto, tenemos dos opciones —murmuró Mia—. O interceptamos el mapa antes de que llegue y damos fin después a la Dona, o esperamos al vendedor y hacemos las dos cosas a la vez.*

—... NO SABEMOS QUÉ ASPECTO TIENE EL VENDEDOR...

—*Supongo que será un mamón sórdido que llevará una funda de mapa.*

—... de todas formas, tendrás que entrar en ese despacho para acabar con la dona...

—*Y justo ahí está el problema.*

—*¿No podrías colarte dentro? —sugirió Jessamine—. Oculta en tus sombras, digo.*

Mia negó con la cabeza.

—*Debajo de ellas no veo nada. Pasearme a tientas por una madriguera braavi es una manera estupenda de llevarme un espadazo en las tetas. Y la tejedora hizo un trabajo maravilloso con estas dos. Sería una pena echarlas a perder.*

Jessamine forzó la mirada hacia el otro lado de la calle.

—*Podrías lanzar un garfio al edificio desde este tejado. Saltas el callejón, entras por el techo de La Cena y vas bajando.*

—*Es fin de semana. Habrá mucha gente en la calle. Como alguien mire*

hacia arriba...

—*¿Puerta delantera, entonces?*

Mia miró hacia el edificio de enfrente y musitó:

—*Se me dan fatal las puertas delanteras.*

—... *estás mejorando...*

—*Embustero.*

—... *mujer de poca fe...*

—*La fe nunca ha impedido que un ahogado se hunda. —Mia dio una profunda calada al cigarrillo—. Pero reconozco que no tenemos muchas opciones.*

—... *podríamos quedarnos despiertos toda la nuncanoché, trenzarnos el pelo unos a otros y hablar de chicos...*

—... *¿ES QUE SIEMPRE TIENES QUE DECIR SANDECES, MININO?...*

—... *forma parte de mi encanto...*

—... *DEBE DE TRATARSE DE UNA NUEVA DEFINICIÓN DE ENCANTO CON LA QUE NO ESTOY FAMILIARIZADA...*

—*Si habéis terminado los dos —refunfuñó Mia—, id a montar guardia, ¿queréis?*

Un vacío se apoderó de su estómago cuando partieron sus pasajeros, reemplazados por mariposas. Mia trató de acallar sus nervios mirando la madriguera braavi y preguntándose qué la esperaba allí. Combate próximo. Una taberna repleta de criminales encallecidos. Y cabía suponer que quienquiera que fuese a vender el mapa llevaría también su propio músculo a sueldo. Mal asunto.

Apartando a un lado sus dudas, y con la advertencia de Adonai resonando en su mente, aplastó el cigarrillo bajo el tacón.

—*Muy bien —dijo asintiendo—. Necesito un vestido.*

Mia cruzó la calle atestada como si fuese de su propiedad, pisando los adoquines rotos hacia la puerta de La Cena del Perro.[19]

Había caído la nuncanoché y el viento pasaba aullando por la avenida. Había traído con él desde el océano una tormenta estival que dejaba caer una fina lluvia tibia y ocultaba los dos soles tras una máscara de gris. Pero el mal tiempo rara vez era motivo para que la gente de Tumba de Dioses se quedara en casa siendo fin de semana, y las calles seguían rebosantes de vecinos que iban de camino a sus festejos.

La Pequeña Liis era uno de los barrios más miserables de la Tumba, pero los liisianos tenían estilo, y durante su infancia allí, Mia siempre había encontrado hermosos los colores y los cortes de sus vestidos. Le recordaban a su madre, en realidad, y había algo en la música y los aromas de aquel lugar que apelaba a la sangre que corría por sus venas. El vestido de Mia había salido del guardarropa de la capilla, y estaba pensado para encajar con la moda de la zona: calzas de cuero, botas hasta las rodillas, un corsé sobre una blusa de terciopelo y un collar reluciente, todo ello en distintos tonos de rojo sangre. Si la asesinaban allí dentro, por lo menos dejaría un cadáver bien vistoso.

De cerca, los porteros resultaban todavía más intimidantes. Estaban resguardados bajo el toldo de La Cena, pero aun así parecían un poco mojados y más que un poco amargados. El caballero de la izquierda era tan ancho como alto, y su camarada parecía haberse desayunado a sus propios padres.

Anchito alzó una mano que detuvo en seco a Mia.

—Alto ahí, mi dona.

—Feliz nuncanoché, encantadores caballeros. —Mia sonrió y les hizo una sutil reverencia.

—No puedes entrar —dijo Huerfanito, negando con la cabeza.

—La chusma tiene prohibida la entrada —añadió Anchito.

Mia se miró la vestimenta y sonó algo dolida.

—¿Chusma?

Cuatro marineros borrachos, que habrían entrado perfectamente en la definición de «chusma» que daba don Fiorlini en su éxito de ventas Dicción itreyana: el manual definitivo, se acercaron a la puerta.

—Buenas tardes, gentiles amigos —les dijo Anchito—. Bienvenidos, bienvenidos.

El hombre abrió las puertas, dejando escapar un estallido de flautas y risas desde el interior, y los marineros entraron sin echar una mirada atrás.

Mia sonrió con dulzura a Anchito.

—Tengo a amigos esperándome dent...

—Hoy no puedes entrar —dijo el hombre corpulento.

—No servimos a las de tu ralea —convino Huerfanito.

—¿Mi ralea?

Los matones gruñeron y asintieron a la vez.

—A ver si lo he comprendido —dijo Mia—. Sois una pandilla de ladrones, chulos, chantajistas y asesinos, ¿y me estáis diciendo a mí que no soy lo bastante buena para beber aquí?

—Exacto —dijo Anchito.

—Anda a tomar por culo —dijo su compañero.

Mia se ajustó el corsé tan significativamente como era posible. Los matones braavi se la quedaron mirando sin parpadear. Al final, se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Cuánto queréis?

Los ojos de Huerfanito se estrecharon.

—¿Cuánto tienes?

—¿Dos sacerdotes?

El portero miró hacia los dos lados de la calle y luego asintió.

—Trae para acá, pues.

Mia buscó en su monedero y lanzó sendas monedas a los porteros. Desaparecieron en sus bolsillos más rápidas que el salario de un cazahumo en su pipa.

Mia miró al dúo enarcando las cejas.

—¿Y bien?

—Hoy no puedes entrar —dijo Huerfanito.

—No servimos a las de tu ralea —convino Anchito.

Los porteros se apartaron para dejar pasar a un segundo grupo de juerguistas (que llevaban el letrero de una calle y una oveja algo atribulada) y les desearon una feliz velada mientras entraban. Eran todos hombres. Mia pudo echar un vistazo al interior y vio que entre la clientela no había ni una sola mujer. Y en algún lugar de su cabeza, la comprensión saludó levantándose el sombrero.

—Aaah —dijo—. Vaaale.

—Exacto —dijo Anchito.

Huerfanito se acarició el mentón y asintió con expresión de sabiduría.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Y bien, ¿qué?

—Bueno, ¿me devolvéis el dinero? —preguntó la chica.

—Esto se te da fatal —dijo Anchito.

—Pero que muy mal —añadió Huerfanito.

Mia hizo un mohín.

—Don Majo dice que estoy mejorando.

—Sea quien sea, ese Don Majo es un mentiroso de mucho cuidado.

Los porteros se cruzaron de brazos como una pareja de baile

sincronizado.

Mia suspiró.

—Feliz nuncanoché, encantadores caballeros.

Y con otra reverencia, Mia regresó a la lluvia.

—No digas ni una puta palabra —advirtió Mia a Don Majo.

Estaba agachada en el tejado de enfrente de La Cena, mirando hacia la terraza del tercer piso de la taberna. El no-gato estaba sentado a su lado, meneando la cola.

—... teniendo en cuenta tu infancia, no es de extrañar que te falte don de gentes...

—Ni. Una. Puta. Palabra.

—... miau...

—... EN TÉRMINOS ESTRUCTOS, ESO SIGUE SIENDO UNA PALABRA... —gruñó Eclipse.

—Sí. —Mia alzó un dedo a modo de aviso—. Como digas otra, te añado oficialmente al Libro de Agravios.

Don Majo alzó una garra traslúcida y la situó sobre el punto donde podría haber estado su boca. La lluvia seguía cayendo, cálida, sobre su piel mojada. Jessamine terminó de asegurar un cordel de seda a un garfio de hierro y se lo entregó obediente a su hoja.

—No te olvides del mapa —le advirtió la pelirroja—. Y espera hasta que esté antes de cruzar. Nadie mirará hacia arriba si me están mirando a mí.

—Lo sé. Esto ha sido idea mía, Jess.

—¿Esas calzas también han sido idea tuya? —Jessamine miró a Mia de arriba abajo—. Porque no le están haciendo ningún favor a ese culo tuyo.

—Para, por favor, que temo reventar por los costados.

—Como dij...

—¿Como dijeron las calzas? —Mia puso los ojos en blanco—. Que sí, que sí. Bravo, mi dona.

—Te estaré esperando aquí, en el tejado, cuando salgas. Intenta que no te maten, ¿eh? —añadió Jess—. Me decepcionaría mucho no poder hacerlo yo.

Mia levantó los nudillos. La pelirroja sonrió divertida y se marchó por la escalera sin ofender más a Mia. La multitud se había dispersado un poco por la lluvia, pero seguían saliendo caballeros de La Cena y pasaban otros que volvían trastabillando a casa después de una alegre nuncanoché. Mia vio a Jessamine cruzando la calle, derecha hacia un joven que acababa de abandonar la casa de placer.

—¡Pero serás cabrón! —gritó apuntando un dedo acusador hacia la cara del joven.

—¿Eh? —El hombre parpadeó.

—¡Me has dicho que ibas a casa de tu primo! —exclamó Jessamine—. ¡Y aquí te encuentro, bebiendo y zorreando a mis espaldas!

El caballero en cuestión frunció el ceño, confuso.

—Mi dona, no os...

—¡No me vengas con «mi dona»! —Jessamine se acercó más, sin dejar de echar humo por las orejas—. ¿Este es el ejemplo que quieres dar a nuestro hijo? Oh, por las Cuatro Hijas benditas, ¿por qué no haría caso a mi madre? ¡Ya me advirtió sobre ti!

Los juerguistas y los porteros braavi miraron mientras Jess se lanzaba a una mordaz diatriba, en la que el tipo al que aullaba apenas logró decir dos palabras del tirón. Y con todas las miradas puestas en la ofendida amante y su borracho enamorado, Mia decidió arriesgarse.

Arrojó el gancho al otro lado del hueco de cuatro metros y medio y ató el cordel bien tenso en la barandilla de hierro forjado. Había una caída de

cuatro pisos con un final pringoso en los adoquines de abajo, y la barandilla estaba resbaladiza por la lluvia. Aun así, rápida como el rayo, salió al vacío entre edificios e inició su furtivo avance.

Sin miedo.

Llegó al tejado del burdel que había al lado de La Cena y, mirando por encima de una boca de chimenea, la sorprendió poco encontrar a dos braavi de aspecto desgraciado bajo un solo paraguas, vigilando la trampilla del techo. Mia estaba segura de poder acabar con los dos si usaba el vydriaro blanco que llevaba en la bolsa. Si arrojaba los orbes arkímicos a los pies de los hombres, produciría una nube de desmayo lo bastante grande para dejarlos sin sentido a ambos. Pero el vydriaro hacía bastante ruido al estallar y podría desatar la alarma.

—... mfmfffmmf... —dijo Don Majo.

—¿Qué?

—... HA DICHO «MFMFFFMMF»...

—Por las Hijas, sí, sí, ya puedes hablar.

El no-gato carraspeó.

—... ¿qué habitación es la de la dona?...

Eclipse señaló con el hocico las ventanas de la esquina del piso superior. Tenían las cortinas echadas y no había forma de saber lo que estaba pasando dentro.

—... TENÍA A CINCO HOMBRES AHÍ CON ELLA, LA ÚLTIMA VEZ QUE HE MIRADO...

—No me hace gracia la idea de entrar a ciegas —murmuró Mia—. Y puede que el mapa aún no haya llegado.

—... ¿y si empiezas por el salón de tinta, subes todo lo que puedas y te escondes hasta que llegue?...

—Suena sospechosamente como un buen plan.

Mia se dejó caer sobre una estrecha cornisa en el segundo piso del burdel y saltó a través de la lluvia por el hueco hasta la terraza de La Cena. Esperó un momento, escuchando por si había alguna conmoción, y luego miró por el agujero de la cerradura el dormitorio del otro lado. Había cuatro personas en diversos grados de desnudez, inconscientes en una maraña de extremidades sobre una cama con dosel, con agujas de tinta vacías en las pieles junto a ellas. Dormían como troncos.

Silenciosa como las sombras, Mia sacó sus ganzúas del tacón de la bota, engatusó a la cerradura de la terraza y se coló en el dormitorio. El cuarteto no hizo amago de abandonar sus sueños de tinta. Mia se sacudió la lluvia y estaba pasando junto a la cama cuando llamaron suavemente a la puerta. Terminó de cruzar la estancia como una exhalación y se escondió detrás de la puerta mientras se abría poco a poco.

—¿Servicio? —dijo una voz joven—. ¿Mis dones? Traigo vuestra dulceagua.

Entró una chica con una máscara dorada de cortesana en la cara. Apenas parecía una adolescente, pero iba vestida de mujer, con tafetán aplastado negro y raso barato. Llevaba una bandeja de plata con cuatro copas de cristal bueno y una jarra con un líquido azul marino. Al ver a los sesteantes tintómanos en la cama, se volvió para cerrar la puerta y amortiguar el sonido de las celebraciones de abajo.

Un relámpago destelló en el cielo. Una mano salió desde detrás de la chica y le sostuvo la bandeja. Otra le tapó la boca.

—No hables —susurró Mia.

La chica se quedó tan quieta como una estatua de la avenida del Tirano.

—No voy a hacerte daño, amor —dijo Mia—. Tienes mi palabra. Te soltaré si me prometes no gritar.

La chica asintió, respirando con fuerza. Mia retiró poco a poco la mano

de los labios de la chica y dio un paso atrás, agarrando su espada de hueso de tumba. La chica se volvió despacio, recorrió con la mirada a Mia —las hojas, el negro, la mirada— y la respiración se le aceleró incluso más al comprender qué había ido a hacer allí. Aventuró una mirada hacia la cama, buscando señales de asesinato.

—No he venido por ellos —le aseguró Mia.

—¿Y has... venido por mí?

Mia examinó a la chica: el escote generoso, el corsé ceñido, la máscara dorada. Quizá una mujer con el doble de su edad se encontrara cómoda en un vestido como aquel. Quizá pudiera deleitarse con el poder que le confería. Pero lo que tenía delante era apenas más que una niña.

¿Apenas más que una niña?

«Por las Hijas, ¿y yo qué soy?»

Debería marcharse a seguir con sus asuntos, lo sabía. La Dona estaba arriba, el mapa estaba de camino y Mia tenía que dar fin a una y robar el otro antes de que acabara la nuncanoché. Pero en esa chica había algo. Era solo otra más entre las decenas que estarían trabajando encerradas entre aquellos muros. ¿Podría Mia haber terminado en un sitio parecido, si no la hubiera encontrado Mercurio? ¿Si su vida hubiera sido solo un poco distinta?

Estaba ablandándose, lo sabía. Y debería ser de acero. Pero aun así...

—¿Cuántos años tienes? —se descubrió preguntando.

—Catorce —respondió la chica.

Mia negó con la cabeza.

—¿Esto es lo que quieres?

Un parpadeo.

—¿Qué?

—¿Esto es lo que soñabas con hacer cuando eras pequeña? —preguntó

Mia.

—Eh... —Los ojos de la chica estaban trabados en la espada del cinto de Mia. Su voz se heló de burla hacia sí misma—. Siempre rezaba a Aa para que me hiciera princesa.

Mia sonrió.

—Ninguna podemos ser princesas, amor.

—No —se limitó a decir la chica—. No podemos, no.

El silencio pendió en el dormitorio como una neblina matutina. Mia se quedó mirando a la chica, como acostumbraba a hacer, dejando que la ausencia de palabras preguntara por ella.

—Caballos —dijo por fin la chica, subiéndose el vestido—. Antes soñaba con trabajar con caballos. En el carro de un pequeño mercader, quizá. Algo sencillo.

—Suena bien.

—Quería tener un semental negro que se llamara Ónice —dijo la chica—, y una yegua blanca que se llamara Perla. Y cabalgaríamos donde nos llevara el viento, sin nadie que nos lo impidiera.

—¿Y por qué no haces eso?

La chica miró a su alrededor y hacia el burdel que había al otro lado de la puerta. La luz fue muriendo en sus ojos mientras alzaba los hombros, resignada.

—No tengo elección.

—Podrías elegir los monederos de sus cinturas. —Mia señaló hacia el cuarteto de nacidos de la médula en la cama con dosel—. Las joyas de sus cuellos. Conozco a un hombre llamado Mercurio que vive en la necrópolis. Si le dices que vas de parte de Mia, podría ayudarte a empezar. En algún lugar con caballos, tal vez. En algún sitio donde quieras estar.

Una mirada hacia arriba. Miedo en unos ojos ensombrecidos.

—Me atraparían.

—No si eres rápida. No si eres lista.

El trueno sonó a través de la ventana.

—No lo soy —dijo la chica.

—Eso que habla es el miedo. Nunca le hagas caso. El miedo es un cobardica.

La chica miró a Mia de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Yo no soy como tú.

Mia pudo ver su reflejo en los ojos de la sirvienta cuando otro relámpago trazó un arco en los cielos. Piel pálida como la muerte. Hueso de tumba al costado. Sombras en los ojos.

—No estoy nada segura de que te convenga ser como yo —dijo—. Es solo que dudo mucho que esto... —Extendió el brazo y desató la máscara dorada—. Que esto te pegue en absoluto.

La cara que había detrás del oro era delgada. Un moratón viejo en el labio. Ojos cansados y bonitos.

—Pero la elección es tuya. Siempre tuya.

La chica miró hacia los tintómanos. De nuevo a los ojos de Mia.

—¿Son muchos arriba? —preguntó Mia.

La chica asintió. Se lamió la magulladura del labio.

—Los peores de todos.

—Esta velada tiene que llegar aquí un paquete. ¿Sabes algo de eso?

La chica meneó la cabeza a los lados.

—No me cuentan mucha cosa.

Mia miró las copas de cristal, la jarra y la bandeja de plata. Sus ojos treparon hacia la chica y sus ojos cansados. La sirvienta se había quedado mirando un monedero que había entre la ropa desperdigada de los tintómanos. Un anillo dorado en el dedo de uno de ellos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mia.

La chica parpadeó. Devolvió su atención a Mia.

—Belle.

—¿Podrías hacerme un favor, Belle?

Los ojos de la chica se tiñeron de una repentina cautela.

—¿Qué clase de favor?

Mia caminó en un pausado círculo a su alrededor. Asintió una vez.

—¿Me prestas ese vestido?

A Mia y Mateo se los llevaron de su sesión de entrenamiento dos guardias que llevaban tabardos de la familia Remo. Al ver el símbolo del halcón en sus pechos, Mia notó que le empeoraba la sensación de mal agüero en las tripas. Sidonio salió cojeando de una enfermería situada en la parte trasera del fuerte. Llevaba una tablilla de madera en la nariz después de que Mia se la destrozara, y puntadas recientes en las cejas. Iba seguido de la chica llamada Larva, que se desvió hacia el enorme mastín y dejó que le lamiera la sangre de Sidonio de los dedos. La chica miró a Mia y le dedicó otra leve y tímida sonrisa.

Sin saber muy bien qué opinar de la chica, y a pesar de la amarga punzada de su derrota a manos del *executus*, Mia le devolvió la sonrisa.

Los guardias recogieron a Sidonio y llevaron a los tres nuevos reclutas hasta el inmenso portón doble que había en la parte trasera del patio. Allí los recibió una mujer delgada con el cabello largo y canoso y tres círculos marcados en la mejilla. No le debía de faltar mucho para cumplir los cincuenta años, y se movía con un porte casi regio. Llevaba puesto un vestido de buena seda roja, muy ceñido, y un torque de plata al cuello parecido al de Furiano.

—Soy Anthea, mayordoma de esta casa —les dijo—. Me ocupo de los

asuntos de la *domina* en el interior de estos muros. Deberéis llamarme *magistrae*. Tenéis que bañaros y comer antes de que os encerremos para pasar la nuncanoché. Si tenéis preguntas, podéis formularlas.

Sidonio se pasó una mano por la barbilla manchada de sangre y recorrió el cuerpo de la mujer con la mirada.

—¿Os prestaréis a limpiarme la espalda, mi dona?

La *magistrae* miró a los guardias. Los hombres sacaron cachiporras de madera y procedieron a dar una señora paliza a Sidonio, allí mismo, en el recibidor. Mia puso los ojos en blanco, preguntándose cómo podía ser tan ceporro el itreyano. Después de ser apaleado por segunda vez ese giro, Sidonio se quedó tendido en los baldosines del suelo, entre salpicaduras de su propia sangre.

—Eso es que... no, supongo.

—No me tomes por una mera criada, escoria —dijo la *magistrae*, con los ojos posados en la palabra «COBARDE» que Sidonio llevaba grabada en el pecho—. Conozco a nuestra *domina* desde que era pequeña y, en su ausencia, yo soy su voz en esta casa. Ahora, deja de sangrar en mis azulejos y sígueme.

Sidonio se levantó con dificultad, goteando rojo de las cejas y los labios. Mia observó a la *magistrae* por el rabillo del ojo. La mujer le recordaba al mayordomo de su padre, un liisiano llamado Andriano que gobernaba aquella casa en tiempos en que el emblema de los Corvere todavía ondeaba sobre las murallas. También él vivía en cautiverio, pero se comportaba como un hombre libre. Anthea parecía cortada por el mismo patrón.

«Mismos perros, distintos collares.»

—¿Puedo hacer una pregunta, *magistrae*? —pidió Mia.

Anthea la observó con atención antes de responder:

—Habla.

—Veo halcones colgando de los muros del patio. —Mia hizo una mueca de

dolor al masajearse las costillas magulladas—. Pero ¿nuestra *domina* no es de la familia Leónidas?

—El halcón es el sello de Marco Remo —dijo la mujer con un asentimiento—, Aa lo bendiga y lo tenga en su gloria. Esta era su casa, concedida en recompensa por sus servicios a la república después de la Rebelión del Coronador. Cuando partió a su eterno descanso junto al Hogar, los terrenos pasaron a su viuda, vuestra *domina*.

La mala espina que le había dado a Mia se le clavó hasta el fondo.

«Es que lo sabía, joder.»

Mia no tenía ni idea de dónde podía estar Don Majo, pero casi pudo oír sus reproches. No solo había fracasado en procurarse un puesto en el *collegium* que le interesaba, sino que además había entrado en la servidumbre de la esposa del justicus al que había asesinado. Su plan se iba cada vez más por el retrete a cada giro que pasaba.

«Tranquila. Ten paciencia. Leona nunca lo sabrá.»

Mia inclinó la cabeza y siguió a la *magistrae* como una esclava obediente. Llevaron a los tres recién llegados, renqueantes por las palizas recibidas, a lo largo de un ancho pasillo en la parte trasera del fuerte. Mia seguía descolocada por lo que había averiguado sobre Leona y por la presencia de otro tenebro, pero en algún lugar del fondo de su mente, la niña que había jugado en aquellos corredores estaba impresionada por lo mucho que había cambiado Nido del Cuervo. La distribución era la misma, pero los adornos...

La dona Corvere había sido partidaria de una decoración opulenta, pero las paredes que vio Mia estaban desnudas en comparación. Los bellos tapices y alfombras se habían visto reemplazados por armaduras y armas de guerra. Mia quería ver su antigua habitación, contemplar el océano desde las terrazas, pero a sus compañeros y a ella los hicieron bajar por una escalera de caracol hacia una antecámara que había antes de entrar en el sótano. Había un rastrillo de

hierro que les impedía seguir adelante, con un complejo mecanismo en la pared. Un guardia introdujo una llave extraña y accionó varias palancas. El rastrillo se alzó y la *magistrae* hizo pasar al interior a Mia y sus compañeros.

Darío Corvere había destinado el inmenso nivel subterráneo al alojamiento durante los brutales meses de verano, pero Mia vio que lo habían remodelado como barracones. El espacio estaba dividido en celdas de dos por dos metros, separadas por hileras de sólidos barrotes de hierro.

«Muy generoso por parte de la dona, dejar que sus mascotas vivan bajo tierra.»

Al caminar junto a las jaulas, Mia reparó en la paja fresca y las gruesas cadenas. En la pared brillaban orbes arkímicos. Los barracones olían a sudor y mierda, pero por lo menos no hacía calor. Los guardias los obligaron a seguir andando hasta el final de un largo pasillo, donde encontraron unos enormes baños envueltos en denso vapor. La *magistrae* acompañó dentro a Mia y sus compañeros, dejando fuera a los guardias. La mujer los miró expectante.

—Quitaos la ropa —ordenó.

Otra chica de la edad de Mia quizá se hubiera sonrojado. O vacilado, o rechazado la idea sin más. Pero Mia consideraba su cuerpo como otra arma, igual de peligrosa que cualquier espada. La tejedora Marielle la había dotado de unas curvas lo bastante afiladas para matar a un hombre si así lo deseaba, y Mia había asesinado a más hombres de los que podía contar.

¿Qué más daba mostrar un poco de piel?

De modo que se quitó los harapos y las botas sin reparos y se quedó desnuda entre el vapor. Sidonio aún estaba demasiado tambaleante por la paliza para darse mucha cuenta, pero Mia vio que Mateo se bebía su cuerpo por el rabillo del ojo. La *magistrae* señaló un banco de piedra cerca del baño, en el que Mia vio cuchillas, cepillos y una gran variedad de jabones.

—Los gladiatii se bañan juntos, comen juntos, combaten juntos —explicó la mujer—. Pero hasta que sobreviváis al Aventamiento, os ocuparéis de vuestro aseo por vuestra cuenta. Oídmelo bien: no toleraré la porquería bajo este techo. Y ten cuidado con ese pelo tuyo, chica. —La *magistrae* miró los largos y sucios rizos de Mia—. Como te encuentre un solo piojo, haré que te lo rapen al cero.

La mujer enarcó una ceja canosa y bien depilada, animando a hacer preguntas. Tras un momento de silencio, asintió con firmeza.

—Volveré en veinte minutos. Si me hacéis esperar, vuestra recompensa será el látigo.

La *magistrae* se marchó y los guardias se quedaron apostados al otro lado de la puerta. Mia se metió en el baño y se hundió con un largo suspiro. La temperatura era gloriosa y se deleitó con la sensación, pasándose las manos por la piel. Se echó el pelo hacia atrás y por fin salió a la superficie, parpadeando para quitarse el agua de las pestañas. Fijó la mirada en Mateo y se dejó elevar por el agua lo justo para que sus pechos asomaran sobre la superficie. El chico tenía las manos en la entrepierna, intentando sin éxito ocultar su creciente erección mientras se metía en el baño.

—Por las Cuatro Hijas, con eso vas a sacarle un ojo a alguien —gruñó Sidonio—. Cualquiera diría que es la primera vez que ves un par de tetas.

Mateo alzó los nudillos y Mia no pudo evitar echarse a reír. Cogió una pastilla de jabón de miel preguntándose qué resultado tendría una oferta de paz. Los matones solían tranquilizarse después de plantar cara a sus gilipollices.

—Si no fueses tan cerdo, me parecerías más divertido, Sidonio.

—Ya, bueno, y si tú no fueses tan zorra, me parecerías más atractiva, pequeño Cuervo.

—Tendré que aprender a vivir con el corazón roto.

El itreyano sonrió divertido y se tocó con cuidado la nariz rota. Aunque Mia le había dado una buena tunda, no parecía tomárselo como algo personal, y Mia decidió que Sidonio era de esos que manejaban sus sentimientos mediante la aplicación de la violencia. De los que entrarían en una taberna y se liarían a leches con el primero que los mirara mal, pero después de pelear, llamarían «hermano» a su adversario y le invitarían a copas. Desde que Mia le había propinado una paliza, parecía dispuesto a ser más amable con ella. Pero de todos modos, viendo a Sidonio palparse los puntos de sutura, Mia aún no sabría decir si el hombre preferiría follársela o asesinarla.

—¿Quién te ha cosido? —preguntó parpadeando para quitarse la espuma de los ojos—. ¿La chica?

—Sí —dijo Sidonio asintiendo—. Larva, la llaman.

—¿Qué clase de nombre es ese?

El grandullón se hundió hasta la barbilla en el agua.

—Ni idea. Pero es buena con la aguja. Y menos mal, porque tendrá que coser lo suyo después del Aventamiento.

Mateo por fin arrancó la mirada de los pechos de Mia y frunció el ceño.

—¿Qué es ese Aventamiento del que habláis todos?

Sidonio dio un bufido.

—¿De dónde sales tú, chaval?

—De Ashkah. Cerca de las Cataratas de Polvo.

—¿Y allí no tenéis arenas?

Mateo negó con la cabeza.

—Ni siquiera había visto el océano hasta hace un mes. No había salido de mi pueblo. Y ahora, aquí estoy, encerrado con cerdos itreyanos y paletos dweymeri.

—Vigila esa lengua. —Sidonio alzó una ceja—. Yo soy itreyano.

—Sí —dijo Mia—. Y el mejor chico que he conocido en la vida era

dweymeri.

Sidonio asintió.

—Yo en tu lugar dejaría esas mierdas en la alcantarilla, pueblerino.

Mateo farfulló una disculpa y se quedó callado. Pasaron los minutos mientras el chico manejaba con torpeza el jabón hasta que se le cayó y tuvo que buscarlo en el agua.

—¿Cómo terminaste aquí? —le preguntó Mia.

El chico se encogió de hombros, los rizos oscuros se le pegaban a la piel por el vapor.

—Me vendió mi padre. Deudas de juego. Me endilgó a cambio de dinero.

—Por la polla de Aa —renegó Sidonio—. Y yo que me tenía por despiadado.

—No lo haces mal del todo con la espada —dijo Mia—. ¿Dónde aprendiste a luchar?

—Me enseñó mi tío. —Mateo se pasó la mano por el pelo y Mia dejó caer una mirada distraída en los músculos que se contraían en su brazo mientras se cepillaba el cabello enmarañado—. Iba a alistarme en la legión. Esperaba que algún giro me destinaran a una gran ciudad. Siempre he querido ver la Ciudad de los Puentes y los Huesos.

—Quizá la veas —dijo Mia—. El Venatus Magni se celebra en Tumba de Dioses.

—¿Qué es eso?

—Los juegos más importantes de la temporada —respondió Sidonio—. Tienen lugar con la veroluz, cuando todos los ojos de Aa están abiertos en el cielo. El sanguila que los gana se lleva una fortuna. Pero el gladiatii que sale victorioso en el Magni es quien obtiene el mayor premio de todos.

La esperanza brilló en los ojos marrones de Mateo.

—¿La libertad?

El corpulento itreyano asintió.

—Cualquier gladiatii puede comprar su libertad si reúne el dinero suficiente. Pero el gladiatii que gana el Magni recibe la libertad de manos del mismísimo Dios.

El chico arrugó la frente, confundido, a todas luces sin tener ni idea de a qué se refería Sidonio. Este puso los ojos en blanco.

—¿Has oído el cuento del mendigo y el esclavo?[20]

—Sí.

—Bueno, pues para honrar al Dios de la Luz durante la veroluz, a todos los mendigos de la Tumba les dan de comer a cargo de las arcas de la república. Y al ganador del Venatus Magni le concede la libertad el sumo cardenal en persona. Todo andrajoso, igual que iba Aa en el Evangelio. —Sidonio se inclinó hacia delante, le brillaban los ojos—. Y por si fuera poco, es el puto cónsul quien le pone los laureles de vencedor. Imagínatelo. La multitud enloquecida, el cabrón meapilas de Duomo vestido de mendigo y ese gilipollas nacido de la médula de Scaeva besándote el culo delante del estadio entero. —Sidonio sonrió como un demente—. Todas las mujeres de la Tumba sabrían cómo te llamas. Nadarías en chochito lo que te quedara de vida, pueblerino.

Mia contempló las ondulaciones del agua delante de ella. Imaginándolo, como llevaba ya meses imaginándolo. El sumo cardenal Duomo, de pie a su alcance, vestido solo con andrajos de mendigo.

Sin una catedral que lo protegiera.

Sin vestimentas sagradas en torno a sus hombros.

Y, sobre todo, sin una Trinidad colgándole del cuello.

Y a su lado, el cónsul Scaeva esperando con los laureles del vencedor en la mano...

—¿Y lo único que tengo que hacer es ganar ese Magni? —preguntó Mateo.

Sidonio soltó una risotada.

—¿Lo único? Sí, eso es «lo único» que tienes que hacer. Solo te falta ganar los juegos más grandiosos de toda la república. Contra los mejores gladiatii que hay bajo los soles. Este *collegium* ni siquiera ha obtenido todavía un puesto en los grandes juegos.

—Vale, ¿y eso cómo lo hacemos?

—Con muchas dificultades —dijo Mia, y suspiró—. Todo *collegium* que haya ganado los suficientes laureles antes de la veroluz puede enviar gladiatii. Pero, por lo visto, esta es la primera temporada en la que compite nuestra *domina*, y parece que solo tiene un laurel de vencedor a su nombre. —Frunció el ceño—. El de Furiano.

—Y nosotros tres aún estamos muy lejos de las arenas —gruñó Sidonio—. Antes de que se nos considere gladiatii siquiera, tenemos que sobrevivir al Aventamiento.

—Explicadme eso, entonces —exigió Mateo—. ¿Qué es ese Aventamiento?

—Una criba —dijo Sidonio—. Se celebra antes de todos los juegos importantes en el período previo al Magni, para separar el trigo del tamo.

—Nadie sabe la forma que tendrán los Aventamientos —añadió Mia—. Los *editorii* cambian el formato cada vez. Pero el próximo es dentro de dos semanas. En Puentenegro.

Mateo tragó una buena cantidad de saliva y apretó los músculos de la mandíbula.

—Pero si no sabemos cómo va a ser, ¿qué hacemos para estar preparados?

—¿Tú rezas? —preguntó Mia.

—Sí.

Mia se encogió de hombros.

—Yo que tú empezaría por eso.

CAPÍTULO 9

PASOS

Mia caminaba despacio, con la bandeja equilibrada sobre las palmas abiertas hacia arriba. Se cruzó con otras chicas en el pasillo, cargadas con bebidas, cuencos de flordesueño púrpura o viales de tinta. La camisa de Mia se había quedado en el dormitorio, pero aún llevaba las calzas por debajo del corsé y el vestido, y su espada, su estilete y una bolsa de vydriaro sujetos con correas a los muslos. Recorrió el pasillo con paso muy comedido, confiando en proyectar una imagen de aplomo y no la de una chica que lleva una pequeña armería traqueteando contra sus partes bajas.

Llegó a la escalera del final del pasillo e hizo ademán de pasar a toda prisa, sin mediar palabra, entre los dos montones de músculo que estaban apostados allí. Uno habló mientras Mia pasaba, lo que la hizo detenerse en el acto.

—Buenas tardes, Belle.

Mia se había atado la máscara de cortesana por encima de la suya y se había puesto la peluca empolvada de Belle. Medía unos centímetros más que la chica del servicio, y tenía más músculo, pero sus curvas eran parecidas y allí era donde estaban pasando más tiempo los ojos del matón.

—Lazlo —dijo con una leve reverencia.

«Ese es idiota —le había dicho Belle—. Flirtea un poco y te dejará pasar.»

—Qué apuesto te veo hoy. —Mia sonrió.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó el segundo hombre, y señaló la bandeja.

«Darío es mala persona —le había advertido Belle—. Pero es aún más tonto que Lazlo.»

Mia indicó hacia arriba con el mentón.

—Taliaferro y Vespa han pedido una botella para la Dona.

Darío miró a Lazlo y murmuró:

—No tenemos que dejar subir a nadie hasta...

—Por la polla de Aa, hombre, solo hace su trabajo —lo interrumpió Lazlo. Hizo bajar con suavidad la yema del dedo por el brazo de Mia, que tuvo que contenerse a la desesperada para no amputarle la mano por el hombro—. Sigue para arriba, palomita mía.

Con los nervios a flor de piel por la idea de que un hombre adulto llamara «su palomita» a una niña de catorce años, Mia subió los peldaños con cuidado. Por lo que había dicho Darío, el mapa aún no había llegado, pero el vendedor no tardaría en presentarse. Oyó la lluvia cayendo contra el techo mientras recorría un refinado pasillo en el que colgaban desnudos de hermosos hombres y mujeres. Una puerta doble, flanqueada por dos guardias, la esperaba al final del pasillo, y gracias a la exploración de Eclipse, sabía que al otro lado estaba el despacho de la Dona.

—... DENTRO HAY CINCO HOMBRES Y TU OBJETIVO... —se oyó en un quedo gruñido desde sus pies.

—... aunque uno de ellos no te dará muchos problemas...

«Cuatro hombres, más la Dona, más la gente que traiga el vendedor del mapa. Negra Madre, no me lo están poniendo nada fácil.»

Mia había acariciado la idea de esperar en una sala contigua hasta que oyera llegar al vendedor, pero los guardias de la puerta del despacho la estaban mirando.

—Eclipse —susurró—, ve abajo y busca a nuestro vendedor.

Notando titilar su sombra, se ajustó la peluca, anduvo despreocupada hacia el despacho y los saludó a los dos con una sonrisa.

—Maxis, Donato, feliz velada —dijo con una reverencia.

—Belle, no deberías est...

Antes de que Donato pudiera articular sus objeciones, Mia ya había llamado a la puerta con el pie. Al cabo de un momento las hojas se abrieron de par en par y Mia alzó la mirada hacia el rostro de un dweymeri muy alto, de rasgos adornados con tatuajes faciales y amplio pecho envuelto en un chaleco caro con botones dorados. Miró furioso a los dos guardias, que seguían a ambos lados de la puerta.

—¿No os he dicho que nada de visitas hasta que llegue ella?

—Yo he intentado pararla, eso díselo al mamón de Laz...

—¿Quién es? —intervino una voz grave y musical desde dentro.

Con una última mirada iracunda a los guardias, el dweymeri giró la cabeza para responder.

—Belle. Trae alcohol.

—Por las Cuatro Hijas, que entre. Podría beberme el mar de las Estrellas entero.

El matón braavi se quedó mirando a Mia un momento más antes de apartarse a un lado. Mia entró a toda prisa,[21] tomando nota de la espada y el estilete que el matón llevaba envainados al cinto. La estancia era una alcoba enorme, ocupada por otros tres matones braavi que vigilaban desde la periferia. Aunque iban vestidos como dandis nacidos de la médula, todos llevaban encima un pequeño arsenal. De las paredes colgaban auténticas

obras de arte y todas las superficies estaban recubiertas de seda roja. La pieza central de la alcoba era una cama enorme, sobre la que yacía dormido un hermoso joven.

—Déjalo ahí mismo, Belle, y no te entretengas, querida.

Eso lo dijo alguien desde las sombras, con una voz grave y baja que Mia por fin identificó como femenina. Cuando la mujer salió a la luz, Mia vio pelo oscuro y pómulos afilados como dagas. Un monóculo en una cadena de plata pendía de su cuello y se estaba poniendo una blusa de seda con muy buen corte por la cabeza. Mia la reconoció al instante por el boceto de la funda para pergaminos de Solis: era la Dona, la cabecilla de los Ricachones.

—No te preocupes por él, que tardará un rato en despertar. —La Dona sonrió, meneando la cabeza hacia el joven que sesteaba en la cama—. Los muchachos de hoy en día ya no aguantan nada.

Mia respondió con lo que esperaba que fuese una risita educada y dejó la bandeja donde le había ordenado la Dona. Los guardias apenas le prestaban atención. Dos estaban lo bastante cerca para alcanzarlos juntos con una explosión de vydriaro, y su sombra podía inmovilizar por lo menos a un tercero. Por el dulcechico de la cama no había que preocuparse. Con cinco pasos cortos, podría rajarle el cuello a la Dona. Todo iba a depender de a quiénes trajera consigo la vendedora del mapa.

—... YA VIENE... —llegó a su oído un susurro.

—Dona —llamó un guardia de la puerta—. Tenemos compañía.

La líder braavi asintió e hizo un gesto a Mia para que se quedara en un rincón.

—Plántate ahí y pon cara de misteriosa, querida. Pero las plantas no hablan, ¿entendido?

Mia asintió con la cabeza y retrocedió a las sombras. Oyó unos breves

cuchicheos en la puerta de la alcoba y un trueno al otro lado de la ventana. Entre los guardias pasó una persona bajita y, en efecto, femenina, vestida con ropa suelta de color gris, algo mojada por la tormenta. Tenía la cara cubierta y encapuchada, pero entre los pliegues se distinguían unos chispeantes ojos azules. Llevaba todo un surtido de hojas sujetas al cuerpo con correas, y el corazón de Mia se aceleró al ver que cargaba al hombro con un estuche de madera para mapas.

—Vaya, vaya —dijo la recién llegada—. Cuánto lujo y qué teatral todo, ¿no?

—Vienes sola —comentó la Dona.

—Así es como trabajo —repuso la otra mujer, adentrándose en la alcoba con calma. Sus palabras llegaban amortiguadas por la capucha, pero había algo...

Esos ojos.

Esa voz...

«No puede ser.»

La vendedora miró al joven desnudo de la cama y a Mia con su corsé demasiado apretado.

—Bonitas vistas. Pero hay demasiada gente, ¿no te parece?

—Así es como trabajo yo —replicó la Dona—. Y en esta vida tengo dos reglas de oro, pequeña: nunca confíes en un hombre que hable de su madre sin amabilidad y nunca confíes en una mujer que se tapa la cara sin motivo.

La recién llegada puso los ojos en blanco, pero aun así se quitó la capucha, liberando largas trenzas de guerra de un rubio dorado. Y mientras el corazón de Mia daba un vuelco y un triple salto mortal, la vendedora se bajó el embozo, revelando una cara que Mia conocía casi tan bien como la suya propia.

Cayó el relámpago y las uñas de Mia se clavaron en la palma de su mano.

«Por la puta Negra Madre...»

Era Ashlinn Järnheim.

La última vez que se vieron fue cuando se enfrentaron en una polvorienta calle de Última Esperanza. La invasión Luminatii había fracasado y el justicus murió asesinado. Pero una Trinidad que llevaba Ashlinn al cuello logró mantener a raya a Mia el tiempo suficiente para que escapara.

Y allí estaba, en Tumba de Dioses.

Llevando el objeto que habían enviado a Mia a robar.

«¿Qué abismos está pasando aquí?»

—¿Tienes el mapa? —preguntó la Dona.

—¿Tienes el dinero? —repuso Ashlinn.

La Dona hizo un gesto con la cabeza a un guardia, que lanzó un tintineante saquito en dirección a la chica. Ashlinn lo atrapó en el aire, abrió el cordel y sacó una moneda de su interior. No era un mendigo de cobre, ni un sacerdote de plata, sino...

«Oro. —Mia negó con la cabeza—. Diosa, es una fortuna.»

—Y ahora —dijo la Dona—, tu parte del trato, si no es molestia.

Ashlinn se quitó el estuche para mapas del hombro y lo arrojó hacia la Dona. La mujer lo abrió por un extremo con un tenue chasquido e hizo asomar de la funda un poco del pergamino. Mia captó un atisbo de escritura extraña y un símbolo con forma de hoz en la esquina.

—Bueno —dijo Ashlinn, y suspiró—. Por muy agradable que sea esta charla, he visto a una pelirroja preciosa abajo, así que voy a...

La frase de Ashlinn se quedó en el aire cuando los guardias de la entrada cerraron las puertas con el requerido aire dramático. Mia negó con la cabeza, calculando si debería echar mano primero al vydriaro o a su espada larga. Mientras se decidía por la arkimia, pensó en lo tonta que había sido Ashlinn. ¡Mira que meterse en una madriguera braavi fanfarroneando como

si nada! ¿De verdad había creído que aquello terminaría de algún otro modo?

La tonta en cuestión miró hacia atrás con sus ojos azules entornados.

—¿Podrías pedir a tus lacayos que se quiten de en medio, por favor, Dona?

—Me temo que no —respondió la cabecilla braavi—. El sumo cardenal fue bastante concreto sobre lo que debíamos hacer contigo después de que las monedas cambiaran de manos.

El corazón de Mia se desbocó al oír las palabras de la Dona.

«¿El cardenal Duomo? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?»

El trueno volvió a sonar con estruendo al otro lado de la ventana, y el relámpago iluminó intermitente los huecos de las cortinas. La Dona se apoyó en su escritorio y sonrió.

—Confieso que me sorprende que nos lo hayas puesto tan fácil, pequeña. Duomo me advirtió que tu padre y tú sois más listos que el hambre.

—Lo mismo había oído yo de ti —dijo Ashlinn, con los ojos puestos en los matones braavi que la estaban rodeando poco a poco—. Te imaginarás mi decepción.

—No temas, durará poco. —La Dona sonrió.

Ashlinn movió la barbilla hacia el estuche que sostenía la Dona.

—¿Sabes al menos adónde lleva eso?

—No. Nunca meto las narices en lo que no me concierne.

—Pues quizá deberías cambiar de actitud. —Ashlinn sonrió—. Porque alguien indiscreto se habría fijado en el fondo falso del estuche que acaban de entregarle. Y alguien a quien no le guste tanto oír su propia voz habría oído el pedernal que ha encendido la mecha de la bomba de lápida que hay dentro.

La Dona abrió los ojos como platos. Ashlinn se arrojó a un lado y Mia

apenas logró reaccionar a tiempo para tirarse detrás de la cama antes de que el estuche del mapa explotara con un estruendo ensordecedor. La Dona salió despedida al otro lado de la alcoba, muerta antes de dar contra el suelo. La bola de fuego arkímico alcanzó a tres guardias: el dweymeri atravesó las puertas con el chaleco en llamas y los otros matones volaron por los aires como paja ardiendo.

La estancia se llenó de un humo asfixiante y Mia notó que le palpitaba el cráneo por el estallido.

—Por los dientes de las Fauces —escupió, intentando levantarse.

—... ¡MIA!...

—... ¿estás bien?...

Ashlinn se quitó las manos de las orejas y se puso de pie. Agarró su bolsita de oro, desenvainó una hoja corta que llevaba al cinto y la hundió en el braavi que gemía en el suelo a su lado. Tras confirmar de un vistazo que la Dona ya estaba muerta, segó con rapidez las vidas de los guardias que aún se movían y se volvió hacia la joven criada que estaba tirada junto a la cama entre las volutas de su raso humeante.

—Disculpadme, mi dona, pero...

Mia rodó cara al techo. La explosión le había arrancado la máscara, le pitaban los oídos y tenía la visión borrosa. Don Majo cobró forma en su hombro y Eclipse a sus pies, enseñando los colmillos traslúcidos en un gruñido que podía sentirse a través del suelo.

—Por el abismo y la sangre —susurró Ashlinn.

Sus ojos, azules como el cielo despejado, estaban fijos en el gato-sombra del hombro de Mia. Pasaron a su dueña.

—¿Mia?

—Por las Cuatro putas Hijas... —dijo otra voz.

Mia escrutó entre la neblina y vio a Lazlo, a Darío y a otros tres

Ricachones en la puerta de la alcoba, mirando horrorizados la carnicería del interior. Darío clavó la mirada en el cadáver de su líder. Lazlo, en la figura vestida de gris.

—¡Matadla! —vociferó un matón.

Sin decir más, Ashlinn echó a correr hacia la ventana y lanzó una daga que rompió el cristal. Los Ricachones fueron tras ella a lo bestia, y más por instinto que por una decisión meditada, Mia buscó bajo su vestido y arrojó un orbe de vydriaro blanco a sus pies. La esfera arkímica reventó con un fuerte estallido y una nube de denso desmayo blanco envolvió a los matones.

Ashlinn salió por la ventana y asió un cordel de seda atado a una gárgola de piedra que había más arriba. Sin mirar atrás, desapareció trepando por la pared.

Mia se levantó con esfuerzo, su cabeza zumbando aún, y fue a trompicones hasta el alféizar. Llevaba un corsé prieto y un vestido largo, que no era lo más adecuado para escalar paredes de burdeles aun sin estar conmocionada. Pero sin miedo, como siempre, cogió el cable, salió a una caída de cinco pisos y logró subir al tejado justo a tiempo para ver a Ashlinn saltar al burdel vecino.

—¡Eclipse, ve a buscar a Jessamine! —ladró—. ¡Don Majo, conmigo!

La loba-sombra desapareció y Don Majo cruzó a la carrera el tejado tras su presa. Sacudiendo la cabeza para quitarse el zumbido, Mia lo siguió de prisa. Lo cierto era que sus botas no estaban hechas para una persecución, y la lluvia había vuelto las tejas tan traicioneras como la serpiente a la que estaba dando caza. Mientras Ashlinn se dejaba caer del tejado del burdel, Mia resbaló y se detuvo con una maldición para cortarse las faldas con su estilete de hueso de tumba y poder correr más.

La mente de Mia funcionaba a toda velocidad. Habían pasado ocho meses desde la última vez que había visto a Ashlinn Järnheim, y no podía creerse

que la chica estuviera allí en aquellos momentos. Su padre y ella se habían aliado con el justicus Remo para destruir la Iglesia Roja. ¿Y ahora estaba compinchada con el sumo cardenal?

Mia apartó las preguntas de su mente, rasgó lo que quedaba de sus faldas empapadas y siguió corriendo. Miró desde el tejado del burdel y vio a Ashlinn caer a los adoquines de abajo, demasiado lejos para llamar a su sombra. Sin miedo a la caída, Mia se deslizó por el borde y fue pasando de ventana a ventana, con los dedos blancos sobre la piedra resbaladiza por la lluvia. Al llegar al suelo, echó a correr de nuevo por las calles de Tumba de Dioses y cruzó el puente de las Lágrimas.[22]

Ashlinn corría como si la persiguiera la mismísima Madre, metiéndose entre la multitud y saliendo como si fuese humo. Mia la perseguía a marchas forzadas y la perdió de vista al menos dos veces, desorientada en el laberinto de canales y callejuelas. Pero Don Majo saltaba de tejado en tejado, recorría toldos y gabletes igual que el viento y daba indicaciones a Mia a voz en grito, para hacerse oír sobre la tormenta veraniega.

—... izquierda, izquierda...

—... callejón junto a la abacería...

—... no, por la otra izquierda...

Mia subió al techo de un carruaje, resbaló entre el varal del caballo al galope y el remolque y esquivó los puñados de saltos de cojera que Ashlinn iba tirando hacia atrás.[23] Manzana tras manzana de casas, templos con ventanas que parecían cuencas oculares vacías, estrechos puentes y canales serpenteantes. Iban en dirección al distrito de los nacidos de la médula y las Costillas se alzaban hacia el cielo tormentoso. Ashlinn corrió por un callejón sin salida, saltó a la izquierda, se impulsó hacia la derecha en la piedra y logró pasar por encima del cristal roto que bordeaba el techo del edificio.

Mia la siguió y se hizo sangre en las manos. Ash estaba corriendo de nuevo por los tejados de terracota, traicioneros por la lluvia. Al saltar el hueco entre dos edificios, Mia estuvo a punto de resbalar cuando una teja se partió bajo sus botas empapadas. Si caía, se llevaría una pierna rota en el mejor de los casos y una columna vertebral partida en el peor.

«¿Dónde coño están Eclipse y Jessamine?»

Mia vio que por delante se alzaba la Basílica Grande, una obra maestra gótica de agujas de mármol y cristal tintado. La Trinidad de los tres soles brillaba en todas las ventanas, coronaba todas las torres. Mia no pudo evitar el recuerdo de aquella veroscuridad a sus catorce años, de las docenas de hombres a los que había asesinado en su intento fallido de matar al cónsul Scaeva. Ash conocía la debilidad que asaltaba a Mia en presencia de los símbolos sagrados de Aquel que Todo lo Ve, por lo que debía de estar confiando en que los terrenos de la basílica fuesen lo bastante santos para repeler a la tenebra que le pisaba los talones.

«Chica lista. Pero esto no funciona así.»

Ash bajó la mano al cinturón y sacó otro fino cable con garfio. Lo lanzó hacia las canaletas de la basílica, cruzó el hueco balanceándose y trepó hasta el tejado. Mia apretó el paso, esperando poder saltar esa distancia, pero incluso con Don Majo comiéndose su miedo sabía que el hueco era demasiado ancho. Resbaló hasta detenerse junto al borde y vio a Ashlinn remontando las tejas. Mia estaba sin aliento. El corazón le aporreaba en el pecho.

Sacó un cuchillo arrojadizo de la bota y apuntó. Había envenenado los cuchillos con desmayo, por lo que bastaría un rasguño para que la chica cayera como un saco de ladrillos. Pero, por muchas ganas que tuviera de arrojarlo, Mia cayó en la cuenta de que...

«La necesito viva.»

Bajó el cuchillo y miró los adoquines, diez metros más abajo. Un novicio que paseaba por los terrenos de la catedral levantó la mirada, la vio y se le abrió la boca de sorpresa.

—Mierda —susurró Mia.

—... una distancia como esa no debería darte problemas...

Mia miró al gato-sombra, que estaba junto a su pie. Devolvió la mirada al hueco.

—No puedo saltar tan lejos. Es imposible.

—... no hace tanto tiempo, llegaste dando un paso desde encima de la piedra filosofal hasta la isla de tumba de dioses y luego hasta esta misma catedral. cruzaste la ciudad como un niño saltando charcos...

—Eso fue en la veroscuridad, Don Majo.

—... volviste a hacerlo en el monte apacible...

—Sí, y los soles no han podido ver nunca dentro de la montaña.

—... llueve. los ojos de aa están ocultos por las nubes...

—Aquí fuera no soy lo bastante fuerte, ¿no te das cuenta?

El no-gato suspiró y negó con la cabeza.

Ashlinn había llegado a la cumbre de la catedral y se volvió para mirar a Mia. Le había crecido el pelo rubio, que estaba mojado por la lluvia y pegado a su piel morena. Tenía los ojos bonitos, del mismo azul que los cielos quemados por los soles. Mia sintió que los dedos se le doblaban formando puños al recordar lo que le había hecho a Tric.

Ashlinn sonrió. Se acercó dos dedos a los ojos y señaló a Mia a través del hueco, hablando en deslenguado, el idioma de signos sin palabras.

te veo

Y con una sonrisita, la chica vaaniana tiró un beso a Mia.

Entonces llegó la rabia. Vio que Ash se alejaba hacia el campanario de la basílica. Don Majo aún podía seguirla, y Mia podía bajar a la calle y

retomar la persecución. Pero Ash llevaba ya demasiada ventaja, y, a decir verdad, los cigarrillos que estaba fumando últimamente no le hacían ningún favor a la resistencia de Mia.

Estaba harta de correr.

«Muy bien, pues a tomar por culo.»

Mia extendió su consciencia hacia el golfo, bajo aquel cielo gris fangoso. Las sombras estaban poco definidas por culpa de la luz velada de los soles, pero aun así podía sentir dos de los ojos de Aa ardiendo en los cielos. Una fina capa de nubes y lluvia no era suficiente para refrenar la ira de un dios, y Mia la notaba abrasándole la nuca. Pero aun así...

Aun así...

Conocía la oscuridad. Se sabía su canción. Recordaba cómo la había sentido en la veroscuridad. Filtrándose por los poros de aquella ciudad, acumulándose en las catacumbas bajo su piel. La oscuridad que proyectaba a sus pies, la oscuridad que vivía dentro de su pecho, de su útero, de todos los lugares que la luz nunca había bañado. Y con los dientes rechinantes, temblando, alcanzó esos lugares cálidos y huecos, extendió la mano hacia la sombra del campanario

y dio un paso

cruzando

el espacio vacío

de en medio.

Mia se tambaleó, con vértigo en el estómago y vómito en la garganta. Se

inclinó hacia atrás, trastabilló mientras el mundo entero se movía bajo sus pies y estuvo a punto de precipitarse a su muerte en la verja de hierro forjado que había debajo. Comprendió que estaba encima de la basílica, que la lluvia volvía resbaladizas las tejas. Parpadeó con ahínco e intentó recobrar el equilibrio mientras Ashlinn salía de la luz cegadora, daga en mano.

—... ¡mia!...

La esquivó por los pelos, doblándose hacia atrás mientras la hoja surcaba el aire. Mia alzó su espada de hueso de tumba intentando equilibrarse, con bilis en la boca y sudor en los ojos.

—... ¡mia!...

Ash atacó de nuevo, obligando a Mia a retroceder hasta la pared del campanario. Mia levantó su espada larga en posición de guardia, dando bocanadas de aire, parpadeando e intentando impedir que el mundo diera vueltas.

—¿Has aprendido trucos nuevos, amor? —Ashlinn sonrió sin dejar de empuñar su daga.

La chica bajó la mano por su pierna y la metió dentro de la bota. Le costó un momento, pero por fin encontró lo que buscaba y sacó una larga cadena de oro de la que pendía dando vueltas una patada salvaje en la tripa de Mia.

La Trinidad de Aa.

Mia siseó como si se hubiera escaldado. Don Majo aulló y se escurrió alejándose por los tejados. Las campanas de la basílica empezaron a dar la hora, seguidas de cerca por las incontables otras catedrales que plagaban la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Mia cayó de rodillas y vomitó. La tortura estuvo a punto de hacerla chillar; la visión de aquellos tres soles, oro blanco, oro rosado y oro amarillo, resultaba cegadora. Se retiró

arrastrándose contra el campanario, con las manos en los ojos para protegerlos de aquella luz espantosa y ardiente.

—Pero parece que los trucos viejos aún funcionan —dijo Ashlinn.

Las campanas callaron y la lluvia retomó su repiqueteo. Ash miró a su alrededor, más allá de la canaleta de la basílica y la caída a plomo. Había otro novicio en el patio y señalaba a las chicas del tejado junto a su compañero.

—Me alegro de verte, Mia —dijo Ash con voz queda.

—Que... que te... jod...

—Me preguntaba si Drusilla te enviaría a por mí. Creo que de todos ellos, tú eres quien mejor me conoce. —Ash hizo rodar el símbolo sagrado entre los dedos—. Así que me guardé esto por si acaso. Pero puedes decirle a esa zorra pelleja que, si me quiere muerta, tendrá que venir en persona. Porque, desde luego, yo sí que iré a por ella. A por ella y a por toda su puta pandilla.

Ash se colgó el medallón del cuello, que quedó silueteado contra aquel odio horrible y abrasador. La furia de un dios, cegando a Mia con sus llamas.

—Lamento que seas tú, Mia. —Ash suspiró—. Siempre me gustaste. Mereces algo más que ese lugar. Esos asesin...

La daga se clavó en el hombro de Ashlinn. Saltó sangre, roja brillante entre las gotas de lluvia. Ash se retorció a un lado y otra hoja pasó silbando muy cerca de su mejilla, cortándole un mechón de pelo.

—¡Traidora!

Y mientras caía el rizo rubio, flotando y girando hacia las tejas, Jessamine se izó sobre el canalón y se abalanzó contra Ashlinn con el florete desenvainado.

El olor de la comida caliente los recibió cuando salieron del sótano.

La *magistrae* había ido a buscarlos a los baños al cabo de veinte minutos exactos, y les entregó un fardo de ropa nueva. Ni siquiera Sidonio había sido tan necio como para hacerla esperar.

Cuando Mia se puso todo lo que le dieron, tuvo la tentación de preguntar dónde estaba el resto de su ropa. Llevaba un taparrabos de lino gris acolchado y un cinturón de cuero para mantenerlo en su sitio. Y los pechos ceñidos por otra tira de lino acolchado y sandalias de cuero anudadas a media espinilla. Sus camaradas iban incluso menos vestidos: solo taparrabos y sandalias para Sidonio y Mateo, además de unas coquillas de cuero endurecido para proteger sus colgajos de lo peor que pudiera ofrecerles el entrenamiento. Cerca ya de la veroluz, hacía tanto calor que la falta de tejido no molestaría a nadie. Pero sus vestimentas dejaban bien poco para la imaginación...

Sidonio se movió la coquilla de lado a lado.

—Dicen que este año están de moda entre los aristócratas nacidos de la médula en Tumba de Dioses.

Al instante, un guardia sacó su cachiporra y la descargó desde atrás contra los muslos de Sid. El grandullón se derrumbó de rodillas con un grito.

—Por última vez, en mi presencia hablarás solo cuando se te hable —dijo la *magistrae*—. Si vuelves a pasarte de la raya, me ocuparé de que tengas un recordatorio adecuado. En la arena, puedes morir igual de bien sin lengua en la boca.

Sidonio masculló una disculpa y Mia ayudó a levantarse al hombre con un suspiro. El robusto itreyano no era la persona con más luces que Mia había conocido, pero cuando se vive como un perro, no se puede elegir las pulgas que se tienen.

Los guardias hicieron subir al trío al porche cubierto. Los gladiatii estaban

sentados en largos bancos, zampándose cuencos de gachas a dos carrillos, con el apetito de quienes llevaban todo el giro sudando bajo los soles abrasadores. La *magistrae* les señaló a un hombre, flaco como un palo y con delantal de cuero, que servía la comida. Tenía un ojo bizco, la marca de un solo círculo en la mejilla y muy pocos dientes en la boca. La madre de Mia le había advertido que nunca confiara en un cocinero delgado. Pero de nuevo, cuando se vive como un perro...

—Comed —ordenó la *magistrae*, pasándose la larga trenza canosa detrás del hombro—. Mañana necesitaréis todas vuestras fuerzas.

Sidonio se dirigió hacia el cocinero con un propósito claro en mente, seguido de Mia y Mateo. La chica cayó en la cuenta de que no había comido desde el giro anterior, aunque por debajo del hambre seguía sintiendo las mismas náuseas de antes. Buscó entre los rostros de los *gladiatii* hasta encontrar a Furiano presidiendo la primera mesa. Llevaba el pelo largo y negro recogido en una coleta y estaba hablando con el hombre *dweymeri* entre cucharada y cucharada.

Furiano levantó la vista cuando entró Mia y volvió a apartarla igual de rápido. Las preguntas ardían en la mente de Mia, se le amontonaban tras los dientes.

«Paciencia.»

Siguió a Sidonio hasta la cacerola de gachas y cogió un cuenco de madera, casi salivando por el aroma. El hombre flaco sirvió un rebotante cucharón a Mateo.

—Eh, yo he llegado primero, mamón flacucho —gruñó Sidonio.

Una zarpa carnosa apartó al cocinero. Mia reconoció al enorme *gladiatii* *liisiano* más feo que pegarle a un padre mientras este cogía el cucharón. Llevaba la cabeza afeitada salvo una línea de pelo oscuro en el centro, como la cresta de un gallo. Tenía la cara picada de viruelas y la sonrisa torcida,

pero no de atractiva picardía. Más bien en plan «me caí de cabeza cuando era un bebé».

—Buen giro tengáis, gentiles amigos. —Se inclinó hacia ellos—. Bienvenidos al *collegium* de Remo.

Sidonio lo saludó con la cabeza.

—Muchas gracias, hermano.

Mía reparó en que todos los demás gladiatii estaban mirando. Se le erizaron los pelos.

—Ah, no tiene importancia —dijo el pegapadres—. Me llaman Carnicero, el Carnicero de Amai. —El liisiano los miró a todos sonriendo—. ¿Ha sido un viaje largo desde los Jardines? Debéis de tener más hambre que una meretriz fea y harapienta, ¿eh?

—Sí —respondió Sidonio, asintiendo—. Llevamos sin comer desde ayer.

—Ah, eso lo arreglamos enseguida. No hay mejor bazofia en toda la república que la que sirve nuestra *domina*. —Se frotó la barbilla, pensativo—. Eso sí, las gachas a veces salen un poco sosas. Pero no temáis, que tengo la especia perfecta.

El enorme liisiano echó mano a su taparrabos con una amplia sonrisa. Y, sin más preámbulos, se sacó la polla y echó una larga y sonora meada en la cacerola de las gachas.

Los gladiatii estallaron en carcajadas, dieron golpes en las mesas y gritaron el nombre de Carnicero. El liisiano miró a Mía a los ojos, se ordeñó las últimas gotitas de la vejiga y se volvió de nuevo hacia Sidonio. Su sonrisa se había evaporado del todo.

—Como vuelvas a llamarme hermano, me mearé en tu puta comida y te ahogaré en ella. Mis hermanos y hermanas bajo este techo son los gladiatii. —Carnicero se dio un puñetazo en el pecho—. Hasta que sobrevivas al Aventamiento, tú no eres nada.

Carnicero volvió dando zancadas a su asiento, recibiendo varias palmadas en la espalda de camino. Mia se quedó de pie con el cuenco en la mano y el hedor a orina reciente en las fosas nasales.

—Resulta que no tengo tanta hambre como creía —confesó.

—Sí —dijo Sidonio—. Opinamos igual, pequeña Cuervo.

El trío encontró una mesa vacía y Mia y Sidonio miraron cómo los gladiatii comían hasta hartarse. Al ver sus expresiones afligidas, Mateo puso una cucharada de su comida en el cuenco de Sidonio y otra en el de Mia. El enorme itreyano miró incrédulo su cuenco, y Mia miró a los ojos de Mateo.

—¿Estás seguro?

—Comed, mi dona. —Sonrió—. Vos haríais lo mismo por mí.

Mia se encogió de hombros y ella y Sidonio engulleron la comida sin detenerse. El gran mastín llegó al comedor y empezó a husmear por el suelo, en busca de restos. Se acercó a Mateo, mirando su cuenco ya vacío y meneando la cola recortada.

—Lo siento, amigo —suspiró Mateo—. Si me quedara algo, lo compartiría.

Mia miró de reojo al chico, que estaba acariciando al perrazo, rascándole detrás de las orejas y sonriendo cuando su pata trasera empezó a dar golpes contra el suelo.

—Se llama Colmillo —dijo una voz.

Mia alzó la mirada y vio a la chica llamada Larva sentada en las vigas, sobre sus cabezas. Mia recordaba trepar a aquel mismo techo de pequeña, las regañinas de su madre, los aplausos de su padre. Siempre había sido así, el justicus Corvere consintiéndole sus impulsos menos femeninos y la dona intentando moldearla como una alhaja a la que casar un giro. Mia se preguntó cómo habría resultado su vida si las cosas hubieran sido distintas. Dónde estaría si el general Antonio hubiera sido rey por obra de su padre. Seguramente, no tendría una marca en la mejilla ni peste a meado en la nariz.

—Colmillo. —Mateo sonrió, dando palmaditas en los hombros del perro—. Buen nombre.

—Le gustas —dijo la niña.

—En casa tenía perros. Se me dan bien.

Su sonrisa se ensanchó y los ojos oscuros le chispearon. Era demasiado guapo para aquel lugar, con mucho. Pero Larva parecía aprobarlo, y agachó la cabeza para ocultar su rubor mientras se alejaba gateando.

Terminada la tardera, a los gladiatii los llevaron a los sótanos. Mia, Sidonio y Mateo los siguieron en último lugar, sin que nadie les dirigiese más palabra que una orden, sin que nadie les prestara más atención que un codazo o una burla. Después de tan solo unas horas siendo la escoria de la escoria, la novedad había perdido todo el encanto para Mia. Se preguntó dónde estaría Don Majo, si habría llegado ya a Fuerteblanco y encontrado a...

—Parece que nuestro campeón tiene demasiada clase para dormir con nosotros, los plebeyos —murmuró Sidonio—. Capullo amanerado.

Mia siguió la mirada del itreyano y vio que a Furiano lo llevaban al interior del fuerte, en vez de bajarlo a los barracones.

La chica vaaniana se volvió hacia Sid con el gesto torcido.

—Pagaría por tu lengua, itreyano.

—Las mujeres suelen invitarme a una copa antes. —Sidonio sonrió enseñando los dientes—. Pero sí, podéis contar con ella si lo deseáis, mi dona. ¿Dónde queréis que la meta?

Mia puso los ojos en blanco y suspiró. La chica metió la mano en la coquilla de Sidonio y apretó con fuerza, provocándole un gañido.

—Métetela en el ojete, zopenco —escupió—. Furiano el Invicto es el campeón de este *collegium*. Duerme separado de nosotros, como es su derecho. Podrás hablar mal de él cuando lo hayas derrotado en el *venatus*. Hasta entonces, cierra esa boca o tendré que cerrártela yo.

—¡Andando! —ladró el guardia que tenían detrás.

La chica soltó las joyas de la corona de Sidonio y bajó la escalera pisando fuerte. El gran itreyano se apoyó en Mia y, dado que ella misma ya le había dado una patada en los colgajos aquel giro, tuvo la caridad de sostenerlo mientras caminaba.

—No cabe duda de que se te dan bien las mujeres, Sid —dijo Mateo y, con un suspiro, sujetó el otro hombro del corpulento itreyano.

—Es... es justo lo que dijo tu madre. —El hombretón hizo una mueca de dolor.

Los gladiatii se congregaron en la antecámara y, con un giro de aquella llave extraña en el mekkenismo de la pared, el rastrillo se abrió para permitirles el paso a los barracones. A Mia la llevaron hasta una amplia celda con el suelo cubierto de paja fresca, seguida de Sidonio y Mateo. Cuando cada gladiatii estuvo en su jaula asignada, el guardia de la antecámara accionó una palanca. Todas las puertas se cerraron de golpe, los mekkenismos de las cerraduras se trabaron y, en un momento, todos los guerreros quedaron retenidos tras un entramado de barrotes de hierro de ocho centímetros de grosor.

Mia por fin comprendió que la dona dejara que sus propiedades durmieran allí, en la penumbra y el frescor. Parecía que, pese a todo el amor que profesaba a sus adorados «Halcones», Leona no quería que ninguno de ellos saliera volando del gallinero.

Las luces arkímicas estaban bajas y los gladiatii hablaban entre ellos en la oscuridad. Mia escuchó con atención los murmullos de los guerreros, fijándose en la variedad de acentos y timbres. La mujer dweymeri de los tatuajes tenía una celda particular al otro lado del pasillo, con auténticas paredes de piedra que le proporcionaban algo de intimidad. Mia oyó que por debajo de la puerta salía una canción entonada en voz baja.

Sin previo aviso, las conversaciones cesaron y el silencio descendió como

una niebla. Mia oyó el conocido *clin tump, clin tump* contra la piedra. Vio la imponente figura del *executus* cojeando entre las celdas, con su odiado látigo en la mano. Llevaba el cabello entrecano suelto a la altura de los hombros y la barba recién cepillada. Su horrible cicatriz le recorría la cara y proyectaba una larga sombra sobre sus rasgos.

—Llevo demasiado tiempo apartado de estos muros, por lo visto —gruñó—. Si os quedan fuerzas para estar despiertos charlando como doncellas en un telar, está claro que no habéis trabajado lo suficiente.

Al pasar junto a la celda de Mia, apenas le dedicó una mirada. El *executus* renqueó de vuelta hacia el rastrillo, con sus ojos azules centelleando en la penumbra.

—Descansad, Halcones —ordenó—. Mañana será un giro largo, eso os lo juro.

El rastrillo se cerró de golpe con un chirrido mekkénico. Mia negó con la cabeza, murmurando entre dientes. Sidonio también gruñía, con la voz espesa por su nariz rota.

—Espero tener ocasión de enfrentarme a ese hijo de puta en el círculo mañana. Le quitaré ese palo de la pierna y me follaré su cadáver antes de que se enfríe.

—Para eso necesitarías tener polla, cobarde.

La pulla había llegado del otro lado del pasillo. Mia alzó la mirada y vio a Carnicero, el Estropeador de Gachas, observándolos desde los barrotes de su jaula. Su cara era toda nariz torcida y piel picada, su cuerpo un batiburrillo de tejido cicatrizal.

Sidonio miró ceñudo al *gladiatii*.

—Vuelve a llamarme cobarde y os mataré a ti y a toda tu puta familia.

—Mucho hablas, pequeñín. —Los labios de Carnicero se retorcieron en una

fea sonrisa—. Ya verás de qué te sirve cuando entres en el círculo con el *executus*.

—¡Puf! ¿Crees que no sabré bailar con ese perro tullido?

Carnicero negó con la cabeza.

—Estás hablando de uno de los más grandiosos gladiatii que han pisado las arenas, necio ignorante. Se te comerá y usará tus huesos para limpiarse los dientes.

Sidonio parpadeó.

—¿Cómo dices?

—¿No has oído hablar del León Rojo de Itreya?

—Por el abismo y la sangre. —Mia miró hacia la puerta por la que había salido el *executus*—. ¿Ese es Arkades?

Mateo se frotó los ojos y se incorporó un poco.

—¿Quién es Arkades?

Carnicero dio un bufido.

—Ninguno tenéis ni la menor idea de nada.

—El León Rojo, lo llamaban —dijo Mia.

—¿El *executus* era un esclavo como nosotros? —preguntó Mateo.

—No como tú, inútil de mierda. —Carnicero hizo un gesto burlón—. Era un puto gladiatii.

—Campeón del Venatus Magni hace diez años. —Mia hablaba en voz baja, impresionada—. La Última fue un todos contra todos. Soltaron a todos los gladiatii que participaban en los juegos a la arena para el combate final. Salía un gladiatii cada minuto hasta que terminara la matanza. Debían de ser unos doscientos.

—Doscientos cuarenta y tres —dijo Carnicero.

—¿Y el *executus* los mató a todos? —susurró Mateo.

—No él solo —respondió Mia—. Pero fue el que quedó en pie al terminar

la carnicería. Dicen que, desde entonces, la arena en el estadio de Tumba de Dioses nunca ha vuelto a ser del mismo color.

—Y por eso lo apodaron el León Rojo —dijo Carnicero—. Ganó su libertad bajo los colores de Leónidas, ¿sabéis? De pie, con una pierna tan rota y malherida que luego tuvieron que amputársela. —Miró con desdén a Sid—. ¿Todavía quieres bailar con él, hombrecillo?

Sidonio frunció el ceño y se quedó callado.

—¡Os he ordenado que durmáis! —llegó un bramido desde el rastrillo.

Carnicero se sorbió la nariz y rodó sobre la paja. Mateo lo imitó y Sid, tras unos improperios selectos, se acurrucó dándoles la espalda a todos. Mia se quedó sentada pensando en las tinieblas.

Los orbes arkímicos perdieron brillo, fueron muriendo poco a poco. La oscuridad se apoderó de los barracones, con solo las más finas rendijas de luz de los soles entrando desde la escalera. Mia la sintió reptar por su cuero cabelludo y se le puso la carne de gallina. El aire de allí abajo era sofocante, cargado de hedor a paja y sudor. Pero, al menos, estaba oscuro.

Casi se sintió como en casa.

Esperó una hora, hasta que todos los pechos del barracón subían y bajaban al ritmo del sueño. Mateo murmuraba. Sidonio roncaba un poco. Mia miró a su alrededor en la penumbra, confirmando que todos los demás estuvieran quietos. Cerró los ojos. Contuvo el aliento

y dio un paso

desde las sombras

de su celda

a las sombras

de la

antecámara.

La sala dio vueltas y Mia tuvo que apoyarse en la pared. Sentía el calor de aquellos dos soles que llameaban en el cielo. Se acuclilló y miró hacia las celdas a través del rastrillo. Tras asegurarse de que nadie hubiera reparado en su ausencia, se coló como un susurro en el fuerte.

Sin Don Majo ni Eclipse en su sombra, el corazón le atronaba y las palmas de las manos se le humedecieron de miedo. Se sabía la distribución del edificio como se sabía su propio nombre, pero sin más ojos para ver que los suyos, se sentía absolutamente sola. Podría haber esperado a que el gato-sombra regresara de Fuerteblanco con noticias, pero sus preguntas eran acuciantes. Desde el giro en que murió su padre, se había preguntado qué era. Quizá tuviera las respuestas a solo un latido de distancia...

Se movió con presteza, con todas las lecciones del shahiid Ratonero resonando en su cabeza. Escuchando los pasos de los guardias que patrullaban los niveles inferiores. Dentro solo había un par de ellos y fue fácil evitarlos, metiéndose entre las cortinas de seda, agachándose para que no la vieran, de camino hacia la cocina.

La encontró vacía, sin rastro del cocinero famélico. Pero en la alacena había comida de sobra y Mia empezó a echársela entre pecho y espalda y comió hasta hartarse. Si quería sobrevivir al Aventamiento, necesitaría hasta la última gota de fuerza que pudiera reunir. Robó dos tenedores de acero y salió de la cocina sin hacer ruido.

Esquivó de nuevo a la patrulla, escuchando la náusea de su tripa y avanzando en pos de esa sensación. Pasó junto a un gran tapiz que

representaba el *venatus*, gladiatii enfrentándose a bestias fantásticas. En el pasillo había conjuntos de armadura gladiatii, yelmos con penacho y petos de acero bruñido que reflejaban la luz de los soles. El miedo empezó a crecer, a revolverle el estómago mientras llegaba a una habitación cuya puerta tenía una rendija con reja y una cerradura de hierro.

Y al otro lado...

Mia sacó los dos tenedores de su taparrabos y dobló los dientes contra la pared. Sin dejar de escuchar por si venían los guardias, se arrodilló frente a la cerradura y se puso a trabajar. Al poco tiempo se abrió, seguida de la hoja de la puerta, y con una última mirada a su espalda por si llegaba la patrulla, Mia entró en la habitación.

Manos en torno a su cuello, un fuerte giro que la alzó sobre un amplio hombro y la envió al suelo. En sus ojos estallaron estrellas cuando su cráneo dio contra las baldosas, y un codo se le clavó en la garganta. Parpadeó hasta ver unos brillantes ojos marrones, una cara bonita rodeada de fluidos rizos de pelo negro azabache.

Furiano el Invicto.

Se sentó encima de ella, sacándole todo el aire de los pulmones. Desde tan cerca, la náusea constante que sentía en su presencia era abrumadora, menos ya una enfermedad que un hambre terrible. Pero la necesidad de respirar era incluso más urgente.

Mia pinchó con un tenedor la axila del campeón. Con un buen empujón, atravesaría la caja torácica y se clavaría en el corazón. Dio unos golpecitos con él en el hueco, intentando no escupir cuando Furiano apretó aún más el codo contra su laringe.

Hizo presión con su acero, mirándolo furiosa sin palabras. Y por fin Furiano aflojó y se apartó lo justo para permitirle respirar.

Tenía una voz profunda y melódica. Sus ojos eran del marrón del chocolate

oscuro, deliciosos pero con un gustillo amargo. Mia puso todo su empeño en no fijarse en que el cuerpo apretado contra el suyo estaba desnudo por completo.

—¿Qué estás haciendo aquí, esclava?

Ella le puso la mano libre en el codo y, muy despacio, lo empujó a un lado.

—Tenemos que hablar —respondió—, hermano.

CAPÍTULO 10

SECRETOS

El trueno rasgó los cielos mientras Ash y Jessamine entraban en combate sobre el tejado de la catedral.

Ninguna hizo ruido. No hubo gritos de guerra ni maldiciones. No hubo pullas punzantes. Las dos estaban entrenadas en el arte de la muerte por los mejores asesinos de la república y las dos habían aprendido bien sus lecciones. Ashlinn desenfundó dos estiletos que llevaba en las mangas y recibió la embestida de Jessamine. Mia parpadeó para mirar a través de la lluvia, de aquella horrible y ardiente luz, y se fijó en que las armas de Ash estaban descoloridas por el veneno. Aunque Jessamine contaba con la ventaja de una hoja más larga, cualquier rasguño que le hiciera Ash bastaría para acabar con ella.

Mia estiró el brazo hacia su espada larga y trató de levantarse. Pero no logró hacer ninguna de las dos cosas, no con aquella condenada Trinidad en el cuello de Ashlinn. Cada vez que Ashlinn se movía, la apagada luz de los soles se reflejaba en el medallón y perforaba los ojos de Mia. Apretando los dientes, a duras penas lograba contener los gemidos, por lo que levantarse y luchar quedaba descartado.

Don Majo había huido y Eclipse tampoco podía acercarse a la Trinidad.

Mia estaba sola. Un espantoso miedo creció en su estómago, un terror a mirar el rostro de aquel dios y su odio.

Todo su poder. Todo su entrenamiento. Todos sus dones.

Y Mia se sentía completamente desvalida.

Jessamine cruzó a toda velocidad las tejas resbaladizas, haciendo gala de la rapidez y la astucia animal que la habían convertido en la discípula favorita de Solis. Ash retrocedió, con un destello de miedo en los ojos al comprender que estaba en desventaja. Pero su voz surgió firme y fría.

—Me alegro de volver a verte, Jess. ¿Cómo te sienta lo de estar en segunda fila?

Las enérgicas notas del acero contra el acero.

La percusión del trueno.

—Dime... —Ashlinn se agachó y esquivó por poco un revés de Jessamine—. ¿Cómo te sentó que te juntaran con la chica que te engañó y te impidió llegar a ser hoja?

Jessamine se quedó callada, negándose a dejarse provocar. Obligó a retroceder a Ashlinn y se abalanzó sobre ella mientras su adversaria resbalaba en una teja mojada. Ashlinn logró mantenerse en pie, pero tuvo que soltar una de sus dagas. El arma envenenada rebotó por la pendiente del tejado y acabó atrapada en la boca del canalón.

—¿Cómo te sentó que Mia matara a Diamo?

Jessamine vaciló por un instante, pero renovó sus ataques con furiosa intensidad. Ashlinn sonrió, retrocediendo hacia donde Mia estaba tendida sin poder hacer nada. Sostuvo su hoja envenenada por delante de ella, aunque el veneno más mortífero era el que manaba de sus labios.

—¿Te lo estabas follando? —preguntó Ash—. No llegué a descubrirlo. ¿Cómo te sentó hincar la rodilla ante la chica que lo asesinó?

—Cállate —susurró Jessamine.

—Tuvo una muerte asquerosa, Jess —dijo Ashlinn—. Vomitando sangre. Con mierda en las calzas. ¿La oliste desde el círculo de la prueba? A mí me llegó el tufillo hasta los bancos.

—¡Cállate!

Jessamine atacó, con la expresión deformada por la rabia. Ashlinn rodó a un lado y, con su enemiga desequilibrada, halló tiempo para meter la mano en un bolsillo de su cinturón. Agarró un puñado de algo, lo lanzó por el aire y un deslumbrante fogonazo de poder arkímico estalló en los ojos de Jessamine. La pelirroja retrocedió trastabillando, escupiendo, cegada. Ashlinn avanzó para descargar un golpe mortal pero, con el estómago bullendo, Mia hizo un barrido con su bota y levantó los pies de Ashlinn del suelo.

Jessamine y Ashlinn cayeron a la vez, y tanto el florete como la daga envenenada resbalaron por las tejas. Las chicas pasaron a combatir cuerpo a cuerpo, dándose zarpazos en la cara, puñetazos y patadas y maldiciones. Cayeron por la pendiente del tejado y se detuvieron al borde del canalón. Ashlinn estaba tumbada debajo de Jessamine, con las manos alrededor del cuello de la pelirroja. Jessamine le dio un fuerte puñetazo y le partió el labio a Ash. Aún medio cegada, buscó casi a tientas el collar de Ash, enrolló la cadena de oro en su puño y tiró de ella. La cadena se partió y la Trinidad cayó diez metros a los adoquines del patio. Sonó el trueno y un relámpago recorrió el cielo mientras el medallón se perdía de vista y el dolor en el cráneo de Mia y la náusea de su barriga empezaban a remitir.

—Putra traidora —escupió Jessamine, dando a Ash un puñetazo en la mandíbula.

—¡Quita... de en... encima!

—Ahora verás lo que es una muerte asquerosa.

Jessamine rodeó con los dedos el cuello de Ash y le propinó otro puñetazo

con la mano libre. Estaba alzando el brazo para golpearla de nuevo cuando una voz se impuso al fragor de la tormenta.

—Jess, ya... ya basta.

La pelirroja se negó a mirar hacia atrás, sus ojos inyectados en sangre fijos en Ashlinn. Mia se había puesto de pie y ni por asomo mantenía bien el equilibrio, pero estaba descendiendo poco a poco por el tejado con su espada larga de hueso de tumba en la mano.

—Que te jodan, Corvere —espetó Jessamine.

—La... la necesitamos viva. —Mia notó el sabor del vómito en la lengua—. Ha estafado a los braavi. Pero le... le han pagado una fortuna. Es imposible que haya incinerado un mapa tan valioso. Suponiendo que aún lo tenga, no podremos encontrarlo si está muerta.

—No obedezco tus órdenes.

Mia suspiró.

—Eres mi mano, Jess. Justo eso es lo que haces.

Jessamine se volvió para lanzar a Mia una mirada ponzoñosa, con el pelo mojado en los ojos. Su frustración y la ira de las últimas siete nuncanoches en compañía de Mia por fin se apoderaron de ella.

—Tendría que estar haciendo yo esta ofrenda. Yo debería ser la hoja, no tú.

—Nadie ha dicho que la vida sea justa, pelirroja.

—¿Justa? —Jessamine soltó una carcajada—. ¿Quién coño te cr...? Gjjjgj...

Jessamine cayó hacia atrás, con sangre saliéndole a chorro del cuello. Ashlinn volvió a apuñalar a la chica, con un destello de la hoja envenenada que había caído al canalón. Jessamine dio una bocanada, se llevó las manos al cuello perforado y un rojo arterial salió entre sus dedos y cayó a su túnica empapada. Ashlinn la apuñaló otra vez. Y otra.

Mia rugió el nombre de Jessamine mientras retumbaba el trueno, mientras Ashlinn asía el cuello de la túnica de la pelirroja y la arrojaba hacia delante. Jessamine se aferró desesperada a la muñeca de Ash, intentando detener la caída. Pero la chica se precipitó desde el tejado y, con un crujido enfermizo, cayó a la verja que rodeaba los terrenos de la basílica y se empaló en las puntas de hierro forjado.

Los novicios de abajo gritaron horrorizados y corrieron llamando a chillidos a los Luminatii, al cardenal, a quien fuese. Unos arcos de quebrada luz blanquiazul iluminaron los cielos mientras Ashlinn se ponía de pie, empapada con la sangre de Jessamine.

—Serás zorra —susurró Mia.

Ashlinn se limpió los labios partidos con los nudillos. Se dio un manotazo en el cuello y cayó en la cuenta de que no llevaba la Trinidad.

—Mia, no comprendes lo que está pasando aquí.

Mia alzó su hoja.

—La has matado.

Sangre empapando las manos de Ashlinn.

Furia nadando en los ojos de Mia.

Relámpago reflejado en el pálido filo de su espada larga, en la mirada vacía de la chica muerta que colgaba de la verja de hierro forjado bajo sus pies.

Las campanas de la basílica empezaron a sonar, esta vez tocando a aviso. Los novicios estaban congregados en el patio de abajo y gritaban: «¡Asesinato, asesinato!». Mia dio un paso adelante, con la hoja en guardia. Después de que la Trinidad cayera por el borde del edificio, Don Majo y Eclipse habían regresado, llenando el terrible vacío que había sentido con la fuerza del frío acero. Los pies de Ashlinn estaban atrapados en su propia sombra. No tenía hacia dónde huir. Pero Mia había dicho la verdad a

Jessamine: si mataba a la chica en ese momento, jamás vería el mapa. Y después de la última regañina que le había echado el Sacerdocio, ni de milagro pensaba regresar con las manos vacías.

Pero ¿y si regresaba con la chica que había puesto de rodillas al Sacerdocio?

«Negra Madre, imagínate la cara que pondrá Solis...»

De modo que Mia hizo rodar su espada y estampó el pomo en la mandíbula de Ashlinn. La chica cayó de culo, medio inconsciente. Mia se puso a registrar la ropa, las botas y las mangas de Ash, y encontró hojas, toxinas y polvos arkímicos que arrojó fuera del tejado. Ashlinn se incorporó, aturdida, y Mia apretó la punta de su espada contra la carne que cubría el corazón de la chica. Oyó el tenue sonido de unas botas pesadas entre los truenos.

—... luminatii, mia...

—... CACHORROS MEAPILAS. QUE VENGAN...

—... ¿tanta ansia de sangre tienes, querida chucha?

—... ¿TANTA ANSIA DE HUIR TIENES, PEQUEÑO MININO?...

—Te agradezco los ánimos, Eclipse —susurró Mia—. Pero el objetivo de hoy creo que será vivir para luchar otro giro.

La loba-sombra gruñó una aceptación reticente y Mia se volvió hacia Ashlinn.

—Muy bien. Puedes salir de este tejado de dos maneras. ¿Prefieres con los pies o con la cara por delante?

—¿Es... una pregunta con trampa?

Mia clavó la afilada punta de su hoja en la piel de Ashlinn. El hueso de tumba era más duro que el acero, lo bastante afilado para hacer sangrar la piedra. Con un leve empujoncito...

—Como intentes escapar, o como respires siquiera de una forma que no

me guste, pintaremos los adoquines de un interesante tono de Ashlinn. ¿Queda claro?

—... mia, tenemos que irnos...

La hoja se retorció.

—¿Queda claro?

Ash hizo una mueca de dolor.

—Como el cristal dweymeri.

Mia se quitó el cinturón.

—Saca las muñecas.

—No sabía que tuvieras esas inclinaciones. —Ash sonrió—. Lo único que tenías que...

La hoja se hundió más y Ashlinn se crispó de dolor. Con una mirada herida, ofreció las muñecas a Mia, que las ató fuerte con el cinturón. Ya podía oír claramente a los legionarios, y a una muchedumbre de ciudadanos reunidos al otro lado de las puertas de la catedral, mirando horrorizados el cadáver colgante de Jessamine.

Mia se levantó y tiró de la correa de cuero.

—Andando.

Llevó a Ashlinn a una bajante que había detrás del campanario. Una gárgola escupía agua de lluvia por la boca al patio, dos pisos más abajo.

—Las traidoras primero —dijo Mia.

—Me va a costar bajar con las manos atadas, ¿sabes?

—Te las apañarás. Y ni se te ocurra huir cuando llegues al suelo. Los cuchillos arrojadizos corren más que tú, y llevo seis que son de tu talla.

Ash frunció el ceño, pero, a pesar de su protesta, descendió por la bajante sin muchos problemas. Mia la siguió, con Don Majo susurrándole advertencias urgentes al oído. Las chicas corrieron por los terrenos de la basílica y dejaron atrás una necrópolis salpicada de tumbas de familias

puedientes. Saltaron la verja de hierro mientras toda una tropa de Luminatii rodeaba la catedral gritando: «¡Alto!». Mia cogió el cinturón que ceñía las muñecas de Ashlinn y tiró de su prisionera hacia las calles.

Los legionarios llevaban petos de acero y ardientes espadas largas de acero solar, pero aun así saltaron la verja con más rapidez de la que les habría atribuido Mia. A fin de cuentas, un asesinato en tierra sagrada de Aa no era asunto de risa para los fieles. Mia miró la multitud que la rodeaba y se detuvo un momento para arrancar el saquito lleno de monedas braavi del cinturón de Ashlinn.

—Corvere, joder, no te atrev...

Mia lanzó la bolsa en un amplio arco que hizo llover oro brillante sobre la plebe. La reacción fue instantánea, de una violencia inusitada, cuando los que estaban a su alrededor se dieron cuenta de que, por algún motivo, caía del cielo una verdadera fortuna. La gente salió en manada a la calle desde las tabernas y las tiendas cercanas, mendigos, panaderos, carniceros que impidieron el paso a la tropa Luminatii mientras se liaban a puñetazos y a gritos y a patadas por el oro de Ashlinn.

La chica gimoteó mientras Mia tiraba de ella bajo la lluvia. Cruzaron a la carrera un puente amplio, se internaron en el laberinto de callejuelas que había detrás de los edificios Administratii y allí, por fin, Mia tiró de Ashlinn hacia el interior de un pequeño nicho.

—¿Te das cuenta de cuánto...?

—Cállate —siseó Mia. Alcanzó las sombras que tenían alrededor, las asió con dedos hábiles, las retorció y las tejió para crear un manto que echó sobre sus hombros. Con un golpe de muñeca, envolvió también a Ashlinn, igual que el giro en que se colaron en los aposentos del orador Adonai. Los recuerdos de sus giros en la Iglesia Roja hicieron que Mia pensara en

Jessamine, que ardiera en su mente la visión del cuerpo de la mano colgando de aquellas puntas de hierro forjado.

Jess, Tric, todas las hojas asesinadas en la purga Luminatii, la captura del Sacerdocio... todo aquello era culpa de Ashlinn. La chica que estaba rodeando con sus brazos bien podía haber sido una serpiente, enroscada y lista para atacar.

—Ni un sonido —susurró Mia, apretando su hoja de hueso de tumba contra la garganta de Ash.

Todo estaba negro bajo la capa de Mia, pero oyó a los legionarios gritándose entre ellos mientras registraban los callejones de Tumba de Dioses. Las chicas esperaron, apretadas una contra la otra bajo las sombras de Mia durante inacabables minutos.

Por fin se alzó un susurro entre el tamborileo de la lluvia.

—... se han ido, mia...

Ashlinn tragó saliva contra la hoja que tenía al cuello.

—Si me matas ahora, te juro por la Madre que nunca verás ese mapa que te han ordenado buscar.

—Pues menos mal que no voy a matarte —dijo Mia—. Don Majo, comprueba los tejados. Eclipse, tú adelántate a explorar y asegúrate de que el camino a la capilla está despejado.

—... QUE ASÍ SEA. PERO SI ASESINAS A ALGUIEN MIENTRAS NO ESTOY, ME ENFADARÉ MUCHO...

Mia sintió tiritar las sombras a su alrededor cuando el no-gato y la no-loba salieron de la oscuridad a sus pies. Don Majo trepó por la pared, pasando de sombra en sombra, y Eclipse se extendió por los adoquines y salió a la calle. Mia sintió latir el corazón de Ashlinn y olió un ligero perfume de lavanda y el sudor fresco en su piel.

—¿Vas a llevarme a la capilla? —preguntó la chica.

—Hay una dosis de desmayo en el filo que tienes al cuello, Ash. No me apetece mucho dejarte inconsciente y tener que cargar contigo, pero lo haré si es necesario. Y ahora, calla de una vez, joder.

—Llevan ocho meses persiguiéndome. Como me atrapen...

—Puedes contar sin manos las mierdas que me importa, Ashlinn.

—No quería matar a Tric, Mia.

Ashlinn hizo una mueca cuando Mia le apretó su estilete de hueso de tumba bajo la barbilla.

—No te atrevas a pronunciar su nombre.

Ashlinn levantó las manos y habló despacio y con cautela. Mia distinguió el miedo en su voz, el leve temblor que le dijo que, por mucha buena cara que pusiera, la chica no quería morir.

—Quería al Sacerdocio, Mia. Todos los demás fueron un caso de lugar equivocado, momento equivocado.

—¿Incluido tu propio hermano?

—Así que fuiste tú quien mató a Osrik.

—No —respondió Mia—. Pero solo porque Adonai le puso fin antes de que yo tuviera ocasión. Vosotros dos matasteis a Tric. Traicionasteis vuestros votos. Traicionasteis a la iglesia.

—¡Para vengar a mi padre! Precisamente tú deberías entenderlo.

—No tientes a la suerte, Ashlinn. —Mia apretó su garganta—. Mi padre está muerto.

—¿Sí? —replicó furiosa Ash—. Bueno, pues el mío también.

Eso detuvo a Mia. Preguntas silenciosas pendiendo del aire. La lluvia estaba cesando del todo, pero el cielo seguía de un gris lúgubre. Ashlinn inhaló una bocanada entrecortada de aire.

—Pudimos esquivar a la iglesia y sus hojas durante ocho meses —musitó—. Pero al final nos atraparon en Villa Corneja. Mi padre era bueno. Una

de las mejores hojas que sirvieron jamás a la Negra Madre. Pero a todo el mundo se le termina la suerte en algún momento.

Mia se limitó a negar con la cabeza, no iba a morder el anzuelo. Ashlinn Järnheim estaba hecha de mentiras. Había mentido a lo largo de todo su entrenamiento en la Iglesia Roja. Había mentido al Sacerdocio, a Mia, a todas las personas que había conocido. Había atacado al corazón de Jessamine en el tejado de la basílica y estaba atacando al corazón de Mia en esos momentos. Todas las palabras que pronunciaba eran puro veneno.

—No voy a repetirte que te calles, Ash.

Ashlinn suspiró, perdiendo la compostura.

—No tienes ni puta idea de lo que está pasando, ¿verdad? Te conozco, Mia. ¿Sabes lo que es la Iglesia Roja de verdad? ¿Crees que algún giro dejarán que mates a Scaeva, si es quien les paga los salarios?

Mia sintió el apellido del cónsul como un puñetazo en la barriga.

—Mientes más que hablas.

—¿Por qué crees que Scaeva no está muerto ya? Si medio Senado quiere verlo bajo tierra, ¿crees que no pueden permitirse contratar una hoja para liquidarlo? Pero está protegido por la Ley de Santidad. Julio Scaeva es un puto bastardo, pero no un puto idiota. Lleva años siendo cliente de la iglesia.

—Ellos jamás...

—¡Son asesinos, por supuesto que lo harían! Lo que hace la Iglesia Roja no tiene nada de santo. Asesinan a gente a cambio de dinero. La mitad son unos psicópatas, y la otra mitad solo cabronazos sádicos. No son siervos de ninguna Diosa de la Noche, sino zorras baratas.

La mente de Mia no paraba. Sabía que no podía confiar en nada de lo que dijera Ash... pero en sus palabras se distinguía el soniquete de la verdad. La gente que suponía una amenaza para Scaeva o bien acababa muerta como

su padre o comprada como los braavi. ¿No tenía sentido que también estuviera pagando a la Iglesia Roja? ¿Por qué si no iban a ordenar a Mia que no pusiera la mano encima a Scaeva?

—¿Cómo sabes tú todo esto? —preguntó.

—Porque soy una zorra traicionera, Mia.

—Una hija de puta mentirosa es lo que eres.

—Hay una cámara acorazada de obsidiana dentro de las cámaras del reverendo —dijo Ash, como escupiendo las palabras—. Y dentro de esa cámara guardan un libro de cuentas con todas las ofrendas que ha realizado la iglesia. Con todos sus clientes. Todas sus mierdas. Cuando envenené al Sacerdocio en el banquete de iniciación, robé ese libro, Mia. Por eso llevan ocho meses persiguiéndonos a mí y a mi padre. No porque los traicionáramos, sino porque conocemos todos sus trapos sucios. —Ashlinn giró la cabeza un poco, a pesar de la hoja que tenía contra la garganta. Quería mirar a los ojos a Mia—. Incluido el que os concierne a tu padre y a ti.

Ashlinn se quedó callada con el filo de Mia apretado contra el cuello. Ash había matado a Jessamine. Había matado a Tric. Mia sabía que haría cualquier cosa, diría cualquier cosa para impedir que la llevaran a la capilla.

—Eres una embustera —dijo Mia.

—Ya lo creo que sí. Pero en esto no te miento, Mia. Si me llevas a la iglesia, van a matarme, y entonces nunca sabrás la verdad de lo que hicieron.

—¿Y se supone que ahora tengo que fiarme de tu palabra?

—Puedes verlo con tus propios ojos.

—¿Tienes ese libro de cuentas?

—Algo me dice que unos nombres en una página no van a convencerte.

Pero puedo decirte el lugar exacto al que tienes que ir para encontrar pruebas escritas con algo más que tinta.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese lugar exacto?

Ashlinn alzó la mirada hacia Mia, con sus ojos azules relucientes como zafiros rotos.

—Tienes que volver a la Iglesia Roja.

—**N**o tenemos nada que hablar —dijo Furiano con desdén.

Mia seguía despatarrada bajo el campeón del *collegium* de Remo, con su antebrazo en el cuello. Los músculos estaban tensos en su brazo y en su pecho. Mia apretó de nuevo el tenedor contra las costillas de Furiano, en esa ocasión con la fuerza suficiente para abrir la piel.

—No sé qué opinarán otras mujeres que hayas conocido —dijo en voz baja —, pero a mí no me gusta mucho con la espalda contra el suelo. Déjame levantarme.

—Debería saltarte los dientes solo por hablar conmigo. ¿Cómo has entrado aquí?

—Déjame. Levantarme. Cabrón.

Furiano miró su puerta, que ya no estaba cerrada con llave. Mia no tenía ni idea de qué consecuencias podría tener que los encontraran allí juntos, pero dudaba que fuesen agradables. Oyó a la patrulla de guardia, que se iba acercando poco a poco.

Con un reniego, Furiano se levantó de encima de Mia y cerró la puerta. Se quedó escuchando un momento con la oreja pegada a la madera mientras pasaban los guardias. Mia miró al campeón de arriba abajo y sintió un cosquilleo muy a su pesar. Nunca había visto a un hombre como él, todo dura piel morena y músculo marcado. Pero también parecía rápido. Ágil y feroz,

como un gato grande. No tenía ni un pelo en el cuerpo, y Mia supuso que se afeitaría para lucir el físico ante las multitudes de adoradores. Tenía la mandíbula marcada, y los ríos y valles de su abdomen guiaron hacia abajo la mirada de Mia, que se mordió el labio mientras se lo bebía con los ojos.

No sabía qué se había apoderado de ella. Aunque a mi señor Casio lo había encontrado atractivo, su reacción a la presencia del Señor de las Hojas no había sido tan... carnal. ¿Quizá era que nunca había estado tan cerca de él? ¿O que era más joven? Fuera cual fuese el motivo, mirando a Furiano descubrió que se le aceleraba la respiración. Notaba un agradable dolor en los muslos. Oleadas y oleadas de mariposas le hacían cosquillas en la tripa.

Su habitación estaba poco adornada. Una pequeña ventana con barrotes miraba al océano, y contra la pared había una sencilla cama. En otra esquina Mia vio un maniquí de entrenamiento y espadas de madera. Bajo la ventana había un pequeño altar dedicado a Tsana, primogénita de Aquel que Todo lo Ve y patrona de los guerreros, y en la pared había unas marcas de carbón con la forma de los tres círculos entrelazados de la Trinidad de Aa. Aunque hacía falta que una Trinidad estuviera bendecida por los creyentes más fieles de Aa para que Mia enfermara, ver el símbolo sagrado seguía perturbándola.

En conjunto, los aposentos de Furiano no se parecían mucho a una villa de nacidos de la médula. Pero comparados con los barracones, eran un auténtico palacio. Y, lo mejor de todo, eran privados.

Cuando los guardias salieron del rango auditivo, el campeón se volvió hacia Mia. Tenía la mandíbula tensa. Su cabello largo y oscuro enmarcaba aquellos deliciosos ojos de chocolate.

—Lo sientes, ¿verdad? —dijo Mia con un hilo de voz.

Furiano cruzó la estancia a zancadas, cogió una tira de lino gris de la cama y se la enrolló en la cintura para cubrirse.

—¿Siento qué?

Mia se levantó del suelo y se recogió el pelo detrás de la oreja. Vio movimiento por el rabillo del ojo y miró las sombras que proyectaba en la pared la luz de las velas del sagrario. La de ella. La de él.

—Por los dientes de las Fauces —susurró—. Mira.

Sus sombras estaban moviéndose por iniciativa propia.

El pelo se movía como acariciado por una brisa oculta, fluyendo y refluyendo hacia el del otro como las olas de una costa solitaria. La sombra de Mia hacía ademán de agarrar la de Furiano, aunque en realidad la chica no había movido ni un músculo. El Invicto extendió un brazo y tocó la pared, como para comprobar si su sombra era real. Pero la sombra no se movió con él, sino que se inclinó hacia la de Mia.

El campeón retrocedió con paso inseguro y alzó tres dedos, el símbolo de protección de Aa contra el mal. Cuando lo hizo, las sombras se quedaron quietas, temblorosas solo por la llama de las velas.

—Eres como yo —dijo Mia.

Furiano parpadeó y arrancó su mirada de las sombras hacia Mia.

—No me parezco en nada a ti —gruñó—. Yo soy gladiatii.

—Me refiero a que eres tenebro —dijo Mia—, como yo.

—Te repito que no me parezco en nada a ti, chica.

—¿Dónde está tu pasajero?

—¿Mi qué?

—Tu daimón —dijo Mia—. Yo tengo a dos viviendo en mi sombra. Por lo general, quiero decir. ¿Qué forma tiene el tuyo? ¿Y dónde está?

—No sé nada de ningún daimón —dijo él con voz agria—, excepto la que tengo delante ahora mismo.

La miró de arriba abajo, con algo parecido a la repulsión en el rostro. Pero Mia alcanzaba a ver que se le estaba poniendo la piel de gallina, igual que a ella. Respiraba con más fuerza y tenía las pupilas dilatadas, todas las señales

que la shahiid Aalea le había enseñado a reconocer en un hombre. O en una mujer.

«Deseo.»

—¿Cómo has escapado de tu celda? —exigió saber el campeón.

Mia se encogió de hombros.

—Di un paso entre las sombras.

—Brujería —escupió él.

—No es brujería. Es lo que somos. ¿Tú no puedes hacerlo?

—No quiero tener nada que ver con la oscuridad. —Furiano volvió a hacer el símbolo de protección con los dedos.

—Pero ya lo has tenido —dijo ella dando un paso hacia él—. Este mismo giro, en las arenas, cuando he combatido contra el *executus*. Me has impedido...

—Vete de aquí, chica. Soy el campeón de este *collegium* y un devoto hijo de Aa. Los gladiatii no nos mezclamos con la escoria, y yo no me mezclo con herejes.

Mia miró el altar dedicado a Tsana y la Trinidad de Aa en la pared.

«¿Puede ser?»

—¿Eres un fiel? ¿Cómo puedes...?

—Que te vayas —siseó él. No se atrevió a levantar la voz por si le oía la patrulla, pero Mia vio la ira en sus puños apretados, en los tendones tensos de su cuello—. Si los guardias te encuentran en mi celda, el *executus* nos arrancará la piel de la espalda a los dos. Y no tengo intención de sangrar por alguien como tú. Y ahora, márchate antes de que te parta el cuello y me arriesgue a suplicar la piedad de la *domina*.

La sombra de Furiano bulló en la pared, con las manos extendidas hacia el cuello de la de Mia. Ella dio un paso atrás, pero su sombra se mantuvo inmóvil, con el pelo retorciéndose y enroscándose como un nido de serpientes.

El hambre volvió a crecer en su interior, la náusea, mezclada con una nueva ira, apagada pero agitada.

Ese hombre no sabía nada de los tenebros. No sabía nada sobre sí mismo. Allí no iba a encontrar respuestas, sino solo más preguntas.

Y cuanto más se quedara en aquel dormitorio, más probable era que la descubriesen.

Mia retrocedió despacio, sin darle la espalda, escuchando por si oía a los guardias detrás de la puerta. Al confirmar que no estaban, la abrió sin hacer ruido y comprobó que el pasillo estuviera despejado. Satisfecha, volvió la mirada hacia el campeón del *collegium* y su sombra inquieta en la pared.

Se recordó a sí misma por qué estaba allí. Si quería alzarse victoriosa en el Magni, tendría que derrotar a aquel hombre, fuese tenebro o no. Y cualquier oscura afinidad que pudiera tener con él ocupaba un segundo puesto tras el hecho de que se interponía entre ella y la victoria.

Entre ella y la venganza.

«Que así sea.»

—Bonita habitación —comentó paseando la mirada por la estancia.

—¿Qué pasa con ella? —espetó Furiano.

Mia se encogió de hombros.

—Yo que tú no me pondría muy cómodo.

La chica salió por la puerta y la cerró.

Su sombra tardó unos pocos latidos del corazón en seguirla.

¡Crac!

—¡Los gladiatii no temen nada salvo la derrota!

¡Crac!

—¡Los gladiatii no anhelan nada salvo la victoria!

¡Crac!

—¡Los gladiatii no viven por nada salvo por la gloria!

Así sonaba la canción de las horas de Mia, achicharrada bajo los soles abrasadores. La voz del *executus* era la letra, el restallido de su látigo el ritmo, y los gruñidos, los suspiros y las maldiciones de los hombres y las mujeres que la rodeaban, el estribillo.

Había pasado una semana desde su llegada a Nido del Cuervo, pero aquellos siete giros se le habían hecho largos como años. El *executus* no mostraba la menor piedad, los entrenaba a ella, Mateo y Sidonio en todas las armas, todos los estilos de combate y todos los trucos y tretas que le habían enseñado a él sus años en los juegos. Combatían en el círculo, en las distintas alturas del patio, en sueños. El látigo era la respuesta a todo fallo. Todo trapiés. Todo descuido.

¡Crac!

¡Crac!

¡Crac!

Los mantenían apartados de los gladiatii, y se bañaban y comían los últimos. Carnicero les había echado a perder al menos otras tres tarderas, dos veces meando y una con un puñado de mierda que había recogido después de que la depositara Colmillo en el patio. Mia había robado comida todas las nuncanoches en sus sombrías excursiones a la cocina, y en una ocasión hasta se las había ingeniado para pasar a hurtadillas un poco de pan a Sidonio y Mateo, con la excusa de que lo había encontrado en la mesa del comedor. Pero aun así estaba demacrada. Y ellos estaban incluso en peor forma.

—¡Sois unos hijos de puta inútiles! —rugió el *executus* al trío—. Dentro de unos pocos giros, saldréis a la arena del *venatus* vistiendo los colores de este *collegium*, y si creéis que el público no rugirá pidiendo más cuando vea

vuestra primera gota de sangre, es que sois aún más necios de lo que pensaba. ¡Y ahora, atacad con brío!

—¿*Executus*? —llamó una voz desde arriba.

Mia levantó la mirada y vio a la dona Leona en el amplio mirador. Iba vestida con ondeante seda blanca y oro en las muñecas, y llevaba el pelo caoba liso cayendo por la espalda.

—¡Atención! —vociferó el *executus*.

Los gladiatii se quedaron quietos y se dieron un puñetazo en el pecho.

—¿*Domina*? —dijo el *executus*.

La mujer dobló un par de veces el dedo índice para indicarle que se acercara.

—Vuestro susurro, mi voluntad —dijo el hombretón inclinándose.

Se volvió hacia Mia y sus compañeros.

—Sidonio, trabaja con los maniqués. —Miró furibundo a Mia y Mateo—. Vosotros dos, combatid en el círculo. Aún llevas el escudo como un ramillete de flores, chica. Y Mateo blande la espada como un crío de tres años meneando el rabo. Si queréis que esas bonitas cabezas sigan en los hombros durante el Aventamiento, más vale que os pongáis a trabajar en serio.

El *executus* se pasó la mano por la barba y entró cojeando en el fuerte. Sidonio se puso a entrenar con los maniqués, y Larva llevó a Mia y Mateo espadas y escudos de madera. Empezaron a combatir, chocando en el polvo y bailando por el círculo.

—¿Que trabajemos en serio? —dijo Mateo con desdén—. ¿Y qué abismos cree que llevamos haciendo toda la semana?

Mia no respondió, concentrada en el entrenamiento. A pesar de que era un cabrón de mucho cuidado, desde que sabía que el *executus* era Arkades se tomaba en serio hasta su última palabra. Si el León Rojo le decía que debía

mejorar su brazo del escudo, por la Negra Madre que Mia iba a mejorar su puto brazo del escudo.

—Pega más fuerte —gruñó—. Apriétame.

—¡Eso hago! —exclamó Mateo, atacándola con su espada.

Mia bloqueó sus tajos con facilidad, y con una ráfaga de golpes hizo retroceder al chico resbalando por la arena. Aporreó de nuevo el escudo de Mia, escupiendo el polvo que tenía en la lengua.

—Por el abismo y la sangre, me atacas como si estuviera hecha de cristal. ¿Quieres pegarme?

Mateo paró otro golpe y respondió con un débil contraataque. Las espadas chasquearon contra los escudos y sus pies danzaron al ritmo de la frenética percusión.

—No quiero hacerte daño, Cuervo —dijo Mateo.

—¿Por qué no? ¿Por si luego te lo hago yo a ti?

—Porque... eres chica —dijo él.

Mia abrió los ojos como platos al oírlo. Apretando los dientes, pasó junto al ataque de Mateo, con las sandalias removiendo la arena. Rodó sobre sí misma y le atizó un fuerte espadazo en los omóplatos que lo dejó tambaleándose. Cuando el chico se volvió hacia ella, le dio con el escudo en la cara e hizo saltar sangre mientras Mateo caía al suelo.

Mia se alzó sobre él, con la espada contra su cuello.

—Domina tus putas joyas de la corona —dijo—. Puede que tu madre te criara para tratarnos a todas como florecillas delicadas, o puede que solo sea que piensas con la polla. Pero en la arena no hay chicas. No hay madres ni hijas, no hay hijos ni padres. Solo hay enemigos. Como dediques un momento a preocuparte de lo que tiene tu rival entre las piernas, te separarán la cabeza del cuerpo. ¿Y de qué te servirá entonces tu estúpida polla?

El chico se limpió la sangre de la cara y tragó con fuerza.

—Mis disculpas —murmuró—. No...

—¡Gladiatii, atención!

Mia apartó la mirada del rostro ensangrentado de Mateo y la dirigió hacia la terraza. Vio al *executus* Arkades y a la dona Leona a su lado. La mujer sonreía como los soles y habló con una voz alta y clara.

—¡Mis Halcones! ¡Mañana partimos hacia Puentenegro y los grandes juegos celebrados en honor del gobernador Salvatore Valente! Son los segundos juegos oficiales en la temporada de *venatus*, y todas las miradas estarán puestas en él. Ahora el *collegium* de Remo está muy bien considerado, gracias a la victoria de nuestro campeón en Talia el mes pasado.

Señaló a Furiano con un gesto del brazo. Los gladiatii vociferaron su nombre y dieron golpes en sus escudos con las espadas.

—¡Pero el triunfo de Furiano no nos ha asegurado un puesto en el Magni! —siguió diciendo Leona—. La multitud siempre ansía ver más sangre, y los *editorii* buscan solo a los mejores para su grandioso espectáculo. Debemos obtener la victoria. ¡Y obtendremos la victoria!

—¡Victoria! —gritaron todos.

—Los siguientes gladiatii se han ganado el derecho de asistir al *venatus* de Puentenegro y luchar para los Halcones de Remo. ¡Un paso adelante, Carnicero de Amai!

El Estropeador de Gachas se adelantó, con su sonrisa de haber caído de cabeza siendo un bebé, e hizo los nudillos a los hombres que había tras él.

—¡Cantahojas, la Segadora de Dweym!

La mujer con todo el cuerpo tatuado dio un paso adelante y se inclinó.

—¡Nuestros *equillai*, Byern y Bryn, emocionarán de nuevo a la multitud!

Los rubios vaanianos hicieron una profunda inclinación. Al fijarse más en ellos estando juntos, Mia decidió que eran gemelos; se parecían demasiado para que fuesen simples hermanos.

—¡Nuestra leyenda de la arena, el Halcón más poderoso de este *collegium*, el campeón de Talia, Furiano el Invicto!

El campeón avanzó a zancadas, entre los vítores de sus compañeros, con una hoja en cada mano. Tenía la mirada fija en la terraza mientras se inclinaba, y su melena negra cayó a ambos lados de sus marcados pómulos y su mandíbula cuadrada. Mia miró su sombra y no vio nada fuera de lo habitual. Pero la de ella titiló un poco, como un agua calmada cuando se deja caer en ella una piedra.

—Y por último —dijo Leona—, nuestros tres nuevos reclutas se jugarán la vida en el Aventamiento, y se ganarán un lugar entre vosotros o perecerán en el intento. Recemos para que Aa les conceda su favor y Tsana dirija sus manos hacia la victoria. —Leona miró a su rebaño y separó los brazos—. *Sanguii e Gloria!*

—*Sanguii e Gloria!* —respondieron los gladiatii desde abajo.

Mia los oyó gritar con los puños alzados, reclamando sangre y gloria. En realidad, a ella no le interesaba nada lo segundo. Derramar sangre era su intención, su sueño, el único premio que le valía. El cardenal Duomo y Scaeva al alcance de su mano en el podio del vencedor. Pero para estar ante ellos, antes tenía que obtener las suficientes victorias para asegurarse un puesto en el Venatus Magni. Y de algún modo, en medio de aquel baño de sangre, de aquella carnicería, tenía que ganar.

Los gladiatii que había a su alrededor miraron al cielo e invocaron a Aa y a su primogénita para que les trajeran la victoria. Pero Mia no sentía ningún aprecio por Aquel que Todo lo Ve ni por su hija guerrera. Aa no se había comportado más que como su enemigo, y Tsana jamás la había ayudado.

¿Por qué iba a hacerlo ahora?

En consecuencia, Mia volvió sus ojos hacia la arena. Hacia la sombra,

negra y acumulada en torno a sus pies. Y se preguntó si la Diosa de la Noche respondería, después de todo lo que había hecho.

De todo lo que había deshecho.

—Negra Madre —susurró—, concédeme fuerza.

CAPÍTULO II

TRUENO

Mia salió del estanque de Adonai con un respingo.

Sangre en los ojos y la lengua, un latido en las sienas. De pie, desnuda en el estanque, miró al orador en su sitio habitual del vértice. Piel blanquecina y pelo aún más blanquecino, con los labios curvados en una leve sonrisa. Adonai abrió los ojos y Mia vio que tenía las escleróticas cubiertas de rojo.

—Has retornado, hoja Mia. ¿Tu presa muerta, tu ofrenda completada?

—Todavía no.

Adonai ladeó la cabeza y ensanchó la sonrisa.

—¿Me añorabas, entonces?

Mia le dio la espalda y vadeó hasta salir del estanque, notando cómo los ojos del orador recorrían sus curvas. Goteando rojo en la piedra, se dirigió a los baños para lavarse la sangre y se hundió bajo el agua con un suspiro.

—... esto no me gusta nada, mia...

Don Majo estaba sentado en una esquina del baño, mirando con sus ojos.

—Ni a mí, pero ¿qué alternativa tengo?

—... ashlinn es una mentirosa, y nosotros unos majaderos por confiar en ella...

—*No confiamos en ella. Eclipse está vigilándola.*

—... tampoco confío en eclipse...

Mia se secó, se envolvió de cuero negro y terciopelo y visualizó a Ash tal como la había dejado: encadenada a una cama con dosel en una posada barata de Tumba de Dioses, con una loba hecha de sombras alzándose encima de ella y enseñándole sus colmillos traslúcidos. En realidad, Eclipse no podía tocar a la chica, por supuesto. Pero Mia no había sentido la necesidad de comentarle ese detalle concreto a Ashlinn.

—... te está llevando por donde quiere, mia...

—*¿Y crees que no sospecho justo eso? No soy gilipollas, Don Majo. Pero ¿y si está diciendo la verdad?*

—... en ese caso, nos encontraremos en aguas interesantes...

—*Tengo que saberlo.*

El gato-sombra suspiró.

—... lo sé. y estoy contigo, mia. no temas...

Mia se colocó su hoja de hueso de tumba en el cinto, la otra en la manga.

—*No si estás a mi lado.*

Salió de los baños y se internó en la penumbra de la Iglesia Roja. Los himnos del coro fantasmagórico llenaron el aire mientras ella remontaba escaleras en curva y descendía por pasillos de piedra negra, tallados con diseños de inacabables espirales. Naev le había dicho una vez que las tallas de las paredes eran una canción que trataba de encontrar el camino en la oscuridad. Mientras pensaba en todo lo que le había dicho Ashlinn, Mia se descubrió deseando conocer la letra de esa canción. Si la chica había dicho la verdad, Mia estaría perdida sin remedio.

«*No puede ser verdad.*»

Siguió su camino a través de la hambrienta oscuridad.

«*No puede ser.*»

Subiendo una escalera de caracol y descendiendo por una espiral retorcida hasta que llegó.

Al Salón de las Elegías.

Miró la altísima estatua de Niah, con su espada y su balanza en las manos. Quizá fuese un efecto óptico, pero la diosa parecía más adusta que de costumbre.

Los pasos de Mia resonaron en el silencioso salón mientras caminaba por su periferia, pasando las yemas de los dedos por la tumba vacía marcada con el nombre de Tric. Pensó en su amigo. En los consejos que le había dado. En el consuelo que había hallado en sus brazos. Tric había sido una roca en un mundo que se volvía más inestable con cada nuncanoches que pasaba...

—Lo echas de menos —dijo una voz.

Mia dio media vuelta y vio a la shahiid Aalea de pie en la arcada, con sus ojos oscuros reluciendo. Iba vestida de puro rojo sangre, el mismo color que llevaba en los labios. Sus rizos negros le caían sobre la piel de los hombros, blanca como el alabastro. Una mujer como ella podría haber parecido fría como el invierno profundo, a la luz equivocada. Pero la sonrisa de Aalea era cálida como una copa de vino dorado.

—Shahiid —saludó Mia con una profunda inclinación.

—Has vuelto. —Sus ojos oscuros pasaron un instante por la cara de Mia—. Y no victoriosa, por lo que veo.

—Necesitaba pasar una nuncanoches en mi propia cama —dijo Mia—. Pero la Dona está muerta. Y el mapa ya se encuentra casi a mi alcance.

—Preferirías que lo estuviera el chico, diría yo.

Aalea señaló con la barbilla el sepulcro vacío de Tric. Mia lo miró también, sin decir nada. La shahiid pasó los dedos por el nombre tallado en la piedra.

—¿Lo echas de menos? —preguntó.

Mia no vio motivo para negarlo.

—No como si me faltara una parte de mi ser. —Se encogió de hombros—. Pero sí, lo echo de menos.

Aalea hizo un mohín, como si dudara entre hablar o callar.

—Una vez amé a alguien —dijo al fin—. Pensé que este lugar, esta vida que había escogido, no podrían manchar algo de cuya absoluta pureza estaba convencida. —La shahiid se acarició los labios con las yemas de los dedos—. Amaba a ese hombre como la Noche amaba al Día. Le prometí que estaríamos juntos para siempre.

—¿Qué pasó? —preguntó Mia.

—Que murió. —Aalea suspiró—. La muerte es la única promesa que cumplimos todos. Esta vida que llevamos... en ella hay espacio para el amor, Mia. Pero es un amor como las hojas del otoño. Hermoso un giro. Una hoguera al siguiente. Solo cenizas como recordatorio.

Mia se quedó callada por la imagen que había conjurado Aalea. Llevó su mirada a las tumbas. No quería levantar sospechas, pero lo que menos le apetecía en el mundo era quedarse allí hablando de amor y pérdida con una asesina en serie. Y mucho menos si lo que le había dicho Ashlinn tenía algún viso de ser verdad.

—¿Creías que llegaría un giro en el que te encontrarías calentándote feliz junto a un hogar? —preguntó Aalea—. ¿Con tu amado junto a ti y nietos en las rodillas?

—Ya no estoy segura de lo que había creído.

—No es tal el destino de una hoja. —Aalea cogió la mano de Mia y la apretó contra sus labios—. Pero existe una belleza en saber que todo termina, Mia. Las llamas más brillantes son las que más deprisa se consumen. Pero en ellas hay un calor que puede durar toda la vida. Incluso

en las de un amor que solo dura una nuncanoché. Para la gente como nosotros, no existen promesas de un «para siempre».

Mia alzó la mirada hacia la estatua. Hacia aquellos ojos que la seguían dondequiera que fuese.

—Mi padre decía siempre que el arte de contar una buena historia está en saber cuándo parar. Si continuas hablando el tiempo suficiente, acabas descubriendo que no existen los finales felices.

Aalea sonrió.

—Un hombre sabio.

Mia negó con la cabeza. Recordando cómo murió. Y por qué murió.

—No tan tan sabio.

Las palabras de Ashlinn resonaron en sus oídos. Se le tensó la mandíbula.

Aalea volvió a mirar la tumba vacía de Tric.

—Habría sido una buena hoja —dijo suspirando—. Y era una hermosura. Pero está muerto. No permitas que tus penas te aparten de tu camino, Mia.

Mia miró a Aalea directamente a los ojos. Su voz salió de hierro.

—Sé cuál es mi camino, shahiid. A veces, la pena es lo único que me mantiene en él.

Aalea sonrió, dulce como el chocolate oscuro.

—Perdóname. A una vieja maestra le cuesta quitarse las costumbres, supongo. Eres una hoja, por ahora. Y una mujer. Y una belleza, por cierto. — Aalea se inclinó hacia ella, con los ojos trabados en los de Mia y los labios a solo un suspiro de los suyos—. Siempre te he tenido cariño. Debes saber que, si alguna vez buscas consejo, lo tendrás. Y si alguna vez deseas prender una hoguera para calentarte una nuncanoché, estoy aquí.

El pulso de Mia se aceleró y notó un cosquilleo en la piel. De tan cerca, podía oler la rosa y la miel del perfume de la shahiid. Mirando aquellos

ojos oscuros y adornados con kohl, Mia se preguntó de nuevo si habría alguna arkimia haciendo efecto en el aroma de Aalea, o si...

«Los ojos en el objetivo, Corvere.»

Mia soltó con suavidad su mano de la de Aalea. Se lamió unos labios repentinamente secos.

—Os lo agradezco, shahiid —musitó—. Pensaré en ello.

—Estoy segura de que lo harás, amor —dijo Aalea ensanchando la sonrisa—. Pero de momento te dejaré con tus recuerdos. Que no te encuentre el reverendo padre sin tu misión cumplida, a no ser que en realidad disfrutes oyéndolo dar voces.

La Shahiid de Máscaras inclinó la cabeza y salió de la estancia dejando su perfume flotando en el aire. Mia la vio marcharse, y el tirón que tenía aquella mujer estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio. Pero saber lo que había ido a hacer allí lo atemperaba todo, aplastaba las mariposas de su estómago. Sintió que su sombra se removía, que la oscuridad se inflaba a sus pies.

—... esa es peligrosa...

—Podría decirse lo mismo de todas las mujeres que conozco.

—... ¿por dónde empezamos?...

—Tú empieza aquí y ve hacia dentro. Yo empezaré a los pies de la Madre. Ten el oído abierto por si llega compañía. No queremos ninguna.

—... no esperarás de verdad que esta búsqueda dé fruto...

—Ya no sé qué esperar. Vamos a ello.

Mia se agachó al pie de la estatua de Niah y, a la luz de aquel puto cristal tintado, empezó a buscar en los nombres tallados en la piedra. Uno por uno. Los había a millares. Una espiral que se extendía desde los pies de la diosa. Los nombres de reyes, senadores, legados, nobles. Sacerdotes y dulcechicas,

mendigos y bastardos. Los nombres de todas las vidas tomadas al servicio de la Negra Madre.

Con el coro y Don Majo como única compañía, Mia trabajó en silencio. Dudando de qué haría si todo lo que le había dicho Ashlinn era cierto. Se vio obligada unas cuantas veces a ocultarse bajo su capa de sombras, cuando una mano o un grupo de discípulos nuevos entraban al salón. Pero, en general, pudo trabajar sin interrupciones, arrodillada en la oscuridad con los nombres de los muertos emborronados y mezclándose en su cabeza.

Recordaba el giro en el que murió su padre. De pie bajo el nudo corredizo y ante la vociferante muchedumbre. El cardenal Duomo en el tablado, con su barba de seto y sus anchos hombros. Julio Scaeva de pie en lo alto, con su pelo negro como el carbón, sus ojos penetrantes y oscuros y su túnica de cónsul tintada de púrpura y sangre. Allí presente para contemplar cómo se ejecutaba a los líderes de la rebelión por sus crímenes contra la gran República Itreyana. El justicus Darío Corvere y el general Gayo Antonio habían reunido un ejército y habían marchado contra su propia capital. Pero en la víspera de la invasión, la república se había salvado y los dirigentes rebeldes habían caído en sus manos.

Mia era demasiado joven para preguntar. Y luego, demasiado ciega para elucubrar.

Pero ¿cómo podía ser?

¿Cómo habían acabado los líderes de la rebelión en las garras del Senado, cuando se encontraban a salvo en el interior de un campamento armado? Antonio no era tonto. El padre de Mia, tampoco. Habría hecho falta el propio Dios para superar sus defensas y llevárselos.

Dios. O quizá alguien al servicio de una diosa.

—... mia...

La chica alzó la mirada, alertada por el tono de Don Majo, y sus pupilas

se dilataron en la oscuridad.

—... oh, mia...

Se apresuró a reunirse con el gato-sombra. Buscó entre los nombres tallados en el granito. A su padre y a Antonio los habían ahorcado frente a la plebe de Tumba de Dioses. Por tanto, incluso si la Iglesia Roja había tenido algo que ver con su captura, no los habían matado ellos. Pero si había caído algún otro en el proceso, entonces quizá...

El estómago de Mia se convirtió en hielo grasiento.

—Por el abismo y la sangre —susurró.

Tallado en la piedra, tal y como le había prometido Ashlinn. Un único nombre entre millares. El nombre de un esclavo que había comprado su libertad y, aun así, había seguido al lado de su padre después. La mano derecha de Darío Corvere. Su mayordomo. Un hombre que tenía que haber estado con su justicus cuando este se disponía a marchar sobre su propia capital. Un hombre que tenía que haber estado con el padre de Mia hasta el final.

«Andriano Varnese.»

—... entonces, es cierto...

Frío hielo en su tripa mientras sus yemas recorrían el nombre de la piedra.

Cenizas y polvo en su boca.

La Iglesia Roja había tenido un papel en la captura de su padre. En el fracaso de la rebelión. ¿Por qué si no estaría el nombre del mayordomo de su padre tallado allí, en la piedra? ¿Cómo si no podrían haber capturado a un general y su justicus rodeados de diez mil hombres?

Durante todo aquel tiempo, Mia había estado entrenando en una madriguera de asesinos para vengarse de los hombres que habían ejecutado

a su padre. Sin imaginar ni por un instante que los asesinos junto a los que entrenaba habían colaborado en esa misma ejecución.

Y todo, a instancias del hombre a quien más deseaba asesinar de todos.

Ash había dicho la verdad.

Todo. Absolutamente todo.

Deshecho en un momento.

—Oh, diosa —susurró Mia.

Miró la estatua que se alzaba sobre ella. La espada y la balanza de sus manos. Las joyas que centelleaban en su túnica como estrellas en la quietud de la nuncanoches. Aquellos ojos negros e inclementes.

—Oh, Negra Madre, ¿qué voy a hacer ahora?

La multitud era el trueno.

Reverberaba por la piedra que Mia tenía alrededor y resonaba en las paredes húmedas de sudor. El polvo caía de las vigas de madera del techo por el retumbar de miles de pies, el temblor de sus aplausos, el ensordecedor repiqueteo de su adulación, reptando por la piel de Mia y vibrando en la boca de su estómago.

Mia no había oído nada igual en toda su vida.

Estaba en una celda, debajo del estadio, mirando entre los barrotes la arena del otro lado. Mateo estaba junto a ella, con los ojos oscuros muy abiertos, maravillados. Sidonio paseaba de un lado a otro de la pequeña celda que compartían, como un animal enjaulado esperando que le soltaran la correa. O que quizá anhelaba correr. Mia miró la palabra «COBARDE» que llevaba marcada en el pecho. Se preguntó qué habría hecho para ganársela.

—¿Has presenciado alguna vez un *venatus*, pequeña Cuervo? —preguntó el itreyano.

—Mi padre no me dejaba. Decía que los juegos eran una diversión de bárbaros.

Sidonio miró a la muchedumbre que había fuera y asintió.

—Era un hombre sabio.

—No tan tan sabio.

El camino en carro desde Nido del Cuervo hasta Puentenegro les había llevado casi una semana. Como era habitual, a Mia, Mateo y Sidonio los habían tenido apartados de los verdaderos *gladiatii*, ninguno de los cuales se había dignado a dirigirles la palabra. Los habían alimentado bien, eso sí, y, quizá embargado por cierta piedad ante lo que iba a suceder, Carnicero se había abstenido de mear en más cenas. Al cabo de seis giros, habían llegado a la sombra de los montes Espinadraco y descendieron hasta el interior de la extensa metrópolis de Puentenegro.[24]

Y ahora esperaban bajo el gran estadio. Las primeras exhibiciones ya estaban en marcha, asesinatos públicos auspiciados por los *Administratii* de la ciudad. Mia observó mientras la arena se bautizaba de sangre a medida que los delincuentes condenados, los herejes y los esclavos fugados eran ejecutados *e gladiatii*, abriendo el apetito de la multitud para la carnicería que estaba a punto de llegar.

El estadio de Puentenegro era enorme, elíptico, de ciento veinte metros de longitud. Tenía capacidad para al menos veinte mil personas, y unas lonas movidas por *mekkenismos* en lo alto las protegían de la luz de los soles. Las butacas y las gradas estaban abarrotadas de gente que había viajado kilómetros y kilómetros para ver la sangre y la gloria del *venatus*. Mia distinguió a vendedores que ofrecían carnes curadas y vino. Esposas sentadas con sus maridos, niños a hombros de sus padres para ver mejor.

«Nada une tanto a una familia como una buena tarde de matanza.»

Al ser esclavos comunes, Mia y los otros reclutas lucharían en primer lugar.

El Aventamiento era siempre un espectáculo sangriento, y los *editorii* intentaban dar un buen espectáculo a la turba. Pero la multitud prefería los lances entre sus héroes a la matanza en masa de desgraciados sin nombre, por impresionantes que pudieran ser sus asesinatos. Los combates entre verdaderos gladiatii se librarían después, cuando concluyera el Aventamiento.

Mirando casi sin pestañear la arena empapada de sangre, Mia se sorprendió temblando. La olvidada sensación del miedo estaba creciendo en sus entrañas, volviéndole agua las piernas. La ausencia de Don Majo y Eclipse era un insistente vacío. Un dolor casi físico. Se aferró a los barrotes para detener sus manos temblorosas y se maldijo a sí misma por cobarde.

«Has luchado para estar aquí. Todo esto forma parte de tu plan. Y aquí estás, temblando como una puta cría.»

Visualizó a Duomo y Scaeva presidiendo la ejecución de su padre en el foro. La multitud enloquecida, aullando por la sangre de su padre. Al mirar hacia fuera, vio esos mismos rostros, ese mismo espantoso deleite. Eran la misma clase de personas que habían vitoreado la muerte de su padre.

«Pero no vitorearéis la mía, hijos de puta. No voy a morir aquí. —Cerró los dedos en puños—. Me queda demasiada matanza por hacer.»

—Reclutas —llamó una voz.

Mia se volvió y vio al *executus* en la puerta de la celda. En vez de con sus habituales armadura de cuero y látigo, iba vestido con calzas y un buen jubón, adornado con el halcón rojo de la familia Remo y el león dorado de la familia Leónidas. Llevaba el pelo entrecano trenzado y la barba cepillada; de no ser por la cicatriz que le partía en dos la cara y por la pierna de hierro, se lo podría haber confundido por un don acaudalado que había salido a divertirse en la tardera.

—Ha llegado la hora —dijo con voz severa—. Os espera la muerte o la gloria. De vosotros depende decidir cuál impartís y cuál recibís.

Mateo habló con voz temblorosa.

—¿Qué forma tendrá el Aventamiento?

—Los *editorii* lo anunciarán cuando estéis en vuestros puestos. Pero sea cual sea el desafío, la forma de superarlo es siempre la misma. —Alzó un poco los hombros—. No os dejéis matar.

Mateo parecía a punto de devolver la mañanera en sus sandalias. Sidonio había vuelto a pasearse mientras se pasaba la mano por el cuero cabelludo rapado casi al cero. Mia cambió el peso de un pie al otro, con el estómago revuelto.

El *executus* los miró y, por primera vez, a Mia le pareció captar un mínimo atisbo de suavidad en sus ojos.

—Todos los gladiatii han pasado por lo que vais a pasar vosotros —dijo—, yo entre ellos. No importa a qué os vayáis a enfrentar sobre esas arenas; el miedo es el único enemigo que hay en vuestro camino. Dominad vuestros miedos y podréis dominar el mundo. —Se puso una mano en el pecho. Asintió una vez—. *Sanguii e Gloria*. Os veré después del Aventamiento como gladiatii bautizados en sangre o bien junto al Hogar cuando vaya a mi sueño eterno. Que Aa os proteja y que Tsana guíe vuestra mano.

Entraron unos guardias del estadio con armaduras negras que escoltaron a Mia y los demás por un largo pasillo. Mia oyó las trompetas que señalaban el final de las ejecuciones. Un rugido atronó sobre sus cabezas en respuesta. A través de las paredes y bajo sus pies, Mia oyó los crujidos y los quejidos de metal raspando contra metal, el chirrido de poderosos engranajes.

—Pero ¿qué es eso? —susurró Mateo.

—Mekkenismos bajo el suelo del estadio —respondió Mia—. Los *editorii* controlan todo lo que ocurre en la arena desde sus tripas.

—Sabes muchísimo sobre el *venatus* para no haber ido nunca a uno —murmuró Sidonio.

Mia intentó componer una sonrisa misteriosa a modo de respuesta, pero las mariposas de su barriga le impidieron conseguirla del todo.

Los llevaron a un redil más grande, cerrado por un enorme rastrillo de hierro. Al otro lado, Mia vio la abrasadora luz de los soles y la arena que los esperaba manchada de carmesí. Vio a la multitud que se mecía y se alzaba como si fuese agua.

En el redil había unos cuarenta esclavos más, alineados en filas ordenadas. Entregaron a cada uno un pesado yelmo de hierro con altos penachos de crin escarlata, un gladius corto de acero y un escudo rectangular con el emblema de una corona roja. Nada de armadura. Nada que protegiera el resto de la piel de Mia salvo las tiras de tejido que le rodeaban las caderas y el pecho. Mia observó a los esclavos y vio gente de todos los colores y tamaños, hombres sobre todo, pero también un puñado de mujeres. En sus ojos vio fervor, vio furia, vio fatalismo.

Pero sobre todo vio miedo.

—Cuando se abran las puertas —gritó un guardia con plumas de centurión—, ¡ocupad vuestros puestos en la arena y en el escenario de la historia!
Sanguis e Gloria!

—Por las Cuatro Hijas, no estoy preparado para esto —cuchicheó Mateo.

—Mantente firme —dijo Mia, y le apretó la mano—. No te apartes de mi lado.

—¿Tienes algún plan, Cuervo? —musitó Sidonio.

Volvieron a sonar las trompetas y la multitud rugió en respuesta.

—Sí. —Mia tragó saliva con fuerza—. No dejéis que os maten.

Sonó una voz por toda la arena, tan alta como los gritos del gentío.

—¡Ciudadanos de Itreya! ¡Honorable Administratii! ¡Senadores y nacidos de la médula! ¡Bienvenidos al cuadragésimo segundo *venatus* de Puentenegro!

El techo se sacudió sobre la cabeza de Mia, y cayó polvo mientras la gente

de las gradas bramaba en respuesta.

—¡En honor del gobernador Salvatore Valente, os presentamos un épico desafío entre los heroicos gladiatii de los mejores *collegia* de la república! ¡Pero antes, aquellos que aspiran a la gloria en la arena deberán demostrar su valía a ojos de Aquel que Todo lo Ve! ¡No esperemos más! ¡Ha llegado la hora! ¡El Aventamiento está aquí!

Mia se puso el yelmo en la cabeza y comprobó su gladius, echando de menos a Don Majo como si tuviera un agujero en el pecho.

«Domina tus miedos y podrás dominar el mundo.»

—¡Contemplad! —exclamó la voz—. ¡Os presentamos el Asedio de Puentenegro!

Llegó un aplauso casi ensordecedor. Pero bajo el fervor de la multitud, Mia oyó que el rechinar subterráneo subía de tono. Hubo una conmoción en las primeras filas y hombres y mujeres se empujaron entre ellos contra el rastrillo para poder ver. Ante los ojos interrogativos de Mia, la arena se abrió y un pequeño fuerte hecho de piedra empezó a ascender desde los mekkenismos de las entrañas del estadio.

—Por las Cuatro Hijas —susurró Mateo—. ¿Eso es... un castillo?

Se abrieron por doquier otras partes del suelo y se alzaron plataformas ocultas mientras los enormes engranajes del mekkenismo que había en las profundidades rodaban y se revolvían. Mia vio torres de asedio hechas de madera, un ariete cubierto por un toldo de gruesa piel, una pesada balista y dos catapultas acompañadas de toneles de ardiente brea. En los muros del fuerte de piedra se desplegaron unos estandartes de color escarlata con el emblema del antiguo Reino de Vaan. Mia miró la corona roja pintada en su escudo y los penachos escarlata de los yelmos que tenía alrededor.

—Ay, mierda —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó Mateo.

—Van a representar el Asedio de Puentenegro —explicó ella—. La batalla entre Itreya y Vaan que supuso el inicio del imperio del rey Francisco. —Mia dio un golpecito a la corona roja del escudo de Mateo y al penacho escarlata de su yelmo—. Y nosotros somos los vaanianos.

El chico ladeó la cabeza. Mia suspiró para sus adentros.

—Los vaanianos perdieron, Mateo.

—Ay, mierda.

Los engranajes del mekkenismo se detuvieron poco a poco, con todas las piezas de la batalla a librar asentadas ya en la arena. La voz del *editorii* resonó por todo el estadio.

—¡Contemplad las tropas del rey Brandr VI, los defensores asediados de Vaan!

El rastrillo tembló y se abrió hacia arriba. Los guardias empujaron a Mia y a sus compañeros, azuzándolos con lanzas hasta que salieron parpadeando a la luz de los soles. El público los recibió con abucheos, compuesto en su mayor parte por itreyanos que rugieron censurando a sus antiguos enemigos.[25] Los guardias hicieron avanzar a los competidores por la arena, hacia las puertas abiertas del pequeño fuerte. Los metieron dentro y las cerraron tras ellos.

El fuerte tendría unos veinte metros de altura y quince de largo. Había torres más altas en las cuatro esquinas y almenas en lo alto de las murallas. Desde dentro, Mia vio que la estructura no era de piedra, sino una gruesa fachada de yeso por encima de un pesado marco de madera. El grupo se dispersó, confuso, la mayoría sin saber muy bien qué sucedería a continuación.

—¡Desplegaos en los muros, joder!

—¡Subid ahí arriba, cabrones!

Sonaron trompetas por todo el estadio mientras Mia, Mateo y Sidonio ascendían por una escalerilla de madera y ocupaban una torre. Mia vio dos arcos cortos de fresno y dos carcajes llenos de flechas.

—¿Alguno sabe tirar? —preguntó a sus compañeros.

—Yo sé —respondió Mateo.

Mia cogió un arco, se puso un carcaj al hombro y entregó el otro a Mateo. Le apretó la mano mientras lo cogía y lo miró a los ojos.

—No tengas miedo —dijo—. Aquí no es donde vamos a morir.

El chico asintió. A su alrededor, había todo un mar de gente de pie en las gradas. Los muros del estadio tenían casi cinco metros de altura, y en el borde estaban los palcos para los nacidos de la médula y los políticos. En uno de ellos, Mia vio a la dona Leona sentada con otros sanguilas. Llevaba un vestido dorado y el pelo de color caoba trenzado en torno al ceño como unos laureles de vencedora. Pero a pesar de su belleza, a pesar del renombre de su apellido, su propiedad había terminado interpretando el papel de los conquistados.

«No eres ni la mitad de política que es tu padre, mi *domina*.»

En un gran palco a occidente, Mia vio a un hombre que supuso que sería el gobernador de la ciudad, rodeado de oficiales, Administratii y hermosas mujeres con preciosos vestidos. El *editorii* de los juegos estaba de pie al borde de ese palco, vestido con una túnica de color rojo sangre adornada en la cintura y las mangas con decenas de pequeñas dagas doradas. Tenía un mono capuchino subido al hombro. Hablaba por un cuerno largo y enroscado, y su voz la amplificaban otros cuernos repartidos por el borde de la arena.

—¡Ciudadanos! —gritó—. ¡Contemplad las nobles legiones de Itreya!

Se abrió de par en par un rastrillo al otro lado del estadio, y los guardias acompañaron a la arena a otro grupo de competidores. Llevaban las mismas armas y escudos que Mia y sus compañeros, pero los penachos de sus yelmos eran dorados y el emblema de sus escudos eran los tres ojos de Aa. La multitud los vitoreó al verlos, y dieron unas patadas que sacudieron el suelo. Casi todo el grupo se apostó junto a las torres de asedio de madera, aunque otros fueron a la balista y las catapultas, que estaban al borde de la arena.

—¡La competición terminará cuando solo quede un color! —exclamó el *editorii*—. ¡Para los vencedores, el derecho a alzarse como gladiatii en las arenas del *venatus*! ¡Para los derrotados, el eterno sueño de la muerte! ¡Que el Aventamiento... comience!

Bramidos de la multitud. Movimiento en las tropas doradas, docenas de ellos se apoyaron en la base de las torres de asedio y las hicieron avanzar empujando. Mia miró las tropas rojas que defendían los muros, buscando un líder y no hallando ninguno. Devolvió la mirada a las torres que se aproximaban y gritó para hacerse oír por encima del público.

—¿Alguno de vosotros, caballeros, ha servido en la legión?

—Sí —dijo un hombre desde la torre de enfrente.

—¿Tienes alguna experiencia en asedios, por casualidad?

—Era un puto cocinero, chavala.

Mia miró el ejército que se acercaba. Luego miró la espadita que tenía en la mano.

—Pues mierda —dijo, y suspiró.

—¡Arqueros, abrid fuego sobre esas torres que llegan! ¡Necesito a seis de vosotros preparados en la puerta para ese ariete, y a los demás en las murallas para repeler sus tropas! Dos hombres por posición, con los escudos juntos y dándoos la espalda uno al otro, ¿está claro?

Mia enarcó una ceja y buscó con la mirada quién había gritado.

Era Sidonio. Pero no era el mismo Sidonio bocazas y libidinoso al que había dado una patada en los huevos y un puñetazo en la cara. El hombre que tenía delante era feroz como un draco blanco, tenía una voz poderosa e irradiaba un aura de autoridad que no admitía discrepancias.

—¿Ah, sí? —vociferó alguien—. ¿Y tú quién coño eres?

—Eso —murmuró Mia—. ¿Tú quién coño eres?

—¡Soy el cabrón que va a salvar vuestras miserables vidas! —bramó Sid

—. A no ser que algún lamentable follaovejás de entre vosotros tenga un plan mejor. ¡Así que a las espadas, y enviad a esos hijos de puta al abismo, que es donde deben estar!

Mia se lo quedó mirando un momento más, con la ceja alzada. Pero al ver que Sid no estaba de humor para discusiones, y contándose entre los patéticos follaovejás sin un plan mejor, apuntó con su arco a las torres que se acercaban. Mateo cargó una flecha a su lado y habló por un lado de la boca mientras sonreía a Sid.

—Vaya, eso sí que no me lo esper...

La saeta de la balista lo golpeó como un yunque. La sangre salpicó la cara de Mia mientras Mateo salía despedido de la torre con un silbido, para acabar cayendo de cabeza a la arena. El chico dio contra el suelo con un crujido inhumano, sesenta centímetros de acero y madera clavados en el pecho y el cuello torcido justo al revés de como debería estar.

—Por el abismo y la sangre —dijo Mia entre dientes.

Una explosión devastadora hizo temblar el castillo cuando una catapulta arrojó un tonel de brea ardiente. El proyectil se hizo añicos contra la muralla y llovió fuego líquido sobre los hombres y las mujeres del interior. La multitud rugió aprobadora mientras la segunda catapulta disparaba, y el tonel dio contra el muro y prendió en llamas la puerta de madera. Cayeron de las almenas hombres cubiertos de aceite encendido, que chillaron mientras intentaban apagar las llamas en la arena. Mia y Sidonio se agacharon y se miraron con los ojos muy abiertos.

—Por las Cuatro putas Hijas —susurró el hombretón.

—¿Sugerencias, general? —preguntó Mia.

—¡Arqueros, atacad esas torres!

Mia y unos pocos compañeros se levantaron y liberaron una andanada hacia las torres de asedio que se aproximaban. Cayeron varios hombres dorados y el

público aulló cuando una segunda andanada derribó a un puñado más. De las llamas que se alzaban salió una humareda negra que raspó los ojos y la garganta de Mia mientras volvía a disparar.

—¡Ariete! —gritó—. Viene rápido.

—¡Reforzad la puerta! —rugió Sidonio.

Media docena de dorados salieron a la carrera entre las torres sosteniendo el ariete. Mia disparó de nuevo, pero el grupo estaba protegido por una cubierta de piel gruesa. Los muros se sacudieron cuando el ariete embistió la puerta frontal, y más cuando otro tonel de aceite llameante alcanzó una torre trasera del fuerte, para regocijo de la muchedumbre. La explosión fue brillante y potente, e inmoló a otros tres rojos de los muros. Cayeron chillando, y una cuarta mujer se precipitó entre ellos con una jabalina de balista atravesada en el pecho.

—¡Esas armas de asedio nos están destrozando! —gritó Mia.

—¡Pues tenemos poco que lanzarles, aparte de palabrotas! —bramó Sidonio—. ¡Los vaanianos cayeron en el sitio de Puente Negro, pequeña Cuervo! ¡Estos dados están cargados!

La puerta se estremeció de nuevo cuando impactó el ariete. Mia salió de su cobertura, disparó entre el humo y clavó una flecha en el pie de uno de los hombres que lo manejaban. Era lo único que se veía de ellos bajo aquella condenada piel, pero la flecha tuvo el efecto deseado y el hombre cayó al suelo aullando. Mia esquivó una saeta de balista mientras disparaba de nuevo, y su flecha atravesó el cuello del hombre.

Explotó otro tonel y la multitud aulló, ebria de furia. El castillo estaba en llamas y su puerta a punto de desprenderse de sus goznes. La primera torre de asedio topó contra las almenas y escupió media docena de hombres entre los defensores, con gritos sanguinarios. Sidonio se lanzó a la carga por el almenaje y, con un grito inarticulado, clavó su espada en la barriga de un

hombre. Mia se alzó sin hacer ruido, invocó la sombra de un dorado y lo fijó en su sitio, apartó la espada de otro enemigo y lo hizo caer de la muralla con su escudo antes de enterrar su hoja en el pecho del primero. La sangre la salpicó, caliente y cobriza en sus labios. Había estado pensando en cómo usar sus dones sin que se diera cuenta el público, pero entre toda la confusión, el humo y las llamas, nadie podría ver nada de su sombranismo.

La puerta se sacudió de nuevo y la madera empezó a partirse. Una buena embestida más y la habrían derribado. Otro rojo salió despedido de las almenas con una saeta de balista en el abdomen, otro tonel estalló en el suelo delante del fuerte y salpicó el muro de aceite ardiendo. Estaba muy bien quedarse allí defendiendo la muralla —Mia derribó a otro dorado, abriéndole la tripa y derramando sus intestinos por el adarve mientras el hombre se desplomaba chillando—, pero al final esas catapultas terminarían incendiando todo el fuerte.

«Domina tus miedos y podrás dominar el mundo.»

Recordó sus lecciones en el Salón de las Máscaras con la shahiid Aalea. La asesina de su interior asumió el control. Podía liarse a espadazos con el mejor de todos ellos, eso lo sabía sin duda, pero la auténtica ventaja que tenía sobre la gente que luchaba y moría a su alrededor era su entrenamiento en la Iglesia Roja. Su ingenio. Su astucia.

«No pienses como una gladiatii. Piensa como una hoja.»

Miró las caras que la rodeaban. La cara del hombre al que acababa de matar, aún protegida por su yelmo. Y después de arrancar ese yelmo de la cabeza del dorado muerto, le metió la mano en las tripas desgarradas y sacó un enorme y humeante puñado de intestinos. Se quitó su propio yelmo, se puso el del penacho dorado y gritó a Sidonio:

—¡Que no me disparen cuando vuelva!

Mia se embadurnó de sangre el cuello y el pecho, se apretó el puñado de

intestinos cortados contra la tripa y, después de respirar hondo, se dejó caer de la muralla. Cayó a la arena fuera del fuerte con un gruñido, se tambaleó y se derrumbó de costado. A su alrededor solo había humo negro, madera partiéndose y gente gritando cuando la puerta cayó. Resonó otro estruendo por toda la arena cuando explotó otro tonel contra el muro, y Mia se acurrucó para protegerse de los llameantes glóbulos de brea.

Se puso de pie, sosteniendo el puñado de intestinos arrancados contra su propio estómago. Y con la espada colgando de la otra mano, fue trastabillando en dirección a la primera catapulta.

El público apenas le prestó atención: por la pinta de su herida, era una chica muerta que aún caminaba. El grupo que manejaba la catapulta tampoco le hizo ningún caso. El yelmo dorado la señalaba como una de los suyos, pero todos ellos estaban esforzándose por salvar su propia piel. Y así, nadie corrió para ayudarla ni detenerla mientras daba tumbos por la arena, su parte delantera empapada de sangre y vísceras que goteaban a sus pies.

Tropezó para darle más realismo y empezó a levantarse con la respiración entrecortada. Estaba cerca ya, a poco más de un metro de la catapulta y los tres hombres que la manejaban. Mia terminó de levantarse con un gemido y se acercó cojeando. Y entonces se reanimó de repente, arrojó el puñado de intestinos a la cara del primer dorado y le clavó el gladius en el pecho.

El hombre cayó hacia atrás con un grito. Antes de que los otros dos pudieran comprender lo que había ocurrido, Mia ya había destripado a uno, extendiendo sus entrañas por la arena y haciéndolo caer con un chillido desgarrador. El último trató de usar su espada, pero Mia la apartó de tajo y revés, a derecha e izquierda. Y con un destello de su hoja, lo entregó a las Fauces.

—Escúchame, Madre —susurró mientras recogía del suelo la espada de un muerto.

»Escúchame ahora —dijo corriendo hacia la segunda catapulta.

»Esta carne, tu festín.

Un miembro del grupo dorado la vio saliendo del humo...

—Esta sangre, tu vino.

... y abrió la boca, tal vez para gritar una advertencia...

—Tenlo cerca.

... pero el acero de Mia le cortó la garganta hasta el hueso y se quedó alojado en su columna vertebral. Mia lo arrancó, rebanó las piernas de otro hombre y arrojó su segunda hoja al pecho del tercero. La espada atravesó carne y costillas, levantó al hombre del suelo con un manantial rojo y la segunda catapulta quedó en silencio.

El público empezó a darse cuenta de que fallaba algo. Los dorados habían irrumpido en el fuerte, y en la puerta y sobre el muro habían estallado sangrientas refriegas. Pero algunos de ellos estaban señalando a la chica bajita y pálida, empapada de rojo, entre las máquinas que habían callado. Mia se arrodilló junto a los cuerpos de sus víctimas, se quitó el yelmo y mojó el penacho dorado en un charco de sangre, tiñéndolo de rojo. Volvió a ponérselo con brusquedad en la cabeza y echó a correr con una espada en cada mano hacia la balista.

Los dorados que la manejaban la vieron llegar, giraron el arma y le dispararon una jabalina. Pero el humo del fuerte en llamas cubría la arena y, a fin de cuentas, Mia era solo una cosita pequeña, rápida y afilada como un cuchillo. Se lanzó a un lado, rodó y se puso de pie mientras alguien del grupo de la balista cargaba hacia ella. Era todo un gigante, un dweymeri de largas trenzas de sal, medio metro más alto que ella. Mia enfrentó sus hojas a las de él y se llevó un fuerte golpe en el yelmo, pero, al ser mucho más baja, pudo colar su espada por debajo del alcance de su escudo. Le cortó el tendón de la corva hasta el hueso y lo agarró por las rastas mientras el hombre hincaba una

rodilla. Le dio la vuelta mientras la balista abría fuego de nuevo contra ella, escudándose tras su enemigo. La saeta atravesó el escudo del hombre y se clavó en su pecho.

La muchedumbre rugió al ver que Mia trepaba al hombro del dweymeri caído y saltaba hacia las dos mujeres que manejaban la máquina, retorciendo las sombras a los pies de la primera mientras abría de un tajo el pecho de la segunda. La mujer cayó con un chillido, pero su ataque consiguió hacer un profundo corte en el brazo de Mia que hizo saltar la sangre. La chica trastabilló, ensordecida por la multitud y por su propio pulso y por el trueno mientras lanzaba su segunda espada a la cabeza de la otra mujer.

Con las botas adheridas al suelo, la mujer solo pudo caer hacia atrás para esquivar la hoja, y quedó tendida mirando hacia arriba en la arena. Soltó un reniego y se le ensancharon los ojos de miedo mientras tiraba de sus botas, aún pegadas a la arena. Mia se alzó sobre ella, con un brazo colgando laxo, calada de sangre de la cabeza a los pies, con su segunda arma alzada.

—No —dijo la mujer con un hilo de voz—. Tengo una hija pequeña, es...

«No hay madres.»

«Ni hijas.»

«Solo hay enemigos.»

Su espada silenció la súplica de la mujer. La multitud vociferaba a su alrededor. Con un gesto de dolor por su brazo herido, cargó otra saeta en la balista y tensó la cuerda con el cranequín para disparar de nuevo. Pero las almenas estaban despejadas a su espalda, y los únicos combates parecían estar librándose dentro del fuerte.

Mia recogió una espada con un suspiro de cansancio. Su brazo derecho sangraba con profusión por el profundo tajo en el bíceps, y empezaba a marearse. Se ajustó el yelmo en la cabeza, se cubrió el brazo herido con un escudo y regresó por la arena ardiente y ensangrentada para enfrentarse a

quienquiera que quedase vivo allí dentro. El público cantaba y daba patadas al suelo al ritmo de sus pasos; aunque la chica vistiera los colores del enemigo, la novedad de la recreación había dejado paso a una forma más pura de sed de sangre, y aquella chavala escuchimizada acababa de asesinar a una docena de personas en unos pocos minutos.

Se detuvo a seis metros de la puerta, envuelta en humo y en el hedor de las entrañas desgarradas y la sangre quemada. Vio cuatro siluetas en la neblina marchando en su dirección. Respiró hondo y, pensando en todo lo que iba a perder si fracasaba, alzó la espada. Y escrutando entre el humo, distinguió el color de sus penachos.

Eran rojos como la sangre.

Mia dejó caer el escudo y soltó una carcajada cuando distinguió a Sidonio, maltrecho y sangrando, entre los hombres. Por detrás de ellos, Mia vio que el embudo de la puerta había provocado una matanza, y había dorados y rojos tendidos en el suelo a decenas. Vio a Mateo entre ellos, sus bonitos ojos abiertos del todo y sin ver nada en absoluto.

Intentó contener la tristeza, sabiendo que no le serviría de nada. Aquel se había convertido en su mundo. Vida y muerte, con solo un espadazo para separarlas. Y con cada tajo que descargaba, se acercaba un paso a la venganza.

No había espacio para nada más que enemigos.

—¡Ciudadanos! —gritó el *editorii*—. ¡El gobernador Valente os presenta a nuestros vencedores!

El público vociferó en respuesta y una fanfarria de las trompetas quebró el aire. Manchada de sangre de la cabeza a los pies, Mia renqueó hacia delante y tendió la mano a Sidonio. El hombretón sonrió de oreja a oreja, le cogió el antebrazo y tiró de ella para darle un abrazo aplastante.

—Ven aquí, zorrita grandiosa —dijo riendo.

—¡Suéltame, puta mole! —replicó ella con una gran sonrisa.

Sidonio hizo los nudillos al aire y rugió al gentío.

—¡Chupaos esa, hijos de puta! ¡Ningún hombre puede matarme! ¿Me habéis oído? ¡NINGÚN HOMBRE PUEDE MATARME!

Mia miró hacia los palcos de los nacidos de la médula y vio a la dona Leona de pie, aplaudiendo. A su lado estaba el *executus*, cruzado de brazos, malcarado como siempre. Pero, en un gesto casi imperceptible, el hombre inclinó la cabeza. Era lo más próximo a un elogio que había hecho jamás.

Mia dio una vuelta completa sobre sí misma, bebiéndose el océano de rostros, los vítores ebrios de sangre, los pies atronadores. Y por un fugaz instante dejó de ser Mia Corvere, la huérfana, la asesina tenebra, la encarnación de la venganza. Extendió los brazos a los lados, goteando rojo en la arena, y escuchó a la multitud reaccionar con rugidos. Y durante ese instante olvidó lo que había sido.

Y supo solo en qué se convertiría.

En gladiatii.

CAPÍTULO 12

EPIFANÍA

—¿Lo sabías?

El obispo de Tumba de Dioses saltó casi un metro en su silla. La taza de té llena de vino dorado escapó de entre sus dedos y se derramó en los pergaminos que había en su mesa. Con el corazón acelerado en el pecho, Mercurio se volvió y encontró a su antigua discípula detrás de él, envuelta en las sombras de sus estanterías.

—Por el abismo y la s...

Casi se le paró el corazón al ver el estilete de hueso de tumba en la mano de quien había sido su protegida. También había una chica rubia en la penumbra, detrás de Mia, vestida de cuero negro. A Mercurio le sonaba de algo pero, joder, no acababa de situarla...

Un grave gruñido le hizo girar la cabeza, y vio a una loba hecha de sombras cobrando forma cerca de la puerta abierta de su despacho. Como si la moviera un viento suave, la puerta se cerró con un leve chirrido.

—Que. Si. Lo. Sabías —repitió Mia.

Los ojos de Mercurio regresaron a su exalumna.

—Sé muchas cosas, cuervecilla —respondió con calma—. Tendrás que ser más...

La chica se movió tan deprisa que costó verla, y cruzó el espacio que los separaba en un parpadeo. Mercurio siseó mientras Mia le aferraba el cuello y le apretaba el filo de la daga contra la yugular.

—Aparta ese puto pinchacerdos de mi garganta —exigió el anciano.

—¡Respóndeme!

Mercurio dio unos golpecitos con su propia hoja, que había empuñado al soltar el vino dorado, contra la arteria femoral de Mia.

—Un buen apretón y te habrás desangrado en cuestión de momentos —dijo.

—Pues ya somos dos.

—Ese puñal te lo di yo —dijo Mercurio, tragando contra la hoja de hueso de tumba.

—No, me lo dio Don Majo.

Mercurio miró al no-gato que estaba materializándose en el hombro de Mia.

—... tú solo se lo devolviste, viejo...

—Aun así, nunca creí que lo encontraría apretado contra mi garganta, cuervecilla.

—Y yo nunca creí que me darías un buen motivo —repuso la chica.

—¿Y cuál es ese motivo?

—Ellos mataron a mi padre, Mercurio —dijo ella con la voz temblorosa—. O como si lo hubieran hecho. ¡Lo entregaron a Scaeva y dejaron que lo ahorcaran!

—¿De quiénes hablas? —El anciano frunció el ceño y miró por encima del hombro de Mia, hacia la rubia.

—¡Del Sacerdocio! —espetó Mia—. De Drusilla, de Casio, de todos los demás. A mi padre y a Antonio los capturaron en un campamento rodeados

de diez mil hombres. ¿Quién podría hacer algo así, aparte de una Hoja de Niah?

—Eso no tiene ningún put...

—¿Lo sabías?

El anciano miró a su discípula y no captó en ella miedo alguno por la hoja que Mercurio tenía en la mano. Sus ojos no revelaban ningún miedo a morir. Solo rabia.

—Te entrené seis años para las pruebas de la iglesia —dijo en voz baja—. En nombre de la Negra Madre, ¿por qué iba a hacerlo, si hubiera sabido que la Iglesia Roja ayudó a Scaeva a asesinar a tu padre?

—Bueno, ¿y por qué iba a entrenarme a mí la iglesia, si ella ayudó a que lo mataran, Mercurio?

—Por eso decía que esto no tiene ningún sentido, Mia. Piénsalo.

A Mia le tembló la mano en torno al estilete y miró a los ojos a Mercurio. El obispo vio en ella a la hoja, a la asesina que habían forjado a partir de la chica que él les había enviado. Sabía que iba a convertirse en eso cuando la entregó a la iglesia. Sabía la marca que iban a dejar en ella. No regalas alguien a las Fauces sin regalarles también parte de ti mismo. Pero por debajo de eso, aún la veía a ella. A la cría que había rescatado de las calles de Tumba de Dioses. A la chica que había acogido bajo su techo, a la que había enseñado todo lo que sabía. A la chica que, incluso después de que fracasara, Mercurio seguía considerando de su familia.

—Yo nunca te haría daño, cuervecilla. Eso lo sabes. Lo juro por mi vida.

Ella lo miró un momento más. La asesina en que se había convertido batallando contra la chica que había sido. Y despacio, muy despacio, Mia retiró su cuchillo. Mercurio apartó su hoja de la pierna de Mia, volvió a guardarla en el interior del apoyabrazos y se reclinó en la silla.

—¿Quieres explicarme de qué trata todo esto? —pidió.

La chica rubia sacó un libro de debajo de su capa y lo dejó en la mesa, delante de él. Era negro. Encuadernado en cuero. Sin adornos.

—¿Qué coño es esto? —preguntó.

—El libro de cuentas de la Iglesia Roja —respondió la rubita.

Mercurio abrió los ojos como platos. De pronto tenía sentido. De pronto...

—Ahora te reconozco —dijo en voz baja—. Nos conocimos en la iglesia, cuando fui a recoger a Mia. Eres la hija de Torvar. Eres Ashlinn la puta Järnheim.

—Bueno, en realidad mi segundo nombre es Frija, pero...

—¡Llevamos persiguiéndote ocho putos meses! —Mercurio se volvió hacia Mia y levantó la voz aún más—. ¿Es que has perdido del todo la cabeza? ¡Por culpa de esta traidora y de su padre, casi todas nuestras hojas están bajo el puto suelo!

Ashlinn se encogió de hombros.

—Quien vive con la espada...

—¡Fue un milagro que no me pillaran a mí!

—Y una mierda —replicó la chica—. Cuando los Luminatii purgaron Tumba de Dioses, no derribaron la puerta de esa tiendecita tuya, Mercuriosidades, ¿verdad?

—¿Y eso por qué, si puede saberse? —gruñó el anciano.

Ashlinn miró un momento hacia Mia y luego de vuelta al obispo de rostro enrojecido.

—Porque no quería hacerle daño a ella.

El silencio se apoderó de la estancia y Mia miró hacia todas partes menos a los ojos de Ashlinn. Tras una ausencia de sonido larga e incómoda, Mia cogió el libro de cuentas y pasó páginas hasta encontrar un nombre en la lista de los muchos clientes y sus pagos. Un nombre escrito con gruesa y

fluida caligrafía, en puro negro que contrastaba sobre el pergamino amarillento.

«Julio Scaeva.»

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó Mia—. El Sacerdocio por fuerza tiene que decir a los obispos a quién se puede y no se puede tocar, aunque sea solo para impedir violaciones de la Santidad.

—Pues claro que lo sabía —restalló el anciano—. Me lo dijeron en el mismo instante en que me hicieron obispo. ¿Por qué abismos crees que no he enviado a ninguna hoja a rajar el cuello de ese hijo de puta? ¿Qué se cree, presentándose a un cuarto período como cónsul? Es un puto rey en todo menos en nombre. Y eso llevo diciéndolo desde el principio, ¿te acuerdas?

Mia dio unos golpecitos sobre la entrada del libro con el dedo.

—Diez mil sacerdotes de plata —dijo—, enviados a la Iglesia Roja por el propio Scaeva, con fecha de tres giros después de la ejecución de mi padre. Pagados por el hombre que más tenía que ganar con el fracaso de la rebelión. Y el nombre de la mano derecha de mi padre está tallado a los pies de Niah en el Salón de las Elegías. Explícame eso, Mercurio.

El anciano se acarició la barbilla, con la frente arrugada.

Miró los nombres y las cifras, casi emborronados a la tenue luz.

No podía ser...

Por supuesto que sabía que Scaeva estaba pagando en secreto a la iglesia. A decir verdad, tenía sentido que la gente que podía permitírsele estuviese llenando las arcas de Niah. Era una de las ventajas de la Santidad, claro: quien entregara el suficiente dinero a la Iglesia Roja para ser considerado cliente suyo, gozaría de la protección de la Promesa Roja. El rey de Vaan llevaba años haciéndolo. En realidad, era una genialidad. Los fieles de Niah podían obtener beneficios sin mover un dedo.[26]

Aunque claro, Scaeva no tenía contratada a la iglesia sin más. La había

utilizado para librarse de una docena de espinas en el costado. Pero Mercurio nunca había sospechado que la Iglesia Roja estuviera implicada en el final de los Coronadores. Todo lo que había oído al respecto jamás le había sugerido que a Corvere y Antonio los había traicionado alguno de sus propios hombres.

¿Podía ser que...?

—La Iglesia Roja capturó a mi padre —dijo Mia con la voz cargada de dolor—. Se lo entregó al Senado. Es como si lo hubieran asesinado ellos mismos.

Don Majo ladeó la cabeza y ronroneó con suavidad.

—... lo que no entiendo es por qué scaeva y remo atacaron el monte, si scaeva ya tenía la iglesia metida en el bolsillo...

—... como si eso fuese lo único que no entiendes...

—... calla, niña, que están hablando los mayores...

—Remo atacó el Monte Apacible sin el permiso de Scaeva —dijo Ashlinn.

—Los cojones. —Mercurio se volvió hacia la chica vaaniana con el ceño fruncido—. Remo ni siquiera meaba sin pedir permiso antes a Scaeva. El Senado, los Luminatii y la Iglesia de Aa son los tres pilares de la puta república, chavalita.

—A mí no me llames chavalita, capullo acartonado —replicó Ashlinn—. Mi padre era el que estaba aliado con Remo, ¿recuerdas? El justicus odiaba a Scaeva a muerte. Sí, obedecía sus órdenes, pero Remo era devoto de Aa, igual que Duomo. Que Scaeva usara a la iglesia para hacerle el trabajo sucio lo volvía un hereje a ojos de Remo. Y anular la iglesia habría impedido a Scaeva seguir utilizando su manada de asesinos a sueldo.

Mercurio se rascó el mentón.

—Creía que Remo y Duomo...

—Duomo también es cliente de la iglesia.

—Ya lo sé —saltó Mercurio—. No soy ningún cazurro recién salido de su pocilga, soy obispo de Nuestra Señora del puto Bendito Asesinato.

—Solo que nuestro ilustre sumo cardenal nunca ordena a la iglesia ningún puto bendito asesinato. —Ashlinn pasó páginas del libro de cuentas y les mostró pagos desorbitados de Duomo que databan de seis años antes—. Se limita a pagar una cuota anual salida de las arcas de Aa. Así queda protegido por la Santidad, ¿entendéis? Haciendo eso, sabe que Scaeva no puede ordenar que le abran la garganta mientras duerme. El cardenal y el cónsul se odian, y los dos harían casi cualquier cosa para ver muerto al otro.

—... ESTOY PENSANDO QUE DEJAR TODO ESO REGISTRADO EN UN LIBRO ES DE UNA NECEDAD ABSOLUTA...

—Lo guardaban en una cámara sellada —dijo Ashlinn a la loba-sombra—. En el interior de una madriguera de los asesinos más terribles de la república. Y la única llave colgaba del cuello de uno de los mejores asesinos que haya conocido jamás el mundo. Teniendo en cuenta lo que tuve que hacer yo para llevármelo, quizá no sea tanta necedad como crees.

—... hablando de eso, pequeña traidora, ¿te importaría decirme por qué no te hemos matado aún?...

—¿Por mi encantadora personalidad? —Ashlinn lanzó una mirada al no-gato en el hombro de Mia—. O quizá porque soy la única que tiene una ligera idea de qué coño está pasando aquí.

—¿Y qué está pas...? —El anciano parpadeó y miró por todo el despacho—. Un momento, ¿dónde abismos está Jessamine?

Mia y Ashlinn cruzaron una mirada larga e incómoda. Ash tenía el labio partido e hinchado por su pelea en la basílica, y un ojo morado.

—... ha habido ciertas... desavenencias...

—Vaya, cojonudo. —Mercurio fulminó a Ashlinn con la mirada—. ¿Y la

responsable eres tú?

—Si te sirve de algo, Jess me ha apuñalado primero. —Ashlinn levantó los hombros—. Es solo que yo la he apuñalado la última. Y... repetidas veces.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —preguntó con brusquedad el obispo—. A Mia la enviaron hace siete giros a matar a una braavi y robar un mapa. Y resulta que vuelve con la traidora más buscada en la historia de la iglesia. ¿Cómo encajas tú en todo esto?

Ashlinn se encogió de hombros.

—Tengo el mapa.

—... tenías el mapa. ha explotado, ¿recuerdas?...

La chica puso una sonrisita.

—No creerás que soy tan idiota como para dejar que arda algo tan valioso, ¿verdad, Don Sabelotodo?

—Pues más vale que empieces a hablar —gruñó Mercurio.

—Eso —dijo Mia asintiendo—. ¿De dónde lo sacaste? ¿Adónde lleva? ¿Y para quién trabajas? La braavi ha dicho que estabas vendiendo el mapa al cardenal Duomo.

—Me contrató él para conseguirlo —dijo Ash, apoyándose en la pared y cruzándose de brazos—. Después de que se jodiera el ataque a la iglesia, mi padre y yo nos pasamos los siguientes ocho meses esquivando a las hojas que enviaban a matarnos. Para cuando murió mi padre, nos habíamos gastado casi todo el dinero. Duomo y Remo conspiraban juntos para hundir la Iglesia Roja, así que sabía cómo ponerme en contacto con el cardenal. Resultó que estaba buscando a alguien con mis... habilidades.

—¿Cuáles? ¿Respondonería y listillismo? —espetó Mercurio.

Los labios de Ashlinn se curvaron en aquella sonrisa exasperante.

—Cerraduras. Trampas. Trabajo oscuro. Duomo había descubierto otra forma de inclinar la balanza y acabar con la Iglesia Roja de una vez por

todas. Sin ellos de por medio, podría derrocar a Scaeva, poner a un cónsul manejable y quedarse él con las arcas.

Mia entornó los ojos.

—¿Qué «otra forma»?

Ash hizo un gesto de indiferencia.

—Ni me lo dijo ni se lo pregunté. Mi trabajo consistía en viajar con un hatajo de mercenarios y un obispo de la clerecía de Aa hasta las ruinas de un templo en la costa norte de la antigua Ashkah. Allí encontramos el mapa. Y... otras cosas.

—¿Qué «otras cosas»? —preguntó Mercurio.

Ashlinn tenía el rostro pétreo, pero Mia captó un resquicio de miedo en sus ojos.

—De las peligrosas.

—¿Qué les pasó a tus camaradas?

La chica se encogió de hombros.

—No sobrevivieron.

—¿Así que volviste tú sola a la Tumba y vendiste el mapa a Duomo? —preguntó Mia.

Ash asintió.

—Los Ricachones le hacen de intermediarios. Duomo tiene moneda más que suficiente para mantener a mucha gente en el bolsillo. No sabía si intentaría darme un navajazo por la espalda, pero supuse lo peor. Soy un cabo suelto. Una de las pocas personas vivas que saben que el cardenal tramaba contra Scaeva para destruir la Iglesia Roja.

—Bueno, pues alguien sabía que Duomo está asociado con los Ricachones —dijo Mercurio—. Y que el mapa iba a llegarles hoy mismo. Y ese alguien contrató a Mia para...

Mia cruzó la mirada con Mercurio. Los ojos del anciano se ensancharon.

—No pensarás... —empezó a decir.

Mia observó las baldosas como si buscara una verdad que se le hubiese caído. Se pasó el pelo detrás de la oreja. El vuelco que le había dado el corazón se reflejó en su cara.

—Mi cliente para esta ofrenda me solicitó a mí en particular —dijo casi sin voz—. «Aquella que acabó con el justicus de la Legión Luminatii», al menos según el Sacerdocio. Y ya he ofrendado a otros tres para ese mismo cliente.

—¿A quiénes mataste?

—Al hijo de un senador, Gayo Aurelio. A la amante de otro senador liisiano, Armando Tulli. Y a un magistrado de Galante apellidado Cicerii.

—Negra Madre —gruñó Mercurio.

—¿Qué pasa? —preguntó Ashlinn, mirándolos a los dos.

—Se rumoreaba que Gayo Aurelio planeaba presentarse a cónsul contra Scaeva —dijo Mercurio—. Y Cicerii estaba organizando una investigación sobre la constitucionalidad de que Scaeva sirviera un cuarto período.

Mia se hundió acucillada y se equilibró con las manos en las baldosas. Eclipse cobró forma a su lado y Don Majo le lamió la mano con su lengua inmaterial.

—Oh, diosa... —susurró.

—Scaeva está haciendo pasar a todo el mundo por el aro —concluyó Mercurio—. Intimidando a sus adversarios o matándolos. Asegurándose de que vuelve a salir elegido.

—Y yo le he estado ayudando —dijo Mia con un hilo de voz.

—... hijo de puta...

—Lo cual significa que sabe que Duomo conspira contra él. Sabe que el lugar al que lleva ese mapa, sea el que sea, supone una amenaza para la iglesia, y está usando a la propia iglesia para eliminar esa amenaza.

—Protegiendo su pequeña secta de asesinos. —Ashlinn miró a Mia, y negó con la cabeza—. ¿Qué te había dicho? Unas zorras baratas. Y no satisfecha con ayudar a asesinar a tu padre, la iglesia te ha puesto a rajar cuellos para el cabronazo responsable de ahorcarlo. Solis. Ratonero. Mataarañas. Aalea. Drusilla. Hay que matarlos, Mia. Hay que matar hasta al último de ellos.

—Scaeva. —Mia escupió la palabra como si fuese veneno. Con los labios retirados de los dientes. Miró furiosa a Ashlinn y meneó despacio la cabeza a los lados—. Scaeva y Duomo primero.

Ashlinn dio un paso adelante, con los ojos brillantes como el acero.

—Supongo que Duomo estará en la Basílica Grande ahora mismo. Mia negó con la cabeza.

—Allí no puedo entrar. Ya lo intenté una vez. Las Trinidades...

—Puedo cargármelo yo en tu lugar —se ofreció Ashlinn—. Por mí, puede bañarse llevando una al cuello o dormir con una bajo su condenada almohada. No hay Trinidad que pueda detenerme. Voy, me cuelo dentro y le abro la garganta, y luego vamos a por Scaeva y la Igl...

—No —dijo Mia—. Son míos. Esos dos son míos. —Se levantó despacio del suelo, con el pelo negro rodeando una cara pálida como la de un fantasma—. Esos hijos de puta son míos.

—Para un momento —aconsejó Mercurio—. No nos precipitemos.

—¿Precipitarnos? —masculló Mia—. La Iglesia Roja ayudó a matar a mi padre, Mercurio. Lo mismo que hicieron Scaeva y Duomo. El Sacerdocio es igual de culpable que esos dos.

—Pero ¿por qué iba a entrenarte la iglesia si ayudó a matar a tu padre?

—Quizá creyeron que nunca me enteraría. Quizá Casio les ordenó que me entrenaran porque sabía que era tenebra. Quizá al muy mamón de Scaeva le

hizo gracia. O quizá creyeron que, cuando hubiera matado lo suficiente, cuando me hubiera encallecido lo suficiente, ya me daría todo igual.

El anciano juntó las yemas de los dedos bajo la barbilla, mirando el libro de cuentas.

—Alimenta con alguien a las Fauces y también les entregarás una parte de ti mismo —murmuró.

—¿Estás conmigo? —preguntó Mia.

Mercurio miró el libro. El apellido de Scaeva. El hombre que se había forjado un trono en una república que se había librado de sus reyes siglos atrás. Un hombre que se creía por encima de la ley, del honor, de la moralidad. Pero, en realidad, Mercurio también había renunciado a todo ello hacía años. Todo en nombre de la fe.

—He dedicado mi vida a la Iglesia Roja —dijo el anciano.

Mia se adelantó, con los ojos ardiendo.

—¿Estás conmigo?

El obispo de Tumba de Dioses miró a su antigua aprendiz. Parecía tallada en piedra, con la mandíbula tensa y los puños cerrados en el suave resplandor arkímico. Buscó en esos ojos oscuros, esperando encontrar algo de la chica de la que se había hecho cargo durante seis largos años. Se había enfadado con ella cuando fracasó en su iniciación. Cuando le falló a él. Pero Mia había sido su hija esos seis años. Y siempre lo sería.

La Iglesia Roja ya le había arrebatado un padre.

¿Iba a permitir que le arrebatara otro?

—Estoy contigo.

La respuesta flotó en el despacho como una espada sobre sus cabezas. Mercurio sabía lo que significaba, y cómo terminaría. Sabía lo inconmensurable que era el objetivo al que se proponían enfrentarse.

—Esto tenemos que hacerlo a escondidas, Mia —dijo Mercurio—.

Cuando mates a Scaeva, la iglesia no puede saber que has sido tú o se vengará. Y tendrás que acabar con Duomo en el mismo golpe, o después será diez veces más difícil de alcanzar.

—Ese es el menor problema que tenemos —replicó Mia—. La iglesia querrá que vuelva. La Dona está muerta. Scaeva podría tener otra ofrenda que encargarme.

—Pero aún no tienen el mapa —dijo Mercurio—. Puedo tejer un cuento para ellos. Decir que el mapa se te escapó de entre los dedos, pero que lo estás buscando. Una misión como esa podría costarte meses.

—El Sacerdocio no estará nada satisfecho —advirtió Ashlinn.

—Que se jodan —dijo Mia con furia—. De todas formas, el Sacerdocio ya no está nada satisfecho conmigo.

—Maravilloso —dijo Ashlinn—. Entonces, lo único que tenemos que hacer es maquinar la forma de que asesines a un cardenal al que no puedes acercarte físicamente y, al mismo tiempo, al cónsul mejor protegido de la historia de la República Itreyana.

Mia y Mercurio se quedaron callados. El anciano tenía el ceño tenso por la concentración. Mia, los ojos entrecerrados mientras merodeaba por los estantes y no encontraba ninguna respuesta en los lomos de los libros. Volvió la mirada hacia la otra pared, donde estaba la colección de armas de Mercurio. La hoja Luminatii de acero solar, el hacha de batalla vaaniana, el gladius procedente de un estadio de gladiatii liisiano...

Los ojos de Mia se estrecharon más. Los engranajes que había tras ellos rodaron.

Echó una mirada a su antiguo maestro, con la respiración acelerándose.

—¿Qué piensas?

«Algo estúpido.»

«Demencial.»

«Imposible.»

—Creo que tengo una idea.

Había trece gladiatii formando un círculo en el patio de entrenamiento. Las murallas de Nido del Cuervo se alzaban a su alrededor y los estandartes de la familia Remo ondeaban al viento creciente. Habían llegado desde Puentenegro con retraso, y ya casi llegaba la nuncanoché. Pero antes de la tardera dedicarían un tiempo a dar la bienvenida en su seno a sus nuevos hermano y hermana. Practicarían el más sagrado de los rituales, allí, en el sagrado terreno de su *collegium*.

El *votum vitus*.^[27]

Los soles gemelos caían a plomo sobre el patio, y Mia notó que el sudor le goteaba por el abdomen y los brazos desnudos. Estaba de rodillas en el círculo, con Sidonio a su lado. Arkades estaba de pie ante ellos, ataviado con un reluciente peto de coraza grabado con dos leones, lleno de rascadas y muescas de sus años combatiendo. La dona Leona observaba desde el mirador con un hermoso vestido amarillo de seda. Sonrió al posar los ojos en el *executus* y los zafiros de sus ojos parecieron entonar un «Te lo dije».

—Gladiatii —dijo el *executus*—. Nos hallamos aquí, en tierra sagrada, en ritual sagrado, para aceptar a estos dos guerreros de probada valía entre nosotros. Nuestro vínculo no es de acero, sino de sangre. Pues sangre somos y sangre seremos.

—Sangre somos —repitieron las voces que rodeaban el círculo—, y sangre seremos.

El *executus* desenvainó una daga del cinto, pasó la hoja por la palma de su mano y dejó que el rojo goteara en la arena. Después, entregó la daga al hombre que tenía a la izquierda.

El Carnicero de Amai cogió el arma. Repitió el ritual, cortándose la palma antes de pasar la daga a Cantahojas. La mujer miró a Mia a los ojos mientras se hacía un corte. Y siguieron así hasta trece veces. La daga pasó a los gemelos vaanianos, Bryn y Byern, a Despiertaolas el dweymeri y a los demás gladiatii del círculo hasta que, por último, la hoja ensangrentada llegó a su campeón, Furiano el Invicto.

El itreyano miró a Mia con ojos oscuros y turbios, bajo unos nuevos laureles de plata que reposaban en su frente. Mia lo había visto luchar en Puentenegro, y la victoria del gladiatii —«sin igual, impecable», había proclamado el *editorii*— solo había conseguido excitarle la curiosidad. Mia notó un estremecimiento en su propia sombra cuando Furiano se cortó la palma de la mano, mezclando su sangre con la de su familia de gladiatii en la hoja afilada. Furiano dejó que las gotas escarlatas cayeran a la arena y luego entró en el círculo para quedarse de pie frente a Sidonio y Mia. Al bajar la mirada desde aquella preciosa mandíbula y aquellos ojos ardientes a la oscuridad bajo sus pies, Mia vio que la sombra del itreyano también temblaba.

«Es un obstáculo para ti —se recordó—. Todos ellos. Obstáculos.»

—Sangre somos —dijo Furiano tendiendo la daga a Mia—. Y sangre seremos.

Mia cogió la hoja, y sintió un escalofrío en las entrañas cuando sus dedos rozaron los de él. Y regañándose por necia, giró la cabeza hacia el *executus* y lo miró a los ojos.

—Que no sea muy profundo —advirtió Arkades—, o no podrás empuñar bien.

Mia asintió y se pasó la hoja por la palma de la mano. El dolor fue agudo y real, y enfocó el mundo en su mente. Estaba allí. Era una miembro ensangrentada del *collegium*. Ante ella se extendía un desierto de arena, un océano de rojo. Pero en el otro extremo vio al sumo cardenal Duomo con sus

harapos de mendigo, sin Trinidad al cuello. Y al cónsul Scaeva alzando los brazos para ponerle los laureles de vencedora en la cabeza.

La sombra de Mia, extendiéndose hacia las de ellos...

—Sangre seremos —dijo.

Sidonio cogió la hoja, se cortó la palma y repitió el voto.

—Sangre seremos.

Se oyeron conmovedores vítores por todo el círculo. El *executus* hizo una seña a Mia y Sidonio para que se levantaran y los gladiatii se acercaron a ellos. Cantahojas sonrió a Mia y la chica vaaniana, Bryn, la estrechó entre sus brazos y susurró:

—Has luchado bien.

Carnicero le dio una palmada en la espalda, tan fuerte que estuvo a punto de derrumbarla, y los otros le tendieron las manos sanguinolentas o le dieron amistosos puñetazos en el brazo. Solo se quedó aparte Furiano, pero Mia no pudo saber si era por su elevado puesto de campeón o por la hostilidad que había entre ellos.

—Mis Halcones —llegó una voz desde la terraza.

—¡Atención! —exclamó el *executus*, y todos los ojos se volvieron hacia arriba.

La dona Leona les sonrió como una diosa a sus niños, con los brazos extendidos a los lados.

—Nuestras victorias en Puentenegro nos han procurado un mayor renombre si cabe, ¡y también un puesto en el *venatus* que tendrá lugar dentro de cuatro semanas en Vigilatormenta!

Los gladiatii estallaron en vítores y Sidonio envolvió el cuello de Mia con un brazo y apretó mientras vociferaba. Mia se rio y apartó de un empujón al fornido itreyano, pero no pudo evitar que su voz se uniera a las demás.

—Los combates se harán más encarnizados a medida que nos aproximemos

al Venatus Magni. Mañana volveréis al entrenamiento. Pero por ahora, ¡que no se diga que vuestra *domina* no recompensa vuestro valor y el honor que le hacéis cada vez que salís a la arena!

Leona dio una palmada y tres sirvientes sacaron un carrito con un gran barril entre las mesas y las sillas del porche.

—¿Eso es vino? —susurró Sidonio.

—¡Bebed, mis Halcones! —Leona sonrió—. Brindad por vuestro nuevo hermano y vuestra nueva hermana. ¡Brindad por la gloria! ¡Brindad por las muchas victorias que vendrán!

Tres horas más tarde, tumbada en su celda, la cabeza de Mia daba vueltas.

Había intentado contenerse con la bebida, pero Sid había protestado a gritos cada vez que Mia bajaba el ritmo, y todos los demás gladiatii parecían beber como si les fuera la vida en ello. Supuso que tenía todo el sentido del mundo: para una gente que no poseía nada y que se jugaba la vida cada vez que salía a la arena, un momento de respiro y una copa llena tenían que parecerle el paraíso. De modo que Mia se había esforzado en interpretar su papel, bebiendo a lo bruto con su nueva familia y sonriendo en respuesta a sus halagos.

La dweymeri, Cantahojas, parecía haberle cogido un aprecio especial, aunque casi todo el *collegium* le dedicó palabras amables. La treta de Mia en la arena, disfrazarse con los colores del enemigo para poder acercarse a él y destruirlo, a casi todos les había parecido un pequeño golpe de ingenio.

Bryn, la rubia vaaniana, había alzado su copa para brindar.

—Buen ardid, Cuervo.

—Sí —dijo su hermano Byern—. Cuando te vi agarrar esos intestinos y entendí lo que te proponías, casi grito tan fuerte que te delato.

—¿Cuervo? Los cojones. —Carnicero sonreía—. Tendríamos que llamarla Zorro, joder.

—Lobo —propuso Cantahojas con una sonrisa.

—Serpiente —dijo una voz.

Todos los ojos se volvieron hacia Furiano, que miraba iracundo desde la cabecera de la mesa. Mia le sostuvo la mirada y vio cómo el itreyano torcía los labios con desdén.

—Los gladiatii combaten con honor —dijo—, no con mentiras.

—Venga, hermano —repuso Cantahojas—. Una victoria obtenida es una victoria merecida.

—Soy campeón de este *collegium* —replicó el Invicto—. Yo digo lo que es merecido. Y lo que es robado.

Cantahojas echó una mirada al torque que llevaba Furiano al cuello, a los laureles de su frente, y asintió para expresar su conformidad. El Invicto había devuelto la atención a su copa y no habló más. La celebración terminó al poco tiempo y, en realidad, Mia lo agradeció. No estaba acostumbrada a beber tanto vino y, con unas copas más, habría terminado decorando las paredes.

Estaba sentada en su celda, viendo cómo daban vueltas los barrotes. Recordando la canción que había llegado desde la celda de Cantahojas antes de que murieran las luces, que supuso que debía de ser algún tipo de oración. Pero después de que descendiera la oscuridad, lo único que se oía era el sonido del sueño.

Sidonio estaba tendido bocarriba, deteniendo sus ronquidos de toro moribundo solo el tiempo justo para tirarse unos pedos tan estruendosos que Mia los sentía en el suelo. Frunció el ceño y dio una patada al enorme itreyano, que rodó con un gruñido.

—Puto cerdo —renegó tapándose la nariz—. Necesito una celda para mí sola, joder.

—... *rara vez dejo de sentirme agradecido por no tener que respirar...*

Los ojos de Mia se abrieron como platos al oír el susurro.

—... *y en estos momentos, más que nunca...*

—¡Don Majo!

—... *exclamó ella, con un volumen de voz que podría despertar a un muerto...*

Dos formas negras se destacaron de las sombras del otro extremo de la celda.

—... *SI LOS RONQUIDOS DE ESTE PATÁN NO LO HAN LOGRADO, NADA LO HARÁ...*

Mia sonrió de oreja a oreja mientras los dos daimones se abalanzaban sobre ella y se arrojaban a su sombra como si fuese agua negra. La embargó una oleada de frescor y relajación, que ondeó a lo largo de su cuerpo dejando una estela de férrea calma. Sintió a Don Majo paseando por su hombro, entrando y saliendo de su pelo sin perturbar un solo mechón. Eclipse se hizo un ovillo en torno a Mia y apoyó su cabeza sin sustancia en su regazo. Mia pasó las manos por los dos, haciendo titilar sus formas como humo negro. No había sido consciente de lo mucho que los echaba de menos hasta que estuvieron de vuelta.

—Negra Madre, qué alegría veros —susurró.

—... *TE ECHABA DE MENOS...*

—... *venga, por favor...*

—... *AL MININO, NO TANTO...*

Mia pasó las manos por el lomo de la loba-sombra. No tenía la sensación de ser capaz de tocarla, pero acariciar a Eclipse era como acariciar una brisa fresca.

—¿Cuándo habéis llegado?

—... *AYER, PERO TODAVÍA NO HABÍAS REGRESADO DEL VENATUS...*

—... *fue todo bien, supongo...*

—No estoy muerta, si cuenta para algo.

Don Majo le frotó el hocico contra la oreja y la piel de Mia cosquilleó. Era como si le diera un beso el humo de un cigarrillo.

—... *cuenta para todo...* —susurró él.

Se quedaron los tres sentados en la penumbra un rato, sin hacer nada más que disfrutar de su mutua compañía. Mia cerró los dedos sobre sus cuerpos etéreos y notó que hasta el último jirón del miedo que había sentido las últimas semanas se evaporaba. Lo había conseguido, comprendió. El primer paso hasta las gargantas de Duomo y Scaeva estaba dado. Y con sus pasajeros a su lado, los pasos restantes no parecían nada lejanos.

—... *por muy agradable que sea esto...*

—... SIEMPRE SE PUEDE CONTAR CONTIGO PARA ESTROPEAR EL AMBIENTE...

—No, Don Majo tiene razón. —Mia suspiró—. ¿Está esperando?

—... *SÍ...*

—Llevadme con ella, pues.

Los pasajeros se disolvieron en la negrura. Mia los sintió cobrar forma en las sombras de la antecámara y, tal y como había hecho la nuncanoché en que había visitado a Furiano, cerró los ojos e invocó la oscuridad. Quizá fuese el vino, o tal vez que tenía más práctica, pero Mia descubrió que le resultaba más fácil dar el paso, la repentina emoción, el vértigo. Al abrir los ojos, la sala daba vueltas como loca, pero Mia había aparecido en la sombra de la escalera, junto a Don Majo y Eclipse.

Se dobló por la cintura y vomitó unas copas de vino sobre la piedra, cubriéndose la boca para amortiguar el sonido. Vio que algunos gladiatii se removían en los barracones, se ocultó de nuevo en las sombras y reprimió las

náuseas. Se apoyó en la pared para que dejara de dar vueltas. Se limpió los labios con el dorso de la mano y escupió contra la piedra.

—Negra Madre, recordadme que no vuelva a hacer esto yendo medio borracha.

—... VEN...

—... *la víbora espera, mia...*

Miró los controles mekkénicos de la pared, preguntándose cómo funcionarían. Con unas piernas poco firmes, se escabulló cruzando el fuerte hasta llegar a las sombras del porche. Colmillo estaba tumbado bajo una mesa, observando con ojos curiosos. Cuando Don Majo y Eclipse pasaron a su lado, al perro se le erizaron los pelos. Mia bajó la mano para tranquilizar al mastín, pero el perro se escabulló con un grave gimoteo.

—... *los perros son tontos...*

—... DIJO EL TONTO QUE SE HA PERDIDO SUBIENDO HACIA AQUÍ...

—... *no estaba perdido, mi querida chucha, estaba explorando...*

—... ES UN FUERTE ENORME QUE SE ALZA SOBRE EL ACANTILADO QUE DOMINA LA CIUDAD ENTERA. ¿PARA QUÉ IBAS A?...

—¡Chis! —siseó Mia, metiéndose en un hueco de la pared.

Unos pasos rápidos señalaron que se acercaba la *magistrae*, seguida de una sirvienta. Estaban en plena conversación sobre los detalles del viaje a Vigilatormenta, que la chica iba apuntando en una tablilla de cera. Mia esperó a que las mujeres se perdieran de vista y recorrió despacio el pasillo hasta las puertas delanteras, abiertas de par en par a una fresca brisa marina. Entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz de los soles, escrutó los altos muros del fuerte, piedra roja contra un cielo de ardiente azul.

Mia reunió puñados de sombras y se los echó sobre los hombros. Tenía los

dedos algo torpones por la bebida, pero al rato todo el mundo se amortajó de borroso negro y embotado blanco, y ella quedó casi tan ciega como el giro en que nació. Con suaves susurros, sus dos pasajeros la guiaron por el patio, dejando atrás las patrullas de guardias, hasta que llegaron a un hueco sombrío que había al lado de los portones principales. Y desde allí, cerró los ojos

y dio un paso

hasta la

sombra

del otro lado

del camino.

Mia cayó de rodillas, agarrándose la tripa y luchando con todas sus fuerzas por no vomitar de nuevo. Después de unos minutos respirando polvo, recobró el aliento y se quitó las lágrimas de los ojos.

—... *¿estás bien?* ...

—Siguiente pregunta tonta, por favor —susurró ella.

—... NO ES NECESARIO QUE VAYAMOS A VERLA AHORA MISMO...

—Sí que es necesario. Pero no podemos estar fuera mucho tiempo. No nos despiertan hasta que llega la mañana, pero si notan que estoy ausente durante la nuncanoché...

—... EL VINO MANTENDRÁ DORMIDO A TU COMPAÑERO DE CELDA HASTA ENTONCES...

—Aun así, tenemos que darnos prisa.

—... *no está lejos...*

Mia se levantó con las piernas temblando y se tambaleó por el camino polvoriento, que serpenteaba por la empinada ladera sobre la que se alzaba Nido del Cuervo. Mia no necesitaba tanto a Don Majo y Eclipse allí fuera, ya que conocía aquel camino como para recorrerlo a ciegas. Pero no se atrevía a descartar todavía su capa de sombras. Seguía yendo vestida de gladiatii, y los círculos marcados en su mejilla la distinguían como propiedad de alguien. Aunque los amos caminaran a menudo en compañía de esclavos guerreros armados, resultaría extraño ver a una esclava deambulando sola. Era mejor mantenerse oculta y no despertar sospechas.

Mia alcanzaba a oír el mar al sur, y el tañido de las campanas del puerto más abajo, y le llegaban los familiares aromas de la ciudad a la sombra del fuerte. Conocida como Reposo del Cuervo, la ajetreada ciudad portuaria que había surgido bajo la protección del fuerte tenía tres mil o cuatro mil habitantes. Los edificios eran de piedra roja y yeso blanco, apiñados unos contra otros en las escarpadas laderas que descendían hasta el agua. El aire resonaba con el canto de las gaviotas.

Sus pasajeros la llevaron al enmarañado laberinto del puerto en sí. Al llegar, Mia se quitó la capa y recorrió retorcidos callejones atestados de basura y aire salado. Llegaron a una pequeña cervecería y Don Majo señaló con la cabeza las habitaciones para huéspedes que tenía encima.

—... *primer piso, tercera ventana...*

Mia miró alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie y empezó a trepar. Llegó a los balcones de la primera planta, saltó la barandilla de hierro y dio un golpe con los nudillos en el cristal.

La ventana se abrió y Mia pasó al interior, silenciosa como un bisbiseo.

Sus ojos tardaron un poco en adaptarse después de la luz de los soles de fuera. Pero por fin distinguió una silueta que se dejaba caer en un viejo diván,

con sus largas piernas estiradas. Iba vestida de negro, con calzas de cuero, un corsé corto de cuero y una camisa de manga larga de seda negra por debajo. Se había teñido el pelo para ocultar su revelador tono rubio, y lo llevaba de un rojo tan sangriento como lo había sido el de Jessamine. Pero sus ojos eran inconfundibles.

La chica se reclinó en el diván y miró a Mia de arriba abajo.

—Hola, preciosa —dijo sonriendo.

—Hola, Ashlinn —respondió Mia.

libro 2

SANGRE Y GLORIA

CAPÍTULO 13

EMERSIÓN

Un humo con olor a clavo trazó bucles en el aire marino, escapando en finas volutas de las fosas nasales de Mia. Dio la última calada al cigarrillo, lo mató por aplastamiento contra la pared y dio un suspiro de satisfacción.

—Por el abismo y la sangre, qué falta me hacía.

—Sabía que los estarías echando de menos.

Ash sonrió y se pasó un rizo rojo sangre detrás de la oreja. Se había teñido el pelo a modo de subterfugio: si por algún espantoso capricho del destino alguien de la Iglesia Roja las veía a ella y a Mia juntas de lejos, quizá Ash pudiera pasar por Jessamine. Era una treta enclenque, pero, tal y como Don Majo le decía siempre a Mia, todo aquel juego era tan enclenque que se derrumbaría con solo un soplo.

Aun así, Mia agachó la cabeza en agradecimiento y, con los ojos cerrados, se reclinó en el viejo sofá de cuero, escuchando el zumbido del tabaco en su sangre.

—Me alegro de volver a verte —dijo Ash.

Mia abrió los ojos y se quedó mirando a Ash entre los párpados. Don Majo subió al diván y posó la cola en el hombro de Mia. Eclipse se acurrucó junto a su cintura y le puso la cabeza en el regazo. Ninguno de sus pasajeros confiaba

en Ashlinn e, incluso después de poner todo aquello en marcha juntas, Mia tampoco terminaba de fiarse de la joven. Ash había matado a Jess. Había matado a Tric. Había matado a todo aquel que se interpusiera en el camino de su venganza.

«¿Tan distinta es de mí?»

No había revelado a los Luminatii el paradero de la tienda de Mercurio, a fin de cuentas.

Ashlinn miró las tiras de tela que constituían todo el atuendo de Mia.

—Me gusta que te hayas puesto guapa para la ocasión.

—¿Habéis tenido muchos problemas en llegar aquí? —preguntó Mia.

Ash negó con la cabeza.

—Don Gruñón nos encontró enseguida.

La risa de Eclipse le llegó desde abajo. Don Majo ladeó la cabeza mirando a Ashlinn y susurró con una voz que era como el humo:

—... *cuánta insolencia...*

Ashlinn sonrió divertida al gato-sombra, sacó una daga del cinturón y ensartó una manzana del cuenco de fruta que había en la mesita que tenía al lado. Con un diestro giro de muñeca, la lanzó a la mano extendida de Mia.

—Eclipse y yo estábamos esperando en Fuerteblanco, como teníamos previsto —dijo Ash—. Cuando llegó Leónidas y tú no estabas entre sus adquisiciones, supe que el plan se había quedado con los huevos al aire. Pero no imaginaba que las joyas de la corona estuvieran tan expuestas hasta que nos encontró Don Listillo.

—... *para ya...*

—... *NO, CONTINÚA, POR FAVOR...*

Sin hacer caso a las sombras, Ash enarcó una ceja mirando a Mia, que dio un sonoro mordisco a la manzana y masticó un buen rato antes de responder.

—Reconozco que el plan ha tenido... contratiempos.

—Siempre tuviste talento para quedarte corta, Corvere. —Ash apuñaló otra manzana del frutero y empezó a pelarla con hábiles movimientos de su hoja—. Vives en el fuerte que perteneció a tu padre antes de que lo ahorcaran por traición. Eres propiedad de la esposa del justicus al que asesinaste. Luchas en un establo que como mucho tendrá medio año de vida y solo un laurel a su nombre. ¿Cómo te está yendo?

—Sobreviví al Aventamiento. —Mia se encogió de hombros.

Ash se metió una rodaja de manzana entre los labios.

—Ya me había fijado en que no estás muerta.

—Y he hecho el Voto de Sangre —prosiguió Mia—. Ahora soy gladiatii de pleno derecho. El plan sigue siendo el mismo. Es solo que tendré que hacerlo estando en un *collegium* distinto, nada más.

—Vas a tener que esforzarte el doble —señaló Ash—. El *collegium* de Leónidas ya tiene asegurado un puesto en el Venatus Magni por sus victorias de años anteriores. Leona no tiene ni por asomo el mismo capital político que su padre. Tiene que ganar por lo menos tres laureles más antes de poder luchar siquiera en los grandes juegos.

—Si necesito a alguien que dé voz a putas obviedades, Ashlinn, ya tengo a Don Majo.

—... *algunas cosas son lo bastante importantes para recalcarlas dos veces...*

—Escucha, nadie sabe mejor que yo lo profunda que es la mierda en la que estamos metidas —restalló Mia—. Pero si a alguno de vosotros se le ocurre una forma mejor de pillar a Duomo y a Scaeva a la vez, sin que la Iglesia Roja se entere de lo que pasa, soy toda oídos, coño.

—Ya te lo dije, Mia —replicó Ash—. Puedo ocuparme yo de Duomo por ti. Entrené en la iglesia, igual que tú. Podemos coger un barco de vuelta a Tumba de Dioses ahora mismo y...

—No, ya te lo dije yo a ti. —Mia torció el gesto—. Duomo es mío. Scaeva es mío. Quiero mirar a esos hijos de puta a los ojos mientras mueren. Quiero que sepan que he sido yo.

—... *LA SANGRE LLAMA A LA SANGRE*... —gruñó Eclipse.

Ash se metió otra rodaja de manzana entre los dientes y arqueó una ceja a Don Majo. Aunque los dos discutieran sobre todo lo demás, en lo referente a lo descabellado que era el plan de Mia estaban completamente de acuerdo.

—... *mia, quizá*...

—¡No! —exclamó ella—. La forma de hacerlo es esta. Y ese era el trato, Ashlinn. Tú me ayudas a cargarme a Scaeva y a Duomo y yo te ayudo a cargarte al Sacerdocio.

—No nos los cargaremos solo por mí, Mia, seamos sinceras.

—¿Estás segura de saber siquiera el aspecto que tiene la sinceridad, Ashlinn?

La chica se chupó el labio y asintió despacio.

—Buen golpe.

—He estado practicando.

—Debería señalar que estoy aquí ayudándote, Mia.

—Yo me cargo a Duomo. Yo me cargo a Scaeva. Eso teníamos acordado.

Y así era. Por demencial que les hubiera parecido el plan durante las horas que pasaron sentados en la capilla de Tumba de Dioses, ni a Mercurio ni a Ashlinn se les había ocurrido ninguno mejor. Scaeva ya apenas hacía apariciones en público, y Duomo pasaba casi todo el tiempo en la Basílica Grande. Que los dos estuvieran juntos en el Magni, al alcance de los ataques de Mia, y sin que Duomo llevara aquella condenada Trinidad al cuello... daba igual lo difícil que fuese llegar hasta allí: era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

De modo que Mercurio había informado al Sacerdocio de que el asunto de

los braavi se había venido abajo, y que Mia estaba tras la pista del mapa en el continente. Los tres se habían puesto a investigar cuáles eran los mejores *collegia* para que Mia llegara al Venatus Magni, aunque a Mercurio no le hacía mucha gracia que Ashlinn estuviera involucrada. Cierto, la chica buscaba venganza contra la Iglesia Roja, casi con tanta ansia como Mia. Y cierto, mentía mejor que Mia; al fin y al cabo, su hermano y ella habían estado a punto de aniquilar la iglesia ellos solos. Pero lo más cierto era que Mia y su mentor confiaban en ella como un gato escaldado huye del agua fría.

Aun así, Mia tenía a Eclipse para vigilar a Ashlinn, que no podía ni respirar sin que el daimón la oyera. Eso y que, cuando se nada en aguas infestadas de dracos, nunca viene mal tener compañía, aunque solo sea para que los dracos tengan a otro a quien comerse.

Ashlinn se desperezó como una gata y se comió otra rodaja de manzana.

—Así es —dijo—. Solo planteaba otras opciones. Pero tenemos un acuerdo y voy a respetarlo. Que no se diga que no soy una mujer de palabra.

Don Majó dio un bufido y meneó la cola cerca del cuello de Mia.

—... *al contrario. yo creo que debería decirse en voz tan alta y tan a menudo como sea posible...*

Ashlinn le hizo los nudillos.

—No hablaba contigo, Don Positivo.

Eclipse levantó la cabeza y su susurro resonó a través de los tablones del suelo.

—... *COMO QUIZÁ YA HAYAS SUPUESTO, LA DONA JÄRNHEIM Y YO NOS HEMOS LLEVADO DE MARAVILLA EN TU AUSENCIA...*

—... *qué poquito me sorprende...*

—... *¿NO TIENES RATONES QUE CAZAR, PEQUEÑO MININO?...*

—... *¿no tienes entrepiernas que olisquear, querida chucha?...*

—Vale, ya basta, ya basta —dijo Mia—. He de volver a mi encantadora

celda apestosa de Nido del Cuervo antes de que se den cuenta de que no estoy. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre Leona. De su padre estábamos al corriente, pero la dona viene a ser un misterio.

—Menos mal que he estado preguntando por ahí, entonces. —Ash sonrió.

La joven cortó otra porción de manzana y se la llevó a la boca.

Mia alzó una ceja.

—Venga, cuenta.

—Pídelo por favor —repuso Ashlinn sin dejar de sonreír.

—Ash... —gruñó Mia.

La chica ensanchó la sonrisa y se reclinó.

—Solo llevo aquí un giro, por lo que habrá más que descubrir. Pero sé que Leona se casó con Remo hace unos tres años. Remo se fijó en ella en el último Venatus Magni y pidió su mano a su padre al poco tiempo. Fue todo un golpe de efecto que la hija de un mero sanguila se casara con el justicus de la Legión Luminatii, lo que demuestra cuánta influencia política tiene el padre de ella, supongo.

Mia dio un mordisco a la manzana y habló con la boca llena.

—¿Fue un matrimonio concertado?

—A ese nivel, siempre lo son. —Ashlinn cortó una rodaja fina como una oblea y se la metió entre los labios—. Aunque, hasta donde yo sé, a Leona no la obligó nadie. Remo era rico. Guapo. Con un poder político en alza. Leona tenía mucho que ganar si se metía en la cama con él. Así que, yo que tú, no dejaría caer que le rajaste el cuello.

—Vaya, qué pena, era justo lo que tenía pensado hacer.

Ashlinn sonrió y se comió otra rodaja.

—¿Y qué hay de Arkades? —preguntó Mia mientras masticaba haciendo mucho ruido—. Fue el campeón de Leónidas durante años. ¿Por qué sirve a Leona como *executus* y no a su padre?

Ashlinn volvió a encogerse de hombros.

—Solo llevo un giro aquí. Dame tiempo.

—Bueno, necesito toda la ventaja que pueda obtener. —Mia se limpió los labios, se levantó y se estiró—. Así que cuanto más puedas averiguar sobre mi *domina*, mejor.

Ash señaló con la barbilla las tiras de tela que llevaba Mia, con sendas miradas significativas a su vientre y sus piernas desnudas.

—Apruebo su gusto en ropa, por lo menos.

Mia hizo caso omiso al comentario, se acercó a la ventana y miró fuera en busca de ojos poco amistosos. Al no encontrar ninguno, pasó una pierna por el alféizar y empezó a salir.

—Mia.

Se volvió para mirar a Ashlinn, con una ceja arqueada. Las manos de la chica se removían inquietas, jugueteando con el dobladillo de sus calzas.

—Ten cuidado ahí dentro —dijo.

Mia lanzó una mirada a Eclipse, que seguía hecha un ovillo en el diván, como un charco de negrura.

—Ten los ojos abiertos —dijo Mia.

—... *TANTO COMO SE PUEDA SIN OJOS*... —respondió la no-loba.

Y Mia se marchó. Bajó por la pared hasta el callejón y tiró de las sombras para cubrirse con ellas antes de escabullirse de vuelta hacia Nido del Cuervo, con Don Majo como guía hacia su descanso.

Pensó en la forma en que la miraba Ashlinn. En el beso que se dieron el giro en que Mia abandonó el Monte Apacible. Eso fue puro teatro por parte de Ashlinn, Mia estaba segura. Era solo una jugada en favor de su plan para derrotar al Sacerdocio. Mia lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Ashlinn Järnheim era puro veneno. Pero al pensar en ese beso, la mente de Mia vagó hasta aquella nuncanoché en la cama de Gayo Aurelio, hasta el sabor que

había dejado aquella belleza liisiana en los labios del hijo del senador. Y se preguntó si eso había sido solo puro teatro por parte de Mia, solo una treta más para poner a Aurelio a su alcance. Se preguntó si una parte de ella lo había disfrutado, se preguntó qué importancia tenía en caso de que así fuera.

Se preguntó por qué se lo estaba preguntando siquiera.

«Los ojos en el puto objetivo, Corvere.»

De vuelta en Nido del Cuervo, encontró el portón todavía cerrado y a los guardias vigilando. Era tarde, y no podía confiar en que enviaran a ningún sirviente al Descanso hasta después de que despertaran a los gladiatii para la mañana. Así que Mia invocó las sombras a sus pies, las sombras del patio y, después de respirar hondo,

dio un paso

para cruzar

el espacio

entre ellas.

Cayó de rodillas en el polvo, mareada, acusando el martilleo de la ardiente luz de los dos soles en el cráneo. Por lo menos se le había pasado la borrachera y no tuvo ganas de vomitar, pero la sensación seguía siendo de lo más desagradable. El capitán de la guardia de la dona, un tipo de ojos agudos llamado Cánico, se volvió al oír a Mia caer al suelo. Pero al estar oculta bajo su capa a la sombra del muro, Cánico no vio nada digno de mención y se volvió despacio para seguir vigilando.

Pasaron unos minutos hasta que Mia se encontró con fuerzas para

levantarse, cruzar el patio guiada por los susurros de Don Majo y recorrer el lateral del edificio hasta el porche abierto de la parte trasera. Bajó con sigilo la escalera y, a tientas, por fin encontró los barrotes de hierro que aislaban los barracones del resto de la villa. Se tomó un momento para prepararse, reacia a pensar en el vértigo que iba a sentir, y buscó las sombras de su pequeña y mugrienta celda. Y cerrando los ojos con fuerza,

dio un paso

hacia el negro

bajo sus pies

y llegó a la celda.

El calor de los soles no era ni por asomo tan intenso en la oscuridad de los barracones, pero aun así la asaltaron las náuseas y burbujeó en su garganta una arcada que se le acumuló en los carrillos. Se le iba dando mejor dar el paso entre sombras desde que saltó al tejado de la basílica. Supuso que, igual que cualquier músculo, se estaba volviendo más fuerte cuanto más lo usaba. Pero, al parecer, un segundo paso tan pronto después del primero seguía siendo demasiado, sobre todo con los soles brillando tanto en el cielo. Tragó con fuerza, se agachó en la paja y asió las piedras de debajo para que el mundo dejara de girar. Se quedó escuchando, pero no oyó nada en las celdas de alrededor salvo ronquidos y suspiros.

—... *parece despejado*... —le susurró Don Majo al oído.

Mia esperó un poco más, mientras el mundo poco a poco recobraba el equilibrio. Y por fin, a salvo en su celda, Mia se quitó la capa de sombras,

parpadeó en la penumbra del sótano y encontró los ojos de Sidonio abriéndose.

—Joder —murmuró el itreyano—. Pero mira lo que...

Mia cruzó la celda como una exhalación, aferró al hombre por el cuello y le tapó la boca con la otra mano. Sidonio le arañó la espalda, con los músculos tensos, gruñendo entre forcejeos. Sid era más grande, Mia más rápida, y los dos bregaron en silencio sobre la paja. Cada uno tenía estrangulado al otro, las venas marcadas en sus cuellos, los ojos de Sid anegándose de lágrimas.

—P... pa... —gorgoteó.

Incluso mientras Mia lo ahogaba, Sidonio oprimió más su cuello. La garganta de Mia se cerró, su pecho ardió, la sangre no pudo llegar al cerebro. Seguía mareada por el paso entre sombras y no sabía si el enorme itreyano sucumbiría antes que ella. No sabía qué haría él en caso de que no.

—P... paz —logró resollar Sidonio.

Mia aflojó un ápice y miró a los ojos del hombretón. Sidonio hizo lo mismo, dejando entrar un susurro de aliento en los pulmones de Mia. Lenta como el hielo al derretirse, ella liberó su presa mientras los dedos del itreyano se retiraban de su cuello. Mia rodó para bajar de encima del hombre y se retiró a una esquina de la celda.

—Por el abismo y la sa... sangre —susurró Sid, frotándose el cuello—.
¿A... a qué ha venido eso?

—Lo has visto —siseó Mia.

—¿Y qué?

—Que lo sabes. Lo que soy.

Sid encogió el gesto e intentó tragar. Susurró tan bajo que Mia apenas lo oyó.

—Tenebra.

Mia no respondió, pero mantuvo los ojos oscuros fijos en los de él.

—¿Y eso merece que me estrangules, joder? —insistió él.

—No levantes la puta voz —espetó Mia mirando hacia las otras celdas.

—... *¿un consejo que harían bien en seguir todos los implicados?...*

A Sidonio se le desorbitaron los ojos cuando el gato-sombra se hizo visible sobre el hombro de Mia.

—No me jodas —susurró.

—... *descuida, no tenía intención de hacerlo...*

—Y tú, muchas gracias por decirme que todo parecía despejado —dijo Mia en voz baja.

El no-gato ladeó la cabeza.

—... *no puedo ser perfecto en todo...*

Mia y Sidonio se miraron, uno a cada lado de la paja del suelo. Había miedo en la mirada del hombre, miedo a lo desconocido, miedo a lo que era ella. Pero a pesar de eso, Sidonio mantuvo la calma, contuvo la lengua y la miró con curiosidad.

—¿No deberías estar llamando a los guardias a gritos ahora mismo? —preguntó Mia—. ¿Farfullando que deberían crucificarme por brujería?

—¿Brujería? —Sid dio un bufido—. ¿Acaso te parezco un paleta descerebrado?

—Reconozco que te lo estás tomando mejor que la mayoría.

—He visto mucho mundo, Cuervo. Y tú no eres lo más raro que hay. Ni de lejos. —El itreyano se reclinó contra los barrotes y se cruzó de brazos—. Entonces, ¿es verdad lo que... dicen de vosotros?

—¿Qué agriamos la leche allá por donde pasamos y desfloramos vírgenes a nues...?

—Que atravesáis paredes, capulla. Me he despertado meándome hace media hora y no estabas aquí. Y de pronto, ¡puf!, ¿apareces de la puta nada?

—No es lo que ha pasado, Sid.

—Sé lo que he visto, Cuervo.

Se oyeron pasos arriba, en la villa. Las pisadas del cocinero en los tablones, el cambio de guardia en el exterior. El *executus* no tardaría en bajar para levantarlos y ponerlos a hacer la primera ronda de agotadora calistenia.

Mia miró a Sidonio a los ojos, estudiándolo con atención. El hombre era un listillo, un matón y un necio absoluto en lo referente a mujeres. Pero no era tonto. Mia no confiaba en él, ni por asomo. Pero habían sangrado juntos en la arena de Puente Negro, y eso tenía cierto peso. Aun así, ni de milagro pensaba compartir ningún detalle sobre ella sin que él revelara algo a cambio.

Miró los nudillos cicatrizados y los fuertes músculos que delataban a un hombre que se había pasado la vida luchando. Miró los ojos azules que delataban largos kilómetros y años aún más largos. Miró la palabra «COBARDE» grabada a fuego en su piel.

—¿Cuánto mundo has visto? —preguntó.

—Liis —dijo él—. Vaan. Itreya. Allí donde me llevara el estandarte.

Mia arqueó una ceja. Recordó cómo se había comportado Sid durante el Aventamiento, ladrando órdenes como un hombre acostumbrado al mando. Urdiendo tácticas como...

—Estuviste en la legión itreyana —dijo.

Sid negó con la cabeza.

—Era Luminatii, pequeña Cuervo. Serví al justicus cinco años.

Los ojos de Mia se entornaron y su estómago se volvió hielo.

—¿Serviste a Marco Remo?

—¿A Remo? —Sid bufó de nuevo—. ¿A ese mierda traicionero? Abismo, no. Serví al anterior justicus, al verdadero justicus, chica. Al puto Darío Corvere.

A Mia le dio un vuelco el corazón. La lengua se le pegó al paladar. Negra Madre, aquel hombre había servido a su padre.

«Pero eso no tiene sentido.»

—Hum... —Mia carraspeó—. Había oído que al ejército del Coronador lo crucificaron en las riberas del Coro. Que pavimentaron los escalones del Senado con sus cráneos.

—No estaba allí cuando el ejército de Corvere y Antonio se vino abajo. — Sid se frotó la marca en el pecho y su voz adoptó un tono meditabundo—. Siempre me he preguntado si podría haber hecho algún bien, en caso de...

Sid se pasó una mano por el pelo cortísimo y moreno. Movi6 la cabeza hacia las paredes que los rodeaban, hacia los barrotes que los retenían.

—Antes esto era la casa de Corvere, ¿sabes? —dijo, y luego suspiró—. Su familia y él pasaban aquí los veranos, me parece. Tenía una niña pequeña y un bebé var6n. Antes de que se la dieran a esa serpiente de Remo. ¡Y pensar que es aquí donde acabaré mis giros, encerrado en el s6tano de ese hijo de puta! Ganando sangre y gloria para su viuda hasta que mis entrañas pinten la arena.

De modo que Sidonio haba hecho m6s que servir a su padre. Se haba mantenido leal cuando la rep6blica entera se volvi6 contra 6l.

Por los dientes de las Fauces, no se lo habr6a imaginado en la vida. ¿Conocer a un hombre de su padre, bajo aquel mismo techo? Si no haba sentido afinidad alguna por aquel hombre junto al que haba sangrado en Puentenegro, la not6 acumularse en su pecho en esos momentos. La forma en que Sidonio hablaba del padre de Mia le daba ganas de besar al muy gilipollas.

«El verdadero justicus», haba dicho.

Cuando todos los dem6s llamaban traidor a Dar6o Corvere.

Mia se frot6 el cuello magullado y su sombra titil6 a medida que Don Majo se beb6a su miedo. Nunca haba hablado mucho de su don con nadie. La gente tem6a lo que no entend6a, y odiaba lo que tem6a. Pero, por muy extra6o que pudiera resultarle, Sidonio ya no parec6a asustado en absoluto.

«Es un tipo bien raro.»

—Puedo atravesar paredes —confesó.

Los ojos de Sid se enfocaron y la miró desde el otro lado de la celda.

—Es como dar un... paso. Más o menos. Entre sombra y sombra, quiero decir.

—Por el abismo y la sangre —susurró el gigantón.

—Pero luego me dan ganas de vomitar —añadió ella—. Y también puedo hacer que no se me vea. Pero me quedo casi ciega mientras tanto. No es que sea el don más estupendo del mundo, la verdad.

—¿Y tu pasajero?

—Di hola, Don Majó.

—... *hola, don majó...*

—Entonces, ¿puedes salir de esta celda siempre que quieras?

Mía se encogió de hombros.

—A grandes rasgos, sí.

El itreyano meneó la cabeza a los lados, perplejo.

—En nombre del Aquel que Todo lo Ve y las Cuatro putas Hijas, ¿qué haces todavía aquí, Cuervo?

El rastrillo se sacudió y ascendió cuando un guardia accionó la palanca del mekkenismo. El *executus* entró con paso firme en los barracones, con la barba entrecana erizada y el látigo enrollado en la mano.

—¡Gladiatii! —bramó—. ¡Atención!

Mirando a Sid con un encogimiento de hombros, Mía se levantó para empezar el trabajo del giro.

CAPÍTULO 14

RESPIRAR

Dos soles incendiaban el cielo despejado, Shiih de un llameante amarillo y Saan de un rojo sangriento contra un fondo de interminable y hermoso azul.[28] El calor emborronaba la superficie del inacabable océano, y Mia maldijo a Aquel que Todo lo Ve por centésima vez ese giro.

Danzó por el círculo, esquivando los ataques de Cantahojas, entrando y saliendo de su alcance. La mujer tenía el rostro pétreo, y su espada de madera silbaba como si supiera su nombre.

—¡No! —vociferó el *executus* desde el borde del círculo—. Estás dando brincos como un maldito conejonegro. Te agotarás hasta desmayarte si sigues bailando con este calor. El escudo es un arma, igual que tu espada. Rechaza con energía los ataques de tu adversaria y la desequilibrarás.

Mia alzó el inmenso rectángulo curvado de madera y hierro que llevaba en el brazo derecho. Pesaba como una pila de ladrillos y lo llevaba sujeto con una cuerda vieja. Mia odiaba aquel puto trasto, a decir verdad, pero lo que decía Arkades era cierto: estaba sudando como una cerda de tanto esquivar. Trató de hacer caso de los consejos del *executus* pero cuando Cantahojas alzó su espada y cayó contra Mia como el trueno, la chica por instinto se internó en la guardia de Cantahojas y descargó su hoja sobre el tendón de la corva de su oponente.

—Mierda —soltó Cantahojas—. Esta es más rápida que una cría de draco.
—¡No!

El *executus* entró renqueando al círculo mientras desenvainaba el gladius de acero que llevaba siempre en los entrenamientos.

—Si no dejas de bailar como una novia el día de su boda, tendré que dejarte coja.

Mia se tensó, pensando que quizá Arkades pretendía atacarla. Pero, en vez de eso, el hombre clavó la espada en la arena, en el centro exacto del círculo. Chasqueó los dedos mirando a Larva, que esperaba como de costumbre a la sombra del pequeño cobertizo que había en una esquina del patio.

—Cuerda —ordenó Arkades.

La chica corrió a los estantes de las armas y cogió una soga de tirar que los gladiatii usaban en la calistenia. Se la llevó a Arkades y observó con curiosidad mientras el *executus* ataba un extremo a la empuñadura de su espada y el otro a la pierna de Mia.

—A ver cómo bailas con eso, conejonegro —dijo ceñudo.

Arkades se retiró al borde del círculo y ordenó a viva voz que Cantahojas atacara. Incapaz de esquivar, Mia se vio obligada a usar el escudo, contra el que cayeron los tajos de Cantahojas como relámpagos del cielo. Los impactos sacudieron el brazo de Mia, hasta que al final la vieja cuerda que le ceñía el escudo al antebrazo se partió por la mitad, dejándole la mano enganchada en la enarma de cuero anudado. Y con una sucesión de húmedos chasquidos, tres dedos de Mia se partieron por sus nudillos.

—¡Por el abismo y la puta sangre! —gritó soltando el escudo.

Los otros gladiatii del patio se volvieron para mirar mientras Mia se agachaba, agarrándose la mano. Carnicero se echó a reír y Despiertaolas estalló en aplausos. Mia miró furibunda su escudo roto y le propinó una patada

brutal —«¡Puto trasto!»— que lo envió volando por el patio, antes de dejarse caer sentada al suelo.

—¡Auuu! —se quejó, cogiéndose los dedos de los pies, en los que acababa de hacerse un esguince.

—Déjame ver —dijo el *executus*, que llegó cojeando y se arrodilló a su lado.

Mia levantó la mano temblorosa. El meñique salía en un ángulo imposible, y el anular y el corazón estaban torcidos. Arkades le giró la mano a un lado y a otro mientras Mia se retorció y renegaba.

—¡Me has roto los dedos! —exclamó, y fulminó a Cantahojas con la mirada.

La mujer se encogió de hombros y se pasó las largas trenzas de sal por detrás del hombro.

—Bienvenida a la arena, Cuervo.

—Deja de lloriquear, chica —dijo Arkades entrecerrando los ojos—. Solo están dislocados. ¡Larva!

La muchacha espabiló en su asiento a la sombra cerca del cobertizo y corrió hacia Mia. Larva le desató la cuerda del tobillo y la ayudó a levantarse, aunque no le evitó una mueca de dolor al hacerlo. Los demás *gladiatii* volvieron a sus entrenamientos mientras Larva llevaba a Mia de la mano por el patio. Mia vio por el rabillo del ojo a Furiano haciendo un combate de prácticas contra Despiertaolas. El rostro del campeón era una máscara, y el estómago de Mia, como siempre, un nudo de náusea y hambre cuando lo tenía cerca.

«¿Yo le hago sentir lo mismo?»

Larva llevó a Mia a una larga sala en la parte trasera del fuerte, en la que había cuatro losas de arenisca. La piedra era del mismo tono ocre quemado

que los acantilados de alrededor, pero estaba manchada de un rojo más intenso, con salpicaduras en la superficie.

«Manchas de sangre», comprendió Mia.

—Puedes sentarte —dijo Larva en voz baja y tímida.

Mia lo hizo, sosteniéndose la mano palpitante contra el pecho. Larva recorrió toda la estancia sacando cosas de una serie de cofres. Volvió con unas cuantas tablillas de madera y una bola de algodón marrón.

—Trae esa mano —ordenó.

La sombra de Mia se infló mientras Don Majo se bebía su miedo por lo que iba a ocurrir. Larva estudió los dedos y se frotó la barbilla. Y con la suavidad de una hoja cayendo, cogió el dedo meñique de Mia.

—No te va a doler —prometió—. Esto se me da muy bien.

—De acueeeeeaaaaaaAAAAH —aulló Mia cuando Larva le colocó el dedo en su sitio, rauda como el rayo. Se levantó de la losa y se dobló por la mitad, asiéndose la mano—. ¡Me ha dolido!

Larva asintió con solemnidad.

—Sí.

—¡Me has prometido que no dolería!

—Y tú me has creído. —Larva sonrió, dulce como algodón de azúcar—. Ya te he dicho que esto se me da muy bien. —Señaló la losa—. Vuelve a sentarte.

Mia parpadeó para quitarse las lágrimas, con la mano palpitando de agonía. Pero al mirarse el dedo, vio que Larva lo había colocado bien, devolviendo la articulación dislocada a su sitio con pericia. Respiró hondo, se sentó de nuevo y le tendió la mano de nuevo.

Larva cogió el dedo anular de Mia y la miró con sus ojos grandes y oscuros.

—Voy a contar hasta tres —dijo.

—De acueeeeeaaaaaaJODER —rugió Mia cuando Larva colocó la articulación en su lugar. Se levantó y medio bailó, medio brincó por la

estancia, con la mano herida entre las piernas—. ¡Mierda polla coño joder a tomar por culo todo!

—Sueñas un montón de palabrotas —comentó Larva con el ceño fruncido.

—¡Has dicho que ibas a contar hasta tres!

Larva asintió con gesto triste.

—Y me has vuelto a creer, ¿verdad que sí?

Mia se encogió, con los dientes rechinando, y miró a la chica de arriba abajo.

—Sí que se te da muy bien, sí —comprendió mientras lo decía.

Larva sonrió y dio una palmadita en la losa.

—El último.

Suspirando, Mia se sentó de nuevo y la mano le tembló de dolor cuando Larva le cogió sin hacer fuerza el dedo corazón. Miró a Mia con aire solemne.

—Muy bien, este sí que te va a doler muchísimo —advirtió.

—Esp... —Mia crispó el rostro cuando Larva le puso el dedo en su sitio.

Parpadeó.

—¿Au? —dijo.

—Ya está. —Larva sonrió.

—Pero si ha sido el más fácil de los tres —protestó Mia.

—Lo sé —repuso Larva—. Esto se me...

—... da muy bien —terminaron las dos al unísono.

Larva pasó a entablillar los dedos de Mia, atándolos fuerte para restringirles el movimiento. Los tres círculos marcados en su mejilla habían dejado de ser tanto misterio.

—¿Por qué te llaman Cuervo? —preguntó mientras trabajaba.

Mia la observó con atención, intentando hacer caso omiso del dolor cálido y palpitante de la mano. Larva era liisiana, de piel morena, enmarañado

cabello negro y ojos grandes y oscuros. Estaba muy delgada y llevaba un fino vestido sobre su más fino cuerpo.

«Y no pasa ni un giro de los doce años», estimó Mia.

Quizá fuese por verla en el fuerte donde la propia Mia había crecido. Quizá fuese por la traviesa inteligencia que centelleaba en sus ojos oscuros, o por el descaro con que hablaba a sus mayores. Fuera por lo que fuese, la niña le recordaba a Mia un poco a sí misma.

—¿Por qué te llaman Larva? —replicó Mia.

—Yo he preguntado antes.

—Cuervo es un apodo.

Mia recordó el primer giro en el que alguien la había llamado por el nombre del ave. Su primer encuentro con el viejo Mercurio. El anciano había dado una soberana paliza a unos matones de callejuela que habían robado el broche de Mia. Fue el giro siguiente al ahorcamiento de su padre. Ella era la hija de un traidor, buscada por los hombres más poderosos de la república. Y Mercurio la había acogido sin pensárselo, le había dado un techo, le había salvado la vida.

«Negra Madre, cuánto arriesgó por mí.»

Mia sacudió la cabeza, pensando en el plan demencial que estaba llevando a la práctica.

«Cuánto sigue arriesgando por mí.»

—Me lo puso un amigo —dijo Mia—, de pequeña. Tenía una joya con forma de cuervo. Me llamó así por ella.

—Yo nunca he tenido joyas —comentó Larva.

—Ni yo, desde entonces. Esa era un regalo de mi madre.

—¿Dónde está tu madre?

La dona miró a su hija con los ojos muy abiertos y una sonrisa rota, amarilla y demasiado amplia. Don Majo cobró forma en el suelo de la celda

al lado de Mia, y la dona Corvere siseó como si le hubiera caído encima agua hirviendo y se apartó de los barrotes con los dientes desnudos en un gruñido.

—*Está en ti —había susurrado la dona—. Oh, Hijas, está en ti.*

Mia clavó la mirada en el suelo de piedra. En las salpicaduras de vieja sangre marrón.

—Murió —dijo.

Larva miró a Mia y sonrió triste mientras terminaba de atar las vendas.

—La mía también —dijo—, pero me enseñó todo lo que sabía. Así que cada vez que coso una herida, coloco un hueso o hago bajar la fiebre, ella sigue conmigo.

Era una idea bonita, meditó Mia. Una idea que sin duda se transmitía a los huérfanos de todo el mundo desde el principio de los tiempos. Pero incluso si en ella había alguna semblanza de su padre en la forma de luchar, o de su madre en la de hablar, ambos estaban muertos para siempre. Si estaban con ella de algún modo, era como espíritus posados en su hombro, susurrándole en la nuncanoches todo lo que podría haber sido.

De no ser por ellos.

Mia hizo girar la mano herida a uno y otro lado. Aún se resentía, pero ya le iba doliendo menos. En una semana o así, la tendría como nueva.

—Aún no me has dicho por qué te llaman Larva —dijo.

La niña miró al fondo de los ojos de Mia.

—Reza por no tener que averiguarlo —respondió.

Luego salió de la enfermería seguida de Mia. Regresó a su asiento en la sombra mientras el *executus* llegaba cojeando hasta Mia y daba un sorbito de la petaca que llevaba en la cintura. Le cogió la muñeca y miró irritado su mano herida.

—Con eso no podrás hacer combates de prácticas en unos...

—*Executus* —llegó una voz suave.

Arkades alzó la vista hacia la terraza. Allí estaba la dona Leona, con el cabello caoba en largos y fluidos tirabuzones y un vestido de seda tan azul como el cielo. A su lado había un liisiano repeinado, vestido con una levita demasiado buena para aquel entorno y demasiado gruesa para el tiempo que hacía. Estaba flanqueado por dos corpulentos guardaespaldas con jubones de cuero.

—¡Atención! —ladró Arkades.

El patio quedó en silencio a su orden y los *gladiatii* se volvieron hacia su ama.

—*Executus*, prepara a Matilio. —La dona miró hacia un itreyano fornido que había estado practicando con un liisiano llamado Otho—. Acompañará a estos hombres al hogar de su nuevo amo.

Las cejas grises de Arkades se unieron en un fruncimiento.

—¿Nuevo amo, mi dona?

—Se lo he vendido a Varrón Caito.

Los *gladiatii* cruzaron miradas incómodas y Mia percibió la repentina bajada de ánimos. Matilio dejó sus espadas de práctica y arrugó la frente mirando a Leona.

—*Domina* —dijo el itreyano—, ¿os he... disgustado?

Leona se quedó mirando al hombre con sus brillantes ojos azules. Pero al desviar los ojos hacia el hombre repeinado que estaba junto a ella, su mirada se volvió tan dura como la piedra roja que sostenía sus pies.

—Ya no soy tu *domina* —dijo—, pero aun así no tienes ningún derecho a cuestionarme. No hables fuera de lugar, esclavo, si no quieres que ordene al *executus* que te regale un último recordatorio.

El grandullón bajó la mirada, con palpable desconcierto en los ojos.

—Disculpas —gruñó.

La fría mirada azul de Leona cayó sobre Arkades.

—*Executus*, encárgate de su traslado. Los demás, a seguir entrenando.

Arkades se inclinó.

—Vuestro susurro, mi voluntad.

Aunque la ocultó bien, Mia distinguió la confusión en los ojos del *executus*. Fuera cual fuese la naturaleza de aquella venta, era evidente que Leona no había consultado con él antes de realizarla.

El hombretón se enderezó, miró a los ojos a Mia y luego devolvió la atención a su mano herida.

—No librarás combates en los próximos tres giros, chica. —Señaló con la cabeza a los gemelos rubios vaanianos, que trabajaban con los maniqués de entrenamiento al otro lado del patio—. Mañana acompañarás a Bryn y Byern al *equorium*. Puedes ayudarlos a practicar, al menos.

El León Rojo dio media vuelta y echó a renquear por el patio. Matilio estaba aprovechando los pocos momentos que le quedaban para despedirse en voz baja de los demás *gladiatii*. Asió el antebrazo de Furiano y apretó fuerte. Cantahojas lo envolvió con un abrazo aplastante, y Carnicero, Despiertaolas y Otho le dieron palmadas en la espalda. Matilio miró en la dirección de Mia y asintió una vez, y ella le devolvió el gesto. No lo había llegado a conocer bien, pero parecía una persona decente. Y saltaba a la vista que tenía amigos en el *collegium*, hermanos y hermanas junto a los que había luchado y sangrado, y de quienes estaba viéndose obligado a separarse.

Mia fue hacia los maniqués de entrenamiento y se coló entre Bryn y Byern. La chica vaaniana era bajita, casi hermosa, con el pelo sudado recogido en una coleta en la coronilla. Byern era más alto y más guapo, con la mandíbula cuadrada y los hombros anchos. Su espada de práctica pendía de su mano laxa mientras veía a Matilio decir adiós. Los vaanianos tenían la edad aproximada de Mia, pero por algún motivo daban la sensación de ser más mayores.

Algo en sus ojos, tal vez.

—¿Quién es Varrón Caito? —preguntó Mia en voz baja.

Los gemelos se sobresaltaron: no habían oído acercarse a Mia. Poniendo mala cara, Bryn se volvió de nuevo hacia las despedidas y lanzó una mirada envenenada al liisiano repeinado de la terraza.

—Un tratante de carne —respondió—. Dirige el Pandemónium.

Mia enarcó una ceja interrogativa.

—Es un antro de peleas —explicó Bryn—. Clandestino, no aprobado por los Administratii. Pero las batallas son sangrientas. Y populares. Pagan buenos precios por los exgladiatii.

—Entonces, ¿es una especie de estadio?

Byern negó con la cabeza.

—Allí no hay honor. No hay reglas. No hay clemencia. El Pandemónium se parece más a unas peleas de perros humanas que a un *venatus*. Y los combates siempre son hasta el final. La mayoría de los guerreros mueren al cabo de unos pocos giros. Ni los mejores duran más de un mes.

Mia observó a Matilio, que estaba siendo esposado por el *executus* para entregarlo al tratante de carne liisiano. Los guardaespaldas comprobaron los hierros y asintieron. Y con una última mirada del hombre, se lo llevaron del patio a la custodia de su nuevo amo.

Bryn suspiró y meneó la cabeza.

—Camina hacia su muerte.

—Entonces, ¿por qué camina? —preguntó Mia.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? —replicó Byern.

—Correr —dijo ella con ferocidad—. Luchar.

—¿Luchar? —Bryn miró a Mia como si fuera una niña—. Hubo una revuelta de esclavos ahí abajo, en Reposo del Cuervo. Hará unos siete u ocho meses. ¿Has oído hablar de ella?

Mia negó con la cabeza.

—Dos esclavos se enamoraron —dijo Byern—. Querían casarse, pero su *domini* lo prohibió. Así que entre los dos rajaron el cuello de su amo en la nuncanoché y huyeron. Lograron llegar a Lanza del Alba antes de que los apresaran. ¿Sabes qué hicieron los Administratii?

—Crucificarlos, supongo —respondió Mia.

—Sí. —Bryn asintió, alisándose la coleta—. Pero no solo a ellos. Azotaron y crucificaron a todos los esclavos de la casa de su *domini* junto a ellos, para dar ejemplo. A la única que perdonaron fue a la esclava que dijo a los Administratii dónde podrían encontrar a los asesinos. Y en recompensa por su lealtad hacia la república, a esa esclava la obligaron a blandir el látigo para los azotes.

—Tal es el precio de la rebeldía en Itreya —dijo Byern.

Los labios de Mia se retrajeron al pensarlo. Sintió náuseas. Ya sabía que la vida de un esclavo en la república era cruel y a menudo breve. Sabía que el castigo para quienes se rebelaban era espantoso. Pero Negra Madre, tanta brutalidad...

—¿Las visteis? —preguntó sin alzar la voz—. ¿Las ejecuciones?

Byern asintió.

—Las presenciamos todos. Los Administratii ordenaron que todos los esclavos de todas las casas en Reposo acudiesen para ser testigos. El chico más joven al que clavaron no podía tener más de ocho años.

—Por las Cuatro Hijas —susurró Mia—. No me había imaginado...

—Como gladiatii, tú estás mucho mejor que la mayoría —dijo Bryn—. Sangre. Gloria. Ya puedes dar gracias.

Mia miró de reojo a la chica.

—¿Tú das las gracias?

Bryn miró la espada de madera que llevaba en la mano. A su hermano

Byern, erguido a su lado. Miró al cielo sobre su cabeza, a la arena bajo sus pies.

—Perduramos —respondió por fin.

Mia vio cómo se llevaban a Matilio hacia la puerta principal. Se detuvo ante el rastrillo y dedicó una última mirada a sus hermanos y hermanas, con la mano levantada en gesto de despedida. Bryn lo saludó moviendo el brazo y Byern cerró el puño y se lo puso contra el corazón. Y tras recibir un empujón en la espalda, Matilio desapareció.

Mia negó con la cabeza, preguntándose qué habría hecho en su lugar. ¿Resistirse en un vano gesto de desafío y hacer matar a sus hermanos y hermanas o caminar en silencio hacia la muerte? ¿Cómo se sentiría si la vida en aquel *collegium* fuese de verdad la suya, si en vez de poder superar las murallas con un paso siempre que quisiera estuviera atrapada allí? ¿Si no tuviera el menor control, si no tuviera voz ni voto sobre su propio futuro?

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo soportáis lo insoportable?

—En Vaan tenemos un dicho —repuso Byern—: En cada respiración mora la esperanza.

Bryn se volvió hacia Mia.

Una sonrisa fugaz para ocultar su dolor.

Una palmada en la espalda de Mia para quebrar la espantosa quietud.

—Tú sigue respirando, cuervecilla.

CAPÍTULO 15

BIEN

La tardera fue lúgubre esa nuncanoché, sin las bromas obscenas ni la charla amistosa que solían acompañar a la comida en las largas mesas del porche. Todas las mentes parecían vagar en torno a la venta de Matilio. Al pensar en el destino que esperaba al pobre hombre en el Pandemónium, Mia perdió el apetito y, en vez de las sobras que solía dar a Colmillo cuando aparecía husmeando, le dio casi todo su cuenco.

El gran mastín le lamió los dedos heridos, meneando con frenesí su muñón de cola. Mia le rascó las orejas y puso todo su empeño en no darle más vueltas. Se esforzó en pensar en los desafíos que estaban por venir, en la venganza que la aguardaba al final de todos ellos. Estaba allí por un motivo y solo por uno. Y la venganza no era un plato que se sirviera intimidando demasiado con sus compañeros de batalla. Por muy desoladora que resultara la idea.

Como un eco de sus pensamientos, sintió un vientecillo fresco en la nuca. Colmillo dio un suave gemido y puso pies en polvorosa, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Don Majo se enredó en el pelo de Mia y susurró, leve como las sombras:

—... *estas personas no son tu familia, ni tus amigos. todos ellos son solo*

un medio para alcanzar un fin...

Los demás gladiatii no parecían tener ganas de hablar del tema y masticaban en silencio. Carnicero estaba de muy mal humor, sin embargo, y murmuraba entre dientes y movía la cabeza. Y llegando al final de la tardera, no pudo contener más tiempo la lengua.

—Esto es una mierda infecta —protestó, y empujó su cuenco a un lado.

—Es ternera, me parece —dijo Despiertaolas mientras se limpiaba los dientes con una uña.

—Me refiero a Mati, soplapollas —replicó Carnicero mirando furioso al hombre más corpulento—. ¿Qué es eso de venderlo al cabrón rastrero de Caito? Merecía algo mejor que ese condenado agujero.

—Cuida las palabras, hermano. —Despiertaolas levantó un dedo en advertencia y su voz de barítono sonó más grave—. Hay damas presentes.

Cantahojas levantó una ceja.

—¿Dónde?

—Ya basta —gruñó Furiano. La mirada del campeón era dura, sus oscuros ojos ardían. Tenía la mandíbula apretada. Los músculos, tensos—. Termina de comer, Carnicero.

—No está bien, Furiano.

El Invicto dio un puñetazo en la mesa y todos los ojos se volvieron para mirarlo.

—Es la voluntad de la *domina* —dijo—. Es la dueña de este *collegium*. Pareces demasiado inclinado a olvidarlo. Pero recuérdame, hermano, qué eras tú antes de que ella y el *executus* te sacaran de la mierda.

—Guardaespaldas —respondió Carnicero, apretando los dientes.

—Lo que eras es un puto mulo —escupió Furiano—. Cargabas en el mercado con las bolsas de una dona vieja y arrugada y te la follabas cuando te lo ordenaba. ¿Qué me dices tú, Despiertaolas?

—Era artista dramático —respondió orgulloso el gigantón.

—¿Artista? Eras un condenado portero en un teatrillo de a dos mendigos, el que echaba a los borrachos y limpiaba la mierda del retrete entre funciones.

Despiertaolas pareció algo alicaído.

—Iba a interpretar al Rey Hechi...

—Byern iba de camino a una mina de cobre ashkahi. —El Invicto fue señalando por todo el porche—. Bryn, a un burdel liisiano. Por la sangrante polla de Aa, ¡a Cantahojas la iban a ahorcar, joder! ¡Y la *domina* nos elevó a todos y nos convirtió en dioses!

La mirada oscura del campeón recorrió el comedor, desafiando a que lo contradijeran.

—La *domina* nos alimenta —añadió—. Nos da un techo. Nos concede la oportunidad de luchar por la gloria y el honor en el *venatus* en lugar de vivir de rodillas o con las piernas levantadas. ¿Y tú dices que no está bien? Todos le debemos la vida. Incluido Matilio. Eso es lo que hace que esté bien.

Mia se quedó sentada en silencio, escuchando la diatriba del Invicto. Ningún gladiatii se mostró en desacuerdo con él. Mia volvió a preguntarse quién era aquel hombre, qué lo impulsaba a respirar. Se le daba bien comprender las motivaciones de la gente, pero Furiano era un misterio. Luchaba como un daimón en la arena, eso era cierto. Y aun así parecía satisfecho por doblar la rodilla ante esa vida de sangre y servidumbre, y de negar la verdad sobre quién era en realidad.

«¿Por qué no puedo conocer a un solo tenebro que no sea un hijo de puta o un necio?»

La tardera concluyó y llevaron a los gladiatii a los barracones y a los baños, de cuatro en cuatro. A Mia solía tocarle con Sidonio, Carnicero y Cantahojas, aunque a ella le gustaba más bañarse con Despiertaolas. El hombre tenía una voz preciosa, y mientras se lavaba acostumbraba a cantar

canciones que, por lo visto, había aprendido durante su breve época en el teatro.

Mia ya había abandonado toda noción de pudor, a base de andar por ahí todo el giro llevando dos tiras de tela acolchada y unas sandalias. Se sorprendía de la facilidad con la que se estaba acostumbrando a la vida en el *collegium*. Sin intimidad. Sin recato. Y cuando cerraba los ojos, aún oía el sonido que se le había quedado en la mente desde los juegos de Puentenegro. El rugido, que la elevaba con alas de trueno.

«La multitud.»

Se le erizaba la piel al pensar en ello, por mucho que quisiera evitarlo. El recuerdo ardía detrás de sus párpados. Pero se recordaba a sí misma que estaba allí por un motivo, y que ese motivo era el Venatus Magni. Leona había vendido a Matilio sin hablar del asunto con Arkades. Si había algún peligro para el *collegium*, más le valía averiguar la verdad sobre él.

Sid parecía taciturno cuando Mia volvió a la celda que compartían después de bañarse, y Mia no lo atosigó. En vez de hablar con él, se reclinó contra los barrotes y dormitó, pensando en cómo podría convertir la lealtad del itreyano a su padre en algún tipo de ventaja. Allí, en la oscuridad, escuchó sentada en silencio los tenues murmullos que salían por debajo de la puerta de Cantahojas hasta que estuvo segura de que los demás gladiatii se habían dormido. Susurró el nombre de Sid, pero no vio que se moviera. Sintió un fresco susurro detrás del cuello.

—... *¿adónde vamos a ir?*...

—Dímelo tú —respondió en voz baja.

—... *llevo rondando la casa desde la tardera...*

—Pues cuéntame una historia.

—... *arkades ha pedido reunirse con leona. le han dicho que acuda después de que ella se bañe...*

Mia asintió.

—Ve delante.

Su sombra titiló y Don Majo salió de ella y correteó hasta el rastrillo, ya bien cerrado para la nuncanoches. Mia alcanzó las sombras de la antecámara, igual que había hecho la víspera. No le resultaron más fáciles de asir, y su presa flaqueó un instante mientras arrugaba el gesto, concentrada, respiraba largo y hondo y

daba un paseo

hacia

la sombra

más allá del rastrillo.

El mundo se puso del revés y Mia estuvo a punto de caer al suelo. Contuvo una blasfemia mientras se sostenía con la mano herida. Tenía la cabeza agachada, el pelo largo y oscuro cubriéndole unos ojos negros como la tinta.

—... *ven...*

El no-gato se adelantó veloz, vigilando por si había guardias. Deslizándose por su antiguo hogar como un puñal entre costillas, Mia dejó atrás hileras de armaduras y subió la amplia escalera hasta el primer piso. Su mente se inundó de recuerdos de su infancia allí.

Recordó a su padre trabajando con los caballos en el patio. A su madre leyendo junto a la ventana salediza de su dormitorio. Recordó la nuncanoches en que había nacido su hermano Jonnen, bajo aquel mismo techo. Su padre había sollozado al coger al bebé en brazos.

Con qué claridad lo recordaba. Su olor. Su forma de besar a su madre, primero en un párpado, luego en el otro y, por último, en su suave entrecejo de color oliva.

Un buen hombre.

Un buen marido.

Un soldado fiel.

¿Qué clase de rey habría sido?

Mia sacudió la cabeza y se llamó tonta a sí misma. Daba igual. El reino de su padre tenía medio metro de ancho y dos de profundidad, y dos de los hombres que lo habían matado seguían vivitos y coleando. Eso era lo que importaba. Eso era lo único de lo que debería preocuparse.

Llegó a la cuarta planta. El piso se usaba como almacén cuando el Nido era de los padres de Mia, pero con los Halcones retenidos en el sótano, el nivel superior había pasado a pertenecer a la dueña de la casa. Queda como un bisbiseo, Mia avanzó a hurtadillas por los largos pasillos hacia unas voces tenues que llegaban del baño.

Echó un vistazo por la puerta y vio a la dona Leona saliendo de un agua profunda y vaporosa, que caía en arroyuelos por su cuerpo desnudo. Tenía el pelo mojado y la cara sin maquillar. Mia reparó en que era toda una belleza: caderas turgentes y labios aún más turgentes. Sus ojos recorrieron las curvas de Leona, envueltas en vapor, y se preguntó a qué se debía el estremecimiento que estaba sintiendo. Porque abajo, en los barracones, ver cuerpos desnudos no significaba nada, pero allí se le estaba poniendo la piel de gallina. Su corazón latía más deprisa. Pensando, quizá, en otra belleza en la cama de Aurelio, en cómo la había saboreado en la boca del joven don, en sus besos dorados descendiendo cada vez más.

Y entonces le vino Ashlinn a la mente. El beso que se habían dado cuando

Mia abandonó la iglesia. Ese beso que había durado un momento de más. ¿O quizá no lo suficiente?

Mia negó con la cabeza. Se regañó por inocente. Ashlinn Järnheim había matado a Tric. Ashlinn Järnheim había traicionado a la iglesia y sus votos sagrados para vengar a su padre.

Mia miró a un lado del pasillo y vio su reflejo en un espejito de la pared.

«¿No te acuerdas a otra persona que conoces?»

La *magistrae* esperaba atenta junto a la bañera de Leona y puso un largo albornoz a su ama. Leona parecía pensativa, se mordía una uña y miraba la pequeña estatua de Trelene que también hacía de caño para el agua. Suspiró mientras la *magistrae* le frotaba los hombros para aliviarle la tensión.

—¿Qué te preocupa, cielo? —preguntó la mujer mayor.

Leona sonrió.

—¿Cómo sabes que me preocupa algo?

—Estas fueron las manos que te trajeron al mundo. —La *magistrae* le devolvió la sonrisa—. Este fue el pecho que te nutrió. Aunque no afirmaré conocer siempre lo que te pasa por la mente, sí sé cuándo está llena de pensamientos oscuros, sin la menor duda.

Leona cerró los ojos mientras la *magistrae* trabajaba en un nudo de su cuello.

—Estoy soñando otra vez, Anthea. Con mi madre.

—Ay, amor —la arrulló la *magistrae*—. Han pasado muchos años desde entonces.

—Eso lo sé, aquí sentada. Pero en los sueños siempre soy una niña. Una niña pequeña y asustada. Como lo era cuando...

Leona se mordió la uña, negó con la cabeza y se hizo el silencio en el baño.

—Es algo espantoso vivir con miedo —dijo por fin con un suspiro.

—Pues no vivas así, cielo. Mira lo lejos que has llegado. Mira todo lo que

has construido.

—Eso hago. Pero lo que he construido se alza al borde de la ruina, Anthea.
—La dona respiró hondo y tensó la mandíbula—. Necesito dinero. Marco me dejó con poco más que estas paredes y los fondos que invertí en remodelarlas. No era un hombre cuidadoso con el dinero.

—Estabais hechos el uno para el otro, pues.

Leona sonrió con tristeza.

—Palabras merecidas, supongo.

—¿Lo echas de menos, cielo? —preguntó la *magistrae*, cambiando de tema con sutileza.

—No. —Leona suspiró—. Marco era lo bastante bueno, pero jamás lo amé. Y... odiaba precisar de él. ¿Soy una persona horrible?

—Eres una persona sincera. —La *magistrae* sonrió.

Volvió a hacerse el silencio, y Leona de nuevo se mordió la uña y miró a la pared. La dona parecía más joven allí que en el patio, su armadura descartada al no tener más que ojos de confianza cerca. Era casi la niña que decía ser en sueños. La *magistrae* siguió masajeándole los hombros, mordiéndose el labio de vez en cuando. Cuando la mujer volvió a hablar, lo hizo con evidente inquietud.

—Leona, sé que tú y tu padre...

—No, Anthea.

—Pero nada en la abundancia. Seguro que si le...

—¡Que no! —Leona se volvió hacia Anthea con un fognazo de sus ojos azules—. Te estás excediendo. Y no quiero oír ni una palabra más sobre el tema. Moriré antes de aceptar un solo mendigo de cobre de ese hombre, ¿me has entendido?

Los ojos de la *magistrae* encontraron el suelo.

—Sí, *domina* —respondió.

Observando desde las sombras, Mia se descubrió apenada. Notaba que Anthea estaba preocupada de verdad por Leona y veía que la barrera entre ellas se había debilitado con el paso de las décadas. Pero por mucho que a Anthea le importara su ama, siempre sería una sierva. Aunque había amamantado a Leona, Anthea jamás sería su madre.

Aun así, una cosa era poner la oreja en una conversación que podía decidir su futuro y otra muy distinta inmiscuirse en un momento tan privado. La información era poder y el poder era ventaja, pero allí Mia ya se había enterado de suficiente.

Desanduvo el pasillo detrás de Don Majo y encontró el espacioso comedor. Seguían todos los viejos muebles: la larga mesa donde sus padres recibían a invitados, las sillas de madera a las que había trepado y entre las que se había escondido de niña. Quedaban algunos tapices en las paredes, el de la diosa Tsana envuelta en llamas y el de la diosa Trelene semioculta entre las olas.

Pasos. Acercándose. Clin tump, clin tump.

Mia y Don Majo se metieron detrás de una larga y pesada cortina. Ella podría haberse envuelto en sombras para escuchar la conversación del *executus* y Leona, pero en realidad quería verles las caras. Comprobar si la armadura que se ponía Leona fuera de esas paredes era la misma que utilizaba con aquella leyenda de la arena, que la servía a ella en lugar de al hombre que lo había elevado al puesto de campeón.

Arkades entró cojeando en el comedor y lo encontró vacío. Apretó los dientes y se sentó a la larga mesa a esperar. Mia vio que se había bañado y cepillado la barba y la melena entrecanas. La cicatriz de su rostro y la piel curtida lo hacían difícil de adivinar, pero supuso que estaría a mediados de la treintena. La vida en la arena no lo había tratado bien, pero su físico y el puro magnetismo de una vida dedicada a obtener victorias ante un público adorador...

Se había quitado la armadura de cuero que llevaba en el patio y llevaba ropa elegante. Su jubón oscuro tenía bordados los Halcones de Remo y los Leones de Leónidas. Su bastón también tenía cabeza de león. Mia volvió a cuestionarse las lealtades del hombre. Estaba allí, al servicio de Leona, pero aun así seguía luciendo el león de su padre en el pecho.

Arkades miró alrededor, sacó una petaca de su jubón con disimulo y dio un largo sorbo.

—Tenemos copas, si lo prefieres, *executus*.

Arkades dio un respingo y se puso de pie mientras Leona cruzaba el umbral a su espalda, llevando una botella de vino y dos copas. Los ojos del *executus* se ensancharon un ápice al verla, y Mia no pudo evitar arquear una ceja también. Leona tenía el pelo mojado, iba descalza y seguía con el albornoz, bastante abierto. Si se vigilaba desde el ángulo adecuado, quedaba muy poco de su cuerpo a la imaginación.

—Mi dona —dijo Arkades inclinándose con los ojos en el suelo y esforzándose por no vigilar desde ningún ángulo.

Mia vislumbró una minúscula sonrisa en el rostro de Leona mientras se dirigía a la cabecera de la mesa y se dejaba caer en una silla. Se sirvió una copa y subió un pie a la madera. El albornoz resbaló pierna arriba, revelando su carne hasta el muslo.

—Sírrete tú mismo —dijo sonriendo.

—¿Mi dona?

Leona señaló la segunda copa y la botella.

—Es espantoso, me temo. Pero cumple con su cometido. Ten. —Leona se inclinó hacia delante, llenó la otra copa y la empujó por la mesa.

La mirada de Arkades fue a todas partes menos al pecho de la *domina*, y casi se retorció al volver a su silla.

«Así lo mantiene desequilibrado —comprendió Mia—. Él es diez años

mayor que ella. La duplica en tamaño. Ha librado mil batallas, es campeón del Magni, y el pobre desgraciado ni siquiera sabe dónde mirar cuando ella entra en la habitación.»

—Bien —dijo Leona, reclinándose y dando un sorbito a su copa—. Tienes algo en mente. Algo muy urgente que estás obligado a compartir conmigo.

Arkades asintió y su vergüenza se evaporó cuando la conversación pasó a versar sobre el *collegium*.

—Matilio, mi dona.

—¿Qué pasa con él?

—Su venta a Caito...

—Era necesaria —lo interrumpió ella—. El premio de Puentenegro no llegaba para cubrir los gastos de este mes. Nuestros acreedores presionan, y deben cobrar.

—Pero Caito... —insistió Arkades—. El Pandemónium no es lugar para que un hombre muera.

Leona se bebió la copa de un trago.

—Matilio no era un hombre —dijo, y se sirvió otra—. Era un esclavo.

—No creéis eso de verdad, mi dona.

Arkades miró a la mujer por encima de la mesa. Mia percibió un instante de blandura en su mirada, reemplazada enseguida por puro hierro.

—¿No lo creo? —preguntó.

—Matilio era un gladiatii —dijo Arkades—. Trajo gloria y honor a este *collegium*. A vos, mi dona. No era nuestro mejor luchador, cierto, pero os sirvió con toda su alma.

—No fue suficiente. Tengo muchas bocas que alimentar, y todas cuestan dinero. Nuestras deudas crecen a cada giro que pasa y mi monedero está casi vacío.

—¿Y cómo hemos llegado a esa situación? —El *executus* torció el gesto—.

¿No habrá sido gastando una verdadera fortuna en una sola recluta?

—Ah. —Leona suspiró—. Esta vez vamos al grano sin demora.

—¡Con las mil monedas de plata que pagasteis por esa chica, podríais haber alimentado este *collegium* lo que queda de año!

Las orejas de Mia se aguzaron al oír que se la mencionaba, y sus ojos se entrecerraron.

—¿No la viste en Puentenegro? —preguntó Leona—. ¿No viste cómo encendió a la multitud?

—¡Para eso ya tenemos a Furiano! —casi gritó Arkades, levantándose de la silla—. ¡El Invicto es el campeón de este *collegium*! ¡Esa chica escuálida no puede ni levantar un maldito escudo!

—Pues la pondremos a luchar al estilo Caravaggio. Dos hojas. Sin escudo. Al público le encantará, y a ella más. ¿Una chica de su tamaño, destripando a hombres el doble de corpulentos? ¿Y con el aspecto que tiene? Por las Cuatro Hijas, el público ni siquiera podrá mirar de hinchadas que tendrán las pollas.

Arkades suspiró y se llevó los nudillos a los ojos.

—Cuando inaugurasteis este *collegium*, mi dona, me pedisteis ayuda.

—Así es. —Leona jugueteó con el cuello de su albornoz—. Y siempre te estaré agradecida por prestármela.

—En ese caso, con todo el respeto, mis consejos deben ponderarse. Os conozco desde que erais una niña. Os vi crecer de *venatus* en *venatus*. Pero hay todo un mundo de diferencia entre mirar desde los palcos y dirigir un *collegium*.

Los ojos y la voz de Leona se helaron.

—¿Y crees que no lo sé?

—Creo que deseáis hacer daño a vuestro padre.

Los ojos de Leona se estrecharon y sus labios se convirtieron en una línea.

—Te excedes, *executus*.

Arkades alzó una mano en súplica ante la furia de Leona.

—Las Hijas saben que recuerdo cómo os trataba a vos y a vuestra madre. Y vuestra ira no carece de motivo. Pero temo que superar su desorbitada puja por esa chica demuestra que tenéis la mente nublada en los asuntos de familia. La mía está clara. Luché muchos años en la arena y entrené a los gladiatii de vuestro padre después de eso. Y os estoy diciendo que esa chica no es ninguna campeona. Tiene la astucia de un zorro, pero no es ni la mitad de gladiatii que Furiano. Llegará un momento en que el ingenio y las artimañas no le servirán de nada. Cuando estén solos ella, una espada y el hombre al que debe matar. —Arkades se apoyó en la mesa y miró a Leona a los ojos—. Y. Entonces. Fracasaré.

A Mia le dio un vuelco el estómago al oír hablar así a Arkades. Creía haberlo impresionado con el espectáculo que había dado en Puentenegro, pero el hombre parecía ciego del todo a sus méritos.

Leona bajó la mirada y Arkades recordó su posición y volvió a su silla con un gruñido de disculpa. La dona se bebió el resto del vino y se quedó mirando la copa vacía durante interminables minutos. Cuando habló, fue en voz tan baja que Mia casi no alcanzó a oírla.

—Quizá fuese mala idea invertir una suma tan grande. Pero es... es que no quería volver a verlo ganar. Mi madre me lo advirtió cuando era pequeña: «Nunca te opongas a tu padre, porque siempre gana», me dijo. —Alzó la mirada hacia el *executus* con los ojos brillantes de ira y exclamó—: ¡Pues esta vez no! Ni nunca más. Lo quiero de rodillas. Quiero que me mire a los ojos y sepa que fui yo quien lo puso ahí. Quiero que se beba su sufrimiento como si fuese el mejor vino. —Arrojó la botella contra la pared, justo al lado de la cabeza de Mia, y la hizo mil añicos—. No esta mierda peleona. —Dejó caer la cabeza y suspiró—. Incluso después de vender a Matilio, seguimos teniendo otra docena de acreedores.

—¿Cuánto debemos?

—Muchísimo. Y los intereses se acumulan a cada giro. —Leona cerró el puño y los nudillos se le emblanquecieron—. Por las Hijas, con solo que Marco no hubiera muerto... Unos cuantos años más con el salario de un justicus y habría tenido suficiente para hacer esto bien. Como encuentre a quienes me lo arrebataron...

—Eso no importa —dijo Arkades—. Podemos pagar lo que sea que debáis con la venta de Cuervo. Y después de eso, llevaremos a Furiano hasta el Magni. Nos quedan tres *venata* antes de la veroluz, tres laureles para ganarnos nuestro puesto. Tendréis vuestra victoria, Dona. —Arkades se inclinó—. Eso, si me permitís entregároslo. Tened fe en mí, igual que yo tengo fe en vos.

Mia los miró, primero uno por uno y luego juntos. El alboroz de Leona, su descarada sexualidad, la forma en que empleaba su cuerpo para hacer bajar la guardia a Arkades... todo eso tenía una especie de sentido, sabiendo que había crecido en el hogar de un padre dominante.

Pero Arkades...

El fuego en sus ojos. El fervor en su voz al hacer su promesa. Era campeón de la competición más brutal que había podido concebir la república. Diez años mayor que ella. Separados por la barrera entre los nacidos pudientes y los que una vez fueron de su propiedad.

Y aun así...

Mia negó con la cabeza. Le habían bastado cinco minutos a solas con ellos dos para saber a ciencia cierta por qué Arkades había abandonado a Leónidas para servir a su hija descarriada.

«El pobre idiota de verdad está enamorado de ella.»

Leona dejó la copa vacía en la mesa y suspiró.

«¿Ella lo sabrá?»

—Eres mi *executus* —dijo la dona—. Sé que renunciaste a mucho por venir

aquí. Y quiero recompensar esa fe. —Leona jugueteó con el borde de su copa y asintió, como para sí misma—. Seguiré tu consejo. Haremos luchar a Cuervo en el *venatus* de Vigilatormenta a final de mes. No en la Última, claro; para eso ya tenemos a nuestro campeón. En algún combate menor, para no dañarla. Con un poco de suerte, hará un buen papel y recuperaremos algo de lo que pagamos por ella.

A Mia se le cayó el alma a las botas.

«Negra Madre...»

—¿Vais a venderla, entonces? —preguntó Arkades.

Leona miró el tapiz de la pared. Representaba a la diosa del fuego, espada en mano, con el escudo alzado y envuelto en llamas.

—A no ser que demuestre ser la mismísima Tsana encarnada... —Leona dio un fuerte suspiro—. Muy bien. La venderé.

Arkades asintió y Leona miró su copa vacía.

—Y ahora, si has quedado satisfecho... —dijo.

El *executus* farfulló una disculpa y se levantó despacio. Tras una profunda inclinación ante su dona, el hombre salió cojeando del comedor y marcó el ritmo de una agotada retirada por la escalera de piedra con su bastón y su pierna de hierro. Leona se quedó sentada a solas, con los ojos nublados fijos en algo que solo ella podía ver. Se pasó unos dedos ociosos por la clavícula y por la pálida piel del cuello. Se lamió los labios.

Mia se quedó silenciosa en la sombra, sin dejar de observar con atención. Intentando sopesar a la mujer, hallar una forma de que cambiara de opinión. ¿Podría ingeniárselas para que Furiano perdiera su favor, envenenándolo antes de un lance, quizá? Si Mia pudiera cosechar la estima de la dona...

Lo que estaba claro era que no podía dejar que la vendieran.

Leona se mordió el labio y parpadeó al despertar de su ensoñación. Miró hacia la puerta abierta y se quedó quieta como si escuchara. Era tarde y la

villa estaba en silencio. Leona se levantó, se arrebujó en el albornoz y, casi de puntillas, salió con sigilo al pasillo.

Mia frunció el ceño, entornó la mirada.

Leona era la dueña de aquel fuerte.

«¿Por qué se mueve a hurtadillas como una ladrona en su propia casa?»

Mia salió de detrás de la cortina y fue hasta el umbral, silenciosa como la muerte. Asomó un ojo por el marco y vio a Leona en la escalera que bajaba al tercer piso. Salió al pasillo, se agachó fuera del campo visual de la dona cuando esta miró alrededor y bajó deprisa los peldaños.

—... *quizá ya hayamos arriesgado bastante por hoy, mia...*

Haciendo caso omiso a la advertencia del gato-sombra, Mia siguió a la *domina* con pies quedos como susurros. Moviéndose como una sombra, siguió a Leona hasta el tercer piso y luego hasta el segundo. Allí la dona se detuvo, esperando a que el capitán Cánico y otro guardia pasaran, murmurando entre ellos. Cuando los guardias desaparecieron, Leona siguió avanzando a hurtadillas, con Mia siguiéndola como un espectro hasta el primer piso.

Mia observó desde la escalera mientras la dona miraba alrededor desde el final de la misma, escuchando el silencio por si oía a los guardias. Leona salió al pasillo y llegó a la única puerta de madera que había al fondo. Fuera de la vista. Fuera del oído.

«Ah. Ahora empieza a tener sentido.»

El discurso durante la tardera. La insistencia en que lo único importante era la voluntad de su *domina*, a pesar de la venta de Matilio. El fervor en sus ojos cuando hablaba de su ama, su devoción a aquellas paredes.

«Furiano.»

Leona sacó una llave de hierro del bolsillo y abrió la puerta. El Invicto estaba esperando al otro lado, con su melena oscura alrededor de su hermosa cara y una sonrisa que le curvó los labios al ver a su ama. Tras una última

mirada hacia atrás, Leona rodeó el cuello de Furiano con los brazos y tiró de él para darle un beso ansioso. La dona de la casa cruzó la puerta y la cerró a su espalda.

—... *interesante*... —llegó un fresco susurro al oído de Mia.

—Sí. —Mia frunció el ceño—. Pero aunque fuese solo por una vez, me gustaría mirar a mi alrededor y encontrar mi vida un poco menos interesante.

—... *ah, pero ¿dónde estaría entonces la diversión?*...

Mia enseñó los nudillos al gato-sombra. Don Majo solo soltó una risita por respuesta. Y sin hacer ningún otro sonido, los dos se retiraron a las sombras que tanto amaban.

CAPÍTULO 16

MIEL

Fsssssstuc.

La flecha se clavó en el hombre de paja, cerca del corazón.

Fsssssstuc.

Otra dio más cerca que la primera.

Fsssssstuc.

Una tercera alcanzó al objetivo en su cara sin rasgos.

Mia bajó el arco y notó que los dedos de su mano derecha palpitaban.

—Bien hecho —dijo Bryn a su lado—. ¿Dónde aprendiste a tirar así?

—Lo leí en un libro —refunfuñó Mia—. Cuando terminé de follarme a tu padre.

La chica vaaniana soltó una risita, alzó su propio arco y tiró de la cuerda.

—¿Una nuncanochecura, Cuervo?

Mia dejó el arco con una mueca de dolor.

—Las he pasado mejores.

—Con mi anciano papá, seguro que no. —Bryn sonrió.

La rubia disparó media docena de flechas en rápida sucesión. Tres atravesaron el corazón del pelele, dos se clavaron en su garganta y la última en la cabeza.

—Por los dientes de las Fauces —susurró Mia.

—Pues tendrías que verla disparar con la mano buena —dijo Byern, que pasaba junto a las dos con un fardo de equipo de cuero al hombro.

—Ah, pero eso sería fanfarronear —replicó Bryn.

Los gemelos habían salido de Nido del Cuervo temprano esa mañana, igual que hacían siempre giro sí, giro no. Por orden del *executus*, Mia los había acompañado, siguiéndolos como un perro sin hueso. Arkades había cojeado con ellos hasta los portones del fuerte, mientras Mia intentaba ocultar su animadversión hacia él después de haber oído cómo hablaba de ella la nuncanoché anterior. Arkades no le había mencionado su venta inminente, la espada que pendía sobre su cabeza. No era que estuviera ofreciéndole la oportunidad de demostrar su valía, no. Estaba clarísimo que el *executus* quería librarse de ella, sin más.

Le hería el orgullo, para ser sinceros. Más de lo que debería. Mia no sabía por qué buscaba su aprobación. Pero en las horas transcurridas desde entonces, el orgullo herido se había transformado en ardiente rabia. Ya no tenía tiempo que perder: que la vendieran a otro amo era un riesgo que simplemente no podía asumir. Necesitaba lucirse. No ante Arkades, sino ante la dona Leona.

Aparte de que estuviera acostándose con Furiano, Mia sospechaba que la dona aún veía cierto valor en ella. Mia había inflamado al público de Puentenegro, y la reacción de la muchedumbre había encendido un pequeño rescoldo de respeto en el pecho de Leona. Mia necesitaba alguna forma de hacer que ardiera esa chispa.

El *venatus* de Vigilatormenta decidiría su futuro, en aquel *collegium* y en la arena. Su plan de asesinar a Duomo y Scaeva estaba en la cuerda floja.

Y Mia aún no tenía ni idea de cómo cargar los dados a su favor.

Mia, Bryn y Byern habían ido escoltados por cuatro guardias de la dona Leona al agreste monte seco que había detrás de Nido del Cuervo. Tras

recorrer casi un kilómetro, habían llegado a una pista rectangular, de más o menos kilómetro y medio de larga, marcada en la arena ocre con piedras lisas. A un lado había una cuadra, en la que entró Byern con sus arreos mientras Bryn hacía volar un carcaj de flechas tras otro hacia los tres hombres de paja.

Los guardias se quedaron en la sombra sin hacerles caso. Mia cayó en la cuenta de lo fácil que sería escapar para Bryn y Byern: unas pocas flechas en el pecho de cada guardia, dos caballos y los gemelos serían polvo en el horizonte. Pero, incluso si de algún modo lograban abrirse camino en la república con marcas en las mejillas, estarían condenando a todos los demás gladiatii del establo de Leona a la ejecución en la arena.

Había que reconocérselo a los Administratii: esos cabrones desalmados conocían su oficio.

Los dedos de Mia estaban muy magullados y le dolía sostener mucho tiempo el arco, de modo que se contentó con observar la técnica de Bryn. La chica podía disparar a ciegas, con el brazo izquierdo o el derecho. Después de vaciar otro carcaj, se quitó las botas y cogió el arco entre los dedos de los pies. Y, en lo que tal vez fuese la exhibición de destreza más impresionante que Mia había presenciado jamás, poco a poco hizo el pino, arqueó la espalda y disparó una flecha con los pies que acertó al hombre de paja en el corazón.

—Vaya, la que no quería fanfarronear —dijo Mia.

Bryn se dobló con fluidez y se levantó, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Es pan comido cuando ni los objetivos estamos en movimiento. —Se encogió de hombros, se volvió hacia la cuadra y llamó a su hermano—. Por el abismo y la sangre, Byern, ¿estás enjaezando a las monturas o pidiéndoles matrimonio?

—Ya se lo pedí, pero las dos dijeron que no —se oyó desde la cuadra.

—Me alegro de que tengan buen gusto.

El gemelo de Bryn salió de la cuadra cargando con un escudo enorme y

llevando por las bridas a un par de caballos que tiraban de una biga larga y elegante. Los animales eran blancos como las nubes, con músculos tallados en mármol. Sin poder evitarlo, Mia sintió una punzada de nostalgia al verlos, recordando a su propio semental, Cabronazo. Después de que la rescatara cuando estaba a punto de morir en el desierto ashkahi, Mia lo había liberado en vez de encerrarlo en la cuadra de la Iglesia Roja. Esperaba que estuviera vagando por algún lugar bonito, engendrando tantos pequeños bastardos cabronazos como pudiera.

Lo echaba de menos.

Echaba de menos mucho de aquella época, en realidad.

—Hermana Cuervo —dijo Byern con un florido gesto hacia los animales—, te presento a Zarza y a Rosa.

Mia estudió la pareja que tiraba del carruaje de Byern. Al igual que todos los caballos que había conocido, estaban inquietos en su presencia, así que no se acercó mucho. El hecho de que hubiera bautizado al único caballo que había llegado a tolerarla como «Cabronazo» decía mucho de sus sentimientos hacia la especie en general, pero sabía reconocer un buen ejemplar cuando lo veía.

—Son yeguas —comentó Mia—. Casi todos los *equillai* que he visto llevan sementales.

—Casi todos los *equillai* que has visto son idiotas —repuso Byern.

Su hermana asintió.

—Los sementales piensan con la polla. Las yeguas mantienen la cabeza fría en una crisis. Así en los caballos como en los humanos, ¿eh, hermano mío?

Byern levantó un dedo de advertencia.

—Respetar a tus mayores, pequeña.

—Eres dos minutos mayor que yo, Byern.

—Dos minutos y catorce segundos. Bueno, ¿venís o no?

—Ponte en el centro —indicó Bryn a Mia, y señaló la pista polvorienta—. Cuando te lo diga, hazlas volar lo mejor que sepas.

—¿Quieres que os dispare? —preguntó Mia con las cejas alzadas.

Bryn soltó una carcajada.

—Quiero que lo intentes. Y recuerda respirar.

Dicho eso, la vaaniana subió a la biga junto a su hermano. Con un chasquido de las riendas y un guiño a Mia (recompensado con un puñetazo de su hermana en el brazo), Byern llevó a las yeguas a la pista.

La biga tenía dos ruedas y era lo bastante ancha y larga para que los gemelos pudieran cambiarse de lado. Era roja, ribeteada con pintura dorada, y tenía una talla del halcón del *collegium* de Remo. El gran escudo que Byern llevaba también tenía un halcón rojo pintado, y su brocal estaba almenado como los muros de una fortificación.

Mia anduvo hasta quedarse en la isla de polvo ocre, en medio de la pista rectangular. Había peles de paja dispuestos en una sola fila por el centro de la isla, a izquierda y derecha de Mia. En un auténtico *venatus*, esos hombres de paja serían hombres de verdad, asesinos y violadores condenados a la ejecución *e equillai* ante la entusiasta muchedumbre.[29]

Miró mientras los gemelos recorrían la pista, cada vez más rápido. La coleta de Bryn latigueaba en el viento tras ella y la piel bronceada de Byern relucía bajo los soles.

—¿Preparada? —gritó Bryn a Mia.

—Sí —respondió ella.

—¡Pues que vuelen, Cuervo!

Mia suspiró y decidió apuntar al pecho de Byern. Siguió la trayectoria de la biga, respirando despacio como le había enseñado Bryn a pesar del dolor en sus dedos heridos. Y mientras la pareja doblaba una esquina, lanzó una flecha directa al pecho del guapo vaaniano.

Byern alzó su escudo y bloqueó el tiro con facilidad. Apuntando entre las almenas del escudo levantado, Bryn soltó cuatro flechas, dos de las cuales se clavaron en el suelo a los pies de Mia. Las otras dos alcanzaron al pelele que tenía más cerca.

—¡He dicho que nos dispares, no que nos saques a bailar! —gritó Bryn.

—Yo bailo luego contigo, si quieres —dijo Byern.

Bryn perforó otro hombre de paja y su hermano se inclinó fuera del carruaje en un ángulo precario para recoger una piedrecita de la pista con la mano libre. Mia torció el gesto e intentó librarse de la sensación de que se estaban riendo de ella.

—Muy bien, a tomar por culo —murmuró.

Empezó a disparar flecha tras flecha mientras la pareja galopaba por la pista. Y aunque estaba apuntando bien, tardó poco en darse cuenta de que Bryn y Byern eran unos maestros. El escudo de Byern era impenetrable y su habilidad para dirigir a los caballos casi igualaba a la de su hermana con el arco. En el momento más humillante de todos, Byern paró un disparo que silbaba directo hacia la garganta de Bryn a la vez que se asomaba de la biga para recoger una piedra y sostenía las riendas con los condenados dientes. Mientras tanto, Bryn fue acribillando a cada pelele con una docena de flechas, intercalando de vez en cuando un disparo a los pies de Mia para hacerla bailar.

Nueve vueltas más tarde, detuvieron la biga delante de ella. Byern bajó saltando del carruaje e hizo una profunda inclinación.

—¿Preferís el vals o la *balinna*, mi dona?

Bryn dio otro puñetazo al brazo de su hermano y sonrió a Mia.

—Has tirado bien. Casi me das un par de veces.

—Embustera —dijo Mia—. No he estado ni cerca.

Bryn hizo una mueca y sonrió con gesto triste.

—Intentaba hacerte sentir mejor.

—¿Dónde aprendisteis a hacer eso?

—Nuestro padre criaba caballos —dijo Byern—. Y Bryn es una daimón con el arco desde que aprendió a andar.

Mia negó con la cabeza. Sabía que no debería preguntar. No debería intimar. Pero lo cierto era que esos dos le caían bien. Le gustaban la sonrisa fácil de Byern y el pavoneo confiado de Bryn.

—¿Cómo terminasteis aquí? —preguntó mirando la pista que los rodeaba y la silueta de Nido del Cuervo en la lejanía.

Bryn se sorbió la nariz.

—Una mala cosecha. Hace tres años. El pueblo no tenía suficiente grano para pagar el diezmo a los Administratii itreyanos. Encadenaron y encerraron a nuestro hacendado, y los azotaron a él y a toda su familia en los cepos.

—No nos hizo ninguna gracia —explicó Byern—. Bryn y yo éramos demasiado pequeños para que nuestro padre nos dejara ir, pero todos los que eran capaces de empuñar una espada marcharon hasta la puerta del magistrado. Lo llevaron a rastras a los cepos y le devolvieron los azotes uno por uno.

—Eso no le hizo ninguna gracia a él —dijo Bryn—. Puedes imaginarte lo que llegó después.

—Legionarios —afirmó Mia.

—Exacto. —Byern asintió—. Cinco centurias de los muy hijos de puta. Mataron a todos los rebeldes. Incendiaron todas las casas. Vendieron a todo el que quedó en pie, mi hermana y yo incluidos.

—Pero vosotros no habíais hecho nada —dijo Mia—. Vuestro padre no dejó que os alzarais en armas.

—¿Y crees que a los itreyanos les importa? —Byern puso media sonrisa—. Toda esta república, incluso el reino que hubo antes, se levanta sobre las

espaldas del trabajo gratuito. Pero ahora, Liis, Ashkah, Vaan... todos están bajo el control itreyano. Así que ¿de dónde van a salir los nuevos esclavos, si no quedan tierras que conquistar?

—Fundaron una república que es injusta hasta los huesos —dijo Bryn—. Que beneficia a los pocos, no a los muchos. Pero es que esos pocos tienen acero. Y tienen hombres a los que pagan por blandirlo sin pensar. Así que, cuando alguien de los muchos se alza contra la injusticia y la brutalidad, el sistema lo encierra encadenado. Hace de él un ejemplo para los demás y, ya de paso, envía otro cuerpo a que lo marquen. Un par más de manos para construir sus carreteras, alzar sus muros y trabajar en sus fraguas, a cambio de una miseria y del miedo al látigo.

Mia meneó la cabeza.

—Eso es...

—¿Una puta mierda? —propuso Byern.

—Sí.

—Así es la vida en la república. —Bryn se encogió de hombros.

Mia suspiró, con mechones de negro azabache pegados al sudor de su cara.

Nunca en su vida se había cuestionado si era correcto o no. Nunca se había parado a mirar a su alrededor y ver a la gente que tenía por debajo. La gente que caminaba como espíritus sin voz por su casa, por sus alojamientos en las Costillas. Los hombres y mujeres que la habían vestido, le habían preparado la comida, le habían enseñado los números y las letras. A sus padres sí les importaron, sin duda. Habían recompensado a quienes servían bien. Pero aun así, servían. No porque quisieran, sino porque la alternativa era el látigo o la muerte.

Se sintió como si estuvieran cayendo escamas de sus ojos. El verdadero horror de la república en la que había crecido se reveló en toda su espantosa majestad.

Pero aun así...

«Scaeva. Duomo.»

Sus apellidos ardieron como llamas en su mente. Como un faro, guiándola siempre sin importar lo oscuro que se tornara el mundo. La injusticia, la crueldad de aquel sistema... sí, las comprendía. Pero siendo realistas, ¿qué podía hacer ella para cambiarlo sin arriesgar todo aquello por lo que había trabajado? Si cerraba los ojos, aún podía ver a su padre oscilando al final de su cuerda en el foro. A su madre en la Piedra Filosofal, la luz apagándose en su mirada mientras apartaba la mano sangrienta de Mia y, con su último aliento, susurraba: «No eres mi hija... solo... su sombra».

Los recuerdos la llevaron a la furia, y la furia tenía buen sabor. Le recordó quién era, para qué estaba allí. Para derrotar a los mejores gladiatii de la república. Para alzarse triunfante ante los asesinos de su familia y rajarles la garganta, uno por uno. Y le iba a costar horrores hacerlo si la vendían como una pata de ternera en el mercado.

Destacar en el *venatus* de Vigilatormenta. Esa era su principal preocupación.

Su primera, su única preocupación.

Por ello, a pesar del dolor en su mano herida, cargó otra flecha en el arco e hizo a Bryn un gesto con la cabeza.

—Muy bien. Dime lo que estoy haciendo mal. Y luego probamos otra vez.

—**P**arece ser que está endeudada hasta las pestañas —dijo Mia, y le dio una calada al cigarrillo—. Y Arkades la ha convencido de venderme para quitarse de encima a los acreedores.

Ashlinn se reclinó en su diván y se metió una uva en la boca.

—Hijo de puta.

—Y eso que maté a una docena de personas en Puentenegro. No piensa en nadie sobre la arena más que en Furiano. «Él es el campeón de este *collegium*.» «Él os traerá vuestra victoria, mi dona.» Ya te digo si tendrá su victoria, capullo alorado. Justo después de llevarla al orgasmo. Deberías haberlos oído a los dos dándole. —Mia exhaló una bocanada de humo negro como si fuese una llama—. Arkades me ató con una cuerda en el círculo, ayer. Casi me quedo sin mano con esos escudos ridículos. Me llama «chica» como si la palabra fuese sinónimo de «mierda de perro»

—Cabrón hijo de puta —dijo Ash, y se comió otra uva.

Mia la miró con los ojos entrecerrados.

—Oye, ¿dices que estás de acuerdo con lo que digo por seguirme la corriente?

—Sobre todo. —Ash puso una sonrisa pícaro—. Pero es bueno sacarte esas cosas de las tetas, Corvere.

—... *seguro que ahora te sientes mucho mejor...*

Mia miró al no-gato aovillado en su hombro.

—¿También vas a empezar tú así?

—... *lloriquear o pensar, ¿qué es más productivo?...*

—Parece que Don Alegre y yo estamos de acuerdo en algo, por una vez —dijo Ashlinn.

—... *si tuviera garras de verdad, pequeña víbora, te cortarí la lengua de...*

—Eclipse y yo hemos estado husmeando por ahí —siguió diciendo Ash como si el gato-sombra no hubiera hablado—. Las deudas de tu *domina* no son muy conocidas, eso seguro. Compra lo mejorcito del mercado. Se viste como una reina. Sospecho que ahí está la mitad de su problema.

Eclipse levantó la cabeza del regazo de Mia y su voz resonó a través del suelo.

—... *LE CAUTIVA EN DEMASÍA LO QUE LOS DEMÁS PIENSEN DE ELLA...*

—Supongo que no querrá que el rumor llegue a su padre —dijo Mia mientras aplastaba el cigarrillo—. No quiere darle la satisfacción de verla apurada.

Ash lanzó un racimo de uvas a Mia y habló con la boca llena.

—Pues tal y como yo lo veo, tenemos algunas opciones —dijo.

—... *LA MÁS SENCILLA ES ENVIAR BAJO TIERRA A LOS ACREEDORES DE LEONA...*

—Sí —convino Ashlim—. Habría que indagar un poco, pero sé a ciencia cierta que el grano solo puede conseguirlo de un mercader llamado Anatolio. Y resulta que es muy aficionado a las putas, y sé exactamente dónde moja el...

—No vamos a cargarnos a un pobre mamón cuyo único delito es fiar a mi *domina* —dijo Mia, ceñuda.

—... *TIENE TODO EL ASPECTO DE QUE DEBERÍAMOS DAR FIN A MÁS DE UNO...*

Ash asintió.

—Casi sin duda, debe dinero al práctico del puerto. Y quizá a los constructores que trabajaron en el Nido. Y seguro que sus costureras dirían...

—Que sí, que sí, entendido —la interrumpió Mia—. Seguro que tendríamos que asesinar a medio Reposo del Cuervo. Cosa que no vamos a hacer. Si el *collegium* da un buen espectáculo, Leona podría obtener el patrocinio de algún capullo nacido de la médula después del próximo *venatus*. Así que, de momento, la mejor jugada es centrarnos en...

—Vigilatormenta. —Ash asintió—. Sí. La única forma de asegurar tu lugar en el *collegium* de Remo es ganar en el *venatus* de Vigilatormenta. Y ganar a lo grande.

—No sabemos ni qué forma tendrá el *venatus* allí.

—... *TODAVÍA NO*...

Ashlinn asintió de nuevo.

—Para eso nos tienes a mí y a la lobita. Mañana zarpa un barco hacia Vigilatormenta. Podemos llegar en una semana, vigilar los trabajos en el estadio y saber exactamente qué te espera. Luego hacemos planes en consecuencia y te procuramos una victoria que deje con la boca abierta incluso al echapolvos de Leona.

—Nunca me habría dado cuenta si no lo hubiera visto. —Mia suspiró—. Leona finge una dignidad exageradísima.

Ash levantó los hombros.

—No será la primera mujer rica que paga a un buen semental para que le rasque los picores. Seguro que tener que mantenerlo en secreto es la mitad de la emoción.

Mia masticó las uvas, con la frente arrugada por la concentración. La fruta estaba deliciosa, y un cambio más que bienvenido después de la sucesión infinita de estofado y gachas que servían a los gladiatii para la mañanera y la tardera cada giro.[30]

—Están buenas las uvas —musitó.

—Que no se diga que no te amo, Corvere.

Mia alzó la mirada de golpe al oírlo, pero Ash estaba recostada en el diván y dejaba caer uvas en su boca. Tenía las botas apoyadas en el reposabrazos, con las piernas cruzadas, cubiertas de cuero. Le estaba creciendo el pelo, que caía por su espalda en ondas rojas.

«Rojas. Como la sangre que tiene en las manos.»

Y pese a ello, ahí estaba Mia. Confiando en ella. Sabía que Ashlinn quería ver muerto al Sacerdocio. Y Mia y Mercurio eran su mejor baza para regresar al Monte Apacible y cumplir la tarea. Pero ¿bastaba con ese odio compartido

hacia la Iglesia Roja? ¿Estaría jugando Ash a un juego más complicado? Tampoco sería la primera vez.

Ashlinn Järnheim ya había mentido antes a Mia.

Ashlinn Järnheim era veneno.

«Entonces, ¿por qué sabían a miel sus labios?»

Mia se pasó la mano por los ojos y asintió despacio.

—Ve a Vigilatormenta con Eclipse —dijo—. Cuanto más sepamos, más posibilidades tendré de hacerme con una victoria que Leona no tenga más remedio que recompensar. Supongo que llegaremos unos giros antes de que empiece el *venatus*. Para entonces, tendré que saberlo todo.

Ash asintió, terminó de masticar y se limpió los labios con la manga.

—Otra cosa —dijo—. El machote de Leona, Furiano el Invicto.

—... *EL TENEBRO*...

—¿Va a darnos problemas?

Mia negó con la cabeza.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Pero me preocupo.

—Porque sin mí, no podrás acabar con la iglesia, ¿eh?

Sus ojos oscuros se clavaron en un rutilante azul, buscando las mentiras que pudiera ocultar.

—Mira, ya sé que tenemos sangre en nuestro pasado —dijo Ashlinn—. Pero entre nosotras hay más que rojo. No solo estoy aquí por la Iglesia Roja. Puedo garantizarte que no me encuentro en este antro mugriento por su encanto. Y eso tienes que saberlo ya, o no estarías aquí conmigo, por muchos lobos-sombra que pongas a vigilarme.

Mia la miró. Los ojos de Ashlinn. Las manos de Ashlinn. Los labios de Ashlinn. La chica se limitó a sostenerle la mirada, dejando que el silencio hiciera las preguntas en su nombre.

Mia las ignoró todas.

—Buena suerte en Vigilatormenta —dijo por fin—. Ten un ojo puesto en el puerto. Envía a Eclipse cuando lleguemos y hazme saber cómo serán los juegos.

Se levantó deprisa, pasándose el pelo detrás del hombro y evitando la mirada de Ashlinn.

—¿Te marchas ya?

Mia asintió.

—Mejor que me vaya antes de que me echen en falta. Sidonio es un tipo decente, pero no quiero que nadie más descubra lo que soy.

Ashlinn no dijo nada. Vio cómo Mia iba hacia la ventana, subía al alféizar y se perdía de vista. Sin una última palabra. Sin una mirada de despedida.

Negando con la cabeza, Ash se llevó otra uva a la boca.

—Eso sí que es evidente, Corvere —suspiró.

CAPÍTULO 17

VIGILATORMENTA

Mia caminaba de un lado al otro de su jaula, con los ojos fijos en la arena.

Ella, Sidonio, Cantahojas, Despiertaolas y Carnicero estaban encerrados en unas celdas que rodeaban la arena de Vigilatormenta, hundidas bajo el suelo. Unos ventanucos con barrotes les permitían ver el *venatus* mientras esperaban a que llegara su turno, y Mia no podía estarse quieta y no paraba de rumiar sobre los acontecimientos que la habían llevado allí.

Tal y como había dicho a Ashlinn, los gladiatii del *collegium* de Remo habían entrenado otra semana bajo los soles abrasadores antes de zarpar hacia Vigilatormenta. La mano de Mia estuvo lo bastante curada para volver a entrenar al cabo de unos giros, aunque para la atención que le dedicaba Arkades, podría haberse ahorrado la molestia. Saltaba a la vista que todas sus esperanzas estaban puestas en que Furiano, Bryn y Byern fueran quienes obtuviesen un puesto en el Venatus Magni. Escuchando las conversaciones de la dona Leona y la *magistrae*, Don Majo se había enterado de que ya estaban trabajando en la venta de Mia. Había algunos posibles compradores interesados: una casa de placer en Fuerteblanco, un magistrado de la zona que necesitaba una guardaespaldas a la que pudiera meter el rabo de vez en cuando

y, por supuesto, Varrón Caito y su Pandemónium. Ni un solo sanguila entre ellos.

Todo el plan de Mia dependía de que saliera victoriosa en Vigilatormenta.

Habían llegado a la ciudad a bordo del *Sabueso de Gloria*, unos pocos giros antes de que empezara el *venatus*. El puerto era un hervidero de emoción, repleto de gente que había recorrido muchos kilómetros para los juegos. Todas las posadas, cuartos de alquiler y cobertizos estaban ocupados. [31] Ashlinn había enviado a Eclipse a visitar a Mia en su celda, y la loba-sombra le había hablado de todo lo que habían descubierto Ashlinn y ella sobre los inminentes juegos. A lo largo de las siguientes nuncanoches, enviándose mensajes por medio del daimón, Mia y Ashlinn habían trazado su plan.

Ahora solo quedaba ponerlo en práctica.

Mia contempló a los *equillai* atronando por la pista, sintió la percusión de los cascos de sus caballos vibrando a través de las paredes de piedra. Bryn y Byern lo estaban haciendo bien, e iban segundos a falta de cinco vueltas. Pero si Mia pensaba que los vaanianos eran diestros, se quedó admirada al ver en acción al equipo de Leónidas. El padre de Leona sacaba a la arena solo a los mejores, y sus *equillai* no eran la excepción. Eran un *sagmae* dweymeri cuyo escudo coronado por un león parecía impenetrable y un hermoso *flagillae* liisiano cuya habilidad con el arco igualaba a la de Bryn, si no la superaba.

—Matapiedras y Armando —murmuró Cantahojas, de pie ante los barrotes junto a Mia—. Los me-mejores *equillai* de la república. El... público los adora.

A pesar de un pasmoso disparo mortal que hizo Bryn sobre el *sagmae* de otro equipo, era evidente que los Leones de Leónidas eran mejores y, después de nueve vueltas, se proclamaron vencedores. Matapiedras y Armando desmontaron juntos de su biga con los dedos entrelazados y las manos

levantadas en señal de victoria, mientras la muchedumbre que los rodeaba estallaba en vítores. Todo el mundo sabía que eran amantes, y su increíble destreza, sumada al afecto mutuo que se mostraban, los convertía en los favoritos de la multitud. Que jamás los hubieran derrotado tampoco hacía daño.

Mia lo sintió por Bryn y Byern, y también porque el *collegium* de Remo seguía sin ganar su tercer laurel. Pero en realidad tenía la mente en otra parte. Miró de soslayo a Cantahojas, que tenía la tez de un feo tono verdoso por debajo de los tatuajes.

—¿Te vas encontrando mejor? —le preguntó.

—E-eso creo. —La mujer asintió—. Parece que ya ha pa-pasado lo...

Cantahojas abrió los ojos como platos, cayó de rodillas y volvió a vomitar por todo el suelo. Sidonio estaba tumbado sin moverse, incapaz de gemir siquiera mientras el vómito le caía en las sandalias. Carnicero rodó para apartarse de las salpicaduras, con sus propios carrillos inflándose.

—Por lo menos, vacía las tri-tripas fuera... de la celda, hermana —protestó.

—Vetalamierda —gimoteó Cantahojas, con un largo hilillo de baba y vómito colgándole de los labios—, antes de que suelte u-un tortazo en tu fea...

De la boca de Cantahojas emergió un nuevo torrente de vómito, que en esa ocasión alcanzó a Despiertaolas, quien a su vez se puso de rodillas y apuntó para arrojar el contenido de su estómago a través de los barrotes. El hedor inundó a Mia en asquerosas y cálidas olas, obligándola a ponerse de puntillas, apretar los labios entre los barrotes e inhalar el aroma de la sangre y la mierda de caballo que llegaba desde fuera, que en comparación con lo de dentro era agradable.

—Por las Cuatro putas Hijas —renegó.

—Reza todo lo que quieras —dijo una voz brusca—, pero me temo que no

escuchan.

Mia se volvió hacia el *executus* Arkades, que estaba fuera de la celda con los brazos en jarras. Contemplando la paja empapada de vómito y a sus mejores gladiatii tendidos en ella como los heridos después de una guerra. A su lado estaba Larva, con la nariz arrugada por la peste mientras observaba a los gladiatii caídos. La dona Leona estaba más atrás, con un vestido de hermosa seda escarlata y una expresión de asco absoluto.

—Por el bendito Aa —dijo la *domina*—. ¿Todos ellos?

—Menos Bryn y Byern —respondió Arkades, y miró a Mia—. Y Cuervo. Incluso Furiano ha estallado por ambos lados. Solo Aquel que Todo lo Ve sabe qué lo ha provocado.

Mia permaneció con el rostro pétreo y sostuvo la mirada a Arkades con una expresión lo bastante inocente como para avergonzar a una iniciada de la Hermandad de la Llama.[32] Por supuesto, sabía muy bien lo que había provocado el brote de angustia intestinal entre sus hermanos y hermanas del *collegium*. Ashlinn había echado mucho más contratiempo en su tardera del que le habría gustado a Mia; los resultados no tenían por qué ser tan explosivos, la verdad. Pero Ash no fue la mejor alumna de Mataarañas.

—Intoxicación alimentaria —afirmó Larva, arrodillada junto a un charco de vómito. Metió la mano entre los barrotes y apretó la palma contra la frente sudada de Carnicero—. No será letal, creo. Pero desearán estar muertos antes de que termine.

—Cu-cuando tú... vas, yo vuelvo, que-querida —gimió Despiertaolas, conteniendo un eructo.

—¿Cómo es que tú no estás enferma? —preguntó la dona Leona a Mia.

—Ayer no tomé la tardera, *domina* —respondió Mia—. Estaba muy nerviosa por los juegos.

—¡Por el abismo y la sangre! —exclamó Leona—. Tendría que mandar

azotar a ese cocinero. Nos faltan tres laureles para el Magni, este es el primer *venatus* en el que mi padre y yo enfrentamos a nuestros *gladiatii* entre sí y mis hojas más afiladas están enfermas como grumetes novatos. —Una repentina idea entrecerró sus ojos y se volvió hacia Arkades—. ¿Crees que esto puede haberlo orquestado él?

El *executus* se rascó la barbilla, pensativo.

—Es posible, aunque...

Sidonio se echó atrás contra la pared cuando un torrente de vómito explotó desde sus entrañas, y Larva y Leona retrocedieron ante la repugnancia. La dona sacó un pañuelo perfumado de su vestido y se lo llevó a la boca, mientras el enorme itreyano gemía una disculpa casi indescifrable y, acto seguido, se cagaba en el taparrabos.

—Así no pueden combatir, *domina* —dijo Larva en voz baja.

—No —convino Arkades—. Sería una masacre. Ni uno solo se mantiene en pie.

—Yo me mantengo en pie —respondió Mia.

Los tres la miraron en silencio. Leona entornó los párpados.

—Puedo ganar —aseguró Mia.

Arkades movió la cabeza a los lados.

—Mira bien desde esos barrotes, chica. ¿Te llama la atención algo de este estadio?

Mia observó las arenas y a continuación sus ojos recorrieron los muros, la multitud. Estaban recogiendo los restos de la competición de *equillai*, desmontando los objetivos, retirando los postes. El público daba golpes con los pies en el suelo, impaciente por que empezara el próximo combate.

—Cristal roto —dijo Mia, y dio media vuelta para mirar al *executus*—. Y braseros. En el muro que delimita la arena.

—¿Y qué te dice eso?

—Que o bien los *editorii* no quieren que el público baje a la arena o bien no quieren que lo que sea que van a liberar en la arena llegue al público — respondió Mia.

—Casa de fieras —dijo Arkades—. Es el tema de este *venatus*. Bestias de todos los rincones de la república, enfrentadas entre ellas y contra *gladiatii* para diversión de la muchedumbre. —El fornido *executus* cruzó sus brazos inmensos y la cicatriz de su cara pareció más profunda cuando frunció el ceño—. ¿Tienes la menor idea de a qué te enfrentarías ahí fuera?

Mia se encogió de hombros, fingiendo ignorancia.

—Por el abismo, sea lo que sea, no puede oler peor que aquí dentro. — Miró a Leona y apretó la mandíbula—. Vuestros *equillai* acaban de perder contra los hombres de vuestro padre, *domina*. Y solo una de vuestros *gladiatii* puede empuñar una espada. Si ansiáis unos laureles de vencedor o tenéis algo que demostrar, parece que solo os queda una opción.

Los ojos de Leona se habían estrechado al oír las palabras «algo que demostrar». Pero Mia estaba diciendo la verdad y solo había una manera de que Leona pudiera llevarse el monedero del vencedor en aquel *venatus*. Solo una manera de recuperar una parte de lo pagado, de obtener cierta gloria, de acumular un nuevo laurel para que su *collegium* pudiera tener un puesto en el Magni.

Mia y Ashlinn lo habían planeado para que así fuese, a fin de cuentas.

Una parte de Mia seguía sin confiar en su cómplice. Seguía esperando a que llegara la puñalada traperera. Pero Ash le había dicho la verdad, porque Eclipse la había confirmado. Y había envenenado a los demás *gladiatii* para convencer a Leona de que Mia era su única esperanza de llevarse la victoria que con tanto desespero necesitaba. Pero aun así...

Aun así...

—*Executus* —dijo Leona, sin apartar sus ojos de los de Mia—, dile al

editorii que nuestra Cuervo luchará por el *collegium* de Remo en la Última. No sacaremos a ningún otro *gladiatii* este giro.

—Mi dona, para la Última teníamos asignado a Furiano. Un cambio con tan poco tiempo...

—Pagué por un puesto en este *venatus* —masculló Leona—. No permitiré que las frías manos del destino me roben mi victoria. Si los *editorii* tienen algún problema con mis arreglos, díles que vengan a explicármelo en persona. Pero, por Aquel que Todo lo Ve y sus sagradas putas Hijas, adviérteles que más les vale traerse un par de pelotas adicional, porque pienso arrancárselas y ponérmelas de pendientes. —Llamó la atención sobre su ropa con un pase de la mano—. El rojo complementa muy bien con el color de mi vestido.

Larva casi se echó a reír y Arkades trató de ocultar su sonrisa tras la barba.

—Vuestro susurro, mi voluntad —murmuró.

Con una reverencia y llevándose la mano al corazón, el *executus* salió cojeando a buscar a los *editorii* y Larva a buscar agua para limpiar aquel desastre. Leona se quedó en la humedad y el hedor, mirando a Mia entre los barrotes con sus relucientes ojos azules.

—Arriesgo mucho contigo, pequeña Cuervo.

—Es un riesgo solo si no gano, *domina* —replicó Mia—. Y a decir verdad, no tenéis nada que perder.

—No lo olvidaré si me fallas —advirtió Leona.

Poniéndose la mano en el corazón, Mia se inclinó casi hasta el suelo.

—Y confío en que no lo olvidaréis cuando no lo haga —respondió.

Los combates habían sido salvajes, sangrientos, soberbios. El público estaba ebrio de vino, de matanza, y sus rugidos reverberaban a través de la piedra encima de la cabeza de Mia. Los guardias ya estaban declarando que aquel

venatus era el mejor que se había visto en Vigilatormenta, que los *editorii* habían vuelto a superarse a sí mismos.

Los espectadores se habían emocionado cuando una horda de *gladiatii* dio caza a un lobo de sable de tres toneladas por un mar de hierba alta que había surgido de las arenas a una orden. Habían aullado de gozo cuando los *gladiatii* de los *collegia* de Leónidas, Trajano y Filipi se enfrentaron sobre una red de cables movedizos tendidos sobre la arena mientras una manada de osos blancos vaanianos merodeaban debajo y hacían trizas a los guerreros que caían. Se había atado a presos del estado a postes para que los ejecutara una bandada de sangralcones ashkahi hambrientos. Un grupo de *gladiatii* con tridentes y redes había combatido contra un auténtico kraken de arena vivo ante la bramante multitud.[33] Y con los vientos de la nuncanoché empezando a soplar desde el océano y el giro llegando a su fin, el estadio se preparaba para la Última.

Nadie sabía qué podría superar al kraken de arena, aunque todo el mundo salivaba de expectación. Daban patadas en el suelo a la vez, y el ritmo resonaba hasta los pozos mekkénicos de debajo de la arena. Y entonces, como en respuesta, retumbando desde las profundidades, llegó un trémulo y escalofriante fragor.

—¡Ciudadanos de Itreya! —se oyó por los cuernos del estadio—. ¡Honorables Administratii! ¡Senadores y nacidos de la médula! ¡Demos las gracias a nuestro estimado cónsul, Julio Scaeva, por financiar la Última que cerrará este glorioso *venatus*!

El público rugió aprobador, y a Mia le rechinaron los dientes al oírlos entonar el apellido de Scaeva. Apartó al cónsul de su mente y se centró solo en la tarea que tenía por delante. Ningún luchador de la celda en la que estaba tenía ni la menor idea, pero Mia sabía exactamente lo que les esperaba bajo el

suelo. E incluso con esa ventaja que se había procurado, sabía que en ese combate iba a jugarse la vida.

Llevaba una manga de malla en el brazo derecho, hombreras y grebas de hierro, faldilla de cuero y peto. La armadura serviría de bien poco contra el enemigo al que iba a enfrentarse, pero era mejor que luchar con el culo al aire y una sonrisa en la cara. Su yelmo tenía plumas rojas, del color del estandarte de su *domina*. Del estandarte de Remo. Saberlo la irritaba pero, de nuevo, lo echó a un lado. Allí no había lugar para el orgullo. No había lugar para el dolor. Solo acero. Y sangre. Y gloria.

Las espadas en sus manos la hacían sentirse como en casa. Eran de buen acero liisiano, afiladas como cuchillas. Las iba a necesitar, además de toda su fuerza, para sobrevivir a lo que la esperaba.

—¡Ciudadanos! —exclamó la voz—. ¡Contemplad a vuestros gladiatii! ¡Escogidos entre los mejores *collegia* de la república para combatir y morir por la gloria de sus *domini*! ¡Desde el *collegium* de Tácito, os presentamos a Apio, el Flagelo del Bosque Antiguo!

El rastrillo que tenían delante se sacudió y se elevó con un chirrido metálico. Un hombre inmenso pasó junto a Mia y salió dando zancadas a la arena, alzando su lanza y su escudo hacia los vítores del público. Su yelmo tenía forma de cabeza de lobo, y la luz de los soles se reflejaba en sus brazales y su peto de acero.

—¡Desde el *collegium* de Liviano, Portacenizas, el Terror del Mar Silencioso!

Un gladiatii *dweymeri* salió a la arena, levantando un azadón más largo que Mia. Recorrió el borde de la arena dando pisotones al suelo y el público le siguió el ritmo hasta que el mundo entero pareció hecho de trueno.

Y continuó así. Se anunció cada *collegium* y unos temibles gladiatii con títulos igual de temibles fueron ocupando sus lugares, encendiendo a la

multitud con sus gestos teatrales. Mia reparó con interés en que Leónidas no iba a desplegar a ningún guerrero en la Última, algo poco habitual para un *collegium* de renombre. Se preguntó si el sanguila habría recibido algún soplo sobre la naturaleza de su enemigo.

Ya había más de dos docenas de luchadores en la arena cuando Mia oyó al *editorii* proclamar:

—Desde el *collegium* de Remo...

—¡Furiano! —gritó alguien.

—¡El Invictoooo! —gritó otro alguien.

—¡Cuervo! —vociferó el *editorii*.

Mia salió a la luz de los soles alzando sus espadas gemelas sobre la cabeza. El público la recibió con confusión, algún aplauso suelto y unos pocos abucheos de la gente que esperaba al campeón del *collegium* de Remo y no a una chica flacucha de la mitad de su tamaño. Ni uno solo de ellos tenía la menor idea de quién era Mia.

«Pronto. —Mia apretó los dientes y se juró a sí misma—: Pronto hasta el propio cielo sabrá mi nombre.»

En un grandioso palco al borde de la arena, Mia vio al gobernador de Vigilatormenta, rodeado por las élites de la ciudad. En otro palco aparte estaba de pie un *editorii*, ataviado con la tradicional túnica de color rojo sangre ribeteada de dagas doradas. Tenía un gato gris como el humo hecho un ovillo en el hombro, contemplando los acontecimientos con un claro aire de aburrimiento. El hombre hablaba por un gran cuerno y su voz se oía amplificada por todo el estadio.

—¡Y ahora, gentiles amigos, apaciguad los corazones! —exclamó—. ¡Niños, apartad la mirada! Traído desde las profundidades de los Susurriales ashkahi por orden de nuestro glorioso cónsul, un horror contaminado por la

corrupción que puso de rodillas al viejo imperio. ¡Contemplad, ciudadanos de Vigilatormenta, vuestra Última!

Mia sintió temblar el suelo y oyó que empezaban a moverse los enormes mekkenismos que había bajo la arena. Asomaron del suelo unos salientes de roca parecidos a dientes, altos y puntiagudos. El centro del estadio se abrió en dos y la arena cayó en cascada a las profundidades mientras se ensanchaba un agujero. Y, alzándose como del mismísimo abismo, emergió de él un horror como Mia no había visto jamás.

—Por el abismo y la sangre —dijo una voz a su lado.

Mia miró al gladiatii dweymeri, el hombre llamado Portacenizas. Tenía los ojos desorbitados. Su enorme azadón le temblaba en las manos.

El monstruo profirió un rugido tan ensordecedor que sacudió hasta el suelo. El público respondió poniéndose de pie, vitoreando, aullando, cautivado. Ni uno solo de ellos había visto nada igual, pero todos habían oído las historias. La pesadilla de lo más profundo del desierto. Más aterrador que los krakens de arena. Más temible que cien espectros de polvo. Una palabra que provocaba el pánico en todos los caravaneros y mercaderes que recorrían los eriales ashkahi.

—Un arcadragón —susurró Portacenizas.[34]

La bestia rugió de nuevo, elevando el extremo de su cuerpo que Mia supuso que sería la cabeza. Tenía la piel picada, agrietada y marrón como el cuero viejo. Moviéndose como una especie de oruga obscena, se abalanzó hacia la muchedumbre, que estalló en chillidos. Pero el monstruo estaba sujeto a la arena por un collar de hierro y gruesas cadenas, y no podía ni acercarse al público. Cuando se dieron cuenta de que no corrían peligro, los asistentes prorrumpieron en aplausos, vítores y cánticos.

Con todos los ojos puestos en el monstruo, Mia dio media vuelta y cruzó la arena dando treinta zancadas, hasta detenerse bajo una estatua de Tsana que

había en el muro interior. Clavó las espadas en tierra, se arrodilló y agachó la cabeza como si rezara a la diosa. Pero con la mano derecha, empezó a rebuscar entre la arena bajo el muro.

Al principio no encontró nada. Su sombra titiló y su estómago se inundó de frío, mientras la idea de que Ashlinn la había traicionado se elevaba como un espectro de polvo al fondo de su...

«No.»

Sus dedos palparon algo suave. Cuero.

«Ahí está.»

Sacó de la arena una bolsa de cuero llena de objetos esféricos y la escondió bajo su hombrera.

El *editorii* levantó las manos, pidiendo silencio.

La multitud se quedó quieta como una represa de molino.

El hombre dio una bocanada de aire que se oyó por todo el estadio. Su gato se limitó a bostezar.

—¡Que empiece la Última! —gritó.

El público bramó, ensordecedor y eufórico. La bestia encadenada en el centro de la arena reaccionó retorciéndose, moviendo la ciega cabeza de lado a lado mientras su estómago bullía en su garganta, desesperado por consumir la presa que podía sentir pero no alcanzar. Y en respuesta, profirió otro rugido que quebró los cielos.

Y ni un solo *gladiatii*

movió

un

solo

músculo.

—... *no se les puede reprochar, en realidad...* —llegó un susurro al oído de Mia mientras ocupaba su lugar entre sus compañeros.

La multitud empezó a impacientarse y se oyeron abucheos mientras los gladiatii seguían paralizados, aunque algunos estaban moviéndose en círculo en torno al arcadragón, que daba bandazos y gruñía.

—¡Matadlo! —vociferó alguien.

—¡Luchad, cobardes!

De pie al lado de Mia, Portacenizas se picó al oír la palabra «cobarde». Miró hacia las gradas, hacia su *domini* en los palcos de los sanguilas. Levantó su azadón y gritó a viva voz: «¡Connmigo!», y se abalanzó contra la bestia. Otros gladiatii siguieron su llamada, Mia entre ellos, y corrieron entonando gritos de batalla. Atacaron al arcadragón desde cuatro lados, dándole tajos y estocadas con lanzas y espadas. Mia escogió un flanco y salió de detrás de un colmillo de piedra para hundir sus hojas hasta la empuñadura. Portacenizas se lanzó a la carga, blandió su azadón y abrió un gran agujero sangriento en la piel del monstruo. Y con un repulsivo y húmedo sonido, parecido a un eructo, el arcadragón se encabritó y escupió su estómago sobre los hombres que tenía delante.

La carne era de un rosa podrido, casi líquida, que salpicó contra el suelo y se extendió en zarcillos que parecían dedos. Apio quedó sepultado del todo bajo la inundación de entrañas; Portacenizas, hundido hasta la cintura, chillaba mientras su carne empezaba a arder en el ácido que lubricaba las tripas del arcadragón. Atacó de nuevo con su azadón, aporreando la masa esponjosa. El estómago siguió reptando por el suelo, casi como si tuviera mente propia, extendiendo pegajosos tentáculos que atrapaban a los gladiatii. Y por fin, con un sonido hueco y apresurado de succión, el monstruo volvió a absorber sus entrañas, arrastrando a media docena de hombres que chillaban con ellas. El público rugió de deleite y repulsión.

En el flanco del animal, Mia volvió a clavar sus hojas hasta la guarnición y sintió estremecerse al monstruo. Tenía la sangre de un rojo oscuro, casi negro,

que se le pegó en los brazos hasta los codos. Mientras el gigantesco ser rodaba y se revolvía, Mia se llevó la mano a la hombrera, al interior del saquito que Ashlinn había escondido en la arena. Buscó en su interior, cerró el puño, lo sacó y vio que tenía tres esferas de brillante cristal rojo en la palma de la mano.

Era un regalo que les había hecho Mercurio antes de su partida.

Vydriaro.[35]

Sacó la espada, metió el puño en la herida y hundió las esferas en el músculo del monstruo. El arcadragón rugió de dolor y rodó de lado para aplastar a Mia. La chica lo esquivó arrojándose al suelo y evitó por muy poco que el arcadragón la hiciera picadillo contra un colmillo de piedra con un latigazo de su cola. El vydriaro se activaba por presión, normalmente lanzándolo contra una pared o el suelo, pero Mia confiaba en que el peso y el movimiento de los propios músculos del animal bastaran para romper los enlaces arkímicos que mantenían el cristal en estado sólido. Mientras se levantaba con dificultad para poner pies en polvorosa, oyó una explosión amortiguada que casi se perdió entre las voces del público y los rugidos del monstruo. Un burbujeante chorro de sangre y carne emergió del costado del arcadragón cuando estalló el vydriaro.

La multitud vitoreó. No tenían ni idea de lo que había ocurrido, solo sabían que Cuervo había herido al monstruo. El arcadragón aulló con el esófago ardiendo, y el hedor de la sangre, las cenizas y el ácido anegó a Mia en oleadas.

—... *CREO QUE LO HAS ENFADADO...*

—... *siempre tan observadora, querida chucha...*

—... *SIEMPRE TAN LISTILLO, PEQUEÑO MININO...*

—... *los halagos no te servirán de nada...*

El arcadragón volvió su cabeza ciega hacia Mia y soltó un terrible aullido.

La chica corrió de vuelta al grupo de gladiatii, buscando cobertura entre las rocas e intentando salir del alcance de la cadena del arcadragón. El monstruo serpenteó en persecución de Mia y estrelló su colosal corpachón contra la arena en un intento de aplastarla. El suelo se sacudió e hizo tropezar a Mia. Había otros gladiatii descargando golpes contra la bestia, pero esta parecía tener toda su atención puesta en quien más la había herido. Desesperada, Mia se volvió y extendió la mano mientras seguía retrocediendo de espaldas, intentando atrapar al monstruo con su propia sombra inmensa hasta haber salido del alcance de la cadena.

La reacción fue instantánea. Aterradora. El ser colosal se quedó quieto, como si se le hubiera tensado de golpe hasta el último músculo. Con un rugido que quitaba el habla, embistió por la arena directo hacia Mia, con la boca distendida y su baba corrosiva siseando cuando se revolvió contra sus ataduras. Y con un chirrido de metal torturado y el agudo sonido del acero al partirse, la cadena que ataba la bestia al suelo se separó en dos mitades limpias.

—... *ay, mierda...*

—... *AY, MIERDA...*

—¡Ay, mierda!

El arcadragón culebreó, demasiado mastodóntico para que Mia lo retuviera con su sombranismo. Se arrojó a un lado cuando la cola del animal barrió la arena en un amplísimo arco de guadaña que hizo añicos la piedra y convirtió en pulpa a los gladiatii que encontró. A Mia solo la rozó, y aun así la estampó contra un saliente rocoso. Estallaron estrellas negras en su visión. Perdió su agarre de las sombras al caer y el arcadragón rugió con incandescente ira.

—Me... —Mia parpadeó con fuerza y escupió el polvo que tenía en la lengua—. ¿Me ha oído?

—... *CUANDO HAS LLAMADO A LA OSCURIDAD...*

—... *interesante*...

La bestia aulló de nuevo, al parecer furiosa, con la piel abultándose por las entrañas que burbujearon y eructaban en su garganta. Pero ya sin sombras que lo distrajeran y cayendo en la cuenta de que ya no había nada que lo retuviera, el arcadragón volvió su cabeza ciega hacia las vibraciones de la multitud enardecida que cantaba y vociferaba. Y cuando el público también cayó en la cuenta de que la cadena del gigantesco animal se había roto, montaron en un estridente y rabioso pánico.

Mia alzó la mano hasta su hombrera y se le heló la sangre en las venas al comprobar que la bolsa de *vydriaro* ya no estaba. Buscó a su alrededor en la arena mientras el arcadragón serpenteaba hacia el muro, coronado por unos trozos de cristal roto y unos braseros que resultaban lamentables a la vista del tamaño y la ferocidad del monstruo. Media docena de legionarios *Luminatii* salieron corriendo a la arena, con sus espadas de acero solar desenvainadas, y cargaron a los gritos de: «¡Por la república!» y «*Luminus Invicta!*». En apariencia, sin importarles un comino ninguna república, ninguna luz ni básicamente nada, la bestia vomitó su estómago otra vez y sepultó al pelotón entero en una maraña de rosa podrido y ácido ardiente.

El sudor hacía que a Mia le picaran los ojos, y los chillidos de la multitud eran casi ensordecedores. El estadio a su alrededor se había convertido en una confusión absoluta de gente corriendo hacia las salidas o paralizada en sus asientos y gritando de terror.

El arcadragón alzó la cabeza en el aire y bramó, con la cadena rota colgándole del cuello. Otros veinte legionarios con espadas y escudos salieron a la carga desde un rastrillo de hierro, pero con un solo barrido de su enorme cola, el monstruo los hizo a todos picadillo contra el muro. Su piel gruesa y correosa estaba perforada en una decena de lugares por lanzas y espadas, y una sangre oscura manaba de las heridas.

—... *bueno, esto está yendo de maravilla...*

—¿Sabes? Es muy fácil criticar, ahí sentado —resolló Mia, y rodó para ponerse bocabajo, con la cabeza pitando aún.

—... *y también extrañamente satisfactorio...*

—... *ESO DÍSELO A LAS PERSONAS QUE ESTÁN A PUNTO DE SER DEVORADAS...*

—... *¿qué sentido tendría, si puede saberse?...*

El arcadragón había llegado al muro que bordeaba la arena, sus veinticinco metros de longitud ondulando como un grotesco engendro de polilla. Se alzó sobre la barricada de tres metros sin el menor problema y su cabeza sin rasgos giró por encima de un grupo de espectadores aterrados mientras su esófago burbujeaba al inhalar. Mia se levantó del polvo, con el cráneo palpitando, y vio los cuerpos de los gladiatii muertos salpicados y manchados en todas las direcciones. Buscó entre los cadáveres y encontró una lanza larga con el mástil aún intacto. El condenado yelmo solo servía para ofuscarle la visión, pero no se atrevía a quitárselo por si daba la casualidad de que algún siervo de la Iglesia Roja le veía la cara. De modo que, con una silenciosa plegaria a la Negra Madre, echó atrás el brazo y arrojó la lanza con todas sus fuerzas.

El arma surcó el aire trazando un arco perfecto y la punta de acero resplandeció a la luz de los soles antes de clavarse en el cuello del arcadragón. La criatura bramó y sacudió la cabeza para quitarse aquel mondadientes, salpicando sangre negra. Y llamando de nuevo a la oscuridad acumulada debajo del monstruo, Mia aferró su sombra.

—¡Eh! —gritó—. ¡Hijo de puta!

El arcadragón se estremeció, y un profundo y atronador gemido hizo temblar toda su longitud. Olvidada la gente de las gradas, la bestia volvió su ciega cabeza hacia Mia y quebró el aire con un rugido hueco y fragoroso.

—... *ya tienes su atención...*

—Excelente. —Mia recogió dos espadas de la arena ensangrentada—. Pero ¿qué coño voy a hacer con ella?

CAPÍTULO 18

GLORIA

Por mucho que lo intentara, Mia no lograba mantener quieta a la bestia.

Como un gigante apartando a un bebé indefenso, el arcadragón se liberó del sombranismo de Mia. La inmensa mole se separó del público y culebreó hacia ella. Abrió la boca como en un bostezo y un tembloroso rugido se desplegó desde la oscuridad de sus tripas. Las espadas gemelas de acero liisiano que Mia llevaba en las manos bien podrían haber sido palas de untar mantequilla, y su sombra titiló mientras sus pasajeros se le bebían el miedo.

Dejándola fría.

Dura.

Audaz.

Pensó a toda prisa. Sus ojos recorrieron el muro de las gradas, los peñascos partidos, la arena ensangrentada, el monstruo que se cernía sobre ella. Y por fin lo vio, medio enterrado en una acumulación de piedra rota y polvo que había entre ella y la monstruosidad.

Su saquito de vydriaro.

Arraigó una idea. Demencial, suicida. Pero sin miedo, sin pensarlo, sin desperdiciar ni una bocanada de aire, la chica alzó sus espadas. Con sudor en los ojos, el pelo pegado a la piel polvorienta y retrayendo los labios de los

dientes, Mia se lanzó a la carga con un grito aterrador, en línea recta hacia el encolerizado arcadragón.

El temeroso público se quedó callado, admirado, con los ojos puestos en aquella motita de chica que corría de cabeza hacia el horror de las profundidades desérticas. La bestia alzó su colosal corpulencia y un espantoso eructo emergió de su gástrico. Mia aceleró entre la mezcolanza de cuerpos rotos, piedra rota y armas rotas que salpicaba la arena, y dio un hábil salto por encima de su saquito de vydriaro, medio enterrado en el polvo. Entonces el arcadragón abrió sus fauces y derramó sus entrañas por todo el suelo.

Envolviéndola por completo.

En los giros venideros, los siguientes momentos serían el tema de incontables relatos de taberna, debates alrededor de una tardera y peleas de bar por toda la ciudad de Vigilatormenta.

Habría quienes jurarían que vieron a la chica lanzarse a un lado, demasiado rápida para seguirla con la vista, y esquivar la lluvia de tripas de la bestia. Otros afirmarían que, entre tanto polvo y sangre y caos, era casi imposible saber lo que había pasado, aparte de que ella se movía rauda como el rayo. Y habría otros, a la mayoría de los cuales nadie haría caso por locos y borrachos, que jurarían por Aquel que Todo lo Ve y sus Cuatro Hijas sagradas que aquella chica escuchimizada, aquel daimón vestido de cuero y malla, simplemente desapareció. Un instante estaba sepultada por las tripas del arcadragón y, al siguiente, a tres metros de distancia en la larga sombra que el monstruo proyectaba en la arena.

Mia se tambaleó y la oleada de vértigo estuvo a punto de derribarla de rodillas. Solo la adrenalina y la tozudez la mantuvieron en pie, medio trastabillando, medio corriendo, con el pecho en llamas y la cabeza dando vueltas. La criatura recuperó sus entrañas, tragándose los cadáveres de gladiatii aplastados, las armas caídas y la bolsita de cuero llena de brillantes

orbes de vydriaro. Mia trepó a un peñasco partido, saltó al lomo del arcadragón y le hundió las espadas en la carne para equilibrarse. El enorme animal se revolvió debajo de ella, mientras Mia tanteaba en busca de un apoyo para levantarse y avanzaba a trompicones por su lomo hacia su cabeza, que de nuevo empezaba a alzarse hacia el cielo. La muchedumbre vociferaba, el arcadragón rugía y el pulso de la propia Mia atronaba, pero, por debajo de todo ello, a través de esa cacofonía, de esa ensordecedora confusión, a ella le pareció entreoír algo muy al fondo de la panza del monstruo.

Una sucesión de húmedos y minúsculos estallidos.

El arcadragón se quedó quieto y un temblor recorrió su cuerpo. Mia trepó gateando a su cuello, tiró a un lado una de sus hojas y se aferró a una lanza rota que estaba clavada en la piel correosa. Aferrándose al animal con los muslos y las uñas y la cabezonería, echó atrás su acero liisiano y, con un grito, lo clavó en la carne de detrás de la diminuta oreja del arcadragón.

La criatura berreó y una burbuja de sangre que se había acumulado desde su esófago estalló en su boca. El público no tenía ni la menor sospecha del vydriaro que se había tragado, ni la menor idea de que la explosión había convertido buena parte del interior del arcadragón en una sopa sanguinolenta. Lo único que sabían era que, ante sus ojos perplejos y sus bocas abiertas de la impresión, la chica hincó su espada, la bestia se meció de un lado al otro como un borracho en el retrete y, con un borboteante suspiro, cayó muerta y quieta al suelo.

El golpe resonó por todo el estadio y el polvo se alzó alrededor de la criatura. Pero con el viento de la nuncanoché soplando desde las gradas, cruzando la arena empapada de sangre, la neblina se dispersó para revelar una sola silueta, de pie sobre la cabeza del monstruo muerto.

Jadeando, sangrando, Mia se agachó y arrancó su hoja de la piel de la

bestia. Y volviéndose con dificultad hacia los boquiabiertos espectadores, muy despacio, la alzó hacia el cielo.

El silencio cubrió las arenas. Hueco y quedo. Nadie del público podía creerse lo que estaba viendo, ya no digamos hablar. Hasta que por fin, un niño pequeño que iba en brazos de su madre señaló a la chica ensangrentada que estaba en el centro de la arena, con los ojos castaños muy abiertos.

—¡Cuervo! —llegó su grito, débil y agudo.

Un hombre que estaba a su lado miró al chico y, dirigiéndose a quienes tenía alrededor, exclamó:

—¡Cuervo!

La palabra empezó a repetirse, como un eco, a medida que más y más gente adoptaba el vitor. Decenas, luego cientos y luego millares, todos entonando al unísono como un juramento, como una oración:

—¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!

Mia recorrió cojeando el lomo del cadáver del arcadragón, espada en alto, mientras el público pateaba el suelo al ritmo de su cántico, más y más deprisa, emborronando la palabra y el trueno de sus pies.

—¡CuervoCuervoCuervoCuervoCuervo!

Mia rugió con ellos, notando cómo la euforia y el orgullo le inflaban el pecho.

—¿Cómo me llamo? —chilló.

—¡CuervoCuervoCuervoCuervoCuervo!

—¿CÓMO ME LLAMO?

—¡CUERVOCUERVOCUERVOCUERVOCUERVO!

Mia cerró los ojos, empapándose del griterío, dejando que calara a través de su piel.

Sanguii e Gloria.

Se volvió hacia los palcos de los sanguilas y vio a la dona Leona de pie,

aclamándola. Miró hacia las celdas de gladiatii y vio a Sidonio, Cantahojas y Carnicero contra los barrotes, aullando su nombre y aporreando el hierro. Y por último, arriba entre la multitud, entre un mar de rostros sonrientes, vio a una chica. Largo cabello pelirrojo. Ojos tan azules como el cielo despejado. Y con una sonrisa tan brillante como los soles en lo alto, Ashlinn levantó la mano con los dedos extendidos.

Y envió un beso a Mia.

Los miembros del *collegium* de Remo comieron como nacidos de la médula esa nuncanoché. En las celdas de debajo del estadio habían dispuesto una larga mesa cargada hasta los topes de comida y vino, y los hermanos y hermanas gladiatii de Mia brindaron por su victoria como los lores y las damas de antaño. Furiano estaba sentado en la cabecera como un rey, tal y como le correspondía por su posición de campeón. Pero si aquello hubiera sido un reino, había pasado a tener también una reina. Sentada al otro extremo de la mesa, con unos laureles de plata coronando su melena oscura, Mia Corvere alzó su copa de vino y sonrió como una desquiciada.

Los gladiatii se habían recuperado bastante del envenenamiento y estaban alentados por la adrenalina de la victoria de Mia. Bebieron mucho y comieron muy poco, mientras relataban la batalla una y otra vez. Sidonio alardeaba de ella en voz tan alta que cualquiera diría que había derrotado él a la bestia. Envolvió el cuello de Mia con aquel brazo grueso como una pierna y declaró que el suyo había sido el triunfo más grandioso que había visto jamás sobre la arena.

—¡Aquí está esa zorrita grandiosa! —rugió.

—¡Suéltame, patán! —Mia sonrió de oreja a oreja mientras lo apartaba.

—¡Nunca había presenciado nada igual! —exclamó Sid—. ¿Y tú,

Cantahojas?

—No. —La mujer sonrió y alzó su copa—. En la vida.

—¿Despiertaolas?

—¡Una victoria digna de Pitias y Próspero! —proclamó el hombretón.[36]

—¿Y tú, Carnicero? ¿Qué me dices, Otho?

—No —respondieron ambos—. Nunca.

—¡Por Cuervo! —bramó Sid, y en toda la celda se levantaron copas en respuesta.

Solo Furiano se quedó callado, bebiendo su vino a sorbitos, como si estuviera envenenado.[37] Sus ojos no se apartaban de los de Mia, impregnados de acusación y fría ira. Aunque el campeón había estado enfermo, Mia era consciente de que tenía que haber visto su batalla, y seguramente habría sentido cómo llamaba a la oscuridad. Pero no podía negarse que la victoria de Mia había sido gloriosa y, por mucho que le escociera ver aquellos laureles en su frente, el Invicto tuvo la sabiduría de guardarse la bilis tras los dientes.

A veces Mia miraba al otro lado de la mesa del banquete y, al clavar sus ojos negros como la tinta en los del campeón, notaba crecer en su vientre el mareo y el hambre que sentía siempre en su presencia. En una de esas fugaces miradas hacia la cabecera de la mesa hizo una promesa silenciosa:

«Pronto.»

—¡Atención!

Los gladiatii se quedaron callados y se levantaron mientras el *executus* Arkades entraba en la celda acompañado de la *magistrae*. La dona Leona llegó detrás de ellos, con una brillante sonrisa en los labios.

—¡*Domina!* —ladraron los gladiatii.

—Descansad, mis Halcones. —La dona levantó las manos y les indicó que volvieran a sentarse—. No voy a apartaros de vuestra celebración. Las calles

resuenan con el nombre del *collegium* de Remo, y todos vosotros os habéis ganado este momento de gozo.

La dona sonrió mientras los gladiatii alzaban las copas y brindaban a su salud. Se había molestado en cambiarse de ropa, y llevaba un vestido sin hombros y un corsé a juego de hermoso terciopelo aplastado, del mismo tono rojo oxidado que su cabello. Mia se preguntó cuánta plata habría gastado en él la mujer. Cuántos vestidos habría llevado hasta allí desde el Nido. Cuánto estaría costándole aquel banquete de celebración y de dónde abismos estaba sacando el dinero. Si iba tan apurada como para plantearse vender a Mia a una casa de placer el giro anterior...

Mia observó a Arkades y vio que el *executus* paseaba la mirada por la comida y el vino con la misma preocupación en mente. Mia miró las joyas que rodeaban el cuello de la dona, el oro de sus muñecas, y la explicación que ya sospechaba cobró más peso.

«No sabe manejar el dinero. Creció entre riquezas, así que nunca aprendió el verdadero valor de las monedas ni llegó a entender cómo es la vida que te espera cuando se terminan. Lo único que le preocupa es la impresión que da a los demás. A su padre. —Mia miró a Leona de arriba abajo y suspiró para sus adentros—. ¿Habría terminado yo igual, si no hubieran matado al mío?»

Mia vio a Furiano observar a su *domina* por el rabillo del ojo, quizá esperando algún gesto de reconocimiento. Pero fiel a su farsa, alta y orgullosa y siempre tan tan digna, Leona no le concedió ni una sola mirada.

—Mi Cuervo —dijo la dona sonriendo a Mia—. Hablemos.

—*Domina*.

Mia siguió a Leona fuera de la celda, consciente de la incendiaria mirada de Furiano en su espalda. Arkades y la *magistrae* los siguieron, y la mujer cerró la puerta mientras Sidonio empezaba a narrar la batalla de nuevo, usando una jarra de vino y un mondadientes como utillaje.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Leona.

—Bastante bien —respondió Mia—. Gracias, *domina*.

—Soy yo quien debería dártelas —dijo Leona, con los ojos iluminados—. Nuestro *collegium* es la comidilla de la ciudad entera. El gobernador de Vigilatormenta en persona, Quinto Mesala, ha declarado que este ha sido el mejor combate que ha visto jamás la república, y que tú... —Leona apretó los hombros de Mia—. Que tú, mi belleza sanguinaria, mereces todos los halagos.

—Vivo para honraros, *domina* —dijo Mia.

Arkades entornó los ojos al oírlo, pero Leona parecía embelesada.

—El gobernador Mesala acostumbra a celebrar un banquete la nuncanoché después del *venatus* —dijo la dona—. Todos los nacidos de la médula y Administratii acuden a su *palazzo*, al que también invita a todos los sanguilas que sacan gladiatii a los juegos y a sus campeones. —Los ojos de Leona relucieron de virulento deleite—. Pero ha enviado una misiva personal en la que me pide que, además de a Furiano, te lleve a ti, para que todos puedan admirar a la Salvadora de Vigilatormenta.

—¿La Salvadora de Vigilatormenta? —musitó Mia.

—Suená bien, ¿verdad? —Leona soltó una risita—. Los trovadores ya están cantando sobre tu victoria en las tabernas de toda la ciudad. Serás el orgullo de la fiesta, la joya de mi corona. Y nos bañarán en dinero; las élites de la ciudad me arrojarán ofertas de patrocinio a los pies. Los ojos de todos los sanguilas estarán posados en ti, inflamados de envidia.

«Conque todos los sanguilas, ¿eh?»

—Los favoritos de Mesala siempre han sido los guerreros del *collegium* de mi padre —añadió Leona—. Lleva años cantando alabanzas de los Leones de Leónidas. Cómo va a irritarlo verme a mí en el asiento de honor, a la derecha de Mesala. —La dona se apretó los dedos contra los labios para reprimir su sonrisa enloquecida—. Imagínate la cara que pondrá ese viejo hijo de puta.

—Mi dona —advirtió la *magistrae*, amagando una mirada a Mia—. No deberías hablar de ese modo.

—Hum, sí. —Leona recobró la compostura, asintió y se alisó el vestido—. Te estoy distrayendo de tus festejos, mi Cuervo. Ve a celebrar tu victoria. Pero no bebas demasiado vino, ¿eh? Quiero que luzcas espléndida en el banquete de mañana.

«Como una mascota estimada —comprendió Mia—. Como una perra a los pies de su ama. Dispuesta a venderla en un instante si no ladra cuando se le ordena.

»Siéntate.

»Rueda.

»Hazte la muerta.

»*Muere.*»

Mia apretó los labios con fuerza. Pensó en su padre, balanceándose al final de su cuerda. En su madre, desangrándose en sus brazos. En su hermano pequeño, dando sus primeros pasos en un pozo sin luz y muriendo allí, en la oscuridad.

Pensó en Duomo.

Pensó en Scaeva.

«Los ojos en el objetivo, Corvere.»

Y mirando a los ojos a Leona, se inclinó con una mano en el corazón.

—Vuestro susurro, mi voluntad —dijo—, *domina*.

— ¡P or la puta Negra Madre, has estado genial!

Ashlinn corrió hacia Mia tan pronto como hubo entrado por la ventana de la taberna y la envolvió en un fuerte abrazo.

—Sí, sí.

Mia asintió y se zafó de la chica para echar las cortinas. Era la persona más conocida de Vigilatormenta, al fin y al cabo, y las calles seguían atestadas de juerguistas que celebraban el *venatus*. Los soles le quemaban los ojos, la paliza que había recibido aquella tarde estaba dejando cardenales y, tras el festín con sus hermanos y hermanas *gladiatii*, Mia se sentía no poco borracha. Miró la diminuta habitación y no vio sillas para sentarse, solo un sencillo catre con el colchón tan fino como una loncha de buen queso.

—No es precisamente la villa del cónsul, ¿eh?

—Todas las posadas, cuartos de alquiler y burdeles estaban llenos por el *venatus*. —Ash se encogió de hombros—. Ya me sonrió bastante la Madre cuando pude conseguir este cuartucho. No me preguntes cuánto pagamos por él. Menos mal que Mercurio nos dio todo ese dinero. Pero, en fin, ¡al abismo con la habitación, que acabas de matar a un coloso! ¡La ciudad entera habla de ti!

Mia se echó en la cama y empezó a frotarse las doloridas costillas.

—Sí —logró responder.

—Por el abismo y la sangre, Corvere —dijo Ash, dejándose caer en el colchón a su lado—. ¡Has matado a un arcadragón! ¡Has salvado la vida de cientos de personas delante de otras diez mil! ¡Leona tendría que estar tres veces loca y cinco botellas borracha para pensar siquiera en venderte ahora! ¿No estás contenta?

Mia se había hecho la misma pregunta de camino hacia allí, después de salir de las celdas de la arena dando un paso entre sombras. Debería estar contenta, sí. Aparte de que el arcadragón rompiera la cadena, todo había salido más o menos según su plan. Se había ganado el favor de Leona. Había asegurado patrocinadores para el *collegium*. Su nombre resonaba en las calles. Estaba un laurel más cerca del Venatus Magni, de los cuellos de Scaeva y Duomo.

Pero lo erróneo de todo ello la asediaba como un cáncer. Cada giro que

pasaba con la mejilla marcada le volvía más difícil pasar por alto a la gente que no podía zafarse de sus cadenas viajando por las sombras como ella. No solo los gladiatii. La república entera estaba engrasada por la maquinaria de la miseria humana. Desde que había abierto los ojos a ese hecho, no podía dejar de verlo. Ni quería.

Pero también sabía que no podía solucionarlo. Ni siquiera podía ayudar a los demás miembros de su *collegium* sin condenar su plan al fracaso. Ya había apostado demasiado para estar allí. Y no solo ella. Mercurio. Ashlinn también. Y todo por un bien mayor, ¿verdad? ¿Acaso no podía afirmar eso sin faltar a la verdad? ¿Que la república estaría mejor sin un tirano en la silla de cónsul?

¿Que todo el mundo estaría mejor con Julio Scaeva muerto?

Pero ¿qué les ocurriría a sus hermanos y hermanas del *collegium*, si de algún modo su plan funcionaba? Dos esclavos habían matado a su amo y los Administratii habían asesinado a todos los esclavos de su casa. ¿Qué harían sus compañeros de Nido del Cuervo si mataba a un cardenal y a un puto cónsul? Incluso si Mia lograba que su milagro se cumpliera, Sidonio, Bryn y Byern, Cantahojas... todos terminarían ejecutados.

Mia miró a Ash, que la estaba observando con aquellos brillantes ojos azules.

—Ha sido un giro largo, nada más. —Suspiró—. ¿Tienes tabaco?

Ash sonrió, buscó dentro de su falda y sacó la fina pitillera de plata de Mia. Tenía grabado el sello de la familia Corvere, un cuervo en pleno vuelo sobre dos espadas cruzadas. Se la había regalado Mercurio el día que Mia cumplió quince años. El metal estaba cálido por el contacto con la piel de Ashlinn.

Mia encendió un cigarrillo con un yesquero y suspiró gris.

—¿Dónde están Eclipse y Don Sabelotodo? —preguntó Ash.

—Eclipse vigila la calle. Don Majo está siguiendo a la dona Leona. Se celebra una gran velada en el *palazzo* del gobernador mañana. Leona intenta

conseguir patrocinadores y acabar con sus problemas de dinero de una vez por todas. El gobernador le ha pedido que me lleve con ella.

—Cómo no —dijo Ash, asintiendo—. Deberías haberte visto. El dichoso arcadragón parecía dispuesto a devorar a la mitad del público, y tú le sueltas una palabrota y se vuelve hacia ti como una serpiente. Increíble.

—Sí —murmuró Mia—, casi no me lo creo ni yo misma.

Dio otra calada al cigarrillo, negando con la cabeza. Ash seguía sonriendo, con los ojos relucientes al recordar la victoria de Mia. Extendió una mano y frotó las arrugas entre las cejas de Mia como si quisiera borrarlas. Mia la apartó de un manotazo.

—Por los dientes de las Fauces, ¿qué pasa? —Ash suspiró, exasperada—. Toda la ciudad brinda por ti. Has ganado un laurel, obtenido el favor de tu dona y garantizado el futuro del *collegium*. Ha salido todo como querías, y tienes la cara que parece una tormenta de verano.

Mia se mordió el labio. Dudó si debía decir algo. Miró a Ashlinn y sus ojos oscuros se iluminaron con un puntito de llama al dar una calada al cigarrillo. El vino de su estómago le había aflojado la lengua, pero la desconfianza que corría por sus venas mantenía su mandíbula cerrada.

—Por el abismo y la sangre, Mia, ¿qué te ocurre? —preguntó Ashlinn.

—El arcadragón —dijo Mia por fin.

—¿Qué pasa con él?

—En el desierto, fuera del Monte Apacible, cuando os perseguía a ti y a Remo hasta Última Esperanza... —Exhaló gris, esperando algún tipo de reacción al sacar el tema de su enfrentamiento hacía un año, pero Ashlinn se limitaba a escuchar—. Un kraken de arena atacó el carro de los Luminatii. Mató a muchos hombres de Remo.

—Lo recuerdo.

Mia respiró hondo y contuvo el aliento un largo y cargado momento.

—Lo hizo porque yo quise —dijo soltando por fin el aire.

Ashlinn parpadeó.

—¿Cómo?

Mia levantó los hombros.

—No tengo ni idea. Solo sé que, siempre que llamo a las sombras en los Susurriales de Ashkah, vienen los krakens de arena, y vienen enfadados. Y ese arcadragón ha reaccionado igual. He intentado retenerlo con su propia sombra y casi se vuelve loco. —Mia negó con la cabeza y dio otra calada—. Dicen los conocedores que a los krakens y a otros animales de los eriales ashkahi los deformaron los contaminantes mágycos que quedaron después de la destrucción del imperio.

«La Corona de la Luna.»

«La caída del Imperio Ashkahi.»

«Las monstruosidades que dejó atrás.»

—Estaba pensando... si tal vez está todo relacionado.

—¿Con la caída del imperio? —preguntó Ashlinn—. ¿Los tenebros?

Mia se encogió de hombros mientras crecía en ella la frustración de siempre. Casio no había averiguado nada sobre sí mismo. Furiano no quería ni intentarlo. Mercurio y la madre Drusilla habían dicho a Mia que era una Elegida de la Madre, pero ¿qué abismos significaba eso en realidad?

No había conocido a nadie capaz de darle alguna respuesta fiable. Pero aquel ser de la necrópolis de Galante... parecía saber algo más.

«TU VERDAD YACE ENTERRADA EN LA TUMBA. Y PESE A ELLO, TIÑES DE ROJO TUS MANOS PARA ELLOS, CUANDO DEBERÍAS ESTAR TIÑENDO DE NEGRO LOS CIELOS.»

—Es que estoy agotada y harta de no saber lo que soy, joder, Ashlinn.

—Bueno, eso es fácil —afirmó la chica, y extendió el brazo y apretó la mano de Mia.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Ashlinn sonrió—. Eres valiente. Y eres lista. Y eres hermosa.

Mia dio un bufido, negó con la cabeza y miró la pared.

—Lo digo en serio —insistió Ashlinn, que se acercó y dio un beso a Mia en la mejilla.

Mia giró la cabeza para mirarla, ojos oscuros clavados en un azul quemado por los soles. Ashlinn seguía estando cerca, y seguía aproximándose centímetro a centímetro. Un aroma a lavanda se desenroscaba desde su piel, su cabello rojo caía en cascada alrededor de su cara algo pecosa, y el estómago de Mia hormigueó al darse cuenta de que la chica pretendía besarla.

—Eres hermosa —susurró Ash.

Y cerrando los ojos, se acercó más y...

—No —dijo Mia.

Ashlinn se detuvo, los labios a solo un aliento de los de Mia. La miró a los ojos y luego a la boca.

—¿Por qué no? —susurró.

—Porque no confío en ti, Ashlinn —respondió Mia—. Y no quiero que creas que puedes llevarme a la cama para tenerme en tu bolsillo.

Ashlinn apartó la cabeza, en cuclillas, y miró incrédula a Mia.

—¿Crees que podría...?

—¿Hacer cualquier cosa para salirte con la tuya? —preguntó Mia—. ¿Mentir, hacer trampas, follar, asesinar?

Mia dio una larga calada al cigarrillo con los ojos entrecerrados. Notaba la lengua un poco torpe en la boca por el vino que había tomado en la tardera, pero ya la tenía demasiado suelta.

—Sí, Ash, ahí está el problema —dijo—, en que sí que lo creo.

Ashlinn salió despedida de la cama como si Mia le hubiera dado un golpe. Cruzó la estancia hasta llegar tan lejos como le permitieron las diminutas dimensiones. Se quedó con los brazos en jarras mirando la pared. Estuvo

callada un largo momento, hasta que por fin se volvió hacia Mia con ira en el rostro.

—Que te den, Mia. —Regresó a zancadas y alzó los nudillos delante de la cara de Mia—. ¡Que te den!

—Quítame esa mano de la cara, Ashlinn —advirtió Mia.

—¡Tendría que hacerte tragar el cigarrillo! —gritó ella.

Mia meneó la cabeza y dio otra calada.

—¿Te has fijado en que la gente grita cuando no tiene nada que decir que merezca la pena?

—Por los dientes de las Fauces, qué cojonazos tienes. Por si no te has fijado, ahora mismo solo hay una persona en el mundo que esté de tu parte, y...

—Mercurio está de mi parte, Ashlinn. Desde mucho antes que tú.

—Pues no lo veo por aquí, ¿y tú? —gritó Ash—. No lo veo moviendo el culo desde Tumba de Dioses hasta Fuerteblanco y hasta Vigilatormenta. No lo veo colándose en estadios y dejando vydriaro en la arena, ni avisándote de la monstruosidad que iba a derretirte la carne dejándote en los putos huesos. ¡Él no hizo otra cosa que intentar disuadirte, y yo no he hecho otra cosa que ayudarte, coño!

Mia negó con la cabeza y aplastó el cigarrillo contra la pared.

—Y no porque odies al Sacerdocio tanto como yo. No porque tengas algo que ganar con todo esto, oh, no, la Madre no lo quiera. Es porque te importo muchísimo.

—Y eso aterroriza, ¿verdad?

Mia bufó.

—Tengo a dos daimones de sombra que, literalmente, se comen mi miedo, Ashlinn. A mí no me aterroriza nada.

—Don Gilipollas y Lobita no están en la habitación —restalló Ash—. Ahora estamos solas tú y yo. Y por muchas bravatas que sueltes, esa idea te da

un miedo atroz. Por cómo hueles, has tenido que meterte entre pecho y espalda una botella de vino dorado solo para reunir el valor de enviarlos lejos. Pero los has enviado lejos. Y eres demasiado cobarde para reconocer por qué.

—Ten cuidado o te jodo viva, Ashlinn.

—Creía que no me lo pedirías nunca, Mia.

Mia se tensó y se levantó de la cama con los puños cerrados. Ashlinn no cedió terreno y sostuvo la mirada a Mia con la mandíbula apretada. Sus caras estaban a escasos centímetros de distancia y el aire entre ellas crepitaba con una corriente arkímica.

—No finjas que no lo sientes —dijo Ash—, porque lo veo escrito en todas tus líneas y tus curvas. Puede que me conozcas, Mia Corvere, pero yo te conozco a ti igual de bien. Y sé qué es lo que quieres.

Los dientes de Mia rechinaron y una mano se cerró de nuevo con fuerza. No sabía si quería dar un puñetazo a la chica o...

Había un océano de mentiras entre ellas. La traición de Ash. El asesinato de Tric. La certeza de que esa chica haría o diría cualquier cosa para obtener lo que quería. Pero también había verdad en sus palabras. De todas las personas que había en el mundo, la única que estaba allí, ayudando a Mia cuando más lo necesitaba, era Ashlinn Järnheim.

Ashlinn Järnheim era una mentirosa irredenta.

Ashlinn Järnheim era veneno.

Y Ashlinn Järnheim era hermosa.

Mia no podía negarlo. Labios suaves separados en la luz ahumada. Largo cabello rojo cayendo en oleadas por los hombros. Tenía la piel suave, un matiz de rabia en las mejillas que las volvía rosadas. Grandes ojos azules enmarcados por oscuras cejas curvadas, proyectando una mirada que hacía cosquillear los dedos de Mia, dar vuelcos a su estómago. Con el vino

vibrando en sus venas, miró aquellos pozos de azul quemado por los soles y vio su reflejo, vio en sus propios ojos lo mismo que nadaba en los de Ash.

Deseo.

Deseo.

Pero...

... sin sus pasajeros junto a ella, Mia tenía miedo.

No por desear a una chica, como quizá sospechara Ash. Ya había estado con una, a fin de cuentas. Aunque aquella belleza dorada de la cama de Aurelio hubiera sido solo un instrumento para sus propósitos, Mia era capaz de admitir que podría haber encontrado antes la forma de darle el beso mortal al hijo del senador. Podría haberle dado fin bastante antes de sentir aquellos labios dorados entre las piernas, de saborear a la chica en la lengua de Aurelio.

No, Mia no estaba asustada por desear a una chica.

Lo estaba por desear a esa chica.

A Ashlinn Järnheim.

Ladrona.

Mentirosa.

Asesina.

Traidora.

—¿Cómo puedo confiar en ti, después de todo lo que has hecho? —preguntó Mia.

—Si te quisiera muerta, Mia...

—No hablo de confiarte mi vida, Ashlinn.

Mia miró el pecho jadeante de Ashlinn e imaginó el corazón que ocultaba. Se preguntó si estaría atronando tanto como el suyo, o si todo aquello era solo un instrumento para sus propósitos.

Ashlinn levantó la mano y la acercó al rostro de Mia. Las yemas de sus dedos le rozaron la piel, desencadenando una embriagadora oleada de calidez

que no tenía nada que ver con la luz de los soles ni con el vino que había bebido. Ashlinn acercó la cara muy despacio y su mirada voló de los ojos de Mia a sus labios. Respirando más fuerte, acercándose más, ya solo a un centímetro, solo a un latido del corazón. Y Mia miró al otro lado de la habitación y

dio un paso

hacia la sombra

de las cortinas,

las apartó, abrió la ventana con la cabeza dándole vueltas por la bebida, por el paso entre sombras, por todo. Ash la llamó, pero Mia no hizo caso, saltó al otro lado del alféizar y descendió por la pared, rápida como una despedida a la mañana siguiente.

Llamó a Eclipse junto a ella, tiró de la oscuridad para cubrirse los hombros y la cabeza y huyó por las calles en la nuncanoché. Seguían oyéndose celebraciones de su victoria por las ventanas de las tabernas, por las puertas de los fumaderos, llenando el aire. El miedo salió de ella como el veneno de una herida mientras Eclipse se acurrucaba en su sombra, dejándola fría y dura y valiente.

No podía confiar en Ashlinn Järnheim. De eso estaba segura. Pero ¿y en la idea de alzarse sobre los cadáveres de los hombres que habían destruido todo cuanto amaba? ¿En la sensación del frío acero en su mano y la cálida sangre en su cara y en saber que todo por lo que llevaba siete años esforzándose estaba por fin a su alcance?

En eso sí que podía confiar.

Y nada más importaba.

Se pasó la mano por la mejilla que le había tocado Ashlim, por una piel que aún cosquilleaba.

Nada en absoluto.

CAPÍTULO 19

RENDICIÓN

Hicieron entrar a Mia antes del postre.

La dona Leona le había ordenado esperar en una pequeña antecámara, más abajo, en el ala de servicio del *palazzo* del gobernador. Había un guardia apostado en la puerta y le habían dado una comida sencilla y una copa de vino aguado, mientras los invitados al banquete disfrutaban de un aperitivo de corazones de codorniz rellenos bañados con mantequilla de brandy, seguido de un plato principal de pez miel y langosta reina braseados con vino dorado.

Mia sabía que Quinto Mesala llevaba seis años como gobernador de Vigilatormenta, porque lo habían nombrado poco después de la Rebelión del Coronador. Como amigo de la infancia del cónsul Scaeva y como vástago de una de las doce grandes familias de la república, su riqueza y su poder eran la envidia de todo aquel que lo conocía, y al parecer Mesala vivía para alentar esa envidia. Mia no recordaba un festejo tan fastuoso ni una casa tan opulenta. La antesala en la que aguardaba estaba decorada con enrevesados relieves de estuco, pan de oro y lámparas de araña de cristal dweymeri. El hombre que le había servido la comida llevaba una ropa que envidiaría casi cualquier don nacido de la médula.

Se quedó sentada allí, reconcomiéndose por su discusión con Ashlim, hasta

que Arkades fue a buscarla. El *executus* llevaba sus mejores galas, halcones y leones en el jubón. Mia llevaba la misma armadura que el giro anterior, aunque pulida hasta casi desintegrarla. No le habían devuelto el yelmo, pero poco podía hacer al respecto. Era muy poco probable que hubiera algún siervo de la Iglesia Roja en la celebración, pero, aun así, andando hacia el salón del banquete con el *executus* delante y dos guardias flanqueándola, Mia se sintió como si estuviera entrando desnuda en una madriguera de perros costrosos.

—Espera —le dijo Arkades, deteniéndose ante la puerta del salón. Se volvió para mirarla y alzó un dedo de advertencia—. No hables a menos que se te hable a ti. Recuerda que vas a tener encima todas las miradas. Quizá nunca hayas visto a personas como las de este salón, pero son verdaderas serpientes, chica. Matan con un susurro. Conceden fortunas o arrasan reputaciones con una palabra. Si llevas la vergüenza al nombre de tu *domina*, te juro por Aquel que Todo lo Ve que sufrirás por ello.

«Negra Madre, el fuego de lo que siente por esa mujer podría iluminar la veroscuridad.»

Lo cierto era que Mia conocía demasiado bien las maquinaciones de los nacidos de la médula; no en vano había visto a su madre maniobrar durante años en sus juegos de poder. La dona Corvere podía reducir a hombres a cascarones vacíos y a mujeres a torrentes de lágrimas con solo proponérselo. Pero Mia no iba a dejar que Arkades lo supiera. Se limitó a agachar la cabeza.

—Sí, *executus*.

Satisfecho, el hombre abrió la puerta del salón de banquetes y entró cojeando. Mia esperó allí con las manos entrelazadas. Oyó música de cuerda y voces en la sala.

—Buen combate ayer —murmuró un guardia a su lado.

—Sí —dijo el otro—. Espectacular de cojones, chavala.

Mia hizo un gesto de agradecimiento, complacida de que el rumor de su

victoria continuara extendiéndose. Si había existido alguna posibilidad de que Leona la vendiera antes del *venatus*, estaba tan muerta como el arcadragón. Su *domina* tendría que buscar otra forma de pagar a sus acreedores, aunque, si todo iba bien aquella velada, no le resultaría difícil. Los nacidos de la médula pudientes acostumbraban a ofrecer patrocinio a los *collegia* en alza, y con toda la ciudad brindando por los Halcones de Remo, Leona no debería tener el menor problema en procurarse inversiones.

El futuro del *collegium* estaba asegurado.

Solo faltaba asegurar su puesto en el Venatus Magni.

Al poco tiempo, Mia oyó el tintineo de un anillo contra una copa de cristal y el cese de las conversaciones. Una voz habló en voz alta en el salón de banquetes, con un suave tono de barítono que Mia supuso que pertenecería al gobernador Mesala.

—Estimados huéspedes, honorables amigos, os doy las gracias por visitar mi humilde morada esta nuncanoché. No sabéis cuánto nos honra a mi querida esposa y a mí ver aquí a tantos de vosotros. Que Aquel que Todo lo Ve os proteja y que las Cuatro Hijas os bendigan.

Mesala esperó a que remitieran los educados aplausos antes de continuar.

—Celebramos este banquete tras cada *venatus* para dar las gracias a los amigos que iluminan nuestra ciudad, pero, sin embargo, rara vez dejan una marca indeleble en los corazones y las mentes de nuestros ciudadanos. No exagero al afirmar que el *venatus* de ayer fue el más grandioso que se ha visto en nuestra bella ciudad, y agradezco a todos los sanguilas aquí presentes sus esfuerzos para que así fuera.

Mesala calló de nuevo para dejar paso a los aplausos. Era muy poco frecuente que los sanguilas fueran invitados a la casa de un gobernador, ya que los dueños de sangre no podían alcanzar la clase social de un nacido de la médula. Pero Mia comprendió que Mesala había sido muy perspicaz al

organizarlo de ese modo. Los sanguilas eran populares entre el pueblo llano, y el amor de la ciudadanía había impulsado a Julio Scaeva a saltarse todos los convencionalismos y mantenerse en el puesto de cónsul durante tres períodos. Tenía sentido que Mesala agasajara a los hombres que ostentaban el favor de la plebe.

«Este sí que es una serpiente, ya lo creo.»

—Bien —prosiguió Mesala—. Cada sanguila ha traído a su campeón para que nos maravillemos contemplándolos. Pero para vosotros, queridos amigos, he preparado un presente más maravilloso si cabe, por el que debo agradecer su generosidad a la dona Leona del *collegium* de Remo. —Mia oyó que se extendía un murmullo entre los invitados—. Me complace presentaros a la vencedora de la Última de ayer y una de los mejores gladiatii que han hollado jamás las arenas. ¡Os presento a Cuervo, la Salvadora de Vigilatormenta!

Las puertas se abrieron de par en par y Mia contempló un mar de rostros curiosos. Había centenares de personas en el salón, la flor y nata de la sociedad reunida en hermosos grupitos o tumbada en divanes por toda la amplia estancia. El salón era de mármol, con murales y altas ventanas abiertas para dejar entrar la fresca brisa de la nuncanoché. Había platos repletos de comida, copas rebosantes de vino y riqueza goteando por las paredes.

Mia reconocía aquel mundo. Había crecido en él, a fin de cuentas. Era hija de una familia nacida de la médula y se había criado en una opulencia como aquella. ¡Cuánta riqueza en tan pocas manos! El reinado de los ciegos, levantado sobre las espaldas de los maltratados y los destrozados.

Y nadie que hubiera nacido en él se cuestionaba ni el menor detalle.

El gobernador Mesala estaba de pie en el centro del salón. Era un itreyano atractivo, de ojos oscuros y penetrantes. Los divanes estaban dispuestos en torno al suyo, y los huéspedes se sentaban según su posición social. Mia vio a la dona Leona en un lugar de honor a la derecha de Mesala, y a Arkades a su

lado. Furiano se alzaba detrás, vestido con peto de hierro, brazales y espinilleras forjadas con forma de alas de halcón. El campeón estaba que echaba humo, mirando a Mia con odio en los ojos.

Pero aun así, cuando ella lo miró... aquella hambre...

Aquel anhelo.

Mia reparó en otros sanguilas que estaban en el salón cuando reconoció sus emblemas. Un hombre corpulento que llevaba la espada y el escudo del *collegium* de Trajano. Un manco que solo podía ser Filipi, un antiguo gladiatii que había inaugurado su propio establo. Y allí, entre ellos, Mia vio a un hombre orondo que llevaba una levita bordada con leones dorados. Lo reconoció de inmediato: era el que se había ofrecido a comprarla por mil sacerdotes de plata y había perdido la puja por una sola moneda.

Leónidas.

Mia se fijó en que también estaba sentado cerca de Mesala, pese a no haber sacado a ningún luchador en la Última. Volvió a preguntarse por qué sería, y también por la revelación que había hecho Leona de que el gobernador siempre había tenido como favoritos a los Leones de Leónidas. Dejando pasear la mirada por el salón, quizá otra persona habría visto un simple banquete. Pero Mia vio una tela de araña, sus hilos pegajosos tejidos entre los huéspedes, las vibraciones viajando hasta el centro de la red. Y en su mismo corazón estaba la dona Leona, con una copa en los labios, sentada con despreocupación a la derecha de la araña.

Leónidas tenía pocos rasgos dignos de mención. Quizá le gustara demasiado comer y beber, pero no tenía aspecto de monstruo. Dio un sorbito de vino y fingió un bostezo, aparentando no haber reparado en la presencia de Mia. Pero ella vio cómo miraba, cómo aquellos ojos azules brillantes que había dejado en herencia a su hija no pasaban por alto ningún detalle.

«Y así es como los mayores monstruos se salen con la suya —comprendió

—, teniendo un aspecto parecido al del resto de nosotros.»

Al lado de Leónidas, de pie, se encontraba su enorme y calvo *executus*, Tito, el grosor de cuyos brazos amenazaba con rasgar su camisa de seda. Y detrás de Tito, Mia vio una figura amenazante, de al menos dos metros quince de altura, embozada en una capa y con capucha a pesar del calor.

«¿Será su campeón?»

—Mi buena Cuervo. —La voz del gobernador arrancó a Mia de su ensimismamiento. El hombre le hizo un gesto—. Acércate, que Vigilatormenta contemple a su salvadora.

Mia obedeció internándose en el salón, seguida de cerca por los guardias. Los huéspedes no eran tan maleducados como para aplaudir su presencia: Mia era una propiedad, al fin y al cabo, y la alta alcurnia no aplaudía cuando una mascota hacía algún truco. Pero sí sintió una corriente arkímica en el aire. Curiosidad, admiración, incluso deseo. Solo un giro antes había tenido a decenas de miles de personas a sus pies, bramando su nombre. Eso le otorgaba una especie de peso, comprendió. La misma clase de magnetismo que Arkades llevaba como una armadura y que los demás *gladiatii* del salón se esforzaban por lograr. Primario, quizá. Impregnado en sangre.

Pero poder, de todos modos.

—Cuentas con mis alabanzas, mi buena Cuervo —dijo Mesala—, y con el agradecimiento de los habitantes de nuestra ciudad. No solo nos concediste un espectáculo sin parangón, sino que, mediante tu destreza y tu valentía, rescataste de la calamidad las vidas de no pocos de nuestros ciudadanos. —El gobernador alzó su copa, imitado por los muchos invitados en el salón—. Que Aa te bendiga y te guarde, y que Tsana guíe siempre tu mano.

Mia hizo una inclinación.

—Me honráis, gobernador.

—Tú nos honras a nosotros, al igual que tu *domina*. —El gobernador se

volvió con una sonrisa hacia la mujer que tenía a la derecha y alzó su copa mirando a Leona—. Tenéis mi agradecimiento, elegante dona, por concedernos la oportunidad de ver de cerca a nuestra salvadora.

Leona inclinó la cabeza.

—Soy vuestra humilde sierva, gobernador.

—Sí que es espléndida, ¿verdad? —dijo Mesala a sus invitados, rodeando a Mia y contemplándola desde todos los ángulos—. La diosa Tsana encarnada. Una cosa es presenciar sus hazañas desde los palcos, y otra muy distinta tenerla aquí, ¿me equivoco?

Leona sonrió.

—¿Quién habría pensado que una mujer tan hermosa pudiera ser tan feroz?

—Seguro que podría derrotar a tres cualesquiera de entre los guardias de mi casa.

Leona ensanchó la sonrisa, gozando de la adoración. Lanzó una mirada venenosa a su padre, y Mia se fijó en que la cara de Leónidas estaba roja de furia. Luego Mia vio que a la dona se le ocurría una idea, miraba a su *executus* y curvaba los labios en una sonrisa taimada.

—¿Quizá os apetezca una demostración a vos y a vuestros invitados, gobernador Quinto?

El hombre ladeó la cabeza, con expresión juguetona.

—¿Nos la concederíais, mi dona?

—Sería un honor enfrentar a mi Cuervo contra vuestro mejor hombre —dijo Leona—. *E navium*, por supuesto.[38]

Mesala enarcó una ceja y miró a sus invitados.

—¿Qué decís, amigos?

Arkades frunció el ceño al oír la idea, a todas luces disgustado. A Mia tampoco le hacía demasiada gracia tener que actuar para el disfrute de las élites, además de que aún estaba dolorida por la batalla contra el arcadragón

el giro anterior. Pero los nacidos de la médula estaban encantados con la sugerencia de la dona, y era cierto que dejarlos impresionados con un simple lance sería una forma razonable de que Leona se garantizara los patrocinios que tanto necesitaba.

Y aun así...

Mia miró a Leónidas. Luego otra vez a Mesala. Trató de sacudirse el mal agüero que notaba reptar por su piel.

El gobernador se dirigió hacia un guardia, un fortachón con bíceps tan gruesos como su cuello.

—Vario, ¿serías tan amable de acercarte?

El gigante asintió, le cogió el gladius al guardia que estaba a su lado y se lo lanzó a Mia. Ella lo atrapó en el aire y miró a la dona Leona, que le dedicó un asentimiento de ánimo mientras Furiano, obviamente indignado por que le hicieran sombra, la miraba furioso desde el fondo. Los siervos del gobernador despejaron un espacio en el centro del salón y Mia ocupó su lugar, con la espada alzada, intentando olvidar sus recelos. El guardia desenvainó su propia hoja, se inclinó hacia el gobernador y fijó su mirada en Mia.

—Mis disculpas, honorable gobernador —dijo una voz—. ¿Me permitís inmiscuirme?

Todas las miradas se volvieron hacia el sanguila Leónidas, que estaba de pie junto a su diván e hizo una profunda inclinación.

—¿Mi buen Leónidas? —preguntó Mesala.

—Gentil anfitrión, no deseo ofender a vuestro hombre —dijo Leónidas—, pero si deseamos ver lucirse a la Salvadora de Vigilatormenta, ¿podría sugerir que enfrentara su acero contra alguien versado en las artes de la arena? —Leónidas desvió sus ojos rutilantes hacia su hija—. A no ser que la sanguila de Cuervo crea que no es apta para la tarea, por supuesto.

Leona miró a su padre entre los congregados, su rostro una máscara de

perfecta calma. Pero Mia tenía los pelos erizados. Ya podía ver la trampa. Con unas meras palabras empalagosas, Mesala había manipulado a Leona para poner una espada en la mano de Mia, y Leónidas podía hacer que su hija quedara como una cobarde si declinaba el desafío. Y aun así, Mia sabía que aquel hombre no era tan tonto como para proponer un combate sin contar con alguna ventaja.

Pareció que por fin la dona atisbaba el peligro que la acechaba. Su mirada pasó de su anfitrión a su padre, y permaneció callada un momento de más.

—¿Titubea? —Leónidas sonrió a los demás invitados—. Es comprensible, por supuesto. El *collegium* de Remo tiene solo tres laureles a su nombre, y nuestra Cuervo es apenas un bebé sobre la arena. ¿Quizá nuestra salvadora necesita unos giros para descansar las alas antes de poder volver a luchar?

Mia vio que Arkades susurraba algo al oído de la dona. Pero Leona levantó una mano, molesta, y el hombre calló. Leona recorrió de nuevo el salón con la mirada, la gente entre la que podría haberse considerado una igual de seguir casada con un justicus. Los patrocinadores que le hacían falta para mantener su *collegium* a flote. Mia distinguió en sus ojos aquella desesperada necesidad de impresionar. El mismo deseo que la había llevado a pujar sin pensárselo en los Jardines, a gastar más de lo que podía permitirse, a vestirse como si fuese a acudir a una gala cada giro. Y mientras a Mia se le caía el alma a los pies al ver con qué facilidad se dejaba provocar su dona, con una advertencia atrapada tras sus dientes, Leona inclinó la cabeza y sonrió.

—Solo pretendía ahorrarnos la vergüenza, sanguila Leónidas. Pero acepto agradecida vuestra oferta. Mi belleza sanguinaria se enfrentará a cualquier hombre de vuestro establo, acero contra acero.

—¿Hombre? No, no, querida, me habéis entendido mal. —Leónidas hizo un gesto hacia la figura con capa y capucha que se alzaba tras él—. Pensaba reservarme a mi Ishkah para el próximo *venatus*, ya que acabo de adquirirla

hace poco. Pero en honor al buen gobernador Mesala, y combatiendo *e navium*, no veo peligro alguno en hacer ahora una pequeña demostración para abrir el apetito. —Se volvió hacia la figura y dijo en voz más baja—: Sé amable con ella, mi leona.

Un murmullo emocionado se extendió por el salón mientras la luchadora de Leónidas entraba en el hueco despejado para el combate. Aquello era una sorpresa que nadie había esperado, la posibilidad de ver a dos campeones cruzando sus hojas para la diversión privada de los nacidos de la médula. Los invitados sonrieron, mostrando dientes manchados de vino, y sus pulsos se aceleraron con la perspectiva de que llegara la sangre al río. Mia alzó su espada y la luz de los soles se reflejó en el filo.

—Damas y gentiles amigos, honorables huéspedes —dijo Leónidas con un dramático ademán—, permitidme presentaros mi más reciente causa de orgullo. Una adversaria más feroz que la mismísima Negra Madre, un terror entre los suyos, cuyo nombre significa «muerte» en el idioma del Dominio. Me ha costado años obtener una recompensa como ella, pero en todo mi tiempo junto a la arena jamás había visto nada igual. Os ofrezco a mi próxima campeona, y la siguiente ganadora del Venatus Magni... ¡Ishkah, la Exiliada!

Leónidas dejó caer la mano. Y entre los respingos maravillados de la multitud, su luchadora se desprendió de la capa para revelar la figura que había ocultado.

—Por las Cuatro Hijas —susurró alguien.

—Todopoderoso Aa —musitó otra persona.

«Por los dientes de las Fauces. —Mia tragó saliva y sintió estremecerse la sombra a sus pies—. Una sedosa.»

Mia había leído de niña sobre los habitantes del Dominio de la Seda en los libros de Mercurio, pero nunca había creído que vería a uno de ellos en persona. Mirando a la guerrera de Leónidas, Mia notó que era mujer casi con

toda seguridad, con las caderas curvas bajo la falda de cuero tachonada y sus seis brazos cruzados sobre la sutil protuberancia de sus pechos. Medía dos metros quince de altura y su piel era quitinosa, de un verde tan oscuro que parecía casi negro. Llevaba los labios pintados de blanco y tenía dos orbes grandes e inexpresivos en su rostro ovalado, además de otros seis ojos más pequeños distribuidos por sus mejillas como pecas. Carecía de párpados. A partir de sus lecturas, Mia supuso que la sedosa era joven, pero en realidad no tenía forma de saberlo.[39]

La sedosa se llevó las manos a la espalda y desenfundó seis espadas relucientes, todas algo curvadas, afiladas como cuchillas y grabadas con extraños glifos. Mientras los nacidos de la médula congregados murmuraban asombrados, la sedosa entretejió las hojas por el aire en una compleja y retorcida danza, haciendo silbar el acero. Terminada su exhibición, Ishkah extendió los brazos como abanicos, con las espadas apuntadas hacia su adversaria.

Mia miró a Leona, a Arkades, a Furiano. El rostro de la dona era de piedra, pero tenía los ojos oscurecidos por el miedo, por fin era consciente de la facilidad con que se la habían jugado. Y aun así, con los nacidos de la médula embargados por la emoción, no se atrevía a actuar para que el enfrentamiento terminara antes de tiempo. Leónidas miró a su hija y sonrió con cara de haberse llevado no solo el gato al agua sino toda la prole del gato.

«La ha engañado como a una novata. Si pierdo ahora, la gente de la ciudad quizá seguirá aclamando mi nombre. Pero los influyentes y los poderosos... esos aclamarán solo a los Leones de Leónidas. Y la oportunidad de que Leona obtenga patrocinadores habrá saltado por los aires.»

Mia vio la trampa ante sus ojos. Dedicó un momento a admirar su sencillez. Vio los hilos de la red entre el gobernador y Leónidas, la invitación que había llevado allí a Leona con la guardia baja. Inflarla con un poco de vino y una

oleada de cumplidos de personas por encima de su estamento, manipularla para entrar en una lucha que no podía permitirse perder y que se daba por sentado que jamás ganaría.

«Eso ya lo veremos, hijos de puta.»

—... *¿estás segura de esto?*... —llegó un susurro desde su pelo.

—¿Estás seguro de que podrás callarte unos minutos para que no me maten?

—murmuró ella.

—... *eh... lo más probable es que no...*

—Pues lo mismo.

En realidad, Mia nunca en su vida había estado menos segura de algo, pero no tenía elección. Perder significaba que el *collegium* seguiría endeudado hasta el cuello y que su plan volvería a correr peligro. Así que se volvió hacia uno de los guardias que había alabado su victoria antes de entrar al salón y echó un vistazo al arma que llevaba al cinto.

—¿Os importaría prestármela, mi buen señor?

El guardia desenvainó la espada y se la tendió.

—Que Tsana te guíe, chica.

Mia cogió la hoja e inclinó una vez la cabeza en agradecimiento. Y cortando el aire con sus dos espadas mientras Don Majo ponía todo su empeño en quedarse callado unos minutos, Mia ocupó su lugar en el círculo de combate, con los ojos clavados en los de la sedosa.

—Este combate se libraré *e navium* —les recordó el gobernador Mesala—. Una mano alzada en señal de rendición pondrá fin al lance. Luchad con honor y por la gloria de vuestro *collegium*. Que Aa os bendiga y os guarde, y que Tsana guíe vuestra mano.

El público guardó silencio, la música cesó y lo único que oyó Mia fue el atronador latido de su propio corazón.

—¡Empezad! —exclamó Mesala.

Rápida como una exhalación, Mia atacó con ambas espadas y el acero tañó cuando la sedosa detuvo los golpes con cuatro de las suyas. Mia avanzó y descargó sendos tajos hacia la cabeza y el pecho, pero su adversaria volvió a bloquearlos sin problemas. La sedosa contraatacó con una lluvia de espadazos que convirtió el aire en un borrón siseante. Mia tuvo que retroceder, parando a la desesperada los golpes que llegaban, hasta que se vio forzada más allá del borde del círculo. Los nacidos de la médula que tenía alrededor se apartaron correteando, con los ojos en sus espadas. Pero la sedosa, en vez de presionar a Mia, regresó al centro del espacio y la esperó con las armas extendidas en un brillante abanico.

Mia ladeó la cabeza y sintió chasquear el cuello. Se apartó el pelo de los ojos, se acercó a su rival y lanzó un nuevo ataque.

Siempre se había enorgullecido de su habilidad con la hoja. Había entrenado mucho con Mercurio y más aún en la Iglesia Roja, combinando su velocidad natural con una audacia inigualable y una puntería increíble. Pero incluso los mejores enemigos a los que se había enfrentado llevaban solo dos condenadas armas, nunca seis. Siempre que lanzaba un tajo, el acero de la sedosa lo estaba esperando. Siempre que dejaba un hueco en su guardia, Ishkah la obligaba a retroceder. La sedosa dominaba en tamaño, alcance y velocidad. Y lo peor era que Mia sabía que no estaba aplicándose a fondo. Tal y como le había advertido Arkades el primer día que pisó la arena en Nido del Cuervo, Ishkah estaba estudiándola para preparar su asalto final.

Y en consecuencia, intentando equilibrar la balanza —porque no era nada justo enfrentar seis hojas contra dos, razonó—, Mia invocó la sombra que había bajo los pies de la sedosa.

No debería darse cuenta nadie del salón, porque la oscuridad se estremeció solo un poco. Pero cuando la sedosa dio un paso adelante para atacar, descubrió que tenía las botas adheridas al mosaico del suelo por las largas

sombras que proyectaba la luz de los soles desde fuera. Bastó con un instante de vacilación de su adversaria para que Mia atacara con fuerza, descargando una cegadora sucesión de tajos que superaron la guardia de Ishkah y le abrieron un corte largo e irregular en el hombro, casi rozando el cuello. Los presentes ahogaron un grito de asombro cuando una sangre verde como las hojas de álamo saltó de la herida. Mia desarmó un brazo de la sedosa y atacó por debajo para hacer perder el equilibrio a su rival.

Y entonces, igual que la primera vez que pisó la arena de Nido del Cuervo, perdió su agarre sobre las sombras y su adversaria se echó a un lado.

Los ataques de Mia segarón el aire y las hojas de la sedosa relucieron, le hicieron un corte poco profundo en los nudillos y lanzaron su espada por los aires. Mia intentó contraatacar con su otra hoja, pero topó contra un muro de acero. Ishkah le dio un puñetazo con la mano vacía que la dejó sin aire en los pulmones. Mia trastabilló y la sedosa la rodeó y le descargó un golpe en la nuca con el plano de una espada. Sonaron campanas de catedral en el cráneo de Mia y el mundo entero se difuminó y se vio doble mientras le barrían las piernas de debajo del cuerpo y se estrellaba sin remedio contra el suelo.

La sedosa se quedó encima de ella, con las hojas dispuestas para atacar.

—Ríndete —exigió, con una voz que era como un seco aleteo de cigarra.

Mia se había partido la frente contra los baldosines y aún le pitaba la cabeza. Aferrándose al suelo con las uñas, parpadeó para quitarse la sangre de los ojos y segó con los pies, intentando derribar a la sedosa. Ishkah se apartó a un lado como una bailarina y apretó sus hojas contra el cuello de Mia.

—Ríndete —repitió.

Mia miró el rostro abatido de Leona. El de Arkades, que meneaba la cabeza desdeñoso. Y por último el de Furiano. Al contemplar los ojos oscuros del Invicto supo, igual que lo había sabido el giro que se enfrentó a Arkades, que

el muy cabrón le había arrebatado el control de las sombras y había liberado a su adversaria.

Dientes desnudos.

Rabia bullendo en sus entrañas.

—Hasta un perro sabe cuándo está derrotado —dijo una voz entre los sanguilas.

—Quizá la culpa no sea del perro —replicó Leónidas—, sino de su ama.

Leona miró a su padre con las mejillas turbadas de rabia y dio un paso hacia él con los puños cerrados. Arkades le susurró algo que Mia no alcanzó a oír y la mujer se quedó quieta, sonrojada, con los ojos ardientes.

—Ríndete —ordenó.

—... *ríndete, mia...*

Solo un giro antes, se había alzado triunfal entre decenas de miles de personas que cantaban su nombre a voz en grito. Y ahora estaba tendida como un cachorro apaleado entre las risitas divertidas de los nacidos de la médula que la rodeaban. Mia miró a Furiano con el pecho lleno de odio y los bordes de su sombra titilando. Sentía la oscuridad en ella, la negrura que quería extenderse hacia el Invicto y descuartizarlo miembro a miembro hasta que se desangrara. Pero las hojas que apuntaban a su cuello, el recuerdo de su familia, la certeza de que nadie de aquel salón debía saber lo que era en realidad... todo ello contribuyó a que contuviera su ira, a que la dejara enfriarse en su pecho. No a que olvidara, no. Ni a que perdonara. Eso nunca.

Y muy despacio, Mia alzó una mano temblorosa y ensangrentada en dirección al gobernador.

—Me rindo —susurró.

Satisfecha, la sedosa retiró sus espadas del cuello de Mia y las enfundó a su espalda. El gobernador Mesala miró a sus invitados, cuyo ánimo había cambiado con un nuevo matiz rojo. Se palpaba la tensión en el aire, no solo

por el derramamiento de sangre en el círculo, sino también por la evidente enemistad entre la dona Leona y su padre. Si había algo que entretuviera más a los ricos que la sangre, era el escándalo. Verlo interpretado en su presencia era mejor entretenimiento que cualquier *venatus* que pudiera celebrarse bajo los soles.

—Me has engañado —dijo Leona con voz temblorosa.

—Te engañaste tú sola —replicó burlón su padre—, al fundar ese *collegium* de pueblo de mala muerte. Te lo advertí, Leona. La arena no es lugar para una mujer, y el palco de los sanguilas no es lugar para ti.

Leona lanzó una mirada a la sedosa.

—No mires ahora, padre, pero me parece que tu campeona tiene pechos.

Los invitados soltaron unas risitas, concediendo el punto a Leona. Envalentonada, siguió hablando.

—Pero quizá no pretendas sacarla nunca a la arena, claro. Me fijé en que tu *collegium* estuvo ausente en la Última de ayer, cuando el mío se llevó los laureles de vencedor. ¿Te reservabas a la sedosa para mostrarla como un feriante en la esquina de un mercadillo de a dos mendigos y así estafarme mi gloria a puerta cerrada?

El rostro de Leónidas se nubló.

—Si te consideras estafada —repuso—, que sean Aa y Tsana quienes decidan. El próximo *venatus* es en Fuerteblanco dentro de cinco semanas. Estoy dispuesto a enfrentar a mi Ishkah contra tu Cuervo. Y ya que lo necesitas con tanto desespero, querida hija, me juego uno de mis puestos en el Magni en ese combate. Pero esa vez lucharán a muerte, ¿eh?

Leona miró a los nacidos de la médula congregados y abrió la boca para resp...

—Me temo que sería un combate desequilibrado —dijo una voz—. Y el público gritaría eso mismo.

Todos los ojos se volvieron hacia el gruñido. Arkades, el León Rojo de Itreya, estaba de pie al lado de su dona. Tenía el rostro tenso, y la cicatriz proyectaba una profunda sombra en sus rasgos. Mia captó una fría enemistad en los ojos del *executus*, posados en el hombre por el que una vez había luchado y sangrado.

—Os doy la enhorabuena por vuestro hallazgo, sanguila Leónidas —siguió diciendo Arkades, con una mirada a la sedosa—. Yo tampoco había visto nunca nada igual, en todos mis años sobre la arena. Pero ¿seis hojas contra dos? ¿Qué honor hay en tal enfrentamiento? —Miró a Mia en el suelo y luego giró la cabeza hacia Furiano—. Sobre todo, si el mejor de nuestro *collegium* no interviene en el combate.

Leónidas miró a su antiguo campeón con una sonrisa calculadora.

—Cierto es. Que no se diga que Leónidas no conoce la voluntad de la muchedumbre. —Miró a los nacidos de la médula que lo rodeaban y el artista circense que llevaba en su interior cobró protagonismo—. Traed a vuestros tres mejores campeones a Fuerteblanco, pues. Ishkah se enfrentará a todos ellos. Seis hojas contra seis. Sin cuartel, sin rendición. Será un combate que hará historia, ¿eh?

Arkades negó con la cabeza.

—Si me lo...

—Hecho.

Los nacidos de la médula miraron a Leona. La sanguila estaba quieta como una estatua, fulminando a su padre con la mirada. Mia leyó en ella el odio, puro y deslumbrante. Conocía bien aquel odio. Su fuego. Aportando calor cuando todo lo demás en el mundo era negro y frío. Azuzando el movimiento cuando todo lo demás en el mundo parecía un mero lastre.

Se preguntó qué habría hecho Leónidas para ganárselo.

—Hecho —repitió Leona. Miró las sonrisas de los nacidos de la médula,

sus dientes manchados de vino, sus ojos centelleantes—. Nos veremos en Fuerteblanco, padre.

Leona abandonó el salón con paso firme, seguida de cerca por Furiano. Arkades y Leónidas se miraron un momento más, el antiguo amo y su antiguo campeón transformados en acérrimos rivales. El *executus* renqueó hasta Mia y se alzó sobre ella, expectante. La chica se levantó con esfuerzo y un leve gemido, sus pestañas adheridas entre ellas por la sangre, su cabeza palpitando de dolor. Trastabilló en pos del hombretón para salir de la estancia.

—Arkades —llamó Leónidas.

El hombre se detuvo y se volvió para mirar al sonriente sanguila.

—Cuando vuelvas a hablar con ella, agradece a tu *domina* que me salvara del error de adquirir a vuestra pequeña Cuervo. Si tu dona desea recobrar una parte de sus pérdidas, tengo una casa de placer en Fuerteblanco que siempre anda buscando chochito fresco. —Leónidas miró a Mia de arriba abajo con lascivia—. Quizá le vaya mejor con otro tipo de espada en la mano.

Una oleada de diversión fluyó por la multitud. Arkades dio media vuelta y salió cojeando del salón sin responder. Mia lo siguió, con la cabeza gacha y el pelo enmarcando su rostro manchado de sangre. Sabía que era una estupidez, que no debía permitir que le afectaran las palabras de ese necio pomposo. Para ganar el Venatus Magni, debería derrotar a los mejores guerreros de Leónidas y hacerle saborear la vergüenza de la derrota de todos modos. Pero aun así...

Pero aun así...

Restregar la cara de aquel capullo por su propia mierda se había convertido en una prioridad acuciante.

«Ahora es personal, hijo de puta.»

CAPÍTULO 20

TRES

—Furiano, por supuesto —dijo Arkades.

—Eso sobra decirlo —respondió Leona—. Es nuestro campeón.

—¿Estáis segura, mi dona? Creía que quizá lo habíais olvidado.

Leona unió las yemas de los dedos bajo su barbilla y miró furiosa a su *executus*.

—No olvido nada, Arkades. Y perdono incluso menos.

Estaban sentados en un pequeño camarote del *Sabueso de Gloria*, que cabeceaba y crujía con los vaivenes del océano. Habían zarpado el giro siguiente al banquete en casa del gobernador Mesala y, todavía a cuatro giros de distancia de Nido del Cuervo, Leona y Arkades seguían intentando decidir quién se enfrentaría a la sedosa de Leónidas. La *magistrae* estaba junto a su ama, trenzando con arte el pelo de Leona mientras los otros dos discutían. Y debajo de su silla, como un charco en la sombra, había un gato que no tenía nada en absoluto de gato.

—Podríamos rechazar el enfrentamiento —dijo Arkades—, y apostar todo a la Última.

—Necesitamos dos laureles de aquí a la veroluz, *executus* —respondió Leona—. Y Fuerteblanco es el último *venatus* del calendario antes del Magni.

—Nuestros *equillai* podrían ganar un laurel. Bryn y Byern quedaron

segundos por muy poco en...

—Ya, pero ¿y si pierden? —preguntó Leona—. Incluso si luego ganáramos la Última, aún nos faltaría un laurel. Rechazar el desafío de mi padre nos obliga a hacer dos apuestas. Aceptarlo, solo una. La única manera de asegurarnos del todo que combatiremos en Tumba de Dioses es derrotar a esa puta sedosa.

—Esa boca, *domina* —la regañó la *magistrae*.

—Sí. —Leona suspiró—. Disculpas.

La mujer más mayor frunció el ceño, pensativa, mientras seguía trabajando en el pelo de Leona.

—Disculpadme, *domina*, pero incluso si ganáis el combate contra la campeona de vuestro padre, ¿los *editorii* respetarán el resultado de la apuesta?

—Existen amplios precedentes —respondió Arkades mientras jugueteaba con el puño de su bastón—. Los *collegia* bien establecidos a menudo tientan a los sanguilas más inexpertos a competir en combates uno a uno con la promesa de un puesto en el Venatus Magni.

Leona le lanzó una mirada devastadora.

—Vaya, no sueles tener tanto tacto.

—Os está tendiendo una trampa, mi dona —replicó Arkades—. Ese puesto es el cebo, y esos juegos el resorte. No contento con impedirnos obtener patrocinio, vuestro padre quiere que enviéis a vuestros tres mejores *gladiatii* al matadero y, con ellos, el futuro del *collegium*.

—¡Sin el Magni, no tenemos futuro! —restalló Leona—. ¡Nuestra Cuervo se ha llevado unos azotes delante de todos los nacidos de la médula de Vigilatormenta! ¡Nadie con dinero querrá tener nada que ver con nosotros!

Cayó el silencio sobre el camarote, interrumpido solo por el crujido de la

madera y el martilleo incesante de las olas contra el casco. Don Majo bostezó y se lamió una zarpa.

—Furiano, pues —suspiró Arkades.

—Sí. —Leona asintió—. Y Cuervo a su lado.

El *executus* se inclinó hacia delante, negando con la cabeza.

—Mi dona...

—A menos que las siguientes palabras que salgan de tu boca sean: «Qué maravillosa idea, mi dona», y «Por cierto, vuestro pelo está estupendo», no quiero oírlas, Arkades.

El *executus* se rascó la barba e intentó en vano ocultar su sonrisa.

—Vaya, si aún sabe reírse —lo pinchó vanidosa Leona—. Creía que tal vez ya no recordabas cómo se hace.

—Con el debido resp...

—Es la Salvadora de Vigilatormenta —dijo Leona, y suspiró de nuevo.

—¡Esa sedosa estuvo a punto de partirle el puto cráneo!

—¡Esa boca! —La *magistrae* torció el gesto.

Arkades musitó una disculpa y Leona siguió hablando.

—La derrotaron en el *palazzo* de Mesala, sí, pero eso la plebe no lo sabe. Los ciudadanos esperarán que desenfunde su acero bajo nuestro estandarte. Por las Cuatro Hijas, Arkades, destripó a un arcadragón casi ella sola. Tú mismo afirmaste que el combate contra la sedosa estaba desequilibrado. Cuervo ha ganado un laurel para este *collegium* y ha honrado mi nombre delante del estadio entero. Sin duda, eso tiene al menos algún mérito.

El hombretón se quedó callado un momento y luego asintió de mala gana.

—No puede levantar un escudo ni aunque la maten. Pero su Caravaggio es... aceptable.

—Cuántos halagos. —La *magistrae* suspiró—. Te ruego que no dejes que la chica te oiga cantar esas alabanzas o se le subirán a la cabeza.

Leona y Arkades compartieron una sonrisa mientras Anthea empezaba otra trenza.

—Muy bien —aceptó por fin el hombretón, y suspiró—. Furiano y Cuervo. ¿Quién será el tercero?

Leona hizo un mohín y se dio golpecitos con el dedo en el labio.

—¿Carnicero?

—Funciona mal en equipo.

—¿Despiertaolas?

—Es bueno con la espada, pero me temo que es demasiado marrullero.

—¿Me permitís una opinión, *domina*? —terció la *magistrae*.

—Vaya, por fin llegó el giro —dijo Arkades poniendo cara de resignación—. Consejos de la nodriza. ¿Y a quién preguntaremos después, al grumete?

Leona lo hizo callar con una mirada torva.

—Habla, *magistrae*.

La mujer alzó una ceja entrecana a Arkades antes de decir nada.

—Es cierto que no soy ninguna experta. Pero la fuerza de Cuervo parece residir en su velocidad. Creo que necesitáis a alguien que cierre el hueco entre su rapidez y la fortaleza de Furiano.

Leona y Arkades se miraron y hablaron a la vez.

—Cantahojas.

Arkades se reclinó en la silla y miró hacia la nada.

—Tiene el alcance del que carece Cuervo y la velocidad que necesita Furiano. Podría funcionar.

Leona se inclinó hacia delante y le cogió la mano.

—Tiene que funcionar —respondió.

Arkades bajó la mirada a la mano de la mujer en la suya. Leona tenía la piel pálida, los dedos estrechos y delicados, suaves como la seda. La mano del *executus* estaba morena por los soles, agrietada como el cuero viejo,

encallecida por los puños de las espadas y las vicisitudes de la vida en la arena.

—Y funcionará, mi dona —musitó—. Lo juro.

Leona parpadeó, con la mano atrapada contra los labios de Arkades, sin saber muy bien dónde mirar. La *magistrae* puso cara de horror. Pero sin dar a su dona la ocasión de responder, Arkades la soltó, se levantó, cogió su bastón y fue cojeando hasta la puerta. Se detuvo en el umbral y se volvió hacia Leona.

—Por cierto, vuestro pelo está estupendo.

El *executus* dio media vuelta y salió del camarote.

—¡No!

La espada de entrenamiento se estampó en el costado de Mia y la envió al suelo de rodillas. Cantahojas embistió con un fiero grito, pero Arkades ya estaba retorciéndose a un lado y descargando su segunda espada en el antebrazo de la mujer, que trastabilló hacia atrás y topó contra Furiano. Una estocada de Arkades los dejó a los dos despatarrados.

Los tres gladiatii se quedaron tumbados en la arena, jadeando y empapados de sudor hasta los huesos.

—¡Me oís pero no me escucháis! —vociferó el *executus*, cojeando de un lado a otro entre ellos—. La Exiliada no se parece a ningún enemigo al que os hayáis enfrentado. Blande seis espadas con un único propósito. Tiene ocho ojos para seguir todos vuestros movimientos. Yo solo tengo un par de cada y no podéis conmigo. En nombre de las Cuatro putas Hijas, ¿cómo esperáis alzaros victoriosos contra ella?

Llevaban todo el giro entrenando, igual que cada giro desde que habían regresado a Nido del Cuervo. Los demás gladiatii practicaban a su alrededor pero, en realidad, todos los ojos estaban puestos en los cuatro del círculo,

observando cómo Arkades apaleaba a sus adversarios por toda la arena. Los dos soles pendían pesados del cielo, abrasando con todo el calor del verano profundo, ardiendo en oro y rojo sangriento. Y si se escrutaba lo suficiente el horizonte, empezaba a asomar un sutil matiz de azul más brillante, que anunciaba la parsimoniosa llegada del tercer ojo de Aa.

Se aproximaba la veroluz y, con ella, el Venatus Magni. Y los Halcones del *collegium* de Remo solo estaban un ápice más cerca de ese estadio que tres meses antes.

—Levantaos —ladró Arkades—. Actuad con decisión y atacad como si fuerais uno.

—Difícil tarea —gruñó Cantahojas—, cuando dos de nosotros se entorpecen entre ellos.

Mia se quitó el sudor de la frente y miró iracunda a Furiano, al otro lado del círculo. El Invicto le devolvió la mirada, con unos ojos negros que brillaban como la obsidiana. Se puso de pie y tendió la mano a Cantahojas para levantarla del polvo. Sin hacer el menor caso a Mia, cogió su espada y su escudo y se puso en guardia.

Mia se levantó, con sus armas de práctica en las manos.

—¡Atacad! —rugió el *executus*.

Furiano no esperó a sus compañeras y lanzó su asalto contra Arkades, que lo hizo retroceder a espadazos por la arena. Entrenando, el *executus* acostumbraba a ponerse a la defensiva y mostrar a sus adversarios las debilidades que tenían sin ánimo de castigarlos. Pero en los últimos giros, Mia había empezado a darse cuenta de lo mucho que se contenía el excampeón. Arkades era un dios de la arena. Incluso con una pierna menos, se movía como el agua, golpeaba como el trueno y se alzaba como una montaña. Sus tajos dejaban magullado el aire al pasar, su guardia no tenía fallos y recompensaba cada error con un golpe que amenazaba con romper hueso.

Arkades desvió el ataque de Furiano, golpeó al campeón en el trasero y se volvió hacia Cantahojas y Mia. Las dos se movían bien juntas, Mia internándose por debajo de los ataques de la mujer más alta y acosando las piernas y el vientre de Arkades. Le propinó un golpe aceptable en la barriga, pero al apartarse a un lado para evitar el contraataque del León Rojo, tropezó con la carga a la que se había lanzado Furiano después de levantarse y volver a la pelea.

—¿Quieres mirar por dónde...?

Una hoja de madera se estrelló contra la sien de Mia y la envió volando por los aires. Arkades desarmó a Cantahojas, trabó su hoja con la guardia de Furiano y derribó al campeón con un codazo en la mandíbula. Cantahojas rodó por la arena para recoger sus armas, sacudiendo sus trenzas de sal y maldiciendo mientras Arkades arrojaba sus dos espadas y la alcanzaba en el cuello y justo encima del corazón.

El *executus* se quedó de pie, con las manos vacías, jadeando mientras miraba con rabia al trío derrotado.

—Lamentable —escupió.

—Esa zorra estúpida se ha metido en medio —gruñó Furiano.

—Ay, Furiano... —dijo Mia, con un suspiro y una mirada venenosa—. Si algo he aprendido en esta vida es a que me dé igual cuando un perro me llama zorra.

—Conque perro, ¿eh? —Furiano se levantó del suelo y Mia se apresuró a imitarlo.

—¡Basta! —ladró Arkades.

Los dos se quedaron quietos, con las miradas en los ojos del otro y en postura de ataque. Mia sintió su sombra tensa por los bordes, como el agua detrás de una presa. Si no la mantenía controlada, sabía sin la menor duda que se extendería por la arena hacia la de Furiano, con las manos crispadas en

garras. Tenía los dientes apretados; hizo un esfuerzo por tranquilizarse mientras parpadeaba para quitarse el sudor de los ojos. Si perdía el control allí, si todo el mundo descubría lo que era...

—Basta de combatir por hoy —proclamó el *executus*—. Cuervo, Cantahojas, id a trabajar con los hombres de madera. Debéis golpear más fuerte si queréis atravesar la guardia de la sedosa. Furiano, practica el juego de pies. Necesitas más ritmo para derrotar a esa adversaria.

Mia y Furiano se fulminaron con la mirada, sin mover ni un músculo.

—¡Andando! —rugió Arkades.

Cantahojas recogió sus espadas del suelo, cruzó el patio y empezó a apalear maniqués con furia. Mia la siguió más despacio, sin que sus ojos entornados abandonaran los de Furiano, sintiendo un gélido odio arder junto con el mareo y el hambre que sentía en el estómago cada vez que lo tenía cerca.

«Puto idiota tozudo.»

Mia se situó al lado de Cantahojas, imaginó la cabeza de Furiano encima de su hombre de madera y empezó a aporrearlo sin tregua. El sudor le empapó la piel y los mechones le cayeron sobre los ojos mientras soltaba un tajo tras otro a su barriga, su pecho, su cara de comemierdas.

—Vais a hacer que me maten —murmuró Cantahojas, negando con la cabeza.

—Es Furiano quien siembra la discordia, no yo.

—Sois los dos —espetó la mujer—. No sé por qué no buscáis un rincón oscuro y bonito para follar y os lo quitáis de encima.

Mia dio un bufido.

—Antes dejaría que me metiera la polla Carnicero.

—Entonces, ¿qué pasa entre vosotros dos? —Cantahojas hizo una pausa para atarse las trenzas de sal, que casi le llegaban al suelo—. Vuestras lenguas escupen veneno, pero vuestros ojos nunca se apartan mucho del otro.

Mia sabía que la mujer estaba diciendo la verdad. Habría derrotado a la sedosa de no haber interferido Furiano. Pero al hacerlo, se había llevado una paliza en público y Leona había perdido toda oportunidad de patrocinio entre los nacidos de la médula de Vigilatormenta. Y aun así...

No podía negarlo. A pesar de su revoltijo de sentimientos por Ashlinn, se sentía atraída por Furiano. Y aunque el Invicto era sin duda un hombre atractivo, aquello iba más allá del deseo. Era algo profundo, visceral. Lo mismo que había sentido cuando Casio estaba cerca de ella. Algo que superaba la lujuria y se parecía más al... anhelo. Como el de un amputado por su miembro perdido. Como un puzle buscando una pieza de sí mismo.

«Pero ¿por qué?»

Cleo había hablado de ello en su diario. Recorriendo la tierra, sintiéndose atraída por otros tenebros como una araña por una mosca, y luego...

... luego comiéndoselos.

Pero ¿qué abismos significaba eso?

Los muchos fueron uno. Y lo serán de nuevo; uno bajo los tres, para criar a los cuatro, liberar al primero, cegar al segundo y al tercero.

Oh, Madre, la más negra Madre, ¿en qué me he convertido?

Mia sacudió la cabeza y escupió al polvo.

—No tengo ni puta idea —respondió.

—Pues más vale que lo medites y encuentres una solución —le advirtió Cantahojas—. Porque como libremos un combate por nuestras vidas tal y como estamos ahora, los tres nos sentaremos junto al Hogar antes de la veroluz, pequeña Cuervo.

La mujer empezó a apalearse de nuevo su maniquí, con los ojos entrecerrados. Mia miró a Furiano al otro lado del patio, y sintió nudos de odio en su vientre.

—No se puede razonar con él. Ya lo he intentado. Es un necio ignorante.

¡Crac!, sonó la espada de Cantahojas contra su objetivo.

—Furiano es muchas cosas —gruñó—. Terco, quizá. Arrogante, desde luego. Pero de necio no tiene un pelo.

—Los cojones. —Mia golpeó el cuello de su hombre de madera—. ¿Tú has probado a hablar con él?

—Ya lo creo. —Cantahojas asintió—. Es como darte cabezazos contra una pared de piedra. Honor. —¡Crac!—. Disciplina. —¡Crac!—. Fe. Esos son los principios que lo definen. Pero por encima de todo, el Invicto es un campeón, y tú estás amenazando eso. —La mujer se encogió de hombros—. La mayor distancia entre las personas siempre es el orgullo, Cuervo.

Mia suspiró y miró hacia Furiano.

—Eso suena sospechosamente a sabiduría.

¡Crac!, sonó la espada de Cantahojas contra su maniquí.

—No es mía —gruñó—. Es del *Libro de los ciegos*.

Mia apuñaló el pecho de su hombre de madera.

—¿Eso no es un antiguo texto sagrado liisiano?

—Sí —respondió Cantahojas—. Me lo sé de memoria. Nos hacían leer textos sagrados de toda la república. —¡Crac! ¡Crac!—. A las suffis de Camada les gusta que tengas una perspectiva amplia antes de iniciarte en la orden. Que conozcas el mundo y te conozcas a ti misma.

Mia echó la cabeza a un lado y miró de soslayo a su compañera. Por fin le encontraba el sentido. Los tatuajes por todo el cuerpo. Los cánticos que oía de vez en cuando por debajo de la puerta de Cantahojas.

—¿Eras sacerdotisa?

—Solo novicia. —¡Crac!—. No llegué a pronunciar los últimos votos.

—Entonces —¡Crac! ¡Crac!—, ¿qué abismos estás haciendo aquí?

Cantahojas se encogió de hombros.

—Ataque pirata. Venta rápida. La historia habitual.

Mia negó con la cabeza, asqueada.

—Demasiado habitual, joder.

—La suffi así lo nombró —¡Crac!— cuando nació.

Mia se agachó y apoyó las manos en las rodillas, resollando.

«Negra Madre, qué calor.»

—¿Así lo nombró?

Cantahojas dejó de torturar al hombre de madera y se limpió el sudor de la frente.

—¿Sabes cómo se nos pone el nombre a los dweymeri, Cuervo?

Mia asintió, recordando la historia que le había contado Tric en el Monte Apacible.

—Os llevan a Camada de pequeños —respondió—, al templo de Trelene. La suffi os sostiene en alto sobre el océano, pregunta a la Madre qué camino yace ante vosotros y os pone un nombre acorde con él.

—A mí me llamó Cantahojas —dijo la mujer—. No Cantahimnos, ni Cantaplegarias. Cantahojas. —Señaló a Mia con su espada de entrenamiento—. Y ni de milagro permitiré que la última vez que mi hoja cante sea porque Furiano y tú no os ponéis de acuerdo ni en el color que tiene la mierda. Fóllatelo. Apuñálalo. Apuñálalo mientras te lo follas, me trae sin cuidado. Pero resolvedlo antes de que hagáis que nos maten a todos.

Mia volvió a mirar a Furiano, que entrenaba su velocidad en un rincón del patio. Mientras Mia lo observaba, el campeón levantó la cabeza y clavó en ella sus ardientes ojos negros.

«La mayor distancia entre las personas siempre es el orgullo.»

—¡Vosotras dos! —rugió Arkades—. ¡Seguid trabajando!

Mia suspiró. Pero, como siempre, obedeció.

—Y a sospechaba que iba a verte, bruja —dijo Furiano.

Mia miró a lo largo del pasillo, por si acaso. Don Majo estaba siguiendo a la patrulla de la guardia y era imposible que la descubrieran, pero, sin su pasajero, Mia tenía el estómago hecho un batiburrillo de hambre e inquietud, agravado por la presencia del hombre al que había ido a ver. Se guardó su tenedor-ganzúa en el taparrabos y esperó ansiosa en el umbral del Invicto.

Esperó.

Y

esperó.

—¿Me dejas entrar o no, joder? —rezongó por fin.

—Como quieras —dijo Furiano con gesto agrio—. Aunque si el aliento fuese el mío, no me molestaría en desperdiciarlo.

Mia frunció el ceño, entró y cerró la puerta a su espalda. Miró por la habitación y la encontró igual que en su anterior visita: el altar a Tsana, la tosca Trinidad de Aa en la pared, el incienso ardiendo.

Por lo menos, esa vez Furiano estaba vestido, aunque entre aquellos muros tampoco era decir mucho. Tenía el torso desnudo, recubierto de músculos, la piel bronceada de trabajar bajo los soles. Era un dios dorado recién salido de la forja. Y era un capullo inaguantable, vomitado desde las profundidades del abismo.

Mia lo odiaba. Lo deseaba. Ni una cosa ni la otra y las dos al mismo tiempo.

Miró su propia sombra y la vio flotar como humo por la pared, extendiendo unas manos traslúcidas hacia la de Furiano. La sombra del Invicto tembló en respuesta, pero con un esfuerzo visible el itreyano la mantuvo a raya y miró iracundo a Mia con aquellos ojos negros insondables.

—Contrólate —gruñó.

Mia tensó la mandíbula y contuvo a su sombra, que se retrajo de mala gana,

con el pelo ondeando como si hiciera viento y la mano extendida como una amante despidiéndose. Entonces pensó en Ashlinn. Sintió una punzada de remordimiento fugaz e inexplicable. Deseaba a dos personas y no las deseaba, y a ninguna le había prometido nada. Pero comparada con Furiano, una traidora de labios melosos y lengua envenenada parecía una proposición de lo más sencilla...

—¿Qué quieres, bruja? —preguntó el Invicto.

—No soy más bruja que tú, Furiano.

—No tengo ningún asunto con la oscuridad —espetó él—. No paso entre las sombras y no merodeo a hurtadillas por la casa de nuestra *domina* como un ladrón.

—No, tú solo estás provocando que se le caigan las paredes encima, gilipollas atontado.

—¿Cómo te atreves a...?

—Ya lo creo que me atrevo —replicó Mia—. Eso es lo que me diferencia de la mayoría.

—Yo lucho por la gloria de este *collegium*, la gloria de nuestra *domina*.

—¡Le costaste a nuestra *domina* el patrocinio en Vigilatormenta! —siseó Mia—. Lo único que tenías que hacer era mantener guardada la polla en el taparrabos y dejar que le diera una paliza a la sedosa, y Leona habría estado hundida hasta las tetas en oro.

—Hiciste un nismo con la oscuridad en tu combate contra la Exiliada —dijo Furiano, cruzándose de brazos—. Si te hubiera permitido ganar en el *palazzo* de Mesala con tus perversidades, habrías mancillado el corazón de este *collegium*. Me quedaría hambriento antes que comer alimentos comprados con moneda deshonrosa, y moriría antes que aceptar un laurel que no me he ganado.

—¿Que no me lo gané? —Mia no podía creérselo—. Que te den, mamón

arrogante. ¿A cuántos arcadragones has derrotado últimamente?

—Una victoria sin honor no es victoria en absoluto —repuso él—. No permitiré que ganes más falsos premios para este *collegium* gracias a tu brujería.

—¿Así que usas esa misma brujería para joderme la marrana? —Mia se descubrió alzando la voz e intentó reprimir su temperamento—. Tú también llamaste a la oscuridad para impedirme vencer a la sedosa. ¿No te parece ni un poquito hipócrita por tu parte?

Furiano avanzó hacia ella con los puños apretados.

—Márchate de aquí, Cuervo.

La sombra del campeón se infló y recorrió la pared hacia la de Mia, que se alzó para recibirla, retorciéndose y levantando la cabeza como una serpiente, con las manos hechas garras. Mia habría jurado que el dormitorio se congelaba mientras se le erizaban los pelillos de la nuca y el hambre estallaba en su tripa y amenazaba con tragársela entera.

—No.

Cerró los ojos y meneó la cabeza. Obligó a la oscuridad a volver a su interior. Aquello no estaba saliendo como lo había planeado. Se suponía que iba a controlar su genio e intentar razonar. No sabía qué le estaba haciendo la presencia de Furiano, por qué la predisponía tanto a la violencia ni qué significaba nada de todo aquello. Lo único que sabía era que...

—Tenemos que llegar a un acuerdo —dijo abriendo los ojos y mostrando las palmas de las manos en gesto de súplica—. Furiano, escúchame. Si combatimos juntos en la arena tal y como estamos ahora, a Cantahojas y a mí nos van a destripar. ¿De qué le valdrá eso a nuestra *domina*?

—Quizá tú consideres escasa tu valía sin la ayuda de tus encantamientos, bruja —dijo el hombre, y se dio un puñetazo en el pecho—. Pero yo soy el

Invicto. Luché durante casi una hora bajo los ardientes soles de Talia y maté a dos docenas de hombres para ganarme mi laur...

—¡Ishkah no es un puto hombre! Ya viste en el *palazzo* de Mesala cómo pelea. Con dos espadas en las manos ya sería un desafío para cualquiera de nosotros. Pero ¿con seis? ¿Luchando a muerte? ¡Nos hará picadillo!

—¿Cómo puedes vivir contigo misma? —El Invicto negó con la cabeza—. ¿Sin fe en el Padre de sus Hijas, sin fe en ti misma, solo con sombras, oscuridad y engaños?

—No cometas el error de creer que me conoces, Furiano. —Observó la sombra temblorosa del itreyano y meneó la cabeza a los lados—. Ni siquiera te conoces a ti mismo.

—Fuera de aquí.

—Ah, ¿estás esperando a otra invitada? —Mia miró la cama.

Los ojos de Furiano se ensancharon y la ira le ensombreció el ceño. Alzó la mano para empujarla hacia atrás y Mia se movió, apartó la mano de un golpe y le hizo una presa en el brazo. Él le asió la muñeca, la empujó hacia atrás contra la puerta y los dos empezaron a gruñir y maldecir mientras forcejeaban. Desde tan cerca, Mia podía oler su sudor fresco, notar la calidez de su piel contra la de ella, sentir cómo se confundían la rabia y la lujuria y el hambre. Notó el calor de la polla de Furiano a través del taparrabos, endureciéndose contra su cadera. Quería besarlo, morderlo, agarrarlo, ahogarlo, follárselo, matarlo, dientes desnudos en un rugido, corazón aporreándole en el pecho, sus labios a solo un centímetro de...

—Piadoso Aa —dijo Furiano con un hilo de voz.

Mia siguió su mirada hacia las sombras de la pared y se le trabó el aliento en la garganta. Las sombras estaban entrelazadas como serpientes, retorciéndose y arrastrándose y curvándose como volutas de humo. Habían perdido por completo la forma y eran solo dos esquirlas de negrura,

entrecruzadas una con la otra. Mia reparó en que eran el doble de oscuras de lo que deberían, como cuando Don Majo o Eclipse viajaban con ella. El dormitorio se notaba claramente más frío, la piel se le había puesto de gallina y el deseo estaba haciéndola temblar.

Furiano la empujó y se apartó, horrorizado. Sus sombras siguieron anudándose entre ellas y el hombre alzó tres dedos para hacer el símbolo de protección de Aa contra el mal. Como rizos de pelo enmarañado, las sombras se separaron poco a poco y recobraron sus formas humanas. Se aferraron una a la otra, brazos, manos y luego dedos, y la sombra de Furiano regresó a su lugar natural cuando su propietario se alejó más. La de Mia menguó y palpitó en la pared, como la resaca de una ola en el océano.

—¿Qué somos? —susurró.

Furiano estaba resollando y su pelo largo y negro se movía como por iniciativa propia. Se lo recogió en una coleta en la nuca y rugió:

—Tú y yo no somos nada.

—Somos lo mismo. Esto es lo que somos, Furiano.

—Eso —espetó Furiano señalando la Trinidad de la pared— es lo que soy yo. Un fiel y devoto hijo de Aa. Bañado en su luz y enseñado por sus escrituras. Eso —dijo señalando las espadas de madera— es lo que soy yo. Un gladiatii. Invicto. Intacto. Invencible. Y así seguiré, aunque un millar de sedosos se interpongan en mi camino hacia el Venatus Magni.

—¿Así que lo único que importa es el Magni? Si tanto anhelas la libert...

—¡No es por la libertad! —exclamó él—. Y ahí tienes otra diferencia más entre tú y yo. Para ti, ser gladiatii es una máscara que te pones. Para mí, la arena, la multitud y la gloria son mis motivos para despertar. Mis motivos para respirar.

Furiano cruzó la habitación a zancadas y, después de escuchar un momento en la puerta, la abrió. Miró ceñudo a Mia, al parecer reacio a volver a tocarla.

—Vete de aquí, Cuervo.

Mia no lo había convencido. Ni siquiera había estado cerca. El estúpido orgullo de Furiano. Su absurdo sentido del honor. Su miedo a quién y qué era. Mia no comprendía nada de todo eso. Y aunque los dos eran tenebros, Mia se dio cuenta de que en realidad eran personas completamente diferentes. Pese a cualquier afinidad que pudieran compartir en las sombras, en aquel allí, en aquella vida, en aquella carne, se parecían tanto como la veroluz y la veroscuridad.

«Si no puedes ver tus cadenas, ¿de qué te sirve una llave?»

Así que, con un suspiro, Mia salió de la habitación al pasillo.

—¿Qué te volvió así? —preguntó sin levantar la voz—. ¿Qué eras antes de esto?

—Justo lo que serás tú cuando termine este Venatus Magni: nada.

Furiano le cerró la puerta en las narices a modo de despedida.

CAPÍTULO 21

POR FAVOR

—Vaya, vaya —dijo Sidonio—. Mira lo que ha traído el gato-sombra.

Mia se acuclilló en el suelo de la celda, aún mareada por el paso entre sombras. Los barracones estaban sumidos en una oscuridad casi total, y el silencio era interrumpido por suaves ronquidos y los intermitentes murmullos de los gladiatii a su alrededor. Sidonio estaba tumbado de lado en la paja, con solo una rendija abierta en los ojos. Don Majo había advertido a Mia de que el hombre estaba despierto, pero de todas formas Sidonio ya conocía su secreto. Bueno, algunos de sus secretos.

No tenía sentido ocultarle lo que ya sabía.

—¿Me has traído algo de rancho o qué? —preguntó Sid.

Mia sonrió y lanzó al hombre un trozo de queso que había robado de la cocina. Sidonio sonrió, le dio un mordisco y habló con la boca llena.

—Eres más furtiva que un pedo en la iglesia, ya lo creo que sí.

—¿Estabas esperándome despierto? Qué detalle tan bonito.

—En realidad no. Debes saber que has interrumpido un sueño en el que estábamos yo, la *magistrae*, una fusta y una cama con colchón de plumas.

—¿La *magistrae*? —Mia alzó una ceja.

—Tengo inclinación por las mujeres mayores, pequeña Cuervo.

—Tienes inclinación por cualquier cosa con dos tetas, un agujero y pulso, Sid.

—¡Ja! Qué bien me conoces. —El itreyano sonrió y alzó el queso, como brindando—. Pero por las Cuatro Hijas, me gusta tu estilo.

—Lástima que Furiano no pueda decir lo mismo.

—Ah, conque ahí es donde estabas. ¿Cómo la tiene de grande? Cuando un hombre fanfarronea con tanta bravuconería, suele estar compensando el cacahuete que guarda en las calzas.

Mia recordó el contacto de la polla de Furiano contra su cadera y apretó los muslos para acrecentar la sensación. Se sentía inquieta después de su encuentro con el Invicto. Desbordante y activa. Trató de apartarlo a un lado y pensar con claridad.

—No estaba acostándome con él, Sid. —Mia torció el gesto—. Intentaba convencerlo de que no haga que me maten.

—Bueno, en mi calidad de antiguo viajero por el mundo puedo decirte que te sorprendería lo mucho que puede hacer una manola rápida para destensar unas relaciones internacionales estancadas.

Mia arrojó paja con el pie a su compañero de celda y sonrió casi sin querer.

—Qué cerdo eres.

—Como te decía, me conoces bien, Cuervo.

—Si Furiano y yo no aprendemos a combatir juntos, esa sedosa usará mi intestino delgado para hacerse salchichas.

—¿Tan temible es?

—Yo no le tengo miedo, no. Pero es la mejor que he visto en la vida con la espada.

—¿Ah, sí? ¿Y a cuántos otros has visto usar la espada?

—A bastantes.

—Umf —gruñó Sid, apoyándose contra la pared y observando a Mia—.

Contigo todo son secretos dentro de secretos. Y eso que no llegas ni a los dieciocho años, diría yo. Mira que eres flacucha y poquita cosa, y manejas la espada mejor que yo. Pero sabes que siempre tienes una alternativa a ser el aperitivo de una sedosa, ¿verdad?

—¿Y cuál es? —Mia suspiró—. ¿Asesinar a Furiano mientras duerme y confiar en que Leona ponga a alguien con Cantahojas y conmigo que no sea un capullo insufrible?

Sidonio levantó las manos e imitó un aleteo.

—Vuela altooo, cuervecilla.

—Imposible.

Sid dio un bufido.

—Entras y sales más a menudo de esta celda que un chaval de catorce años se la menea. Puedes marcharte de este sitio en cualquier momento que elijas. Así que si el Campeón Capullo va a hacer que te asesinen a sangre fría, ¿por qué no te escapas y ya está?

Mia suspiró de nuevo.

—Si lo hiciera, os ejecutarían a todos.

—Los cojones —dijo Sid—. Te observo, Cuervo. Y veo cómo nos observas tú a nosotros. Arkades. Leona. Furiano. Yo. Los engranajes que tienes detrás de esos ojitos sombríos no paran de rodar. Y aunque no creo que seas el pez más frío de este estanque, no puedes decir sin mentir que te importa lo más mínimo si alguno de nosotros vive o muere. Y menos cuando lo más probable es que muramos todos en algún *venatus*. Así que dime, ¿a qué juegas?

—Créeme, Sidonio —repuso Mia—. Lo último que estoy haciendo aquí es jugar.

—Muy bien, como quieras. —Sid dio otro mordisco al queso y meneó la cabeza, melancólico—. Me recuerdas a una mujer que conocía. Es increíble,

joder. Tenía tus mismos ojos. La misma piel. Ella también era todo secretos dentro de secretos.

—¿Algún amor de juventud? Te rompió el corazón, ¿eh?

—Qué va. —Sid negó con la cabeza—. Nunca la amé. Pero la mayoría de los hombres que la conocían sí que la amaban. Estuvo a punto de poner la república de rodillas. Pero al final, con sus ojos sombríos y sus secretos dentro de secretos, acabó haciendo que mataran a toda su familia. Marido. Una hija pequeña. Un bebé. Y también a muchos amigos míos.

El estómago de Mia se heló. Sus ojos se entrecerraron.

—¿De quién estás hablando?

—De la antigua dona de esta casa, por supuesto —dijo Sid, y recorrió las paredes con un ademán—. La esposa del verdadero justicus, Alinne Corvere. —Movié la cabeza a los lados—. Puta zorra estúpida.

Más tarde, Mia no se acordaría de haberse movido. Lo único que recordaría fue el satisfactorio crujido cuando su puño impactó en la mandíbula de Sidonio y el sonoro golpe cuando su cabeza rebotó en la pared que tenía detrás. El gigantón soltó un reniego e intentó apartarla mientras Mia le arañaba el cuello y le daba puñetazos en la mejilla, la sien, la nariz.

—¿Has perdido el...?

—Retíralo —espetó ella.

—¡Quítate de encima!

Mia y Sidonio forcejearon y el hombre, más grande, la tiró al suelo mientras los nudillos de Mia interpretaban toda una melodía en su cara.

—¡Retíralo! —rugió, y los dos rodaron en la paja entre sacudidas y puñetazos.

Otros gladiatii se despertaron por el escándalo. Cantahojas miró por la rendija de la puerta de su celda y Otho y Félix vitorearon al darse cuenta de

que había estallado una pelea, mientras intentaban asomar las cabezas entre los barrotes de sus celdas para ver mejor.

—¡Cerrad la puta boca ya! —bramó Carnicero desde su celda, al otro lado del pasillo.

—¡Paz, Cuervo! —gritó Sidonio.

—... *mia, para ya...*

—¡Que lo retires!

—¿Que retire qué?

Sidonio asestó un gancho a Mia en la mandíbula y ella le dio un puñetazo en la garganta. Ahogándose, el itreyano cogió el pelo de Mia y le estrelló la cabeza contra los barrotes, haciendo que el mundo entero sonara como un gong. Atacando a ciegas, con los ojos llenos de estrellitas, le acertó un puntapié bestial en las pelotas. Los dos gladiatii cayeron al suelo de piedra, jadeando, sangrando. A Mia se le abrió el corte que se había hecho luchando contra la sedosa, Sid gemía y se agarraba las joyas de la corona.

—... *¡mia, para o te oirá arkades!...*

El susurro de Don Majo atravesó la neblina roja de su cabeza e hizo que Mia recobrarla la compostura. El no-gato decía la verdad: si seguían peleando, sin duda el *executus* oiría la conmoción y casi con toda certeza los cosería a latigazos. Lanzó una última patada a Sidonio, que rodó por el suelo con un exabrupto. El hombretón se retiró arrastrándose a un rincón como un perro apaleado, y Mia al opuesto, ambos resollando y mirándose furibundos desde ambos extremos de la piedra manchada de sangre.

—¿Qué... a-abismos ha sido eso? —logró decir Sid, con una voz que salió casi una octava más alta.

Mia se pasó unos nudillos ensangrentados por la nariz sanguinolenta.

—Nadie habla así de ella.

—¿De qui...?

Sidonio parpadeó. Sus ojos azules como el hielo se estrecharon mientras miraba a la chica que jadeaba y resoplaba en el otro rincón de la celda. Que se apartaba el largo cabello de sus ojos negros, esos ojos que a Sidonio le recordaban a...

—No puede ser —susurró.

Sidonio miró las paredes que los rodeaban. De nuevo a la chica. Mia vio cómo lentamente iba resolviendo el rompecabezas, el problema matemático imposible, vio en sus ojos dementes cómo todo le iba encajando en algún lugar. La chica que se negaba a escapar de entre aquellos muros, a pesar de que podía marcharse cuando quisiera. La chica que parecía decidida a luchar en la competición más cruel que se hubiera ideado en toda la historia de la república, solo para alcanzar una libertad de la que podía disfrutar en el momento que eligiera. Por tanto, si el objetivo no era la libertad...

—Te haces llamar Cuervo —susurró—. Y aquí estamos, en Nido del Cuervo.

... tenía que ser la victoria.

—¿Eres...? ¿Eres su...?

Mia lo sintió crecer en su interior. Detrás del dolor de los golpes de Sid, del latido en su frente y la sangre que le caía a los ojos. El peso de todo. De estar rodeada cada giro por recordatorios de la persona que había sido, de lo que podría haber sucedido, de todo lo que le habían arrebatado. La frustración y el hambre que sentía estando cerca de Furiano, la confusión y el deseo que sentía estando cerca de Ashlinn, la increíble magnitud de la tarea que tenía por delante. No sentía miedo ante todo ello, no, porque el ser que moraba en su sombra no iba a permitirlo. Pero sí sentía tristeza. Pesar, por todo lo que era y lo que podría haber sido.

Y solo durante un segundo, solo por un momento, el peso de todo ello fue demasiado.

Los demás gladiatii se dieron cuenta de que el espectáculo había terminado y regresaron a sus lechos sobre la paja. Mia estaba acurrucada, abrazándose las rodillas raspadas, mirando torva a Sidonio a través de su flequillo irregular. Su labio temblando. Sus ojos incendiados en la oscuridad.

—Retíralo —susurró, y notó que las lágrimas se le acumulaban en las pestañas.

—Paz, Cuervo —murmuró el hombre, limpiándose de sangre el labio partido—. Si te he ofendido, te suplico perdón. No sabía... no podía...

La miró desconcertado, y de nuevo sus ojos se desviaron a las paredes que tenían alrededor. Piedra roja, barrotes de hierro, cadenas oxidadas. Nada de eso podía retenerla. Y sin embargo, allí estaba todavía.

—Por las Cuatro Hijas, lo lamento.

Mia se quedó sentada en la penumbra, sintiendo los ojos del hombre en ella, la lástima que le tenía, como piojos arrastrándose por su piel. No podía soportar la debilidad que había mostrado, la pena en los ojos de Sid. Se pasó los nudillos sangrantes por los ojos y notó que volvía a hincharse en ella la ira. Enfadada se sentía mejor, mucho mejor que apenándose por sí misma. La adrenalina de la pelea cosquilleaba en las puntas de sus dedos y le hacía temblar las piernas. Quería correr, quería luchar, quería cerrar los ojos y calmar la tempestad de su cabeza, que el tiempo se detuviera aunque fuese tan solo un segundo.

¿Era eso lo que quería?

«¿Qué es lo que quieres?»

Había sido una estupidez dejar que se le escapara. Permitir que su rabia tomara el control y que Sid terminara adivinando quién era ella en realidad. Pero ¿había sido un error?

Sidonio había conocido a su padre. Le había servido con lealtad. Aún lo veneraba, incluso después de tantos años.

¿Era posible que Mia hubiera querido que lo supiera?

¿Tal vez quería conocer a alguien que los hubiera conocido a ellos? ¿Que comprendiera, aunque fuese una minúscula fracción, lo que suponía para ella estar allí?

El futuro estaba aguardando a Mia en la arena vacía del estadio de Tumba de Dioses. Cuánta sangre la esperaba, cuánta sangre había dejado ya atrás. Cada momento de su vida la había llevado hacia aquella senda, aquella venganza, aquel camino sin curvas ni desvíos.

Pero ¿qué quería ella, además de la venganza?

Aún quedaban horas hasta el final de la nuncanoches.

No quería dormir.

No quería soñar.

No quería descansar la cabeza en aquel lugar que había sido su hogar y que se había transformado en un recordatorio cada vez más difuso de todo lo que podría haber sido.

«Entonces, ¿qué es lo que quieres?»

—¿Cuervo?

Mia miró a Sid, que sangraba sin hacer ruido en su rincón.

—Por el bendito Aa, lo siento, chica —dijo.

Mia no quería que Sid la mirara, eso al menos lo tenía claro. Y cuando el hombre se levantó para sentarse a su lado y le pasó uno de aquellos brazos inmensos por el hombro, Mia comprendió que lo último que quería era que la consolara. No quería compasión. No quería caer en un torpe y algo incómodo abrazo con cualquier idiota y llorar como una niña asustada. Esa época la había dejado muy atrás. Estaba muerta y enterrada como su familia. Mia era una hoja de la Iglesia Roja, no un cristal endeble y frágil. Ella era acero.

Pero tampoco quería estar sola.

Pensó en sus tiempos como discípula. En el olvido y el desahogo que había

encontrado en los brazos de Tric. Pero él también estaba muerto y enterrado. Era una tumba vacía en un salón hueco, tallada con el único recuerdo que quedaría de él. Mia había dicho a la shahiid Aalea que lo echaba de menos, y había verdad en ello. Pero comprendió que echaba más de menos la claridad, el simple placer de desear y ser deseada a su vez. Los rescoldos de excitación que le quedaban de su visita a Furiano tampoco ayudaban en nada.

«Las llamas más brillantes son las que más deprisa se consumen —le había dicho Aalea—. Pero en ellas hay un calor que puede durar toda la vida. Incluso en las de un amor que solo dura una nuncanoches. Para la gente como nosotros, no existen promesas de un “para siempre”.»

Al mirar a los ojos a Sidonio, por fin se dio cuenta de qué era lo que quería. No para siempre, quizá.

Pero sí para ahora.

—¿Por qué me miras así?

Y sin decir una palabra
miró tras la espalda del hombre
hacia la sombra de la escalera
y desapareció de entre sus brazos.

Sonidos portuarios. Soldados gritando «¡Todo sereno!» mientras patrullaban las calles en la nuncanoches. El viento que llegaba desde el océano a Reposo del Cuervo por suerte era fresco, y Mia se estremeció después del calor húmedo de los barracones. Tenía la mano levantada hacia el cristal de la ventana, a punto de llamar.

—... *esto es una imprudencia...*

—Vuelve al fuerte —susurró Mia—, y dile a Eclipse que vigile la calle.

—... *mia, es...*

—Vete.

Sin emitir un solo sonido, el no-gato la abandonó y la sombra de Mia se volvió más leve y pálida. Tan pronto como Don Majo se hubo marchado, lo sintió acechar y arrastrarse en su tripa: el miedo que siempre habría sentido de no tenerlo a su lado. Miedo a estar allí. Miedo a lo que significaba, o adónde podría llevar. Miedo a quién y qué era ella. Y antes de que las frías garras se le clavaran demasiado en la piel, llamó una, dos veces, sus nudillos sonaron agudos contra el cristal.

No se oyó nada en el interior. Mia fue presa de un pavor creciente, pensando que quizá ella no estuviera dentro, que se hubiera marchado a hurtadillas después de su discusión, que la hubiera traicionado y abandonado, demostrando que toda la desconfianza y las sos...

La ventana se abrió. Ashlinn Järnheim estaba de pie al otro lado del alféizar, con la almohada marcada en la cara y confundida por el sueño. Sus ojos eran del azul de los cielos quemados por los soles.

—¿Mia? —preguntó la chica, conteniendo un bostezo—. ¿Qué hora es?

Esos ojos azules se abrieron más al ver las raspaduras en los nudillos de Mia, la ceja partida sobre el ojo morado, el cardenal de la mandíbula.

—Negra Madre, ¿qué te ha pas...?

La pregunta murió inconclusa cuando Mia extendió la mano y llevó un dedo a los labios de Ashlinn. Se quedaron así un momento, dos chicas apenas tocándose mientras el mundo a su alrededor contenía el aliento. La confusión empezó a derretirse en los ojos de Ashlinn cuando Mia movió el dedo, leve como una pluma. Trazó el fino arco del labio superior de Ashlinn, la turgente suavidad del inferior, despacio y suave. La curva de su mejilla, la línea de su mandíbula, y la respiración de Ash se aceleró al despertarse del todo, consciente, maravillada, carne de gallina en sus brazos desnudos. Y mientras

separaba los labios para hablar, tal vez en protesta, Mia se inclinó hacia ella y la silenció con un beso.

Nunca antes había besado a una chica. Al menos, de ese modo. El beso que se habían dado en el Monte Apacible había sido de despedida. Prolongado, quizá, pero de todos modos un adiós. El beso que se estaban dando era una invitación, una dulce y desesperada súplica por un principio, no un final. Una pregunta sin palabras, la boca de Mia abierta y derritiéndose contra la de Ashlinn. Y cuando notó que Ashlinn se estremecía con la lengua que rozaba casi etérea la suya, Mia obtuvo su respuesta.

Entró por la ventana sin que sus labios se separaran. Brazos entrelazados, manos exploradoras, Mia interrumpiendo el beso el tiempo justo para quitarle el camisón a Ashlinn por encima de la cabeza. No llevaba nada debajo, gloriosamente desnuda con un simple gesto. Mia paró un momento para contemplarla, la forma en que la luz de los soles acariciaba la línea del cuello de Ashlinn, el relieve de sus curvas, la sombra entre sus piernas.

—Mia, yo...

Mia se lanzó de nuevo y puso la boca en el cuello de Ashlinn. El pecho de la chica subía y bajaba, sus mejillas sonrosadas, susurrando tenues nada y dejando que la cabeza cayera hacia atrás mientras Mia seguía descendiendo hasta su pecho y tentaba con la lengua un pezón duro como una piedrecita.

Cayeron las dos en la cama. Las manos de Ash tiraron de los nudos que cubrían el pecho y las caderas de Mia, gimiendo cuando los dientes de Mia jugaron con su cuello. Cualquier pregunta que pudiera haber tenido estaba ahogada y Ashlinn respiraba demasiado deprisa para hablar, labios separados mientras aferraba a Mia contra ella, piel sobre piel, todos los dulces secretos al alcance de sus dedos. Costillas abajo, por el remonte de sus caderas hasta la curva de su culo mientras Mia la envolvía con una pierna y la atraía más hacia sí.

Mia sintió los dedos de Ash rozarle el interior del muslo y una emoción aritmica crepitó columna vertebral arriba y chispeó en la oscuridad de detrás de sus ojos. Su propia mano se aventuró más abajo, descendió por la firme tripa de Ash hasta el mullido rubio entre sus piernas. Las manos de las dos hallaron sus objetivos al mismo tiempo y su beso ganó brío y acalló los suspiros. Mia arqueó la espalda al sentir a Ashlinn trazando pequeños y firmes círculos en ella con dedos hábiles. Amasó un pecho con la mano libre mientras la otra pasaba a la acción entre las piernas de Ashlinn, imitando su lento, agónico ritmo y escuchándola gemir al compás.

Era distinto a todo lo que había conocido. Chispazos repentinos y dulce suavidad y besos, inacabables, paralizantes besos que la llenaban de una calidez que se le extendía hasta las puntas de los dedos. El tiempo se detuvo y no quedó más que lenguas acariciándose y suspiros sin aliento, un calor que crecía entre sus piernas y le inflamaba el cuerpo entero.

—Oh, diosa, sí —susurró Mia.

—No pares —suplicó Ashlinn.

Sus labios eran de miel templada y suave, y su cuerpo se retorció mientras los dedos de Mia daban vueltas y más vueltas sobre su botón hinchado. Estaba tan caliente allí abajo, tan húmeda y temblorosa, que el hambre de Mia creció hasta que no pudo resistirla más.

—Quiero saborearte —casi suspiró, frotando la nariz con el cuello de Ashlinn.

—Oh, sí... sí...

Bajó, lenta como el hielo al derretirse. Pasó la lengua por la línea del cuello de Ashlinn, sonriendo cuando la espalda de la chica se arqueó y los dedos de sus pies se combaron. Llegó a sus pechos y se apoderó de uno con la boca, lamiendo, chupando, sin dejar de mover la mano entre los muslos de Ashlinn. Ardía en Mia una sed seca como el desierto, y no podía pensar más

que en una manera de saciarla. Una manera que tiraba de ella como una encantadora y oscura gravedad. Hacia abajo.

Siempre hacia abajo.

Ash estaba abierta de piernas en el colchón, gimiendo mientras Mia proseguía su descenso con largos y lánguidos besos por las costillas, por el vientre. Mia se detuvo y trazó lentos y ardientes círculos en torno al ombligo de Ashlinn con la punta de la lengua, mientras con las uñas iba dejando suaves líneas por toda su piel. Inhaló un tenue matiz de lavanda y el mareante aroma del deseo de Ash.

—Por favor, Mia —susurró la chica.

Abajo, abajo hasta la lisa extensión de las piernas separadas de Ashlinn, acercando la lengua a aquella embriagadora calidez. Había un pequeño lunar en la unión entre el muslo de Ash y su sexo, y Mia lo lamió despacio, sonriendo oscuro.

—Por favor, ¿qué? —dijo casi sin vocalizar.

—Por favor, Mia.

Ahuecó los labios y dio un soplidito en su objetivo que hizo tiritar a Ashlinn. A Mia la habían saboreado, pero ella no lo había hecho nunca, y la anticipación se enroscó en su tripa y le provocó un temblor. Quería tomarse su tiempo, disfrutar de cada segundo, cada emoción, pero Ash metió las dos manos en el pelo de Mia y, con un respingo entrecortado, tiró de ella.

Sedosa suavidad empapada de lujuria, separándose bajo la presión de sus besos. Mia fue despacio, pasando la lengua por los pliegues de Ashlinn, internándose y saliendo. Ashlinn maulló y suspiró, moviendo las caderas al ritmo, tirando más de Mia con las manos en su pelo. Mia se halló consumida, sedienta, muerta de hambre. El sabor de Ashlinn, el flujo de cálido néctar en su lengua. Deleitándose con los gemidos de Ashlinn cuando le pellizcaba los

pezones enhiestos, cuando hacía bajar las manos por los pechos de la chica, cuando le aferraba el culo.

Ashlinn se perdió cuando Mia se aplicó en la tarea, ojos en blanco, medio colgando de la cama mientras urgía a Mia a seguir, «No pares, no pares». Mia jamás había sentido tanto poder. Hasta el último de sus movimientos, cada restallido de la lengua, cada roce de sus labios provocaba un gemido, una súplica susurrada, un temblor que recorría el cuerpo entero de Ashlinn.

El tiempo perdió todo significado, cada segundo un año, cada año un latido, el calor arreciando entre ellas, llevando a Ash cada vez más alto, más ardiente, más brillante, sus gemidos cada vez más sonoros, más largos, hasta que se tensó como una cuerda de arco, espalda hacia atrás, muslos atenazando las mejillas de Mia, todos los músculos marcados mientras apuntaba los dedos de los pies hacia el cielo y chillaba como si fuera el fin el mundo.

El cuerpo entero de Ash se relajó en las jadeantes postrimerías, y Mia movió la lengua en suaves círculos, sin renunciar a su sabor, al poder de su pequeño triunfo. Con una sonrisa pícaro, hundió más la lengua en los pétalos de Ash, haciéndola gemir, «Basta, diosa, basta», sin ceder hasta que la chica tiró de ella hacia arriba con ternura. Ash envolvió a Mia en sus brazos, fundiendo sus cuerpos en uno, sus esbeltas piernas rodeando la cintura de Mia mientras se hundían en otro beso largo y hambriento. El sabor de Ash se mezcló en sus lenguas y Mia se notó sumergida en él, las pestañas revoloteando contra sus mejillas, tan adecuado y placentero y tremendamente dichoso que no quería que acabara nunca.

Pero entonces ahogó un grito cuando Ashlinn le dio una palmada en el culo y le mordió los labios con la fuerza suficiente para hacerle sangre.

—Au. —Mia se encogió—. ¿A qué ha venido eso?

—Por hacerme suplicar. —Ashlinn frunció el ceño.

—¿Ah, sí? —Mia sonrió, rozó los labios de Ashlinn con los suyos—. En su

momento no he oído quejas.

—No te me pongas gallita ahora, Corvere. Ha sido la suerte de la principiante.

—¿Ah, sí, de verdad?

Leves risas convertidas en cálidos estremecimientos cuando Ash le restregó la nariz por el cuello.

—De verdad —susurró la chica, rozándole la piel con los dientes.

—En ese caso... quizá la dona quiera hacer una demostración a la aprendiz.

—Di por favor.

—La... ¡Ah!

Mia dio un respingo cuando Ashlinn le apartó la cabeza tirándole del pelo y le soltó otra fuerte palmada en el trasero. Los labios de la chica recorrieron el cuello de Mia, sus dientes le acariciaron la yugular, sus uñas trazaron líneas de fuego y hielo por sus muslos cada vez más mojados.

—Di... —susurró Ash, mordisqueando el cuello de Mia— por favor.

En su corazón, Mia jamás se había inclinado ante nadie. Ni en la iglesia, ni en la arena, ni en la alcoba. Y aunque se había deleitado con el control que ostentaba un minuto antes, cuando hasta su más leve toque, hasta su más ínfimo gesto encendía en llamas a la chica que tenía entre los brazos, Mia se preguntó si quizá encontraría un gozo más profundo en algún pequeño momento de rendición.

Los dedos de Ash danzaron por su piel, livianos como una brisa. El abdomen de Mia se tensó a medida que ella iba descendiendo y su lengua dibujaba una espiral que se adentraba en su jadeante pecho.

—Dilo —susurró Ash, y pasó rauda la punta de la lengua por el pezón de Mia.

Se filtró una luz ahumada por la cortina y Mia cerró los ojos mientras Ashlinn continuaba hacia abajo, sin querer ver ni oír ni hablar sino solo sentir.

Una catarata de besos que se precipitaban por su cuerpo, las manos de Ash que parecían estar en todas partes al mismo tiempo. Mia descubrió que se le separaban las piernas sin pretenderlo, el dolor entre ellas era una anhelada agonía, su aliento entrecortándose más y más, su corazón aporreando de impaciencia. Estaba floreciendo en su interior una sensación como no la había conocido antes, ni con Tric, ni con Aalea, ni con Aurelio y aquella belleza dorada, un deseo que se tornó hoguera abrasadora cuando Ashlinn se arrodilló entre sus piernas y notó un aliento cálido en sus labios inflados.

—Di... —Un roce de la lengua de la chica, imposiblemente leve, hizo sacudirse y tiritar a Mia— por favor.

Mia levantó la cabeza y vio al final de su propio cuerpo a Ashlinn, dispuesta a devorarla. Corazón martilleando, falta de aliento en los pulmones, mareada. Y cerrando los ojos de nuevo, dejó que su cabeza cayera hacia atrás y que la tensión se disipara de sus huesos al entregarse del todo.

—Por favor —suspiró Mia.

Un gemido largo y grave escapó de entre sus labios cuando Ashlinn empezó a aplicarse, sus labios y su lengua bailando en la oscuridad. Mia no tenía ni idea de dónde había adquirido esas habilidades. ¿De Aalea, de alguna amante más reciente, de alguna antigua enamorada? Pero, diosa, quitaba el aliento. Ash era una maestra y la melodía entre ellas dos, algo más antiguo que el tiempo. El calor que sentía creció, latiendo a cada roce de la lengua de la chica, Mia casi incapaz de respirar, sábana arrugada entre sus puños que se tensaban. Estuvo a punto de perder la cabeza cuando sintió a Ashlinn deslizar un dedo en su interior, curvarlo, avivar esa calidez humeante, descargar una corriente arkímica que chisporroteó hasta los dedos de sus pies.

—Oh, diosa...

Indefensa, atrapada y barrida, un huracán de lujuria y deseo, el calor de su interior era casi imposible de soportar. Ashlinn era despiadada, mantenía con

su toque el ritmo de la lengua, Mia con la espalda arqueada, levantando las caderas de la cama, su boca en una «o» perfecta, dedos enredados en el río rojo del cabello de Ashlinn, y ella la arrastraba más profundo, más fuerte, más, más. Se sacudía tanto que no podía respirar, no podía pensar, no podía hablar más que para pedir sin palabras que todo terminara. Y cuando sintió la mano de Ashlinn moverse, cuando sintió un segundo dedo unirse al primero, las caderas de Mia se encabritaron incontrolables, aparecieron negras estrellas tras sus ojos, el calor estalló en una llama devoradora y Mia se perdió por completo, chillando sin hacer ruido, cegada por el fuego de mil soles.

Sintió unos labios suaves en los suyos, húmedos y oscuros y dulces. Mia abrió los ojos y vio a una chica encima de ella, hermosa, sonriente.

Una chica en la que no debería confiar.

Una amante a la que no debería amar.

Trató de recobrar el aliento, el corazón atronando contra sus costillas.

—Ha sido... impresionante.

—Ha sido tardío. —Ashlinn sonrió de oreja a oreja.

Mia tiró de ella para besarla y sus labios se aplastaron juntos, con las oleadas del clímax todavía hormigueándole en los huesos. Cuando se separaron tras un largo y dulce para siempre, Ashlinn se dejó caer en la cama y profirió un suspiro de satisfacción.

Mia se levantó, con las piernas aún temblorosas. Encima de los cajones encontró su pitillera de plata y encendió un cigarrillo antes de volver a meterse entre las sábanas. Ashlinn la rodeó con los brazos, le cogió la mano y le besó los nudillos heridos antes de acurrucarse más contra ella y frotarle el cuello con la punta de la nariz. Mia dio una calada al cigarrillo, inhaló fuerte y sintió cómo el dulce y denso gris le llenaba los pulmones.

—Fumas mucho —murmuró Ash.

—Me calma los nervios —repuso Mia.

—Ah, ¿te pongo nerviosa?

Mia extendió la mano como respuesta. Solía tener el pulso firme como una roca, sin la menor vacilación que le debilitara el agarre de la espada. Pero sus manos estaban temblando.

—Anda, pero si tiritas y todo, amor —la arrulló Ash—. Es lo que tiene la primera vez de una chica, ¿eh?

—Pues a ver tú, listilla.

Ash levantó la mano y, aunque trató de ocultarlo, Mia percibió que también temblaba. Sentía su pecho apretado contra el suyo, y el corazón de debajo entonando la misma melodía atronadora. Entrelazó los dedos con los de Ashlinn y notó la corriente que chispeaba entre ellas. Reparó en que seguía sedienta.

—A lo mejor, deberías empezar tú a fumar.

Ash hizo una mueca.

—No me gusta el sabor, me temo.

—Puedo endulzártelo...

Mia dio una fuerte calada al cigarrillo e inhaló otra cálida bocanada. Y levantando la barbilla de Ashlinn con las yemas de los dedos, se inclinó hacia ella y la besó, separó los labios y sopló el humo en su boca. Mia tenía los labios azucarados por el papel del cigarrillo, y las volutas con aroma de clavo pasearon entre sus lenguas mientras ellas ensañaban el beso. Ash ladeó la cabeza y suspiró, apretando todo su cuerpo contra el de Mia. Las manos de Mia recorrieron su espalda y sintieron que a Ashlinn se le ponía la carne de gallina, y ese placentero dolor se alzó de nuevo entre sus piernas. Ashlinn cerró la boca, chupando la lengua de Mia antes de romper el beso.

—No está mal. —Sonrió y exhaló gris—. Pero, aun así, no voy a empezar a fumar.

Mia se encogió de hombros y dio otra calada. Ashlinn volvió a apoyarse contra su costado, con el brazo de Mia rodeándole los hombros. Se quedaron en silencio un rato, escuchando los sonidos que entraban desde la nuncanoché. Mia echó un buen vistazo a la chica que tenía en sus brazos, las esbeltas curvas, los bultos gemelos en la base de su columna vertebral, y con los dedos apartó los largos mechones de rojo sangre a un lado y reveló...

... el tintanismo que le cubría la espalda.

—¿Qué es eso? —susurró Mia.

Ashlinn se tensó, se incorporó y volvió a dejarse caer el pelo por detrás del hombro.

Mia solo había captado un atisbo, pero había visto intrincadas líneas y sombreados, un asomo de extraña escritura, la forma de una hoja curvada en el hombro izquierdo de Ash.

«Hay una condición —había dicho Solis, levantando un dedo—. Un objeto que interesa a tu cliente. Un mapa, escrito en ashkahi antiguo y con un sello que tiene forma de hoja de hoz.»

«Ay, diosa.»

—El mapa —comprendió Mia—. El mapa de Duomo.

—¿Por eso has venido? —preguntó Ash en voz baja.

Mia frunció el ceño y el cigarrillo le bailó en los labios.

—¿Cómo?

—Eclipse siempre está rondando por aquí. A lo mejor lo ha entrevisto. —Fijó a Mia en su mirada de cielo azul—. ¿Así que has pensado que la única forma de verlo bien es quitarme la ropa? Buena jugada, Corvere.

—¿Eso es lo que crees?

—Yo no creo nada. —Ash cuadró los hombros y se aseguró de que el tatuaje quedara fuera de su vista—. Por eso pregunto.

—Ash, no tenía ni idea. ¿Por qué llevas el mapa de Duomo tatuado en la

espalda?

—No está tatuado —hizo un gesto hacia el círculo doble marcado en la mejilla de Mia—. Es arkímico, igual que tu marca.

Mia parpadeó al atar cabos.

—Entonces, si te matan...

—Las marcas desaparecen. Se quedan sin mapa. —Se encogió de hombros—. A quienes juegan con fuego les va mejor si esperan quemarse.

En la mente de Mia ardía una decena de preguntas. Ashlinn se había hecho grabar indeleble en la piel ese mapa. ¿Por qué era tan importante? ¿Qué querían de él Duomo y Scaeva, si estaban dispuestos a actuar tan abiertamente contra el otro para obtenerlo? ¿Adónde llevaba? ¿Cómo encajaba en todo aquello la chica que Mia acababa de tener entre sus brazos?

—Hay muchas cosas sobre esto que no me estás contando, Ashlinn.

—Lo mismo podría decir yo de ti, Mia.

—¿Por ejemplo?

Ashlinn miró al fondo de sus ojos y tragó con ímpetu.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué ahora?

—Porque quería estar contigo.

—Pero ¿por qué?

Mia dio una calada, rumiándolo.

—Porque estaba pensando. En todas las cosas que me han traído a este momento. En las cosas que me hicieron ser lo que soy, y en todo lo que podría haber sido si me hubieran dado elección. Y entonces ya no he querido pensar más.

—Entonces, ¿ha sido solo eso? —Ashlinn mantuvo el rostro compuesto y la voz tranquila, pero Mia distinguió la tempestad que se acumulaba en aquel azul quemado por los soles—. ¿Solo una distracción?

—La más dulce distracción. —Mia sonrió.

—No estoy de broma —dijo Ashlinn—. Tú alternas de caliente a fría como una casa de baños estropeada, y si esto ha sido solo un polvo rápido para quitarte los pensamientos desagradables a base de follar, está bien. Lo prefiero a que haya sido una treta para verme la tinta en la piel. Pero sea lo que sea, necesito saberlo.

—No ha sido ninguna de las dos, Ash.

—Reconozco una mentira cuando la saboreo, Mia.

Mia suspiró y negó con la cabeza. Había estado dándole vueltas de camino hacia allí, ocultándose por las calles en la nuncanoches. Por qué no habría estado bien antes y por qué en ese momento le parecía lo adecuado. Su pelea con Furiano la había enardecido, y su pelea con Sid no había servido para saciarla. Pero no era solo eso, no era solo pensar en sus padres, ni los dolorosos recuerdos estando encerrada en aquel lugar, ni meditar sobre dónde había estado o qué estaba por venir.

—Estaba pensando en todas las cosas que podría haber sido si me hubieran dado elección —dijo por fin—, y he comprendido que no he tenido ni una. Desde que mataron a mi padre, tengo los pies comprometidos en este sendero. Sin alternativa. Sin escapatoria. Así que quería escoger algo por mí misma. Algo que pudiera ser solo mío. Mi elección. —Mia miró a Ash y le acarició la mejilla con unas yemas temblorosas—. Y te he elegido a ti.

Ashlinn se limitó a mirarla, con los labios turgentes abiertos para respirar, y Mia se descubrió cayendo hacia un largo y tierno beso. Ashlinn se avivó contra ella, le cogió la cara con las manos y Mia se perdió en la melosidad de un beso que parecía estremecerla hasta la misma alma. Se apartó reticente y sus ojos oscuros escrutaron en los de Ashlinn.

—¿Tengo el sabor de estar mintiendo? —preguntó.

Ashlinn sonrió suave, negó con la cabeza.

—No. ¿Y yo?

¿Lo tenía? ¿Había cambiado alguna cosa allí? ¿No seguía siendo todo igual que antes? La cuestión de aquel mapa, dónde llevaba, por qué lo quería Duomo, qué significaba todo, permanecía pendiente entre ellas. Ashlinn Järnheim seguía siendo alguien que haría cualquier cosa para obtener lo que deseaba. Mentir, estafar, robar, matar. Tenía secretos. Era peligrosa.

Pero ¿acaso Mia era tan distinta?

Cuanto más tiempo pasaban juntas, más afinidad sentía con aquella chica a la que se suponía que debía despreciar.

—Tú sabes a miel —susurró Mia.

Ashlinn sonrió y apretó la frente contra la de Mia, que cerró los ojos y escuchó los sonidos que llegaban desde las calles, el fresco viento de la nuncanoché que ya iba remitiendo poco a poco. Tenía preguntas. Demasiadas preguntas. Pero el giro empezaría pronto y el *executus* los levantaría a todos para otra sesión de sudor y palizas, y el puto Furiano, y todo eso, olvidado por un bendito instante en la curva de los brazos de aquella chica, regresó de golpe a su mente. Mia recordó quién era. Qué era. Abrió los ojos y suspiró.

—Tendremos que hablar un poco más de esto, pero tengo que volver.

—Lo sé —dijo Ashlinn, acercándose para otro breve beso.

—Quiero quedarme.

—Lo sé —susurró Ash, mordisqueándole el labio inferior—. Pero prométeme que volverás.

—Di por favor.

El jugueteo de Ashlinn se convirtió en un doloroso mordisco.

—Ten cuidado o te jodo viva, Corvere.

—Creía que no me lo pedirías nunca.

—No te lo he pedido, ¿recuerdas?

Sonriendo, Mia besó los ojos de Ashlinn, la mejilla de Ashlinn, los labios de Ashlinn, haciendo acopio de valor y retrasando el momento. Luego se

levantó de la cama, la cama de las dos, y se envolvió en sus tiras de tela, temiendo la luz de los soles que la esperaba al otro lado de la cortina. Pero aun así, la apartó, entrecerró los ojos por el brillo y se volvió para echar una última mirada a la belleza que estaba dejando atrás.

«¿Ha cambiado algo aquí?»

Con un suspiro, salió a la expectante luz.

Ya nada volvería a ser lo mismo.

CAPÍTULO 22

SILENCIO

—Por el abismo y la sangre, qué caliente.

Mia suspiró, cerró los ojos y se hundió más en el humeante calor. El agua se cerró sobre su cabeza y amortiguó por un momento los sonidos del baño, disipó todo el ruido del mundo.

Se quedó allí en la oscuridad y la calidez, disfrutando de la sensación en sus músculos doloridos. Había pasado las anteriores dos semanas entrenando bajo los soles implacables con Furiano y Cantahojas, y el trío no estaba ni un centímetro más cerca de aprender a luchar juntos como un equipo. Sabiendo que la sedosa no les daría cuartel, Arkades no mostraba la menor compasión en el círculo, y a Mia le dolían músculos que ni siquiera sospechaba que tenía. Su cuerpo estaba lleno de morados y se frustraba más y más con Furiano a cada giro que pasaba.

Contuvo la respiración bajo el agua y flotó ingrávida. Por un instante, recordó los estanques de Adonai y las Caminatas de Sangre desde el Monte Apacible. Pensó en Solis, Drusilla y los demás. En el papel que habían tenido en el derrocamiento de su familia.

¿Qué estarían haciendo en esos momentos? Ayudar a Scaeva a asegurar su cuarto mandato, sin duda. Revolcándose en sus monedas como cerdos en su pocilga. Pero el cónsul, y por tanto el Sacerdocio, debían de estar

impacientándose por la falta de progreso en recuperar el mapa de Duomo. ¿Cómo estaría ganando tiempo Mercurio?

No por primera vez, se dio cuenta del enorme riesgo que su antiguo mentor estaba asumiendo por ella. Al pensarlo, se avergonzó de haber creído en alguna ocasión que Mercurio podría traicionarla. La verdad era que lo echaba de menos. Añoraba sus consejos, sus gruñidos de fumador, incluso su temperamento encabronado. Pero ya no faltaba mucho para que Mia volviera a Tumba de Dioses y se alzara en la arena del estadio. Entonces lo vería. Y también después, cuando hubiera cumplido su misión.

«Suponiendo que antes no me asesinen en Fuerteblando, claro.»

Mia emergió con los pulmones ardiendo, amortajada en vapor. Parpadeó para quitarse el agua de los ojos y la recibió la visión de Despiertaolas entrando en los baños. El hombre brillaba de sudor por los entrenamientos del giro, manchado de polvo y mugre del círculo. Estaba cantando un dueto titulado *Mi uitori* él solo, los versos femeninos en falsete y los masculinos en su habitual barítono.[40] Se quitó el taparrabos con una apropiada y dramática *noooooota*, se metió en el agua y Mia le dedicó un espontáneo aplauso.

—Sois muy amable, mi dona —dijo el hombretón con una reverencia.

—Menuda voz te gastas.

—Estudié a los pies de los mejores.

—¿De verdad eras actor en un teatro? —preguntó Mia con la cabeza echada a un lado.

—Bueeeno —dijo el hombre—. Trabajé en uno, en la puerta. Eran giros más felices. Siempre quise llegar al escenario y maravillar al público, pero...

—Se encogió de hombros, mirando hacia las paredes de los baños—. No lo quiso el destino.

Mia estudió al hombre con ojo crítico mientras él alcanzaba el jabón. Despiertaolas era un daimón en la arena, quizá un poco indisciplinado pero

fuerte como un toro. Mia estaba segura de que aquellas manazas que tenía podían rodearle el cráneo por completo y destrozárselo si apretaba lo suficiente, y le costaba más imaginárselo llevando calzas apretadas y actuando en alguna pantomima que a sí misma creciéndole alas en la espalda.

—Deja que adivine. —Despiertaolas arqueó una ceja—. No me ves pinta de actor teatral.

—Perdóname —dijo ella con una risita—, pero para nada.

—Estás perdonada. —Despiertaolas sonrió—. Mi padre me dijo más o menos lo mismo. Me educó en el arte del acero, ¿sabes? Desde que era niño, me enseñó a romper a hombres con las manos desnudas. Pretendía que llegara a ser un guardia de honor del bara, como también lo había sido su padre antes que él. Me llamó botarate cuando le dije que quería dedicarme a las artes dramáticas. La suffi no me había nombrado «Pisaescenarios», al fin y al cabo. Pero a mí no me hacía gracia que me dijeran lo que podía y no podía ser. Así que lo intenté de todos modos. Era mi sueño, de los que se sueñan mejor estando despierto.

Mia se sorprendió asintiendo con la cabeza mientras afloraba la admiración en su pecho.

—Así que viajé a la Ciudad de los Puentes y los Huesos —continuó Despiertaolas, con un deje dramático—. Encontré una compañía que me aceptó, en un teatrillo llamado El Refugio.

—¡Lo conozco! —exclamó Mia, encantada—. ¡Está cerca de las Partes Bajas!

—Sí. —Despiertaolas le dedicó una amplia sonrisa—. Era un lugar grandioso. Yo no tenía práctica, así que tuve que empezar poco a poco. Al principio vigilaba la puerta y limpiaba después de las representaciones, pero para mí ya era mágyco. Escuchar los grandes dramas de la antigüedad, ver la poesía flotando en el aire como fina gasa, y las escenas cobrar vida ante los

ojos maravillados del público. Tal es el poder de las palabras: con veintisiete letras se puede pintar un universo entero. —La voz de Despiertaolas se volvió melancólica—. Fueron los giros más felices de mi vida.

Mia sabía que no debía abrir la boca. No debía permitirse saber más de aquel hombre. Pero aun así...

—¿Qué pasó? —se oyó preguntar a sí misma.

Despiertaolas suspiró.

—Emilia, una actriz de la compañía. El hijo de algún hombre rico se encaprichó de ella. Paulo, se llamaba. La dona le había dejado claro que no estaba interesada en sus afectos, y yo tuve que echarlo unas cuantas veces después de que bebiera demasiado vino dorado, pero eso tampoco era tan raro. Era un barrio duro de la ciudad. Todo iba bien, en realidad. La compañía estaba ganando dinero y cada vez venía más público. Yo había estudiado mucho e iba a interpretar mi primer papel en una producción, el Rey Brujo de *Marco y Mesalina*. ¿La conoces?

—Sí. —Mia sonrió.

—Era el giro de mi debut. Pero, por lo visto, incluso después de los rechazos de Emilia y los trompazos míos que se había llevado, el pequeño Paulo no estaba acostumbrado a aceptar un no por respuesta.

—Suele ser así con los hijos de los ricachones —dijo Mia.

—Exacto. Después del ensayo general encontré al muy cabrón entre bambalinas intentando forzar a Emilia. La chica tenía el traje rasgado. El labio ensangrentado. Ya puedes imaginarte el resto. A fin de cuentas mi padre me había enseñado desde niño a romper a hombres con las manos desnudas. —Despiertaolas se miró las palmas encallecidas por el puño de la espada—. Pero él era hijo de un hombre rico. Fue el testimonio de mis compañeros actores lo que me salvó del cadalso. En vez de eso, me vendieron como

esclavo y entregaron el precio de mi venta a Paulo en compensación por las manos rotas que le había regalado.

—Por las Cuatro Hijas —dijo Mia con voz queda—. Lo lamento.

—No lo lamente, cielo. —Despiertaolas sonrió—. Yo no lo hago. Tal y como le dejé las manos, ese tipo no volverá a acercarnos a ningún sitio sin invitación previa.

—Pero ¿este es el precio que pagas? —Mia abarcó con un gesto las paredes de piedra, los barrotes de hierro.

—Un hombre debe aceptar su destino, pequeña Cuervo. O verse consumido por él. Como gladiatii, estamos mejor que la mayoría. Tenemos una oportunidad de ganar la libertad. *Sanguis e Gloria*, y tal y cual.

—Pero no es justo, Despiertaolas. No hiciste nada malo.

—¿Justo? —El hombretón bufó—. ¿En qué república vives tú?

Meneando la cabeza y sonriendo como si Mia hubiera dicho algo gracioso, el dweymeri siguió enjabonándose como si nada estuviese mal en el mundo. Mia cogió otra pastilla perfumada mientras Bryn y Byern entraban en los baños, se quitaban los taparrabos y sacudían los pies para lanzar las sandalias. Era su giro de entrenamiento en el *equorium*, y Mia alcanzaba a oler el sudor y el caballo en sus cuerpos a diez pasos de distancia.

—Ah, nuestros valientes *equillai*. —Despiertaolas sonrió—. Los terrores gemelos, sin igual en la pista. Bienvenidos. Cuervo y yo estábamos hablando de teatro.

—Por las Cuatro Hijas, ¿para qué? —Bryn frunció el ceño y se hundió bajo el agua.

—Una vez conocí a una actriz —dijo Byern con voz nostálgica.

—¿A quién, a aquella dulcechica que pasaba por el pueblo cada verano?

—No era una dulcechica, hermana, era una artista.

—Si la machacaba a cambio de mendigos, era una dulcechica, querido

hermano.

Byern miró a Mia y a Despiertaolas.

—Está malmetiendo. Manchando mi buen nombre para hacerme quedar mal. Yo no he pagado por esas cosas en la vida, y la chica en cuestión se movía por el escenario como pez en el agua, os lo aseguro.

—Si actuaba, era solo para fingir que le gustabas —dijo Bryn, burlona.

—¡Respetar a tus mayores, pequeña! —exclamó Byern salpicando a su hermana en la cara.

Los gemelos emprendieron una breve pelea de agua y Mia y Despiertaolas se apartaron hacia el otro lado del baño para que no los atrapara el fuego cruzado. Byern hundió la cabeza de Bryn bajo la superficie y ella le dio un puñetazo en la barriga. Cada uno se retiró a una esquina opuesta y Bryn alzó los nudillos a su hermano, malcarada.

—¿Habéis terminado ya? —preguntó Despiertaolas.

—Sí —dijo Bryn—. No, espera.

Cogió una pastilla de jabón y la hizo rebotar contra la cabeza de su hermano.

—¡Au!

—Ahora he terminado.

—Algún giro —declaró Despiertaolas al cesar las hostilidades—, cuando hayamos salido de este agujero, os llevaré a un teatro como debe ser. Os enseñaré un poco de cultura.

—Las Hijas saben que buena falta les hace a algunos —dijo Bryn.

—Como sigas así, nos veremos ante el magistrado por difamación —advirtió Byern, y salpicó de nuevo a su hermana.

Bryn se vengó con un amplio arco de la mano, una enorme guadaña de agua que alcanzó a su hermano y a Despiertaolas en la cara.

—Lo siento —dijo con una sonrisita.

—Y más que lo vas a sentir —replicó el hombre, frotándose la barbilla.

Despiertaolas curvó su inmensa mano y arrojó una descarga de agua del baño directa a los ojos de Bryn. Byern intervino para defender a su hermana, haciendo salpicar el agua y dando a Mia. La chica se unió a la refriega y al poco tiempo estaban los cuatro enzarzados, feroces como dracos blancos, salpicando y maldiciendo y riendo. Despiertaolas arrojó a Mia de un lado al otro del baño contra el pecho desnudo de Byern, enganchó a Bryn por el cuello y la hundió bajo la superficie mientras la joven pataleaba y se revolvió...

—En nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿qué está pasando aquí?

Mia se quitó el pelo mojado de los ojos y alzó la mirada para encontrar a la *magistrae* de pie en la puerta de los baños, con los brazos en jarras. Vestía inmaculada, como siempre, y su larga trenza entrecana le caía por encima de un hombro. Su voz estaba erizada de indignación.

—Sois gladiatii del *collegium* de Remo, y aquí os encuentro, maullando y haciendo el tonto como una pandilla de niñatos. ¿Así es como honráis a vuestra *domina*?

—Disculpas, *magistrae* —dijo Despiertaolas, y soltó el cuello de Bryn—. Ha sido una broma de un momento, nada más. El tiempo se vuelve caluroso y los giros largos, y...

—Y solo falta un puñado de esos giros hasta el *venatus* de Fuerteblanco, y a continuación, el Magni —restalló la *magistrae*—. ¿Sabéis lo que le costaría a vuestra *domina* si fracasarais? ¿La vergüenza que soportaría? Quizá consideréis sabio dedicar vuestro tiempo a hacer travesuras, pero yo en vuestro lugar me concentraría en los juegos y en lo que os espera a todos vosotros si este *collegium* cae.

La sonrisa en el rostro de Mia murió, el momentáneo gozo que había sentido se evaporó. Los gladiatii agacharon las cabezas como chiquillos tras un rapapolvo. Lo que la *magistrae* decía era cierto, y todos lo sabían: si el

colegio fracasaba, lo más seguro sería que los vendieran como carne barata, y solo Aquel que Todo lo Ve sabía a quién. A otro sanguila, quizá, pero era más probable que al Pandemónium. Todas sus vidas pendían de un hilo.

Por los dientes de las Fauces, había sido estupendo olvidarlo todo durante un momento. Pero Mia tensó la mandíbula. Endureció su resolución. Estaba ablandándose en aquel lugar. No en el sentido físico, ya que bajo la tutela de Arkades se había vuelto más dura y estaba en mejor forma que en toda su vida. Pero permitirse intimar con sus compañeros *gladiatii* era un error. Por simpáticos que pudieran ser, los hombres y mujeres del *collegium* eran solo peones en un tablero. Peones que, casi a ciencia cierta, habría que sacrificar antes de que Mia llegara al rey.

«Estas personas no son tu familia, ni tus amigos —se recordó—. Todos ellos son solo un medio para alcanzar un fin.»

—Más fuerte.

Leona apretó las palmas de las manos contra la pared e hincó las rodillas en el colchón, con la cabeza echada hacia atrás. Furiano la tenía asida por la cintura, en una presa resbaladiza por el sudor de ambos, y el cuerpo entero de ella se estremecía con cada embestida de las caderas del campeón. El bastidor de la cama se sacudía con la fuerza de sus movimientos, y de la pared se desprendió polvo de piedra que cayó flotando hacia el suelo.

—Más fuerte —volvió a gemir Leona.

Su campeón obedeció, corcoveando como un semental. La dona echó una mano atrás y le arañó la piel, instándolo más adentro mientras él asía un puñado de cabello caoba y tiraba de ella contra su ardiente vara. Leona cerró los ojos, meciéndose trémula, con la boca muy abierta.

—Fóllame —suspiró.

—*Domina...*

—Oh, Hijas, sí.

—*Domina*, voy a...

—Sí, termina —jadeó ella—. Fóllame, fóllame, fóllame.

Furiano empujó unas cuantas veces más y se liberó de ella, con todo el cuerpo rígido mientras se derramaba sobre las nalgas y la espalda de Leona. La dona dejó caer la cabeza, le hundió las uñas en la piel y se mordió el labio para ahogar su grito. Sin aliento, se derrumbó bocabajo en la cama, ronroneando como una gata.

El Invicto se sentó a su lado, resollando, con el cuerpo empapado. Aunque la cama era pequeña, se preocupó de no tocarla, pues al parecer la dona era muy poco aficionada a los afectos poscoitales. Apoyó la espalda contra la pared, se lamió los labios y suspiró, con el corazón desbocado.

—Buena actuación, campeón mío —murmuró la dona.

—Vuestro susurro, mi voluntad —repuso él.

Leona soltó una risita y rodó para quedarse bocarriba. Contoneó las caderas, arqueó la columna vertebral y alzó la mirada hacia el hombre.

—Por las Cuatro Hijas, qué falta me hacía —dijo, y suspiró.

—No más que a mí —respondió Furiano—. Ya empezaba a sospechar que me habíais olvidado.

Leona lo arrulló, apartándole la melena oscura de la cara y pasando las yemas de los dedos por su accidentado abdomen.

—¿Me echabas de menos, mi campeón?

—Habían pasado semanas, *domina*.

—No temas, amante mío —dijo la dona con una sonrisa—. Siempre regresaré.

—¿Hasta que tu favor recaiga en otra persona?

—¿En otra? —Los labios de Leona se combaron—. ¿Y quién podría ser esa

persona, según crees?

—La Salvadora de Vigilatormenta —murmuró él con fingido dramatismo.

—Ah —dijo Leona, poniendo los ojos en blanco—. Por fin llegamos a la punta de la lanza. Pero no me gustan las mujeres, Furiano. Y mucho menos los celos.

—La hacéis luchar en la arena a mi lado —musitó él—, como si fuese mi igual. Pero ella no tiene honor. Tiene...

—Tiene unos laureles de vencedora —dijo Leona—. Tiene el favor de la multitud. Y tiene una tercera parte de la llave que nos abrirá las puertas del Venatus Magni.

—Puedo derrotar a la sedosa de vuestro padre yo solo, *domina* —gruñó Furiano—. No requiero la ayuda de nadie, y mucho menos de una conspiradora flacucha a la que mi enemiga ya ha vencido.

Leona suspiró. Se levantó de la cama, tiró de la sábana y, con gesto distraído, se limpió la simiente de Furiano de la piel.

—Esta conversación me aburre.

Furiano extendió la mano.

—Leona...

—¿Leona? —La dona alzó la mirada de sopetón—. Te estás excediendo, esclavo.

—Ah, esclavo, sí. —Furiano asintió—. Hasta que vuelva a entraros la sed. Y entonces será todo «amante mío» y «mi campeón» y palabras acarameladas hasta que os hayáis saciado.

—¿Y con tanta amargura te quejas en el momento?

—Pretendo ser más que solo vuestro semental.

—¿Y qué más pretendes ser? —preguntó Leona—. Quizá seas campeón en la arena, pero estás muy lejos de obtener otros laureles. Soy la *domina* de esta

casa. No creas que, solo porque me acuesto contigo, estás en condición de aconsejarme. Ni que cuando doy una orden, no espero que se obedezca.

—Cuando vuestras pesadillas os sacan del sueño, ¿creéis que os consuelo solo porque se me ordena hacerlo? ¿Creéis que os abrazo porque...?

—Te estás excediendo, campeón.

Furiano apretó los labios con fuerza y la rabia le ensombreció el semblante. Pero no dijo nada más. Leona lo miró durante un momento largo y silencioso y se le ablandó el rostro. Volvió a tumbarse en la cama junto a él y le puso una mano en la mejilla.

—Me importas —musitó—. Pero no pued...

Alguien llamó a la puerta.

—¿Campeón?

Los ojos de Leona se desorbitaron al reconocer la voz.

—Por el todopoderoso Aa —siseó—. ¡Arkades!

Furiano se levantó de la cama, palideciendo.

—Creía que había bebido.

—¡Y así es! Estaba desmayado en el comedor, muerto para el condenado mundo.

Otra llamada.

—¿Furiano?

Leona miró por la habitación, desesperada. El altar a Tsana. Un cofre pequeño. Espadas de madera y un maniquí de prácticas. Ningún escondite. Al final, la dona de la casa se puso de rodillas. Se metió bajo la cama con la ayuda de Furiano, subió las piernas y se las abrazó contra el pecho. Después de cerciorarse de que no se la veía, el Invicto se puso el taparrabos y abrió la puerta.

Arkades estaba en el umbral, con el rostro abotargado por la bebida. Se

tambaleaba un poco y en su aliento se olía el vino mientras miraba al campeón de arriba abajo.

—Mis disculpas —dijo—. ¿Estabas dormido?

—Solo descansaba, *executus*.

—Umf.

Arkades lo apartó con el hombro y entró cojeando en el dormitorio, acompañado de los tintineos de su pierna de hierro contra la piedra, clin tump, clin tump. Buscó un lugar en el que sentarse y terminó con sus posaderas encima de la cama. El colchón de paja se combó bajo su peso y Leona ahogó un grito cuando le dio un golpe en la nuca e hizo rebotar su cabeza contra el suelo. Renegando entre dientes, se acurrucó más, como una niña desobediente que se escondiera de sus padres.

Arkades olisqueó el aire, alzó una ceja y habló con la voz espesa por la bebida.

—Qué mal huele aquí.

—Es el calor, *executus*. Saai se aproxima más al horizonte a cada giro que pasa.

Arkades arrugó la nariz.

—Hablaré con la *magistrae*. Ese jabón que te hace usar huele a perfume de mujer.

Los ojos de Furiano se ensancharon un poco, y miró a la sombra de debajo de su cama. El *executus* no se dio cuenta porque estaba sacando su fiel petaca para darle un largo sorbo. Se la ofreció al Invicto, que la rechazó con una silenciosa negación de cabeza.

—Umf, así me gusta —dijo Arkades, guardándose la bebida—. Te vuelve blando en la arena.

—Pero también te hace olvidar la sangre que la mancha —contestó Furiano en voz baja.

Arkades asintió, casi para sus adentros, con una mirada perdida en los ojos. La bajó a sus manos. La alzó de nuevo hacia los ojos oscuros del Invicto.

—Eso me gusta de ti, Furiano. Tú lo ves. Lo comprendes. El dolor que soportamos. Los ríos rojos en los que debemos vadear.

—En nuestro camino hacia la gloria.

—Una carga pesada.

—La acepto encantado, si me otorga la victoria.

Arkades dio un leve soplido.

—También me gusta eso de ti.

—Discúlpame, pero ¿querías algo, *executus*?

Arkades suspiró y cambió el peso de sitio, con lo que el colchón aplastó a Leona contra el suelo. La dona solo podía respirar en bocanadas poco profundas, con el pecho muy apretado contra la piedra y pánico en su rostro. Si hacía algún ruido, si el *executus* la encontraba allí...

—Necesito que Cuervo y tú dejéis de entorpeceros —respondió Arkades, farfullando un poco por la bebida—. Necesito que luches junto a ella, no contra ella.

Furiano torció el gesto.

—Esa chica está en la lengua de todos esta nuncanoches, por lo que parece.

Un parpadeo.

—¿Qué?

—Es una mentirosa y una rata, *executus*. Su gloria es del todo innecesaria.

—¿Cómo puedes decir eso? —Arkades arrugó la frente—. Por la polla de Aa, yo no le tengo más aprecio que tú, pero la viste luchar en Vigilatormenta. Su victoria sobre el arcadragón...

—Estuvo empapada de engaño. No es una vencedora, sino una ladrona.

Arkades soltó un bufido e hizo ademán de sacar la petaca pero consiguió controlarse. Se levantó, inestable por un instante, y Leona suspiró de alivio al

poder volver a respirar. Arkades recuperó el equilibrio, cojeó por la habitación e hizo un gesto hacia las paredes que los rodeaban.

—¿Qué ves?

—La casa de mi *domina* —respondió el Invicto.

—Sí. Las paredes que te resguardan, el techo que te aparta los soles de la espalda. ¿Sabes lo que pasará si no logramos procurarnos un puesto en el Magni?

—No necesito ayuda para derrotar a la sedosa, *executus* —gruñó Furiano, erizándose—. Y no lucharé al lado de una perra sin honor que roba lo que debería merecerse.

—Porque tú lo sabes todo sobre ser un perro sin honor, ¿verdad?

Furiano abrió los ojos como platos.

—¿Cómo osas...?

—Ahórrame tu indignación —masculló Arkades, levantando una mano encallecida—. Olvidas que fui yo quien te encontró y te trajo aquí. Solo yo sé de dónde procedes y lo que hiciste para acabar encadenado.

Furiano echó una mirada hacia la cama. Hacia la persona que se ocultaba debajo.

—De eso hace ya muchos giros —dijo—. Ya no soy ese hombre. Ahora soy un hijo devoto de Aquel que Todo lo Ve y un gladiatii que vive para honrar a su *domina*.

—Vives para honrarte a ti mismo —replicó Arkades, negando con la cabeza, irritado—. Para demostrarte que eres mejor que el hombre que fuiste. Y eso me llega al alma. Pero no digas que luchas por tu *domina*. Si de verdad pensaras por un momento en Leona, si sintieras un ápice de lo que yo siento por e...

Arkades parpadeó y logró controlarse. Se tambaleó un poco. Amagó una mirada al campeón, luego carraspeó y se frotó los ojos nublados.

—Tienes la destreza y la voluntad para llevarnos hasta el Venatus Magni, Furiano. No te saqué de la ciénaga para redimirte de los pecados de tu pasado. Lo hice porque veo en ti a un campeón, tal y como lo fui yo mismo. Puedes ganar tu libertad. Caminar entre nosotros siendo un hombre de nuevo, no el animal que eras. Pero quienes no defienden nada mueren por eso mismo. Y si únicamente te defiendes a ti mismo, caerás solo.

—¿Defenderme a mí mismo? —repitió Furiano, incrédulo—. ¡Yo defendiendo estos muros!

—Pues demuéstalo —gruñó Arkades—. Lucha junto con Cuervo, no contra ella. Y cuando la sedosa haya sido derrotada y nuestro puesto esté asegurado, cuando te enfrentes a Cuervo *e mortium*, podrás revelarte como el hombre que sé que eres. —Arkades puso una mano en el hombro del campeón y repitió—: O caerás solo. Y arrastrarás contigo esta casa.

El *executus* se bamboleaba como un árbol en una tormenta, y su mano en el hombro de Furiano estaba más para equilibrarse que para reconfortarlo. Pero aunque el vino dorado impregnaba su aliento, aunque apenas lograba mantenerse en pie, parecía que había dado en el clavo.

Furiano apretó la mandíbula. Pero al final, asintió.

—Lucharé junto a ella en Fuerteblanco —dijo—. Pero en Tumba de Dioses, morirá.

Arkades asintió, renqueó hacia la puerta, clin tump, clin tump, y al llegar al umbral se volvió de nuevo para mirar a Furiano.

—O quizá antes. ¿Quién sabe?

El *executus* sonrió y cerró la puerta al salir. Furiano se quedó muy quieto, escuchando el sonido de su cojera hasta que desapareció pasillo abajo. Se puso de rodillas, tendió una mano a Leona y la ayudó a salir de debajo de la cama. Una vez estuvo de pie, la dona soltó su mano de la del campeón y se

puso el vestido para cubrir su desnudez. En todos sus movimientos se leía la indignación.

—Vaya —dijo mirándolo furibunda—. Ibas a desobedecer mi orden de luchar junto a Cuervo, ¿pero Arkades dice cuatro palabras de nada y por fin le ves el sentido?

—*Domin...*

—Me contaste que, antes de esto, eras mercader —dijo clavando su brillante mirada azul en el campeón—. Comerciante.

—Lo era —respondió Furiano.

—Por cómo hablaba Arkades, no lo parece. Te ha llamado animal. ¿Cuántos pecados puede acumular un sencillo mercader, para tener que redimirlos luchando con tanta ferocidad?

El Invicto no respondió.

—¿Qué hiciste, Furiano? —preguntó ella—. ¿Qué embustes me has contado?

El campeón se limitó a contemplar la Trinidad de Aa en la pared, negándose a cruzar la mirada con Leona. La dona se quedó quieta unos momentos eternos, sopesando los ojos de Furiano, buscando respuestas. Encontrando solo el silencio. Y con un hastiado sonido gutural, dio media vuelta, caminó hasta la puerta, escuchó un momento, la abrió de un tirón casi con imprudencia, salió al pasillo y dio un portazo a su espalda.

El Invicto dejó caer los hombros y soltó un quedo reniego.

Al sentarse en la cama, vio que Leona se había dejado allí la ropa interior. La cogió y se quedó mirándola un largo rato, sumido en sus pensamientos. Pasó los dedos por la seda, por el encaje. Inhaló su perfume. Y después se agachó y la metió debajo del colchón, oculta en las sombras que proyectaba su cama.

Las sombras donde un no-gato estaba escuchando.

Intentando con todas sus fuerzas no poner sus no-ojos en blanco.
—... *en fin*...

CAPÍTULO 23

FUERTEBLANCO

El fragor de las olas en una costa pedregosa.

Los chillidos de las gaviotas en los cielos quemados por los soles.

El rugido de setenta mil voces gritando como una sola.

Había un solo gladiatii en el centro de la arena, bañado en trueno. El fulgor de los dos soles relucía en las dos cadenas con cuchillas que hacía girar en torno a su cuerpo. Iba cubierto de brillante acero, el brazo envuelto en malla de escamas, grebas en sus espinillas. Su rostro estaba oculto por un yelmo bruñido con la forma de las fauces de un draco rugiendo.

Los prisioneros que tenía alrededor no contaban con tales protecciones. Llevaban unos jirones de cuero y espadas herrumbrosas en las manos. Los lances de ejecución servían para entretener al público entre los espectáculos principales, pero había una docena de hombres y mujeres condenados en la arena, enfrentados a un solo gladiatii, así que tampoco convenía dejar a los delincuentes muchas posibilidades de sobrevivir. Debían morir allí, al fin y al cabo.

Un condenado por violación cargó con un grito y el gladiatii hizo latiguar su cadena de cuchillas contra su vientre y derramó rollos de intestinos púrpuras a la arena, que ya estaba escarlata. La multitud rugió, aprobadora. Un

pirómano y un asesino atacaron al gladiatii por la espalda, pero los dos encontraron una sibilante muralla de acero que les segó los brazos de las espadas por los codos y las gargantas hasta el hueso.

Mientras los vítores de la plebe arreciaban y los muros del estadio de Fuerteblanco casi temblaban con los golpes de sus pies, el gladiatii empezó a aplicarse en serio. Abrió tráqueas y estómagos, amputó brazos y piernas y, como emocionante final, al último prisionero le separó la cabeza de los hombros.

—¡Ciudadanos de Itreya! —La voz llegó por medio de los cuernos del estadio—. ¡Honorables Administratii! ¡Senadores y nacidos de la médula! ¡Vuestro vencedor, Giovanni de Liis!

El gladiatii rugió y alzó sus cadenas ensangrentadas. Mientras daba una vuelta a la arena, azuzando al público hasta el frenesí, se llevaron los cadáveres mutilados de los criminales para deshacerse de ellos. No los esperaban más que una tumba sin lápida y el abismo.

Mia estaba de pie en su celda, mirando la arena entre los barrotes. Los juegos casi habían terminado. Solo quedaban la carrera de *equillai* y su combate pactado contra la sedosa antes de la Última. Carnicero ya había luchado, pero había recibido una soberana paliza de un espadachín de *collegium* de Tácito, y no habría salvado la vida de no ser por la súplica de piedad de los *editorii*. Despiertaolas y Sidonio habían participado en un combate tipo casa de fieras con otras dos docenas de gladiatii y una manada de osos-guadaña vaanianos. Entre los dos habían matado a tres bestias, pero unos acechadores del *collegium* de Trajano habían terminado superándolos a puntos en el recuento final. Se habían quedado a dos muertes de la victoria.

Tan cerca de unos laureles y, aun así, tan lejos.

Los dos se encontraban en la misma celda que Mia, curándose las heridas y el orgullo. Carnicero estaba con Larva para que le cosiera la cabeza y las

costillas. Cantahojas estaba sentada de espaldas a la arena, escuchando cómo remitía el furor y concentrada en atar un puñado de cuchillos curvados en los extremos de sus trenzas de sal y canturreaba para sí misma. Las hojas tenían ocho centímetros y estaban afiladas como cuchillas. Iba vestida con un peto de cuero hervido, hombreras y grebas de hierro oscuro. En el banco, a su lado, había un yelmo con la parte superior de la celada cortada.

—No tardarán en salir Bryn y Byern —dijo Mia.

Cantahojas asintió sin decir nada.

—¿Nerviosa? —preguntó Mia.

—Siempre —respondió la mujer.

—Coraje, hermanas —dijo Despiertaolas sonriendo—. Esto lo tenéis ganado.

Cantahojas asintió despacio. En las semanas anteriores a su partida desde Nido del Cuervo, el entrenamiento con Furiano había mejorado una barbaridad, y en sus largas sesiones bajo los ardientes soles, el trío había alcanzado una especie de sincronía. Al actuar como uno solo, habían empezado a derrotar a Arkades casi siempre. La velocidad de Mia. La potencia de Furiano. Cantahojas, el puente entre ambos. Aunque el Invicto estaba separado de ellas en su celda de campeón, como era costumbre antes de un combate, se aproximaban tanto a ser un equipo como les sería posible jamás.

—Tenemos una oportunidad —reconoció Cantahojas.

A decir verdad, tenían más de una. Ashlinn había llegado a Fuerteblanco una semana antes que los gladiatii del *collegium* de Remo y llevaba rondando por el estadio desde entonces. Enviándole mensajes por medio de Eclipse, le había contado a Mia exactamente cómo planeaban los *editorii* aderezar el espectáculo del enfrentamiento entre los *collegia* de Leónidas y Remo. Y Ash

también había preparado un regalo especial para inclinar la balanza aún más en su favor.

Mia cerró los ojos y escuchó el sonido del distante océano.[41] Tumba de Dioses estaba al otro lado del agua; si trepaba a las murallas de la ciudad, podría verla desde allí. Estaba ya a solo un paso del Venatus Magni.

A un combate de la venganza.

Sonaron las trompetas y la multitud rugió en respuesta. Las piedras temblaron bajo los pies de Mia y el inmenso aparato mekkénico que había bajo la arena empezó a rodar. Mia miró por los barrotes y vio que la plataforma se abría en dos y una isla elíptica se elevaba en el centro de la arena. A todo lo largo había alineados con esmero casi cuarenta cruces con presos condenados amarrados con fuerza a los travesaños.

—Va a empezar —dijo Mia.

Cantahojas se acercó a ella junto a los barrotes y Despiertaolas se puso a su lado. Mia miró a Sidonio cuando este se abrió paso hasta llegar a ella. No habían hablado de la revelación de la ascendencia de Mia desde la nuncanoches en que habían peleado en su celda. Sid parecía contentarse con esperar a que Mia le sacara el tema, con que hablara cuando estuviese preparada. Pero Mia había reparado en que el hombre ya nunca se alejaba mucho. Se sentaba a su lado en las comidas y entrenaba cerca, nunca a más de unos pocos metros. Como si le hubiera nacido un instinto de protección. Como si saber que era la hija de Darío Corvere...

—¡Ciudadanos de Itreya! —llegó la voz atronadora del *editorii*—. ¡Os presentamos la carrera de *equillai* de este *venatus* de Fuerteblanco!

La multitud bramó en respuesta, como si la recorriera una ondulación. El estadio de Fuerteblanco no era ni por asomo del tamaño que tenía su equivalente en Tumba de Dioses, pero Mia calculaba que podía albergar al menos a setenta mil personas. El clamor de esas personas, el calor, el

palpitante ritmo de sus cánticos, la llevaba de vuelta a la arena de Vigilatormenta, cuando había recorrido arriba y abajo el cadáver del arcadragón.

«¿Cómo me llamo? —chilló.»

«¡CuervoCuervoCuervoCuervoCuervo!»

«¿CÓMO ME LLAMO?»

Ya sabían cómo se llamaba, de eso no cabía duda. La noticia de su victoria se había extendido por toda la república. Ashlinn había oído a expertos en la arena hablar de ella en una taberna hacía solo dos nuncanoches. «La Belleza Sanguinaria», la llamaban, y también «la Salvadora de Vigilatormenta».

Mia miró en dirección a Tumba de Dioses. Escuchó el sonido del océano por encima del clamor de la multitud.

«Pronto todos sabrán mi nombre. —Apretó los puños—. Mi verdadero nombre.»

—¡Y ahora, nuestros *equillai*! —exclamó el *editorii*—. Luchando por los Lobos de Tácito, ¡los Colosos de Villa Corneja, Alfr y Baldr!

Dos enormes hombres vaanianos salieron con su biga al galope desde el rastrillo alzado en la parte sur de la arena. Su carruaje tenía labrados unos lobos rugiendo, y las alas de sus yelmos y el rubio de sus barbas reflejaron la luz de los soles cuando alzaron las manos hacia la aclamadora muchedumbre.

—Luchando por las Espadas de Filipi, ¡los vencedores de Talia, las Novenas Maravillas Itreyanas, Maxo y Agripina!^[42]

Un segundo carruaje rodó detrás del primero, tirado por unos sementales castaños. Sus *equillai* eran una pareja mixta como Bryn y Byern, pero, a juzgar por el arco que llevaba él, el hombre parecía ser el *flagellae* del equipo. En una impresionante exhibición acrobática, se puso en pie sobre los dos caballos y extendió los brazos, enardeciendo a la multitud.

—Luchando por los Halcones del *collegium* de Remo...

—Allá vamos —susurró Sidonio.

—¡Los Terrores Gemelos de Vaan, Bryn y Byern!

Los hermanos irrumpieron en la arena sobre su biga, entre el estruendo de cascos contra el polvo compactado. Para no dejarse superar por el *flagellae* de Filipi, Bryn iba sobre los lomos de Rosa y Zarza haciendo el pino, con el arco en los dedos de los pies. Disparó una flecha al aire que cayó a tierra y perforó la pista justo en la línea de meta.

Mia y sus compañeros aullaron cuando el carruaje de Bryn y Byern pasó por delante de su celda. Byern les dedicó una sonrisa confiada y Bryn les lanzó un beso, que Despiertaolas hizo ademán de atrapar en el aire.

—¡Que Trelene os acompañe, amigos! —vociferó—. ¡Cabalgad!

—Y por último, luchando por los Leones de Leónidas, los vencedores de Vigilatormenta y Puentenegro, los Titanes de la Pista, ¡vuestros adorados Matapiedras y Armando!

Los *equillai* salieron a la pista acompañados de un aplauso ensordecedor, sonriendo de oreja a oreja. Llevaban las manos entrelazadas y en alto. Tenían armaduras doradas y los hombros envueltos por las pieles de poderosos leones. Armando echó mano al carcaj que tenía al lado y empezó a lanzar flechas al aire. Por algún tipo de arkimia, las flechas estallaron en confeti y cintas, que cayeron como arcoíris sobre el encantado público.

Un cántico rítmico inundó las gradas mientras los *equillai* ocupaban sus puestos, en los extremos contrarios de la elipse. Mia miraba a Bryn y Byern sin miedo en el corazón, pero sabía que tenían poco que hacer. Dado que Leona no iba a sacar a nadie de su establo en la Última, incluso si los gemelos triunfaban, a los Halcones seguiría faltándoles un laurel para luchar en el Magni. Solo el combate especial de Mia contra la sedosa podía garantizarles ya ese puesto. Bryn y Byern competían solo por el dinero, y quizá por su

propia gloria. Pero era muchísimo riesgo a cambio de un puñado de monedas y algo de orgullo.

Mia no era la única que se daba cuenta. Cantahojas estaba a su lado, tensa como el acero. Despiertaolas se aferraba a los barrotes con fuerza y Sidonio contenía el aliento. Mia recordó las palabras que le habían dicho Bryn y Byern en el Nido. El dicho de su tierra natal que habían compartido con ella.

«En cada respiración mora la esperanza.»

Extendió el brazo y apretó la mano de Sidonio.

—Sigue respirando —susurró.

—*Equillai*... —vociferó el *editorii*—. ¡Comenzad!

El chasquido de las riendas. La percusión de los cascos. Mia apretó los dientes con el inicio de la carrera, mientras todos los equipos ganaban velocidad a marchas forzadas. Mientras las bigas rugían por la pista, cada vez más deprisa, los arqueros descargaron flecha tras flecha contra los indefensos prisioneros, intentando matar a tantos como pudieran para ir acumulando puntos. El público bramó, los condenados chillaron y el escarlata tiñó las arenas.

Había *editorii* de pie entre la multitud con catalejos, fijándose en los distintos colores de las plumas de cada equipo y anotando quién se apuntaba los disparos mortales. Había dos marcadores en los muros del estadio, al este y el oeste, y unos niños vivaces iban añadiendo los puntos al total de cada equipo introduciendo piedras en los surcos del tablón. Sidonio señaló hacia un marcador.

—Vamos por delante.

El público estalló en gritos, apartando la atención de Mia de las puntuaciones. El equipo de Filipi había adoptado una táctica agresiva muy pronto, dejando en paz a los prisioneros y apresurándose a atacar a otros equipos. Su arquero estaba atacando a Bryn y Byern, haciendo silbar saetas de

plumas negras por el aire. Byern protegió a su hermana tras el escudo mientras ella disparaba a uno de los pocos prisioneros que quedaban y, acto seguido, daba media vuelta y devolvía el fuego, obligando al arquero de Filipi a cubrirse. Mientras tanto, los Leones de Leónidas intercambiaban flechazos con los Lobos de Tácito, y el público se emocionó cuando Armando hizo un disparo astuto que alcanzó el muslo del arquero lobo.

—¡Primera sangre para los Leones de Leónidas! —exclamó el *editorii*.

Sonaron las trompetas.

«Faltan ocho vueltas.»

En lugares aleatorios de la pista cayeron cuatro *coronae*, con hojas de laurel que relucían en el polvo. Valían un solo punto, pero al haber poca ventaja entre el primer y el último equipo, todos ellos serían valiosos. Bryn lanzó tres flechas al arquero de Filipi mientras su hermano se asomaba fuera del carruaje y recogía una *coronae*. Las Espadas se hicieron con una segunda y los Leones con otra. Las monturas hicieron retumbar la pista, las flechas surcaron el aire y Mia y sus compañeros siguieron mirando y vitoreando con el resto de la multitud.

«Faltan seis vueltas.»

Cayeron más *coronae*. Sonaron las trompetas y el suelo tembló mientras la arena se separaba. Emergieron unas barricadas de madera a lo largo de la pista, cubiertas de peligrosas enredaderas de videspino. Por si el riesgo de colisión no fuese ya suficiente, las barricadas estallaron en llamas al mismo tiempo. Los *sagmae* se verían obligados a centrarse más en conducir sus carruajes y menos en proteger a sus compañeros y, con la velocidad reducida, sería más fácil cerrar distancias. Las flechas volaron deprisa y en cantidad, y Mia soltó un reniego cuando a Bryn la rozó un disparo que Byern no pudo desviar a tiempo. Y para regocijo del público, los Lobos de Tácito lograron

marcar un punto contra Matapiedras al clavarle una flecha casi hasta las plumas blancas en la espinilla.

Matapiedras se tambaleó, cayó de rodillas y bajó el escudo mientras su biga resbalaba descontrolada. El arquero lobo disparó de nuevo y la muchedumbre aulló cuando la flecha hirió a Armando en el hombro. Con la destreza que los había hecho campeones, Matapiedras recuperó el control del carruaje y Armando arrancó las flechas de su propio brazo y de la pierna de su *sagmae*. Pero la sangre fluía densa y los Lobos aprovecharon el tiempo para recoger otras tres *coronae*, con lo que se pusieron en cabeza.

Mia hizo un gesto contrariado viendo cómo Bryn y Byern iban quedando atrás.

«Faltan cuatro vueltas.»

Cayeron más diademas a la pista, seis en esa ocasión. Los Lobos iban en primera posición, y los Halcones y los Leones empataban en la segunda. Bryn parecía poseída, descargando flecha tras flecha contra sus adversarios. Las Espadas iban los últimos y estaban en una situación desesperada. En su apuro por recoger una *coronae*, la *sagmae* de las Espadas llevó su carruaje demasiado cerca de una barricada y su rueda rozó el videspino en llamas con una explosión de chispas. Desequilibrada, la *sagmae* cayó de rodillas y Bryn hizo un disparo imponente que llevó su flecha de plumas rojas silbando hasta atravesar el cuello de la mujer.

La *sagmae* gorgoteó y una segunda flecha se le clavó en el pecho. Los caballos rozaron otra barricada, la pértiga se partió en dos y el carruaje dio una vuelta de campana y se destrozó contra el suelo.

—¡Primera muerte para los Halcones! —graznó el *editorii*—. *Sanguii e Gloria!*

Bryn alzó un puño triunfal y Byern recogió otra *coronae*, para regocijo de

Mia y sus compañeros. Con aquellos cinco puntos, el *collegium* de Remo había recuperado la primera posición. Tenía la victoria a su alcance.

—¡Quedan dos vueltas! —se oyó por los cuernos.

El humo de las barricadas se extendió sobre la arena teñida de rojo de la pista. Con los adversarios que llevaban toda la carrera acosándolos muertos, Byern fustigó a sus yeguas para que corrieran más y así aproximarse a los Leones. Armando estaba agachado detrás del escudo de Matapiedras, ambos sangrando con profusión. La multitud vociferó, preguntándose si estaban a punto de matar a sus adorados Leones, pero Mia tenía los ojos entrecerrados. Armando y Matapiedras no eran ningunos necios, y un gato grande nunca es más peligroso que cuando está herido.

—¡Tened cuidado! —gritó cuando los Halcones pasaron rodando delante de su celda.

Bryn levantó su arco y apuntó, y el arquero de los Lobos la imitó desde su posición adelantada. El público estaba de pie, pensando que Matapiedras y Armando caerían en el fuego cruzado. Pero con una habilidad extraordinaria Matapiedras asió una rueda con las manos desnudas, trabándole el giro. Su biga derrapó de lado y los disparos de sus enemigos pasaron de largo. Armando salió de su cobertura y lanzó una flecha a los Lobos, que susurró al superar el escudo del sorprendido *sagmae* y se clavó en el cuello de su arquero. La muchedumbre aulló y el arquero trastabilló y cayó del carruaje a la arena.

—¡Tercera muerte para los Leones! —llegó el grito.

La biga de los Lobos topó con una barricada y volcó. Mientras tres flechas de Bryn se clavaban en el escudo de Matapiedras, Armando disparó de nuevo y alcanzó al auriga lobo en la rodilla y el pecho. El hombre se derrumbó, pero la pierna se le quedó enganchada al caer del carruaje y se vio arrastrado unas decenas de metros antes de soltarse.

—¡Leones, cuarta muerte! *Sanguis e Gloria!*

La plebe bramó, ebria de matanza. Byern recogió otra *coronae* sin dejar de azuzar a Zarza y Rosa, empapadas de sudor. Matapiedras fustigó a sus sementales, tratando de mantener la distancia con los Halcones. Con sus dos disparos mortales a los Lobos, los Leones se habían puesto en cabeza; lo único que necesitaban era seguir lejos y mantener el ritmo a los Halcones recogiendo coronas para llevarse la victoria.

—¡Última vuelta!

El estadio entero estaba de pie y el estruendo reptaba por la piel de Mia y le bajaba por la espalda. Sidonio murmuraba entre dientes urgiendo a los gemelos, Cantahojas rezaba en voz baja y Despiertaolas estaba callado como un muerto. Los caballos espumeaban, la multitud berreaba, las llamas crepitaban y Don Majo se inflaba en la sombra de Mia a medida que el miedo intentaba arraigar en su vientre, en su mandíbula apretada. Vio que Byern azotaba con dureza a sus yeguas, intentando reducir la distancia para que su hermana se anotara un disparo mortal. Desesperación en sus rostros. Sangre en sus pieles. Muerte en el aire.

Contemplando la multitud, Mia sintió arcadas. La euforia, el esmalte rojo en sus ojos. Había cuatro personas allí fuera en la arena luchando por sus vidas. Pero el público no veía a hombres y mujeres con esperanzas y sueños y temores.

Mia quería que Bryn y Byern ganaran. Aunque sabía que no debía considerarlos sus amigos, los conocía. Le caían bien. No deseaba que murieran. Pero se sorprendió al caer en la cuenta de que tampoco quería que murieran Matapiedras y Armando con todas sus esperanzas y sueños y temores. ¿Y todo por unos laureles que no importaban, de todos modos?

Los Leones se aproximaban a la línea de meta. La multitud era toda bocas abiertas y aullidos inarticulados. Girando hacia la recta final, Matapiedras se

agachó para recoger otra *coronae*. Los Halcones doblaron la esquina casi volando, tan deprisa que una rueda del carruaje se elevó del suelo. Bryn disparó a través del polvo y el humo y la llama, un tiro milagroso que superó el escudo de Matapiedras y se le clavó en el brazo. El *sagmae* resbaló en la sangre y tiró de las riendas. Su biga patinó hacia un lado y el público berreó al verla empotrarse contra una barricada, aplastando a los *equillai* como si fuesen de cristal. El eje se hizo añicos y una rueda se soltó del carruaje hecho trizas y rebotó hacia atrás por la pista.

Directa hacia los Halcones de Remo.

Byern tiró de las riendas, intentando dirigir a sus yeguas hacia la izquierda, pero llevaban demasiado impulso. La rueda segó las patas de Zarza y la yegua se desgañitó mientras caía. La pértiga del carruaje se clavó en la arena y, mientras Mia y sus camaradas daban respingos,

«Oh, no.»

la biga entera se arrugó como vitela seca y salió despedida por los aires.

Bryn y Byern volaron como muñecos de trapo y la muchedumbre gimió cuando los gemelos se golpearon contra el suelo. Bryn cayó sobre el hombro en la arena, pero su hermano no tuvo tanta suerte. Byern se estrelló de cabeza contra una barricada ardiente, y Mia se encogió al oír el húmedo crujido de los huesos al quebrarse. El vaaniano atravesó el obstáculo y rebotó contra la arena hasta quedarse quieto a seis metros de la barricada, hecho un amasijo justo al lado de la celda de Mia.

—Madre de los Océanos —dijo Cantahojas con un hilo de voz.

El público se había quedado estupefacto al ver que ambos equipos de *equillai* habían chocado antes de llegar a la línea de meta. Matapiedras y Armando estaban tendidos sin moverse entre los restos de su biga, la espalda del joven arquero torcida en un ángulo espantoso, su compañero quieto junto a

él. Pero en la densa calma tras la tormenta, la plebe no tardó en arrancarse en vítores.

—¡Por el todopoderoso Aa, mirad! —gritó Sidonio.

Mia escrutó a través del humo y vio que Bryn se movía. Despacio al principio, la chica se revolvió, se alzó a cuatro patas y se quitó el yelmo emplumado. Mientras Mia miraba y el público empezaba a rugir de nuevo, la arquera se bamboleó hasta ponerse en pie.

Bryn estaba a unos quince metros de la línea de meta. Lo único que tenía que hacer era cruzarla andando y los Halcones tendrían su victoria. Empezó a cojear en su dirección, sosteniéndose las costillas, vacilando, tropezando, mientras la multitud empezaba a entonar: «¡Bryn! ¡Bryn! ¡Bryn!». La joven arquera escupió sangre a la arena, con el rostro crispado y los ojos fijos en la meta.

Hasta que reparó en su hermano.

Mia contuvo el aliento mientras la chica se detenía y el estadio entero quedaba en silencio. La confusión cruzó los rasgos de Bryn. Y al instante empezó a avanzar a trompicones, renqueando, dando bocanadas de aire, hacia Byern. El vaaniano estaba tendido bocabajo, a tiro de piedra de la celda de Mia y los demás. Bryn cayó de rodillas a su lado y le dio la vuelta con suavidad.

—¿Byern? —dijo con voz temblorosa.

Mia vio sangre en los labios del hombre. Ojos azules abiertos del todo hacia el ardiente cielo. Bryn extendió las manos ensangrentadas para sacudirlo.

—¿Her... hermano?

—Oh, Hijas —susurró Sidonio.

—Sigue respirando —suplicó Mia.

Bryn se inclinó más y puso la oreja contra los labios de su hermano. Al no

oír nada, lo sacudió otra vez y su semblante se retorció con un chillido.

—¿Byern? —gritó zarandeándolo—. ¡Byern!

Entraron guardias en la arena, todos ataviados de negro. Mientras comprobaban los cuerpos de los Leones caídos, Bryn acunó a su hermano en sus brazos y empezó a gemir, a sollozar, a aullar. Mia notó el corazón dolorido y lágrimas que le caían por las mejillas. Sidonio estaba quieto como una estatua. Despierta la agachó la cabeza mientras Bryn chillaba:

—¡BYERN!

Los guardias llegaron hasta la chica arrodillada en la arena y la levantaron por los brazos. Al volver a sus cabales, Bryn se resistió, pataleando y chillando:

—¡No! ¡No!

Hicieron falta cuatro hombres para llevársela a rastras de la arena, retorciéndose y vociferando el nombre de su hermano.

—¡Ciudadanos de Itreya! —se oyó por todos los cuernos del estadio—. Lamentamos proclamar que... ¡no hay vencedores!

Mia cerró los ojos. Todo aquello, para nada. Sin laureles. Sin gloria. Nada de nada. Y entonces, mientras le ardía el estómago y se le helaba la piel, oyó que el público empezaba a abuchear. Miró entre los barrotes y vio a la multitud de pie, tirando comida y escupiendo en la arena. En esa arena manchada con la sangre de ocho hombres y mujeres, siete de los cuales acababan de morir para su diversión. Siete personas con esperanzas y temores y sueños de las que solo quedaban cadáveres.

¿Y el público? Al público le traía sin cuidado.

Lo único que quería era una victoria.

Mia respiró hondo. Apretó los dientes. Sidonio y los demás se quedaron junto a los barrotes, pero Mia les dio la espalda y se alejó. Fijó la mirada en

la piedra a sus pies. En el camino que se extendía ante ella. En la venganza que aguardaba al terminar de recorrerlo.

—... *lo siento, mia...*

—¿Tú? —susurró ella—. ¿Por qué?

—... *era tu amigo...*

—No son mi familia, ¿recuerdas? —replicó—. No son mis amigos. —Se miró las manos, emborronadas hasta casi no reconocerlas por sus lágrimas—. Todos ellos no son más que un medio para alcanzar un fin.

CAPÍTULO 24

OBSIDIANA

Vacía.

Así era como Mia se sentía por dentro. Escuchaba los pisotones impacientes de la multitud en las gradas mientras sacaban a rastras el cadáver de Byern de la arena. Con el pelo negro tapándole los ojos, se afanó en ceñirse el peto de cuero al pecho, las grebas de hierro a las espinillas. Todos sus movimientos eran fríos.

Metódicos.

Mekkénicos.

—... *¿TE ENCUENTRAS BIEN?*...

Un susurro en su oído, bajo las sombras de su pelo.

—... *¿mia?*...

Llegaron guardias a su celda para recogerlos, vestidos todos de negro. Furiano estaba detrás de ellos con su reluciente armadura, con un yelmo en forma de halcón en la cabeza y su torque de plata de campeón centelleando en torno a su cuello. Arkades llegó renqueando al lado del Invicto, su rostro una máscara. La dona Leona iba al frente de todos ellos, resplandeciente en un traje largo azul cielo, con el *kohl* de sus ojos corrido por las lágrimas.

Mientras los guardias abrían la cerradura de la celda, Mia sostuvo la mirada a la *domina*, intentando sopesar su duelo.

¿Era sincero? ¿O tan vacío como Mia sentía el pecho en esos momentos?

—¿*Domina*? —llamó Cantahojas en voz baja—. ¿Bryn está...?

—Está con Larva —musitó la dona—. Está... mal.

—Su hermano ha muerto ahí fuera, *domina* —dijo Sidonio—. ¿Cómo iba a estar si no?

—Yo...

—Basta —gruñó Arkades—. Byern ha muerto con honor, como gladiatii. Concentraos en el combate y apartad los pensamientos dificultosos. Vuestra adversaria no estará lastrada por ellos.

Mia siguió mirando a Leona. Repasando todo lo que sabía de la mujer. La dona se había criado con la violencia de los estadios. Pero aunque tenía un establo de hombres y mujeres que lucharían y morirían para entretener a la plebe, quizá le quedara algo de humanidad en el pecho. Había visto indicios en el baño con la *magistrae*, incluso quizá en sus ingenuos afectos por Furiano. En ella había algo más que un simple deseo de derrotar a su padre. ¿La dona mostraría auténtico pesar o los animaría a «vengar a su hermano caído» y, ya de paso, conseguirle su puesto en Venatus Magni?

Leona cogió la mano de Mia. Luego la de Cantahojas.

—Yo...

Sacudió la cabeza, intentando hablar. Se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Tened cuidado ahí fuera —susurró por fin.

Cantahojas parpadeó, sorprendida. Miró a Arkades.

—Sí, *domina*.

—El combate va a empezar, mi dona —advirtió el capitán de la guardia.

Leona asintió y se secó la cara.

—Muy bien.

Los llevaron por las entrañas del estadio, con el vibrante clamor de la multitud resonando en las vigas sobre sus cabezas. Llegaron a una extensa zona de preparativos de piedra negra, con un rastrillo de hierro y cuatro amplios peldaños que descendían hasta la arena. Los sonidos del público la inundaron y Mia apretó la mandíbula y miró el rastrillo que debería cruzar.

—Ha llegado el momento —dijo Arkades—. La inmortalidad está a vuestro alcance. Una oportunidad de tallar vuestros nombres en la tierra, de honrar a vuestra *domina* y de obtener la libertad. Solo una enemiga se interpone entre vosotros y el Magni. Una enemiga que puede sangrar. Una enemiga que puede morir. —Los miró a todos con sus ojos azules como el hielo—. Sois gladiatii del *collegium* de Remo. Alzaos juntos o caed solos.

Furiano asintió.

—*Executus*.

—Sí, *executus* —susurró Cantahojas.

Mia se limitó a mirar, recordando el relato de Don Majo sobre las palabras que Arkades había dirigido al Invicto en su habitación. Sabiendo que solo era un inconveniente para aquel hombre, una piedra en su camino hacia el Venatus Magni. Arkades solo la estaba utilizando para mayor gloria de Furiano, para alcanzar sus objetivos.

«Pues muy bien, hijo de puta. Vamos a utilizarnos uno al otro.»

Mia habló, con la voz fría como el invierno profundo.

—*Executus*.

Leona no dijo nada más, los dos salieron de la zona de preparación y los guardias cerraron con llave. Furiano miró a Mia de soslayo, con la expresión oculta por su yelmo de halcón. Los ojos de Cantahojas estaban fijos en la arena mientras metía sus trenzas de sal por el hueco de la celada de su yelmo y se lo ponía en la cabeza. Cogió un pesado escudo de hierro con el grabado de

un halcón rojo e hizo un movimiento brusco de cabeza que hizo brillar a la luz de los soles las afiladísimas hojas que había fijado en las puntas de las rastas.

Mia abrió y cerró sus manos vacías mientras su sombra tiritaba, con toda el hambre y el deseo y la energía emocionada que sentía al estar cerca de Furiano alzándose hacia la superficie. No se molestó en coger un escudo; para qué, si era una inútil manejándolo. Don Majo y Eclipse crecieron en su sombra, saltando sobre las mariposas que intentaban aletear en su barriga y asesinándolas una por una.

Sabía que aquella iba a ser la pelea más difícil de su vida.

Sonaron las trompetas, el público calló y la expectación goteó de las mismas paredes.

—Un momento —dijo Furiano mirando al capitán de la guardia—. ¿Dónde están nuestras espadas?

—Esperándonos —respondió Mia en voz baja—, ahí fuera.

—¡Ciudadanos de Itreya! —Las palabras del *editorii* resonaron en el silencio—. ¡Honorables Administratii! ¡Senadores y nacidos de la médula! ¡Os presentamos un lance especial entre los Leones de Leónidas y los Halcones de Remo!

Un murmullo de entusiasmo se extendió entre el gentío.

—¡Este combate se libraré *e mortium*, sin rendición y sin cuartel! ¡El sanguila Leónidas ha apostado un puesto en el Venatus Magni! Si los Halcones de Remo salen victoriosos, su hija, la sanguila Leona del *collegium* de Remo, podrá enviar a sus gladiatii a los grandes juegos de Tumba de Dioses, dentro de seis semanas.

El murmullo se convirtió en un oleaje creciente.

—Entrando por la Puerta de la Costa y luchando por los Halcones de Remo, ¡os presentamos a Cantahojas, la Segadora de Dweym! ¡A la Belleza

Sanguinaria y Salvadora de Vigilatormenta, Cuervo! ¡Y al campeón de Talia, el Invicto en persona, Fuuuriario!

El público se puso en pie, rugiendo con aprobación. El rastrillo se elevó y, con una última mirada compartida, los tres halcones salieron a la arena, seguidos de los guardias. Cantahojas y Furiano levantaron las manos para saludar y la multitud bramó en respuesta con miles y miles de voces. Mia se limitó a torcer el gesto. Recordó el momento, no hacía tanto tiempo, en que esos mismos aplausos la habían emocionado el alma. Pero sabía que no la vitoreaban a ella, sino al espectáculo sangriento que iba a proporcionarles. No importaba quién blandiera la espada, solo que estuviera el cuello de alguien para recibirla.

Quería terminar con aquello, quería que aquella gala sangrienta llegara a su fin, que Duomo y Scaeva hubieran muerto y pasar mil años en un manantial caliente para limpiarse la sangre y el hedor.

La gran isla que había marcado el recorrido de los *equillai* había vuelto a hundirse en el mekkenismo que había bajo el suelo del estadio. La arena que tenían delante era lisa, casi blanca, manchada de rojo reciente.

—Esperad aquí —les ordenó el capitán de la guardia—. No os mováis hasta que lo ordene el *editorii* o quedaréis descalificados.

Los guardias volvieron hacia el rastrillo y los dejaron encerrados.

—¿Qué abismos está pasando aquí? —murmuró Cantahojas.

—Tú quédate quieta —respondió Mia—. Y mantén el equilibrio.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos, Cuervo? —preguntó el Invicto con voz irritada.

—Furiano —dijo ella, y suspiró—, las cosas que yo sé y tú no llegarían para llenar la puta Gran Sal.

—Entrando por la Puerta de la Torre y luchando por los Leones de Leónidas, ¡os presentamos un terror procedente de los montes Espinadraco!

¡Una paria entre los suyos, cuyo mismo nombre significa «muerte» en el idioma del Dominio! ¡Contemplad a Ishkah, la Exiliadaaaa!

Se extendió entre la multitud un murmullo inquisitivo mientras el rastrillo de la pared norte del estadio se abría chirriando. De la sombra emergió la sedosa de Leónidas, acompañada por media docena de guardias. Llevaba una esplendorosa armadura dorada, resaltada con verde esmeralda. Tenía una piel de león sobre los hombros, con la cabeza y su gran melena alrededor del yelmo. Mientras el público vitoreaba desenfrenado, la sedosa avanzó a zancadas por la arena. Los guardias regresaron en formación y el rastrillo se cerró de golpe tras ellos.

Mia contempló a su enemiga a través del polvo que levantaba el viento creciente. Ishkah medía dos metros quince y era toda brillante quitina y músculo, con los labios pintados de blanco nube. Se quitó la piel de león y extendió sus seis brazos como los pétalos de una flor. El verde oscuro de su piel resplandeció a la luz de los soles, y fijó aquellos ojos inexpresivos en sus adversarios.

—Madre de los Océanos —musitó Cantahojas—. Es espectacular.

—Vosotros no perdáis el equilibrio —dijo Mia.

—¡Ciudadanos, contemplad vuestro campo de batalla! —gritó el *editorii*.

Se oyó un estruendo bajo la arena, el rechinar de unos engranajes colosales. El suelo se sacudió, pero los compañeros de Mia se mantuvieron firmes mientras una extensa sección en forma de cuña del suelo donde estaban empezó a elevarse. La arena cayó en cascada y Mia miró por el borde los inmensos mekkenismos que había abajo. Olió a aceite, azufre y sal.

Había otras partes del campo de batalla moviéndose también, dividiendo toda la arena en distintas plataformas triangulares. Con distintas alturas y dimensiones, las plataformas empezaron a rotar despacio en torno al pedestal central, rodando, inclinándose, pasando unas por encima y por debajo de otras

como piezas que debieran encajar para formar una gigantesca esfera de reloj. Furiano, Cantahojas y Mia se miraron, y Cantahojas susurró una plegaria a Trelene.

—No puede decirse que no sepan dar espectáculo —murmuró Mia.

La muchedumbre, patidifusa, estaba desgañitándose. Mia y sus camaradas estarían a unos seis metros por encima del nivel del suelo. Mia volvió a mirar las entrañas mekkénicas del estadio. Caer por el borde supondría precipitarse al interior de aquellos inmensos y chirriantes engranajes, quedar hecha pulpa por unos dientes de metal engrasado.

—¡Armas! —gritó el *editorii*.

La gran plataforma circular del centro de la arena crujió y Mia vio una docena de hojas de distintas longitudes elevarse del suelo con el puño por delante. Había espadas cortas, largas y las peligrosas cimitarras curvadas que prefería la Exiliada. Eran todas negras,afiladísimas, destellantes a la luz de los soles.

—¿Tenemos que correr para coger las espadas? —susurró Cantahojas.

—Sí —confirmó Mia—. Pero cuidado: están todas hechas de obsidiana, no de acero. Estarán afiladas como el cristal roto, pero son frágiles. Solo podréis dar unos pocos tajos antes de que sean inútiles. Bloquead con los escudos, no con las hojas.

—¿Cómo sabes todo esto? —exigió saber Furiano.

—¿Qué más da, joder? —espetó Mia—. Vamos a acabar con esto.

—Sin brujería, Cuervo —advirtió él—. O nos ganamos este laurel o una muerte gloriosa.

Cantahojas los miró a los dos.

—Alzaos juntos o caed solos, ¿recordáis?

—¡Gladiatii! —exclamó el *editorii*—. ¡Preparaos!

Mia se encogió como un muelle, con la mirada puesta en un par de espadas

gemelas que había en el centro del anillo.

—Buena suerte, hermana, hermano —dijo Cantahojas—. Que la Señora de los Océanos os proteja.

—Sí —dijo Furiano, asintiendo—. Que Aa os bendiga y os guarde, y que Tsana guíe vuestras manos.

Mia parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. La multitud atronaba en sus oídos. Buscó entre la bullente plebe a una chica con el pelo tintado de rojo y ojos como los cielos quemados por los soles. Su sombra temblaba en los bordes y fluía como el agua hacia la de Furiano.

—Que la Madre cuide de nosotros —susurró.

—¡Gladiatii! —rugió el *editorii*—. ¡Empezad!

Mia salió disparada y corrió tanto como pudo. El aliento le ardió en los pulmones pero mantuvo la mirada fija en aquellas espadas, hacia las que corría también la sedosa desde el lado opuesto del estadio, entre el griterío del público. Cantahojas iba solo unos pasos por detrás de ella, con zancadas fluidas de sus largas piernas, y Furiano cerraba el grupo.

Mia llegó al final de su plataforma y saltó el hueco que la separaba de la siguiente. La cuña se movió bajo sus pies, desplazándose en sentido horario con el chirrido de aquellos engranajes colosales que tenía debajo. La arena crujió al pisarla con las botas y Mia saltó a la siguiente hilera de cuñas más pequeñas, cerca del centro de la arena. Sus ojos estaban en la sedosa, que apretaba el paso y se aproximaba más a aquellas hojas negras y brillantes. Se le cayó el alma a los pies al comprender que...

«Va a llegar antes.»

Mia extendió su mente más allá de las plataformas móviles, las arenas arremolinadas, los poderosos engranajes. Su sombra tiritó al tomar el control de la sombra de la sedosa y atrapar con ella sus botas. Ishkah siseó y dio un traspiés mientras Mia aceleraba hacia el pedestal del centro. Pero soltó una

maldición al sentir que se quebraba su agarre sobre las sombras y los pies de Ishkah se liberaban.

«El cabrón de Furiano.»

—¡Sin brujería! —gritó él desde detrás.

Ishkah llegó a la plataforma central y seis manos serpentearon para asir los puños de seis cimitarras de cruel curvatura. La muchedumbre rugió al ver relucir la obsidiana. La sedosa se volvió cuando Mia saltó al pedestal y tres de sus espadas brillaron al segar el aire, derechas hacia el cuello de Mia. Con un respingo, la chica se lanzó a la izquierda, dio contra la arena con el hombro y rodó bajo las sibilantes hojas hasta quedar detrás de Ishkah. Mia cogió dos espadas y las sacó del suelo.

Dio media vuelta mientras Ishkah lanzaba unos tajos tan rápidos que casi no se distinguían sus cimitarras. Mia no se atrevió a bloquear con el filo, porque la obsidiana podía partirse si recibía un golpe en según qué ángulo e Ishkah tenía espadas de sobra. Optó por esquivar, haciendo volar arena, girando a izquierda y derecha y doblándose hacia atrás con la espalda extendida de forma que un ataque pasó silbando justo por encima de su barbilla. Trastabilló y rodó hasta quedar agachada al borde de la plataforma, tambaleándose en precario equilibrio sobre un mar cambiante de peligrosos engranajes de metal.

Cantahojas rugió mientras embestía contra Ishkah desde detrás. Su escudo se estrelló contra la espalda de la sedosa y la envió por los aires. Ishkah cayó hacia delante, fuera de la plataforma hacia otra que pasaba por debajo, y se puso de pie. Aquellos ojos pálidos e inexpresivos brillaron al ver que Mia recuperaba el equilibrio y Cantahojas cogía una espada larga de obsidiana. Ishkah dio unos pasos hacia Furiano, pero lo tenía demasiado lejos. El itreyano por fin llegó de un salto al pedestal y recogió otra espada de obsidiana. El Invicto alzó su hoja y el público bramó en respuesta. La carrera

había terminado y todos los adversarios estaban armados. La batalla en sí podía dar comienzo.

Ishkah extendió los brazos, compuso un centelleante abanico con sus cimitarras y, sin el menor sonido, saltó de vuelta al pedestal del centro. Los tres halcones avanzaron para recibirla, Mia corriendo la primera, rauda como el rayo y atacando bajo. Cantahojas se lanzó hacia el centro, protegiendo a Mia con su escudo mientras Furiano lanzaba un tajo a la cabeza de la sedosa. Ishkah se movía con una elegancia pasmosa y esquivó hacia un lado los ataques de Cantahojas y Mia. Pero cuando alzó una hoja para detener el golpe de Furiano, la empuñadura se hizo añicos como si fuese de fino hielo.

La sedosa emprendió el ataque y sus cimitarras surcaron el aire. Dio una patada bestial en el escudo de Cantahojas que le hizo perder el equilibrio. Sus espadas hicieron un corte poco profundo a Furiano en el brazo. Una de ellas pasó silbando junto al cuello de Mia y le rozó el peto, abriendo el cuero. Y la sedosa inhaló, abrió aquellos labios blancos como nubes y escupió un veneno verde brillante hacia la cara de Mia.

—... ¡cuidado!...

Mia ahogó un grito, se retorció desesperada y giró la cabeza. El líquido le dio en el lado del yelmo con una fuerza notable. Al tocar el metal, el veneno siseó y empezó a deshacer el hierro como una hoja caliente clavada en la nieve. Mia rodó para salir del alcance de la sedosa, se arrancó el yelmo de la cabeza y parpadeó varias veces con ahínco. No se le había metido nada en los ojos ni le había tocado la piel, pero diosa, por qué poco.

El Invicto contraatacó con un grito de furia, descargando un fuerte tajo descendente. Ishkah alzó dos hojas cruzadas para detener el golpe, pero sus espadas se destrozaron al caer sobre ellas la de Furiano. Mia se protegió los ojos de las esquirlas de obsidiana mientras la sedosa siseaba, frustrada. Cantahojas pasó al ataque, pero su estocada no logró superar la armadura de

Ishkah. Mientras Mia se ponía de pie, Furiano aporreó a Ishkah con el escudo, obligándola a retroceder hacia el límite de la plataforma mientras otra cimitarra se partía contra la armadura de Cantahojas. Mia se abalanzó contra la sedosa, fintó alto y atacó bajo, y la multitud gritó cuando hizo un corte a Ishkah en el muslo. Una sangre verde salpicó la arena y volaron esquirlas de obsidiana cuando Ishkah desvió una hoja de Mia hacia la arena y la pisó con su bota. Descargó su cimitarra, Mia rodó a un lado y la cuarta espada de la sedosa se astilló contra el suelo.

La hoja de Furiano seguía intacta, a Mia le quedaba una y la de Cantahojas solo estaba un poco fracturada. A Ishkah le quedaban dos cimitarras y tenía tres enemigos. Atacó con todas a la vez e hizo retroceder a los halcones entre los siseos de sus hojas en el aire. Furiano estaba a la defensiva, desviando con su escudo todos los ataques que podía. Cantahojas y Mia luchaban una junto a la otra, y la dweymeri atrapó un tajo de Ishkah con el escudo e hizo bajar la espada al suelo hasta que la partió en dos. Ishkah descargó la hoja que le quedaba entera y la que tenía partida, silbando hacia la tripa y el cuello de Cantahojas. Furiano paró el ataque alto con su escudo y Mia el bajo con un golpe de su espada que partió la última hoja de Ishkah casi por la empuñadura. Con un furioso grito de guerra, Cantahojas se lanzó a la carga, golpeó a la sedosa en el abdomen con su escudo y la sacó de la plataforma. Ishkah emitió un chasquido de desesperación, aferró el borde de una plataforma que pasaba por debajo para detener su caída y logró izarse a ella, a salvo de los engranajes del foso.

Los tres halcones se quedaron juntos, recobrando el aliento. La sedosa rodeó el pedestal que había en el centro de su propia plataforma, sin dejar de mirarlos con sus ojos inexpresivos. Seguía teniendo en las manos las empuñaduras de sus espadas rotas, y su mirada pasó a las armas de sus enemigos. La obsidiana era frágil, pero no debería serlo tanto. Aunque las

armas de los halcones tenían muescas y raspaduras, las cimitarras de Ishkah habían resultado ser tan delicadas como hojas otoñales. Casi como si...

Como si...

Una lenta sonrisa curvó los labios de Mia.

—Parece molesta.

—... *la víbora lo consiguió, pues...*

—Preferiría que no la llamaras así.

Mia arriesgó una mirada rápida a la multitud, con el corazón volando en su pecho, buscando de nuevo entre el público un pelo rojo como la sangre y un par de bonitos ojos azules. No se esperaba que la mezcla que había propuesto, una parte de ácido de calcita y dos de óxido bórico, fuese tan efectiva con las armas de la sedosa como lo había sido. No podía saber si Ashlimn habría sido lo bastante lista o rápida para infiltrarse en las entrañas del estadio y aplicar la disolución a las cimitarras de Ishkah antes de que empezara el combate. Pero mirando las hojas quebradas en las manos de la sedosa y la espada relativamente ilesa que tenía ella, supo que de algún modo Ash lo había logrado. La sedosa había quedado desarmada e, incluso con su veneno y su temible rapidez, la balanza entre ellos había pasado a estar más o menos equilibrada.

El público rugió, animando a los halcones a matar.

Furiano miró ceñudo a Mia.

—Este combate está resultando más fácil de lo que se suponía.

—Qué cosas pasan —replicó Mia.

—Cuervo... —gruñó Furiano.

Mia miró a Furiano de soslayo y le guiñó un ojo.

—Basta de charla —espetó Cantahojas—. Vamos a degollar a esa zorra espantosa.

Los halcones alzaron sus armas y se prepararon para cargar.

—¡Hojas! —gritó el *editorii*.

Mia oyó un estruendo y se volvió hacia una plataforma que había al borde del campo de batalla. Le dio un vuelco el corazón al ver que la arena temblaba y del polvo se alzaban otras diez hojas de obsidiana.

—Mierda —susurró.

—... *supongo que la víbora y tú no sabíais nada de esas...*

—Mierda, mierda, mierda.

—... *esto sí que es maravilloso...*

La multitud vociferó mientras Ishkah salía a la carrera hacia las diez espadas nuevas y saltaba de una plataforma a la siguiente. Mia echó a correr tras ella, seguida de sus compañeros. Las plataformas rotaban y giraban en torno al centro en una inmensa danza mekkénica que las hacía difíciles de predecir, y más con los ojos escocidos por el sudor como los tenía Mia.

Pensó que Ashlinn debería haber sospechado que habría planes de reserva por si todos los competidores rompían sus armas, pero ya no había tiempo para lloriquear al respecto. Aquellas cimitarras no estarían debilitadas por su mezcla. Si Ishkah lograba hacerse con ellas, la pelea podía terminar siendo justa, y eso sí que no podía ocurrir. Pero mientras corría, Mia fue dolorosamente consciente de que, de nuevo, la sedosa iba a llegar a las hojas antes que ella.

—¿Furiano? —preguntó jadeante.

—¡No! —gritó el Invicto mientras saltaba un hueco entre el estrépito.

Mia escupió polvo, negó con la cabeza y, a pesar del calor abrasador de los dos soles en el cielo, intentó asir la sombra de Ishkah. La sintió bajo su control, fresca y tenebrosa, extendiéndose hacia arriba como serpientes dispuestas a apresar los pies de Ishkah. La sedosa tropezó, cayó de rodillas y su yelmo salió despedido de su cabeza y cayó a los mekkenismos de abajo.

Pero con una sensación brusca y desgarradora, Mia notó que le arrebatában su presa y la oscuridad se le escurría entre los dedos.

—¡A tomar por culo, coño ya! —restalló con una mueca iracunda.

—¡La victoria se gana! —respondió Furiano a voz en grito—. ¡No se roba!

Ishkah llegó a las armas, arrojó sus hojas rotas al vacío y cogió otras seis, espadas largas en esa ocasión, no cimitarras. Se volvió hacia el trío que se iba dejando caer y saltando de plataforma en plataforma hacia ella. La sedosa era una visión impresionante, cortando el aire con sus hojas en una pauta casi hipnótica. Mia fue la primera en llegar a su plataforma. Se agachó y arrojó un puñado de arena a la cara de Ishkah. Solo tenía una espada, de modo que, mientras la sedosa retrocedía trastabillando y llevándose el dorso de una mano a los ojos, Mia se lanzó hacia las armas que quedaban para reemplazar la que había perdido. Rodó a un lado mientras las espadas de la sedosa hendían la arena y la multitud dio un respingo cuando la bota de Ishkah se clavó en el costado de Mia. El impacto fue estruendoso y Mia sintió que se le resquebrajaban las costillas y le ardía el pecho. Saltó saliva de sus labios y se le retorció el semblante mientras Ishkah alzaba una hoja y...

¡Crac! El escudo que había arrojado Cantahojas se estrelló contra la cara de Ishkah. La sedosa chilló y retrocedió a trompicones mientras el público rugía al ver que el brocal del escudo se le había clavado en un ojo y lo había aplastado como un huevo. De la herida chorreó un fluido verde. Mia se puso en pie con una exclamación de dolor y cogió otro par de espadas. Cantahojas saltó el hueco entre plataformas e Ishkah dio un ensordecedor chillido y se abalanzó sobre ella, mientras la dweymeri alzaba su espada resquebrajada para afrontar la carga.

El arma de Cantahojas se hizo añicos al primer golpe y la enfurecida sedosa le infligió unas profundas heridas en el hombro antes de partir una de sus espadas contra el lado del yelmo de la dweymeri. La mujer cayó de rodillas,

aturdida. Pero cuando Ishkah alzaba sus armas para propinarle el golpe mortal, llegó Furiano saltando el hueco con un aullido y se estrelló con el escudo por delante contra su enemiga. Los dos cayeron al suelo en un batiburrillo de extremidades mientras el escudo de Furiano resbalaba por la arena.

El Invicto logró quedar sentado sobre la sedosa, con dos dedos metidos en su cuenca ocular sangrante y aporreándole la cara con los nudillos una y otra vez.

—¡Zorra de mierda! —¡Crac!—. ¿No sabes quién soy? —¡Crac!—. ¡Soy el In...!

Ishkah chilló y escupió un pegote de veneno. El fluido verde y bilioso salpicó el peto de Furiano y su cuello sin proteger, y el itreyano chilló al notar lo arder. Cayó hacia atrás dándose manotazos en el cuello y rodó por la arena mientras la multitud bramaba. Ishkah se levantó con esfuerzo y, con un gruñido gorgoteante, recogió sus espadas y las alzó por encima de la cabeza para acabar con él.

La espada de Mia destelló al desviar la estocada de Ishkah. La sedosa contraatacó, partió la espada de Mia a la altura de la empuñadura y lanzó un tajo hacia su cabeza. La chica retrocedió y se le escapó un grito cuando el filo le abrió la ceja y descendió por su mejilla, llenándole de sangre los ojos. Trastabilló hacia atrás, se derrumbó sobre una rodilla e Ishkah volvió a propinarle un salvaje puntapié en el pecho que hizo que el fuego de las costillas rotas de Mia ardiera al rojo blanco. Sin aliento, Mia retrocedió como pudo sobre la arena y apenas logró evitar precipitarse por el borde de la plataforma.

Con un grito inarticulado, Cantahojas sacudió el cuello y sus largas rastas de sal segaron el aire. Las hojas afiladas que había atado al final de las rastas rajaron la cara de Ishkah y sus antebrazos. Cantahojas embistió con una espada en cada mano y trabó combate con la enorme sedosa sobre el cuerpo tendido

de Furiano. Sus hojas surcaron el aire, silbando, rodando, cantando, destruyeron un arma de Ishkah y se hundieron en el costado de la sedosa. Cantahojas giró la muñeca y partió la espada de obsidiana dentro de la herida, de la que chorreó sangre verde. Ishkah dio un chillido y descargó un tajo que se hundió en el antebrazo de Cantahojas hasta el hueso cuando lo alzó para protegerse la cara. Un puño vacío se estampó en el rostro de la mujer y una hoja trazó un arco hacia su garganta y, cuando Cantahojas se agachó, la sedosa le dio un rodillazo en toda la cara.

Se oyó un crujido y Cantahojas arqueó la espalda al salir despedida hacia atrás, con el yelmo volando de su cabeza y la nariz hecha papilla. Sosteniéndose las entrañas desgarradas con una mano, Ishkah fue tras ella, atizó una patada brutal en el plexo solar de la dweymeri y la envió rodando por la plataforma. Mia se levantó, goteando sangre de su mejilla partida, y dio un respingo al reparar en que Cantahojas estaba a punto de caer por el borde.

—... ¡*MIA, NO!*...

Fue una estupidez. Una soberana idiotez, en realidad. Su objetivo era la victoria, no las heroicidades, y Cantahojas no era su amiga. Pero con un grito desesperado, Mia cruzó la plataforma a la carrera, hincó la espada que le quedaba en la arena y asió la muñeca de Cantahojas. La dweymeri dio un grito al rebasar el borde, arrastrando a Mia tras ella. La chica dio un chillido al detener la caída de ambas, agarrada con todas sus fuerzas a Cantahojas con una mano y al puño de su espada con la otra, mientras el fuego de sus costillas rotas le incendiaba el pecho. La muchedumbre rugió atónita mientras a Mia se le deformaban los rasgos de dolor. Tenía las costillas apretadas contra el lado de la plataforma, y tres metros por debajo se revolvían los colosales engranajes para seguir haciéndola rotar en torno al centro de la arena. A Mia le resbalaban las manos por la sangre y tenía el cuerpo empapado de sudor.

—¡Aguanta! —gritó.

Cantahojas boqueó, dolorida, con el rostro hecho una pulpa sanguinolenta. Bajó la mirada al mekkenismo en movimiento, la elevó de nuevo hacia Mia y negó con la cabeza.

—¡Suéltame!

—¿Estás loca? ¡Sube!

—¡Peso demasiado, flacucha de mierda! ¡Suéltame!

—¡Nos alzamos juntos o caemos solos!

Ishkah estaba de rodillas, apretándose con dos manos la terrible herida que le había hecho Cantahojas en el costado, con un icor verde chorreándole del ojo destrozado y la cara rajada. Arrugando el gesto, se arrastró por el polvo y cogió una espada caída. Y con la fuerza de una montaña, entre los murmullos sobrecogidos del público, se alzó.

—¡Mata! —rugió la multitud—. ¡Mata!

—Ay, mierda —susurró Mia—. ¡Cantahojas, sube!

Ishkah empezó a avanzar hacia ella, la luz de los soles reflejándose en su espada. Mia hizo una mueca de dolor, intentando mantener aferrada a Cantahojas mientras se izaba a la plataforma. Sus costillas chillaban, su cara palpitaba y sus dientes rechinaban. Tenía las manos llenas, no podía asir las sombras, no podía invocar la oscuridad como tantas otras veces había hecho.

—... *¡mia, mira!*...

Detrás de la sedosa que se aproximaba, Furiano empezó a moverse. Se deshizo del yelmo y reveló la burbujeante y viscosa ruina que era la carne de su barbilla y su mandíbula, mientras respiraba con dificultad. Los gritos del gentío se convirtieron en un cántico, un ritmo que seguía el latido del corazón de Mia.

—¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

—¡Furiano! —aulló Mia.

El Invicto alzó la mirada y vio a Cantahojas intentando subir por el hombro

de Mia, que tenía el rostro manchado de sangre, y a la sedosa a unos pocos pasos de poder acabar con ambas.

—¡Furiano! —rugió Mia—. ¡La oscuridad!

Ishkah gruñó y enseñó los dientes afilados como agujas mientras daba otro paso hacia ellas.

—¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

—¡Hazlo! —chilló Mia.

Cantahojas se aupó por encima del borde y extendió su otro brazo hacia Mia. Ishkah alzó su hoja, a solo dos pasos de distancia. Y con los dedos agarrotados y los dientes a la vista, el Invicto invocó la sombra de la sedosa y le enredó con ella los pies.

Ishkah tropezó, siseando de confusión. El público cesó su cántico y contuvo el aliento. Mia se apartó del borde de la plataforma, con el rostro retorcido de agonía. Furiano inhaló una brusca bocanada y se derrumbó bocabajo mientras perdía su presa sobre la oscuridad. Ishkah dio otro paso y descargó un tajo en la espalda de Cantahojas que le partió el cuero e hizo manar la sangre a borbotones. Cantahojas cayó con un grito y Mia, con un respingo desesperado, liberó su espada de obsidiana del suelo, rodó para evitar el ataque de Ishkah y cercenó el brazo de la sedosa por el codo.

Ishkah chilló mientras perdía sangre verde a chorro. El público estaba en llamas, aullando furioso. Mia se retorció, adoptó una postura baja y atacó una pierna de la sedosa, haciéndola caer de rodillas. El estadio entró en erupción, con el ruido ensordecedor de setenta mil voces elevándose *in crescendo*, «¡Mata, mata, mata!», los soles ardiendo en lo alto, la sangre palpitando en sus venas, el corazón atronándole en el pecho, y Mia chilló, dio un espadazo a dos manos, con todas sus fuerzas, toda su rabia, y separó limpiamente la cabeza de Ishkah de sus hombros.

Saltó la sangre, que salpicó a Mia de un cálido y pegajoso verde. El cuerpo

de Ishkah tembló y sus seis brazos se crisparon mientras caía de la plataforma a los chirriantes engranajes de abajo. Mia arrugó el semblante al oír el húmedo crujido y apartó la mirada, con la obsidiana ensangrentada todavía en la mano.

Pero pese a ello...

«Lo he logrado.»

Sonaron las trompetas, plateadas y brillantes, y las plataformas se detuvieron con una sacudida. La voz del *editorii* se alzó sobre el clamor del público, extasiado por la sangre, y resonó contra las paredes del estadio.

—¡Ciudadanos de Itreya! ¡Vuestros vencedores, los Halcones de Remo!

La multitud enloqueció y su aplauso fue ensordecedor. Cantahojas se puso de pie como bien pudo, con el rostro prendido de dolor y triunfo, sangrando por sus heridas. Pero aun así, sonrió de oreja a oreja, rodeó los hombros de Mia con su brazo bueno y le dio un beso en la mejilla ensangrentada.

«Lo hemos logrado.»

Cantahojas se volvió, cogió la mano de Mia y la alzó en el aire mientras gritaba al público:

—¿Cómo se llama?

—¡Cuervo! —rugieron ellos.

—¿Cómo se llama?

Patadas en el suelo, palmadas con las manos, una palabra que despertó ecos por toda la arena.

—¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!

Mia contempló la espada manchada de sangre que tenía en la mano. Bajó la mirada hacia Furiano, encogido en la arena, con las manos en su cuello malherido. La alzó hacia el palco de los sanguilas y vio a Leona de pie, con una mirada de horror fija en Furiano. Arkades estaba a su lado, con las manos alzadas en adusto aplauso.

Pensó en Tumba de Dioses, en el Venatus Magni, en el puesto que su victoria acababa de asegurar. Pensó en Bryn, en su hermano muerto acunado entre sus brazos mientras sollozaba. Pensó en su padre, cogiéndole las manos mientras la hacía girar en algún rutilante salón de baile, los pies de Mia sobre los de él mientras danzaban. En su madre, obligándola a mirar mientras él moría ahorcado, susurrando las palabras que darían forma para siempre a la vida de Mia, al tiempo que la esperanza que los niños respiraban y cuya pérdida los adultos lloraban se iba marchitando y caía, flotando como cenizas en el viento.

Nunca te encojas. Nunca temas. Y nunca, jamás, olvides.

—¿Cómo me llamo?

—¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!

—¿Cómo me llamo?

—¡CUERVOCUERVOCUERVOCUERVO!

Oscuro deleite en sus tripas.

Cálida sangre en sus manos.

Mia cerró los ojos.

Alzó su espada.

«Oh, Madre, la más negra Madre, ¿en qué me he convertido?»

Libro 3

EL JUEGO

CAPÍTULO 25

PODREDUMBRE

—¡Sujetadlo bien!

—¡Dios todopoderoso, cómo quema!

—¡Que no mueva las piernas!

—¡Aa, ayúdame! ¡Ayúdame!

Mia estaba sentada en un rincón oscuro de la celda, con las costillas ardiendo y sosteniendo un retal empapado de sangre contra su mejilla partida. Aún notaba la adrenalina del combate recorriéndole las venas y le temblaban las manos. El gentío bramaba encima de ellos con la Última en pleno apogeo y la piedra vibraba bajo sus pies con la furia del enfrentamiento final. Cantahojas estaba a su lado, con el brazo envuelto en una venda que ya estaba toda roja y Mia le apretaba otra tela manchada contra la espalda. Las dos necesitaban puntos y la sangre se iba acumulando en la piedra que las rodeaba, pero Larva estaba más que ocupada.

—¡Atadlo! —gritó la chica—. ¡Así solo va a ponerse peor!

Furiano chilló de nuevo, desgañitado y tiritando, y su suplicio resonó por las entrañas del estadio. Estaba tendido en una losa de piedra; el *executus* y tres guardias de la casa de Leona intentaban mantenerlo quieto. La carne de su cuello, su mandíbula y su pecho estaba llena de ampollas y supuraba por el

contacto con el veneno de la sedosa. Parecía haber enloquecido por la agonía, y los músculos se le tensaron en los brazos y el pecho al aullar.

La dona Leona estaba de pie en la puerta, con los ojos horrorizados.

—Todopoderoso Aa —susurró.

—¡Que lo atéis! —gritó Larva de nuevo.

Arkades cerró unos pesados grilletes de hierro en torno a los brazos, los pies y la cintura de Furiano, sujetándolo a la losa. Pero el Invicto siguió retorciéndose, cortándose las muñecas y los tobillos contra las sujeciones y dando cabezazos en la piedra. Mia ya había visto dolor antes: la flagelación de sangre en el Monte Apacible, o el marcado de su mejilla en aquella celda de los Jardines Colgantes. Pero no había visto un padecimiento como aquel en toda la vida.

—Tienes que dejarlo inconsciente, Larva —dijo.

—¡No tengo nada de hierbasueño! —exclamó la chica, señalando un cofre de hierbas y remedios—. ¡Se puso toda mala de camino hacia aquí!

—¿Tienes algo de desmayo?

—¡Lo he usado todo con Carnicero!

—Por las Cuatro Hijas —maldijo Leona—. ¿Es que solo traías un dedal?

—¡Con todo el respeto, *domina*, lleváis meses sin darme dinero para abastecerme!

—¡Pues algo tienes que hacer! —gritó Leona—. ¿Lo estás oyendo?

Furiano gritó de nuevo, con la boca muy abierta y la garganta sangrando por la fuerza de su voz. Con una mueca por sus costillas rotas, Mia se levantó y fue cojeando hasta el cofre de hierbas de Larva. Sus dedos pegajosos por la sangre hurgaron entre los viales y los frascos de polvos y líquidos, mientras todas las lecciones del salón de Mataarañas rebotaban por su cabeza.

—¿Qué abismos estás haciendo? —gruñó Arkades.

Mia no hizo caso al *executus* y pasó media docena de frascos a Larva.

—Tritura la hierbacalva con la virginosa y una pizca de raizdetodo y mézclalo con vino dorado.

—No. —Larva frunció el ceño—. El alcohol calcificará la virgino...

—Para eso está la hoja de ciénaga —la interrumpió Mia—. Remójala en el... No, mejor deja que lo haga yo. Tú ve a coser a Cantahojas, que está sangrando por todo el puto suelo.

—¿Cuervo? —dijo Leona.

Mia se volvió hacia la mujer, junto a la puerta.

—Confiad en mí, *domina*.

Leona miró a Furiano, que seguía sacudiéndose de dolor. Asintió con los ojos inundados, y Mia se puso a trabajar en su mezcla. Larva cogió una aguja e hilo de seda y empezó a coser la horripilante herida que tenía Cantahojas en el antebrazo. La espada de la sedosa le había hecho un tajo que llegaba al hueso y la sangre fluía como el vino barato en un festín de la veroluz. Cantahojas apretó los dientes y clavó la mirada en el Invicto.

—¿Podrás salvarlo?

—Puedo hacer que duerma —respondió Mia—. *Executus*, necesito tu petaca.

Arkades alzó una ceja mientras Mia le tendía una mano ensangrentada.

—¡Tu vino dorado, ya!

Arkades metió la mano en su túnica y sacó la petaca de plata. Mia volcó su mezcla de polvos en el whisky y agitó la petaca con brío.

Furiano seguía revolviéndose, chillando, suplicando. Y cuando Mia se acercó petaca en mano, la sombra del itreyano empezó a sangrar sobre la piedra, extendiéndose hacia la de ella. Fue solo por lo tenue que era la luz de la celda y el drama que estaba desarrollándose en la losa que nadie se dio cuenta al momento, y Mia se movió deprisa, apartando a un guardia con el hombro. La sombra del Invicto se fundió con la suya y todo el malestar, toda el

hambre que sentía cuando estaba cerca de él se alzó en su estómago y estuvo a punto de hacerla vomitar. Tropezó, estuvo a punto de soltar la petaca y Arkades la sujetó por los hombros para evitar que cayera.

«Negra Madre, puedo sentirlo a él...»

—¿Estás bien?

«... como si formara parte de mí.»

—Abre... Ábrele la boca —dijo Mia.

El dolor que Mia sentía en la mejilla partida y las costillas rotas ya era atroz, pero también le dolían el cuello y el pecho: de algún modo, el suplicio de Furiano estaba infiltrándose en ella, agravándole el propio.

—¡Furiano, tienes que beber! —gritó Mia—. ¿Me oyes?

Un gorgoteante gimoteo de agonía fue la única respuesta del Invicto, de modo que Mia vació la petaca en su boca. Furiano hizo gárgaras e intentó escupir la medicina, pero Mia le tapó los labios llenos de ampollas con la mano y gritó:

—¡Traga!

Furiano se sacudió, tirando de sus ataduras, con lágrimas cayéndole de los ojos. Pero por fin obedeció la orden y su cuello destrozado subió y bajó a medida que bebía el ardiente preparado. Las hierbas tardaron unos minutos en hacer efecto, ya que Mia no había trabajado con los mejores materiales posibles, a fin de cuentas. Pero, poco a poco, los esfuerzos del Invicto remitieron, sus chillidos se volvieron gemidos y, por último, tras lo que pareció una eternidad en las entrañas sombrías bajo la arena, los ojos inyectados en sangre de Furiano terminaron por cerrarse.

Mia cayó de rodillas, con el pelo adherido a la frente y la mejilla partidas y la cabeza dándole vueltas.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó Larva, atónita.

Mia agachó la cabeza, mareada.

—¿Cuervo? —dijo Leona.

—... ¿*mia*?...

—... ¡*MIA!*...

Sangre en sus manos, en sus ojos, el sabor de la amarga medicina que no había bebido en la lengua. Bajó los ojos hacia su sombra, la sombra que debería haber sido lo bastante oscura para tres. Pero mientras la celda daba vueltas en su mente, mientras el dolor de sus heridas y el trauma de su horrorosa prueba en la arena y sus temblorosas consecuencias se alzaban para extenderle una negra cortina frente a los ojos, se dio cuenta de que...

«Es lo bastante oscura para cuatro.»

—... *Mia*...

Despertó en el camarote de un barco, bajo vigas que crujían y rodeada del sonido de las olas. Al abrir los ojos notó un fresco y levísimo contacto en la nuca y un suspiro de alivio en el oído.

—... *por fin*...

La hamaca en la que estaba tumbada se balanceaba y cabeceaba, y Mia sintió la boca seca como el polvo. Una luz intensa se filtraba por el cristal de un pequeño ojo de buey que enmarcaba un atisbo de dos azules al otro lado, uno brillante y quemado por los soles y otro profundo y oceánico. Mia se llevó una mano a la cara y palpó un vendaje que le cubría la mejilla y la frente, con una costra de sangre seca.

—No lo toques —ordenó una voz—. Sanará mejor si lo dejas estar.

Mia miró arriba y vio a Larva, sus ojos oscuros y su bonita sonrisa. Estaba inclinada sobre Furiano, que se mecía en una hamaca al lado de la de Mia. Al echar una mirada a su sombra, Mia vio que al parecer la de Furiano había

abandonado la suya mientras dormían. Pero aun así, notó aquel mareo, el dolor de echar de menos una parte de sí misma que fue creciéndole en el pecho.

Respiró hondo e hizo señas en deslenguado para que solo Don Majo pudiera entenderla.

¿dónde?

—... *el sabueso de gloria...* —susurró él—, ... *navegando hacia nido del cuervo...*

¿Eclipse? ¿Ashlinn?

—... *nos siguen, un par de giros por detrás...*

¿Furiano?

—... *nada bien...*

Mia asintió para sus adentros y miró a su alrededor en el camarote. Nunca había estado allí arriba: todas sus anteriores travesías las había pasado encerrada en la bodega. La estancia estaba atestada, pero la única decoración eran un cofre con los instrumentos y las hierbas de Larva y unas cajas de madera. Colgaban del techo tres hamacas, la de Mia en el centro. Cantahojas estaba tumbada bocabajo a su izquierda, con los ojos cerrados y el brazo de la espada y la espalda envueltos en vendas ensangrentadas. A su derecha, el campeón del *collegium* de Remo estaba inconsciente y empapado. El torso y el cuello de Furiano estaban cubiertos de un ungüento verdoso, pero las heridas del veneno de la sedosa seguían teniendo un aspecto terrible. Además del agua de sentina y el mar y el sudor, Mia alcanzaba a oler los inicios de una descomposición intensa y fétida.

Larva le sostuvo un vaso de agua fresca contra los labios y Mia se la bebió toda a pesar del dolor, y suspiró de alivio.

—Cantahojas... —empezó a decir, y se lamió los labios secos—. ¿Cómo...?

—Bastante bien —susurró Larva, para no despertar a los convalecientes—.

El tendón y el músculo de su brazo de la espada están cortados, pero responde bien a los puntos. Creo que saldrá adelante.

—¿Y... Fu-furiano?

Larva suspiró y miró hacia el Invicto.

—No tan bien. La infección está enraizando, y me temo que llevará al envenenamiento de la sangre. Tenemos que llegar pronto al Nido.

—Navegamos tan deprisa como nos permiten las damas Trelene y Nalipse.

Mia alzó la mirada y vio a la dona Leona en el umbral, con los ojos fijos en el Invicto. La *magistrae* estaba a su lado, siempre su fiel segunda al mando.

Como de costumbre, la apariencia de la *magistrae* era inmaculada, pero Mia se sorprendió al ver lo cambiada que estaba Leona. La dona solía ataviarse como para asistir a algún gran baile, pero en esos momentos llevaba un sencillo vestido recto y blanco. Mia vio que tenía las uñas de las manos mordidas hasta casi acabar con ellas. En la mano derecha llevaba el torque de plata que había adornado el cuello de Furiano. El metal estaba un poco fundido por el veneno de la sedosa.

—*Domina* —dijo Mia, inclinando la cabeza.

—Mi Cuervo —respondió la mujer—. Me alegra verte despierta.

Mia se incorporó con una mueca, mareada. Notaba hinchada la mejilla y le pinchaban los puntos en la piel. Sintiendo las costillas doloridas, aceptó un segundo vaso de agua que le ofreció Larva y se lo bebió entero.

—¿Cuánto... tiempo he dormido?

—Tres giros desde tu triunfo —dijo Leona.

—¿Lo tenemos, entonces? —preguntó Mia, notando un hormigueo en el estómago—. ¿El Venatus Magni?

—Sí —respondió la dona, y entró en el camarote—. Lo tenemos. Mi padre es muchas cosas, pequeña Cuervo. Una serpiente. Un mentiroso. Un cabrón. Pero ningún sanguila osaría echarse atrás después de hacer una apuesta en

público. Con los laureles que ha ganado, tiene puestos de sobra. Puede permitirse entregarnos uno a nosotros. Pero ahora, gracias al sacrificio de Bryn y Byern, se ha quedado sin *equillai*. Y gracias a tu valentía, sin campeona. —La mujer miró de nuevo a Furiano—. Tenemos a nuestro alcance todo lo que deseábamos.

—¿Cómo está Bryn? —preguntó Mia.

La mirada atribulada de la dona fue la única respuesta que recibió. Pero Bryn había perdido a su hermano ante sus propios ojos. Aplastado y desangrado ante los abucheos de la multitud. Y todo para nada. Sin dinero. Sin gloria. Sin nada en absoluto.

«¿Cómo abismos esperas que esté?»

—¿Qué tal tus heridas? —preguntó Leona.

Mia se tocó el vendaje de la mejilla con cautela y miró a Larva.

—Dímelo tú.

—Tienes las costillas rotas —respondió la chica—. Tendrás unos cardenales espantosos, pero sanarás. El corte de la cara se está curando bien, pero me temo que te quedará cicatriz.

Mia se centró en ese pensamiento, que por un instante ardió con más intensidad que el dolor de sus heridas. De niña nunca había sido hermosa. Solo había sabido lo que era la belleza después de que Marielle le tejiera la cara hasta convertirla en un retrato en el Monte Apacible. Y lo cierto era que se había deleitado con el poder que le confería.

Se preguntó qué iba a decir Ashlinn. Cómo la miraría la chica a partir de entonces, y si la propia Mia odiaría el reflejo que iba a ver en aquellos pozos de azul quemado por los soles. Por un momento, deseó estar de vuelta en el monte, donde Marielle podía curar todas las heridas con un gesto de la mano. Supuso que esa ya no era una opción desde que se había enemistado con la

Iglesia Roja. Que su cicatriz y la marca que había a su lado la acompañarían hasta el día de su muerte.

Mia visualizó a su padre, balanceándose y ahogándose ante la plebe. A su madre, sollozando y desangrándose en sus brazos. A su hermano bebé, muriendo en un pozo sin luz.

Y retirando la mano de su cara, se encogió de hombros.

—Elegir entre ser feúcha y bonita ya no es una opción. Pero hasta el último necio sabe que parecer peligrosa es preferible a ambas.

Una sonrisa desprovista de humor curvó los labios de Leona, que negó despacio con la cabeza.

—Me gustas, Cuervo. Que Aquel que Todo lo Ve me ayude, pero me gustas. No sé qué eras antes de esto, pero por el apoyo que ofreciste a nuestro campeón y por tu coraje en el estadio, te estaré agradecida para siempre.

—Me pregunto si vuestro campeón dirá lo mismo, *domina*.

Los ojos de la dona volvieron a Furiano, y cerró los dedos con tanta fuerza en torno al torque de plata que sus nudillos palidieron. Mia se preguntó con qué frecuencia había visitado la dona a su campeón desde que habían zarpado de Fuerteblanco. Se preguntó si era posible que le importara de verdad. Se preguntó qué opinaría Arkades de todo aquello si se enteraba...

—Quizá deberíamos regresar a cubierta, *domina* —musitó la *magistrae*, apretando la mano de Leona—. Dejemos que descansen.

Leona parpadeó como si despertara de un sueño. Pero asintió y permitió que la mujer más mayor se la llevara. Cuando llegaron a la puerta del camarote, se detuvo y se volvió hacia Mia.

—Gracias, Cuervo.

Y dicho eso, se marchó.

Giro tras giro, el *Sabueso de Gloria* surcó el mar de las Espadas, con un viento del este en popa. La Señora de los Océanos se mostró piadosa y el barco atracó en el puerto de Reposo del Cuervo más de veinte horas antes de lo previsto. Pero incluso con Madre Trelene de su parte, parecía que la suerte había abandonado a Furiano el Invicto.

Tal y como había predicho Larva, sus heridas se habían vuelto pútridas. Para cuando llegaron a Reposo del Cuervo, la carne de su pecho y su cuello estaba oscura y supurante, y el dulce hedor de la podredumbre pendía sobre él como una neblina. Larva y Mia hicieron todo lo posible para mantenerlo sedado, pero recuperaba y perdía la conciencia a menudo. Apenas estaba lúcido cuando despertaba, y murmuraba incoherencias febriles mientras dormía. Mia no tenía ni idea de lo que supondría para el *collegium* y para Leona que muriera.

Los esperaba un carro que los llevó a toda prisa a Nido del Cuervo, en un galope de cascos que atronaron en la ladera. Los conocimientos de Mia sobre hierbas parecían haber impresionado a la dona, que le permitió ir en el carro con Larva y el aturdido y gimoteante Furiano, al lado de Leona y la *magistrae*. Arkades y los demás *gladiatii* tuvieron que remontar la colina a pie.

El capitán Cánico los recibió en las puertas y los guardias de Leona llevaron a Furiano a la parte trasera de la casa. Pese al dolor de sus costillas rotas, cuando Mia llegó a la enfermería de Larva, empezó a buscar ingredientes que pudieran detener el envenenamiento de la sangre de Furiano. La propia Larva desapareció en el cobertizo que había en una esquina del patio. Leona rondaba como una gallina clueca, tapándose la nariz y la boca con un pañuelo para paliar la peste, pálida de preocupación.

—¿Podréis salvarle la vida?

Mia se limitó a fruncir el ceño y suspirar mientras registraba los cofres y los armarios de Larva. Parecía que lo que había dicho la chica era cierto y

llevaba meses sin que Leona le permitiera reabastecerse. Incluso con todo lo que había aprendido de Mataarañas y de su adorado y maltrecho ejemplar de *Verdades arkímicas*, no tenía el suficiente material para trabajar.

—Necesitamos raíz de acebo —afirmó Mia—. Y virginosa. Algo para acabar con la hinchazón, como bayalata o vejiga de pez globo. Y hielo. Mucho hielo. La fiebre está consumiéndolo como a una puta vela.

—¿Sabes escribir? —preguntó Leona.

Mia enarcó una ceja.

—Sí, sé escribir.

—Haz una lista de todo lo que necesites —ordenó Leona.

Larva volvió del cobertizo, casi arrastrando los pies bajo el peso de un viejo cubo de estaño. Lo depositó con estruendo en la losa manchada de sangre junto a la cabeza de Furiano, se ató el pelo y empezó a quitarle los vendajes llenos de pus del cuello y el pecho.

—¿Qué haces? —preguntó Mia.

—¿Recuerdas que me preguntaste de dónde salía mi nombre?

—Me dijiste que rezase por no averiguarlo nunca —respondió Mia.

La chica se pasó la nariz por el brazo, torciendo el semblante por el hedor de las heridas de Furiano.

—Pues se ve que no rezaste lo suficiente.

Mia miró dentro del cubo y vio una inmensa masa serpenteante: centenares de diminutos cuerpos blancos con cabezas negras, que mordían ciegos el aire. Se tapó la boca con la mano, conteniendo la náusea al ver retorcerse y arremolinarse aquellas...

—Por las Cuatro Hijas —dijo con una arcada—. Eso son...

—Larvas —repuso la niña—. Las crío en el cobertizo.

—¿Y se puede saber para qué abismos?

—¿Qué comen las larvas, Cuervo?

Mia miró la carne del cuello de Furiano, la de su torso. La infección había calado hondo, las heridas estaban llenas de pus y los músculos y la piel se habían descompuesto hasta pudrirse. Las venas que rodeaban la herida estaban oscuras y corrompidas, y cada latido del corazón de Furiano solo extendía más el efecto.

—Carne podrida —susurró—. Pero ¿qué impide que se coman...?

—¿Las partes buenas?

—Sí.

—Los dos frascos del estante que tienes detrás. Tráemelos.

Mia siguió las instrucciones y escrutó la enmarañada caligrafía que había en los laterales de los frascos. Miró a la chica y una sonrisa asomó a sus labios sin pretenderlo.

—Vinagre y hojas de laurel. Sí que eres buena en esto, sí.

Larva respondió con una tenue sonrisa y empezó a colocar a las criaturas en las heridas, espolvoreándolas como si fuesen sal sobre la carne rancia. Asqueada a pesar del ingenio del remedio, Mia empezó a escribir en una tablilla encerada, componiendo una lista de todo lo que necesitarían para mantener sedado a Furiano, contener el envenenamiento de su sangre y bajarle la fiebre. Enseñó la lista a Larva, que alzó la mirada el tiempo justo para mascullar su aprobación, y se la entregó a Leona.

La dona, sin más que una fugaz mirada a la tablilla, se la pasó a su *magistrae*.

—Anthea, baja a la ciudad —ordenó—. Trae todo lo que pide Cuervo.

La *magistrae* leyó la lista y alzó una ceja.

—*Domina*, esto va a costar...

—¡Da igual lo que cueste! —restalló Leona—. ¡Haz lo que te ordeno!

La mujer lanzó una mirada a Mia y a Larva y arrugó los labios. Pero aun así, miró a su ama e hizo una profunda inclinación.

—Vuestro susurro, mi voluntad, *domina*.

La *magistrae* salió al patio con la tablilla encerada en la mano. La dona Leona se quedó en la enfermería, con la mirada clavada en Furiano, mordiéndose las torturadas uñas.

—Tiene que vivir —susurró.

Una orden.

Una esperanza.

Una plegaria desesperada.

Pero si era porque le importaba el hombre o porque le importaba el Venatus Magni, Mia no tenía ni idea.

Trabajaron hasta bien entrada la nuncanoché, Larva aplicando las culebreantes crías de mosca en las heridas de Furiano, cubriendo los bordes con vinagre y hojas de laurel para repeler a las larvas de la carne sana y, por último, envolviéndolo todo suavemente con gasas. Mia se quedó a su lado, ayudando en lo que podía, pero sobre todo observando con el estómago revuelto.

Dedo, el cocinero enjuto, les llevó la tardera y miró a Furiano como si ya estuviera muerto. Colmillo llegó husmeando en busca de sobras al poco tiempo y, entre el dolor de las costillas y las náuseas por el tratamiento de Larva, Mia dio al mastín casi toda su comida y le rascó detrás de las orejas mientras el perro meneaba su muñón de cola. La dona Leona también rechazó la comida, sentada y mirando al Invicto sin abrir la boca. Tenía los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Las mejillas huecas.

Los demás gladiatii llegaron a Nido del Cuervo y se dirigieron a los barracones escoltados por los guardias. Arkades entró cojeando en la enfermería, polvoriento y dolorido por la prolongada caminata. Observó a

Furiano, le puso una mano en la frente empapada de sudor y reparó en lo deprisa que le subía y le bajaba el pecho. La larga cicatriz que le partía en dos el rostro ganó profundidad cuando frunció el ceño. Mia tocó las vendas que llevaba en su propia cara. Volvió a pensar en Ashlinn.

Dudó.

—¿Cómo está? —preguntó Arkades.

—Estamos haciendo todo lo que podemos hasta que vuelva la *magistrae* —respondió Larva—. Las hierbas y los ungüentos que va a traer ayudarán. Pero no es seguro que viva, *executus*.

Arkades asintió.

—Cuervo, vuelve a los barracones. Larva te llamará si te necesita.

—Preferiría qued...

—Y yo preferiría tener una villa en el sur de Liis y recuperar mi pierna de verdad —gruñó Arkades—. Ya ha caído la nuncanoché. Te corresponde estar encerrada en los barracones.

Mia lanzó una mirada a la dona, pero la mujer no les prestaba la menor atención. Su mirada seguía fija en Furiano. Mia tocó el hombro de Larva en gesto de despedida y salió con paso débil al patio, flanqueada por dos guardias. Arkades se quedó mirando a su señora, con gesto pensativo. Una parte pequeña y con forma de gato de la sombra de Mia también se quedó allí.

—Mi dona, deberíais descansar —dijo Arkades.

—Voy a quedarme.

—Larva puede informaros si hay algún cam...

—¡Me quedo, he dicho! —espetó Leona.

Larva alzó la mirada al oír el grito, pero volvió enseguida al trabajo. El *executus* pasó la mirada de su señora al gladiatii tumbado en la losa. Asintió despacio.

—Vuestro susurro, mi voluntad.

Dio media vuelta y salió renqueando de la enfermería al patio. Miró los soles de la nuncanoché y el incipiente brillo azul que iba ganando intensidad en el horizonte. Se aproximaba la veroluz; en solo unas semanas, los tres ojos de Aquel que Todo lo Ve arderían fulgurantes en el cielo. Purificarían el mundo con su fuego. Revelarían todos los pecados.

Pecados.

Arkades miró hacia atrás, en dirección a su señora, y con los labios prietos observó cómo ella miraba a su campeón. Y luego echó a andar, al interior del fuerte y por los pasillos, clin tump, clin tump, la melodía de su andar. Su frente era un nublado ceño; sus labios, una fina línea; sus poderosas y encallecidas manos, unos puños cerrados.

No reparó en la pequeña y oscura silueta que lo seguía, saltando de sombra en sombra detrás de él. Sigilosa como un gato.

Arkades dejó atrás las pinturas en las paredes de antiguas batallas de gladiatii, las armaduras y los brillantes yelmos, los bustos de mármol de los antepasados de Marco Remo, sin prestar ni la menor atención a nada de aquello. Y por fin llegó a una puerta solitaria al final del pasillo, que abrió con una llave de hierro.

Arkades entró en el dormitorio de Furiano. Se cruzó de brazos y contempló la estancia. El altar a Tsana debajo del ventanuco. La Trinidad de Aa en la pared. Un maniquí de prácticas y unas espadas. Un pequeño cofre para las escasas posesiones del Invicto.

Cerró la puerta y fue cojeando hasta el cofre. Se arrodilló con una mueca y empezó a registrarlo. Dos laureles de plata, ganados en Talia y Puentenegro. La empuñadura de una espada rota. Una mohosa baraja de naipes y unos dados. Un taparrabos de repuesto. Un puñado de mendigos de cobre.

Arkades se levantó y miró malcarado a su alrededor. Su rostro se iba ensombreciendo y los ojos le destellaban de ira. Renqueó hasta la cama,

arrancó las sábanas y palpó el colchón de paja. Con un reniego de frustración, dio la vuelta al colchón y luego lo arrojó contra la pared. Y allí, en el bastidor de la cama, las vio.

Unas braguitas de seda.

El *executus* se agachó, se llevó la prenda a la nariz e inhaló. Un tenue aroma a perfume de jazmín. El mismo olor que había notado cuando fue a ver a Furiano antes del *venatus* y advirtió al Invicto que su jabón olía a mujer.

—Menudo hijo de puta. —Arkades arrugó la prenda en un puño de nudillos blancos—. Será desagradecido.

Volvió a dejar la habitación como estaba. Rehízo la cama y alisó las sábanas. Tenía el rostro descolorido y la mandíbula tensa. Satisfecho de haber borrado sus huellas, dio media vuelta y salió a zancadas del dormitorio, clin tump, clin tump. Cojeó pasillo abajo con el ceño ensombrecido, entró en su habitación y cerró de un portazo.

Enfurecido como estaba, el *executus* no se dio cuenta de que la *magistrae* estaba al lado del almacén, con los brazos cargados de los remedios que había traído de la ciudad.

Pero la mujer sin duda se fijó en la prenda interior de seda que Arkades llevaba en la mano.

—... *interesante*... —susurraron las sombras.

CAPÍTULO 26

PLATA

Se reunieron en el patio, después de la mañanera.

Habían pasado siete giros y no había cambiado gran cosa: la fiebre de Furiano no era tan alta, pero no se le había pasado del todo. Las larvas de mosca estaban... bueno, estaban haciendo exactamente lo que hacen las larvas. El proceso era más que asqueroso, y la visión cuando Larva retiraba aquellos vendajes, casi más de lo que podía soportar Mia sin vaciar el estómago. Y aún no había forma de saber si estaba sirviendo de algo.

Los gladiatii no estaban de buen humor. Los animaban su victoria en la arena y el puesto que los Halcones de Remo habían ganado en el Venatus Magni, pero el precio que habían pagado...

Bryn se quedaba en su celda y no hablaba con nadie, ni siquiera en las comidas. Cantahojas quizá nunca volviera a luchar. Furiano merodeaba a las puertas de la muerte y Byern ya estaba muerto. Si aquel era el diezmo que debían pagar por tener una oportunidad de ser libres, estaba más inundado en sangre de lo que le habría gustado a la mayoría.

Arkades los había convocado por orden de su *domina*, y los soles castigaban la arena como martillos mientras los gladiatii del *collegium* de Remo se congregaban. A Mia las costillas le dolían horrores, y el corte de la cara le picaba bajo la gasa encostrada. Era raro ver el mundo con un ojo

tapado por una venda, sin profundidad, sin equilibrio. Sabía que debería ir a ver a Ashlinn; Eclipse se había presentado en su celda en plena nuncanoché para informarla de que su barco había regresado a Reposo del Cuervo. Pero, tal y como estaba la situación en el fuerte, Mia no se atrevía a aventurar una visita. Furiano podría despertar en cualquier momento, y si Larva la llamaba para pedirle ayuda con algún preparado en la nuncanoché y los guardias descubrieran su ausencia...

Se tocó el vendaje de la cara. Aún no había reunido el valor suficiente para quitárselo y mirarse en un espejo. Se preguntó qué vería cuando lo hiciera.

Se preguntó qué vería Ashlinn.

Carnicero estaba de pie con las manos entrelazadas a su espalda, cambiando el peso de un pie al otro como siempre. A pesar de haber perdido su combate en Fuerteblanco, parecía satisfecho de haberse procurado unas pocas cicatrices más para su colección.

Sidonio esperaba en silencio, con los brazos cruzados sobre la palabra «COBARDE» que llevaba marcada en su amplio pecho. Le estaba creciendo el pelo un poco y sus ojos azules chispeaban a la luz de los soles. Como siempre, estaba justo al lado de Mia; nunca se alejaba mucho si podía evitarlo. Había cantado alabanzas a Cuervo en la celda que compartían, declarando que su combate contra la sedosa era el más grandioso que había visto jamás. Y aun así, no le había insistido en hablar sobre sus padres. No le había hecho preguntas que todavía no estaba preparada para responder. Por muy jactancioso y matón que fuera, por muy tonto que se pusiera con las mujeres, sabía cuándo hablar y cuándo tener la boca cerrada.

A Mia le caía mejor a cada giro que pasaba.

«Pero no es mi amigo.»

Despiertaolas estaba al otro lado de Sidonio, con los pies plantados en el suelo como las raíces de sendas montañas. Había luchado como un daimón

contra aquellos osos guadaña del estadio. Sid y él se habían quedado a solo dos puntos de llevarse sus propios laureles. A Mia seguía costándole imaginarse al hombre correteando por el escenario vestido de seda, hablando en pareados. Con su altura y su piel brillante a la luz de los soles, parecía un guerrero nato.

«Y no es mi amigo.»

Bryn estaba entre Otho y Félix, con aspecto de no haber dormido ni un minuto desde Fuerteblanco. Se hacía extraño verla sin su hermano gemelo, y Mia hasta se había descubierto mirando alrededor en busca de Byern. La chica vaaniana caminaba como un fantasma. Mirada vacía e inyectada en sangre, brazos envolviéndole el torso.

«Y no es...»

Cantahojas estaba apoyada en la puerta de la enfermería. Tenía la cara blanquecina bajo los tatuajes, y su brazo de la espada pendía del cuello en un cabestrillo de gasa ensangrentada. El corte que tenía en la espalda ya era grave, pero el tajo del brazo había sido horroroso. Nadie sabía si la mujer volvería a empuñar una espada de nuevo. Mia le distinguía el miedo en los ojos.

«Y no...»

¿Y Furiano?

Yacía durmiendo en la losa de la enfermería, con Larva a su lado. Mia podía sentir su dolor cada vez que se acercaba demasiado, como si se filtrara por la oscuridad a sus pies. No tenía ni idea de por qué. Incluso con todos sus conocimientos sobre hierbas y con los remedios de Larva, nadie podía predecir su futuro, salvo quizá la Madre.

—¡Gladiatii! —ladró Arkades—. ¡Atención!

Los guerreros congregados irguieron las espaldas y se llevaron los puños a

los pechos. Leona y Anthea salieron desde el porche, la dona un paso por delante de su *magistrae*.

Leona parecía cansada, pero al menos se había arreglado un poco más acorde con su estilo habitual. Llevaba un vestido blanco suelto, y el tejido ondeó en torno a sus sandalias mientras ocupaba su lugar sobre la arena ardiente. Tenía el pelo trenzado en torno a la frente como si fuese el laurel de vencedor que llevaba en la mano derecha.

—¡Mis Halcones! —exclamó levantando el laurel hacia el cielo—. ¡Contemplad!

Los gladiatii vitorearon, pero, tal y como estaba la situación, a Mia le pareció que su entusiasmo sonaba un poco vacío.

—Aunque hemos pagado un alto precio, tenemos la victoria que ansiábamos desde hace tanto tiempo. Este laurel nos asegura un puesto en el Venatus Magni, dentro de cinco semanas. La libertad está a vuestro alcance, ¡y pronto en la Ciudad de los Puentes y los Huesos resonará el nombre del *collegium* de Remo!

Se oyó una segunda ronda de vítores en el patio, mucho más fuerte que la primera. Parecía que, por muchas desgracias que sufriera un gladiatii, la promesa de libertad podía lograr que las olvidara. Despiertaolas aferró el hombro de Sid, y Carnicero se dio palmadas en los muslos mientras vociferaba. La idea de luchar en el Magni bastaba para alegrarles el corazón, y Mia sintió que se le aceleraba el pulso como a los demás. Imaginó a Scaeva y Duomo.

«Pronto, hijos de puta.»

—Tres de vosotros se alzan sobre el resto —proclamó Leona—, los mejores y más valientes entrenados jamás entre estos muros bajo la cuidadosa tutela de nuestro noble *executus*.

Leona inclinó la cabeza hacia Arkades, que respondió con una reverencia

envarada y formal.

—Y aun así —prosiguió ella—, solo hay una que asestara el golpe mortal a la Exiliada. Solo una cuyos valor y habilidad nos han allanado el camino hacia la gloria. —Leona miró a Mia—. Cuervo, un paso adelante.

Mia miró a Cantahojas pero obedeció y se inclinó ante su ama. Leona le dedicó aquella centelleante mirada azul que tenía.

—Arrodíllate —dijo con brusquedad.

Mia apretó los dientes ante aquel recordatorio de su posición, pero hizo lo que se le ordenaba, con una mueca por el dolor de sus costillas rotas. Con cuidado de no moverle el vendaje de la frente, Leona colocó el laurel de plata en la cabeza de Mia. Metió la mano entre los pliegues de su vestido y sacó el torque de plata de Furiano para sostenerlo con la mano abierta. Estaba un poco fundido y el metal se había decolorado por el beso del veneno de Ishkah.

—Ahora esto te pertenece —dijo Leona.

Mia frunció el ceño hacia la enfermería y luego alzó la mirada hacia los ojos de la dona.

—Si queremos salir victoriosos en el Venatus Magni —siguió diciendo Leona—, si los Halcones de Remo debemos reclamar la gloria que nos pertenece por derecho, creo que será por medio de ti y no de ningún otro. Pero lo cierto, venga lo que tenga que venir, es que esto te lo has ganado, Cuervo. —Leona puso el torque en el cuello de la chica—. Mi campeona —proclamó orgullosa.

Sidonio rugió y los demás gladiatii se apresuraron a imitarlo, dando pisotones en el suelo y aplaudiendo como locos. Mia miró de nuevo a Cantahojas, indignada por la injusticia. La dweymeri y Furiano habían luchado tanto como ella, habían arriesgado lo mismo. Mia no se habría podido imponer a Ishkah sin ellos. Pero solo se glorificaba el nombre de Mia. Solo se la nombraba campeona a ella.

«Para esto te has esforzado tanto —se recordó a sí misma—. Solo tienes que mantener la farsa unas semanas más.»

Inclinó la cabeza y habló en voz baja.

—Me honráis, *domina*.

—Tú nos honras a nosotros, Cuervo. Y seguirás haciéndolo en la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Pero no lo harás ataviada con retales de cuero y restos de acero, no. Ahora luchas como campeona bajo nuestro estandarte. Y deberías tener la apariencia adecuada. —Leona dio una palmada—. Contemplad.

Dos guardias de la dona sacaron rodando un maniquí de madera desde el interior del fuerte al porche. Le habían puesto una de las armaduras que había en el vestíbulo, pero Mia cayó en la cuenta de que la habían entallado para que pudiera ponérsela ella.

El hierro era casi negro, pulido hasta darle un oscuro lustre. El peto tenía un halcón labrado con las alas extendidas, y las grebas y las hombreras tenían también la forma de halcones en pleno vuelo. De la coraza salían una faldilla plisada y mangas revestidas de hierro, y una capa de plumas rojas envolvía los hombros. El yelmo representaba a la diosa guerrera Tsana, con expresión fiera y despiadada. Llevaba dos hojas gemelas enfundadas al cinto, de acero liisiano por su aspecto. Eran un gladius de doble filo y una larga daga, ideales para luchar al estilo Caravaggio.

Era una de las mejores armaduras que Mia había visto jamás, eso sin duda. Pero debía de haber costado una fortuna. Una fortuna que Leona no podía permitirse.

«Ahora luchas como campeona bajo nuestro estandarte.»

Mia miró a Leona y contuvo un suspiro.

«Y deberías tener la apariencia adecuada.»

—Os lo agradezco, *domina* —dijo Mia.

—Podrás agradecermelo en el Magni —repuso Leona—, consiguiéndome la vic...

La dona dejó la frase en el aire al ver que llegaba un guardia al patio, acompañando a un joven que llevaba un sombrero emplumado. La mejilla del chico estaba marcada con un solo círculo, pero vestía con ropa cara, aunque algo polvorienta a causa del camino. En su jubón llevaba bordado el león de Leónidas.

—Un mensajero, mi dona —anunció el guardia—. Afirma que se trata de un asunto urgente.

—Traigo una misiva de mi amo, vuestro padre, mi gentil dona —dijo el chico, con una profunda inclinación—. Tengo orden de leerlo en voz alta, so pena de látigo.

—Habla, pues —ordenó Leona.

El joven sacó un pergamino que llevaba el sello de Leónidas. Lanzó una mirada a los gladiatii reunidos, nervioso a todas luces. Pero con voz alta y clara, empezó a leer.

—«Querida hija, con inmenso gozo te doy la enhorabuena por tu victoria en Fuerteblanco. Me confieso sorprendido de que después no solicitaras audiencia conmigo para regodearte, y me alegra pensar que la humildad que pretendí enseñarte en tu infancia por fin ha empezado a arraigar. Ojalá te hubiera...»

El chico vaciló, miró a Leona y tragó saliva.

—Continúa —exigió ella.

El mensajero tartamudeó un momento antes de seguir.

—«Ojalá te hubiera pegado más, y más a menudo.»

Varios gladiatii se removieron, fulminando al chico con la mirada. Mia sintió que sus propias uñas se le clavaban en la palma de la mano, y miró a la dona. La expresión de Leona no había cambiado un ápice.

«Por eso lo odia tanto.»

El chico estaba sudando y se tiraba del cuello del jubón como si lo estuviera asfixiando. Con ganas de terminar cuanto antes, carraspeó y siguió leyendo deprisa.

—«Tengo informaciones fiables de mis contactos mercantiles que afirman que el *collegium* de Remo está teniendo serios retrasos en el pago a sus proveedores. Para evitarme la humillación de ver a una hija de mi estirpe arrastrada al tribunal por sus impagos, me he tomado la libertad de adquirir todas tus deudas a tus acreedores y combinarlas en una sola suma, que ahora se debe al *collegium* de Leónidas y acumula intereses semanales.»

Leona puso los ojos como platos.

—¿Cómo?

—«Tu primer pago, de tres mil doscientos cuarenta y tres sacerotes de plata, expira al cambiar el mes, dentro de tres semanas. Si no satisficieras la suma requerida, no tendré más remedio que exigir una compensación punitiva por medio del tribunal del magistrado y reclamar la posesión de tu *collegium*, tus propiedades y cualquier otro recurso financiero que obre en tu poder, a modo de reembolso. Por favor, no creas que albergo ira ni rencor hacia ti en mi corazón, querida. Esto son, como me dijiste tú una vez, solo negocios.»

El chico alzó la mirada hacia Leona y le tembló la voz.

—«Ojalá tu madre viviera para ver lo lejos que has llegado. Con todo el respeto que mereces, tu amante p-padre, Leónidas» —concluyó.

El patio estaba tan silencioso que Mia podría haber oído respirar a Don Majo. Al mirar al mensajero, se dio cuenta de que el pobre desgraciado desconocía lo que decía la carta que debía llevar. Con un vistazo a los rostros de Despiertaolas y Otho, Mia pensó que el chico debía de estar esperando que lo llevaran a rastras a los acantilados y lo arrojaran al mar.

—Vu-vuestro padre también deseaba que os entregara un regalo, mi dona —

añadió el chico—. Para celebrar vuestra victoria.

El mensajero buscó en su morral, sacó una botella de vino dorado y la dejó en la arena. Un marbete rojo como la sangre informaba de la añada a un lado de la botella.

Albari, setenta y cuatro.

Al ver la etiqueta, el cuerpo entero de Leona se tensó de ira. Mia no sabía por qué, pero, para la dona, ver aquella botella fue como oler la sangre para un draco blanco. Con evidente esfuerzo, Leona respiró hondo y solo el temblor de sus puños apretados delató su furia. E irguiendo la espalda, se dirigió al chico con la formalidad requerida.

—Transmite mi agradecimiento a mi padre —dijo—, e infórmale de que no será necesaria la participación del magistrado. Tendrá su dinero a final de mes, lo juro.

—Sí, mi dona. —El chico se inclinó mientras el alivio inundaba sus rasgos.

—Puedes marcharte —dijo ella, con una voz que se había vuelto de frío acero.

El mensajero se levantó el sombrero y empezó a poner pies en polvorosa.

—Ah, y... ¿chico?

El joven se volvió, casi encogido, con las cejas alzadas.

—Eh... ¿Sí, mi dona?

Leona pasó la mano por la nueva armadura de Mia y sus dedos se quedaron en la empuñadura de la daga.

—Por favor, transmite a mi padre mi pésame por la muerte de su campeona. Dile que ardo en deseos de ver a mi Cuervo destrozar a su próxima ofrenda en Tumba de Dioses.

—S-sí, mi dona —farfulló el chico, y se escabulló a toda prisa.

El silencio reinó en el patio, interrumpido solo por los lejanos graznidos de las gaviotas y la suave canción del mar. Leona caminó por la arena, recogió la

botella de vino dorado y la sostuvo en la mano, fijando la mirada en el marbete. Luego miró a sus gladiatii, con la ira tiñéndole de rojo las mejillas. Con lo mucho que habían luchado, con lo lejos que habían llegado e, incluso entonces, al borde de la victoria, se cernía sobre ellos el desastre. En nombre de las Hijas, ¿de dónde iba a sacar tanto dinero?

—Volved al entrenamiento, mis Halcones —ordenó—. Tenemos trabajo que hacer.

Los gladiatii regresaron a los estantes y cogieron sus armas de práctica.

La dona dio media vuelta y regresó hacia el fuerte.

Arkades la miró mientras se marchaba.

Tenía los ojos entrecerrados.

Las manos hechas puños.

Leona estaba sentada en su estudio, encorvada sobre los libros de cuentas, bañada en la luz de los soles que dejaba entrar la ventana en voladizo. Las sombras eran largas y oscuras y, si una que había debajo de la mesa tenía alguna forma concreta, la dona estaba demasiado concentrada en su trabajo para fijarse.

Un guardia llamó flojito a la puerta y esperó a que la dona le diera permiso para entrar.

—Mi dona —dijo el guardia—, el *executus* suplica hablar con vos.

—Que pase —respondió Leona.

Entró Arkades, clin tump, clin tump, y el guardia cerró la puerta al salir. La mirada de Leona no se apartó de sus libros, pluma en mano, apuntando cifras con caligrafía clara y fluida. El Albari del setenta y cuatro estaba en el escritorio a su lado, sin abrir. Arkades llegó delante de ella, miró la botella y cambió el peso de pierna.

—¿Qué ocurre, *executus*? —preguntó la dona, sin alzar la vista.

—Yo... quería ver si estabais bien, *domina*.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—La misiva de vuestro padre...

Leona se quedó quieta y por fin miró a Arkades.

—Creo que el regalo ha sido un detalle encantador. —La dona desvió una fugaz mirada hacia la botella que tenía al lado—. Me sorprende que haya recordado la añada.

—Sabía que era el más cruel de entre los hombres, pero... —susurró Arkades, con la voz teñida de tristeza—. Vuestra madre era una buena mujer, mi dona. No merecáis tal insulto. Y ella no merecía lo que él le hizo.

—La golpeó hasta matarla con una botella de vino dorado, Arkades —dijo Leona con una voz que empezaba a flaquear—, solo porque volcó la copa de la que él estaba bebiendo en la cena. ¿Se puede saber quién merece eso?

El *executus* estudió los tablones del suelo como si buscara en ellos las palabras adecuadas. Quizá fuese un dios sobre la arena, pero allí, en la intimidad de los aposentos de la dona, sometido a su mirada azul claro, parecía tan indefenso como un recién nacido.

—Si alguna vez... —Se detuvo y tragó saliva. Respiró hondo, como si estuviera a punto de zambullirse—. Si alguna vez buscáis consuelo... Quiero decir, si algún giro queréis hablar...

Leona ladeó la cabeza y miró a su *executus* a los ojos.

—Eres muy amable, Arkades, pero no creo que resultara apropiado.

Él miró por la ventana hacia el patio, hacia la enfermería donde yacía Furiano.

—¿Apropiado? —repitió.

—Ya no soy la niña que pasó su infancia de puntillas, por miedo a lo siguiente que podría desatar al monstruo con quien vivía. Ya no soy la chica

que se encogió debajo de aquella mesa mientras la botella caía una y otra y otra vez. Soy una sanguila. Soy la *domina* de este *collegium*. Tú eres mi *executus*. Y el teatrillo barato de mi padre solo ha servido para una cosa: para reforzar mi determinación de alzarme victoriosa en Tumba de Dioses.

Arkades se la quedó mirando, el dolor y la rabia evidentes en sus facciones.

—No necesito consuelo —añadió Leona, con un destello de rabia en los ojos—. Necesito ver a ese hijo de puta arrodillado. Si anhelas servirme, Arkades, te ruego que te apliques en la vertiente por la que te pago. Procúrame la victoria.

Leona volvió a encorvarse sobre sus libros de cuentas y apoyó la cabeza en una mano.

—Puedes marcharte —dijo.

Arkades se quedó quieto durante un vacío momento, callado como un muerto. Pero después...

—Vuestro susurro —murmuró—, mi voluntad.

El hombretón dio media vuelta, salió renqueando de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Leona soltó la pluma en el momento en que Arkades se hubo marchado. Apretó los labios e inhaló una temblorosa bocanada de aire tras otra. Se pasó la mano por los ojos, enfurecida.

Derrotadas sus lágrimas, volvió la mirada hacia la botella que reposaba en su escritorio. La luz de los soles se reflejó en el cristal. En el marbete pintado de rojo sangre.

Leona dejó caer la cabeza y un caoba ondulado le ocultó los ojos.

—Padre —escupió.

Alguien llamó a la puerta.

—Por las Cuatro Hijas, ¿quién es ahora? —preguntó con brusquedad.

—Disculpas, mi dona —dijo el guardia, asomando la cabeza al interior—. La *magistrae* solicita audiencia.

Leona suspiró y se apartó el pelo de la cara.

—Muy bien.

La mujer entró y cerró la puerta. Leona tenía la espalda recta en su silla y la pluma en la mano; era el vivo retrato de la compostura. Su *magistrae* llegó hasta el escritorio retorciéndose la larga trenza de cabello canoso e hizo una inclinación.

—¿Qué ocurre, Anthea?

—*Domina*, sabes que siempre te he servido fielmente. —La inquietud brilló en los ojos de la *magistrae* cuando miró aquella botella de vino dorado—. Y que jamás pretendería verte sufrir.

—Por supuesto.

—Sé que tu padre presiona con las finanzas. No querría cargarte con un problema más. Estaba indecisa sobre si contarte esto o no, pero...

—Anthea —dijo Leona en tono calmado—, ve al grano.

—Es Arkades, *domina*.

Leona miró hacia la puerta por la que acababa de salir su *executus*.

—¿Qué pasa con él?

—Lo sabe.

Leona dejó la pluma y se reclinó en la silla con el ceño fruncido.

—Sabe ¿qué?

—Leona —dijo la *magistrae*—, lo sabe.

Mia estaba sentada en la enfermería, escuchando los vientos de la nuncanoché que llegaban desde el océano. El descenso de temperatura era un alivio más que bienvenido, pero no bastaba para dejarla respirar con calma. Al escrutar antes el horizonte, le había parecido alcanzar a ver el tercer sol,

situado en el fin del mundo. No tardaría en alzarse y daría comienzo la veroluz: un calor insoportable, multitudes vibrantes y mares y mares de sangre.

Los sonidos de los demás gladiatii en la tardera se filtraban por las paredes de piedra, y Mia oyó a Carnicero protestar por la calidad del «estofado» de Dedo. Provocando los aullidos y los vítores de sus compañeros, el escuálido cocinero sugirió a gritos al Carnicero de Amai dónde podía meterse dicho estofado si no le gustaba.[43]

La sonrisa de Mia se crispó cuando Larva le embadurnó la mejilla con aloe y siemprementa, que le escocieron un poco en la herida. Larva asintió para sí misma, envolvió el rostro de Mia con una venda nueva y la ató con suavidad.

—Está sanando bien —dijo—. La próxima vez ya no te la vendaré.

—Sí —respondió Mia—. Muchas gracias.

—Alegra esa cara, Cuervo —dijo una voz adormecida detrás de ella—. Por muy bonita que fueses, no eres una verdadera gladiatii hasta que te ganas unas pocas cicatrices.

Mia se volvió hacia Cantahojas, que bostezaba y estaba incorporándose en la losa que tenía al lado.

—Bueno, si eso es cierto, eres la gladiatii más verdadera que ha hollado jamás la arena, Cantahojas —dijo Mia con una sonrisa.

—Sí. —La mujer le devolvió el gesto. Alzó su brazo de la espada, que seguía vendado—. Esto va a ser una auténtica hermosura, te lo garantizo.

—¿Puedes moverlo ya? —preguntó Mia en voz baja.

Cantahojas miró a Larva y negó con la cabeza.

—Aún es pronto —dijo la chica—. Demasiado para saberlo con seguridad.

Mia y la dweymeri cruzaron una mirada incómoda, pero no dijeron nada. Dedo entró arrastrando los pies en la enfermería, cargado con cuatro cuencos humeantes en una bandeja de madera. Mientras la dejaba con una floritura,

Mia miró al cocinero de arriba abajo, preguntándose los trozos de cuánta gente habría empleado esa vez en su creación.

—La tardera —dijo Dedo—. Comedla, que se enfría.

—Exquisita. —Larva sonrió—. Gracias, Dedo.

El hombre removió el pelo de la chica y se marchó. Mia enarcó una ceja.

—¿Exquisita? —dijo cuando el cocinero ya no podía oírla—. De todas las palabras que existen, la última que usaría para describir la cocina de Dedo es «exquisita», Larva.

—Depende de cómo te criaras. —La chica se encogió de hombros—. Cuando has comido rata cruda usando solo las manos, te vuelves mucho menos quisquillosa con la cocina, créeme.

Mia asintió y se chupó el labio. De nuevo se sorprendió por lo mucho que aquella niña le recordaba a sí misma. Había crecido valiente y atrevida, igual que la propia Mia después de que le arrebataran a sus padres. No tenía miedo de decir lo que pensaba. Quizá era un poco demasiado lista para su propio bien. Mia sabía que no debería. Sabía que era una debilidad.

Pero a Mia le caía bien.

—Bien dicho. —Sonrió—. Mis disculpas.

—¿Quieres un plato o no?

—Trae para acá.

Larva pasó un cuenco a Mia y miró a su segunda paciente con una ceja alzada.

—¿Cantahojas?

La mujer dejó el plato a su lado, en la losa. Mia la vio dar una cuidadosa cucharada con la mano que no tenía herida. Se preguntó qué sería de ella si no recuperaba el uso de su brazo de la espada. ¿Con qué velocidad se libraría el mundo de una gladiatii que no podía alzar un arma?

Colmillo entró en la enfermería, miró el cuenco de Mia y movió la cola,

esperanzado. Mia se agachó y le rascó las orejas, pero se guardó la tardera para ella.

—¿Cómo está Furiano? —preguntó.

Larva señaló con la cabeza al Invicto y habló con la boca llena.

—Échale un vistazo.

Mia dejó el cuenco y se levantó con un gesto de dolor. Aún tenía molestias en las costillas, y ningún remedio podía ser tan efectivo como moverlas lo menos posible. Se acercó a la figura durmiente de Furiano y sintió cómo temblaba su sombra, cómo despertaba en su barriga una conocida hambre que no tenía nada que ver con la comida que la estaba esperando.

Lo cierto era que el Invicto tenía un aspecto un poco mejor. Su rostro estaba recuperando el color y, al tocarle la frente, Mia notó que le había bajado la fiebre. Crispada por la agitación, retiró los vendajes para ver cómo iban las heridas. Seguían siendo espantosas, de aquello no cabía duda. El veneno de la sedosa le había quemado el músculo y la piel del pecho y el cuello. Pero en vez del desastre podrido y supurante que había visto la última vez, las heridas estaban limpias, saludables, rosadas. Ver las larvas gordas retorciéndose por las fisuras en la piel de Furiano todavía provocó náuseas a Mia, y no olía precisamente a rosas. Pero alabada fuese la Negra Madre, la carne corrompida casi había desaparecido del todo.

—Es increíble —musitó Cantahojas.

—Es asqueroso —dijo Mia.

Conteniendo las arcadas, Mia terminó cediendo su cuenco de estofado a Colmillo, que dio un grave ladrido y empezó a engullirlo con deleite.

—Pero sí, es increíble —reconoció Mia—. Buen trabajo, Larva.

La chica meneó la cuchara de madera como el cetro de una reina.

—Sois muy amable, mi dona, muy amable.

—¿Qué viene ahora?

—Esto es más arte que ciencia, ¿vale? —respondió Larva, limpiándose la nariz con el brazo—. Creo que en unos pocos giros podremos quitarle las larvas. Mi madre me dijo que las ahogara en vinagre caliente, pero me da pena después del trabajo que han hecho. Luego mantenemos las heridas limpias, aplicamos ungüento y a él lo tenemos dormido. La fiebre aún oscila, y si tenemos mala suerte la infección podría volver. Le falta mucho para salir del desierto, pero, entre nosotras, tiene unas posibilidades bastante decentes.

—¿Podrá luchar en el Magni? —preguntó Cantahojas.

—Poco a poco —dijo la niña—. Tampoco hago milagros.

—Pues a mí esto me parece un milagro. —Mia negó con la cabeza, admirada, y sonrió a la chica—. ¿Y todo esto te lo enseñó tu madre?

—Sí. Y podría haberme enseñado más, si hubiera tenido tiempo. A veces pienso en cuántos conocimientos se llevó a la tumba.

—Sí. —Mia suspiró—. Te comprendo.

Larva pasó la cuchara por los bordes del cuenco y se chupó el labio.

—Es curioso, pero estaba pensando... que cuando sacas a una persona del mundo, no solo la sacas a ella, ¿verdad? También estás sacando todo lo que fue. —La niña escrutó el rostro de Cantahojas—. ¿Alguna vez piensas en eso, cuando matas a alguien en el estadio?

—No —dijo la mujer—. Por ese camino acecha la locura.

—Entonces, ¿en qué piensas? —preguntó Larva, dando otra cucharada.

—Yo pienso que mejor ellos que yo —respondió Cantahojas.

La chica se volvió hacia Mia y habló con la boca llena.

—¿Y tú qué, Cuervo? ¿Piensas en las cosas que te estás llevando?

Mia separó los labios, pero no encontró palabras que decir.

La verdad era que sí pensaba en aquellos a quienes daba fin. Cada vez más, por lo que parecía. Los Luminatii que había matado en el Monte Apacible podía justificarlos sin problemas. Pero ¿y todos los que llegaron después? ¿Y

el hijo del senador y el magistrado a los que había asesinado sin saber que era por orden de Scaeva? ¿Y los hombres del Agujero en los Jardines Colgantes? ¿Y los gladiatii a los que había matado en la arena? En cierto modo, todos ellos le habían allanado el camino hasta donde estaba, a pocas semanas de las gargantas del cónsul y el cardenal. Pero ¿de verdad podía considerar que eso la absolvía?

—Creo que el fin justifica los medios —respondió—, siempre que ese fin no sea el mío.

—¿De verdad crees eso?

—Tengo que creerlo.

—En fin. —Larva le dedicó una sonrisa triste—. Mejor tú que yo.

Colmillo gimió y lamió los dedos de Mia con su lengua plana y rosada.

—Lo siento, chico —dijo ella, arrodillándose para rascar la barbilla del perro—. Ya te lo has comido todo. Me extraña que tengas sitio para más.

El mastín gimió de nuevo, esa vez con más fuerza, y se lamió el hocico. Lo restregó contra la mano de Mia y luego caminó trazando un pequeño círculo con su muñón de rabo entre las piernas. Se sentó y dio como una tos, parecida a la de un gato al escupir una bola de pelo. Y mirando a Mia con sus grandes ojos marrones, el perro tosió una sangre roja brillante que salpicó todo el suelo.

—Por los dientes de las Fauces —maldijo Mia, apartándose.

El cuenco de estofado de Larva cayó de entre sus manos y derramó su contenido sobre la piedra.

—Cuervo...

Mia alzó la mirada y vio un hilillo de sangre escapar de entre los labios de la chica.

—No me encuentro bi-bien... —susurró Larva.

—Ay, mierda —dijo Mia.

Larva cayó de la losa y tosió sangre. Mia corrió junto a ella y la atrapó antes de que llegara al suelo. Miró a Cantahojas y vio que estaba limpiándose los labios y que sus nudillos salían rojos. La dweymeri se agarró la tripa y tosió sangre por la piedra.

Mia miró a Colmillo, acurrucado en un charco rojo.

El cuenco vacío del que el perro se había comido la tardera de Mia...

—Ay, mierda.

«Veneno.»

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayuda!

Oyó chillidos de dolor procedentes del porche, palabrotas perplejas, toses rasposas. Cogió a Larva en brazos, la llevó con paso poco firme a la puerta de la enfermería y vio que todos los gladiatii del *collegium* estaban de rodillas o tumbados con la boca y las manos manchadas de sangre, los cuencos de estofado dispersos por las mesas y el suelo. Larva gimoteó y tosió más sangre en el pecho de Mia. Un anonadado Dedo miraba la carnicería con los ojos muy abiertos, y había también varios guardias perplejos.

—¡No os quedéis ahí plantados! ¡Ayudadme, joder! —bramó Mia.

Dedo vio a Larva en brazos de Mia y fue a su lado. En algún lugar de la casa, alguien empezó a hacer tañer la alarma. Entre Mia y Dedo llevaron de vuelta a Larva al interior de la enfermería y la tumbaron en una losa. Cantahojas se había desmayado y le salía sangre por la boca. Mia recorrió la estancia con la mirada, pensando a toda velocidad. Se arrodilló junto al cuenco de Larva, metió un dedo en el estofado, lo saboreó y escupió. Por debajo de las especias, había notado un amargor, un regusto metálico. Con la mente en llamas, repasando todos los conocimientos que la habían convertido en la alumna favorita de Mataarañas, repitió los cuatro principios de las toxinas.

«Inoculación: ingesta.»

«Eficacia: letal.»

«Celeridad: cinco minutos o menos.»

«Localización: estómago e intestinos.»

Los ojos de Mia se ensancharon al llegar la respuesta de golpe a su mente.

—Es elegía —dijo volviéndose hacia Dedo.

—¿Estás...?

—Sí, estoy segura, joder. ¿Tienes leche de vaca en la cocina? ¿O nata?

—Tengo leche de cabra para el té de la dona.

—Ponla a hervir. Toda. Ya.

—Pero...

—¡Ya, Dedo!

El cocinero se marchó tambaleándose y Mia empezó a buscar entre los frascos y viales de Larva. La elegía era un veneno mortal, bastante difícil de preparar a menos que una supiera lo que hacía. Pero era de las primeras toxinas que Mercurio le había enseñado a crear y, aunque el antídoto no era muy conocido, era un envenenamiento bastante fácil de contrarrestar para una hoja de Nuestra Señora del Bendito Asesinato. Agradeciendo que la dona hubiera permitido a Larva reponer sus suministros, Mia saqueó los estantes y cogió los ingredientes que necesitaba.

«Hierbadestello. Tuercema. Cardo lecher...»

—Por las Cuatro Hijas.

Mia se volvió y vio a la dona Leona en camión, de pie frente a la puerta de la enfermería. A su lado estaba la *magistrae*, horrorizada. La alarma seguía tañendo.

—En nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿qué...? —dijo Leona con un hilo de voz.

—Veneno —la interrumpió Mia—. Elegía, mezclada en la tardera. No nos queda mucho tiempo y no encuentro el puto nitrato de plata. ¿Tenéis un espejo?

La mirada de la dona estaba clavada en la cara de Larva, en la sangre que le caía de los labios.

—¡Leona! —gritó Mia—. ¿Tienes un espejo?

La mujer parpadeó y miró a Mia.

—Eh... sí.

—Llévalo a la cocina. ¡Ya! —Se volvió hacia los guardias que había junto a la señora de la casa—. Tú, lleva a Larva. Vosotros dos, a Cantahojas. ¡Deprisa!

—¡Haced lo que dice! —ladró Leona.

Mia reunió su cargamento de viales y frascos y corrió por el patio seguida de los guardias, mientras Leona iba a toda prisa hacia su dormitorio. Oyó que Larva tosía otra vez, y Cantahojas estaba gimiendo. El porche parecía un campo de batalla, atestado de gladiatii tendidos en charcos de sangre. Despiertaolas estaba bocabajo, Bryn apoyada en una mesa con densos chorros de sangre y moco derramándose de entre sus labios, Sidonio tumbado de espaldas. El *executus* estaba de pie en el centro de la carnicería, mirando con horrorizados ojos muy abiertos.

—¡Arkades, pon a Sidonio de costado! —gritó Mia al pasar corriendo—. ¡Que nadie se quede bocarriba, o se ahogará con su propia sangre!

En la cocina, Dedo estaba inclinado sobre un gran caldero, removiendo la humeante leche que contenía. Mia lo empujó a un lado y empezó a añadir sus ingredientes, midiéndolos con meticulosidad a pesar de las prisas. No podía perder ni un segundo, pues a cada instante Larva y los demás estaban más cerca de la muerte. Pero como siempre, el pasajero de su sombra le mantenía los nervios de acero y las manos firmes. Primera regla de los venenos: un antídoto mal mezclado era tan malo como ningún antídoto.

Los guardias depositaron a Larva en la mesa de la cocina, detrás de ella. La chica, pálida como un cadáver, gimió y soltó otro chorro de sangre.

—¡Despejadle la garganta! ¡Tiene que respirar!

Sudor en los ojos. Un latido atronador bajo la piel. Larva tosió otra vez y le explotó una burbuja de brillante rojo en los labios.

—Larva, sigue respirando, ¿me oyes?

Leona llegó con el gran espejo ovalado de la pared de su dormitorio.

—¿Este servi...?

Mia se lo arrebató, cogió un cuchillo de cocina y le sacó el marco. Llevó la hoja a la parte trasera del espejo y empezó a raspar con ahínco la capa reflectora de nitrato de plata, dejando caer brillantes copos de metal a la mesa. Larva tosió otra vez y la cabeza le osciló sobre los hombros como si tuviera el cuello roto.

—¡Cuervo, ha dejado de respirar! —exclamó la *magistrae*.

—¡Larva, no te me mueras! —gritó Mia por encima del hombro.

Recogió los copos de nitrato y los trituró en un mortero. Volvió a apartar a Dedo y añadió el polvo al preparado que hervía en el fogón, llenando el aire de un olor a metal quemado. Miró hacia atrás y vio que Larva estaba teniendo espasmos en brazos de Leona. Escaparon de labios de Mia plegarias a la Negra Madre, a las Cuatro Hijas, a quienquiera que estuviera escuchándola.

—Por favor —susurró—. Por favor, por favor, por favor...

El bebedizo estaba listo. Mia puso una buena dosis en una taza de arcilla y se volvió hacia Larva. Estaba blanquecina como la muerte, quieta como una represa de molino. La dona tenía los ojos como platos y el camisón y las manos manchados de la sangre de la chica.

—Da una taza a cada afectado —ordenó Mia a Dedo—. Primero a los que estén inconscientes. Que se beban al menos tres tragos, y llévate un embudo por si lo necesitas. ¡Venga, venga!

Mia sacó a Larva de entre los brazos de Leona, respirando deprisa. Tumbó a la chica bocarriba, limpió la espuma sanguinolenta de sus labios y le abrió

la boca. Sosteniendo la taza con manos seguras, vertió una dosis generosa en su boca.

—Trágate, cariño —susurró, masajeándole la garganta—. Traga.

Larva no la escuchaba. Y desde luego, no estaba tragando. Mia tiró de ella para incorporarla y el antídoto cayó de entre los labios de la niña. Leona y la *magistrae* ayudaron a sostener erguida a Larva y Mia le echó la cabeza hacia atrás y vertió más bebedizo en su boca abierta.

—Traga, Larva —suplicó—, por favor.

Mia frotó el cuello de la chica y la sacudió con suavidad. Larva no respondía, no se movía, no respiraba. Colgaba laxa de sus brazos como una muñeca rota. La hoja que había en Mia ya había visto antes todo aquello. Pero la chica que también era, la que miraba a Larva y veía un tenue reflejo de sí misma, se negaba a creerlo. Rezó pidiendo un milagro, como en los libros que leía de pequeña. Rogó que llegara algún príncipe en su corcel plateado y despertara a Larva con un beso. Que llegara alguna anciana hada con los bolsillos llenos de magia y deseos para conceder.

Mia notó cálidas lágrimas en los ojos, un peso abrumador en los hombros. En su tripa estaba cobrando fuerza un chillido, pero la voz le salió como un susurro.

—Por favor, cariño.

«Es curioso que cuando sacas a una persona del mundo, no solo la sacas a ella, ¿verdad?»

Leona miró a Mia con los ojos desorbitados por la conmoción y lágrimas surcándole las mejillas.

—¿Cuervo?

«También estás sacando todo lo que fue.»

—Por favor —rogó Mia.

«¿Alguna vez piensas en eso?»

La taza cayó de los dedos de Mia y se hizo añicos contra el suelo.
«¿Alguna vez piensas en eso?»

CAPÍTULO 27

AMPUTACIÓN

Mia no recordaba la última vez que había llorado de verdad.

Había vertido unas lágrimas aquí y allá por el camino, pero nunca había sentido una aflicción del tipo primordial, del que arranca los sollozos, sacude hasta los huesos y deja vacío por dentro. No había llorado cuando fracasó en su iniciación. No había llorado cuando Ashlimm asesinó a Tric. No había llorado cuando el Sacerdocio ofició una misa discreta y enterró el recuerdo del chico en una tumba vacía del Salón de las Elegías.

El caso es que no se le daba muy bien el duelo.

Mia prefería la rabia.

Estaba en la enfermería frente al cuerpo sin vida de Larva, con el estómago atenazado de furia. Habían peinado a la chica y le habían limpiado la sangre de la cara. Parecía casi como si estuviese dormida. Otho yacía a su lado, igual de pacífico. El corpulento itreyano tenía los ojos cerrados, suavizadas las líneas de preocupación que le habían arrugado los rasgos cuando combatía en la arena.

Era un milagro que hubieran muerto solo dos de ellos, si es que la palabra «solo» tenía algún lugar en aquel pensamiento. Larva era demasiado pequeña y había consumido demasiada toxina, sin más. Otho era un hombre adulto y fuerte como un buey, pero había devorado su tardera y estaba repitiendo

cuando le empezó a hacer efecto; llegados a ese punto, ya era demasiado tarde. Habrían perecido más halcones —todos, de hecho— de no estar Mia allí. Supuso que quienquiera que hubiera envenenado la comida no contaba con que allí habría una asesina entrenada que prepararía el antídoto. El resultado había sido que la mayoría de los *gladiatii* sufrían diversos grados de hemorragias internas, pero el remedio que Mia había mezclado los había salvado a todos de la muerte.

O a casi todos.

Colmillo estaba tendido en una manta ensangrentada, sus ojos de perro cerrados para siempre. El *executus* casi se había echado a llorar cuando encontró al mastín aovillado sobre un charco de sangre en el suelo de la enfermería. Estaba sentado al lado de Colmillo, pasando una mano encallecida por el costado del perro. Le temblaban los dedos, Mia no podía estar segura de si de rabia o de pena.

—En nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿cómo ha podido suceder esto? —preguntó imperiosa Leona, mirando los cadáveres con los brazos en jarras.

—Muy sencillo —musitó Mia, sin que su mirada se apartara del cuerpo de Larva—. Alguien envenenó las cebollas de la despensa con elegía y luego Dedo las usó para hacer el estofado. La cebolla es porosa y actúa como una esponja. Y su olor y su sabor ayudan a ocultar los de la toxina. Es buen método de inoculación. El asesino sabía lo que se hacía.

Leona se volvió hacia Dedo. El cocinero tiritaba entre dos guardias que lo tenían aferrado por los brazos. El pelo lacio le caía sobre los ojos y todo su cuerpo se agitaba.

—¿Qué sabes tú de esto? —preguntó la dona.

—Na-nada, *domina* —respondió el cocinero—. ¡Yo os sirvo con lealtad!

—Cualquier serpiente sisearía eso mismo —escupió Leona.

Dedo negó con la cabeza y le tembló la voz al replicar:

—*Domina*, yo... Siempre me habéis dado un trato bueno y justo. No tengo motivos para perjudicar a vuestro rebaño. Y nunca le habría hecho daño a la chiquilla. Para mí era como de la familia. Le serví la tardera con mis propias manos. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y los labios de mocos al mirar el cuerpo inerte de Larva—. ¿Creéis que puedo tener la frialdad de mirarla a los ojos y sonreír mientras le... le doy el filo que va a matarla? —El pecho del hombre subió y bajo, su gesto torcido y surcado de lágrimas—. Nunca. Por Aquel que Todo lo Ve y todas sus Hijas, jamás.

Leona entornó los ojos, pero podía leerlo en la cara del hombre con la misma claridad que Mia. Su delgado cuerpo temblando. Sus ojos inundados de dolor. O bien Dedo era un actor digno del mejor teatro de la república o de verdad estaba desolado por la muerte de Larva.

—¿Quién tiene acceso a la despensa? —preguntó Leona.

Dedo se frotó los ojos y se sorbió la nariz.

—Cualquiera que haya entrado en el fuerte ha podido manipular las provisiones, *domina*. La despensa no se cierra con llave por la nuncanoches. Yo... habría tenido más cuidado, pero no tenía la menor pista de que viviera una serpiente entre nosotros.

—Ni yo —dijo Leona—. Pero he estado dando el pecho a una, de eso no cabe duda.

—La elegía no es fácil de preparar —dijo Mia—. Es peligrosa. Complicada. Pero en una ciudad tan grande como Reposo del Cuervo, seguro que hay alguna forma de comprarla, si se puede pagar.

—¿Y eso tú cómo lo sabes, exactamente? —gruñó Arkades.

—No he intentado ocultar nunca que sé de hierbas —replicó Mia—. La diferencia entre un remedio y un réquiem puede ser tan pequeña como media pizca. Pero ya que estamos haciendo recuento, mi comida también llevaba la toxina.

—Entonces, ¿cómo es que no te has envenenado igual que tus compañeros?

—Porque no me la he comido —espetó Mia.

—Es la segunda vez en otros tantos meses que esquivas una tardera sospechosa.

—¿Has mirado debajo de las vendas de Furiano? —preguntó Mia, brusca—. Da puto asco. Solo el olor ya quitaría el hambre a un perro costroso, así que no digamos ya la visión.

—¿Así que le has dado tu potingue a mi perro y te has quedado a verlo morir? ¿Y luego resulta que tenías los ingredientes necesarios para salvar la vida a tus compañeros?

Mia se volvió del todo hacia Arkades, con los dientes rechinando.

—¿Me acusas a mí de esto? ¿De envenenar a una niña de once años?

Arkades no le hizo caso y miró a Leona.

—Yo digo que si buscamos una serpiente entre nosotros, deberíamos empezar por quien más sabe de venenos, ¿no?

Entonces la ira se apoderó de Mia, refulgente y cegadora, y le hizo dar un paso hacia Arkades con los puños cerrados. El hombretón se levantó con sorprendente velocidad, hombros cuadrados, barbilla baja. Mia llegó a notar su gruñido retumbándole en el pecho.

—Inténtalo —dijo él—. Tú inténtalo.

—*Executus*, ya basta —restalló Leona—. Cuervo es campeona de este *collegium*. Ya se alza en la cima de la montaña. En nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿qué tenía que ganar envenenando a todos mis Halcones, y sobre todo a Larva?

—¿Qué tenía que ganar cualquiera? —preguntó la *magistrae*, recorriendo la estancia con la mirada—. Si buscamos al asesino, antes debemos averiguar sus motivos. ¿En qué beneficiaría esto a alguien?

—Beneficiaría a vuestro padre, *domina* —dijo Mia.

Leona negó con la cabeza.

—No se atrevería a...

—Pensadlo —insistió Mia—. Es dueño de todas vuestras deudas. Le debéis un dinero que, sencillamente, no tenéis. ¿Cómo compensabais antes vuestro déficit con los acreedores?

—Aún estoy haciendo cuentas —respondió Leona.

—Sí. —Mia asintió—. Pero incluso con el premio de Fuerteblanco, ¿se os ha ocurrido alguna forma de hacer aparecer por arte de magia más de tres mil monedas de plata, que no pase por vender al menos unos cuantos gladiatii al Pandemónium?

Leona miró a Arkades y luego a la *magistrae*.

—No —reconoció.

—En ese caso, ¿qué ocurre si todos vuestros gladiatii están muertos y no tenéis a nadie a quien vender?

—Que lo pierdo todo —dijo Leona—. El Venatus Magni. Este *collegium*. Todo.

—¿Vuestro padre es la clase de persona capaz de asesinar para salirse con la suya? ¿Sería tan difícil para un hombre rico sobornar a algún guardia vuestro? O quizá a alguien incluso más cercano a vos.

—Desgraciada impertinente —espetó Arkades—. ¿Qué estás insinuando?

—Solo que existen dos tipos de lealtad —repuso Mia—. La que se paga con amor y la que se paga con plata.

—*Domina*, esta...

Leona levantó la mano y cercenó la objeción de la *magistrae* a la altura de la rodilla. Se volvió hacia el capitán de su guardia y habló con voz fría e imperiosa.

—Cánico, quiero que se registren todos los dormitorios del fuerte. Todos los arcones, todos los armarios, todas las grietas de las paredes. Los guardias

y tú buscaréis de tres en tres, y nadie registrará sus propias pertenencias, ¿entendido?

El capitán se dio un puñetazo en el pecho.

—Sí, *domina*.

Cánico dio media vuelta, reunió a los demás guardias y marcharon todos por el patio. Con el semblante oscurecido, Arkades dedicó una última mirada a su perro asesinado, a la chica asesinada, y empezó a renquear tras ellos.

—¿Adónde vas, *executus*? —preguntó Leona.

—A ayudar en la búsqueda, *domina*.

—De ese asunto ya se encarga Cánico. Llévate a Dedo y reunid leña para una pira. —Lanzó una mirada fugaz al cuerpo de Larva—. Es mejor no dejarlos aquí con este calor. Deben enviarse al Hogar, y a los tiernos cuidados de la dama Keph.

Estudiando el ademán de Arkades, Mia vio que tenía las pupilas dilatadas, la respiración acelerada. Los síntomas de la reacción de lucha o huida.

—... *tiene miedo*... —llegó el susurro al oído de Mia.

Pero al final, como siempre, el *executus* se inclinó.

—Vuestro deseo, mi voluntad.

Mia nunca había olido un cuerpo mientras ardía.

Había olido la muerte, eso por supuesto. El nocivo hedor de los vientres desgarrados. El dulce y penetrante perfume de la descomposición. Pero hasta que salió al patio de Nido del Cuervo y oyó la madera seca chisporrotear y chasquear en contrapunto a la canción del mar, nunca había olido una pira funeraria. Había leído historias siendo niña, de amantes apenados o huérfanos que enviaban a sus seres queridos al más allá cabalgando un corcel de llamas. Tenía cierto romanticismo, había pensado. Era algo feroz, brillante, duradero.

Pero los libros nunca hablaban del olor. Del pelo quemado, la sangre bullente y la piel ennegrecida.

Era espantoso.

Habían tendido a Larva encima de la leña que habían llevado Arkades y Dedo, al lado de Otho. No era la mayor pira jamás creada, pero habían usado toda la leña que había en la cocina, apilada en ordenadas hileras hasta alcanzar el metro de altura. Los dos cuerpos estaban vestidos con sencillas ropas de algodón, sus rostros descubiertos hacia el cielo. La dona Leona pronunció unas quedas oraciones a Aquel que Todo lo Ve, de pie junto a los cadáveres. Les pusieron sendas coronas de flores sobre el pecho y una pequeña moneda de caoba debajo de la lengua.[44]

Y entonces, les prendieron fuego.

Casi todos los gladiatii contuvieron su dolor, pero Bryn sollozaba sin reparos. Era el segundo funeral al que asistía en una semana, y las heridas por la pérdida de su hermano se habían reabierto y volvían a sangrar. Sidonio fue el único otro gladiatii que dejó caer lágrimas, agitando aquellos hombros musculosos y enormes. Mia pensó en el enigma que representaba, en la marca de su pecho, en sus lascivas bufonadas, todo ello en contraste con el hombre que había hablado con tanta adoración de su padre y que había intentado consolarla en la oscuridad.

Las llamas crecieron y el humo se alzó hacia el cielo refulgente. El choque de olas distantes. El graznido de las gaviotas que volaban en círculos. La quejumbrosa plegaria a Aa de la dona Leona.

Una vez pronunciados los ritos, Leona agachó la cabeza y se apartó solemne de la pira. Mia la vio recorrer con paso trabajoso el patio, mientras le picaba por el humo el ojo que no llevaba vendado. Sabía que Leona era producto de la violencia con la que había crecido, que en el fondo las dos no eran tan diferentes. Si la infancia de Mia hubiera sido distinta, podría haber sido

perfectamente ella la señora de aquel fuerte. Pero una parte de ella no podía evitar culpar a la dona de lo que había ocurrido. Con solo que aquel *collegium* no existiera, con solo que a Larva no la hubieran vendido para ir allí...

«No. No tienes tiempo para los “con solo”.»

Leona entró en el porche en el momento en que el guardia al que había puesto al mando de la búsqueda regresaba desde el interior. Mia los miró de soslayo. Cánico hablaba en voz baja y amagando miradas hacia Arkades. Entregó lo que parecía ser una tela doblada a su ama, y el estómago de Mia dio un vuelco.

—¿Arkades? —dijo Leona, volviéndose hacia su *executus*.

El hombre apartó la mirada de la pira encendida. En sus ojos aún se veía el mismo miedo que Mia había percibido en la enfermería.

—¿Mi dona?

—Explica esto —dijo Leona extendiendo el brazo.

Entre sus dedos había una prenda de seda con ribetes de fino encaje.

Los gladiatii se giraron para mirar mientras la pira seguía llameando al fondo. Arkades miró a los guerreros a los que había entrenado y su expresión se oscureció. Parecía reacio a mirar a Leona a los ojos y su voz salió teñida de vergüenza.

—Mi dona, si pudiéramos hablar en privado...

—Lo han encontrado en tu habitación —dijo Leona—. Bajo tu colchón. Ahora entiendo esas ganas que tenías de ayudar a Cánico y sus hombres a buscar. Pero dime, noble Arkades, ¿cómo es que se ha hallado ropa interior mía entre tus posesiones?

—Mi dona, yo...

—¿Y qué es esto?

Leona alzó un pequeño vial de líquido claro, que brilló a la luz de los soles. Arkades parpadeó.

—No lo había visto en mi vida.

—Estaba envuelto en mi ropa interior. Oculto en tu pequeño escondrijo. ¿Es perfume, tal vez? ¿O un poco de licor para hacer más fáciles las nuncanoches? —Leona se volvió hacia Mia y sostuvo el vial en la palma de la mano—. ¿Cuervo?

Tras una mirada a Arkades, con la que vio hincharse el miedo en su interior, Mia cogió el vial de la mano de la dona. Le quitó el corcho, olió, metió un dedo, se lo llevó a la boca y escupió de inmediato, una vez, dos. Curvó los labios y miró a Leona.

—Es elegía, *domina*. No cabe duda.

La mirada furiosa de Leona hacia Arkades se empañó de lágrimas, le tembló el labio, su cuerpo entero se tensó de rabia.

—Tú.

El horror se acumuló en los ojos de Arkades.

—Mi dona, yo jamás podría...

—Entonces, ¿cómo es que estaba en tu habitación? —exigió saber Leona—. Y envuelto en la ropa interior que me robaste, nada menos. ¿O acaso niegas también saber nada de ella?

—No lo niego, la encon...

—¡Me conoces desde que era una niña, Arkades! Te tenía por un hombre de honor, que veía la justicia de mi causa. Creía que tu encaprichamiento era inofensivo, pero ahora comprendo que se tornó veneno ante mis ojos. —Agitó la seda delante de la cara del *executus*—. ¡Ahora veo de verdad lo que alberga tu corazón! ¡Ahora y solo ahora entiendo el motivo de que hayas caminado junto a mí todos estos años!

—¿Encaprichamiento? —Arkades había palidecido y tenía la voz quebrada.

—¿Cuánto te paga mi padre?

—¿Qué?

—¿Cuánto? —chilló ella—. Bien hacía en preguntarme por los leones que llevabas en el jubón, por la cabeza de león de tu bastón. Creía que era un simple homenaje al lugar donde habías estado y la persona que eras, ¡pero ahora veo que es la verdad! ¡Siempre fuiste su hombre! ¡Siempre!

La *magistrae* posó una mano suave en el hombro de su ama.

—*Domina*, por favor.

Leona gruñó y se zafó de la mujer.

—¿Acaso te prometió que me tendrías? ¿Que sería un trofeo roto más que esconder bajo tu colchón con el resto de tus trapos sucios? ¿Y envenenas mi rebaño y asesinas a una niña de once años para conseguirlo? ¿Después de lo que él le hizo a mi madre? ¿Me sonrías como una serpiente y me ofreces tu consuelo?

Las lágrimas relucieron en los ojos de Arkades.

—¿Me consideráis capaz de...?

—Te considero un mentiroso —dijo Leona con desdén—. Te considero un asesino. Te considero un viejo triste gobernado por su lujuria y por la condenada bebida y por el recuerdo de una gloria pasada que se torció y se pudrió. —Leona inhaló bocanadas entrecortadas entre dientes apretados—. Te considero, punto por punto, igual de hijo de puta que mi padre. Te quiero fuera de mi *collegium*.

—Leona, yo...

—¡Vete! —rugió ella—. ¡O juro por Aquel que Todo lo Ve y sus Cuatro Hijas que te mostraré la misma piedad que mostraste tú a la niña que arde en esa pira!

La mujer se quedó temblorosa, con lágrimas cayéndole por las mejillas. Pero tenía la mandíbula apretada y los dientes expuestos en un gesto feroz. Arkades estaba descompuesto, como un espejo roto, casi resollando, pálido.

Al mirar a los gladiatii halló solo desprecio y rabia. Se volvió de nuevo hacia Leona con dolor en los ojos y una última y desesperada súplica en los labios.

—Por favor...

—¡VETE! —chilló Leona, abalanzándose sobre él y haciendo aspavientos con los puños. Raspándole la cara, arañándole los ojos—. ¡VETE! ¡VETE!

Arkades retrocedió a trompicones y la *magistrae* apartó de él a Leona, que se revolvía y no dejaba de chillar. Los guardias se acercaron para separarlos, con las manos en las espadas y mirando furibundos al *executus*. Cánico le puso una mano en el pecho y lo empujó más atrás, con una advertencia clara en sus facciones. Saltaba a la vista que el capitán no deseaba desenfundar su arma, pero los deseos de su ama estaban claros y el olor de la niña que ardía pendía pesado en el aire.

Arkades recorrió el patio con la mirada y no encontró amigos. Se le anegaron los ojos de lágrimas. Abrió la boca para hablar pero no halló palabras que lo salvaran. Buscó en las caras de sus expupilos y no encontró a ninguno dispuesto a poner la mano en el fuego por él. Mia vio las palabras que se agitaban tras los dientes de Arkades, pero al mirar a Leona a los ojos distinguió solo odio y rabia. Y sin más opciones viables, dio media vuelta y empezó a renquear hacia el portón.

—¡Llévate esto! —gritó Leona, y le tiró la ropa interior a la espalda—. ¡Espero que te consuele en la nuncanoché!

El *executus* se detuvo y echó la vista atrás. Pero sin abrir la boca, agachó la cabeza y se limitó a seguir andando. Mia lo vio marcharse, sin saber muy bien qué pensar. Los celos podían llevar a un hombre a actos extremos, y era cierto que Arkades seguía llevando los leones de su antiguo amo en el pecho. Descubrir que la mujer a la que tan evidentemente amaba estaba acostándose con Furiano debía de haber sido un duro golpe para él, y el amor puede

convertirse en cáncer cuando se diluye con la traición. Pero a una parte de Mia le costaba creer que Arkades fuese capaz de una traición tan vil a Leona.

Apoyada en su *magistrae*, la dona abandonó el patio, todavía sollozando. Mia volvió a mirar la pira y vio que las llamas se elevaban más hacia el cielo. El calor le acarició la piel. El humo le besó la lengua. Había mucho en juego. Estaba muy cerca del final. Tenía mucho que arriesgar antes de llegar a él, y muchísimas ganas de alcanzarlo.

No podía esperar a que todo aquello terminara.

—Adiós, Larva —susurró—. Te echaré de menos.

Y siguió sin poder recordar la última vez que había llorado.

Del baño salían volutas de vapor y el agua casi le escaldó la piel. Mia se hundió con un suspiro y el calor alivió el dolor de sus costillas. Bajo la superficie, intentó acallar sus pensamientos, silenciar sus dudas y su rabia y disfrutar de un momento de calma. Solo por un segundo. Por un instante.

Bryn entró en los baños caminando como una sonámbula. Tenía los ojos inyectados en sangre, las mejillas enrojecidas. Sin mirar a Mia, se desnudó y se introdujo en el agua, que se le llevó las lágrimas de la piel. Se quedó sumergida casi un momento de más y Mia estaba a punto de ir a sacarla cuando Bryn por fin emergió, con el rostro rodeado de húmedo rubio. La chica flotó hacia una esquina y se quedó quieta como una piedra, como una estatua, como un cadáver, contemplando las ondulaciones de la superficie sin decir nada en absoluto.

—Un giro duro —dijo Mia.

—Sí —musitó Bryn.

—La *domina* ha hecho bien el servicio.

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

Bryn alzó la mirada un momento y sus ojos empezaron a enfocarse.

—¿Tú cómo crees? —susurró.

Mia agachó la cabeza y miró el vapor arremolinado.

—Ya.

Despiertaolas entró con paso pesado en los baños y se desató la tela de la cintura. Mia no recordaba ni un solo giro en el que se hubieran bañado juntos y el grandullón no le hubiera regalado una canción, pero Despiertaolas no entonó ni una sola nota esa vez. Su silencio, tan poco propio, impregnó el aire y llenó de pena el pecho de Mia. Pensó en la pelea de agua que habían librado, allí mismo, con Byern, hacía solo unas semanas. Pensó en la niñita que había ardido en la pira y en todo lo que se había perdido con ella.

«Estas personas no son tu familia, ni tus...»

—¡Por las Cuatro putas Hijas!

Mia vio a Sidonio pasar a zancadas entre los guardias apostados en la entrada de los baños. Cerró la puerta a su espalda, se desnudó y se metió en el agua, con los ojos como platos, respirando deprisa.

—Pareces alterado —dijo Despiertaolas.

—De parecer, nada, hermano.

—¿Qué sucede?

—Nuestra puta *domina* —gruñó el enorme itreyano—. Me lo acaba de decir Milaini, una chavala del servicio. Leona ha enviado misiva al cabrón de Varrón Caito para invitarlo a la tardera mañana.

—¿Para qué quiere sentarse a la mesa con un tratante de carne? —preguntó Despiertaolas.

—¿Tú para qué crees? Porque planea vendernos al Pandemónium —dijo Sidonio bruscamente—. Ya tiene escrita una lista, parece ser. Milaini la ha visto en su mesa.

—¿Quién está en esa lista? —preguntó Mia.

—Bryn, para empezar —dijo Sid, con un gesto de la cabeza hacia la vaaniana.

Bryn parpadeó, como si aquello fuese lo primero que oía de la conversación.

—¿La *domina* quiere venderme a Varrón Caito?

—Necesita dinero —gruñó Sidonio—. No puede permitirse comprar otro auriga para formar un nuevo equipo de *equillai*. Pero después del espectáculo que diste en Fuerteblanco, sacaré una fortuna por ti.

—¿Quién más? —preguntó Despiertaolas, malcarado.

—Cantahojas —escupió Sidonio—. Félix. Albano. Carnicero. Y yo.

—¿Va a vender a Cantahojas? —dijo Mia entre dientes.

—Va a vender a cualquiera a quien le lata el puto corazón —respondió Sid—. Necesita tres mil sacerdotes de plata y lo está apostando todo a que tú ganes el Venatus Magni, Cuervo. Todos los demás solo somos sacos llenos de monedas para ella.

Bryn negó con la cabeza y susurró:

—Mierda.

—¿Es lo único que tienes que decir? —siseó Sidonio, incrédulo.

—¿Y qué otra cosa quieres que diga? —gruñó la chica.

—Que no vas a dejarte vender como escoria para morir en el Pandemónium —dijo Sidonio con voz gutural—. Porque, por las Cuatro putas Hijas, yo no pienso dejarme.

—¿Y qué elección tenemos?

Sid echó una mirada fugaz a la puerta cerrada y bajó más la voz.

—Siempre queda otra opción —dijo.

Mia tuvo un escalofrío al mirar a Sid a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que el *executus* se ha ido, y su látigo con él —respondió Sidonio—. A que esos guardias de ahí fuera son más blandos que la mierda de bebé y nosotros somos gladiatii de pleno derecho. Podríamos matarlos a palos con las espadas de entrenamiento, si nos lo propusiéramos. Y más contando con el factor sorpresa.

Despiertaolas frunció el ceño y se rascó la barbilla.

—Sí —musitó—, es verdad que podríamos.

Los ojos de Bryn se ensancharon y su voz salió como un furioso bisbiseo.

—¿Estás hablando de rebelión? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Quieres terminar ejecutado en el Magni?

—¿Y tú prefieres morir en el Pandemónium? —contraatacó Sidonio—. Porque, por si no te has dado cuenta, hermana, esta casa se está derrumbando a nuestro puto alrededor. Yo tengo intención de abandonarla antes de que se caiga el techo.

—Esto no está bien —convino Despiertaolas—. Cantahojas luchó con honor. Cuervo sería la primera en admitir que no se habría alzado victoriosa contra la Exiliada de no ser por ella, ¿verdad?

Mia asintió despacio.

—Verdad.

—¿Y ahora van a venderla como carne? ¿Porque tiene destrozado el brazo de la espada? —El itreyano miró a Bryn—. Tu hermano entregó su vida por esta casa, ¿y así es como Leona honra ese sacrificio? ¿Colocando a su hermana con ese hijo de puta de Varrón Caito? No pienso tolerarlo —espetó Sid—. No puedo. No lo haré.

Despiertaolas miró a Sidonio y meneó la cabeza.

—Ni yo.

Mia se lamió los labios y habló en voz baja.

—Esperad.

Los tres gladiatii la miraron, esperando a que siguiera hablando. Después de sus actuaciones en la arena, no había ni uno solo de ellos que no le guardara respeto. Y aunque ella comprendía lo injusto que era aquello, aunque sabía que, de estar en su posición, casi con toda certeza estaría empleando los mismos argumentos...

Si los gladiatii del *collegium* de Remo se rebelaban, no podría llegar al Venatus Magni. No podría cobrarse su venganza. Si los ayudaba, en el mejor de los casos sería una fugitiva en una república donde tales actos de rebeldía se castigaban con brutalidad. En el peor, sencillamente la matarían en el intento. Y si no participaba pero permitía que ocurriera, lo más probable era que los Administratii la crucificaran de todos modos por pertenecer a una casa rebelada.

Pero quedarse parada sin hacer nada mientras vendían a Bryn, a Cantahojas y a Sidonio...

—¿Que esperemos? —preguntó Sidonio—. ¿Que esperemos a qué?

—No nos precipitemos —dijo Mia—. Las heridas del funeral de Larva aún están recientes. Solo digo que nos lo pensemos durante unos cuantos giros antes de hacer algo imprudente.

—¿Imprudente? —Sidonio frunció el ceño—. ¡Estamos hablando de nuestras vidas!

—A algunos puede valerles esperar —dijo Despiertaolas—. Pero no todos somos campeones que gozan del favor de la dona.

—Y ese favor cambia igual que el viento, Cuervo —dijo Bryn, que al parecer iba aceptando la idea—. Mira lo poco que le ha costado librarse de Arkades.

—Solo estoy aconsejando paciencia —insistió Mia—. Caito y Leona tomarán la tardera mañana, pero no se concertará ninguna venta en un giro o dos. La dona tiene la sangre tan exaltada como todos nosotros. Quizá con el

tiempo recapacitará y buscará otra manera. Tal vez encuentre alguna solución en su libro de cuentas que le permita evitar vender a nadie. Estoy segura de que no desea separarse de ninguno de nosotros.

—Si crees que esa mujer tiene un ápice de lealtad en su interior —dijo Despiertaolas—, es que eres la necia por la que nunca te he tomado. Leona piensa solo en su propia gloria, no en la de nadie más.

—Paciencia —suplicó Mia—, por favor.

Los tres gladiatii se miraron entre ellos, ceñudos. Pero parecía que no habría más discusión de momento y todos cayeron en un silencio huraño y preocupado. Y al ver que tenía poco más que decir y ningún consuelo que ofrecer, Mia se decidió a salir del baño, secarse con una toalla, envolverse con sus telas y abandonar con paso ligero la estancia.

Recorrió el pasillo hacia su celda con la mente funcionando a toda velocidad. Sabía que no podía permitir que hubiera una rebelión contra Leona: su plan entero se vendría abajo si sucedía. Pero si dejaba que la dona se saliera con la suya, si no hacía cambiar de opinión a Leona, Sid, Cantahojas y Bryn podían darse por muertos. Nadie sobrevivía al Pandemónium. Ni siquiera los mejores guerreros duraban más que unos meses allí, como mucho.

En los barracones se fue asentando un pausado silencio a medida que los gladiatii se acostaban para dormir en la nuncanoches. Sidonio regresó del baño y se sentó enfrente de Mia en la celda. A ella aún no la habían trasladado arriba; con los acontecimientos de los últimos giros, suponía que Leona tenía preocupaciones más acuciantes que dar alojamiento a su nueva campeona. De modo que Mia seguía enjaulada. Sintió los ojos de Sid posados en ella mientras las lámparas arkímicas atenuaban su brillo, mientras las conversaciones de los otros gladiatii remitían hasta cesar y por fin se veían reemplazadas por los sonidos del sueño.

Como siempre que estaban solos, el hombre se quedó callado. Sin

presionarla.

Solo mirándola.

Los minutos pasaron dando la impresión de ser días. Los ojos azules del itreyano siguieron fijos en ella.

Sin parpadear.

Sin hablar.

—Por la Negra Madre, ¿qué? —siseó Mia por fin.

—No he dicho nada —susurró Sidonio.

—Entonces, ¿piensas quedarte ahí sentado mirándome toda la nuncanoché?

—¿Prefieres que hable?

—Sí, coño, dime lo que tengas que decirme. No estabas tan tímido en el puto baño. ¿Nos quedamos solos y de repente se te come la lengua el gato?

—¿Y de qué quieres que hablemos? Ya has dejado bastante claro lo que opinas.

—Llevas siguiéndome como un condenado sangralcón desde que descubriste quién soy. Y no me has preguntado por ello nunca, ni una sola vez. Pero al primer susurro de... —Mia miró alrededor y bajó la voz—. Al primer susurro de rebelión, de pronto se te suelta la lengua.

—Los actos que emprendamos al respecto de mi inminente venta me conciernen directamente, Cuervo. Pero en relación con tu ascendencia, no me corresponde hablar. Y si albergabas dudas, solo tenías que preguntarme. Te sigo por respeto a tu padre. Él habría querido que cuidara de ti.

—¿Qué sabrás tú lo que habría querido mi padre?

Sidonio soltó una risita.

—Más de lo que crees, pequeña Cuervo.

—Eras soldado. Te marcaron por cobardía y te echaron de la legión. No tratabas con él. No lo conocías.

Sidonio negó con la cabeza y la miró con un brillo herido.

—Sé que estaría abochornado por aquello en lo que se ha convertido esta casa.

Eso hizo callar a Mia. Dio una bocanada profunda y temblorosa y miró las paredes que los rodeaban. Los barrotes de hierro y la miseria humana. Mia se había frotado a conciencia en el baño, pero seguía oliendo el humo de la pira funeraria de Larva en su pelo.

—Te llamas Mia, ¿verdad?

Ella alzó la mirada de sopetón, entrecerrando los ojos.

—Tardé un poco en recordarlo —dijo Sid—. El justicus hablaba de ti a veces, pero acostumbraba a reservarse los detalles sobre su familia. Creo que así se sentía más cerca de vosotros, al no compartiros con otros. Al no mancillar sus pensamientos sobre vosotros con toda la sangre y la mierda que veíamos cuando estábamos de campaña.

—Sí —respondió ella por fin—. Mia.

—Tu hermano pequeño se llamaba Jonnen.

—Sí.

Sid asintió, se sorbió el labio y no dijo nada.

—Por las Hijas, escúpelo de una vez —dijo Mia.

—¿Que escupa qué?

—El reproche que está claro que tienes dando vueltas detrás de los putos dientes. «Tú puedes salir de entre estas paredes cuando quieras, Cuervo, no tienes derecho a impedirnos que intentemos hacer lo mismo. Aunque fracasemos, los Administratii no podrán capturarte. No existe celda que pueda retenerte.»

—¿Eso es lo que estaba pensando? —preguntó Sid—. ¿O lo que estabas pensando tú?

—Que te jodan, Sid.

—Tardé un tiempo —dijo el hombretón—. En meditarlo. En pensar por qué

estás aquí, por qué quieres combatir en el Magni. Y entonces recordé quién bajaría a la arena cuando te proclamaras vencedora. Los mismos hombres que lo juzgaron a él, ¿verdad? Los mismos hombres que sonreían en su ejecución.

Mia no respondió. Se limitó a mirar a Sidonio.

—No estuve presente cuando lo ahorcaron —prosiguió Sid—. Ya estaba encadenado para entonces. Pero me enteré después. Oí que la dona Corvere estaba de pie en los muros del foro, por encima de la aullante multitud. Con una niñita en brazos. Esa eras tú, ¿a que sí? Menudo espectáculo para obligar a tu hija a contemplarlo.

—Quería que lo viera —dijo Mia—. Quería que recordara.

—Tu madre.

—Sí —espetó Mia—. ¿Cómo la llamaste, «puta zorra estúpida»?

—Sí, ahí estuve desagradable. —Sid suspiró—. Pero me cuesta encontrar palabras agradables con las que definir a tu madre, Mia, sabiendo lo que sé de ella.

—¿Y qué es lo que crees saber?

—Que Alinne Corvere era más ambiciosa que el justicus Darío y el general Antonio juntos. Que la mitad de los centuriones de tu padre estaban enamorados de ella. Que tenía a un tercio del Senado comiendo de su mano. —Sid hizo cuña con los dedos bajo la barbilla—. ¿Cómo crees que pudo lograrlo? No era ni de lejos la espadachina en la que luego se convertiría su hija. Era política. ¿Crees que una mujer como ella pudo estar a punto de poner de rodillas a toda una república sin ponerse ella misma de rodillas de vez en cuando?

Mia miró iracunda a Sidonio.

—No te atrevas.

—Sé que pretendes vengarlos —dijo Sidonio—. Sé que lo consideras justo.

Es solo que no sé si opinarías lo mismo en caso de saber la clase de mujer que era tu madre. O la clase de hombre que era tu padre.

—Sé bien la clase de hombre que era. Era un héroe.

—Todos pensamos eso de nuestros padres —repuso Sid—. Nos dieron la vida, al fin y al cabo. Es fácil confundirlos con dioses.

—Como se te ocurra hablar mal de mi padre —susurró Mia—, juro por la Negra Madre que acabo contigo en esta misma celda, joder. Estaba haciendo lo que creía que era mejor para la república y su gente. Era un hombre que seguía el dictado de su corazón.

—Yo amaba a tu padre, Mia. Y lo serví tan bien como pude. Era una cosa que tenía. La lealtad que inspiraba en sus hombres... Creo que todos lo adorábamos, cada uno a su manera. —Sid clavó la mirada en Mia—. Y sí, era un hombre que seguía el dictado de su corazón. Solo que no en la forma que tú crees.

—¿De qué estás hablando?

Sid suspiró.

—Tu padre y el general Antonio eran amantes, Mia.

Mia se encogió como si la hubieran abofeteado.

Le tembló el aliento.

El mundo entero se movió bajo sus pies.

—¿Qué?

—Lo sabía todo el mundo —dijo Sid—. Todos sus hombres, al menos. A nadie le importaba. Ni siquiera a tu madre, mientras fuese a escondidas. Ella se había casado con la posición, no con el hombre. Su matrimonio fue producto de la amistad. Quizá incluso de algún extraño tipo de amor. Pero antes que nada y sobre todo, fue producto de la ambición. Tu padre contaba con la lealtad de los Luminatii. Nos traía sin cuidado que, de vez en cuando, el aspirante a rey y el Coronador se metieran en la cama del otro. Algunos hasta

lo encontraban romántico. —Sidonio se acercó a Mia y su voz se volvió pesada y dura—. Pero no me vengas con que la rebelión se basó en el amor de Darío Corvere por la libertad y por el pueblo, Mia. Se basó en su amor por Antonio. El general quería ser rey. Y tu padre quería ser el hombre que le pusiera la corona en la cabeza. Así de sencillo.

Mia recordó las nuncanoches en Nido del Cuervo cuando los visitaba el general. Ella siempre lo llamaba «tío Antonio». Sus padres y él tomaban juntos la tardera, el vino fluía y sus risas resonaban por los largos pasillos de piedra roja.

Y después...

Quizá bajo aquel mismo techo...

—Mientes —susurró Mia—. Estás mintiendo.

—No, Mia —dijo Sid—. Solo estoy diciendo verdades difíciles.

Mia se quedó quieta, callada, con el corazón martilleando en su pecho. Parpadeando con fuerza.

No podía recordar bien la última vez que había llorado.

Sidonio suspiró.

—Duele, ¿verdad?, descubrir que quienes te dieron la vida son igual de mortales y frágiles que el resto de nosotros. Que el mundo no es como creías que era.

Mia se limpió las lágrimas con manos temblorosas. Recordando la forma en que su padre besaba a su madre. Primero en un párpado, luego en el otro, y por último en su frente lisa y de color oliva.

Pero nunca en los labios.

¿Podía ser verdad?

«¿Importa si lo es?»

Si no había engaños entre ellos, ¿qué le importaba a ella con quién se acostaran sus padres? Aunque quizá no se amaran entre ellos, a ella sí que la

querían los dos; de eso al menos sí que estaba segura. Le habían enseñado a confiar en su ingenio, a ser fuerte, a no tener miedo. Y ella los echaba de menos, incluso entonces, como si le hubieran tallado un agujero en el pecho el giro en que se los arrebataron.

Pero si su padre no había sido el héroe del pueblo por el que Mia lo tenía, si solo había intentado derrocar al Senado por sus propios motivos egoístas...

... ¿para qué toda aquella muerte y toda aquella sangre, exactamente?

«No.»

No, Scaeva y Duomo seguían mereciendo la muerte. Habían encarcelado a su madre y a su hermano, los habían dejado morir en una mazmorra dentro de la Piedra Filosofal.

«Daré recuerdos a tu hermano...»

—Sé lo que va a costarte permitir que se arme una rebelión bajo este techo—susurró Sidonio—. Pero piensa en Bryn. En Cantahojas. En Carnicero, en mí. ¿De verdad merecemos morir en un pozo impío porque Leona odia a su padre y tú amas demasiado al tuyo?

Silencio entre ellos, pesado como el plomo. Mia observó al hombre, el hombre al que había tomado por un necio lujurioso, un matón, quizá hasta el cobarde que su marca decía al mundo que era. Vio que no era ninguna de esas cosas. Y sin embargo...

—¿Por qué no estabas allí cuando capturaron a mi padre y a Antonio?— preguntó con voz hueca—. ¿Por qué no estás muerto como el resto de sus hombres?

Sidonio dio un profundo suspiro y dejó caer la cabeza.

—A los centuriones Luminatii y a sus segundas lanzas nos informaron del plan de Darío y Antonio la nuncanoché después de congregarnos. Antonio dio un discurso grandioso, en el que habló de corrupción, de soberbia, de que la república estaba en manos de hombres débiles e impíos. Y cuando terminaron

los espadaos en los escudos y los golpes en el pecho... no pude hacerlo y ya está. La república está podrida, Mia, eso no voy a discutirlo. Hay un cáncer devorando los huesos de este lugar, y Tumba de Dioses es su núcleo. Julio Scaeva es dos veces el tirano que habría sido Antonio. Pero nosotros éramos la Legión Luminatii. Soldados de Dios. La guerra que habría estallado si hubiéramos marchado contra nuestra propia capital, el sufrimiento que habríamos dejado a nuestro paso...

»Habrían muerto miles de personas. Decenas de miles, tal vez. ¿Y para qué? ¿Para que un hombre pudiera llevar una corona y otro pudiera ponérsela en la cabeza? No podía hacerlo. Fui a ver a mi centurión y se lo dije. Él me escuchó con paciencia mientras intentaba convencerlo de lo equivocado que era el plan. Y cuando terminé, me hizo apalear casi hasta la muerte, me marcó como un cobarde y me vendió al primer postor en el mercado. —Sidonio negó con la cabeza.

»Seis años encadenado por un instante de principios. Ese es el precio que pagué. Pero ¿sabes lo que he aprendido en todos los años que han pasado entre aquello y esto, pequeña Cuervo?

—No.

Sid fijó a Mia en su mirada azul como el hielo.

—Que no hay almohada más blanda que una conciencia tranquila.

Mia se quedó sentada en la oscuridad, tiritando de la cabeza a los pies. Cayeron lágrimas por su mejilla. Y sin decir más, Sidonio se tumbó en la paja, rodó para ponerse de lado y cerró los ojos.

—Que duermas bien, Mia.

CAPÍTULO 28

CICATRICES

—... *esto es una imprudencia...*

—Como tanto te gusta recordarme.

—... *si no lo hago yo, ¿quién lo hará? ¿esa taruga de eclipse?...*

—Si no te conociera, diría que tienes celos de ella y Ashlinn.

—... *menos mal que me conoces, pues...*

Mia se arrodilló en el callejón, encontró la capa que le había dejado Ash y se la puso en los hombros. Aunque merodear por Reposo del Cuervo llevando capa y capucha con el calor que hacía no era la mejor forma de evitar sospechas, sí resultaría más fácil que andar dando tumbos a ciegas bajo un manto de sombras.

—Tengo que hablar con ella, Don Majo —dijo Mia, calándose la capucha —. Hace ya dos giros que volvió y las cosas están cambiando muy deprisa en el *collegium*.

—... *hubo un tiempo en el que hablabas conmigo...*

—Aún hablo contigo.

—... *hum...*

Don Majo subió de un salto al hombro de Mia y le envolvió el cuello con la cola. Mia salió del callejón y recorrió con disimulo la calle Pescador en dirección a la posada. Era tarde y el viento que llegaba desde el océano

amenazaba con quitarle la capucha de la cabeza. Había gente aquí y allá haciendo sus recados y Mia oyó sonar campanas en el puerto, pero aparte de los maleantes como ella, las calles estaban prácticamente desiertas.

—De acuerdo, pues —musitó—. ¿De qué quieres que hablemos?

—... *¿por dónde empezar?... —llegó el susurro a su oído— ... ¿ese ser que te salvó la vida en galante? ¿tu teoría de que los tenebros estáis relacionados de algún modo con la caída del imperio ashkahi? ¿el mapa tatuado en la espalda de ashlinn? y no olvidemos tu combate contra la sedosa y el segundo grupo de espadas que tan convenientemente olvidó debilitar...*

—Ese error podría haberlo cometido cualquiera, Don Majo.

—... *haces mal en confiar en ella...*

—Si Ash me quisiera muerta, podría haber acabado conmigo diez veces a estas alturas.

—... *en cualquier caso, su implicación está nublandote el juicio. hay demasiadas preguntas sobre lo que está pasando aquí, y no parece estar buscando respuesta a ninguna de ellas...*

—Lo que puedo hacer tras los muros del puto *collegium* tiene un límite —siseó Mia—. El Magni es lo primero. Solo vamos a tener una oportunidad.

—... *¿recuerdas lo que te dijo ese ser sombrío en galante?...*

—Que debería estar tiñendo de negro los cielos. Signifique lo que coño signifique.

—... *dijo que tu venganza tan solo sirve para cegarte, mia...*

—¿Insinúas que debería olvidar lo que hicieron Scaeva y Duomo?

—... *solo digo que aquí puede haber algo más grande en juego...*

—¿Y crees que no lo sé?

Doblaron la esquina hacia el callejón de detrás de la posada, que olía a basura y podredumbre. Mia se quitó la capucha y Don Majo saltó a una caja

rota y empezó a limpiarse sus garras traslúcidas mientras Mia seguía hablando.

—Mira, llevo meses ya sintiéndome como un peón que solo alcanza a ver la mitad del tablero. Y las preguntas que me rondan por la cabeza son casi ensordecedoras. Pero todas esas preguntas seguirán necesitando respuesta cuando haya pasado la veroluz, y la posibilidad de dar fin a Scaeva y Duomo se habrá esfumado. A nuestro plan le falta una rebelión para irse al traste. Todo dependerá de los próximos giros.

—... *bueno, si la idea de que los gladiatii se rebelen es lo único que te inquieta, la respuesta es evidente...*

—¿Ah, sí? Pues te ruego que me la digas.

—... *no puedes permitir que se lleve a cabo...*

—No es tan sencillo, Don Majo.

—... *sí que es tan sencillo. si aún deseas tu venganza, debes salir victoriosa en el magni. y no puedes ganar el magni si te han ejecutado por rebelión contra la república. no paras de hablar de lo mucho que has sacrificado para llegar hasta aquí. no puedes caer ahora, estando tan cerca...*

—Así que debería dejar que Sid y los demás mueran, sin más.

—... *no son tus amigos, mia...*

—¿Quién eres tú para decirme eso?

El no-gato ladeó la cabeza.

—... *yo sí que soy tu amigo. tu amigo más antiguo. el que te ayudó cuando scaeva ordenó que te ahogaran, ¿recuerdas? el que te salvó en las calles de tumba de dioses. el que estuvo a tu lado durante tus pruebas en la iglesia. y en todo ese tiempo, ¿alguna vez te he orientado mal?...*

Mia sintió que se le acumulaba una réplica en los labios, pero antes de poder pronunciarla notó que su sombra titilaba y que una conocida gelidez le

hacía cosquillear la piel. Una forma oscura se concretó a sus pies, elegante y lupina, que le pasó alrededor y por debajo de las piernas.

—... *HAS VUELTO...*

—Hola, Eclipse.

—... *TE HE ECHADO DE MENOS...*

—... *venga, por favor...*

Eclipse gruñó y clavó sus zarpas sombrías en el suelo.

Don Majo fingió un bostezo.

—... *para, para, que me estás dando miedo...*

—... *TE CONSIDERO DEMASIADO ESTÚPIDO PARA TENERME MIEDO, PEQUEÑO MININO. PERO ALGÚN GIRO, TE ENSEÑARÉ QUE SE PAGA UN ALTO PRECIO POR TENER DEMASIADA BOCA Y NO LOS SUFICIENTES DIENTES...*

—... *dime, querida chucha, ¿practicas esas amenazas tuyas sin filo cuando estás sola o te limitas a improvisar?...*

Mia frunció el ceño, su tolerancia a los sarcasmos del no-gato estaba bajo mínimos.

—Don Majo, sube a vigilar el Nido. Ven a recogerme si Furiano se mueve.

—... *¿me apartas de ti?...*

—... *OH, SE ME DESGARRA EL CORAZÓN...*

—... *tú y yo no tenemos corazón, pulgosa idiota...*

—... *NO OLVIDES RECORDÁRMELO CUANDO ESTÉ DEVORANDO EL TUYO...*

El gato-sombra siseó y la loba-sombra gruñó. Pero con una ondulación en el negro que le rodeaba los pies, Mia sintió que su pasajero se marchaba. Se arrodilló, pasó las manos a través de Eclipse y se le antojó sentir el más leve roce de fresco terciopelo en las yemas de sus dedos.

—¿Va todo bien?

Eclipse aún tenía el pescuezo erizado, pero al contacto con Mia se fue calmando poco a poco. Lamió la mano de su ama con una lengua traslúcida y habló en tono suave.

—... *VA BIEN. MEJOR, AHORA QUE HAS REGRESADO. ¿CÓMO ESTÁN TUS HERIDAS?*...

Mia tocó la venda que llevaba en la cara e hizo una mueca.

—Bastante bien.

—... *PARECES TRISTE*...

—Puede que un poco.

—... *¿TENEMOS QUE HACER DAÑO A ALGUIEN?*...

—Tú tienes que quedarte aquí, Eclipse. A vigilar la calle, ¿de acuerdo?

—... *COMO DESEES*...

Mia sonrió y se adentró en el callejón, contenta de que al menos una de entre sus daimones hiciera lo que se le pedía sin protestar. A medida que se alejaba más y más, y luego mientras trepaba por la bajante hasta el balcón que había en la ventana de Ashlinn, sintió que la influencia de Eclipse en ella empezaba a remitir y las mariposas comenzaron a colarse en su estómago. Era una sensación muy poco frecuente, fría y enfermiza y resbalosa. La hacía sentirse pequeña. La hacía sentirse débil.

Negra Madre, cómo aborrecía estar asustada.

Se agachó al lado de la ventana y acercó un puño al cristal. La odiosa sensación de insectos reptando por su tripa. El sudor frío que le picaba en los puntos de la mejilla. Mia apretó los dientes, hizo acopio de entereza desde las plantas de los pies y llamó flojo.

La ventana se abrió y Ashlinn estaba al otro lado, bañada en la ardiente luz de los soles. Por un instante, Mia olvidó la sangre, la muerte, el miedo y tan solo se empapó de su visión. De la chica que había vuelto a arriesgar la vida recabando información en Fuerteblanco, debilitando las hojas de la Exiliada

para equilibrar la balanza, siguiendo a Mia de un extremo a otro de la república sin amedrentarse.

—Oh, diosa —suspiró Ashlinn, y posó sus labios sobre los de Mia.

Mia cerró los ojos, pasó las manos por la cintura de Ashlinn y dejó que la chica le sembrase la cara de besos. Ash cogió a Mia de la mano y la llevó a la cama, la tumbó y la rodeó con los brazos, apretando fuerte. A pesar del dolor de sus costillas partidas y de la tristeza de los últimos giros, Mia respiró mejor, e inhaló la lavanda y el aroma de la alheña en el cabello de Ashlinn. Simplemente se dejaba abrazar y abrazaba a su vez.

—Te echaba de menos —susurró Ash.

—Yo también a ti.

Volvieron a darse un beso, largo y maravilloso y suave. Ashlinn se apretó más contra ella y le hundió la cara en el cuello. Se quedaron así una eternidad, con sus cuerpos encajando como las más extrañas piezas de un puzle. De todos los lugares en los que Mia había esperado hallarse en su periplo, envuelta en los brazos de aquella chica era el más improbable. El más cálido. El más dulce.

Tras una larga y pacífica nada, Ash por fin se soltó de los brazos de Mia y la miró desde la coronilla hasta la sombra que proyectaba.

—¿Dónde está Don Burlitas? —preguntó.

—Lo he enviado de vuelta al fuerte.

—Seguro que no le ha hecho ninguna gracia.

Mia se encogió de hombros, jugueteando con el extremo de una trenza de Ashlinn.

—Me estaba dando por saco. Siempre tiene alguna cosa sarcástica que decir. Siempre lo cuestiona todo. Siempre empuja. No sé, es que nunca es... agradable.

—Me suena a otra persona que conozco. —Ash sonrió.

Mia enarcó una ceja y clavó en Ashlinn una mirada venenosa.

—¿Ah, en serio?

—La verdad es el cuchillo más afilado, Corvere.

—Me ofendéis, mi dona. Soy adorable de cojones, deberíais saberlo.

Ash sonrió de oreja a oreja.

—En realidad, en eso había estado yo pensando.

—¿En cómo de adorable de cojones soy?

—No. —Ashlinn puso los ojos en blanco—. En tus pasajeros. En lo distintos que son entre ellos. Después de tantos viajes con Eclipse, he llegado a conocerla bastante bien. Ella y Don Simpatía con como la veroluz y la veroscuridad. Él es sarcástico, borde, un puto incordio. Eclipse es más sencilla, más directa. No cuestiona. Y me he dado cuenta de que esos rasgos se corresponden muy bien contigo y con mi señor Casio. Me contaste que nunca le interesó buscar la verdad sobre lo que significaba ser tenebro.

—Y crees...

—No creo nada. —Ash levantó los hombros—. Es solo que me parece interesante. ¿Puede ser que los pasajeros hereden las maneras del primer tenebro al que se incorporan?

Mia lo meditó un momento y le pareció que, como mínimo, tenía sentido. Si lo pensaba con sinceridad, era cierto que sus dos pasajeros se parecían mucho a las primeras personas con las que habían viajado. El humor amargo y negro y la mordacidad del gato-sombra. La lealtad incuestionable de la loba-sombra y su tendencia a las soluciones violentas para cualquier situación.

¿Era posible que Don Majo fuese solo un reflejo oscuro de ella misma?

Y si era así, ¿los pensamientos del no-gato no serían la mejor representación de lo que pensaba ella en realidad?

«... *no son tus amigos, mia...*»

—Me tenías preocupada —susurró Ashlinn—. En el *venatus* de

Fuerteblanco. Perdona que se me pasara el segundo grupo de espadas. Qué tonta me siento.

Mia parpadeó y su mente volvió a enfocarse. Miró a los ojos a Ashlinn.

Se preguntó...

—Colarte por allí abajo sin que te vieran no tuvo que ser fácil —dijo—. Y al final, salió bastante bien.

Ash se chupó el labio.

—Te hizo daño.

—Estoy bien. —Mia suspiró—. Costillas rotas. Unos pocos arañazos.

Ashlinn se apoyó en el codo y pasó unos dedos suaves por el vendaje que cubría el ceño y la mejilla de Mia.

—No parecía un arañazo cuando te lo hizo.

—Está bien, Ash.

—Enséñamelo.

Mia negó con la cabeza, tenía el estómago revuelto.

—Ashlinn, no es...

—Mia —dijo Ash en voz baja, cogiéndole la mano—. Enséñamelo.

El miedo. Acumulándose como veneno en su barriga. Quería de vuelta a Don Majo y a Eclipse, ya mismo. La vida era mucho más fácil sin tener que preocuparse de las consecuencias ni pensar en el dolor. Sus pasajeros eran lo que la hacía fuerte, lo que le permitía ser un terror de las arenas, sin distraerse por el daño que podría hacer o recibir en la lucha. Era de acero cuando los tenía en su interior. En cambio, sin ellos...

«Sin ellos, ¿qué soy?»

Por mucho que hubiera dicho que prefería parecer peligrosa que bonita, seguía asustada del aspecto que tenía bajo aquella venda. De lo que vería en los ojos de Ashlinn cuando se la quitara. Pero al mismo tiempo, sintió el fragor de su temperamento de siempre. De la furia que la había acompañado

año tras año entre el giro en que mataron a su padre y el presente. ¿Qué más le daba a ella su aspecto?

¿Qué diferencia suponía en la persona que era?

Mia subió la mano y se desató el vendaje de la frente. Se le había pegado a la herida, había sangre seca encostrada en la gasa y tuvo que tirar para sacarla, con una punzada de dolor. Ashlinn se quedó quieta, mirándola con aquellos hermosos ojos azules. Mia echó un vistazo a su reflejo en el espejo. Al tajo que le bajaba por la frente y se curvaba en cruel garfio a lo largo de su mejilla izquierda, jalonado por las costuras de las firmes manos de Larva.

—No está tan mal —musitó Ashlinn.

—Mentirosa —replicó Mia.

—Sí que lo soy. —Ashlinn puso media sonrisa—. Pero no en esto.

La chica se inclinó hacia delante y, con labios tenues como plumas, besó la ceja de Mia. Descendió dejando atrás media docena de suaves besos a lo largo de la herida y, por último, apretó los labios contra los de Mia.

—Las cicatrices son solo regalos que nos dejan nuestros enemigos —susurró Ashlinn al interior de su boca—. Nos recuerdan que no fueron lo bastante buenos para matarnos.

Mia compuso una leve sonrisa y entrelazó los dedos con los de Ashlinn.

—Luchaste con valentía en la arena —dijo Ash.

—Es fácil hacerlo con Don Majo y Eclipse a mi lado.

—Y aun así, aquí has venido sola. No ha podido ser fácil.

Mia negó con la cabeza.

—No lo ha sido.

—Pues no te subestimes, Corvere. No hay nadie vivo capaz de hacer las cosas que tú haces. Eres la persona más valiente que conozco. Diosa, cuando saltaste detrás de Cantahojas, pasé tanto miedo... —Ashlinn negó con la

cabeza y dio a Mia una juguetona palmada en la pierna—. No vuelvas a hacer otra estupidez como esa, ¿me has oído?

—No podía dejar que cayera, Ashlinn.

La mirada de la joven se suavizó y su entrecejo fue arrugándose muy poco a poco.

—¿Por qué no?

—Porque me salvó la vida.

—Y al salvar la suya, te pusiste en peligro. —Ash negó con la cabeza y sus ojos azules destellaron—. No estamos aquí para eso, Mia. Esto es más importante que la vida de una gladiatii. Hablamos del futuro de la república entera. Del fin de una tiranía a la que se ha permitido supurar demasiado tiempo. Del fin de la Iglesia Roja, del fin de...

—Sé para qué estamos aquí, Ashlinn. No soy una persona heroica. Ni la puta salvadora de nadie. El plan se me ocurrió a mí, ¿recuerdas?

—No parece que sea yo quien necesita que se lo recuerden.

Mia frunció el ceño y se apartó del abrazo de Ashlinn. Fue a la cómoda, encontró sus cigarrillos, encendió su yesquero. Inhaló hondo pese al dolor de las costillas, sintiendo cómo el calor azucarado se extendía por su lengua y le hacía cosquillas en los labios.

—Larva ha muerto —dijo, y suspiró.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Parece que Arkades aderezó nuestra tardera con elegía. Estaba compinchado con Leónidas. Y Leona tiene que vender a unos cuantos gladiatii para quitarse a su padre de encima hasta sacarme a luchar en el Magni. Pero los gladiatii se han enterado de su venta.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—¿Cómo coño crees tú? —Mia se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, con el cigarrillo sujeto entre los labios—. Pretenden rebelarse. Sidonio está

intentando convencerme de que los ayude. Sabe que puedo escapar de las celdas y sacar a los demás. Si atacan en la nuncanoché, eliminarán a los guardias de Leona como el pis deshace la nieve.

—Mierda —dijo Ashlinn con un hilo de voz—. ¿Y cómo vas a detenerlos? ¿Contándoselo a Leona?

Mia miró a Ash y dio una fuerte calada al cigarrillo.

—¿Quién dice que vaya a detenerlos?

—Eh... ¿Qué?

—No merecen morir, Ash. Ninguno de ellos. No por esto.

—Mia —dijo Ashlinn—. Sé que sientes una afinidad con esa gente. Créeme que lo sé. Pero siempre te han preocupado demasiado los demás, hasta cuando eras discípula. Ya te lo advertí entonces y te lo estoy advirtiéndote ahora.

Mia frunció el ceño a la chica de la cama. Aquella antigua y deliciosa ira se estaba comiendo todo su miedo.

—Ash, si no hubiera perdonado la vida a ese chico en mi prueba final, habría estado allí cuando envenenaste el banquete de iniciación. Habría acabado atada como Chss y los demás, a merced de los Luminatii.

—Yo no habría permitido que ocurriera.

—No podrías haberlo impedido —replicó Mia—. Remo me habría degollado en el momento en que me echara mano. Así que no te engañes. Si no hubiera mostrado piedad y fracasado en la prueba, estaría igual de muerta que Tric.

Ash se encogió. Dio una larga y entrecortada bocanada.

—Me echas eso en cara cada vez que discutimos. No es justo, Mia.

—Ah, ¿y lo que le hiciste tú a él sí?

—Escucha, lamento que Tric tuviera que morir —dijo Ash—. Sé que te importaba. A mí también me caía bien. Pero justo a eso me refiero, Mia. Todo el mundo es importante para alguien. Los gladiatii que has matado en la arena,

los Luminatii que masacraste en el Monte Apacible... Todos eran la hija o el hijo de alguien. Todos tenían a alguien que los llorara. Esto es más grande que una sola persona, y que mil. Esto es el futuro de la república. Y todo por lo que tanto te has esforzado.

Mia torció el gesto y aspiró de su cigarrillo. Ashlinn bajó de la cama, anduvo hasta Mia y la cogió de la mano.

—Naciste para esto. Y creo que lo sabes. En el momento en que tu padre decidió alzarse contra la república, quedaste destinada a cosas grandiosas y terribles. Pero el destino no te habría escogido si no fueses lo bastante fuerte para soportar su peso. Sé que estás asustada. Sé que estás dolida. Pero estamos cerquísima ya. Puedes hacerlo. Eres la persona más fuerte que conozco. Es una de las razones por las que te amo, Mia Corvere.

El humo con aroma a clavo se arremolinó entre sus dedos, flotó al aire y se entretejió con las palabras que seguían pendiendo densas sobre su cabeza.

—¿Qué has dicho?

Ash se acercó y entretejió las manos con las de Mia. Apretó el cuerpo contra el de Mia. Posó sus labios en los de Mia. El beso fue suave y dulce y vertiginoso, el suelo cayendo bajo sus pies, envuelta en un aroma a lavanda y clavo ardiendo y en un doloroso y suspirante anhelo. El mundo entero dejó de girar. El tiempo entero se paralizó.

—He dicho que te amo, Mia Corvere —susurró Ash.

«Para la gente como nosotros, no existen promesas de un “para siempre”...»

—... *mia*...

Mia contuvo el aliento, con el corazón atronando. Arrancó la mirada de los ojos de Ashlinn y vio una silueta familiar sentada en el alféizar. Un no-gato limpiándose la zarpa con la no-lengua.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—... *furiano*... —respondió Don Majo.

Había corrido como una loca colina arriba, con la capa aleteando a su espalda, sin molestarse siquiera en ocultarse bajo su manto de sombras. Si alguien del Reposo la reconocía, que así fuera, pero las consecuencias de que la viera por la calle un ciudadano aleatorio palidecían en comparación con lo que sucedería si los guardias descubrían que no estaba en su celda. Había sido una imprudencia aventurar una visita habiendo tanto en juego. Se maldijo por idiota e intentó olvidar el hecho de que Ashlinn Järnheim...

«Ashlinn Järnheim ha dicho que me ama.»

Mia apartó el pensamiento y prestó atención al dolor que le sacudía las costillas cada vez que apoyaba un pie en el camino.

—¿Está despierto? —preguntó casi sin aliento.

—... *se mueve. si te hacen llamar...*

—Lo sé.

—... *te arriesgas demasiado, mia. ahora todo pende de un hilo...*

—Lo sé.

—... *¿de verdad lo sabes?...*

Mia apretó los dientes y siguió corriendo, maldiciéndose de nuevo a sí misma. Don Majo tenía razón. Y Ashlinn también. De verdad se estaba ablandando. La Mia de siempre había sido resuelta. Obcecada. Consumida por el deseo de una cosa, y una sola. No podía permitirse mantener aquellas afinidades. Los riesgos que la obligarían a asumir, todo lo que se desharía si fracasaba en esos momentos...

A una distancia segura del Nido se echó encima su manto de sombras, pasó entre sombras al otro lado del rastrillo como ya había hecho una docena de veces y bajó a tientas a los barracones. Alcanzó la oscuridad del otro lado y pasó a las sombras de su celda, cayó de rodillas y se agarró el pecho ardiente.

Su aliento era como fuego, le daba vueltas la visión, estaba empapada en sudor. Pero después de su carrera a la desesperada, todo parecía tranquilo. Si Furiano se había despertado, al parecer ni Leona ni sus guardias veían aún ninguna necesidad de llamarla.

«Diosa, qué desastre habría sido.»

Se quitó el manto y apareció a la vista en la oscuridad de los barracones, entre los suspiros y los ronquidos y todos los sonidos del sueño. Tumbado en un rincón sobre la paja, Sidonio abrió despacio los ojos. Se diría que el hombre tenía un don increíble para sentir cuándo regresaba. O quizá cuándo se marchaba.

—¿No podías dormir? —murmuró frotándose las pestañas—. Conozco el remedio perfecto.

Mia frunció el ceño y no respondió, reacia a recibir otra lección sobre los beneficios de una conciencia tranquila. Oyó que bajaban la escalera unos pasos fuertes y que giraban las llaves en el mekkenismo que había junto a la puerta de los barracones. Sidonio se incorporó un poco y entrecerró los ojos al ver que los guardias llegaban armados y protegidos por armaduras.

—Descansa tranquilo —dijo ella—. Vienen a por mí.

—Yo descanso muy tranquilo, Mia —susurró él—. Y tengo fe en que tú también lo harás.

El trío de guardias llegó hasta la celda, encabezado por el capitán Cánico.

—El Invicto ha despertado —dijo el guardia—. Tiene dolor. La dona Leona ordenó que se te despertara si lo hacía él, y que se te tratara con toda cortesía. Al no estar Larva...

—Sí, yo me encargo. —Mia suspiró—. Llevadme con él, por favor.

Los guardias abrieron su celda y Mia se levantó. Sidonio la observó mientras la llevaban por los barracones al interior del fuerte y la sacaban a la enfermería. La mente de Mia seguía en llamas, intentando decidir qué haría

con la incipiente rebelión de Sidonio, sobre qué estaba bien y mal en todo el asunto. Las palabras de Ashlinn y de Don Majo resonaban en su cabeza. Tenía el corazón dividido entre la venganza que la había impulsado todos aquellos años y la idea de permitir que murieran Sid y los demás.

¿Qué era más importante?

¿Venganza por una madre y un padre a los que, por lo visto, apenas conocía siquiera? ¿O las vidas de unas personas que, por mucho que quisiera negarlo, se habían hecho amigas suyas?

Era tarde ya, pero al acercarse Mia empezó a oír unos reniegos selectos que salían de la enfermería. Al entrar, vio a Furiano sobre su losa, empapado de sudor. Tenía los brazos y las piernas amarrados y las vendas del pecho manchadas de sangre.

—El muy idiota ha intentado arrancarse el vendaje —murmuró Cánico—. Hemos tenido que atarlo.

—¡Tengo putas larvas correteándome por encima! —gimió Furiano.

—Dejadme con él —dijo Mia a Cánico—. Me encargaré del dolor. Si pudieras pedir a Dedo que ponga a hervir un poco de vinagre, os lo agradecería.

—Sí, campeona —repuso el guardia.

Con un asentimiento a sus compañeros, Cánico los dejó a los dos apostados fuera, en la puerta de la enfermería, y fue a despertar al cocinero. Mia se adentró en la estancia y reparó en que Cantahojas no estaba tumbada en su losa. Debían de haberla devuelto a su celda en algún momento de la nuncanoché, porque aún era demasiado pronto para que la hubieran vendido a Caito. Lo que significaba que Furiano y ella estarían a solas.

El hombre la miró de arriba abajo, con un oscuro fruncimiento en aquellas hermosas cejas. El hambre anegó a Mia, como hacía siempre cuando él estaba cerca. Seguía teniendo un aspecto más que espantoso, con la melena lacia de

sudor y la piel amarillenta. Pero estaba despierto, consciente, con los ojos oscuros clavados en el torque de plata que adornaba el cuello de Mia.

—¿Te ha nombrado campeona? —dijo con voz rasposa.

—No se lo pedí yo —respondió Mia—. Pero lo cierto es que nadie sabía si ibas a despertar.

—¿Así que da a alguien mi torque antes de que me enfríe siquiera y me deja aquí pudriéndome?

—No estás pudriéndote. —Mia suspiró.

—¡Tengo putas larvas de mosca por todas partes!

—Las larvas están quitándote la carne que se infectó por el veneno de la Exiliada. Te han salvado la vida. Y como no te calmes y dejes de revolverte contra esas correas, vas a ponerte a sangrar otra vez. —Mia buscó en las estanterías y fue sacando ingredientes—. Pero el dolor no puede ser agradable. Ahora te preparo algo.

La cabeza de Furiano volvió a hundirse contra la losa, y su voz salió lastrada por la fatiga.

—¿La dona te ha nombrado también enfermera, además de campeona? ¿Dónde está Larva?

Mia apretó los labios mientras machacaba los ingredientes en un mortero.

—Larva ha muerto.

El ceño de Furiano se suavizó y el desconcierto se adueñó de sus ojos.

—¿Cómo?

—Arkades envenenó con elegía la tardera de todo el mundo. Larva y Otho fallecieron antes de que tuviera tiempo de preparar el antídoto.

—¿Arkades?

—Sí.

—Y una mierda —susurró Furiano—. Arkades era un gladiatii. Los

hombres como él miran al enemigo a los ojos y acaban con él a espadaos, no a bocados amargos.

Mia se encogió de hombros y, después de oler con precaución un vaso de agua, mezcló en ella su polvo. Llevó el vaso a Furiano y se lo puso en los labios mientras veía la sombra del itreyano temblar y ondularse por los bordes. La de ella se aproximó más, como el hierro a un imán. Las preguntas regresaron a su mente. «¿Qué soy? ¿Qué somos? ¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo?»

—Es solo hojatenue con un poco de hierbinebra —dijo—. Te aliviarán el dolor.

El Invicto se la quedó mirando con ojos entornados.

—Me salvaste la vida, Furiano —dijo Mia—. Es una deuda que no se olvida. Si te quisiera muerto, podría haber hecho que no despertara nunca. Así que bebe.

El excampeón gruñó su conformidad y se tragó el bebedizo que le fue echando Mia en la boca. Luego bajó la cabeza a la losa y suspiró, mirando al techo y flexionando las muñecas contra las ataduras.

—Recuerdo que... después del combate... me quitaste el dolor.

—Fue un remedio casero. —Mia se encogió de hombros—. Es fácil de preparar.

—No —dijo Furiano, meneando la cabeza—. Antes de que me dieras la poción para dormir. Cuando estaba en la losa chillando. Cuando tu... cuando nuestras sombras se tocaron.

Mia frunció el ceño al recordar aquel momento, bajo la arena de Fuertebanco. A medida que su sombra se oscurecía, había sentido más dolor, no menos, el suplicio de Furiano mezclado con el propio. Suponía que, de algún modo, quizá hubiera compartido la carga del hombre, pero... ¿sería que había atenuado el dolor de Furiano trasladándolo a ella misma?

«¿Por qué? ¿Quién? ¿Cómo?»

—No sabía que podía hacer eso —confesó—. Nunca lo había hecho antes.

Furiano no dijo nada y siguió mirándola con aquellos ojos oscuros y bellos. Mia notó que el bebedizo que le había dado empezaba a hacer efecto, alisándole las líneas de dolor que le surcaban la cara.

—Yo... quería darte las gracias, Furiano —dijo Mia—. Por llamar a la oscuridad en el estadio. La Exiliada habría acabado conmigo y con Cantahojas de no ser por ti.

—Hiciste trampa —replicó él—. Hiciste algo a las hojas de la sedosa.

—Y tú retorcaste su sombra. Supongo que ahora los dos somos unos tramposos, ¿eh?

El Invicto se quedó callado durante una eternidad, limitándose a mirar. Cuando por fin habló, fue con reparo, como si los cumplidos no se le ajustaran bien a la lengua.

—Arriesgaste la vida por una hermana gladiatii —dijo—. Arriesgaste la vida por mí. Trampas aparte, mostraste lealtad a este *collegium*. Lo justo es que todo eso tenga su recompensa.

—¿Eso ha sido un halago? —preguntó Mia—. Por el abismo y la sangre, ¿no me habré pasado con la hojatenue en la mezcla?

Furiano se permitió una pequeña sonrisa.

—Que no se te suba a la cabeza, chica. Reclamaré mi torque tan pronto como pueda blandir una espada. Cuando luche en el Magni, no te equivoques: será como campeón de este *collegium*.

Mia negó con la cabeza, tratando otra vez de resolver el acertijo que era ese hombre. Hasta entonces no la había tratado más que con desdén, ni hablado de sus oscuros dones más que como brujerías. Pero a la hora de la verdad, había nismado las sombras para que los Halcones pudieran derrotar a la Exiliada. Quitando su moralidad, parecía que estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa en pos de la victoria.

—¿Por qué es tan importante para ti todo esto? —preguntó Mia.

—Ya te lo he dicho, Cuervo. Esto es lo que soy.

—Eso no es un motivo. —Mia suspiró—. No naciste gladiatii. Debiste de tener una vida antes de esto.

Furiano giró la cabeza a los lados. Parpadeó despacio.

—Yo no la llamaría así.

—¿Por qué, qué eras? ¿Asesino? ¿Violador? ¿Ladrón?

Furiano la miró, ocultando sus pensamientos tras aquellos ojos sin fondo. Pero la hojatenue estaba haciendo efecto y la suelta raíz que había añadido a la pócima empezaba a aflojarle la lengua. Se sentía culpable por drogar al hombre para que se abriera, pero quería comprenderlo, intentar estimar qué actitud adoptaría si Sidonio y los demás se alzaban en rebeldía.

—Asesino, violador, ladrón —respondió Furiano con voz gangosa—. Todo eso y más. Era un animal que se llenaba los bolsillos con las miserias de los hombres. Y de las mujeres. Y de los niños.

—¿A qué te dedicabas?

Furiano miró las paredes que los rodeaban, el acero oxidado y los barrotes de hierro.

—Llenaba lugares como este. La carne era mi pan y la sangre, mi vino.

—¿Eras esclavista?

Furiano asintió y bajó la voz.

—Capitaneé un barco durante años. El *Gaviota de Hierro*. Recorría la costa ashkahi hasta Nuuvash, y la del este de Liis desde Amai hasta Ta'nise. Vendía los hombres a los agujeros de pelea, las mujeres a las casas de placer, los niños a quien los quisiera. —Un fuerte encogimiento de hombros—. Si resultaba que no los quería nadie, los arrojábamos por la borda y listos.

—Por el abismo y la sangre —dijo Mia, torciendo los labios de repulsión.

—Me juzgas.

—Joder si te juzgo —siseó ella.

—No más de lo que me juzgo yo mismo.

—Eso me cuesta creerlo —dijo Mia con la voz hecha acero.

—Cree lo que quieras, Cuervo. La gente siempre lo hace.

—¿Y cómo es que terminaste aquí?

Furiano cerró los ojos y respiró hondo y largo. Por un instante, Mia pensó que quizá se hubiera quedado dormido. Pero al final habló, con la voz cargada de fatiga y de algo más oscuro. ¿Remordimiento? ¿Vergüenza?

—Asaltamos un pueblo en Ashkah —dijo él—. Uno de los hombres que subimos a bordo era misionero de Aa. Rapha, se llamaba. Dejé que mis hombres se divirtieran con él. No nos caían demasiado bien los sacerdotes, la verdad. Le pegamos. Lo quemamos. Al final, echamos carnada al agua para atraer dracos y le dije que caminara por la tabla. Cuando una persona baja la mirada a ese azul, se le puede tomar la medida en los ojos. Algunos suplican. Otros maldicen. Algunos ni siquiera pueden hacer avanzar sus propias piernas. ¿Sabes lo que hizo Rapha?

—No sabría decirte. —Mia levantó los hombros—. A mí tampoco me caen demasiado bien los sacerdotes.

—Rezó a Aa para que nos perdonara —dijo Furiano—. De pie en aquella tabla, con un draco de tormenta nadando en círculos por debajo. Y el muy hijo de puta va y se pone a rezar por nosotros. —El Invicto negó con la cabeza—. Nunca había visto nada igual. Así que lo dejé vivir. En el momento, no supe muy bien por qué. Estuvo navegando con nosotros casi un año. Me enseñó el evangelio de Aquel que Todo lo Ve. Me enseñó que estaba perdido, que no era más que un animal, pero que podía volver a encontrar mi humanidad si abrazaba la Luz. Pero también me dijo que debería expiar todo el mal que había hecho. Así que, después de un año de leer y discutir, de odiar y fanfarronear y llorar al quedarme solo en las largas horas de la nuncanoché,

acepté a Aquel que Todo lo Ve en mi vida. Di la espalda a la oscuridad. Llevé mi barco a los Jardines Colgantes. Y me vendí a mí mismo.

—¿Que te...? —Mia parpadeó.

—Suenas a locura, ¿verdad? ¿Qué clase de idiota elegiría hacer algo así?

Mia pensó en sus propios apuros, en su propio plan, y negó despacio con la cabeza.

—Pero... ¿por qué?

—Sabía que Aa me daría la oportunidad de redimirme si me entregaba a sus cuidados. Y él me trajo aquí. A un lugar de tribulación, y pureza, y sufrimiento. Pero al final, en las arenas del Venatus Magni, cuando me arrodille ante el gran cardenal empapado en mi victoria, no solo declarará que soy libre, sino que soy un hombre libre. No un animal, Cuervo. Un hombre.

»Y entonces, estaré redimido.

Furiano asintió y respiró hondo, como si acabara de purgarse un veneno de la sangre.

Mia se cruzó de brazos y arrugó el gesto.

—¿Y ya está? —preguntó imperiosa—. ¿Crees que puedes compensar haber vendido a centenares de hombres y mujeres a base de asesinar a otros centenares? No puedes limpiarte las manos lavándolas con la sangre de otros, Furiano. Créeme, así solo se te ponen más rojas.

Furiano negó con la cabeza y frunció el ceño.

—No espero que lo entiendas. Pero el Magni es un ritual sagrado. Juzgado por la mano del mismísimo Dios. Y si Rapha me enseñó algo, es que las cosas que hacemos son más importantes que las cosas que hemos hecho.

Mia oyó pasos a su espalda y alguien llamó a la puerta de la enfermería. Cánico entró en la estancia seguido por otros dos guardias que llevaban una cacerola humeante.

—Tu vinagre hervido, como lo querías.

Mia asintió y se volvió hacia Furiano.

—Voy a quitarte las larvas. Esto dolerá.

—La vida siempre duele, pequeña Cuervo. La vida es dolor, y pérdida, y sacrificio.

Furiano apretó los dientes y cerró los ojos.

—Pero deberíamos aceptar con gusto ese dolor, si nos trae la salvación.

Mia volvió a su celda flanqueada por dos guardias. Sidonio abrió los ojos cuando la puerta de la jaula se cerró a su espalda y el mekkenismo de la cerradura se trabó. Mia se había fijado por debajo de las pestañas para memorizar qué llave del anillo de hierro abría el portón de los barracones y cuál la puerta de su celda.

¿Era aquello lo que debía hacer?

¿Entenderían los demás que, al final, lo había hecho todo con la mejor intención?

—He hablado con Furiano —susurró cuando se hubieron marchado los guardias.

—¿Sobre qué? —murmuró Sidonio.

—Sobre quién es. Cómo piensa. De dónde viene. —Meneó la cabeza—. Sueña solo con el Magni. No haría nada que lo pusiera en peligro. Creo que está demasiado enfermo para oponerse a nosotros, pero cuando nos alcemos, es imposible que nos apoye.

—¿A nosotros?

—Sí, hermano. —Mia extendió el brazo en la oscuridad y estrechó la mano a Sidonio—. A nosotros.

CAPÍTULO 29

ALZAMIENTO

Era arriesgar mucho en una sola chica.

La tripa de Sidonio era un nudo de puro nervio, su apetito un recuerdo lejano. Habían pasado cinco giros desde que Mia le propusiera su plan en la penumbra de la celda, y Sid había dormido poco desde entonces. En vez de tumbarse, paseaba arriba y abajo por su jaula toda la nuncanoches, mirando la cerradura mekkénica de la puerta y contando las horas hasta que llegara el momento de empezar.

A Mia la habían trasladado a sus aposentos de campeona tres giros antes, por lo que Sid estaba solo por primera vez desde que había llegado a Nido del Cuervo. Solo con el miedo a lo que estaba por venir, al riesgo que afrontaban todos, al destino que los esperaba si fracasaban. Estaba depositando mucha fe en Mia, poniéndole muchísimo peso en los hombros. Sidonio había servido con fidelidad a Darío Corvere y veía las características que había admirado del justicus muy presentes en su hija. Valentía. Inteligencia. Ferocidad. Pero Mia perdió a su padre siendo solo una niña y, desde entonces, se había rodeado de sombras y de asesinos.

A Sidonio le caía bien. Pero ¿podía decir con sinceridad que la conocía?

¿Podía confiar en ella?

La dona Leona se había reunido con Varrón Caito tres nuncanoches antes y,

oculto bajo su mesa mientras bebían y comían, el daimón de Mia había escuchado hasta la última palabra. Por lo visto, Leona había atiborrado al tratante de carne con palabras melosas y vino meloso para negociar la venta de Bryn, Carnicero, Félix, Albano, Cantahojas y el propio Sidonio. Leona había obtenido un buen precio y podría afrontar el primer pago a su padre, pero a un alto coste. El *collegium* quedaría destripado, con solo Mia, Despiertaolas y Furiano como sus miembros. Leona iba a arriesgarlo todo a una última tirada en el Venatus Magni. Pero no había contado con que sus Halcones pudieran lanzar también sus propios dados.

La tardera había estado silenciosa, los gladiatii apagados. Los susurros del plan habían circulado en los baños y alrededor de los maniqués de prácticas. Todos coincidían en que las posibilidades de éxito eran tan pobres que deberían estar pidiendo limosna en la calle, y Sid olía el miedo en el aire. Una cosa era arriesgarse a morir en la arena, y otra muy distinta enfrentarse a la república. A los Administratii. Al mismísimo Senado. Todos ellos sabían que era un paso que no podía desandarse. Las marcas de sus mejillas solo podían desaparecer unos minutos tras sus muertes, por lo que no tendrían forma de esconder quiénes ni qué eran, si querían seguir respirando. Ser un esclavo fugado en la república era vivir para siempre huyendo.

Aun así, mejor huir que morir de rodillas.

Incluso con aquellos giros más de descanso, Cantahojas seguía herida y tenía el brazo y la espalda envueltos en pesadas gasas. Las costillas de Mia seguían magulladas, pero al menos ya veía con los dos ojos. Despiertaolas y Sidonio aún no se habían recuperado del todo de su último lance en el estadio, y Carnicero aún cojeaba. No eran la fuerza de combate más temible jamás reunida, eso desde luego. Pero tendrían la sorpresa de su parte, si las cosas salían bien, y todos ellos eran gladiatii bien entrenados.

Su venta iba a tener lugar al giro siguiente.

Caito ya había pagado el adelanto.

A decir verdad, era ahora o nunca.

La nuncanoché había caído y un viento fresco besaba los muros ocres y arremolinaba el polvo en el patio. Después de la traición de Arkades, Leona había duplicado las patrullas en la casa y había guardias por todas partes. Pero pese a ello, los gladiatii intercambiaban susurros y gestos secretos, y todos parecían preparados.

Pero por las Hijas, la espera era...

Estaban sentados en la oscuridad, sin hablar, sin moverse. Vieron perder intensidad poco a poco a los orbes arkímicos y escucharon cómo los sonidos del fuerte se iban apagando. Sid oyó a Cantahojas salmodiando en el interior de su celda. Sería alguna última plegaria a Madre Trelene para que les diera suerte, sin duda. Miró la celda del otro lado del pasillo y vio a Carnicero acuclillado, balanceándose adelante y atrás, ansioso por empezar.

Le recordó a su época en la legión. La nuncanoché antes de una batalla siempre era la peor. En esos tiempos había podido sustentarse en su fe en Aa. En su lealtad a su justicus. En el solaz de sus hermanos Luminatii y en la certeza de que estaban haciendo el bien. Ya no quedaba nada de todo aquello, solo una conciencia tranquila y la marca de un cobarde en el pecho. En lugar de hermanos Luminatii, tenía hermanos y hermanas gladiatii. En lugar de su fe en Aquel que Todo lo Ve y las órdenes de su justicus, estaba confiándolo todo a su hija de diecisiete años.

Era arriesgar mucho en una sola chica.

Sidonio oyó un golpe suave y un leve tintineo de metal contra piedra. Carnicero también lo oyó, se puso de pie y aferró los barrotes de su celda. Mia tenía dos opciones para liberarlos cuando hubiera escapado de su dormitorio: o bien forzar de algún modo los controles del mekkenismo para abrir las puertas de las celdas interiores o bien hacerse con la llave maestra

que llevaba la patrulla de guardia. Sid no sabía cuál iba a escoger. Pero notó mariposas en el estómago al ver que una silueta bajaba a hurtadillas la escalera hasta la antecámara del sótano, con una cachiporra de madera en una mano y lo que parecía una llave de hierro en la otra.

—Por el abismo y la sangre, lo ha conseguido. —Carnicero sonrió de oreja a oreja.

Mia metió la llave en el mekkenismo para abrir las puertas de las celdas y alzar el rastrillo. Sidonio se encogió al oír el leve chirrido de la piedra contra el hierro. Los gladiatii salieron con sigilo de los barracones y se congregaron en la antecámara hechos un manojo de feroces sonrisas y tensos nervios. Sidonio dio a Mia un breve abrazo y habló en susurros.

—¿No has tenido problemas?

Mia negó con la cabeza.

—Cuatro guardias inconscientes. Los otros dos están en el patio delantero.

—Metámonos en faena, pues —susurró Despiertaolas.

—Sí —convino la chica—. Pero sin hacer ruido, ¿eh?, no jodamos.

Mia guio al grupo escalera arriba hasta que vieron los cuerpos de cuatro guardias de Leona tendidos en las baldosas. Los hombres llevaban armaduras de cuero negro y plumas de halcón coronando sus yelmos, y entre ellos estaba el capitán Cánico. Todos habían quedado inconscientes a golpes. Los gladiatii se apresuraron a quitarles las armaduras para que se las pusieran Sidonio, Despiertaolas, Carnicero y Félix. No era solo que el cuero hervido los protegería si las cosas se ponían feas, sino también que las mentoneras servirían para taparles las marcas de las mejillas.

Distribuyeron armas: cachiporras de madera y espadas cortas. En la lejanía, Sid oyó que sonaba la cuarta campanada en Reposo del Cuervo y las olas chocar contra la costa rocosa. La fulgurante luz de los dos soles entraba por

las ventanas abiertas, y las cortinas de seda ondearon mientras los gladiatii rebeldes avanzaban a través del fuerte.

Se movieron con tanto sigilo como pudieron y cruzaron el recibidor hasta las puertas delanteras, cerradas con llave. Carnicero y Despiertaolas quitaron la tranca y los gladiatii se apiñaron ante el umbral.

—¿Preparados? —preguntó Sidonio.

—Sí. —Cantahojas alzó su espada con el brazo sano.

Mia abrió la puerta y los gladiatii cargaron sin hacer ruido hacia el rastrillo delantero. A los guardias les costó unos momentos comprender lo que estaban viendo, y para entonces ya era demasiado tarde. Uno retrocedió gorgoteando después de que Sidonio le atizara un buen porrazo en la garganta. Despiertaolas embistió al otro guardia y lo estampó contra la pared de la garita. El hombre alzó su cachiporra, pero el grito que pretendía dar se redujo a un gimoteo amortiguado cuando Mia le tapó la boca con una mano y le enterró la rodilla en los cojones. El hombre cayó como una piedra y la chica le cogió el arma antes de que llegara al suelo, se la estrelló en la sien y lo dejó desmayado en el polvo.

Carnicero hizo girar la rueda dentada que elevaba el rastrillo mientras Cantahojas y Albano desvestían a los últimos dos guardias y empezaban a ceñirse sus petos. Mia era demasiado menuda para ponerse la armadura de cualquier hombre y, además, les faltaban guardias inconscientes. En vez de eso, se echó sobre los hombros una capa que Aa sabía de dónde había sacado y se caló la capucha hasta la altura de los ojos.

—Muy bien —susurró la chica—. Vamos hacia el *Sabueso de Gloria*, en el puerto.

—Caminad erguidos y mirad a los ojos a la gente —les recordó Cantahojas—. Este juego se gana aparentando que tenemos todo el derecho del mundo a estar donde estamos, ¿entendido?

Los gladiatii asintieron y, con toda la calma que lograron reunir, salieron de Nido del Cuervo en formación y empezaron a descender por el camino. Mia iba en último lugar, con la capucha muy baja. La armadura de Despiertaolas le apretaba demasiado sus amplios hombros y el brazo de Cantahojas seguía envuelto en vendajes manchados de sangre; si se los sometía a escrutinio, sus disfraces no lo aguantarían mucho tiempo. Pero era tarde y el puerto bajo el Nido estaba tranquilo. Con un poco de suerte, el subterfugio duraría lo suficiente para que pudieran subir a bordo.

Abriendo la marcha, Sidonio intentó controlar sus nervios. La suerte estaba echada y lo que ocurriera a continuación quedaba en manos del destino, pero, por las Hijas, cómo costaba no echar a correr y alejarse tanto como pudiera a toda velocidad. El grupo siguió hacia abajo por el polvoriento camino que rodeaba Nido del Cuervo, y Sidonio miró las azules aguas del mar de las Espadas. Al entrar en la ciudad, se cruzaron con unos pocos granjeros que se dirigían al mercado, con un mensajero que cumplía un recado de su amo y con un puñado de pilluelos callejeros reunidos en torno a una hogaza de pan robada. Nadie les prestó la menor atención.

Ya alcanzaba a ver los altos mástiles de los barcos que se alzaban sobre el puerto, y el corazón empezó a latirle más deprisa. Pensó en aquel extenso océano azul y en los lugares a los que podrían navegar, cualquiera menos aquel. Miró a los otros gladiatii y aventuró una sonrisa, que Bryn le devolvió. Pero Despiertaolas susurró:

—Calma, calma.

Siguieron aproximándose, con el olor a sal en el aire y los graznidos de las gaviotas como música en sus oídos, cada paso acercándol...

—Atentos —murmuró Cantahojas—. Hay soldados delante.

Sid apretó los dientes pero no cambió el paso, y reparó en el cuarteto de legionarios de la guarnición de Reposo del Cuervo que marchaban por el otro

lado de la calle. No sabía si la soldadesca local conocería a los guardias de Leona; los hombres de armas tendían a juntarse para rezongar, trabajaran para quien trabajaran. Pero desde lejos, sus disfraces deberían ser suficiente, y estaban solo a unas decenas de metros del puer...

—Eh, yo te conozco —dijo una voz.

Sidonio se detuvo y miró hacia atrás. Había una joven pelirroja con el gorro emplumado y el morral de una vendedora ambulante parada en la calle, señalando a Mia.

—Por las Cuatro Hijas, ¡claro que te conozco! —insistió—. ¡Eres la Salvadora de Vigilatormenta!

Mia lanzó una mirada de advertencia a los demás y dedicó una leve sonrisa a la chica.

—Sí, mi dona.

—¡Te vi derrotar al arcadragón! —exclamó la chica, con los ojos azules brillando—. Por el piadoso Aa, ¡qué combate! ¡Nunca había visto uno igual!

—Os lo agradezco, mi dona —musitó Mia—, pero tengo pri...

—¡Mirad, mirad! —gritó a viva voz la vendedora—. ¡Es la Salvadora de Vigilatormenta!

—Aquí vienen —murmuró Despiertaolas.

El estómago de Sid dio un vuelco al ver que los legionarios habían oído a la vendedora y los cuatro estaban cruzando la calle. Su centurión vio el ornamentado penacho del yelmo de Sidonio y lo saludó a viva voz.

—¡Eh, Cánico! ¿Qué os trae a unos cabrones tan vagos como vosotros por aquí a estas...?

El centurión se interrumpió y escrutó el rostro de Sidonio a través de los huecos del yelmo.

—¿Cánico?

—¡Corred! —gritó Mia.

Los gladiatii desenfundaron las armas y se lanzaron a la carga. El centurión y sus hombres buscaron a tientas sus espadas, con las caras blancas de pánico. Para los guardias de la casa de Leona habían usado las cachiporras, pero allí no había espacio para la clemencia: se enfrentaban a legionarios itreanos bien armados y protegidos, entrenados para matar. Despiertaolas atravesó el pecho del centurión con una estocada, empalándolo como a un cerdo en el espetón. Carnicero apartó la espada de otro, giró y le rajó la garganta de un tajo, salpicando el aire salado de escarlata. La vendedora ambulante echó a correr calle abajo y estalló en gritos de «¡Asesinos! ¡Asesinos!», mientras Sidonio daba fin a otro legionario con un centelleo de su espada. Albano se encargó del último, barriéndole las piernas del suelo antes de hincarle su hoja entre el hombro y el cuello.

—¡Hacia el puerto! —gritó Mia—. ¡Vamos, vamos!

Se lanzaron a la carrera, olvidándose por completo de las apariencias. Las sandalias de Sid aporrearon los adoquines y la gente se giraba al verlos pasar corriendo a medida que los gritos de «¡Asesinos!» que llegaban desde calle arriba se iban haciendo más fuertes. Llegaron a los embarcaderos y pasaron como una exhalación entre marinos y comerciantes que descargaban sus mercancías y los pescadores de los muelles. Despiertaolas corría junto a Sid, Bryn iba destacada en cabeza y Mia cerraba la marcha, todos ellos salpicados de sangre. Vio el *Sabueso de Gloria* con el ancla echada, quizá a unos cien metros de distancia en la bahía.

—Ahí está —dijo jadeante.

Se dejó caer por el lado del muelle a la barca del *Sabueso*. Los otros gladiatii también saltaron, y Carnicero y Despiertaolas cogieron los palos y remaron como si les fuera la vida en ello. Sid empezó a oír el tañido de campanas, la alarma que se extendía por Reposo del Cuervo y despertaba a sus habitantes, los temerosos gritos que resonaban en las silenciosas calles.

—¡Revuelta!

—¡Los Halcones se han rebelado!

Carnicero y Despiertaolas picaron los remos con ímpetu, acercándolos más al *Sabueso* con cada brazada. Cantahojas se escudó los ojos del brillo del agua e hizo un gesto con la cabeza hacia los mástiles desnudos.

—Las velas están guardadas.

—Podemos tenderlas bien de prisa —gruñó Despiertaolas.

—¿Estás seguro? —resolló Carnicero.

—Tranquilo, hermano. —Despiertaolas asintió—. Yo ya aprendía a navegar mientras tú chupabas las tetas de tu madre.

—¿Aprendiste a navegar el año pasado? —dijo Bryn con una sonrisa.

—Dejemos en paz las tetas de mi madre, ¿queréis? —gruñó Carnicero.

—Menos hablar y más remar —dijo Sidonio.

Llegaron al *Sabueso* y treparon por la escalera de cuerda hasta la cubierta. El barco cabeceaba y se inclinaba en el mar picado, bajo la luz de los soles que ardía en aquel inacabable cielo azul. Llegó un solo vigilante desde la proa, exigiendo saber qué pretendían, pero un revés de Despiertaolas lo derribó en los tablones, gimoteante y ensangrentado. Desde la cubierta, Sid alcanzó a ver movimiento en los muelles. Unos pocos legionarios, y marineros que señalaban en su dirección.

—Necesitamos esas velas ya, Despiertaolas.

—Sí. —El hombre asintió—. Estarán abajo, en la bodega. Venid todos conmigo.

Despiertaolas abrió la gran trampilla que cerraba la bodega del *Sabueso* y bajó raudo por la escala a las entrañas del barco. Cantahojas descendió en segundo lugar, seguida por Sidonio y los demás gladiatii, dejando a Mia y Bryn en cubierta para que montaran guardia. La luz de los soles se filtraba por la celosía de madera sobre sus cabezas, iluminando la panza de la nave, y los

gladiatii se dispersaron en busca de las enormes lonas que necesitaban para zarpar. Cajas y toneles, rollos de cuerda con sal incrustada y pesados cofres de hierro. Pero...

—No las veo —dijo Cantahojas.

—Tienen que estar por aquí —gruñó Despiertaolas—. Seguid buscando.

—¿Por qué abismos habrán guardado las velas, a todo est...?

Sid oyó pasos apresurados y una blasfemia susurrada por encima de sus cabezas. Miró entre el entramado y vio dos siluetas que forcejeaban, destacadas contra la luz. Una de ellas era Bryn, a juzgar por la coleta. Pero la figura que tenía detrás, con el brazo en torno a su cuello se parecía mucho a...

—¿Mia? —susurró.

Oyó un respingo y un impacto húmedo cuando Bryn cayó en cubierta con un gemido sobre un inmenso rollo de soga. Y mientras Sid abría la boca para avisar a sus compañeros, la trampilla del techo se cerró de sopetón, dejándolos a todos encerrados en la bodega del *Sabueso*.

—¿Qué abismos pasa aquí? —siseó Despiertaolas.

Mia estaba arrodillada al lado de Bryn, apenas consciente y con marcas rojas en el cuello. Sidonio miró entre los tablones de la trampilla, con el estómago revuelto y la boca repentinamente seca como el polvo.

—¿Cuervo? —llamó—. ¿A qué estás jugando?

—Lo siento, Sidonio —oyó responder a la chica, con la voz cargada de pena—. Pero ya te dije una vez que lo último que estoy haciendo es jugar.

Carnicero subió por la escalera de cuerda y aporreó la trampilla con su espada, intentando romperla.

—¿Qué coño pasa aquí?

Los gladiatii se miraron entre ellos, con temor y confusión en sus ojos. Estaban encerrados en la panza del *Sabueso* como peces en barrica, sin nadie contra quien luchar, sin escapatoria posible.

—¿Así es como me recompensáis? —dijo una voz.

Sidonio alzó la mirada e inhaló una trémula bocanada al ver a la dona Leona caminando por la cubierta, encima de ellos. En vez de llevar ropa de nuncanoches, iba vestida de negro, llevaba *kohl* en los ojos y el pelo trenzado como para ir a la guerra.

—Después de todo lo que he hecho por vosotros —dijo Leona mirando a los gladiatii atrapados en la bodega—. Después de sacaros del arroyo, de alimentaros y daros cobijo bajo mi techo. Después de cubriros de gloria y del honor del nombre de mi *collegium*. ¿Y así me lo agradecéis?

—Cuervo —dijo iracundo Despiertaolas, dando vueltas en círculo y alzando los ojos hacia la cubierta—. Cuervo, ¿qué has hecho?

—Ha hecho lo que nadie más de entre vosotros ha tenido el valor de hacer —dijo Leona—. Se ha mantenido fiel a su *domina*.

—¡Putz zorra desgraciada! —rugió Carnicero dando un puñetazo en la trampilla—. ¡Te mataré, joder!

—No harás tal cosa —replicó Leona—. Languidecerás en esa bodega hasta que yo decida tu destino. Y me temo que será un destino desagradable, traidor.

—¿Y tú nos llamas traidores? —gritó Cantahojas—. Yo te traje honor en Fuerteblanco. ¡Cuervo no habría salido victoriosa de no ser por mí! ¿Y me lo agradeces vendiéndome a ese gilipollas de Varrón Caito antes de estar curada siquiera? —Escupió sobre la madera que tenía bajo los pies—. Zorra desleal.

Leona hizo un gesto burlón y negó con la cabeza.

—Solo oigo a ratas traidoras chillando en el agujero que ellas mismas se han excavado.

Carnicero seguía descargando su espada contra la trampilla. Despiertaolas empujaba los maderos que tenía encima. Media docena de guardias de Leona se desplegaron desde el camarote principal del *Sabueso* para rodear a la dona: el segundo turno, que debería haber estado durmiendo en sus catres. Ya

no quedaba la menor duda de que Leona estaba al tanto de que iba a ocurrir todo aquello, que toda la fe que habían depositado en la hija de Darío Corvere...

Sidonio apretó los puños sin dejar de mirar hacia arriba por el entramado. Mia le sostuvo la mirada, con los ojos oscuros nublados y la expresión adusta e incruenta. La cicatriz que le surcaba la mejilla le daba un aire feroz, de una saña y una frialdad en las que nunca se había fijado hasta entonces. Pero aun así, le pareció ver lágrimas en aquellas pestañas oscuras, rodeadas de una melena negra que los vientos de la nuncanoché hacían revolotear en torno a su rostro como un halo.

—¿Cuervo?

—Significaba demasiado para mí, Sid —susurró ella. Negó con la cabeza y movió las manos vagamente a los dos lados—. Lo siento muchísimo.

Había sido mucho que arriesgar a una sola chica.

Pero Sidonio no había creído ni por un momento que pudieran fracasar de verdad.

—Sí, pequeña Cuervo. —Sidonio agachó la cabeza y se frotó el pecho dolorido—. Yo también lo siento.

CAPÍTULO 30

INTERLUDIO

Dos pasajeros se reunieron en un sucio callejón de una pequeña ciudad costera.

El primero era pequeño, fino como los susurros, con forma de gato. Vestía esa apariencia durante más de siete años ya. Apenas recordaba lo que era antes. Un fragmento de una oscuridad más profunda, dotado solo de la consciencia suficiente para arrastrarse desde la negrura que yacía bajo la piel de Tumba de Dioses y buscar a alguien que fuese como él.

Mia.

El giro en que se conocieron, la chica acababa de perder a su padre. Ahorcado y danzando para la plebe. Ella había chillado y había hecho temblar las sombras, y él había seguido su llamada hasta encontrarla al lado de su madre. La imagen de su padre ardía brillante en su mente mientras él se extendía y la tocaba. Pero la chica también había perdido a su gatito. Le había partido el cuello el justicus que robó el título del padre de la chica, además de su vida. Era una herida más leve. El gatito parecía una forma mucho más razonable que robar, a fin de cuentas. Mucho mejor que la del padre. Era más fácil amar a algo sencillo.

La chica lo había llamado Don Majo. Le casaba bastante bien. Pero en

algún lugar, muy al fondo, el gato que no era un gato sabía que ese no era su nombre.

La segunda pasajera era más grande, y llevaba más tiempo vistiendo su forma. Había encontrado a su Casio cuando era poco más que un niño. Apaleado. Hambriento. Objeto de incontables abusos. Un niño de la espesura itreyana, llevado a rastras y encadenado a la Ciudad de los Puentes y los Huesos, y allí casi asfixiado por la miseria. Los padres del chico habían cazado lobos; eso lo recordaba, incluso en sus peores momentos. Y el chico recordaba que los lobos eran fuertes y feroces. Así que ella se convirtió en loba para él, y juntos dieron caza a todo el que se interpuso en su camino.

Él la había llamado Eclipse. Se aproximaba a la verdad. Pero en algún lugar, muy al fondo, la loba que no era una loba sabía que ese tampoco era su nombre.

Lo echaba de menos.

—... *HOLA, MININO...* —dijo la no-loba, apoyada en la pared de una posada cochambrosa.

—... *hola, chucha...* —respondió el no-gato, subido a una pila de toneles vacíos.

—... *¿ESTÁ HECHO, ENTONCES?...*

—... *está hecho...*

La loba-sombra volvió sus no-ojos hacia el océano y asintió una vez.

—... *DIRÉ A ASHLINN QUE YA PUEDE QUITARSE ESE RIDÍCULO ZURRÓN DE VENDEDORA AMBULANTE, PUES...*

—... *si pudieras convencerla de que se ahogara en el océano, ya puestos, te lo agradecería con toda sinceridad...*

—... *TUS CELOS ME FASCINAN, PEQUEÑO MININO...*

—... *cuidado, querida chucha, que me parece que has usado una palabra de tres sílabas...*

—... *¿CÓMO PUEDE SER QUE ALGUIEN QUE DEVORA EL MIEDO ESTÉ TAN ASUSTADO?...*

—... *yo no temo nada...*

—... *APESTAS A TEMOR...*

—... *anda, sé un cielo y vete a tomar por culo, ¿quieres?...*

—... *NADA ME COMPLACERÍA MÁS...*

La loba que no era una loba empezó a desvanecerse, como un bisbiseo en el viento. Pero la súplica del no-gato la retuvo.

—... *espera...*

—... *¿QUÉ?...*

Don Majó se quedó quieto un momento, buscando las palabras.

—... *¿tú... tú no tienes miedo?...* —preguntó por fin.

—... *¿DE QUÉ?...*

—... *no de. por...*

—... *TUS ACERTIJOS ME ABURREN, FELINO...*

—... *¿no tienes miedo por ella?...*

La loba-sombra ladeó la cabeza.

—... *¿POR QUÉ IBA A TENERLO?...*

El no-gato suspiró y escrutó el horizonte.

—... *a veces me pregunto en qué la estamos convirtiendo...*

—... *ESTAMOS CONVIRTIÉNDOLA EN ALGUIEN FUERTE. DE ACERO. DESPIADADA COMO LA TORMENTA Y EL MAR...*

—... *lo que tomamos de ella... me pregunto si es posible que lo necesite...*

—... *¿TE REFIERES AL MIEDO?...*

—... *no, me refiero al buen gusto eligiendo ropa...*

—... *¿QUÉ NECESIDAD TIENE DEL MIEDO, MININO?...*

—... *quienes no temen la llama arden. quienes no temen la hoja sangran. y quienes no temen la tumba...*

—... *SON LIBRES PARA SER Y HACER CUANTO DESEEN...*

—... *es distinta de como fue una vez. antes no era tan fría. ni tan temeraria...*

—... *Y ME RESPONSABILIZAS A MÍ DE ELLO...*

—... *ahora devoramos dos de lo que antes se alimentaba solo uno. quizá estemos tomando demasiado. quizá nosotros estemos volviéndola así. insensible. confabuladora. cruel...*

—... *Y SEGURO QUE LAS RECIENTES REVELACIONES SOBRE LA IGLESIA ROJA Y SOBRE SU FAMILIA NO HAN TENIDO NADA QUE VER CON ESE CAMBIO DE ACTITUD...*

—... *otra vez palabras de tres sílabas...*

—... *¿HEMOS TERMINADO, PEQUEÑO MININO?...*

El no-gato miró hacia el cielo, rojo ardiente y oro fulgurante y azul cegador.

—... *se acerca un ajuste de cuentas, eclipse. nos aguarda en la ciudad de los puentes y los huesos. puedo sentirlo. igual que ese condenado sol del horizonte, acercándose con cada aliento...*

—... *MENOS MAL, PUES, QUE NO RESPIRAMOS...*

Don Majo suspiró.

—... *te odio...*

Eclipse rio.

—... *BIEN...*

Y sin ningún otro sonido, desapareció.

Un solo pasajero se quedó sentado en un sucio callejón de una pequeña ciudad costera.

Apenas recordaba lo que era antes. Un fragmento de una oscuridad más profunda. Una larva de consciencia, que soñaba con unos hombros coronados con alas traslúcidas.

Y con aquella que las entregaría.

Mia.

CAPÍTULO 31

VEROLUZ

«Tumba de Dioses.»

Mia estaba de pie en la cubierta del *Sabueso de Gloria*, con el viento del océano en el pelo, mirando la Ciudad de los Puentes y los Huesos. El puerto estaba atestado, con centenares de velas dispersas por aquella alfombra de extenso azul, con gente que acudía desde todos los rincones para celebrar los más grandiosos giros de festividades en honor a Aa en la gloriosa capital de la República Itreyana.

La esperada veroluz había llegado.

Saai por fin había remontado el horizonte cuando zarparon desde Nido del Cuervo, un orbe de color azul claro que se unió a sus hermanos dorado y rojo en el cielo. Hacía un calor abrasador que enfermaba a Mia, y Don Majo estaba acurrucado en su sombra, igual de desgraciado que ella. Mia podía sentir toda la furia del Padre de la Luz cayendo sobre ella como martillos contra el yunque. Con la cabeza gacha, merodeaba por la cubierta encima de personas que una vez la habían llamado amiga.

Sidonio y los demás estaban encadenados en la bodega, con grilletes en las muñecas y los tobillos. Habían resistido con valor y jurado que matarían a cualquier guardia de Leona que bajara a la bodega para reducirlos, pero después de tres giros sin agua con aquel calor espantoso, estaban demasiado

débiles para resistirse. Los guardias atacaron la bodega en el quinto giro y les pusieron los hierros. Desde entonces, les habían dado comida y agua cada giro; tenían que estar en la suficiente buena forma para blandir armas en los combates de ejecución, al fin y al cabo.

Mia se había librado del cautiverio porque había colaborado en la captura de los insurgentes, y Furiano solo por estar enfermo en cama y por el testimonio jurado de Leona ante los Administratii. La dona había aceptado un adelanto de Varrón Caito por la venta de su rebaño, pero, con el rumor del alzamiento extendiéndose por Reposo del Cuervo, no iba a poder completar la transacción, porque nadie sería tan idiota de comprar a gladiatii que se habían rebelado contra su ama.

De modo que la dona se había limitado a robar el adelanto de Caito, hacerse a la mar, coger la ruta lenta y con vistas y decidir preocuparse del enfurecido tratante de carne cuando regresara triunfante de la capital. Con las monedas que había afanado, sumadas al premio de Fuerteblanco y la pequeña retribución que le entregarían por el combate de ejecución, tendría suficiente para el primer pago que debía hacer a su padre. Pero si no salía de Tumba de Dioses con el Venatus Magni ganado, estaría en la ruina más absoluta.

Todo dependía de ese único combate.

Todo.

Mia apoyó las manos en la regala del *Sabueso* y contempló el resplandor de la luz de los soles en la superficie del océano. Intentó retorcer las sombras a sus pies, pero era casi imposible: su presa sobre la oscuridad era débil, e intentar asirla era como atrapar el humo. Tenía sentido, supuso. Si sus poderes habían alcanzado su pico en la veroscuridad, era lógico que fuesen más débiles que nunca cuando el Padre de la Luz era más fuerte en el cielo. Pero saberlo no hacía que se sintiera mejor sobre sus posibilidades en el Magni.

Miró hacia la gran capital itreyana con el corazón en la garganta. Llevaba

meses sin posar los ojos en ella. Meses de sudor y sangre y lágrimas. Ante ella se extendía la ciudad entera, el archipiélago quebrado que brillaba a la luz de los soles. Hasta el último metro cuadrado estaba incrustado de edificios de apartamentos y chabolas y elegantes villas, aferradas a la costa como percebes al casco de una vieja galera. Por encima de las agujas de la catedral, los enormes andadores de guerra y el Senado se alzaban las Costillas, unas torres gigantescas y osificadas que se elevaban hacia el cielo, casi cegadoras de puro blanco descolorido.

Mia había pasado la mayoría de su infancia allí, en los alojamientos de sus padres. Mucho más tiempo que en Nido del Cuervo, a decir verdad. Sentada con su madre y sus sirvientes, jugando con su hermanito. Si Nido del Cuervo había sido el refugio de la familia, Tumba de Dioses había sido su mundo. Mia nunca había podido escapar mucho tiempo de su llamada.

Pensar en su familia hizo que le doliera el pecho y se le nublaran los ojos. Todo lo que había roto y robado, todas las vidas que había tomado y los kilómetros que había corrido y los años que había estudiado, todo ello quedaría justificado bien pronto. Al cabo de dos breves giros, daría inicio el Venatus Magni. Al cabo de dos breves giros, lucharía por su vida y se alzaría ante Duomo y Scaeva sobre la arena ensangrentada, y chillaría su hombre mientras les rebanaba las gargantas, de una puta oreja a la otra.

«Habrá merecido la pena.»

Miró hacia atrás, a las sombras de la bodega bajo sus pies. Podía sentir las miradas de todos en ella. De quienes la habían llamado amiga.

«Todo habrá merecido la pena.»

—Sabía que eras fría, Cuervo —dijo una voz a su espalda—, pero hasta ahora no era consciente de cuánto hielo fluía por tus venas.

Mia volvió a contemplar el perfil de Tumba de Dioses contra el cielo mientras Furiano se acercaba a ella en la borda. La larga melena negra del

Invicto se ondulaba con la brisa marina, y su piel bronceada relucía con una fina pátina de sudor. Tenía el pecho picado y con cicatrices y la piel aún llena de costras, pero después de descansar a bordo durante tres semanas, estaba casi recuperado. A pesar de los tres soles que ardían sobre sus cabezas, la sombra de Mia tembló cuando el hombre se inclinó hacia ella. Una mirada a sus pies le confirmó que la de Furiano estaba haciendo lo mismo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

Furiano miró hacia la Ciudad de los Puentes y los Huesos, entrecerrando sus ojos oscuros para protegerlos de la luz.

—He oído que serás quien blanda la espada en el lance de ejecución.

—La *domina* necesita el dinero.

—Ah, ya lo sé. —Furiano asintió—. Y sé que la *domina* está en su derecho de designar al ejecutor. Es solo que no creía que fueses a estar dispuesta a acabar con Sidonio y los demás.

—Somos los únicos dos *gladiatii* que le quedan a la *domina*, Furiano. Tus heridas apenas están lo bastante curadas como para arriesgarte en el Magni. A menos que la *domina* quiera que el pago de la ejecución vaya a otro *collegium*, ¿a quién va a sacar a la arena? ¿Qué va a hacer, poner una espada en la mano de la *magistrae* y pedirle que se encargue ella?

Furiano sonrió.

—Eso sería digno de verse.

—Sí. —Mia suspiró—. Ya lo creo que lo sería.

La sonrisa de Furiano murió despacio en sus labios, y su voz se redujo a un murmullo.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo—. Llevo un tiempo queriendo preguntártelo.

Mia lo miró de soslayo, con un mohín en los labios.

—¿Hice qué?

—Ya sabes lo que digo —gruñó él—. Cantahojas y los demás te

consideraban su amiga. Pero me ha dicho la *domina* que en el momento en que te enteraste de su plan, fuiste derecha a contárselo. Y no solo frustraste su huida, sino que lo hiciste de forma que los capturaran vivos, para poder ajusticiarlos ante la plebe.

—Si los hubieran matado en la revuelta, la *domina* no habría recuperado ni una moneda por su pérdida —dijo Mia—. Leónidas habría cerrado el *collegium*. Ni tú ni yo estaríamos aquí. Pero ahora, entre el premio de Fuerteblanco y el combate de ejecu...

—Sí, sí, todo eso ya lo sé —gruñó Furiano, perdiendo los nervios—. Lo que no entiendo es por qué no los ayudaste.

—Porque no soy una puta heroína, Furiano. Si quieren ayuda, que se ayuden a sí mismos.

Mia se volvió para marcharse, pero el Invicto la agarró por el brazo, enseñando los dientes.

—¿Quién abismos eres tú? —preguntó con brusquedad—. No eres una escuchimizada cualquiera de la Pequeña Liis, eso está bien claro. Te miro a los ojos y veo intención. Veo un proyecto. Desde que pisaste nuestro *collegium*, he notado tus manipulaciones. Como una titiritera en la sombra moviendo siempre las cuerdas, y nosotros somos las marionetas.

Mia liberó su brazo con un rugido.

—No me toques.

—No guardas ninguna lealtad a Leona —gruñó Furiano—. Ahora lo sé. Incluso en nuestro combate de Fuerteblanco, cuando arriesgaste la vida para salvar a Cantahojas, todo fue para cumplir tus propios objetivos. Has traicionado a quienes te llamaban hermana. Has asesinado, mentido y robado, todo para llegar a la arena del Magni, cuando habrías podido colarte entre las sombras y alcanzar la libertad en cualquier momento que eligieras. Así que, en nombre de Aquel que Todo lo Ve, ¿por qué estás aquí?

Mia miró aquellos ojos amargos de chocolate y la oscuridad que temblaba a sus pies. Una vez, había pensado que Furiano y ella se parecían tanto como la veroluz y la veroscuridad. Pero en la cubierta de aquel barco comprendió que era mentira. Percibió los parecidos entre ellos, tan profundos como la sangre y el hueso. Ambos eran prisioneros de su pasado. Ambos tenían una obsesión que no admitía razones por ganar el Magni, Furiano en búsqueda de la redención y Mia de la venganza.

Apretó la mandíbula y negó con la cabeza. Estaba tentada de hablar. De mirarlo a los ojos y ver si Furiano alcanzaría a concederle alguna medida de comprensión. Precisamente él debería. Pero no tenía sentido y Mia lo sabía. Furiano anhelaba la absolución de sus pecados de manos de un dios. Mia anhelaba destruir las manos de ese mismo dios por los pecados de esas manos. Para que uno de ellos se alzara vencedor, el otro tendría que caer. Y ninguno de los dos estaría dispuesto a apartarse para que el otro pudiera ganar. No estaban en un relato de libro infantil. No había amor entre ellos. No había compañerismo. Solo rivalidad.

Y solo una forma en la que podía terminar.

—Ve a descansar, Furiano —dijo Mia, y desvió la mirada de vuelta al cegador perfil de la ciudad—. Vas a necesitarlo cuando llegue el fin de semana.

Plic.

Plata en su garganta.

Plic.

Piedra en sus pies.

Plic.

Hierro en su corazón.

Mia estaba en la oscuridad bajo el estadio, sin hacer nada más que escuchar. Del techo caía un agua salada que salpicaba en el suelo de la celda. Tantos años. Tantos kilómetros.

Al giro siguiente, de un modo u otro, todo terminaría.

Habían echado amarras el giro anterior, después de que los Administratii informaran de que aprobaban el lance de ejecución. El horario iba muy justo; ya se habían celebrado cinco giros enteros de juegos, y centenares de prisioneros del estado habían sido asesinados. A los *editorii* les había costado horrores buscar sitio para otro combate de ejecución en las festividades del giro siguiente, pero que se pudriera todo un establo de gladiatii podía suponer un muy mal ejemplo para los demás *collegia*. Por tanto, los Halcones de Remo afrontarían la justicia en un espacio de cinco minutos después de la última carrera de *equillai*. Sus vidas se apagarían mientras la gente esperaba que le trajeran la comida o hacía una escapada rápida al retrete antes de la atracción principal.

Y después de la centrera, después de sus asesinatos, daría inicio el Venatus Magni.

Plic.

Plic.

Mia estaba sentada a solas en su celda escuchando las celebraciones, el rugido de la avasalladora multitud que sacudía la misma piedra a sus pies. A los campeones de cada *collegium* se les concedía cierta intimidad: sus paredes eran de piedra, su cama estaba limpia y tenía dos pequeños orbes arkímicos que daban una luz cálida y constante. Una pequeña mirilla en su puerta de roble dejaba entrar un ápice de aire fresco, el olor de las cocinas, de la sangre, del aceite y el hierro. Mia se preguntó en qué condiciones tendrían encerrados a Sidonio y a los demás. Cuánto más se verían obligados a sufrir antes de salir por última vez a la arena. Don Majó estaba acomodado en su

sombra, mirándola con sus no-ojos. Susurrándole que pronto, de un modo u otro, todo terminaría.

Mia no respondió.

Cuando los habían escoltado a Furiano y a ella por el atestado distrito de los nacidos de la médula hasta las entrañas del estadio de Tumba de Dioses, el giro anterior, se había quedado maravillada por la tremenda inmensidad de la construcción. Ya la había visto cuando era pequeña, por supuesto, pero nunca desde tan cerca. La estructura elíptica del estadio estaba tallada directamente en el mismo Espinazo, se extendía trescientos metros y sus anillos concéntricos de gradas se alzaban en cuatro alturas. Elegantes arcos y acanalados contrafuertes de mármol sólido y hueso de tumba, y estatuas de Aquel que Todo lo Ve y sus Cuatro Hijas rodeando el anillo exterior. Era una maravilla de la ingeniería, un testimonio de la genialidad de quienes lo habían diseñado, del sufrimiento de los esclavos que lo habían construido, un monumento abrumador al poder, a la visión y, sobre todo, a la crueldad de la República Itreyana.[45]

El *venatus* de ese giro había terminado y el público salía en tropel a la calle con brillantes sonrisas y ojos muy abiertos. Las campanas de las catedrales repicaban por toda la ciudad, llamando a los fieles a misa. Con los tres ojos de Aquel que Todo lo Ve abiertos en el cielo, los ciudadanos más devotos de la república se preparaban para una nuncanoches de oración y piedad públicas, y los menos religiosos, para una velada de desenfreno privado.

La emoción era arkímica y la expectación por el Magni alcanzaba cotas vertiginosas. Mia oyó el traqueteo de los enormes mekkenismos debajo de ella, sin duda porque los sacerdotes del Monasterio del Hierro habían ido a comprobar que todo estuviera listo para el giro siguiente. Se trataba del acontecimiento más importante del calendario itreyano, una exaltación de la

república y del Dios de la Luz. El giro siguiente tendría lugar el espectáculo más grandioso celebrado bajo los soles ante los ojos estupefactos de la multitud, y el propio cónsul coronaría al guerrero más poderoso de Itreya con unos laureles dorados mientras la mismísima Mano de Dios concedía a ese guerrero la libertad.

Era el tejido con el que se creaban las leyendas.

Plic.

Mia no miraba nada.

Plic.

No decía nada.

Plic.

Solo escuchaba los ecos de la muchedumbre al retirarse, de los legionarios que patrullaban el subsuelo del estadio, el raspar de una escoba mientras un esclavo se acercaba por el pasillo que llevaba a su celda. Y sobre todo, escuchaba los pensamientos del interior de su cabeza.

«Aquí no es donde voy a morir. —Mia negó con la cabeza, apretó los puños—. Me queda demasiada matanza por hacer.»

La escoba se detuvo al otro lado de su puerta. Oyó un frufú de tela, la suave melodía del metal contra el metal, el leve chasquido de la cerradura mekkénica de su puerta. Entró un hombre, barriendo el suelo a su paso, con la espalda encorvada por los años y el pelo canoso alzado en un rebelde revoltijo sobre un par de penetrantes y familiares ojos.

—Bueno —dijo el anciano, cerrando la puerta—, el alojamiento no es nada del otro mundo, pero sus residentes son directamente deplorables.

—¡Mercurio!

Mia se levantó del suelo y corrió a sus brazos. El obispo de Tumba de Dioses le dedicó una amplia sonrisa y la envolvió en un fuerte abrazo. Mia casi se echó a llorar, sintiendo que toda la tristeza y el dolor de los últimos

giros de pronto le pesaba un poco menos. La tensión se vertió a través de sus pies a la piedra indiferente del suelo. Lo apretó tanto que le hizo difícil respirar, y el anciano le dio unas palmaditas en la espalda hasta que Mia aflojó un poco y se pasó los nudillos por los ojos.

—Por el abismo y la sangre, cómo me alegro de verte —suspiró.

—Y yo a ti, cuervecilla —dijo su antiguo mentor con una sonrisa.

—Tienes buen aspecto —dijo ella.

—Tú lo has tenido mejor —replicó él, tocándole la cicatriz de la mejilla—. ¿Qué tal aguantas aquí dentro?

—Bastante bien. —Mia se encogió de hombros—. La veroluz me hace difícil nismar las sombras. La comida es una mierda. Y me muerdo por un cigarrillo.

—Bueno, para las primeras dos cosas no tengo solución —dijo el obispo—. Pero para la tercera...

Mercurio metió la mano en su túnica raída y sacó una fina pitillera de plata. La cara de Mia se iluminó cuando el hombre sacó dos cigarrillos y los encendió con un pequeño yesquero. Casi arrancó el cigarrillo de la mano que se lo ofrecía, y llevó el humo a sus pulmones como si le fuera la vida en ello. Con un gemido, se apoyó contra la pared, echó atrás la cabeza, liberó al aire una voluta de gris con olor a clavo y se lamió el azúcar de los labios.

—Es de Dorian el Negro —susurró.

—Los mejores cigarrillos de la Tumba. —Mercurio sonrió.

—Por los dientes de las Fauces, podría darte un beso.

—Guárdate el aprecio para mañana —dijo él—. Podrás agradecerme no dejando que te maten como la tonta que eres.

—Ahí es donde está el truco —repuso ella.

—Nuestra joven dona Järnheim me ha puesto al día sobre los detalles de tus aventuras desde que abandonaste la Tumba —dijo Mercurio—. Gracias a la

Negra Madre que no me ha ido informando con regularidad, o me habría dado un puto ataque al corazón.

—Reconozco que el plan se ha... desmadrado un pelín.

—¿Desmadrado? Ha explotado por todas partes como la mierda de un demente, Mia. Tengo a Solis pegado al culo como la seda barata al de un dulcechico de a dos mendigos. Le he dado esquinazo bastante bien hasta ahora, pero empieza a perder la paciencia. —Mercurio torció el gesto y dio una calada al cigarrillo—. Ahora mismo estás recorriendo el norte de Vaan, por cierto. Se te escapó el portador del mapa en Villa Corneja por un solo giro.

—Qué chapucero por mi parte —murmuró Mia.

—Ya, bueno, nunca fuiste mi alumna más aventajada.

Mia sonrió e inhaló otra bocanada de cálido y dulce gris.

—Recibí una visita a los pocos giros de tu partida, ¿sabes? —dijo Mercurio—. Una amiga tuya llegó husmeando por la necrópolis.

—No tengo amigos, Mercurio, ya lo sabes.

—¿Una chica llamada Belle? Dijo que la enviabas tú.

Mia parpadeó mientras una memoria distante se le acercaba despacio por la espalda como una ladrona. Recordó a la chica de catorce años en la casa de placer braavi, con el labio magullado y demasiado dolor en los ojos.

—¿Fue a buscarte? —Mia sonrió—. Me alegro por ella.

—No me dedico a recoger a todos los vagabundos que pasan por la calle, Mia —gruñó—. Soy obispo de Nuestra Señora del Bendito Asesinato, no la puta beneficencia.

Mia se cruzó de brazos y clavó en Mercurio su mirada oscura.

—Recuerdo a una vagabunda que se plantó en el mostrador de Mercuriosidades no hace tanto tiempo —dijo—. Una chica que no tenía ni un amigo en el mundo, pero sí toda una república en su contra. A ella sí que la recogiste. Le diste un lugar al que pertenecer. Le diste amor en un mundo en el

que ella no creía que quedara más que mierda. Y ahora que lo pienso, creo que nunca llegó a darte las gracias. —Mia dio un suave beso en la mejilla al anciano—. Así que gracias. Por todo.

—Quita —murmuró él, apartándola.

—Sé lo mucho que te ha costado ayudarme —dijo ella—. Sé lo que has arriesgado para traerme hasta aquí. Scaeva y Duomo me quitaron a mi familia, pero en ti encontré una nueva.

El anciano se aclaró la garganta y frunció el ceño.

—No te me estarás ablandando, ¿verdad, cuervecilla?

—Ni se me ocurriría.

El anciano parpadeó deprisa y se frotó la cara.

—¡Joder si hay polvo en estas celdas!

—Sí —dijo ella, sonriendo y pasándose la mano por los ojos—. Hay muchísimo. ¿Ashlinn está preparada?

—Todo está preparado. ¿Aún confías en ella?

—Con mi vida.

—Creo que te ha cogido afecto.

Mia sonrió alrededor de su cigarrillo.

—Siempre ha tenido bastante mal gusto.

Mercurio suspiró y la miró al fondo de los ojos.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces?

—Si no, es un poco tarde ya para cambiar de canción. —Mia se encogió de hombros—. Seguiré bailando hasta que pare la música y ya veremos dónde me han llevado los pasos.

—No es demasiado tarde, Mia. Aún puedes cambiar de opinión.

—Pero ahí está el asunto, Mercurio —dijo ella—. Es que no quiero. Aunque no tuviera conmigo a Don Majo y a Eclipse, no estaría asustada. Hasta el último giro de los últimos siete años me ha traído hasta este punto.

Interpretaré el papel que me ha asignado el destino. Y mañana, cuando se cierre el telón tras el último acto, las vidas de Scaeva y Duomo se cerrarán con él.

—Pero recuerda —dijo Mercurio ceñudo— que el último acto de la obra no tiene por qué ser también el tuyo.

—No tengo deseos de morir. —Mía suspiró y aplastó el cigarrillo contra la pared—. La verdad es que suena mucho más interesante ser la asesina más buscada de la república.

—Un noble objetivo al que debería aspirar cualquier chica. —Mercurio sonrió.

Mía le devolvió el gesto, enseñando los dientes.

—En fin, una vez me dijiste que nunca sería una heroína.

Los ojos de Mercurio se anegaron en lágrimas. La apretó en un fuerte abrazo contra su pecho. Y allí, en la oscuridad, estando los dos solos, al oído de la chica a la que consideraba su propia hija, el anciano susurró:

—Quizá te mintiera.

CAPÍTULO 32

DULCE

Furiano siguió el curso de un canal serpenteante por el distrito de los nacidos de la médula, rodeado por todas partes de guardias del *collegium* de Remo. Era tarde, y el calor solo se veía aliviado un ápice por los frescos vientos de la nuncanoché que soplaban desde el mar del Silencio. Había celebraciones en todas las tabernas, fumaderos y burdeles, y las calles estaban llenas de dones y donas bien parecidos caminando del brazo, el aire lleno de canciones y júbilo.

Al Invicto no le interesaba nada de eso.

Los guardias lo escoltaron por el puente del Consuelo, siguiendo el borde del Espinazo hacia una hilera de lujosas villas. Estaban construidas a la sombra de la quinta Costilla, piedra blanquecina y teja ocre, flores en los alféizares. No eran las mejores residencias de toda Tumba de Dioses, por supuesto, pero se parecían más a un palacio que ningún otro lugar en el que hubiera dormido en la vida.

Los guardias lo llevaron a la puerta delantera, donde esperaba la *magistrae* con un vestido suelto azul mar y un rostro agrio.

—La *domina* requiere tu presencia —dijo la mujer—, si no es molestia.

Con una última mirada a los guardias, Furiano se metió en la villa y subió la escalera de caracol. Las paredes eran de mármol blanco pulido, las cortinas de seda ondeaban con la brisa y bajo sus pies había una mullida alfombra roja.

Anduvo despacio, sin saber hacia dónde ir, hasta que por fin llegó a una puerta doble que había al final del pasillo.

Al otro lado, ella estaba tendida en la cama, con su largo cabello caoba extendido en delicados bucles alrededor de la cara. Tenía las pestañas negras como la tinta por el *kohl* y los labios pintados de rojo sangre. Llevaba puesto un batín de seda blanca, fino como la gasa, y sus suaves curvas y la deliciosa sombra que había entre sus muslos se veían a través del tejido. Sus muñecas estaban envueltas por finas caderas de oro, y sus ojos centelleaban como la superficie del océano.

Leona abrió los brazos y lo animó a meterse en la cama.

—Hola, amante mío.

Mia estaba sentada en la penumbra de su celda, en un sencillo catre de paja, con solo un pequeño orbe arkímico para aliviar la oscuridad. Era tarde, y el calor se veía aliviado un ápice por los frescos vientos de la nuncanoches que se colaban entre los barrotes de la puerta. Oía los lejanos sonidos del acero contra el acero, los mekkenismos que rodaban bajo la arena del estadio, el trueno de la multitud que seguía resonando arriba, en las gradas.

A Mia no le interesaba nada de eso.

Los guardias patrullaban el pasillo de fuera, recorriendo la hilera de celdas de los campeones. No eran las mejores residencias de toda Tumba de Dioses, por supuesto, pero las celdas les permitían unos momentos de intimidad antes del giro en el que se decidirían las vidas de sus ocupantes.

Mia oyó girar la cerradura mekkénica en la puerta de su celda, y alzó la mirada para ver a una guardia en el umbral.

—Permíteme un momento —dijo la mujer—, si no es molestia.

La guardia se metió en la celda y cerró la puerta a su espalda. La luz era

escasa y no dejaba ver bien las facciones de la mujer, pero aun así Mia la reconoció al instante. La guardia se quitó el yelmo y dejó caer una melena roja alrededor de la cara. Las pestañas sin maquillar, los labios carentes de pintura. Llevaba puesto un peto de cuero negro y faldilla, con los tres soles de la legión itreyana en el pecho. Sus muñecas estaban envueltas por gruesos brazales de cuero, y sus ojos eran tan azules como el cielo quemado por los soles.

Mia abrió los brazos y la animó a meterse en el catre.

—Hola, amante mía.

Leona apretó los labios contra los de Furiano, con la boca abierta, anhelante. Sus manos le recorrieron la espalda y le provocaron unos escalofríos arkímicos que bajaban por su columna a medida que ella exploraba las cimas y los valles de músculo. Leona enredó las manos en su cabello largo y oscuro, tiró de él para bajarlo a la cama y suspiró dentro de su boca. Sus manos estaban por todas partes, frotando, rozando, ardiendo. Los suspiros de Leona en su piel, abrasadores como la luz de los soles en el exterior.

—Te deseo —susurró Leona.

Lo rodeó con las piernas, su cabello chocando contra la cara de él, el beso haciéndose más intenso cuando empezó a mover las caderas, a restregarse contra él. Le cogió las manos y se las puso en los pechos, llenando la estancia con el calor de su piel, el aroma de su perfume, la música de sus suspiros.

—Te necesito —susurró.

Los besos de Leona fueron descendiendo y sus manos le desabrocharon el cinturón y arrojaron a un lado su taparrabos. Dejó una estela de besos humeantes por su pecho lleno de cicatrices, por el ondeante músculo de su vientre, y su lengua le lamió el sudor de la piel mientras bajaba más y más.

—Te poseo —susurró.

—Para —dijo él. Cogió la barbilla de Leona y la apartó con suavidad—.
Para.

Ash apretó los labios contra los de Mia, con la boca abierta, anhelante. Sus manos le recorrieron la espalda y le provocaron unos escalofríos arkímicos que bajaban por su columna a medida que Ash exploraba sus fluidas líneas y sus gráciles curvas. Mia enredó las manos en su cabello largo y pelirrojo, tiró de ella para bajarla al catre y suspiró dentro de su boca. Sus manos estaban por todas partes, frotando, rozando, ardiendo. Los suspiros de Ash en su piel, abrasadores como la luz de los soles en el exterior.

—Te deseo —susurró Mia.

Ash la rodeó con las piernas, su cabello chocando contra la cara de Mia, el beso haciéndose más intenso cuando empezaron a mover las caderas, a restregarse una contra la otra. Ash le cogió las manos y se las puso en los pechos, llenando la celda con el calor de su piel, el aroma de su perfume, la música de sus suspiros.

—Te necesito —susurró.

Los besos de Ash fueron descendiendo y sus manos desabrocharon el cinturón de Mia y arrojaron a un lado su taparrabos. Dejó una estela de besos humeantes por sus pechos jadeantes, por el tenso músculo de su vientre, y su lengua le lamió el sudor de la piel mientras bajaba más y más.

—Te amo —susurró.

—No pares —dijo Mia. Cogió el pelo de Ash y la atrajo con suavidad—.
No pares.

Leona alzó la mirada hacia Furiano y parpadeó, con los ojos nublados de confusión.

—¿Qué ocurre?

Furiano salió de la blanda cama, de las sábanas de mil hilos, deseando más que nada en el mundo estar de vuelta en su celda. Se ató el taparrabos a la cintura, evitando la mirada de Leona.

—Esclavo —exigió Leona—, te he hecho una pregunta.

Entonces él habló en tono suave, pero con palabras afiladas como el acero.

—Esto era un sueño. Y yo fui un necio por soñarlo. —Por fin la miró a los ojos y dijo—: Esto no es amor.

Y sin mirar atrás ni una sola vez, dio media vuelta y salió de la habitación.

Ash yacía en brazos de Mia, empapada de sudor, con la mirada alzada hacia sus ojos oscuros.

—¿Qué ocurre?

Mia se limitó a negar con la cabeza y se apretó más a Ashlinn. Estaban tumbadas juntas en una diminuta cama de paja, en aquel agujero tenebroso, con el sabor de la otra todavía en los labios. La capa de Ash debajo de ellas. La piedra y el hierro a su alrededor. El mundo entero en su contra. La muerte acechando gigantesca en un horizonte cruel. Y durante aquel preciso y sencillo momento, nada de todo eso importaba.

Nada importaba en absoluto.

—Esto me parece un sueño. Y no quiero despertar —susurró Mia. Por fin la miró a los ojos y, sin más, dijo—: Esto es amor.

Y cerrando los ojos, regaló a Ash el más dulce de los besos.

CAPÍTULO 33

INICIO

El sonido era imposible.

Una entidad viva, jadeante, colosal, presionando la piel de Mia, tan real que tenía la sensación de casi poder extender la mano y tocarla. Un peso en sus hombros, que la enraizaba en la tierra. Un estremecimiento en la piedra que tenía alrededor, una sensación física en el aire. En toda la vida, ni quiera en Vigilatormenta, ni siquiera en Fuerteblanco, había oído nada igual.

Estaba sentada en su celda, escuchando el sonido del asesinato sobre su cabeza, la estrofa del acero contra el acero, la percusión de los cascos, el estribillo de la multitud enloquecida por la sangre. Don Majo y Eclipse nadaban en su sombra, haciendo titilar los bordes, intentando devorar el miedo que se le acumulaba en el pecho. Era difícil no sentirlo en esos momentos, por mucho que lo intentara. Los daimones hacían lo que podían, pero aun así podía notarlo, igual que notaba aquellos odiosos soles por encima. El aroma del sudor de Ashlinn permanecía en su piel. Recordándole todo lo que tenía que perder de un tiempo a esa parte.

—Estoy asustada —susurró.

—... *LO SENTIMOS, MIA...*

—... *estamos intentándolo, pero los soles...*

—... *NOS QUEMAN...*

Entrelazó las manos para que dejaran de temblarle. Se recordó a sí misma quién era. Dónde estaba. Todo lo que se desharía si fracasaba.

—Domina tus miedos —susurró— y podrás dominar el mundo.

La cerradura mekkénica chasqueó y la puerta se abrió. Al otro lado estaba la dona Leona, alta y orgullosa, rodeada de sus guardias personales y de legionarios itreyanos. Iba vestida de reluciente plata, con un vestido que fluía desde sus hombros como un chaparrón veraniego. Su pelo trenzado llevaba entretejida cinta metálica, con la forma de un laurel de vencedor sobre la frente.

—Mi campeona —dijo.

—*Domina* —saludó Mia.

—¿Estás preparada?

Mia asintió.

—¿Y vos?

Leona parpadeó.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Son vuestros gladiatii los que están a punto de morir, *domina* —respondió Mia—. Me preguntaba si quizá sentiríais algún remordimiento al respecto.

Leona alzó la barbilla y el orgullo le tensó la mandíbula.

—Mi único remordimiento es por haber albergado tanto tiempo a una camarilla de traidores. La próxima temporada será distinta, lo juro. Con el dinero que saque del Magni, abasteceré mi *collegium* solo con los mejores gladiatii, y tendré a un *executus* en el que se pueda confiar para que los forje como verdaderos dioses.

—Arkades forjó a Furiano, ¿no es así? Arkades me forjó a mí.

—Arkades era una rata. Un perro sin honor que...

—Arkades estaba enamorado de vos, *domina*.

Los labios de Leona se separaron, pero la dona no encontró palabras que decir.

—Tuvisteis que notarlo —insistió Mia—. Fue campeón y luego el *executus* de uno de los *collegia* más ricos y consumados de la historia del *venatus*. ¿Por qué otro motivo iba a seguiros hasta Nido del Cuervo, si no era porque seguía a su corazón?

—Arkades me traicionó —siseó Leona.

Mia negó con la cabeza.

—Arkades era *gladiatii*. Un hombre de espada. Aunque hubiera descubierto que os estabais acostando con Furiano, ¿de verdad creéis que intentaría envenenar al *collegium* entero? ¿Sabiendo lo que sentía por vos y lo que iba a costaros si vuestro padre se salía con la suya?

—No sé ni por dónde empezar —dijo Leona, y dio un bufido—. Lo primero, ¿cómo te atreves a insinuar...?

—Busca en tu propia casa, Leona —la interrumpió Mia—. Busca entre los más cercanos a ti y pregúntate quién tenía realmente algo que ganar si te veías obligada a volver cojeando a la civilización y suplicar clemencia a los pies de tu padre. ¿Quién te animaba a pedirle dinero? ¿Quién se apresuraba a ponerte objeciones cada vez que hablabas mal de él en público?

La dona se quedó enraizada en la piedra mientras se le formaba una pequeña arruga en el ceño.

—Sanguila Leona —llamó un legionario desde el pasillo—. Cuervo debe prepararse para el lance de ejecución.

Mia se acercó más a su ama y bajó la voz para que no la oyera nadie más.

—Yo podría haber sido como tú si el destino hubiera sido más amable, y también más cruel. Sé lo que le ocurrió a tu madre. Sé cómo fue tu infancia. Todo lo que eres, lo eres por una razón. Mezquina y generosa. Valiente y despiadada. Me gustas, y te odio, y no podría haber llegado hasta aquí sin ti.

De modo que, al final de este giro, te lo agradeceré tanto como pueda. A ti no te parecerá suficiente ni por asomo, estoy segura. Pero es todo lo que puedo hacer por ti, Leona.

Los ojos de la dona eran rendijas del grosor de un corte con papel, llenos de furia indignada.

—¡Te dirigirás a mí como *domina*!

El público rugió por encima de ellas y las trompetas sonaron brillantes y claras en el aire, indicando el final de la carrera de *equillai*. Mia miró a la mujer y se limitó a asentir.

—Sí —dijo—. Pero no por mucho tiempo.

Estaba de pie ante un rastrillo de hierro, envuelta en negro acero. Alas de halcón en los hombros, una capa de plumas rojas en la espalda. La cara de una diosa cubría la suya, y solo sus ojos eran visibles a través de la visera del yelmo.

Se alegró de saber que nadie podría ver si sollozaba.

La temperatura era abrasadora y el público se asaba bajo los soles. Muchos habían aprovechado la oportunidad, después de la última y espectacular carrera de *equillai*, para buscar la sombra o alguna bebida refrescante. Pero aun así, no escaseaban los ojos puestos en ella. Decenas de miles de personas en las gradas, dando patadas al suelo y esperando a que empezara el espectáculo principal.

—¡Ciudadanos de Itreya! —Las palabras del *editorii* resonaron por la piedra manchada de sangre—. ¡Os presentamos nuestro último lance de ejecución!

La reacción del público fue tibia. Hubo algunos aplausos y no faltaron los abucheos de quienes solo querían ver empezar de una vez el Magni. Después

de cinco giros de carnicería incesante, la idea de que masacraran a unos pocos depravados más les parecía de lo más ordinaria.

—¡Estos no son delincuentes comunes! —prosiguió el *editorii*—. ¡Aquí tenemos a los cobardes más despreciables, a los despojos más repugnantes, a esclavos que traicionaron a sus amos!

La multitud se animó al oírlo y los abucheos resonaron por todo el estadio.

—¡Damos las gracias a la sanguila Leona del *collegium* de Remo por proveernos del ganado para esta justa matanza! ¡Ciudadanos, os presentamos... a los condenados!

Se abrió un rastrillo en el extremo septentrional de la arena, y a Mia se le cayó el alma a los pies al ver que siete personas salían trastabillando bajo la luz de los soles y las burlas de la multitud. Sidonio y Despiertaolas. Cantahojas y Bryn. Félix y Albano y Carnicero. No los habían tratado bien en su cautiverio, porque todos parecían débiles y hambrientos. Iban armados con hojas oxidadas y protegidos por pedazos de armadura. Solo unos jirones de cuero en los pechos y las espinillas, que no les servirían de nada contra alguien medio diestro con la espada.

Debían morir allí, al fin y al cabo.

La guardia que estaba al lado de Mia le entregó un gladius afilado como una cuchilla y una daga larga y de aspecto temible, bruñida hasta darle un lustre cegador. Mia miró a la mujer a los ojos, azules como el cielo quemado por los soles.

—No temas —susurró Ash—. Ataca con tino.

Mia asintió y devolvió la mirada a la arena. Estómago revuelto. Horror ante la perspectiva de lo que iba a ocurrir. Certeza de que era la única manera, de que todo lo que había sacrificado pronto merecería la pena, de que toda la muerte, toda la sangre, todo el dolor, quedarían justificados cuando Scaeva y Duomo estuviesen bajo tierra.

Aquel era el final de una tiranía. Y el fin justificaba los medios, ¿verdad?
«¿Siempre que ese fin no sea el mío?»

—¡Y ahora...! —gritó el *editorii*—. ¡Nuestra ejecutora! ¡Campeona del *collegium* de Remo, vencedora en Fuerteblanco, la Salvadora de Vigilatormenta! ¡Ciudadanos de Tumba de Dioses, os presentamos a... Cuervo!

La multitud se puso en pie, su curiosidad picada por fin. Todos habían oído hablar de la chica que había matado al arcadragón, que había salvado a los ciudadanos de Vigilatormenta de una muerte segura, que había derrotado a una guerrera del Dominio de la Seda.

El rastrillo se alzó y Mia salió al cruel calor, sintiendo researse su sombra mientras Don Majo y Eclipse siseaban de sufrimiento. La multitud rugió al verla, con plumas rojas como la sangre y armadura negra como la veroscuridad, su hermoso e implacable rostro labrado en acero pulido. Al mismo tiempo, de la arena a su alrededor surgieron flagrantes llamaradas y el público bramó, aprobador. Mia recorrió las columnas de fuego hasta el centro de la arena, anonadada por la magnitud que tenía todo.

La clara arena manchada de rojo por la sangre. Los muros de hueso de tumba elevándose hacia el cielo cegador. La barrera que separaba al público del campo de batalla tenía más de seis metros de altura y de ella pendían los estandartes de las casas nobles, los *collegia* y la Trinidad de Aa. En los asientos más caros, contra la barrera, Mia vio una sucesión de clérigos y hombres santos, con sus túnicas rojo sangre y sus altos y pomposos sombreros, y su corazón alzó el vuelo al distinguir al sumo cardenal entre ellos. Duomo estaba sentado en el centro de su rebaño, sólido como una columna, con su habitual aspecto de bandido que hubiera matado a palos a un hombre santo para robarle la ropa. Su túnica era del color de la sangre al manar del corazón, su sonrisa una cuchillada en el pecho de Mia.

Al lado de los eclesiásticos, Mia vio las butacas de los nacidos de la médula y los palcos de los sanguilas. Encontró a Leónidas y a su enorme *executus*, Tito. Alcanzó a ver a la *magistrae* en un deslumbrante traje escarlata, pero ni rastro de Leona. Alzó la mirada hacia las gradas, hacia el ondeante, rugiente, caudaloso océano de gente.

—¡Cuervo! —bramaban—. ¡CUERVO!

Miró hacia el palco del cónsul, provisto de columnas acanaladas y resguardado de los soles. El Senado de Tumba de Dioses estaba sentado en él, ancianos de ojos relucientes, togas blancas ribeteadas de púrpura. Lo rodeaba un pequeño ejército de Luminatii, con sus espadas de acero solar llameando en las manos. Vio una enorme silla, adornada en oro, peligrosamente parecida a lo que podría llamarse un trono. Pero la silla estaba vacía.

«Scaeva no está.»

El sonido de las trompetas devolvió la atención de Mia a la arena. Sidonio y los demás se acercaban con cautela a ella, herrumbrosas espadas en mano. No se pretendía que aquellos combates fuesen justos, pero los antiguos Halcones de Remo seguían siendo gladiatii. Y aunque estaban apaleados, magullados y famélicos, eran siete, y Mia solo una. Una espada oxidada aún podía cortar hasta el hueso si se blandía con la suficiente habilidad, y una lengua envenenada podía hacer cortes incluso más profundos.

—Vaya —dijo Despiertaolas, deteniéndose a seis metros—. ¿Os envían a vos a descargar el hacha, mi dona? Es lo adecuado, supongo.

—Todopoderoso Aa —susurró Sidonio—. ¿Dónde tienes el corazón, Mia?

—Lo enterraron junto a mi padre, Sidonio —replicó ella.

—Como siempre, haciendo lo que te sale del puto coño, traidora —escupió Cantahojas.

Mia miró uno por uno a los siete, los rostros de personas que una vez la

habían llamado amiga. La boca se le secó como el polvo. La piel se le inundó de sudor.

«Pronto, todo esto merecerá la pena.»

—Te explicaría por qué considero esa palabra un cumplido y no un insulto —dijo—, pero no creo que tengamos tiempo para un monólogo, Cantahojas.

Desenvainó su pesada espada y su afilada daga y saludó con ellas hacia el palco del cónsul.

—Venga, terminemos con esto.

Las trompetas barritaron, el público rugió y la dona Leona llegó a su asiento en los palcos de los sanguilas. Su *magistrae* la saludó con una sonrisa y alzó un parasol por encima de la cabeza de su ama para resguardarla de los ardientes ojos del Padre de la Luz.

Leona miró los asientos que tenía alrededor y vio a Tácito, a Trajano, a Filipi y a los demás habituales de aquellos tinglados. Todos ellos rodeados por sus *executi* y sus asistentes, ataviados con los vivos colores de sus *collegia*, sus estandartes estampados en pendones a sus espaldas. Y en el palco que había justo a su izquierda, bajo un rugiente león dorado, vestido con una extravagante levita y metiéndose una uva entre los dientes...

—Padre —dijo, y saludó con la cabeza.

—Queridísima hija. —Leónidas sonrió y alzó la voz para hacerse oír sobre el murmullo de la multitud—. Se me alegra el corazón al verte.

—Y el mío —repuso ella, asintiendo—. Confío en que te haya llegado mi primer pago.

—Sí —dijo Leónidas—. Se recibió con gratitud, y debo confesar que también con no poca sorpresa.

—Descubrirás que estoy llena de sorpresas, padre —dijo ella, levantando

también la voz—. Tu Exiliada podría confirmártelo, estoy segura, de no haberla decapitado mi Cuervo.

Los sanguilas que tenían alrededor sonrieron y murmuraron entre ellos, actualizando la puntuación en sus marcadores mentales. Pero Leónidas tan solo dio un bufido y se metió otra uva en la boca.

—No creíamos que nos honraras con tu presencia para la ejecución.

—Lamento decepcionarte.

—A estas alturas, ya estoy acostumbrado, querida. —Suspiró—. Pero justo estaba comentando a Filipi que no estoy seguro de que la vergüenza fuese a impedirme a mí asomar la cara, si fuesen a ejecutar a la mayor parte de mi *collegium* por rebelión.

—Pero ¿te queda vergüenza, padre? —preguntó Leona—. La creía enterrada junto con la mujer que mataste a golpes.

Los ánimos a su alrededor decayeron de golpe, y los sanguilas cruzaron miradas incómodas. El rostro de Leónidas se oscureció y la *magistrae* puso una mano en el brazo de Leona para contenerla.

—Vais demasiado lejos, *domina* —le susurró—. ¿Es sabio insultarlo de ese modo?

Leona miró a Anthea y la lenta arruga que había plantado Cuervo en su celda regresó a su frente. Pero un repique de trompetas atrajo sus ojos a la arena, y Leona se descubrió escrutando los preliminares a través del espantoso brillo. Cuervo y sus *gladiatii* traidores estaban cruzando palabras envenenadas, pero solo alcanzaba a oír fragmentos.

Sabía que era un riesgo sacar a su campeona para ocuparse de una escoria traidora. Pero necesitaba demasiado el dinero como para permitir que otro sanguila empuñara el hacha. Cuervo era de las mejores que había visto sobre la arena, y los traidores estaban apaleados y famélicos hasta la extenuación.

Con la gracia de Aa, aun así Cuervo participaría con Furiano en el Magni, aun así le traería la gloria y el dinero que Leona con tanto desespero necesitaba.

Ansiaba.

Las trompetas sonaron de nuevo, dio inicio el combate y Cuervo se movió rauda como el ave de la que tomaba el nombre. Tenía que reducir de prisa la proporción, deshacerse de los halcones más débiles antes de que la abrumaran por puro número. Y en efecto, la chica se lanzó derecha a por Félix, se metió bajo el amplio tajo que trazó el gladiati y se coló en su guardia. Saltaba a la vista que el cautiverio había afectado al hombre, que tardó en reaccionar, y con la velocidad que la había convertido en campeona del *collegium*, Cuervo le hundió la daga en su peto de cuero y en el corazón que esperaba al otro lado.

La muchedumbre rugió mientras Félix se agarraba el pecho atravesado y caía a la arena con una fuente de brillante sangre roja. Cuervo se movió como un borron, lanzó con la bota un puñado de arena a la cara de Despiertaolas y se abalanzó contra Bryn. La vaaniana quizá fuese una daimón con el arco, pero no se la veía tan prodigiosa con la espada. Cuervo desvió su golpe con un fuerte revés de su pesado gladius y le hizo un pequeño corte en el muslo. Mientras Bryn gritaba y se tambaleaba, Cuervo giró para quedar detrás de ella y le clavó hasta la empuñadura su hoja ascendente por debajo del espaldar.

Sangre. Brotando de la herida. Reluciendo en el acero de Cuervo. Reflejada en los ojos de la multitud. Rugieron mientras la vaaniana caía hacia delante en un charco de escarlata y Despiertaolas bramaba y corría hacia Cuervo como un loco. Descargó su hoja herrumbrosa en un aterrador tajo desde encima de la cabeza, que silbó al surcar el aire. Pero las semanas de hambruna en la bodega del *Sabueso de Gloria* le habían debilitado las piernas. Quedó un poco desequilibrado y tardó en recuperarse, y un golpe rápido lo dejó de rodillas, con las manos en el pecho y la sangre acumulándose entre sus dedos.

—¡No!

Cantahojas se lanzó a la carga y el público se emocionó al ver que hacía un corte poco profundo en el brazo de Cuervo. Sidonio atacó desde un lado, Carnicero y Albano por detrás, pero Cuervo rodó al otro lado y se levantó de nuevo con una velocidad sorprendente. Su daga destelló y Carnicero dio un grito y cayó dejando una estela roja, mientras Cantahojas caía frenética sobre Cuervo. La chica dio una voltereta hacia atrás y arrojó un puñado de arena a los ojos de la mujer. Se levantó rauda y detuvo la hoja de Sidonio con la suya, aunque las piernas estuvieron a punto de flaquearle bajo la fuerza del hombre más grande. Pero mientras todos los hombres de las gradas se encogían por simpatía, Cuervo hundió la rodilla en los cojones de Sidonio y lo derribó a la arena con un agudo gemido. El contraataque de Cuervo danzó más allá de la guardia de Albano y su daga se hincó hasta el puño bajo el brazo del hombre, liberando una catarata de escarlata.

Cantahojas parpadeó para quitarse el polvo de los ojos y atacó de nuevo, pero Cuervo se dobló hacia atrás y el tajo pasó cerca de su barbilla. Las largas rastas de sal de la dweymeri bulleron al continuar su andanada de ataques, que enviaron volando por los aires el gladius de Cuervo. Armada solo con su daga, Cuervo se revolvió y dio un puñetazo a la mujer en la cara con su mano libre, se agachó bajo otro tajo y asió una de las largas rastas de Cantahojas. Giró para desequilibrar a la dweymeri y tiró de ella hacia atrás, hacia su hoja. El público aulló encantado mientras Cantahojas caía de rodillas, mientras brotaba sangre de su peto atravesado hasta su abdomen, mientras se derrumbaba en la arena.

Solo quedaba Sidonio. El hombre estaba doblado por la mitad, agarrándose las joyas de la corona. Cuervo avanzó en su dirección, despiadada, mientras el hombre trataba de apartarla. Sidonio estaba chillando, pero los dos estaban tan lejos que Leona solo captó unas pocas palabras.

—... traidor... padre... no...

¿Y Cuervo?

Cuervo no abrió la boca.

En vez de eso, fintó a un lado y le hizo un tajo en la muñeca que envió su espada rodando al suelo. Le barrió las piernas del suelo y lo dejó de rodillas. Y mientras la plebe rugía, se situó a su espalda, con la melena ondeando detrás de ella, y hundió la daga más allá de la gorguera de su peto, hasta la columna vertebral. El rostro de Sidonio se crispó de agonía y un chorro de rutilante escarlata salió disparado de la herida. Cayó hacia delante, extendiendo rojo por la arena mientras la multitud vociferaba, extasiada.

Leona vio que Sidonio movía los labios.

¿Una oración susurrada, tal vez?

¿Una maldición para la chica que había acabado con él?

Y entonces, sus ojos se cerraron por última vez.

Leona se quedó muy quieta, mirando a Cuervo con los ojos entornados. Mirando la hoja manchada de sangre que tenía en la mano.

Aquella lenta arruga ganó profundidad en su frente.

Los sanguila que la rodeaban prorrumpieron en un educado aplauso. Tácito la miró y le dedicó un asentimiento de aprobación por la destreza de su campeona. Leona desvió los ojos hacia su padre, pero no le atrapó la mirada. Leónidas estaba concentrado en la sanguinolenta chica escuchimizada que había en la arena. La chica que había derrotado a su Exiliada. La chica que acababa de asesinar a siete gladiatii y apenas se había llevado un rasguño. Su ceño estaba oscuro. Sus ojos, entrecerrados.

Se volvió hacia su *executus*, Tito, y le susurró algo al oído.

Leona arrugó más la frente.

—¡Ciudadanos de Itreya! —exclamó el *editorii*—. ¡Vuestra vencedora!

Cuervo recogió su gladius caído, señaló con la punta ensangrentada la silla

vacía del cónsul y luego la alzó hacia el cielo. Iba envuelta en negro acero. Alas de halcón en los hombros, una capa de plumas rojas en la espalda. Mientras recorría el borde de la arena, se llevaron los cadáveres de los gladiatii asesinados por un rastrillo. La cara de una diosa cubría la suya, y solo sus ojos eran visibles a través de la visera del yelmo.

Nadie pudo ver si sollozaba.

CAPÍTULO 34

MAGNI

«Ya falta poco.»

A Mia se la habían llevado de la arena después del combate de ejecución directa a una gran celda de preparación, todavía empapada de sangre. Le vendaron la herida, le dieron una ración de agua y le dijeron que esperara. Aunque tenía la boca seca como el hueso, en vez de beber, desperdició el agua intentando quitarse el rojo de las manos temblorosas.

Cuando llegó al final del vaso, seguía teniendo los dedos pegajosos.

Vio pasar correteando a un grupo de sacerdotes del hierro, y a guardias que iban llevando a gladiatii a la celda previa de pocos en pocos. Reconoció a algunos del *palazzo* del gobernador Mesala. Ragnar de Vaan, campeón de *collegium* de Tácito; Comemundos, campeón de las Espadas de Filipi. Pero al poco tiempo ya había docenas, y luego centenares de gladiatii por toda la cámara, cubiertos de cuero y acero.

El calor era sofocante y el sudor goteaba de las paredes. Circulaban asistentes con cubos y cucharones de agua, que los guerreros bebían con avidez, pero Mia solo pidió más agua para sus manos. Para limpiarse frotando las manchas de la ejecución, negándose a mirar su reflejo en el charquito rojo que había a sus pies.

Oyó los mekkenismos chirriando bajo sus pies, una máquina colosal y siempre hambrienta de sangre. Intentó no pensar en Cantahojas, Bryn, Despiertaolas y los demás. Habían escogido sus destinos. Los habían escrito en rojo. No podía permitirse dedicarles ni un solo pensamiento. Sus competiciones habían concluido, y la mayor que debía afrontar Mia la tenía delante. Aún podía oír las palabras con que se había despedido Sidonio, tendido bocabajo en la arena.

Con los ojos fijos en los de ella.

Tan tenues que nadie salvo ella pudo oírlas.

«Buena suerte, Mia», había susurrado.

Aún tenía las manos pegajosas.

—... *estamos contigo*...

—... *SIEMPRE ESTAREMOS CONTIGO*...

—Has luchado bien.

Mia no miró hacia arriba. No le hacía falta para saber quién se había acercado a ella. La náusea de su estómago se lo había revelado. La lujuria y el hambre, el dolor del anhelo. La sombra de Mia se movió, acercándose muy poco a poco a la de él como el hierro a la calamita. Sus labios se torcieron en una sonrisa amarga para responder:

—He luchado contra siete presos medio muertos de hambre que apenas podían sostener las espadas.

—Tal es el precio de la rebelión en Itreya —replicó el Invicto.

—Eso dicen.

—No estaba seguro de... cómo me sentiría al verte. También eran mis hermanos y hermanas. Cuando han caído bajo tus hojas... —Furiano suspiró—. Apenas podía creerlo. Me imagino que esperaba alguna treta. Algún ardid, una jugada, o un indulto en el último minuto.

—¿Jugada? —Mia negó con la cabeza, perpleja—. ¿Por qué todo el mundo

sigue comportándose como si esto fuese un puto juego?

—¡Gladiatii! —gritó un guardia—. ¡Atención!

Los ojos de los guerreros congregados se volvieron hacia el rastrillo de hierro. Mia vio a tres *editorii* silueteados contra el fulgor de fuera. El más mayor de los tres dio un paso adelante y contempló a los gladiatii. Llevaba trenzada la oscura barba y tenía los ojos disparejos, uno castaño y el otro verde. Tenía una pitón tigrina rodeándole el cuello.

—Gladiatii de los *collegia* de Itreya —dijo—. Todos vosotros y vuestros amos os habéis ganado, por el derecho de juicio por combate, un puesto en la arena del Venatus Magni. Está a punto de desplegarse el mayor espectáculo del calendario itreyano, y lucharéis y moriréis por la gloria de la república ante una multitud adoradora. Aquellos que caigan seguirán pasando a la leyenda. Y aquel de entre vosotros que siga en pie al final del Magni recibirá la libertad de la mismísima Mano de Dios.

»Este Magni será una batalla campal. Todos los guerreros empezarán el combate desplegados en la arena. Se os entregarán brazaletes de colores, para señalar las lealtades iniciales. Los gladiatii de cada *collegium* empezarán agrupados juntos, aunque no tenéis ninguna obligación de ceñiros a esas lealtades a lo largo del enfrentamiento. No lo olvidéis: todos deben caer para que uno pueda alzarse. —El hombre dejó que sus palabras pendieran un momento en el aire, duras y frías como el hierro.

»Cuando este rastrillo se abra —prosiguió al poco—, dirigíos a vuestra posición de inicio designada, y esperad las instrucciones del gran *editorii*. Que Aa os bendiga y os guarde, y que Tsana guíe vuestra mano.

Mia enfundó sus hojas y siguió tratando de limpiarse el rojo de los dedos. Mientras los guardias pasaban entre ellos para repartir tiras de tela roja, azul, dorada y blanca, pudo sentirlo. El miedo. Creciendo en los corazones y las mentes de los guerreros que tenía alrededor, calando en la piedra y flotando

denso en el aire. Todos ellos estaban mirando a la muerte a los ojos, y todos sabían que solo uno iba a sobrevivir. Algunos paseaban de un lado a otro, dándose golpes en el pecho y murmurando entre dientes. Otros estaban quietos y callados, batallando contra sus miedos en silencio. Otros miraban a sus camaradas buscando un último momento de solaz, sabiendo que todas las lealtades se derrumbarían antes de que las trompetas anunciaran el final.

Ya faltaba poco.

Un guardia se abrió paso por la celda abarrotada y ató una tira de tela en el brazo de Furiano para indicar su bando. Exigió a Mía que se levantara y le ató otra tela en torno al bíceps. Las dos eran rojas como las manchas que no había conseguido limpiarse.

Sonaron las trompetas y el suelo atronó bajo sus pies. La llamada del *editorii* resonó por todo el estadio y la multitud rugió en respuesta.

—¡Ciudadanos de Itreya! ¡Honorable Administratii! ¡Senadores y nacidos de la médula! ¡Bienvenidos al Venatus Magni de Tumba de Dioses! Procedentes de los mejores *collegia* de la república, ¡os presentamos a los guerreros más poderosos bajo los tres soles! Lucharán ante vuestros ojos maravillados para bañarse en sangre y gloria en honor a Aquel que Todo lo Ve, el todopoderoso Aa. ¡Os presentamos a los Dracos de Trajano!

El rastrillo subió a tirones y el primer grupo de gladiatii salió con paso firme a la arena, escoltado por un pelotón de legionarios itreyanos. Habría unos doscientos cincuenta luchadores apiñados en las celdas previas, demasiados para mencionarlos uno por uno. Estaban haciendo salir a los establos en masa: los Lobos de Tácito, las Espadas de Filipi, los Leones de Leónidas, marchando uno tras otro hacia los gritos de bienvenida de la multitud. A medida que cada *collegium* ocupaba su posición en la arena, los apostadores de las gradas iban identificando a los favoritos y a los honorables campeones y el volumen del griterío no hacía más que crecer.

—¡Los Halcones de Remo! —exclamó el *editorii*.

—Así empieza —susurró Furiano.

—Y así termina —replicó Mia.

Salió a la luz cegadora con el Invicto a su lado. El público vitoreó, algunos a la Salvadora de Vigilatormenta («¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!») y otros al Campeón de Talia («¡Inviiiicto!»). Mientras los dos ocupaban sus puestos entre otros que llevaban brazales rojos, la voz del *editorii* resonó en el aire.

—¡Ciudadanos de Itreya, por favor, poneos en pie!

El público entero se levantó mientras sonaba una fanfarria de trompetas que puso la piel de gallina a Mia.

—¡Han pasado siete años desde que los traicioneros Coronadores intentaron poner nuestra gloriosa república de rodillas! ¡Siete años de beneficiosa paz, siete años de razón y prosperidad, siete años de justicia y luz!

El corazón de Mia se aceleró, y notó la boca repentinamente seca. Sabía lo que llegaba, quién llegaba. Habían pasado siete años desde que ese hombre había destruido su mundo, de pie sobre el cadalso de su padre como un buitre sobre un túmulo. Siete años de promesas ensangrentadas, de asesinato y acero, de dudas y plegarias. Furiano la miró y su sombra titiló mientras la de Mia se alargaba y fluía, extendiendo unos negros zarcillos hacia los senadores, hacia los Luminatii, hacia...

—¡Vuestro salvador! ¡Vuestro cónsul, Julio Scaeva!

Fue como un puñetazo en el estómago verlo. Después de todo ese tiempo, había pensado que quizá la sensación se habría embotado. Pero el dolor fue como una puñalada en el pecho que la hizo tambalearse, y su sombra se onduló y bulló a pesar de los tres soles que ardían en el cielo.

Era alto, guapo hasta decir basta, de pelo negro que había adquirido unas tenues franjas de gris. Llevaba una larga toga de vivo púrpura y un laurel dorado en la frente. Cuando sonreía, daba la impresión de que los soles

brillaban más, y el público rugió encandilado. A su lado había una mujer hermosa, de cabello oscuro y ojos verdes, ataviada en rica seda y joyas de oro. Tenía en brazos a un niño de seis o siete años, que tenía el pelo oscuro de su madre y los ojos negros sin fondo de su padre. Tenía el emblema de la Legión Luminatii bordado en el pecho, pero no llevaba Trinidad al cuello.

Scaeva rodeó a su esposa con un brazo y extendió los tres dedos del símbolo de Aa. El público imitó el gesto, cien mil personas alzando las manos y aclamando su nombre. Mia notó la mandíbula tan apretada que le dolieron los dientes. Contuvo el aliento porque, sencillamente, le hacía demasiado daño respirar. Verlo allí, sonriendo con su familia, con la indiferencia con que había enviado a la de ella bajo tierra...

Rodeado por aquel mar de Luminatii, de hierro y acero solar, Scaeva se adelantó hasta un púlpito que había en el palco del cónsul.

—¡Pueblo mío! —exclamó, y sus palabras reverberaron en aquel océano humano—. ¡Compatriotas míos! ¡Amigos míos! ¡En la más sagrada de las festividades, nos reunimos bajo los ojos de Aquel que Todo lo Ve en esta, la más grandiosa república que el mundo ha conocido jamás!

El cónsul dejó de hablar cuando estalló un aplauso enardecido.

—Amigos míos, vivimos tiempos difíciles. Cuando anuncié mi intención de cumplir un cuarto período como cónsul, me asaltaba la duda. Pero los continuados ataques contra nuestros magistrados, nuestros Administratii e incluso los hijos de nuestros nobles senadores al otro lado del mar me han convencido de que la amenaza a nuestra gloriosa república todavía no ha cesado. Y no tengo intención de abandonar a Itreya, ni a vosotros, en un momento de tal necesidad.

Scaeva subió la voz mientras la multitud estallaba.

—¡Debemos mantenernos juntos! ¡Y con vuestro apoyo, lograremos mantenernos juntos! Yo mismo, mi amada esposa Liviana, mi hijo Lucio... —

Scaeva tuvo que detenerse cuando los vítores ahogaron su voz—. Mi familia entera agradece a las vuestras, amigos, que os mantengáis vigilantes, que os mantengáis valerosos, pero, sobre todo, ¡que os mantengáis fieles! ¡A Dios y a nosotros!

Los ojos de Mia estaban clavados en Scaeva, ardiendo de odio. Sus dedos se acercaron por iniciativa propia a la daga de hueso de tumba que llevaba oculta bajo el hierro que le cubría la muñeca. La daga de hueso de tumba que Alinne Corvere había apretado una vez contra el cuello de Scaeva, el giro en que el cónsul arrebató a Mia su mundo.

«Paciencia.»

Los dedos de Mia se apartaron de la daga. Notó el sabor de la sangre en la boca.

«Paciencia.»

Scaeva sonrió radiante a la adoración del público, haciéndose pasar por humilde, por agradecido. Extendió los brazos hacia su esposa, se subió a su hijo Lucio a hombros y alzó de nuevo sus tres dedos en señal de bendición. Mia vio que el niño se inclinaba y susurraba algo al oído de su padre.

—Mi hijo dice que siempre hablo demasiado. —Scaeva sonrió y entre la multitud se extendieron las risas—. Me recuerda que estamos aquí para algo. Así pues, ¿queréis que empecemos?

El público rugió como un solo ser.

—Amigos míos, os lo estoy preguntando: ¿queréis que empecemos?

Un solo y estridente vítor, que se elevó hasta el cielo.

—Cedo la palabra a nuestro estimado sumo cardenal y mi buen amigo Francesco Duomo, para que nos guíe en la oración.

Todos los ojos se volvieron hacia la clerecía de Aa en sus asientos pegados a la arena. El sumo cardenal Duomo estaba de pie en otro púlpito, con sus ojos oscuros fijos en Scaeva, chispeando de velada malicia mientras hacía una

profunda inclinación. Habló hacia un cuerno mekkénico y su voz resonó por todo el estadio, densa como el caramelo, dulce y oscura.

—Os lo agradezco, glorioso cónsul —dijo inclinándose de nuevo—. Que Aa siempre os tenga en su Luz. Que vuestro reinado sea largo y fructífero.

La sonrisa de Scaeva se afiló mientras se inclinaba a su vez.

—Estimados ciudadanos, por favor, agachad las cabezas —pidió Duomo.

El estadio entero quedó en silencio, que resonó en el aire y en el viento.

—Todopoderoso Aa, Padre de la Luz, creador de todo, en esta tu fiesta más sagrada, te agradecemos tu amor, tu protección y las muchas bendiciones que nos concedes. Permanece siempre vigilante de nuestros corazones y bendice a quienes hoy mueren aquí por la gloria de nuestra república.

»En tu nombre, esta es nuestra plegaria.

El público respondió como un solo ente.

—En tu nombre, esta es nuestra plegaria.

Duomo separó los brazos y una sonrisa le iluminó los ojos.

—¡Que dé comienzo el Venatus Magni!

El público bramó, pateó y se desgañitó mientras Duomo regresaba a su rebaño de cardenales y obispos, ufano como un novio tras su nuncanoché de bodas. La mirada de Mia regresó a Scaeva, que volvía a tomar asiento sin apartar de Duomo sus ojos oscuros. Esos dos se estaban vigilando como un par de víboras disputándose el cadáver de un solo ratón. Pero el hijo de Scaeva le susurró algo al oído y el cónsul de pronto estalló en carcajadas, brillantes y sonoras. Su esposa se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Scaeva había apartado la mirada de Duomo y estaba sonriendo a su familia. Mia sintió que le temblaban las piernas.

No merecían ser tan felices. No era justo que Scaeva tuviera esposa e hijo cuando a ella la había dejado sin nada. Que Duomo se hiciera pasar por justo y hablara de amor cuando a ella le había destrozado el mundo entero. Mia

miró a los gladiatii que la rodeaban, cada uno un obstáculo, cada espada un estorbo, cada cuello una piedra que pisar hacia los corazones de aquellos hijos de puta.

—Puedo sentirlo —siseó Furiano—. Tu odio...

Mia parpadeó y miró al hombre que tenía al lado. Furiano la estaba contemplando con una combinación de horror, miedo, pena. El Invicto bajó la mirada a la sombra que había bajo los pies de Mia.

—Por el todopoderoso Aa, ¿qué te hicieron?

—¡Ciudadanos de Itreya! —llegó la voz—. ¡Contemplad vuestro campo de batalla!

La muchedumbre cesó el fragor mientras un impresionante y trémulo chirrido recorría el estadio entero. Los cuatro grupos de gladiatii, rojo, blanco, oro y azul, estaban situados en extremos opuestos de la elipse de la arena, apiñados en hordas de unos sesenta individuos. Bajo la mirada de Mia, el suelo de delante se separó y la arena empezó a caer en cascada a las entrañas mekkénicas del estadio. El público estaba de pie, estirando el cuello para ver mejor mientras cuatro formas inmensas ascendían desde debajo del suelo. Tenían quince metros de largo, cascos de pesada madera de jabí, bestias fantásticas talladas en sus proas y docenas de remos relucientes asomando de los flancos.

—Eso son galeras de guerra —murmuró un anonadado gladiatii.

—Pero... —dijo otro—. Pero...

—¡Gladiatii, atención! —ladró el centurión, señalando las escaleras de cuerda que pendían de la borda de su barco—. ¡Subid todos! ¡Ya! ¡Moveos!

Mia obedeció de inmediato, y Furiano la siguió sin cuestionárselo, ascendiendo por las escalas hasta la cubierta del barco. Otros treparon tras ellos, pero quedaron gladiatii en el suelo, mirando al centurión con evidente desconcierto.

—¿Barcos? —preguntó uno—. ¡Por el todopoderoso Aa, si estamos en la puta arena!

El suelo retumbó otra vez y sonaron las trompetas.

—Yo en vuestro lugar haría lo que os he ordenado —dijo el centurión.

El legionario dio media vuelta y, acompañado del resto de su pelotón, cruzaron la arena a paso ligero. Algunos gladiatii empezaron a subir a las galeras y otros miraron alrededor, estupefactos. Mia oyó chirriar otro mekkenismo, el quejido del metal sometido a presión. Unos grandes y pesados postigos de hierro cayeron sobre las celdas que rodeaban la arena y unos tubos circulares con rejilla se elevaron desde las profundidades. Y mientras el público miraba asombrado, las rejillas se sacudieron y, con una última y hueca tos metálica, empezaron a escupir agua que se elevó por los aires.

La plebe suspiró y vitoreó cuando la arremolinada brisa empujó el vapor de agua y llevó un misericordioso frescor al calor opresivo del estadio. Pero a los pocos momentos, los suspiros se tornaron rugidos de placer cuando el agua empezó a fluir con más fuerza, más alta, anegando el suelo del campo de batalla y trazando espirales en torno a los barcos. Tardó poco en alcanzar los quince centímetros de altura. Los veinte. Los treinta, ascendiendo por las espinillas de los gladiatii en una inundación imparable.

—Es agua salada —dijo uno.

Un león de Leónidas se asomó por la borda y gritó a viva voz:

—¡Esto es una batalla naval, gilipollas! ¡Subid, subid!

Los gladiatii que quedaban se decidieron a obedecer, corrieron a las escaleras de cuerda y se apresuraron a trepar. Mia estaba en la proa, viendo cómo el agua se removía y golpeaba contra el casco del barco. Tres metros de profundidad y seguía ascendiendo. El barco se zarandeó en su andamio de madera al empezar a flotar. Gracias a la exploración previa de Ashlinn, Mia

tenía cierta idea de lo que la esperaba en la arena, pero no era ni por asomo lo mismo que estar en el centro de la acción.

La joven meneó la cabeza, sobrecogida por el poder del que se estaba haciendo gala. Por el ingenio. Por la puta soberbia. En vez de enviar a sus ciudadanos al océano, la gran República de Itreya había llevado el océano a sus ciudadanos.

—¡Ciudadanos de Itreya! —exclamó el gran *editorii*—. ¡El Senado y el Monasterio del Hierro se enorgullecen de presentaros... la Batalla de Muro del Mar!^[46]

El agua ya alcanzaba los cuatro metros y medio y seguía ascendiendo. En el centro de la arena se alzó un gran pedestal con un fuerte de piedra encima, que cabía suponer que representaba las fortificaciones de la poderosa Muro del Mar. Mia alcanzó a ver unas catapultas mekkénicas en las almenas de los muros, cargadas con brea ardiente. Y al bajar la mirada a los remolinos de agua, vio decenas de formas oscuras que rondaban en círculos alrededor de su casco.

Furiano miró por encima de la borda, entrecerrando los ojos para distinguir las sombras serpenteantes.

—¿Eso son...?

La multitud rugió cuando quebró la superficie una de esas siluetas, toda hocico plano y negros ojos muertos y fila tras fila de dientes afilados. Sus casi cinco metros de largo hendieron el agua con su inmensa cola bifurcada antes de desaparecer en las profundidades.

—Dracos de tormenta —susurró el Invicto.

Mia negó con la cabeza. Catapultas delante. Barcos enemigos alrededor. Monstruos debajo.

Y al mirar los emblemas de los petos y los escudos de los gladiatii que tenían alrededor, cayó en la cuenta de que Furiano y ella estaban rodeados de

Leones de Leónidas. Por lo menos había una docena, todos corpulentos como casas y duros como el hierro que protegía su pecho.

—Vaya —musitó Mia—, qué acogedor.

—Enemigos por todas partes —susurró Furiano.

—Por lo menos, mi vida es consistente.

—Si al final quedamos tú y yo...

—Lo sé.

—Pero ¿y hasta entonces? —Furiano miró las hojas que llevaba Mia en las manos, todavía manchadas con la sangre de quienes la habían llamado amiga—. Tuviste el suficiente sentido del deber para proteger el *collegium* y enviar a la tumba a quienes lo traicionaron. Confío en que quizá me equivocara al juzgarte. En que hayas aprendido algo sobre el honor y las maneras del *gladiatii*. ¿Tendré que preocuparme de que me claves tu hoja por la espalda?

Mia lo miró de soslayo mientras el agua seguía creciendo.

—Esto solo puede terminar de una forma —dijo—, y los dos lo sabemos. Pero iré a por ti de frente. Eso al menos puedo prometértelo.

El Invicto asintió y empuñó su hoja con más fuerza.

—Que así sea. *Sanguis e Gloria*.

Mia negó con la cabeza.

—La gloria puedes quedártela, Furiano. —Llevó su mirada a la silla del cónsul—. Yo solo estoy aquí por la sangre.

Aabajo, en las profundidades del estadio, Mercurio terminó de cargar la carretilla, izando el pesado balde con una mueca. Lo cierto era que estaba demasiado mayor para aquellas tonterías. La puta artritis estaba volviendo a darle problemas, y pasearse por allí abajo vestido con harapos durante los dos últimos giros tampoco ayudaba en nada a que le mejorara el herpes.

—La próxima vez me disfrazaré yo de guardia —gruñó.

Ashlinn puso los ojos en blanco.

—¿Quién abismos va a creerse que tú eres un guardia, cabrón vejestorio quejica?

La chica estaba semioculta junto a la puerta de la antecámara, vigilando el pasillo de fuera. Seguía llevando su armadura robada, el peto de cuero negro y la faldilla, y un yelmo empenachado para cubrirse la cara. Mercurio oía al público rugir sobre sus cabezas, y el estómago se le llenó de hielo y mariposas al comprender que había empezado el Magni.

Aunque mantenía pétreo el rostro, la hija de Järnheim parecía compartir su preocupación. Elevó los ojos hacia la arena y suspiró.

—Tendría que estar ahí arriba —dijo con un hilo de voz.

—Esto es importante para ella —replicó Mercurio.

—En cualquier caso, todo este plan es una puta locura.

Mercurio suspiró.

—No sé si te has fijado hasta ahora, chica, pero Mia Corvere y la locura van tan juntas como los cigarrillos y el humo.

Ashlinn sonrió.

—Ah, sí, me había fijado.

El obispo de Tumba de Dioses se reunió con ella en la puerta y asomó la cabeza al pasillo.

—Sé que no es el momento ni el lugar —murmuró—, pero quiero que sepas que, si le haces daño, no habrá bajo los soles lugar en el que puedas esconderte donde no te encuentre.

Ash enarcó una ceja y miró al anciano de arriba abajo.

—¿Sabes? En realidad eres muy mono, para ser un cabrón vejestorio quejica.

—Anda, vete a la mierda —gruñó Mercurio.

—Me parece buen plan. ¿Nos movemos?

—Sí. Pero, como tanto disfrutas recalcando, ando algo entrado en años.

—¿Y qué?

—Que vas a llevar tú la puta carretilla.

Con los aplausos resonando en la piedra del techo, Ashlinn empujó la carretilla y los dos se internaron en la oscuridad.

El público atronó mientras sonaban las trompetas, hasta el último hombre, mujer y niño de pie. Tras cinco giros de matanzas, cinco giros de abrasadora luz de los soles, cinco giros de cegador espectáculo, por fin había llegado el Venatus Magni.

Leona vio que las catapultas del fuerte de Muro del Mar arrojaban sus barriles de brea en llamas. Los primeros disparos fueron solo de advertencia, y trazaron arcos en el aire antes de hundirse en el agua con feroces siseos. Pero la amenaza de la inmolación bastó para desatar una barahúnda entre los gladiatii, y el caos se apoderó de las cubiertas al estallar breves reyertas por el mando en cada barco.

Ragnar de Vaan se hizo enseguida con el liderazgo del barco dorado, y el gentío se emocionó al verlo acabar con el fugaz motín de otro lobo de Tácito atravesando el cuello del hombre con su espada y lanzándolo por la borda de un puntapié. El agua se volvió de un rojo espumoso cuando al menos cuatro dracos de tormenta descuartizaron al hombre entre chillidos. Rugiendo órdenes a los remeros, Ragnar tomó el timón y dirigió su barco hacia la fortaleza.

Comemundos, de las Espadas de Filipi, asumió el mando del barco azul al poco tiempo, y su tripulación también puso rumbo a las fortificaciones. La cubierta del barco blanco se había convertido en una confusión absoluta, con

los Dracos de Trajano luchando por el dominio con gladiatii de otros tres *collegia*. La muchedumbre rugió cuando el navío se convirtió en un matadero y la sangre empezó a manchar el casco.

Mirando hacia los rojos, Leona vio que su galera también avanzaba, con los Sangralcones de Artímedes al timón. Vio a Cuervo y a Furiano en la popa, con las espadas desenvainadas mientras su barco se aproximaba al fuerte. Pero también vio a más de una docena de Leones de Leónidas desplegándose a sus espaldas. No contentos con esperar a que llegaran a la fortaleza, los gladiatii de Leónidas tenían toda la intención de acabar con las esperanzas de victoria de Leona en aquel mismo instante.

La dona miró a su padre y descubrió que él también la estaba mirando, con una sonrisa en los labios.

—Son solo negocios —susurró Leónidas.

—**V**ienen —murmuró Furiano.

—Lo sé —dijo Mia.

—No mueras antes de que pueda matarte yo.

—Aquí no es donde voy a morir.

Los leones cargaron sin más ceremonia, Mia y Furiano se volvieron para recibirlos y el acero chocó contra el acero. La multitud se enardeció por la repentina y sangrienta traición, y Mia y Furiano se vieron obligados a retroceder por la cubierta hasta que sus espadas toparon con el mascarón de proa.

Aunque estaban superados en número, habían elegido bien su campo de batalla: la proa era estrecha y actuaba como embudo para los leones, reduciendo su ventaja. Mia intentó asir la sombra de los pies de un león que embestía, pero no fue capaz de retenerla con los tres soles llameando en el

cielo. Se vio obligada a confiar en su velocidad, en los entrenamientos que había padecido de manos de Mercurio, Solis y luego Arkades, en los giros, semanas, meses, que había pasado con algún tipo de arma de filo en las manos.

En todo eso y en la pizca de desmayo que Ashlinn había mezclado con el agua de los gladiatii, por supuesto.

No había sido una dosis potente, al menos no tanto como para que se quedaran dormidos. Pero sabía cómo se estaría sintiendo en aquellos momentos cualquiera que se hubiera tragado un cucharón, y por lo visto los leones que embestían contra ellos habían tenido bastante sed antes del combate. Mia fintó a la izquierda y el león tropezó y maldijo mientras Mia le abría un profundo corte en el muslo con su gladius. El gladiatii se abalanzó sobre ella, pero Mia se echó a un lado y aporreó el escudo del león hasta arrancarle la espada de unos dedos torpes y enviarla repiqueteando sobre la cubierta.

Furiano se movía como el agua, y su melena negra fluía a su espalda mientras obligaba a retroceder a los leones atacantes con su ancho escudo. Detuvo un tajo con su propia espada y el contraataque envió la espada fuera de la mano de su propietario, rodando hacia el agua. Las catapultas lanzaron otra andanada y la llama dejó una estela en el aire antes de alcanzar un costado de su barco. El barril estalló y una atronadora explosión ahogó las voces de la multitud. Cayeron hombres chillando desde la cubierta al agua, y los dientes de los dracos centellearon y rechinaron en la espuma roja. Ascendió un humo negro entre el baile de chispas, cargado del hedor del aceite y la carne al arder. Y Mia alzó su espada y atacó de nuevo a su adversario.

El hombre trastabilló, solo un poco ebrio por el desmayo, pero lo suficiente para otorgar una ventaja a Mia. Un sibilante tajo de su gladius le abrió la garganta, al mismo tiempo que Furiano acababa con su propio enemigo de una rápida y letal estocada. A pesar de la matanza, a pesar del miedo, Mia se

notaba extasiada, la sangre bullendo, la piel erizada. Y al bajar la mirada a la cubierta, Mia reparó en que su sombra se movía por sí misma, extendiéndose como melaza por la madera ensangrentada hacia la de Furiano. Y se dio cuenta de que la de Furiano también intentaba alcanzar la suya.

Como amantes separados.

Como un puzle buscando piezas perdidas de sí mismo.

Mia sacudió la cabeza. Sin aliento. Deseosa. La cubierta a su alrededor había caído en el caos, con gladiatii volviéndose unos contra otros mientras los leones atacaban a Mia y a Furiano y sus breves alianzas se desmoronaban. El acero tañó contra el acero, los gritos agónicos quebraron el aire y otro barril de brea ardiente explotó sobre sus cabezas e hizo llover fuego líquido en cubierta. Los leones estaban acosados por detrás y Furiano y Mia luchaban por sus vidas contra la proa. Mia vio que el barco dorado había llegado al fuerte y sus gladiatii estaban tomando el control de las catapultas mekkénicas. La galera blanca estaba incendiada casi por completo, y al barco azul poco le faltaba. Los azules se lanzaron a la carga con un feroz grito de guerra, treparon por las escaleras de cuerda y subieron a las almenas, donde chocaron de frente contra los dorados.

Otro barril ígneo cayó sobre la galera roja, en esa ocasión a popa, inmolando a los gladiatii que manejaban el timón. Los remeros redoblaron sus estrepadas, desesperados por llegar a la fortaleza y escapar de aquel ataúd ardiente. Pero sin nadie que dirigiera la nave y con el timón en llamas, el barco pasó de largo por poco y la palamenta se hizo astillas contra el pedestal. La galera se sacudió, Furiano cayó de rodillas y Mia se libró de imitarlo por un pelo.

—¡Vamos! —gritó Mia, enfundando sus hojas.

Echó a correr hacia la borda, se apoyó de un salto en la regala y, con las manos extendidas, aferró una escala que pendía de las almenas y quedó

colgando precaria sobre el agua. Furiano la siguió y llegó de un salto a la siguiente escalera de cuerda, imitado casi al instante por otros gladiatii. Un león dio un brinco desesperado y asió la escala por debajo de Furiano, para encontrarse con que la bota del Invicto lo enviaba al agua arremolinada chillando. Con los ojos escocidos por el humo, Mia remontó la cuerda y coronó la muralla del fuerte, donde la recibió el espantoso olor del aceite ardiendo y los intestinos desgarrados, que estuvo a punto de abrumarla.

La multitud cantaba y vitoreaba, fascinada por la matanza y el espectáculo. Mia sintió que Furiano se izaba al adarve sin tener que volverse a mirarlo. Igual que cuando lucharon en el dormitorio del Invicto, sintió el tirón en su propia sombra mientras el hambre en su interior se inflaba como si tuviera vida propia.

Y al mirar sus pies, vio que las sombras de los dos estaban completamente entrelazadas.

—¿Qué abismos pasa aquí? —resolló.

Leonidas escupió una negra maldición, de pie y vociferando. Era difícil distinguirlo a través de la mortaja de humo, pero parecía que al gran sanguila le quedaban muy pocos guerreros en la batalla. Leona vio que las galeras roja y blanca empezaban a hundirse, que sus remeros saltaban por la borda para arriesgarse con los dracos en vez de morir abrasados. El agua era una bullente sopa de espinas dorsales, colas bifurcadas y gemidos, y el público aullaba al ver tornarse rojo el diminuto océano.

Leona miró a Cuervo con ojos entornados. Algo que no encajaba la reconcomía hasta la médula. Había algo en la chica... algo erróneo que no terminaba de identificar. Al verla moverse entre los leones, demostraba que

era la campeona, tal y como Leona la había nombrado. Pero había algo en su forma de combatir. Daba tajos, reveses, puñetazos, patadas...

... pero nunca estocadas.

Leona se levantó y escrutó entre la neblina negra hasta encontrar a Cuervo luchando en las almenas junto a Furiano. Formaban un dúo devastador, derribando a todo aquel que se les ponía delante y avanzando poco a poco hasta el límite de la fortificación. Pero las sospechas de Leona no iban erradas. Incluso cuando se le presentaba una abertura para asestar una puñalada con su daga, Cuervo solo la estaba usando para desviar los ataques de sus adversarios. Había utilizado su hoja más pequeña con sanguinario desenfreno en el lance de ejecución, pero en cambio, en el Magni...

—Solo ataca con el gladius —susurró.

La *magistrae* se volvió hacia su ama.

—¿*Domina*?

Leona sintió una gelidez en la tripa. Recordó el giro en que había entregado a Cuervo su armadura y el gladius y la daga de negro acero liisiano a juego. Al ver la luz de los soles destellar en el arma plateada que Cuervo tenía en la mano, supo con horrible certeza que...

—Esa no es la daga que le regalé.

Ashlinn y Mercurio recorrieron el subsuelo del estadio, por pasillos curvados y bajo arcos de piedra, siguiendo el rastro de pegajoso escarlata. Se cruzaron con patrullas de soldados, limpiadores y asistentes, pero casi todo aquel que tenía ojos estaba arriba, viendo el Magni. Les llegaban los sonidos de la batalla desatada sobre sus cabezas, las explosiones huecas y los aullidos de la multitud.

Al final del pasillo vieron una puerta doble de madera y un par de

legionarios a todas luces frustrados montando guardia, con la cabeza ladeada para oír mejor la carnicería de arriba. El más alto enderezó la espalda al ver acercarse a Mercurio y estudió al anciano antes de fijar la mirada en Ashlinn.

—No ten...

Ashlinn se agachó y lanzó un pequeño orbe de cristal que rebotó en la piedra. Los guardias tuvieron el tiempo justo de ver el vydriaro antes de que les explotara en las narices y una nube de gas blanquecino llenara su extremo del pasillo. Ash y Mercurio esperaron por si llegaba alguien corriendo después de oír el estruendo, pero el griterío de la muchedumbre y la batalla en la arena parecían haber devorado sin más el estallido.

Se ataron unos gruesos pañuelos en la cara y cruzaron las puertas para cerrarlas después de entrar. El humo se despejó y dejó a la vista y legible la placa tallada que había encima.

MORGUE.

Sangre en sus manos y en su lengua.

Sangre en sus armas y en sus ojos.

Mia luchaba sobre el adarve, cuya piedra estaba resbaladiza por la sangre y las vísceras. Había nudos de gladiatii asestándose tajos y puñaladas entre ellos, acero tintineando contra acero, gritos de batalla flotando en el aire. Comemundos, campeón del *collegium* de Filipi, estaba empapado de la cabeza a los pies en rojo, blandiendo un poderoso azadón con las dos manos con el que aplastaba armaduras y escudos como si fuesen de papel. Ragnar, del *collegium* de Tácito, seguía en pie, aullando como un demente mientras se agachaba para agarrar por el hombro a un gladiatii que cargaba contra él y arrojarlo al agua.

Era una carnicería espantosa de cuerpos amontonados, y quedarían quizá

unos veinte gladiatii luchando donde había habido al principio casi trescientos. Mia no había visto tanta sangre derramada en la vida. Furiano combatía a su lado, teñido hasta las axilas.

Sus sombras estaban ya entrelazadas del todo, las cuatro, Mia, Don Majo, Furiano y Eclipse, fundidas en la negrura bajo sus pies. Oía amortiguada a la multitud y veía sus hojas danzando por el aire casi como si tuvieran mentes propias. Pero lo más sorprendente era que podía oír a Furiano, el latido de su corazón, su aliento y, por debajo, más al fondo que la sangre y el humo y el apabullante rugido de la plebe ebria de violencia, cayó en la cuenta de que podía oír...

«No son sus pensamientos, sino...»

Su hambre. Su anhelo. Su recuerdo de Leona, teñido de pena y amargura. Su deseo por los laureles del vencedor, que resonaban en cada latido de su corazón. Por un instante, la sensación fue tan vívida, tan parte de sí misma, que se sintió tentada de soltar su espada y dejarse derrotar por él. Por su parte, Furiano también parecía sentirla a ella, y de vez en cuando amagaba vistazos al palco del cónsul, al sumo cardenal entre su cobarde rebaño, y entonces se le crispaba la mandíbula de odio.

—Todopoderoso Aa —susurró—. Serán hijos de puta...

Cada bocanada de aire ardía, los ojos de Mia le picaban por el sudor y el pulso aporreaba por debajo de su piel. Su hoja cantaba en el aire, los brazos le dolían y, en algún punto lejano, tan tenue que era casi imperceptible, por debajo del rugido de la multitud, del rugido de las llamas, del rugido de aquellos tres soles que ardían cegadores en el cielo, la oyó.

La oscuridad.

Bajo el agua.

Bajo su piel.

Bajo la costra marmórea que recubría los huesos de la ciudad. Su sombra

entreverada con la de Furiano, sangrando al interior de ella como el rojo que fluía por la piedra.

—... *mia*...

—¿Lo sientes? —susurró.

Furiano hundió su espada en otro pecho, con las manos resbaladizas de sangre.

—Te siento a ti —resolló él.

Giro y quiebro, finta y tajo, tiempo ralentizado.

—Nos siento a nosotros.

—... *MIA, ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?*...

—No lo sé —susurró ella. Derribó a otro gladiatii, metiéndose bajo la curva de su tajo y seccionándole el tendón de la corva—. Que la Negra Madre me ayude, no lo sé.

Comemundos elevó su azadón y se abalanzó contra Mia, dando fuertes zancadas en la piedra. Detrás de ella oyó a Ragnar y Furiano, enfrentados hoja contra hoja. Incluso con el desmayo en sus venas, aquellos hombres eran campeones, veteranos de una docena de matanzas, duros como el acero. Pero Mia aún podía sentir a Furiano, sus sombras entremezcladas por completo, reptando por la piedra, bailando en la sangre. Era como si tuviera dos pares de ojos, dos corazones, dos mentes, el doble de fuerza, el doble de voluntad, el doble de furia. Comemundos descargó el azadón sobre su cabeza y Mia sintió la mano de Furiano sobre la suya, guiando su réplica. Furiano atacó a Ragnar y sintió el agarre de Mia en su hoja. Fundidos, sin límite, sin una sensación clara de dónde terminaba ella y dónde empezaba él. Allí, bajo aquellos soles ardientes, aunque solo fuera por un momento, el puzle parecía haber encontrado la pieza que le faltaba.

El gladius de Mia hendió la parte trasera de la rodilla de Comemundos, cercenando el tendón hasta el hueso. Furiano desarmó a Ragnar con un tajo

raudo como el rayo, pero el vaaniano se lanzó contra el Invicto y cayeron los dos al suelo para darse zarpazos y puñetazos sobre la piedra resbaladiza de rojo. Cuando las manos de Ragnar se cerraron en torno al cuello de Furiano, Mia notó la presión en su propia tráquea. Dio un respingo, ahogándose, y sintió el azadón de Comemundos estrellándose contra sus costillas. Tanto ella como Furiano dieron gritos de dolor. A Mia se le cayó la daga, que tañó alegre mientras resbalaba por la piedra hasta detenerse al lado de Furiano y Ragnar.

Las manos de Ragnar se estrecharon sobre la garganta de Furiano y Mia tuvo dificultades para respirar. Comemundos tiró a la chica al suelo y le estampó el puño en la cabeza, haciendo que se le saliera el yelmo y volara su gladius. No podía respirar, no podía ver y la presa de Ragnar sobre Furiano la estaba ahogando. Mientras el público se desgañitaba, Furiano sacó un brazo sobre la piedra y sus dedos rozaron la empuñadura de la daga de Mia. Comemundos golpeó la cabeza de Mia contra el suelo, una vez, otra, otra, con la luz de los soles ardiendo en sus ojos.

Los dedos de Furiano aferraron la daga de Mia.

—Furiano —boqueó Mia—. No te...

Con un grito desesperado, el Invicto echó atrás el puñal y lo clavó en el hueco entre el peto de Ragnar y su espaldar.

La multitud contuvo el aliento.

Furiano soltó un grito triunfal.

Y la hoja con resorte de Mia se ocultó por completo en la empuñadura.

—Eh.

Sidonio sintió un ligero puntapié en el brazo. Su estómago se revolvió, pero el gladiatii mantuvo los ojos cerrados y contuvo el aliento.

Otra patada de un pie particularmente huesudo.

—Aún te veo la marca de esclavo, cadáver. Menos mal que los que han bajado aquí vuestros cuerpos no se han molestado en quitaros los yelmos. Es hora de irse.

Sidonio abrió una mínima rendija en el párpado y vio a un anciano vestido con andrajosos harapos inclinado sobre él. Tenía los ojos azules y brillantes, una mata de pelo canoso y un cigarrillo encendido en los labios.

—¿Eres... Mercurio? —susurró.

—No, soy la amante del sumo cardenal. Venga, arriba.

Sidonio se incorporó en el suelo de la morgue, rodeado de centenares de muertos. Vio a una chica delgada con armadura de guardia inclinada sobre el «cadáver» de Despiertaolas, dándole unos golpecitos en el hombro.

—Y tú eres Ashlim —susurró Sidonio.

—Encantada. —La chica asintió—. Y ahora en serio, levantaos de una vez, joder.

Cantahojas estaba poniéndose de pie y quitándose el yelmo, todavía cubierto de sangre. Con una mueca, Sidonio se quitó el suyo también, se echó mano a la nuca y sacó la vejiga pinchada de debajo del peto. Notaba la sangre de pollo en la espalda, coagulada en un pringue resbaladizo y grasiento.

—El balde está en la carretilla —dijo Mercurio—. Lavaos y vestíos. Tenemos que salir antes de que termine el Magni. Y ya no faltará mucho.

Los Halcones del *collegium* de Remo se turnaron para frotarse la sangre tan bien como pudieron y vestirse con la ropa que les dieron. Armaduras de los porteros inconscientes y harapos para los demás. Sidonio se puso el yelmo de acero de un guardia y su peto de cuero y miró hacia la piedra del techo mientras la multitud rugía encantada.

—¿Cómo creéis que le va ahí arriba? —preguntó en voz baja.

Despiertaolas le dio una palmada en el hombro.

—Ten fe, hermano. Ha podido traernos hasta aquí.

—Con bastante ayuda tuya. —Bryn sonrió de oreja a oreja.

—Sí, pero ¿tenía que ser sangre de pollo? —Carnicero hizo una mueca—. Apesta.

Despiertaolas se encogió de hombros.

—Es como me enseñaron a hacerlo allá en el teatro.

Mercurio torció el gesto y apagó su cigarrillo.

—Sé que la probabilidad de que los Administratii envíen un equipo a buscar a un puñado de gladiatii muertos es escasa, pero, si habéis terminado de charlar, tenemos una osada huida que emprender. —El anciano señaló la puerta—. Así que, cabrones, si no os importa...

—Mis disculpas —musitó Ashlinn—. Siempre se comporta así.

Sidonio enderezó su yelmo y cuadró los hombros. Seguido por sus camaradas, salió al pasillo. Las entrañas de la arena estaban prácticamente desiertas, todos los ojos puestos en el espectáculo que se desplegaba arriba. Recorrieron veloces los pasillos, Ashlinn abriendo el paso, hasta que llegaron a una pequeña entrada para sirvientes, cerrada con llave y atrancada.

Ashlinn abrió la puerta y salieron a un pequeño callejón. Había dos guardias tumbados fuera, muertos o durmiendo, Sid no estaba seguro. Pero también vio un pequeño carro de mercader y a una bonita chica rubia sentada en el pescante. La joven los miró y sonrió.

—Esta es Belle —dijo Mercurio—. Os llevará por el acueducto. Una esclavista llamada Bebelágrimas os está esperando en el continente.

—¿Esclavista? —gruñó Cantahojas.

—Le debe un favor a Mia —dijo Ashlinn—. El favor más grande que existe. Tiene documentos que verifican que habéis comprado vuestra libertad. Y contactos con los Administratii para que os quiten las marcas de la cara. Venga, marchaos.

—Mia... —empezó a decir Sidonio.

—Marchaos.

Bryn y los demás ya habían subido al carro. Despiertaolas cogió el brazo de Sidonio y lo aupó a la plataforma. La chica hizo chasquear las riendas y empezaron a moverse, traqueteando sobre los adoquines mientras recorrían las calles de Tumba de Dioses.

—Buenos caballos —dijo Bryn, señalando con la barbilla los animales que tiraban del carro.

—El semental negro se llama Ónice. —La chica sonrió—. La yegua blanca es Perla.

Sidonio subió al pescante junto a la chica, intentando darse un aire oficial con su uniforme. Pero descubrió que tenía las manos temblorosas, las rodillas débiles, que el suplicio lo había dejado desgastado. Después de semanas de hacer planes, de interpretar su papel, de rezar para que de algún modo les saliera bien, la adrenalina se estaba agriando en sus venas, dejándolo exhausto y...

—No te asustes —dijo la chica, apretándole la mano—. Todo irá bien.

Sidonio la miró de arriba abajo. Ojos grandes y oscuros. Apenas era más que una niña.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con un bufido.

—Porque las voces de tu cabeza que te dicen lo contrario son el miedo hablando. Nunca hagas caso al miedo. —La chica sonrió y devolvió la mirada al camino despejado—. El miedo es un cobardica.

Mia ahogó un grito cuando Comemundos volvió a estrellarle el cráneo contra la piedra, apretándole los ojos con los pulgares. Sacó su daga de hueso de tumba del brazal de su muñeca y la hundió bajo la barbilla del campeón, directa a su cerebro.

Comemundos gorgoteó y cayó a un lado. Mia rodó para levantarse, recogió su gladius y cargó almenar abajo, con los labios separados de los dientes en un rugido. Ragnar tenía las manos en torno al cuello de Furiano, y alzó la mirada mientras la chica lo derribaba. Levantó los brazos para detener su tajo, pero el desmayo seguía zumbando en sus venas y la hoja de acero liisiano que empuñaba Mia le cercenó la muñeca, le partió el yelmo y le abrió la carne y el hueso de debajo. Mia sacó la hoja de la cabeza de Ragnar y el cuerpo del campeón cayó hacia atrás dejando una estela de rojo.

Furiano se quitó el cadáver de encima a patadas y se levantó. Aún tenía la daga con resorte de Mia en la mano, y sus ojos oscuros ardieron hasta el interior de los de ella. El público aullaba, sediento de sangre. De los centenares de hombres y mujeres que habían salido a la arena, ya solo quedaban dos. Aunque no podían oír las palabras que los dos halcones pronunciaban en la lejanía por los gritos de sus compañeros y la sangre que palpitaba en sus venas, todos sabían que el combate acabaría pronto. Que aquellos dos fueran camaradas de un mismo *collegium* no suponía ninguna diferencia. Solo había una forma en la que podía terminar todo.

—¡Todos deben caer para que uno pueda alzarse! —llegó el grito.

Mia y Furiano se miraron por encima de la matanza, sus sombras bullendo a sus pies. Si antes estaban entremezcladas, fundidas en un negro perfecto, habían pasado a enroscarse, retorcerse y lanzarse iracundos zarpazos mutuos.

—Ya veo —dijo Furiano con desdén, arrojando la falsa daga a los pies de Mia—. Embustera hasta el final.

El público era un fragor lejano. El estadio un fondo emborronado, pálido y traslúcido. Mia podía sentir la ciudad de Tumba de Dioses a su alrededor, hinchada bajo aquellos horribles soles. La sintió como algo vivo, percibió la rabia y el odio embebidos en sus huesos, como en aquella veroscuridad de

hacía tanto tiempo, cuando fracasó en su intento de matar a Scaeva en la Basílica Grande.

La sentía igual que se sentía a sí misma.

—Furiano... —empezó a decir.

—No has aprendido nada sobre el honor, ¿verdad? Creía que afirmabas no ser una heroína. Que si necesitaban ayuda, podían ayudarse a sí mismos.

—Y se han ayudado a sí mismos, Furiano —replicó Mia—. Nos hemos ayudado unos a otros.

—¿Y por qué?

—Porque son mis amigos. Y porque no merecían morir.

—Pero morirán —escupió él—. Como los traidores que son. Cuando me nombren vencedor, lo primero que haré es contar tu treta a los *editorii*. Y todas tus mentiras no habrán servido para nada.

Se agachó y recogió una espada ensangrentada de entre la carnicería que los rodeaba.

—No puedes lavarte las manos con más sangre, Furiano —dijo Mia.

—Yo me entrego a Aquel que Todo lo Ve.

—Furiano, ¿es que no lo sientes? ¡Mira nuestras sombras! ¡Escucha!

—No oigo nada —espetó él—. Salvo a la bruja a la que estoy a punto de matar.

—¡No!

El Invicto cargó sobre la piedra, con su sangrienta espada en el aire. El rugido de la multitud regresó con la fuerza de una ola a su alrededor, un maremoto ensordecedor que resonó en su cráneo. El tiempo redujo su marcha, segundo a segundo, la boca de Furiano abierta en un bramido, su hoja alzada al cielo.

Mia no quería matarlo.

Pero no quería morir.

—... ¿*mia*?...

—¡Todos deben caer para que uno pueda alzarse! —llegó el grito.

—... ¡*MIA!*...

«Todos deben caer para que uno pueda alzarse.»

De modo que se movió, gentiles amigos. Se movió como el viento. Como el rayo. Como las sombras. Entró por debajo del tajo que amenazaba su garganta y el acero silbó sin alcanzarle la piel. Las oscuridades que había debajo de ellos se lanzaron garrazos entre sí, negro tinta sobre la piedra ensangrentada, odio y hambre y algo parecido a la pena. El gato-sombra siseó y la loba-sombra gruñó y la chica, la hoja, la gladiatii atacó, y la punta de su espada se clavó en el cuello del Invicto cuando pasaba a la carrera.

Un chorro de rojo. Un respingo sin aliento. Mia sintió dolor y se llevó la mano a la garganta, como si le hubieran propinado la estocada a ella. No había vejigas llenas de sangre de pollo. No había tretas. No había jugadas. La sangre de Furiano era tan real como la luz de los soles sobre la piel de Mia.

Furiano la miró con ojos desorbitados por la sorpresa. Se aferró el cuello y se volvió hacia el palco de los sanguilas para mirar a su *domina*. Mia lo sintió todo. Remordimiento. Tristeza. Ordenó a Don Majo y Eclipse que se desplazaran por la piedra y, en el último aliento de Furiano, se llevaran su miedo.

Y con una última bocanada, el Invicto fue vencido.

Un martillazo en la columna vertebral de Mia. Una acometida de sangre en las venas, la piel erizada, todas las terminaciones nerviosas en llamas. Cayó de rodillas, el cabello ondeó a su alrededor como si lo moviera una brisa fantasmal, su sombra se retorció en líneas enloquecidas y quebradas debajo de ella, Don Majo y Eclipse y un millar de otras formas garabateadas entre las formas que dibujó sobre la piedra. El hambre en su interior saciada, el anhelo esfumado, el vacío llenado de repente, con violencia. Una amputación. Un

despertar. Una comunión, pintada de rojo y negro. Y con el rostro levantado hacia el cielo, por un momento, solo el tiempo que dura un suspiro, lo vio. No un campo infinito de azul cegador, sino de negrura insondable. Oscuro y pleno y perfecto.

Lleno de diminutas estrellas.

Pendiendo sobre ella de los cielos, Mia vio un orbe de brillante y blanquecina luz. Casi como un sol, pero no rojo ni azul ni dorado ni ardiente con furioso calor. La esfera era de un blanco fantasmagórico, y la tenue luminiscencia que vertía proyectaba una larga sombra a sus pies.

«LOS MUCHOS FUERON UNO.»

—¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!

«Y LO SERÁN DE NUEVO.»

Un chillido salió arrancado de sus pulmones, largo y agudo y cortante. El cielo se cerró de sopetón y el fulgor de los soles le llevó ardientes lágrimas a los ojos. Estaba de rodillas en la piedra ensangrentada, el estadio resonando, la multitud de pie, «¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!», una corriente arkímica danzando en su piel, elevándola en su oleada de euforia. Sangre en las manos. Sangre en la lengua.

Furiano muerto en el suelo ante ella.

Dejó caer la cabeza. Inhaló una sonora bocanada que hizo que le ardieran los pulmones. Llena y vacía al mismo tiempo. Triunfante. Tantos kilómetros, tantos años, tanto dolor, y lo había conseguido.

Había ganado.

Pero algo...

... algo era distinto.

Y al mirar hacia abajo, vio su sombra, ya calmada como un charco de aceite, acumulada en la piedra manchada de sangre que tenía debajo.

Lo bastante oscura para cuatro.

CAPÍTULO 35

SE FUE

Leona gritó con los demás, con el corazón en la garganta. Sintió algo entre la euforia y la agonía al ver a Furiano derrumbarse y a Cuervo caer de rodillas sobre su cadáver, triunfante. Cuervo lo había conseguido. Había ganado. La victoria era para el *collegium* de Remo. Todos los sueños de Leona, cumplidos. Todo su sacrificio, justificado.

Pero la daga que Cuervo había usado durante el Venatus Magni no era la buena.

Lo que significaba que el lance de ejecución...

—Mi dona, ¿una copa?

Leona parpadeó y se volvió hacia un esclavo que se había materializado junto a ella. Era un anciano cargado con una bandeja de plata, copas y una botella de vino dorado de primerísima calidad. Era uno entre la docena de siervos que recorrían los palcos de los sanguilas, sirviendo bebidas frescas a los dueños de sangre que se habían levantado para dedicar a Leona un aplauso reticente. El Magni había estado muy disputado, pero había sido glorioso y era el momento de que quienes más provecho sacaban de ello honraran los juegos y a su vencedora con la tradicional y merecida copa.

La marca circular del anciano parecía reciente, un poco demasiado oscura en su mejilla. Sus ojos azules titilaban como cuchillas, y había algo en él que

incomodaba muchísimo a Leona. Miró la copa que le estaba ofreciendo y negó con la cabeza.

—No —murmuró—, gracias.

Leona devolvió la mirada al centro de la arena y vio a Cuervo de pie entre la masacre. La chica sostuvo en alto su gladius ensangrentado y el público estalló. Todos se pusieron de pie, desde los sacerdotes de la iglesia de Aa hasta la plebe, gradas y más gradas arriba hasta el palco del cónsul. El propio Scaeva estaba levantado, con su hijo a hombros, vitoreando a voz en grito.

¿Es que ninguno de ellos lo veía?

¿Acaso estaban todos ciegos?

—¿Mi dona? —preguntó de nuevo el anciano.

—He dicho que no —restalló Leona—. ¡No tengo sed! ¡Márchate!

—No os estoy sugiriendo que bebáis, mi dona —dijo él, poniéndole una copa en las manos.

La dona gruñó, dispuesta a reprender a aquel viejo idiota por su temeridad. Pero entonces reparó en la añada de la botella que llevaba. Vio un marbete que reconoció de su infancia, un recuerdo que tenía grabado a fuego en la mente. La botella aferrada en la mano de su padre, salpicada de rojo sangre mientras su madre chillaba.

—Albari —susurró—, del setenta y cuatro.

—Muy buen caldo —respondió el anciano.

—¡Fuera! —exclamó la *magistrae*—. ¡Antes de que te haga azotar por tu impertinencia!

El anciano se volvió hacia la *magistrae* y clavó en ella su gélida mirada azul. Puso la bandeja cargada en las manos de la mujer, que soltó un bufido, y metió la mano en su túnica para sacar un caro cigarrillo de clavo que se llevó a los labios.

—¿Sabéis? —gruñó—. Hay un lugar especial en el abismo reservado para

quienes asesinan a niñas pequeñas.

El corazón de Leona dio un vuelco. Miró a Anthea y luego a su padre. Leónidas no era de los que desperdiciaban una buena añada, por lo que estaba alzando su copa de Albari del setenta y cuatro con los demás, sus brillantes ojos azules fijos en los de ella mientras sus colegas y él daban un buen sorbo. Quizá lo considerara una casualidad. Quizá le diera igual, sin más. Pero después de haberse bebido la copa, miró a su hija y le dedicó una sonrisa oscura.

Leona miró la copa que le había dado el anciano. En el fondo había una fina tira de pergamino, con cuatro palabras escritas en tinta negra.

«Tanto como puedo agradecértelo.»

Debajo de las palabras, vio un bosquejo de un cuervo en pleno vuelo sobre dos espadas cruzadas.

El emblema de la familia Corvere.

Leona miró a los ojos del anciano. Los suyos se ensancharon al comprender. El hombre sacó un yesquero, encendió su cigarrillo y le dio una profunda calada.

—Si te interesa, encontrarás a Arkades en Puentenegro —dijo el hombre—. Yo que tú no volvería a Nido del Cuervo, si valoras ese bonito cuello. Te lo van a arrebatar todo. Tu casa. Tu *collegium*. Tus riquezas. Y tendrás que dejar atrás tu apellido. Pero conservarás la vida si sales por patas ahora mismo. Es todo lo que ella está dispuesta a dejarte, me temo.

El anciano miró ceñudo a Anthea, dio media vuelta y se marchó, subiendo por los palcos de los sanguilas para luego bajar la escalera. Leona observó de nuevo a su padre y se volvió hacia su *magistrae*. El perfume de una pira funeraria en sus fosas nasales. El eco de la voz de Mia en su mente.

«Busca entre los más cercanos a ti...»

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo—. No me encuentro bien.

—Pero *domina* —objetó la *magistrae*—, ¿y vuestros honores? Van a entreg...

—Será solo un momento. Espérame aquí.

La *magistrae* frunció el ceño pero hizo una profunda inclinación.

—Vuestro susurro, mi voluntad.

Leona hizo un gesto de asentimiento a sus guardias, se recogió el vestido y empezó a remontar la escalera. Se detuvo y se volvió de nuevo hacia su *magistrae*.

—Ah, y... ¿Anthea? —Señaló con la barbilla la bandeja que la mujer tenía en las manos—. Sírvete una copa mientras tanto.

—Sí, *domina*. —La mujer seguía con el ceño fruncido—. Gracias, *domina*.

—De nada —respondió Leona, volviendo a girarse—. Creo que te la has ganado.

«Paciencia.»

Mia estaba de pie en el pedestal, firme como la piedra que la rodeaba. El recuerdo de aquel único orbe de suave brillo en los cielos indeleble en su mente. Aquella voz resonando en su cráneo. A pesar de los tres soles que ardían por encima, notaba más fuerte su dominio sobre la oscuridad desde que Furiano había muerto. Más profundo, de algún modo más rico, la sombra a sus pies titilando, revolviéndose, sangrando por las losas hacia...

«Scaeva. Duomo.»

—... *YA VIENEN...*

—... *siempre tan observadora...*

Mia los vio, acercándose por el borde de la arena. El público que los rodeaba abriéndose como un mar ante la oleada de Luminatii que los precedía. Mia oyó gemir un mekkenismo y las aguas infestadas de dracos se revolviéron

cuando un enorme pasaje abovedado de piedra se elevó desde el suelo del estadio. Derramando agua de mar por los lados, terminó por encajar en su sitio, componiendo un amplio puente desde el borde de la arena hasta el pedestal del centro. Scaeva se quedó de pie a un lado, con su hijo a hombros, alzando tres dedos para bendecir a la ferviente multitud.

—... *trae al chico...*

—... *¿Y? A ÉL NO LE TEMBLÓ LA MANO A LA HORA DE ASESINAR AL PADRE DE MIA DELANTE DE ELLA...*

—... *siempre tan sanguinaria, querida chucha...*

—... *APRÉSTATE, MININO. ES EL MOMENTO DE QUE EL PEQUEÑO LUCIO APRENDA LAS DURAS REALIDADES DE LA VIDA...*

Mia fijó la mirada en Scaeva con su ostentosa túnica púrpura, en Duomo tras él vestido con su ropa de cardenal rojo sangre. Mientras los observaba, media docena de asistentes cogieron el báculo de manos del cardenal y lo despojaron de sus vestimentas. Por debajo, el gran hombre sagrado llevaba solo ropa hecha con tela de saco, e iba descalzo. Se quitó los anillos, los brazaletes dorados y, por último, la bendecida Trinidad de Aa que llevaba al cuello.

Se quedó desnudo.

El hombre más sagrado de la república. La Mano de Dios en persona reducida a un mendigo, como había hecho el Padre de la Luz en la antigua parábola, cuando concedió al esclavo generoso su libertad. Y pronto, la campeona del Magni conocería esa misma libertad, otorgada por la voz de Aquel que Todo lo Ve en esta tierra.

Pero antes llegaron los Luminatii y toda una bandada de trabajadores del estadio. Cruzaron el puente de piedra, por encima de los saciados y gordos dracos de tormenta que surcaban las aguas. Una centuria entera de soldados, con armaduras de hueso de tumba y sus hojas de acero solar encendidas en

llamas sagradas. Al llegar a la fortificación, los Luminatii rodearon a Mia y los asistentes se pusieron a trabajar, tirando los cuerpos de los gladiatii masacrados desde las almenas a las aguas revueltas. Mia dedicó una mirada al cuerpo de Furiano, lo vio rebotar y caer salpicando al azul, y el negro a sus pies se estremeció. Un centurión Luminatii se plantó delante de Mia y extendió la mano sin hablar, con una mirada a su gladius manchado de sangre. Mia le entregó el arma sin parpadear.

Mientras el público entonaba cánticos y vítores, los asistentes se apresuraron a limpiar la sangre, recoger las armas y arrojarlas al agua con los cuerpos de sus propietarios, antes de escabullirse de vuelta por el puente. Mia quedó rodeada de Luminatii por todas partes, cien, siendo ella una sola.

—Arrodíllate, esclava —ordenó el centurión.

Mia obedeció, apretando las rodillas y los nudillos contra la piedra, con la cabeza gacha.

Había vuelto a esconder su daga de hueso de tumba en la muñeca, debajo del brazal de cuero.

Sonaron las trompetas. La procesión dio inicio, encabezada por Duomo, sus anchos hombros cuadrados, su barba erizada, tres dedos alzados mientras cruzaba el puente rodeado de más legionarios. Acto seguido pasó Scaeva, saludando con la mano al jubiloso público, con su hijo subido a hombros sosteniendo los laureles dorados para la vencedora. Mia mantuvo la cabeza agachada, pero miró furibunda a través de las pestañas al cardenal que se aproximaba y a los Luminatii que se separaban para dejarlo pasar.

Duomo se detuvo delante de ella y la miró con una agradable sonrisa. Habían pasado años desde que la viera por última vez. En ese tiempo, Mia se había ganado un rostro nuevo y cicatrices también nuevas. Pero al mirarlo a los ojos, buscó alguna señal de reconocimiento. Algún ápice de comprensión

sobre a quién tenía arrodillada delante de él. Algún reconocimiento de todo lo que había hecho.

Nada.

«Ni siquiera me conoce.»

Más Luminatii, Scaeva caminando por detrás, con parsimonia. Saludando con su hijo a la muchedumbre. Y cuando su séquito y él se fueron acercando, por encima de las tozudas mariposas que no dejaban de revolotear en su estómago, Mia la sintió. Una sensación a la que ya se había acostumbrado.

Hambre.

Ansia.

El anhelo de un puzle buscando una pieza de sí mismo.

«Por los dientes de las Fauces...»

Sus ojos se abrieron del todo. Su boca se quedó seca como las cenizas.

«Alguien de aquí es tenebro.»

Buscó entre los soldados, pero no sintió ni un asomo de hambre. Con el corazón alborotado, miró a Duomo, pero no, sería imposible. Lo había visto sostener una Trinidad bendecida en la mano y, si fuera tenebro, los signos santificados de Aa lo repelerían, igual que a ella.

«Oh, Negra Madre.»

¿Scaeva?

Le dio un vuelco el estómago. Se le desorbitaron los ojos. Pero de nuevo, lo había visto durante la veroscuridad en la que había atacado la Basílica Grande. Allí, entre los bancos de la casa sagrada de Aa, sin sufrir ningún efecto nocivo estando rodeado de los fieles del Padre de la Luz y sus símbolos bendecidos. Pero...

«Oh, Negra Madre. El chico...»

El hijo de Scaeva.

Lo miró y descubrió que él también la miraba, con el ceño arrugado por la

confusión. Tenía el cabello y los ojos oscuros, igual que ella. Y mientras se le caía el alma a los pies, en el rostro del niño, en la línea de las mejillas, o quizá en la forma de los labios, vio...

—Luminus Invicta, hereje —dijo Remo, alzando la espada sobre la cabeza de Mia—. Daré recuerdos a tu hermano.

... lo vio.

—Tienes lo que te pertenece —dijo Alinne—. Tu victoria hueca. Tu adorada república. Espero que te mantenga calentito en la nuncanoché.

El cónsul Julio bajó la mirada hacia Mia, con una sonrisa oscura como un cardenal.

—¿Quieres saber qué me mantiene calentito de noche, pequeña?

«No...»

Mia parpadeó en la penumbra. Sus ojos buscaron en la celda.

—Madre, ¿dónde está Jonnen?

La dona Corvere vocalizó palabras sin forma. Se arañó la piel, hundió las manos en su pelo enmarañado. Apretó los dientes y cerró los ojos mientras caían lágrimas por sus mejillas.

—Se fue —dijo en voz baja—. Con su padre. Se fue.

No «murió».

Solo «se fue».

Con su...

... no.

«Oh, madre, por favor, no...»

—Padre —llamó el chico que iba a hombros de Scaeva.

—¿Sí, hijo mío? —dijo el cónsul.

El chico entornó sus ojos negros como la tinta. Mirando a los ojos de Mia.

—Tengo hambre.

Mia apartó la mirada hacia la piedra. El corazón le atronaba en el pecho, a

pesar de los esfuerzos de Don Majo y Eclipse. El pulso se le aceleró bajo la piel. La idea era demasiado repulsiva para creerla, demasiado espantosa, demasiado horripilante, pero al mirar de nuevo la cara del chico lo vio. La forma de los ojos de su madre. La curva de sus labios. Los recuerdos del bebé con el que había jugado de niña, seis años y una vida entera antes, volvieron en tromba a su mente y amenazaron con desbordarse de su garganta con un chillido.

«Jonnen. Oh, dulce y pequeño Jonnen. Mi hermano vive.»

Pensamientos raudos. Corazón martilleando. Sudor ardiente. Mia cerró las manos en puños y apretó los nudillos contra la piedra mientras el cardenal Duomo se acercaba por delante de ella y extendía los brazos a los lados, con el rostro alzado hacia el cielo.

«Paciencia.»

—¡Padre de la Luz! —invocó Duomo—. ¡Creador del fuego, el agua, la tormenta y la tierra! ¡Te suplicamos que des testimonio de esta, tu fiesta sagrada! ¡Por derecho de combate y por el juicio de tus ojos que todo lo ven, nombramos a esta esclava una mujer libre y te rogamos que le concedas el honor de tu gracia! ¡Levántate y pronuncia tu nombre, niña, para que todos conozcan a su vencedora!

«Paciencia.»

—¡Cuervo! —rugió la multitud—. ¡CUERVO!

El nombre resonó en las paredes del estadio.

Reverberación.

Exhortación.

Bendición.

—¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Cuervo!

La chica se levantó despacio hasta alzarse como una montaña bajo aquellos soles ardientes.

—Me llamo Mia —dijo en voz baja. Su mano a la hoja de hueso de tumba que llevaba en la muñeca—. Mia Corvere.

Duomo puso los ojos como platos. El ceño de Scaeva se arrugó. La hoja silbó al llegar y se abrió paso a través de la garganta del cardenal, de oreja a ensangrentada oreja. Duomo trastabilló hacia atrás mientras manaba un oscuro chorro de sangre de la herida, sus dedos sobre la carótida y la yugular seccionadas. La sangre salpicó a Mia en la cara, densa y roja, cálida en sus labios mientras se movía, mientras los Luminatii se movían, mientras todo a su alrededor se movía. La muchedumbre bramó horrorizada. El cardenal se desplomó en la piedra. Los Luminatii estallaron en gritos y alzaron sus espadas. Y la chica. La hoja. La gladiatii. La hija de una casa asesinada, la hija de una rebelión fallida, la vencedora de la mejor diversión sangrienta que la república había visto jamás... cargó.

Directa hacia Julio Scaeva.

El miedo empañó los atractivos rasgos del cónsul, sus ojos oscuros se abrieron de terror. Los Luminatii avanzaron para interceptarla, pero ella era rápida como las sombras, afilada como las cuchillas, dura como el acero. Scaeva gritó y levantó de sus hombros al niño, en cuyos ojos se leía el miedo. Y mientras a Mia se le revolvía el estómago, el cónsul sostuvo a su hijo como un escudo y, cobarde entre cobardes, lo arrojó a la cara de Mia.

Mia dio una voz y extendió una mano mientras los brazos del niño rodaban en su vuelo. El mundo se ralentizó, los soles le castigaron la espalda, el calor del acero solar se propagó por su piel. Atrapó al chico, lo asió con fuerza usando la mano libre y se lo llevó al pecho. Y elevándose de puntillas, rodó como una bailarina, con la melena oscura ondeando, con el brazo extendido en un rutilante arco.

Perfección.

Su daga se hundió en el pecho de Scaeva, enterrada hasta la empuñadura. El

cónsul dio un respingo, con los ojos como platos. El rostro de Mia se retorció, la cicatriz le tiró de la mejilla, el odio fue un ácido en sus venas. Todos los kilómetros, todos los años, todo el dolor cobró forma en los músculos de sus brazos, fibrosos y tensados cuando tiró de su hoja hacia un lado, partiendo las costillas de Scaeva y partiéndole el corazón por la mitad. Dejó su hoja de hueso de tumba temblando en el pecho del cónsul y vio al cuervo del puño sonriendo con sus ojos ambarinos mientras de la herida emergía una fuente de oscura sangre. Y con el chico aferrado al pecho, rodando aún como la poesía, como un cuadro, giró hacia atrás, saltó las almenas.

Y cayó.

En los giros venideros, los siguientes momentos serían el tema de incontables relatos de taberna, debates alrededor de una tardera y peleas de bar por toda la ciudad de Tumba de Dioses.

La confusión se debía a varias razones. Para empezar, más o menos en ese momento, la *magistrae*, Leónidas, Tácito, Filipi y prácticamente todos los demás sanguilas y *executi* de los palcos próximos a la arena empezaron a vomitar sangre por el vino dorado envenenado que habían bebido, lo que supuso una distracción considerable. El pedestal estaba a una buena distancia incluso de los asientos más próximos, por lo que a gran parte del público le costaba ver bien. Y por último, y lo más importante de todo, el sumo cardenal y el cónsul acababan de ser brutalmente asesinados por la campeona del Venatus Magni, lo que dejó algo aturdido hasta al último miembro de la multitud.

Habría quienes dijeran que la chica se precipitó, con el chico en brazos, a la boca de un draco de tormenta hambriento. Otros afirmarían que cayó al agua pero evitó a los dracos, y que logró escapar a través de los tubos que habían llevado el océano al suelo del estadio. Y habría otros, a la mayoría de los cuales nadie haría caso por locos y borrachos, que jurarían por Aquel que

Todo lo Ve y todas sus Cuatro Hijas Sagradas que aquella chica escuchimizada, aquel daimón vestido de cuero y acero que acababa de asesinar a los dos máximos representantes de la república, simplemente desapareció. Un instante estaba cayendo al agua en la larga sombra de las almenas y, al siguiente, se esfumó sin dejar rastro.

El estadio era un tumulto de furia, desaliento, terror. Los dueños de sangre se derrumbaron en sus asientos o cayeron a la piedra, Leónidas y la *magistrae* muertos entre ellos, todos los establos de gladiatii de la república decapitados con un solo tajo. Duomo yacía en el adarve, su cara blanca y desangrada, su garganta abierta hasta el hueso. Y al lado del sumo cardenal, con la túnica púrpura manchada de oscura sangre salida del corazón, estaba tendido el salvador de la república.

Julio Scaeva, el senador del pueblo, el hombre que había derrotado a los Coronadores y había rescatado Itreya de la calamidad, había muerto asesinado.

CAPÍTULO 36

TUMBA DE DIOSSES

Ashlimm recorrió a hurtadillas la Ciudad de los Puentes y los Huesos como un cuchillo a través del pecho de un cónsul. Los sonidos del pánico eran cada vez más intensos en el estadio que iba dejando atrás, y el corazón de la joven cantó alegre mientras las catedrales de toda la ciudad empezaban a tocar a difuntos.

—Negra Madre, lo ha hecho. —Se mordió el labio y contuvo una sonrisa feroz—. Lo ha hecho.

Ash apretó el paso, cruzando canales y las serpenteantes calles del distrito de los nacidos de la médula. Los tres soles refulgían en el cielo y el implacable calor la empapaba de sudor. Debería haberse detenido para recobrar el aliento, pero lo cierto era que no tenía tiempo para respirar. Por cómo sonaba la confusión del lejano estadio, la noticia de la muerte de Scaeva se estaba extendiendo por la ciudad como un incendio. La Iglesia Roja no tardaría en saber que sus queridos clientes estaban muertos, y toda la furia de los discípulos de Nuestra Señora del Bendito Asesinato llovería sobre sus cabezas.

Tenía que reunirse con Mercurio en la necrópolis, y luego con Mia en el puerto. Desde allí, podrían escabullirse al azul, rumbo a donde ninguna hoja ni

miembro del Sacerdocio pudiera encontrarlos. Y entonces, podría descansar. Respirar. Dejarse caer en los brazos de Mia y nunca, jamás, volver a soltarla.

Ashlinn llegó a la sombra de las Costillas y cruzó un amplio puente de mármol hacia el Brazo de la Espada. El aire se iba inundando poco a poco del repicar de las campanas, de los gritos aterrados que resonaban por toda la ciudad a sus espaldas. Un chico se cruzó con ella, corriendo con los ojos muy abiertos, agitando su gorro y gritando con voz aguda:

—¡El cónsul y el cardenal han muerto!

—¡Asesina! —llegó otro grito lejano—. ¡Asesina!

Fue hasta la verja de hierro forjado que rodeaba los hogares de los muertos de Tumba de Dioses. Después de pasar entre los altos portones, Ashlinn se dirigió a una puerta tallada con un relieve de cráneos humanos y descendió a las húmedas sombras de la necrópolis. Rápida y sigilosa, recorrió los retorcidos túneles de fémures y costillas hasta llegar a la tumba de algún senador olvidado mucho tiempo atrás. Tiró de una pequeña palanca para revelar una puerta oculta en una pila de huesos polvorientos y, por último, llegó a los pasillos de la capilla de la Iglesia Roja.

Oscuros.

Silenciosos.

Seguros por fin.

Corrió hasta el sobrio dormitorio de Mia y cogió un pequeño morral de cuero y la adorada espada larga de hueso de tumba de Mia. Los ojos del cuervo en la empuñadura brillaron rojos en la escasa luz y Ash dedicó una mirada a la cama vacía, las paredes vacías, la oscuridad vacía. Dio media vuelta y corrió de nuevo por el pasillo hasta el despacho de Mercurio.

—¿Estás preparado par...?

El corazón de Ashlinn se le paró en el pecho. Sentada a la mesa de Mercurio, con los dedos en cuña bajo la barbilla, había una anciana de pelo

canoso y ensortijado. Parecía una abuelita amable, y sus ojos titilaron al recorrer el cuerpo de Ashlinn con la mirada. Aunque estaba sentada en la silla del obispo, no habría quedado fuera de lugar frente a una alegre chimenea, con nietos subidos a las rodillas y una taza de té al lado.

—Reverenda madre Drusilla —susurró Ashlinn.

—No, no, mi joven dona Järnheim —dijo la anciana—. No soy reverenda madre desde que tu traición provocó el asesinato de mi señor Casio. Ahora soy la Señora de las Hojas.

Ashlinn miró por toda la estancia. Había otras cuatro siluetas en la penumbra; el Sacerdocio entero de la Iglesia Roja la estaba esperando. Aalea, con su mirada negra como la muerte y sus labios rojos como la sangre. Mataarañas la miraba con furia enfundada en un traje verde esmeralda. Ratonero, con sus ojos de anciano y su sonrisa de joven. Y por último, Solis, su mirada ciega elevada hacia el techo pero fulminándola con ella igualmente.

Ashlinn apretó con más fuerza la espada de hueso de tumba de Mia.

—¿Dónde está Mercurio? —preguntó en tono imperioso.

—El obispo de Tumba de Dioses ya ha regresado al Monte Apacible —dijo Solis.

—Ha plantado cara —añadió Ratonero—. Hemos tenido que hacerle daño, me temo.

Mataarañas miró a Ashlinn con sus ojos negros y relucientes.

—Hay algunos entre nosotros que deseamos con toda el alma que pueda decirse lo mismo de ti, niña.

—Por favor, siéntate.

Drusilla señaló la silla que tenía delante.

—¿O qué? —replicó Ashlinn, cada vez más furiosa—. No puedes matarme como mataste a mi padre, vieja zorra. El mapa lo tengo marcado en la piel. Si muero, se perderá para siempre.

—Por favor, sentaos, dona Järnheim —dijo una voz.

Salió un hombre del dormitorio de Mercurio, y la tripa de Ashlinn se llenó de frío hielo. Era alto, guapo hasta decir basta, de pelo negro con unas tenues franjas de gris. Llevaba una larga toga de vivo púrpura y un laurel dorado en la frente.

—No —susurró Ashlinn.

—Si te quisiéramos muerta, lo estarías desde hace mucho tiempo —dijo el cónsul Scaeva—. Así que, por favor, siéntate antes de que nos veamos obligados a recurrir a... métodos desagradables.

—Estás muerto —dijo Ashlinn en voz baja—. Te he visto morir.

—No —repuso Scaeva—. Aunque reconozco que el parecido era impresionante.

Los ojos de Ashlinn se ensancharon al comprender.

—La tejedora —susurró—. Marielle. Puso tu cara en otra persona.

—Siempre fuiste de las listas, Ashlinn —afirmó Aalea con una sonrisa.

—Confío en que nos perdonarás la teatralidad —dijo el cónsul Scaeva—, pero estos subterfugios son necesarios para un hombre que tiene tantos enemigos como yo.

Ashlinn estudió sus rostros, con la mente funcionando a toda velocidad.

«Lo sabían. Lo sabían desde el puto principio. Pero ¿por qué nos han permitido...? A menos que quisieran que...»

Como un puzle al que no le faltara ninguna pieza más.

Todas ellas en su sitio.

—Querías muerto al cardenal Duomo —susurró—, pero no podías limitarte a encargar a la iglesia que lo matara. Estaba protegido por la Promesa Roja. Solo una hoja tendría la destreza suficiente para darle fin... pero debía ser una hoja dispuesta a traicionar al Sacerdocio. Así, la reputación de la Iglesia Roja quedaría intacta y tú tendrías muerto a tu enemigo.

—Y cuando me revele milagrosamente vivo a los devotos ciudadanos de Tumba de Dioses...

—Te serán incluso más devotos.

—Y no les quedará la menor duda del peligro continuado que afronta nuestra república.

—Lo que te valdrá un cuarto período como cónsul.

—No, qué va —dijo Scaeva con una amplia sonrisa—. Ese laurel ya lo tengo comprado. Pero ¿el brutal asesinato de un sumo cardenal, ante la capital entera, en la festividad más sagrada de Aa? Repetid conmigo, joven dona Järnheim. Poderes. De emergencia. Perpetuos.

Los labios de Ashlinn se curvaron de desprecio.

«Menudo ego tiene, el muy mamón.»

La chica tiró su morral de cuero con un desdén casi distraído, se dejó caer en la silla indicada y subió los pies a la mesa de Mercurio, justo delante de la cara de Drusilla. La anciana torció el gesto, pero la hoja de hueso de tumba de Mia aún estaba en la mano de Ashlinn y sus dedos repicaron contra la empuñadura.

—Lo tienes todo previsto, ¿eh? —preguntó al cónsul.

—Lo suficiente.

—¿Menos la parte en la que Mia te robaba a tu hijo?

La sonrisa se marchitó poco a poco en los labios de Scaeva.

—Eso ha sido... desafortunado —dijo el cónsul mientras un músculo se le crispaba en la mandíbula—. No se debería haber permitido que el chico acompañara a mi doble para la entrega. Mi esposa... no puede tener hijos, ¿sabes? Así que lo consiente, quizá demasiado. —Los labios de Scaeva retomaron una sonrisa, leve y mortífera—. Pero no importa. Tengo al amado maestro. Y ahora tengo a la amada. Y por muy fría que sea, no creo que ni siquiera mi hija vaya a hacer daño a su propio hermano.

El suelo se abrió a los pies de Ashlinn.

—¿Tu hija?

Ashlinn sintió movimiento detrás de ella. Una mirada rápida le reveló a un chico delgado y pálido con unos impresionantes ojos azules, de pie en el umbral de la cámara, vestido con un jubón de oscuro terciopelo. Estaba callado como siempre, pero el cuchillo que llevaba en las manos parecía lo bastante afilado para cortar en seis la luz de los soles. La última vez que Ashlinn lo había visto estaba encadenado por los Luminatii, por culpa de su traición. Apostaría a que era de los que sabían guardar rencor.

—¿Qué tal, Chss? —saludó Ashlinn.

Vio a más personas detrás de él, ceñudas, iracundas, todas ellas hojas, sin duda.

—Es hora de irnos, Ashlinn —dijo Drusilla.

—No, por favor —gimoteó Ashlinn—. ¿No puedo quedarme un poco más a escuchar cómo se regodea el cónsul? No sabéis lo mucho que me gusta oír a este capullo contarme que ha pensado en todo.

—¿No estáis de acuerdo, dona Järnheim? —Scaeva sonrió.

—Me temo que no puedo estarlo, cónsul Scaeva. —Ashlinn le devolvió la sonrisa—. Porque a alguien que piensa en todo podría habersele ocurrido mirar en mi morral antes de que lo soltara. Y alguien a quien no le guste tanto oír su propia puta voz quizá habría oído la mecha de la bomba de lápida que hay dentro.

Drusilla puso los ojos como platos. Ashlinn se arrojó a un lado mientras su morral explotaba con un estruendo ensordecedor. Solis salió despedido al otro lado del despacho y se estrelló contra la pared. La bola de fuego arkímico alcanzó al Sacerdocio. Chss atravesó la puerta de la cámara con el jubón en llamas y las otras hojas volaron por los aires como paja.

Ashlinn se levantó y corrió, sus orejas sangrando, su ropa humeando, su

cabeza dando vueltas por el impacto. Con la espada de hueso de tumba de Mia en la mano, cruzó a la carrera la necrópolis, perseguida de cerca por al menos tres hojas de la iglesia. Apretó el paso por el retorcido laberinto, llegó a los niveles superiores y, cuando salió al cementerio, notó el calor de los tres soles en la espalda. Tenía que llegar al puerto, tenía que...

La daga la alcanzó en la parte de atrás del muslo y raspó hueso. Ashlinn chilló, tropezó y se desgarró las palmas de las manos y las rodillas al dar contra el suelo. Con los dientes apretados, rodó y se arrancó la daga. Se levantó con dificultades y vio que cuatro hojas de la iglesia se cernían sobre ella. Silenciosos y adustos, sus ojos oscuros endurecidos como el pedernal. Asesino uno, asesinos todos. Cada uno de ellos una tormenta, sin perdón alguno que suplicar a la que estaban a punto de ahogar.

Ashlinn alzó la hoja de hueso de tumba de Mia.

Miró uno por uno a los asesinos y compuso una sonrisa oscura.

—Imagino que os han ordenado cogerme viva. —Ensanchó la sonrisa—. Mis disculpas por adelantado.

—Sí —dijo la mujer que los dirigía—. Nosotros también lo sentimos.

Ashlinn parpadeó. Se le emborronó la visión. El mundo le dio vueltas. Miró la sangre en sus dedos temblorosos, la que caía de su muslo herido y la daga que se le había clavado, y por fin reparó en la decoloración del acero.

«Veneno.»

—Supongo que tendría que habérmelo esperado —murmuró.

La abrumó una sensación gélida, oscura y hueca. Se le erizó la piel ensangrentada. Los soles ardían en lo alto del firmamento, pero allí, en la necrópolis, las sombras eran oscuras, casi negras. Una forma se alzó detrás de las hojas, encapuchada y envuelta en una capa, con sendas espadas de lo que solo podía ser hueso de tumba en ambas manos. Trazó con una de ellas un arco hacia el asesino más cercano y casi le separó la cabeza de los hombros. Las

demás hojas se volvieron rápidas como moscas y levantaron sus aceros, pero la silueta se movió como el relámpago y dio uno, dos, tres tajos. Y casi en menos tiempo del que a Ashlinn le costó parpadear, las cuatro hojas estaban muertas y sangrando en el suelo.

—Por los dientes de las Fauces —susurró Ashlinn.

No era humano. Eso al menos resultaba evidente. Sí, tenía forma de hombre bajo aquella capa, alto y de espalda ancha. Pero sus manos... Por el abismo y la sangre, las manos cerradas en torno a las empuñaduras de sus espadas eran negras. Tenebrosas y traslúcidas, con los dedos enroscados sobre las armas como serpientes. Ashlinn no podía verle la cara, pero desde las profundidades de su capucha se retorcían y culebreaban negros tentáculos, que mantenían baja la tela sobre sus rasgos. Y aunque era la veroluz y abrasaban tres soles en el cielo, su aliento pendía en nubes blancas al salir de sus labios y provocaba gélidos escalofríos por todo el cuerpo de Ashlinn.

—¿Quién eres?

El ser se retiró la capucha. Piel blanquecina. Rastas de sal que se retorcían como seres vivos. Ojos vacíos y negros como el carbón. Pero incluso con el veneno fluyendo por sus venas, incluso con todo el mundo a su alrededor fundiéndose en negro, Ashlinn reconocería su cara en cualquier parte.

H—OLA, ASHLINN —dijo el ser.

—Por el abismo y la sangre —susurró ella.

La oscuridad la envolvió.

—¿Tric?

DICHA ÚLTIMA

No

Os oigo decir la palabra como si estuviera en la habitación a vuestro lado. Os veo, encorvados sobre el tomo en vuestras manos con un fruncimiento en el ceño y una maldición en los labios, como si estuviera en el charco de la sombra a vuestros pies. La comprensión de que no quedan más páginas empieza a calar en vosotros. La oigo. La veo.

No, decís de nuevo.

¿Qué ocurre con Mia y Jonnen? ¿Y con Scaeva? ¿Y con Mercurio, Ashlinn y Tric? ¿Qué hay de los secretos de los tenebros? ¿De la Corona de la Luna? Os prometí que ella dejaría atrás ruinas, mientras la tenue luz titilaba en las aguas que se bebieron una ciudad de puentes y huesos. Y con todas esas preguntas sin resolver, ¿aun así el libro llega a su fin?

No, decís. No puede terminar de este modo.

Mas no temáis, pequeños mortales. La canción aún no está entonada. Esto no es más que la calma antes del crescendo. Este relato es solo el segundo de tres.

Nacimiento. Y vida. Y muerte.

De modo que paciencia, gentiles amigos.

Paciencia.

Cerrad los ojos.

Tomad mi mano.

Y caminad conmigo.



AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento, profundo como la oscuridad, a las siguientes personas:

Amanda, Pete, Jennifer, Paul, Joseph, Hector, Young, Steven, Justin, Rafal, Cheryl, Martin y todos los de St. Martin's Press; Natasha, Katie, Emma, Jaime, Dom y todo el mundo en Harper Voyager UK; Rochelle, Alice, Sarah, Andrea y todos en Harper Collins Australia; Mia, Matt, LT, Josh, Tracey, Samantha, Stefanie, Steven, Steve, Jason, Kerby, Megasaurus, Virginia, Vilma, Kat, Stef, Wendy, Marc, Molly, Tovo, Orrsome, Tsana, Lewis, Shaheen, Soraya, Amie, Jessie, Caitie, Nic, Ursula, Louise, Tori, Siân, Caz, Marie, Marc, Tina, Maxim, Zara, Ben, Clare, Jim, Rowie, Weez, Sam, Eli, Rafe, AmberLouise, Caro, Melanie, Barbara, Judith, Rose, Tracy, Aline, Louise, Adele, Jordi, Kylie, Iryna, Joe, Andrea, Piéra, Julius, Antony, Antonio, Emily, Robin, Drew, William, China, David, Aaron, Terry (D.E.P.), Douglas (D.E.P.), George, Margaret, Tracy, Ian, Steve, Gary, Mark, Tim, Matt, George, Ludovico, Philip, Randy, Oli, Corey, Maynard, Zack, Pete (D.E.P.), Robb, Ian, Marcus, Tom (D.E.P.), Trent, Winston, Andy (D.E.P.), Tony, Kath, Kylie, Nicole, Kurt, Jack, Max, Poppy y todos los lectores, blogueros, videoblogueros, libroinstagrameros y demás especies de ratas de biblioteca que han ayudado a hacer correr la voz sobre esta serie.

A la gente y la ciudad de Roma.

A la gente y la ciudad de Venecia.
Y a ti.

Segunda entrega de la trilogía «Crónicas de la Nuncanoche.»

«DOMINA TUS MIEDOS Y PODRÁS DOMINAR EL MUNDO.»

«Si te gustan Robin Hobb y George R.R. Martin, te encantará

Nuncanoche.»

Starbust



Mia Corvere ha encontrado su lugar en la Iglesia Roja, la famosa escuela de asesinos. La joven se halla entre los elegidos de la Señora del Bendito Asesinato, aunque muchos creen que no lo merece.

Mia juró venganza pero aún no ha cumplido su palabra. Cuando sospecha que la propia Iglesia está impidiendo que acabe con el hombre que mató a su familia, se vende a sí misma a un reclutador de gladiadores para poder enfrentarse a él.

En los pasillos del coliseo hace nuevas amistades y nuevos rivales, y empieza a preguntarse por su afinidad con las sombras. Pero a medida que se urden conspiraciones, se revelan secretos y arranca el recuento de cuerpos, Mia se ve obligada a elegir entre lealtad o venganza, y su elección será clave para la tierra en la que sus tres soles casi jamás llegan a ponerse.

«Más sensual, más ruda, más feroz, más sangrienta... Una adrenalítica aventura en la que la acción nunca se detiene.»

USA Today

«Un universo sensual, de un sinfín de matices en lo moral, con una heroína apasionante y apasionada.»

Kirkus

«Los personajes perdurarán en tu memoria durante años.»

ROBIN HOBB

«La historia, brutal, de alto voltaje, es durísima, apasionante, deliciosa.»

Publishers Weekly

Jay Kristoff es autor de la trilogía «Crónicas de la Nuncanoche», al que *Nuncanoche* da el pistoletazo de salida, y la serie «Las Guerras del Loto». Asimismo, es coautor de *Illuminae* (Alfaguara, 2016). Ha sido galardonado con el premio Aurealis y nominado para el David Gemmell Morningstar y el Legend. Sus libros se han publicado en más de veinticinco países, la mayoría de los cuales nunca ha visitado. El autor está tan sorprendido de su éxito como tú.

Vive en Melbourne con su mujer, que es agente secreta experta en kung-fu, y con el Jack Russell más perezoso del mundo. Kristoff no cree en los finales felices.

Título original: *Godsgrave*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2017, Nerverafter Pty, Ltd.

Por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L., en asociación con Adams Literary.

Todos los derechos reservados

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Manuel Viciano Delibano, por la traducción

Adaptación de la portada original de © Young Jin Lim: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Jason Chan

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02126-8

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Notas

[1] Sí, gentiles amigos, eso era sarcasmo. Reconocedlo: me echabais de menos, ¿eh?

[2] La Misa de Fuego es una celebración del punto de inflexión que lleva hacia el verano profundo en el calendario de Itreya. Está dedicada a Tsana, la Señora del Fuego, y tiene lugar en el octavo mes antes de la veroluz, que a su vez es la más sagrada de las festividades de Aa, cuando los tres soles arden en el cielo.

Tsana es la primera hija de Aa, una diosa virgen que ejerce como patrona tanto de los guerreros como de las mujeres. La Misa de Fuego se inicia con un servicio de cuatro horas en la catedral, que en teoría da paso a un giro de reflexión y casta contemplación. Por supuesto, casi toda la ciudadanía de la república se lo toma como una excusa para ponerse una máscara, cogerse una borrachera de aúpa y permitirse exactamente la clase de comportamiento que Tsana mira con malos ojos.

Pero ocurre con las diosas lo mismo que en los matrimonios, gentiles amigos: a menudo es mejor pedir perdón que permiso.

[3] Los tres chorritos de la toxina conocida como «contratiempo» que Mia había añadido a la infusión de la dona el giro anterior aseguraban que no pudiera acudir a la velada del senador Aurelio, ya que sufrir descargas explosivas por todos los orificios del cuerpo tiende a disminuir la capacidad de codearse con la flor y la nata de la sociedad. En otro caso, Mia habría usado una dosis más reducida, sobre todo para una persona tan mayor. Pero en

los cinco giros que había dedicado a vigilar el *palazzo* de los Grigorio, la anciana había demostrado ser una arpía de primera clase, cuyos únicos placeres parecían consistir en gritar a un retrato de su difunto marido y apalear a sus esclavos. Por tanto, a Mia le costaba sentirse culpable por haber administrado a la vieja zorra una dosis exagerada.

Pero sí lo lamentaba por quien tuviera que limpiar después.

[4] Como recordaréis, el nombre que se da a las monedas de Itreya responde a la gente que las maneja con mayor frecuencia. Las de cobre se llaman «mendigos» y las de plata «sacerdotes». Según la categoría social de a quién se pregunte, las de oro se llaman «mamones» o «apártate de mí, sucio plebeyo, antes de que ordene a mis hombres que te rompan las putas piernas».

[5] En general, los depredadores de los Susurriales ashkahi no se desplazan mucho más allá de la Gran Sal, y los krakens de arena más grandes se encuentran solo en las profundidades del desierto. A veces algunos ejemplares viajan al sur cuando escasea la caza, y en los últimos años varios grupos de emprendedores se han propuesto capturar a esos krakens vagabundos y venderlos para su uso en los espectaculares combates del *Venatus Magni*, los grandiosos juegos que se celebran en honor a Aa durante la Festividad de la Veroluz.

Los maestros del *venatus* siempre están buscando formas de superar el espectáculo (y la afluencia de público) de los juegos anteriores, y si la perspectiva de ver a un *gladiatii* popular combatiendo a un horror de los Susurriales ashkahi no atrae culos a los asientos, muy pocas cosas lo harán, gentiles amigos.

[6] Quizá recordéis que a los sacerdotes del Monasterio del Hierro les cortan la lengua cuando son muy jóvenes para preservar los secretos de su orden. No hay ningún «Maestro del Silencio» oficial en el monasterio; era

solo una exageración por mi parte. Pero me preocupaba que no pillaseis el chiste.

Bueno, da igual.

Cabrones.

¿Qué sabréis vosotros de humor?

[7] Nota para aspirantes a ingresar en las fuerzas de la ley: hacer eso jamás funciona.

[8] La historia de los Jardines Colgantes está empapada en sangre. Fundada como ciudad mercantil, tardó poco en pasar a ser un importante eje del comercio de carne con el auge de los reyes itreyanos. Sin embargo, en un principio el puerto se llamaba Ur-Dasis, que significa «ciudad amurallada» en el idioma antiguo de Ashkah, y fue solo tras una revuelta durante el reinado de Francisco II cuando la ciudad recibió su nuevo nombre.

Sabiendo que la esclavitud constituía los cimientos de su reino, Francisco no podía permitirse ninguna clase de rebelión. Cuando un grupo de esclavos se alzó contra sus amos y tomó Ur-Dasis, el rey envió una legión entera comandada por el infame general Ático Dio para aplastar la revuelta. Aunque los asediados rebeldes combatieron con valentía, terminaron sucumbiendo al hambre y aceptaron capitular si Ático les prometía clemencia. El general aseguró que lo único que les sucedería a los rebeldes sería que volverían al cautiverio.

Como era de esperar, Ático no cumplió su palabra. Cuando los rebeldes depusieron las armas, los colgaron de los muros de la ciudad a millares, como advertencia para todo aquel que osara plantar cara a la autoridad en el futuro. Algunas horcas de hierro originales todavía decoran la ciudad, y los esclavos indómitos padecen el mismo destino incluso hoy en día, condenados en las jaulas de la muralla a morir bajo los soles abrasadores.

Francisco quedó tan satisfecho con la actuación del general que cambió el

nombre de Ur-Dasis por Jardines Colgantes en su honor.

Resulta curioso que el propio Ático terminase liderando una revuelta contra el nieto de Francisco, el niño rey Francisco IV, casi veinte años después. Cuando fracasó su levantamiento, el general fue transportado a Ashkah y colgado de los mismos muros que había liberado dos décadas antes.

La historia, gentiles amigos, no deja de tener un punto de ironía.

[9] Literalmente, «dueños de sangre». Propietarios de establos humanos, que hacen combatir a su ganado en los circos de gladiatii a lo largo y ancho de la república.

Los sanguilas de más éxito gozaban de una popularidad que rivalizaba con la del senador itreyano más estimado, aunque carecían de la sangre noble que les permitiría ocupar cargos políticos.

La mayoría se contentaban con llorar hasta dormirse en los brazos de hermosas concubinas sobre enormes montones de dinero.

[10] La esclavitud en la República Itreyana está muy regulada y tiene toda una legión de Administratii dedicada a su supervisión. Los esclavos se dividen en tres categorías principales, y se los marca con un símbolo arkímico en la mejilla para indicar a cuál pertenecen.

Los esclavos con un círculo son la tropa rasa: criados, obreros, carne de burdel y demás. Dos círculos señalan a una persona con entrenamiento militar: gladiatii, guardias y miembros de la legión esclava itreyana, la infame Sangrienta Decimotercera. Los esclavos marcados con tres círculos eran los más escasos y apreciados, aquellos que poseían alguna educación o habilidad excepcional: escribas, músicos, mayordomos y algunas cortesanas de alto precio.

Y si os preguntáis por qué se valoran tanto en la república las prostitutas habilidosas, gentiles amigos, es sin duda porque nunca habéis pasado la noche con una de ellas.

[11] Galante se enorgullecía de contar con la mayor cantidad de iglesias y templos de toda la república, superando incluso a Tumba de Dioses en la clasificación.

Antes de que el Gran Unificador, el rey Francisco I, conquistara la nación, el pueblo de Liis adoraba a una trinidad sagrada compuesta por el Padre, la Madre y el Hijo. Pero después de su incorporación a la monarquía itreyana, el culto al Dios de la Luz se extendió entre los plebeyos como un incendio en una destilería bien provista.

Un tipo astuto, un mercader llamado Carlino Grimaldi, decidió que la mejor forma de destacar en el nuevo orden mundial sería donar dinero a carretadas a la Iglesia itreyana. Construyó la primera catedral consagrada a Aa en toda Liis, una estructura imponente conocida como la Basílica Lumina, en el mismo centro de Galante. Esculpida en raro mármol púrpura y hermoso cristal tintado, estuvo a punto de arruinar a su constructor. Sin embargo, el resultado final fue tan impresionante que el cardenal de Galante hizo nombrar a Grimaldi gobernador de la ciudad entera. Los nobles de Galante tardaron poco en competir por ganarse el favor de la clerecía de Aa, y las iglesias dedicadas a Aquel que Todo lo Ve y los templos erigidos en honor de sus Cuatro Hijas empezaron a brotar por toda Galante como un sarpullido en las partes bajas de una dulcechica después de que la armada ataque en la ciudad.

Aunque más adelante lo crucificarían por evasión de impuestos, Carlino pasó a la historia liisiana como un Cabronazo Listo con Ganas. Incluso a giro de hoy, buscar el favor de los eclesiásticos de Liis sigue conociéndose como «marcarse un Grimaldi».

[12] Diezmanos inició su carrera como ladrona en las calles de Elai, e incluso después de convertirse en hoja de la Madre, jamás perdió su don para el arte del sigilo. Se decía que era capaz de moverse como la misma oscuridad

y de dislocarse los dos hombros a voluntad para colarse hasta por los huecos más angostos sin grandes dificultades.

Su ofrenda más célebre era la de un senador llamado Focas Merinio, un hombre tan increíblemente paranoico con el asesinato que desplegaba un retén de media docena de guardias alrededor de su cama cuando hacía el amor con su mujer. Según cuentan, Diezmanos logró acceder a la villa de Focas reptando por la alcantarilla y el desagüe del retrete, una abertura de veinte centímetros como muchísimo, y que esperó allí mismo, dentro de la cañería. Cuando el pobre Focas oyó la llamada de la naturaleza en plena nuncanoché, se sentó en el retrete y tenía las dos arterias femorales cortadas antes de poder empezar siquiera con lo suyo.

Al parecer, Diezmanos pasó los siguientes siete giros en los baños de la capilla intentando quitarse la peste.

Ay, las cosas que hacemos por nuestras Madres...

[13] No habían tenido lugar asaltos Luminatii en ninguna de las dos ciudades. La capilla de Galante era de construcción reciente y desconocida para los Järnheim, y la vieja capilla de Dweym se había trasladado el invierno anterior cuando, debido a las lluvias y a una fontanería algo chapucera, su sótano (y, por tanto, su estanque de sangre) se había inundado.

En vez de volver a llenar el estanque, el Sacerdocio decidió construir un edificio nuevo en los terrenos más elevados de la ciudad portuaria de Muro del Mar y abandonar la malograda capilla de Camada. Si erigir una capilla nueva a Nuestra Señora del Bendito Asesinato en secreto y en plena metrópolis ya parece una tarea complicada de por sí, téngase también en cuenta lo siguiente:

1. Cada estanque de sangre de la iglesia contiene unos sesenta metros cúbicos de *vitus*.

2. Un metro cúbico son mil litros.

3. Por las venas del cerdo medio corren algo menos de cuatro litros de sangre.

Haced las cuentas, gentiles amigos, y preguntaos si querríais llenar uno de esos condenados estanques dos veces.

[14] Es bien sabido entre quienes contratan a asesinos a sueldo que la Iglesia Roja opera siguiendo un código, si no de honor, por lo menos de conducta, conocido como la Promesa Roja. Las restricciones de dicho código son las siguientes:

- Inevitabilidad: en la historia de la iglesia, ninguna ofrenda emprendida ha quedado sin cumplir.
- Santidad: un cliente de la iglesia no puede ser a la vez objetivo de la iglesia.
- Secretismo: la iglesia no revela la identidad de quienes la contratan.
- Fidelidad: una hoja sirve solo a un cliente a la vez.
- Jerarquía: todas las ofrendas debe aprobarlas el Señor o Señora de las Hojas o el reverendo padre o madre.

Las primeras tres leyes ya se cumplían a grandes rasgos desde los inicios de la iglesia, pero las de Fidelidad y Jerarquía se establecieron después de un acontecimiento tristemente célebre en su historia, que se relata a los discípulos como el «Cuento de Flavio y Dalia».

Sentaos, gentiles amigos.

Flavio Apulo era un general itreyano que formó parte de la conspiración que derrocó al rey Francisco XV y fundó la república. Después pasó a ser senador y, cómo no, amasó una fortuna considerable.

El período que rodeó al colapso de la monarquía itreyana fue de mucho trabajo en el arte del asesinato profesional, y se concedió autoridad a los

obispos de las capillas de cada ciudad para aceptar ofrendas. El senador Flavio Apulo empezó a temer que lo asesinaran más o menos a la vez que sus rivales empezaron a tomarse en serio la idea de hacerlo caer, y, en un vergonzoso giro, la Iglesia Roja aceptó el asesinato de Flavio justo la misma nuncanoché en que este contrató a una hoja de la iglesia como guardaespaldas.

Caras coloradas por doquier, gentiles amigos.

Para cagarla aún más, la hoja designada para ambas ofrendas era una mujer llamada Dalia. Hermosa, manipuladora y muy diestra con la daga de puño, Dalia pasó tres años como guardaespaldas de Flavio. Durante ese tiempo, se hicieron amantes y Dalia eliminó a toda una recua de oponentes de Flavio, a todos salvo a su adversario más notable, Tiberio el Viejo. Tiberio fue el senador que contrató a la iglesia para asesinar a Flavio y, según la Ley de Santidad, era intocable hasta que se completara dicho asesinato. Pero Tiberio se estaba muriendo de la Vieja Madre Sífilis, y tenía bastante prisa por ver cómo la espichaba Flavio antes de liar él mismo el petate.

La Iglesia Roja estuvo al borde de un bochorno político que podría haber hecho añicos su reputación.

Flavio tuvo la astucia de proponer matrimonio a Dalia para consolidar la posición de la hoja a su lado, ya que supuso que siendo su prometida lo mantendría más a salvo de cualquier aspirante a asesino que como mera empleada. Sin embargo, no fue tan astuto al dejar que su contrato con la Iglesia Roja expirara el mismo giro en que Dalia aceptó su propuesta.

Dalia apuñaló a su marido hasta matarlo en su nuncanoché de bodas. Los rumores no terminan de coincidir sobre si sollozó o no mientras cumplía su cometido. Llevó la cabeza de Flavio al lecho donde Tiberio el Viejo pasaba su enfermedad para demostrarle que el contrato estaba cumplido. Y satisfecha de haber mantenido intacta la reputación de la iglesia, pero todavía más de que

Tiberio hubiera dejado de ser un cliente protegido por la Ley de Santidad, Dalia alzó su daga de puño y le ahorró el trabajo a la Vieja Madre Sífilis.

Los rumores sobre si sollozó o no en esos momentos son bastante claros.

Después de este incidente, se decidió redactar unas putas normas acerca de cómo hacer las cosas.

[15] Mia solía contar los peldaños de las escaleras del Monte Apacible mientras subía. Nunca se sorprendía cuando el total cambiaba. Algunos de los tramos más «caprichosos», como el que llevaba al Salón de las Canciones, cambiaban casi siempre, mientras que el que subía hasta el Altar del Cielo parecía casi perezoso en comparación. Resultaba interesante que los escalones que ascendían al Salón de las Elegías permanecieran constantes en número.

Trescientos treinta y tres.

[16] La arkimia de las marcas de esclavo es un secreto guardado con celo por los Administratii itreyanos. El proceso no solo deja marcada la piel de una persona, sino también el hueso de debajo, y el tatuaje tiene la capacidad de atravesar el tejido cicatrizal y recomponerse, en caso de que el receptor decida quitarse la marca mediante cuchillo o llama.

Solo existen cuatro maneras de eliminar una marca arkímica.

La primera, por parte de los Administratii después de ganarse la libertad. La segunda, mediante la hechicería ashkahi. La tercera, sacando a hachazos trozos de hueso, pero, dado que ir por ahí con un pómulo de menos tiende a delatar el estatus de fugitivo, el dolor atroz no suele merecer la pena. Y por último, al morir, ya que en una cruda imitación de la antigua magya de sangre ashkahi, la marca arkímica está enlazada a la vida del portador y, al concluir esta, el símbolo de la mejilla se disuelve poco a poco a lo largo de los siguientes minutos.

En consecuencia, la única libertad que alcanza jamás la mayoría de los esclavos es en los brazos de la muerte.

[17] En las casas de nacidos de la médula y en algunos negocios bien establecidos no era raro que a los esclavos se les pagara por su trabajo. La idea era que si un esclavo tenía la perspectiva de comprar su libertad trabajando lo bastante duro, trabajaría duro de cojones.

Los sueldos, sin embargo, no estaban regulados en absoluto, y muchos esclavos ganaban miserias. Los amos con menos escrúpulos a menudo cobraban a los esclavos por su manutención y deducían ese coste de su «salario», con el resultado de que una vida entera de trabajo no llegaba ni para pagar la suma inicial que había costado adquirirlos.

¿Injusto? Sin la menor duda. Pero si el sistema fuese justo, no sería gran cosa como sistema, gentiles amigos.

[18] Los braavi eran un colectivo extraoficial de bandas que dominaban gran parte de la actividad delictiva en Tumba de Dioses: prostitución, robo y violencia organizada. Aunque llevaban siglos siendo un grano en el culo de los reyes y senadores de Itreya, la historia de la ciudad estaba repleta de episodios sangrientos en los que diversos líderes cívicos han intentado (en vano) expulsarlos de sus nidos en las Partes Bajas de Tumba de Dioses.

Fue el cónsul Julio Scaeva quien propuso por primera vez la idea de pagar a los braavi más poderosos un estipendio oficial, y el primer pago salió de su propia fortuna personal. Desde entonces, la ciudad disfrutaba de un largo período de paz y estabilidad, y Scaeva de un tremendo incremento en su popularidad.

Citando las inolvidables palabras de Mia en nuestra primera aventura, el llamado «senador del pueblo» hacía lo que le salía del coño, gentiles amigos.

Pero lo que le salía del coño no solían ser estupideces.

[19] Una taberna con solera en los bajos fondos occidentales de Tumba de Dioses, que había sufrido una cantidad extraordinaria de cambios de nombre a lo largo de los años. Al principio se llamaba El Matojo Ardiente, y su primera

propietaria era una madame retirada con una actitud bastante risueña hacia las dolencias que le habían procurado sus muchos años en la silla de montar. Adquirida por un monárquico acérrimo unos años más tarde, su nombre pasó a ser El Rey Dorado poco antes del derrocamiento de Francisco XV. Tras el brutal asesinato del buen rey, la taberna cambió su nombre por El Tirano Destripado, en lo que casi todos en el barrio consideraron una jugada diestra de cojones.

A lo largo de las siguientes décadas, una ristra de propietarios sucesivos renombraron la taberna como El Monje Borracho, El Busto de la Hija y, gracioso aunque inexplicable, Siete Hijos de Puta Bien Gordos, aunque en ese momento los dueños eran dos y ninguno estaba demasiado obeso. A continuación, la adquirieron un líder braavi llamado Giuseppe Antolini y su reciente esposa, Livia, y lo cambiaron a El Voto del Amante.

Giuseppe desapareció al poco tiempo de la compra del local, sin embargo, y Livia se hizo con la propiedad en exclusiva de la taberna y con el liderazgo de la banda. Se hizo llamar «la Dona» y cambió el nombre del negocio por La Cena del Perro. Se rumoreaba que había descubierto que su amado estaba trajinándose a una

chica del servicio y, según los cotilleos al calor del hogar, le había cortado su aparejo nupcial y se lo había dado de comer a su perro, Oli.

Fuese cierto o no el rumor, cabe mencionar que lo primero que veía cualquier recién llegado al establecimiento era un chucho bien alimentado sentado junto al fuego y un cuchillo de carnicero bien afilado colgado encima de la barra.

[20] Una parábola de los Evangelios de Aa. En su infinita sabiduría, un fin de semana el Dios de la Luz se propuso poner a prueba la valía de sus adoradores. Disfrazado con harapos de mendigo, se sentó fuera del gran templo consagrado a él y puso un cuenco para limosnas en el suelo.

El rey pasó por delante con su corona dorada y el mendigo le suplicó una moneda. Pero el rey le dijo que no.

El cardenal pasó con paso firme con su túnica de seda y el mendigo suplicó de nuevo. Pero el cardenal no le dio nada.

Entonces llegó un esclavo y, en su infinita sabiduría, Aa no le pidió nada, pues aquel hombre no tenía nada que darle. Pero al ver los apuros del mendigo, el esclavo se quitó la capa, que era su única posesión en el mundo, y envolvió con ella los hombros de su congénere. Y Aa se quitó el disfraz y se alzó, y el esclavo cayó de rodillas, estupefacto.

—Levantad, os lo ruego —dijo el todopoderoso Aa—, pues incluso en la pobreza, sois poseedor de una gran dignidad. Y en verdad os digo que jamás volveréis a arrodillaros ante hombre alguno.

Y el Dios de la Luz concedió al esclavo la libertad. Y el esclavo quedó de lo más complacido. Pero nadie se paró a preguntarse qué tenía pensado dar el esclavo al siguiente mendigo que encontrara, si el primero no hubiera resultado ser un dios; ni tampoco que sería una pésima política económica que un rey fuese por ahí regalando el dinero de los contribuyentes a los desamparados, cuando las infraestructuras públicas andaban tan necesitadas de reformas, ni por qué el creador del universo no tenía nada mejor que hacer un fin de semana al mediodía que bajar a la tierra a tocar los huevos a la gente.

Puf.

Parábolas.

[21] Bueno, o tan a toda prisa como es posible ir cuando se lleva una espada larga de hueso de tumba y una bolsa de explosivos arkímicos apretados contra la entrepierna.

[22] Situado cerca de los burdeles y casas de placer de la Pequeña Liis, se supone que el puente de las Lágrimas recibió su nombre por los lamentos de un millar de amantes abandonados, que a lo largo de los años habían sollozado

en el puente al descubrir que la persona amada había buscado la compañía de un dulcechico o dulcechica en el distrito de los burdeles.

En realidad, el puente se ganó su nombre mucho antes de que el barrio circundante se convirtiera en un hormiguero de inmoralidad, por la mampostería en forma de lágrimas que sostiene su arco principal.

Aun así, que la verdad nunca se interponga en el camino de una buena historia jugosa, gentiles amigos.

[23] Saltos de cojera: así llamaban a los abrojos en la jerga de Tumba de Dioses, por su forma similar a la de alguien haciendo un salto de tijera y el hecho de que quienes corren sobre ellos tienden a terminar... Bueno, ya os hacéis una idea.

[24] Situada en los montes Espinadraco, en la ciudad de Puentenegro tuvo lugar uno de los asedios más infames de toda la historia itreyana.

Decidido a forjar el mayor reino que hubiera visto jamás el mundo, el Gran Unificador, Francisco I, se propuso conquistar en primer lugar el Reino de Vaan. Cuando el rey vaaniano, Brandr VI, se enteró de que Francisco estaba marchando con sus andadores de guerra hacia su reino, envió a dos de sus más leales capitanes, Halfstad y Ulfr, a resistir en Puentenegro.

Acunada en un valle de los montes Espinadraco, la ciudad estaba protegida desde todos los lados por gigantescos picos de granito, y su única vía de acceso era por el sur, cruzando un puente de piedra del que la ciudad recibía su nombre. Halfstad, que ya era anciano en esa época, delegó el mando de las murallas en su hija, la doncella escudera Eydis. Ulfr, un hombre mucho más joven, comandaba las tropas de guerrilla que acosarían al ejército de Francisco en el campo. El asedio fue duro y el temperamento de los vaanianos se vio sometido a mucha presión, pero, aun así, lograron resistir el asalto itreyano durante seis meses. Con el invierno profundo asentándose, el gran general de Francisco, Valeriano, declaró que Puentenegro era impenetrable.

Por desgracia, no podía decirse lo mismo de la hija de Halfstad, Eydis.

Resultó que en los seis meses que pasaron recluidos en la ciudad, Eydis y Ulfr se habían encariñado bastante. Pero cuando Eydis informó a su padre de que estaba embarazada de su aliado, el viejo Halfstad se tomó la noticia peor de lo que nadie había esperado. Declaró que Ulfr había mancillado el honor de su hija y atacó a su camarada hüslaird en la plaza mayor de la ciudad. Los hombres de Ulfr saltaron en defensa de su hüslaird y los hombres de Halfstad se unieron a la refriega para proteger al suyo, y antes de que nadie supiera lo que estaba ocurriendo, las fuerzas vaanianas estaban desquitándose de seis meses de frustración, y asesinándose entre ellas a centenares.

Los dos hüslairds fallecieron en la reyerta. Puentenegro cayó en manos de los itreyanos al poco tiempo, lo cual abrió el país entero a la invasión. Antes de que transcurrieran dos años, Vaan se había convertido en el primer estado vasallo del gran Reino de Itreya.

Y si lográis encontrar algún argumento mejor a favor del método del calendario, gentiles amigos, me comeré mi pluma.

[25] Los vaanianos de las gradas mantuvieron la boca cerrada.

[26] Sí, sí, ya oigo vuestra pregunta, gentiles amigos. Igual que si estuviera detrás de vosotros. (No temáis, no estoy detrás de vosotros.) Estáis pensando que, ya que la Iglesia Roja se niega a asesinar a alguien que les esté pagando, ¿por qué no se limita todo el mundo a pagarles una cuota y dormir tranquilo por la nuncanoché? Se trata de una pregunta excelente, gentiles amigos, y su respuesta es muy simple:

Cuesta un cojón y medio.

Un rey o un cónsul podrían permitirse tener contratada siempre a la iglesia. Pero debéis recordar, gentiles amigos, que la Iglesia Roja es una secta de asesinos, no de chantajistas. Y les resultaría bastante complicado mantener su

reputación de ser los asesinos más terribles de la república si se dedicaran todo el día a cobrar por no asesinar a nadie.

[27] Los orígenes del Voto de Sangre se pierden en las neblinas de la antigüedad, pero muchos creen que se hallan en el Antiguo Imperio Ashkahi y en la mitología del afamado príncipe guerrero Andarai.

Las hazañas de Andarai eran tan conocidas que su leyenda sobrevivió incluso a la caída del propio imperio. Era el típico héroe de la época: sabio como nadie, invicto en batalla y, según se decía, dotado como un mulo. Dedicó gran parte de su vida a correr por ahí rescatando princesas, matando monstruos y engendrando bastardos, aunque al parecer le sobró tiempo para inventar la lira, el telar y, por raro que suene, la silla de parto. Su enemigo más odiado era el legendario Ladrón de Rostros, Tariq, que entre otras proezas robó la espada de negraceros de Andarai y se acostó con su madre, su hermana y también su hija, según se cuenta con todas en la misma velada.

Al parecer, eso a Andarai no acabó de gustarle del todo. Lo que menos, lo de su madre.

La rivalidad entre ellos se prolongó a lo largo de las décadas, y todo apuntaba a que terminaría con la muerte de uno o de ambos. Pero cuando el rey-daimón Sha'Annu se alzó en el norte y amenazó a todo el imperio, los dos rivales unieron fuerzas para derrotarlo. Unidos por el vínculo que solo se da en la batalla, Andarai y Tariq se declararon hermanos, y juraron que seguirían siéndolo hasta el fin de sus días. Tariq incluso se abstuvo de volver a acostarse con la madre de Andarai.

Con su hija, en cambio...

[28] Aunque el Imperio Ashkahi cayó por culpa de una misteriosa calamidad mágica milenios atrás, sobrevivieron restos de su idioma hasta la República Itreyana actual. Los nombres de los tres soles, Shih (el Observador), Saan (el Vidente) y Saai (el Conocedor), son el ejemplo más

obvio, pero quizá resulte de interés resaltar que los nombres del panteón itreyano son también vocablos ashkahi.

Aa significa «todo» en ashkahi, y *Niah* significa «nada». Los académicos itreyanos han dedicado una cantidad ingente de tiempo a discutir durante las tarderas si en la Antigua Ashkah se adoraba ya a *Aa* y *Niah*, es decir, si la religión de la república precedía con mucho a la propia república. A ser posible, los debates transcurrían consumiendo enormes cantidades de vino.

El propio *Aa* no ha hecho ningún comentario al respecto, ebrio o no.

[29] Los *equillai* eran un subconjunto de los *gladiatii*, una tradición importada de Liis y adoptada por la República Itreyana con gran entusiasmo. Las carreras de *equillai* eran una parte muy memorable de cualquier *venatus*, y los hombres y mujeres que salían a la pista podían labrarse un renombre del mismo calibre que el de cualquier guerrero de la arena.

Los *equillai* luchaban por parejas: un auriga, conocido como *sagmae* (silla de montar) y un arquero, al que se llamaba *flagillae* (látigo). Las competiciones de *equillai* tenían lugar en una pista rectangular, señalada en el centro de la arena, y tradicionalmente se libraban entre cuatro equipos que daban nueve vueltas al circuito. Los ganadores se decidían mediante puntos que iban acumulándose a lo largo de toda la carrera.

Los puntos podían obtenerse de varias formas. En primer lugar, matando de un flechazo a un prisionero del centro de la pista. Dichos prisioneros estaban atados a postes y no podían correr, por lo que sumaban pocos puntos, solo dos por cabeza.

Una vuelta completa al circuito también valía dos puntos. Un disparo que hiriera a un miembro de otro equipo otorgaba tres puntos, y uno mortal, cinco. Había guirnaldas de laurel, llamadas *coronae*, dispersas por la pista a intervalos aleatorios, y un equipo de *equillai* se apuntaba un punto por cada una que recogiera del suelo. Sin embargo, clavar una flecha en los caballos de

un equipo rival se penalizaba con diez puntos, ya que la competición debía ser entre los propios *equillai*. A los más compasivos de entre vosotros os alegrará saber que atacar a las monturas se consideraba poco deportivo.

Asesinar a otros *equillai* con tanta espectacularidad como fuera posible era perfectamente aceptable y, de hecho, se incentivaba.

[30] En las semanas siguientes a Puentenegro, Mia había averiguado que el macilento cocinero que servía a la dona Leona se apodaba Dedo, aunque nadie del establo parecía saber por qué. La mayoría de los gladiatii daban por sentado que se había ganado el mote porque estaba flaco como un dedo, aunque Carnicero insistía en que había sido miembro de una pandilla braavi cuyo medio favorito de matonismo consistía en cortar los dígitos menos esenciales a la gente y embutirlos en orificios que en principio no estaban diseñados para embutir nada.

Fuera cual fuese el origen de su apodo, la habilidad de Dedo en la cocina era solo un poco más impresionante que la de un ciego borracho para encontrar el orinal. Sus gachas tenían la consistencia del moco líquido y, una tardera, Mia encontró un hueso sospechosamente parecido al de un dedo de pie humano en el estofado.

Ni que decir tiene que Colmillo, que siempre vagaba por las mesas a la caza de sobras, estaba cogiendo más cariño a Mia a cada nuncanoché que pasaba.

[31] Vigilatormenta era una ciudad portuaria en el noroeste de Itreya, y una de las ciudades más antiguas de la república. Sus inicios fueron humildes: un sencillo faro en la costa septentrional de la bahía de las Tempestades, alzado para que los barcos no se acercaran a los traicioneros acantilados. Pese al esforzado faro, había los suficientes naufragios para que se estableciera una comunidad de raqueros en la costa cercana, que con el tiempo fundaron una ciudad conocida como Murotormenta.

Unos años más tarde saltó el escándalo cuando el farero de Murotormenta, Flavio Severis, fue acusado por su amigo Dannilo Calidio de guiar a los barcos hacia las rocas para llenarse los bolsillos. Calidio construyó un segundo faro en la orilla sur de la boca de la bahía y fundó una segunda ciudad llamada Vigilanube.

La rivalidad entre las familias Severis y Calidio, y en consecuencia entre Murotormenta y Vigilanube, se hizo legendaria. Estallaron distintos conflictos sangrientos a lo largo de los años, y los dos faros terminaron destruidos. El rey Francisco I, el Gran Unificador, a quien le importaba un comino quién tuviera razón pero quería que sus «putos barcos dejaran de estrellarse contra las putas rocas», amenazó con crucificar a todo Severis y Calidio que pudiera encontrar para restaurar la paz.

Sin embargo, la solución no se presentó en forma de violencia. Sin que sus padres lo supieran, una hija de la familia Severis y un hijo de la familia Calidio se conocieron y, desafiando al sentido común, se enlujurieron sin remedio. Aunque la historia tenía visos de convertirse en una tragedia itreyana clásica, se resolvió de forma notablemente pacífica, y solo un amigo, un primo segundo (que no caía muy bien a nadie, de todas formas) y un pequeño terrier llamado Barón Ladramucho terminaron asesinados en los dramáticos acontecimientos. La pareja se casó, hubo negociaciones de paz y tuvieron muchos bebés. Con el tiempo, la nueva ciudad de Vigilatormenta se convirtió en uno de los puertos más acaudalados del reino de Francisco.

La ciudad pasó a ser un testimonio duradero, gentiles amigos, del poder de las hormonas adolescentes y el deseo de los padres de tener nietos adorables.

[32] Una ramificación de la clerecía de Aa, que contaba con la aprobación plena de la iglesia y estaba dedicada a adorar a la diosa Tsana. La componían solo mujeres, entre cuyos votos se contaban la castidad, la humildad, la pobreza, la sobriedad y la ausencia-total-de-putas-cosas-divertidas-que-hacer.

[33] De solo cuatro metros, pero aun así el monstruo mató a siete hombres antes de que lo enviaran a la tumba.

[34] Aunque el kraken de arena solía considerarse el mayor depredador de los Susurriales ashkahi, en realidad ocupaba un pobre segundo puesto tras los verdaderos amos del desierto profundo. El arcadragón, una criatura tan espantosa que casi resultaba inconcebible, hacía todo lo que estaba en su mano para destrozarse la ilusión de que existe el menor atisbo de benevolencia en el creador del universo.

Con una longitud que podía alcanzar los sesenta metros, el arcadragón era una criatura serpentina sin ojos ni fosas nasales distinguibles, y con solo unas orejas rudimentarias. Los conocedores de la Gran Universidad de Tumba de Dioses sostenían la hipótesis de que las bestias localizaban a sus presas por la vibración, o quizá mediante algún tipo de ecolocalización similar a la de varias especies de ratones voladores. Sin embargo, dado que cualquier mamón tan idiota como para estudiarlos solía terminar disuelto en un charco de ácido sulfúrico, dicha hipótesis nunca pudo demostrarse.

El arcadragón tenía dos bocas arrugadas, una en cada extremo del cuerpo, que también hacían de anos. (Qué orificio servía a qué propósito en cada momento parecía ser una cuestión arbitraria por completo, dependiente solo del humor del ejemplar de arcadragón.) No tenía mandíbula ni dientes, y era incapaz de asir a sus presas con la boca. En lugar de ello, en lo que quizá fuese el método de nutrición más repugnante de todo el reino animal, el arcadragón proyectaba por la boca su estómago entero, que envolvía a la presa en una maraña de zarcillos culebreantes y ácido corrosivo para luego volver a engullir el revoltijo al completo, desventurada presa incluida.

¿Veis a qué me refiero?

En serio, ¿a qué clase de hijo de puta enfermo se le puede ocurrir algo así?

[35] Quizá recordaréis que el vydriaro, uno de los mejores inventos de la

shahiid Mataarañas, es de tres clases:

El negro crea humo, útil para el subterfugio.

El blanco crea una nube de la toxina conocida como desmayo, útil para dejar inconscientes a las personas.

El rojo explota, sin más, útil para dejar muertas a las personas.

Tres colores, tres sabores. Es bastante sencillo, pero os sorprendería la frecuencia con la que alguna hoja de Niah novata ha metido la mano en el saquito que no era y ha sacado vydriaro del color equivocado con las prisas. Puede ser un poco embarazoso darte cuenta de que el vydriaro negro que acabas de arrojar a tus pies para que no se te vea en realidad es blanco, y que te vas a dejar inconsciente a ti mismo sin querer. Pero lo peor es arrojar al suelo un puñado de vydriaro rojo y comprender que acabas de volarte las dos piernas sin pretenderlo.

No obstante, tiende a ser la clase de error que las hojas solo cometen una vez.

[36] *La tragedia de Pitias y Próspero* era una epopeya escrita por la famosa barda Talía. Aunque la jerarquía eclesiástica de Aa la prohibió, la obra de teatro, siglos más antigua que el mismo reino de Itreya, se mantuvo como una de las más renombradas de la historia. Su argumento se basaba en un mito de la antigüedad y estaba ambientada antes de que la Madre de la Noche fuese desterrada del cielo itreyano.

Narraba las aventuras de dos amantes, Pitias, capitán de la guardia, y Próspero, hijo del Rey Hechicero, separados por el padre de Próspero al enterarse de su romance. Pitias terminaba desterrado en los lejanos confines de la tierra y, en su empeño por reunirse de nuevo, la pareja derrotaba a ejércitos, naciones y por último al mismísimo Rey Hechicero para poder volver a estar juntos.

Por desgracia, cuando una narración tiene la palabra «tragedia» en el título,

suele ser de necios esperar un final feliz. En su último enfrentamiento, Pitias caía presa del veneno. Agonizando en los brazos de su amante, pronunciaba un emotivo discurso sobre el imperecedero poder de la esperanza, la fidelidad y el amor, que estaba ampliamente considerado como el mejor monólogo plasmado jamás en vitela. Próspero, heredero de la magya de su padre, enviaba el cuerpo de su amante a los cielos en forma de constelación y le ponía su nombre en su honor.

Ni un solo ojo seco en toda la puta sala, gentiles amigos.

Aunque la Iglesia de Aa prohibió la obra y la mayoría de sus ejemplares ardieron en la Luz Brillante, la quema de libros del año 27 PR, el soliloquio de Pitias siguió citándose en tiempos modernos. Se rumoreaba que aún existían unos pocos ejemplares completos y clandestinos de la obra, redactados de memoria por los actores que la interpretaron o escamoteados a los puritanos de la Iglesia de Aa. Pero dichos ejemplares eran muy difíciles de encontrar y se habían convertido en un mito entre las compañías teatrales itreyanas. Todo actor que afirmara haber leído uno era, casi con toda probabilidad, un mamón embustero.

Aunque, pensándolo bien, la mayoría de los actores a los que he conocido son unos mamones embusteros.

[37] En su defensa, el anterior vino que había bebido lo estaba.

[38] Los lances durante las fechas previas al Venatus Magni se solían combatir *e mortium*, es decir, a muerte. Poco más podría satisfacer los apetitos de la multitud, y de todos modos era imposible convencer a un kraken de arena de que se saltara el desayuno. Pero muchos combates entre gladiatii se libraban *e navium*, es decir, hasta la rendición.

Aunque se empleaba acero de verdad, un gladiatii herido podía solicitar al *editorii* que diera por concluido el combate en cualquier momento con solo alzar una mano abierta en gesto de súplica, y no se remataba a los enemigos

caídos al final de un lance. Seguía habiendo heridas en abundancia, pero las bajas accidentales no solían darse en los combates *e navium*. De este modo, los sanguilas podían evaluar el temple de los establos de sus adversarios y labrarse una reputación para sus *collegia* evitando el inconveniente y el gasto de perder a un luchador cada vez que perdían un encuentro.

En tiempos remotos, los sanguilas más astutos se valían de vejigas llenas de sangre de gallo y armas falsas para aparentar la muerte de sus hombres, incluso en los combates oficiales de un *venatus*. Pero tales subterfugios tienen una vida corta, ya que el público suele darse cuenta si sus favoritos masacrados regresan una y otra vez de la tumba. Esos trucos baratos fueron prohibidos por los *editorii* en el año 34 PR, y relegados al reino de los mimos y el teatro, al que pertenecían. Quien acudiera a un combate a muerte en el *venatus* en tiempos más recientes, gentiles amigos, como mínimo tenía asegurado lo siguiente:

Los muertos seguirían siendo putos fiambres.

[39] Nativos de los montes Espinadraco en la frontera entre Vaan e Itreya, y a pesar de su bello nombre, los arácnidos sedosos son una especie famosa por ser... más bien antipática. El Dominio de la Seda se extiende a lo largo de miles de kilómetros de riscos inhóspitos, y su conquista por parte de las legiones itreyanas resultó extraordinariamente costosa. Fue necesario desplegar hasta el último andador de guerra del Monasterio del Hierro para que la reina procreadora sedosa capitulara por fin.

Aunque los sedosos juraron lealtad a la República Itreyana, su asiento en el Senado quedó vacío desde que les explicaron que solo los varones podían ostentar el título de senador itreyano. (Los varones sedosos son más pequeños que las mujeres y no tienen veneno.) A los miembros del Senado les parece bien dejar más o menos tranquilos a los sedosos, y la amenaza de enviar a alguien como embajador itreyano al Dominio suele utilizarse para mantener a

raya a los senadores más jóvenes y díscolos. Por norma general, los sedosos prefieren no relacionarse con la república ni con sus ciudadanos, si pueden evitarlo.

Las hembras sedosas se marcan las mejillas con cicatrices rituales por cada puesta de huevos que llevan a la eclosión. Asesinan a su pareja después del coito con alarmante regularidad. Y si os tienta preguntar cómo es que la especie medra en tales circunstancias, solo puedo aseguraros que sí, las hembras poseen vagina, y sí, los machos poseen pene.

Lo demás debería explicarse por sí solo.

[40] Una infame ópera itreyana encargada por el rey Francisco XII, conocido por sus súbditos como «el Orgullosa» en vida y «el Mamonazo» una vez muerto. Francisco era un entusiasta del teatro musical y, tras su triunfo contra la rebelión del rey Oskar III de Vaan, encargó una oda a su gloria. El compositor favorito de su corte, Maximiliano Omberti, trabajó más de un año en la ópera, que tituló *Mi uitori* («Mi victoria»).

Francisco estaba convencido de que su ópera lo llevaría a una fama y una popularidad imperecederas entre sus súbditos. No reparó en gastos para preparar la representación y, teniéndose por un cantante decente, decretó que se interpretaría a sí mismo en el estreno. Tuvo lugar en el estadio de Tumba de Dioses y acudió hasta el último miembro de la nobleza, además de noventa mil ciudadanos. Para asegurarse de que el gentío disfrutara de su obra maestra sin perder detalle, Francisco XII ordenó que las salidas del estadio se cerraran cuando dio inicio la obertura.

Por desgracia, aunque la ópera incluía en su último acto la mencionada composición *Mi uitori* (que daba título a la obra completa, estaba considerada la mejor pieza de Omberti y siguió interpretándose siglos más tarde), el rey había exigido que el compositor incluyera absolutamente todos los detalles de su triunfo en Vaan. El estreno duró más de diecisiete horas, agravadas en suma

medida por la voz de Francisco cantando, que el historiador Cornelio el Joven describió como «semejante a dos gatos fornicando dentro de un saco en llamas».

La representación duró tanto que dos mujeres dieron a luz en el transcurso de esta, y varios centenares de ciudadanos se arriesgaron a terminar con las piernas rotas y ejecutados al saltar desde los muros del estadio a la calle. Un barón particularmente artero de la corte del rey, un tal Gaspar Giancarli, fingió un ataque al corazón para que los guardias permitieran a su familia retirar su cadáver sin vida del lugar.

Según todos los relatos, Francisco quedó «bastante decepcionado» con la recepción que tuvo la ópera.

Omberti se suicidó poco después del estreno.

La obra nunca volvió a representarse.

[41] La ciudad de Fuerteblanco era una extensa metrópolis situada en la costa meridional de Itreya, y se la considera la ciudad hermana de Tumba de Dioses. La Ciudad de los Puentes y los Huesos se veía desde sus orillas y el grandioso acueducto que llegaba a la capital itreyana partía desde las montañas de detrás de Fuerteblanco, cruzaba la metrópolis, sobrevolaba la bahía y seguía hacia Tumba de Dioses.

Decorado con estatuas de Aa y sus Cuatro Hijas y protegido en ambos extremos por imponentes andadores de guerra itreyanos, el acueducto era un prodigio de la ingeniería y una de las maravillas de la República Itreyana. Su arquitecto jefe fue un ciudadano de Fuerteblanco llamado Mario Gandolfini, a quien le encargó supervisar el proyecto el rey Francisco II, el Gran Constructor.

El acueducto había permitido a la capital itreyana florecer a partir de la miserable cloaca que había sido y convertirse en una maravilla rica en agua, saturada de fuentes, con una compleja red de alcantarillas, centenares de

baños públicos y todo tipo de sistemas de almacenamiento. Aunque Gandolfini murió de viejo antes de que se completara el acueducto, su nombre jamás dejó de venerarse en la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Una estatua de él se alza orgullosa en la Fila de los Visionarios del Monasterio del Hierro, hay bustos suyos de mármol en los baños de toda la ciudad, y ciertos burdeles especializados ofrecen un «gandolfini» a su clientela más... aventurera.

Echadle imaginación, gentiles amigos.

[42] Por mucho que afirmaran lo contrario los *editorii* más entusiastas, solo había ocho Maravillas Itreyanas:

- Las Costillas de Tumba de Dioses.
- El Acueducto de Tumba de Dioses.
- El Mausoleo de Lucio I, último lugar de descanso del primer Rey Brujo Liisiano. Un zigurat de ciento cincuenta metros de altura que desconcertaba a los ingenieros contemporáneos por el enigma de su construcción.
- Las Cataratas de Polvo de Nuuvash, una cadena de acantilados inmensos situada en el sur de Ashkah, que deja caer enormes avalanchas de polvo procedente de los Susurriales al océano.
- La Estatua de Trelene en Camada, ubicada en el alto templo de la capital dweymeri. Esta escultura en mármol y oro de la Madre de los Océanos realiza milagros cuando no está mirando ninguna fuente creíble.
- Las Mil Torres, un conjunto natural de agujas de piedra que se alzan decenas de metros desde el antiguo lecho de un río en Ashkah. En realidad, solo son novecientas sesenta y cuatro, pero «las Mil Torres» suena mejor, y punto.
- El templo de Aa en Elai, construido por el Gran Unificador, Francisco I, para conmemorar su conquista de Liis. En su centro hay una estatua de tres metros hecha de oro macizo, material adquirido a base de fundir las fortunas

personales de todas las familias nobles liisianas que se habían enfrentado a Francisco en batalla.

Entre las menciones de honor para la lista de maravillas cabría destacar la Gran Sal, la Tumba de Brandr I, una cortesana llamada Francesca Andiarni que hacía cosas extraordinarias con un plato de fresas y un cordel de cuentas para la oración, y también mi asombro personal ante el hecho de que hayáis dedicado vuestro tiempo a leer esto cuando está a punto de empezar la puta carrera de caballos.

[43] No tengo mucha experiencia en medicina ni anatomía, pero la sugerencia de Dedo al parecer requeriría una flexibilidad increíble por parte de Carnicero.

[44] Conocidas como *reparii*, estas monedas se pagaban a la diosa Keph a cambio de un puesto junto al Hogar en la ultratumba.

Como la Señora de la Tierra llevaba eones dormitando y no le servía para nada el dinero, las monedas de madera se arrojaban al Hogar para que siguiera ardiendo. El fuego del Hogar fue un regalo de la hermana de Keph, Tsana, la Señora del Fuego, a quien le parecía injusto que su madre, Niah, ostentara el dominio pleno sobre los muertos. Por ello creó un fuego con el que conceder a las almas justas un lugar donde reunirse y un calor con el que resguardarse de la gelidez de la noche eterna en el más allá.

Porque, veréis, Tsana odiaba a su madre. Casi tanto como lo hacía su padre. Cabría preguntarse si la abrazaban lo suficiente de pequeña.

[45] La construcción del estadio de Tumba de Dioses se ordenó en las postrimerías del reinado del Gran Unificador, el rey Francisco I, aunque no se completó hasta que su nieto, Francisco III, ascendió al trono unos treinta y seis años más tarde.

Los principales arquitectos fueron un matrimonio, el don Teodoto y

Agripina de la familia Arrio. Teodoto era un auténtico virtuoso de los mekkenismos, pero su esposa era un genio indiscutible. Los dos trabajaron durante toda su vida en la construcción, tanto que se rumoreaba que Agripina dio a luz a su hijo, Agripa, en la mesa de dibujo.

Agripina murió tres giros después de que se colocara la última piedra en el anillo exterior del estadio. Desconsolado por el fallecimiento de su amada, Teodoto la siguió al más allá apenas una semana después. Se levantaron estatuas de los dos, una al lado de la otra y con las manos entrelazadas, en la Fila de los Visionarios del Monasterio del Hierro, como testimonio del poder de la perseverancia, la ambición y la pasión.

En la base de las estatuas se leía: «En el amor y en la piedra, inmortales».

Y esa es la historia, gentiles amigos.

Sin chistes.

Sin sarcasmos.

He pensado que querríais oír algo agradable, teniendo en cuenta lo que está a punto de ocurrir...

[46] Un infame encontronazo que tuvo lugar en los primeros años de la república, y probablemente la mayor batalla naval librada nunca bajo los tres soles. En la Batalla de Muro del Mar participaron cuatro flotas inmensas: la Armada Itreyana bajo el mando del Gran Unificador, Francisco I, y una flota más pequeña del estado vasallo de Vaan se enfrentaron a las naves dweymeri comandadas por el bara Bailasoles del clan Tresdracos y una escuadra de capitanes piratas que habían jurado resistirse al dominio itreyano de los mares.

Como quizá hayáis adivinado, la resistencia duró más o menos lo que una botella de vino dorado del bueno en un burdel lleno de borrachines.

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Tumba de dioses

Dramatis personae

LIBRO 1: La Promesa Roja

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

LIBRO 2: Sangre y Gloria

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

LIBRO 3: El juego

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Dicta última

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jay Kristoff

Créditos

Notas